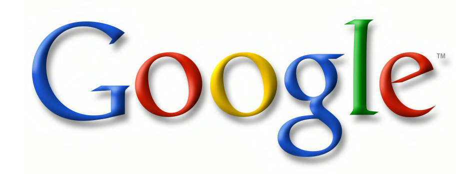
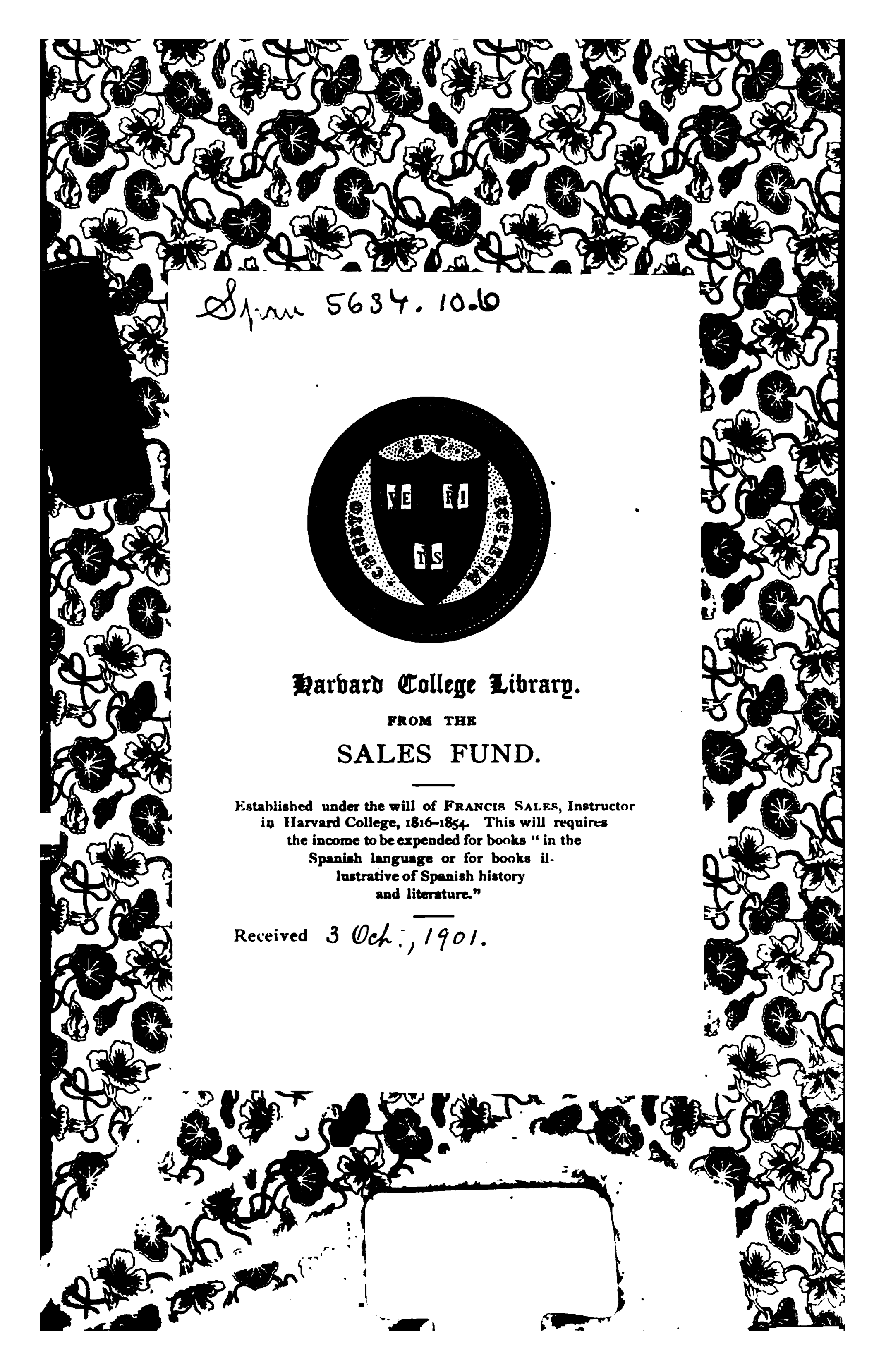



VE RI TAS
CHRISTO ET ECCLESIAE



OBRAS

DE VÍCTOR BALAGUER

TOMO XI DE LA COLECCIÓN

Y TERCERO DE LA HISTORIA DE CATALUÑA

OBRAS DEL AUTOR

PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN.

POESÍAS CATALANAS. (*El libro del amor.—El libro de la fe.—El libro de la patria.—Eridanias.—Lejos de mi tierra.—Ultimas poesías.*)—Un tomo, que forma el I de la colección, 6 pesetas.

TRAGEDIAS. Original catalán y traducción castellana. (*La muerte de Aníbal.—Coriolano.—La sombra de César.—La fiesta de Tibulo.—La muerte de Nerón.—Safo.—La tragedia de Llivia.—La última hora de Cristóbal Colón.—Los esponsales de la muerta.—El guante del degollado.—El conde de Foix.—Rayo de luna.*)—Un tomo (II de la colección), 8 pesetas.

LOS TROVADORES. *Su historia literaria y política.*—Cuatro tomos (III, IV, V y VI de la colección), 30 pesetas.

DISCURSOS ACADÉMICOS Y MEMORIAS LITERARIAS. (*Discursos y dictámenes leídos en las Academias y en los Juegos Florales.—La corte literaria de Alfonso de Aragón.—Un ministerio de Instrucción pública.—Fundación de la Biblioteca de Villanueva y Geltrú.—Cartas literarias.—El poeta Cabanyes.—Ideas y apuntes*, etc., etc.)—Un tomo (VII de la colección), 7 pesetas 50 céntimos.

EL MONASTERIO DE PIEDRA.—LAS LEYENDAS DEL MONTSERRAT.—LAS CUEVAS DE MONTSERRAT.—Un tomo (el VIII de la colección), 7 pesetas 50 céntimos.

HISTORIA DE CATALUÑA.—Primer tomo de esta obra y IX de la colección, 10 pesetas.

Segundo tomo de esta obra y X de la colección, 10 pesetas.

VÍCTOR BALAGUER

DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE LA HISTORIA

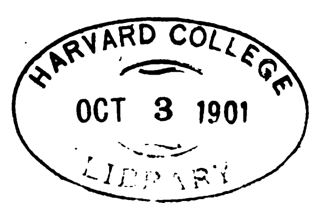
HISTORIA

DE

CATALUÑA

TOMO TERCERO

MADRID
IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE MANUEL TELLO
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
Isabel la Católica, 23
1886


HARVARD COLLEGE
OCT 3 1901
LIBRARY

LIBRO QUINTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Doña Petronila hace tomar á su hijo el nombre de Alfonso.—Cortes generales en Huesca.—El conde de Provenza gobernador de Cataluña.—Viaje de Alfonso á Agreda.—Embajada al rey de Inglaterra.—De uno que se fingió el emperador D. Alfonso.—D. Alfonso *el Casto* es reconocido por rey.—Primeras Cortes celebradas en Zaragoza.—El conde de Provenza parte á sus Estados.—Da asilo á los genoveses y firma con ellos un tratado.—Tratado de alianza entre los condes de Provenza y de Tolosa.—Entrada de catalanes en Murcia.

(De 1162 á 1165.)

Terminada queda ya la crónica de la casa condal, pero no la historia de los descendientes de los Berenguers, cuya línea masculina quedó subsistiendo en el trono de Aragón, constantemente iluminada, como por un sol de gloria, por el astro brillante que había regido los destinos de la dinastía catalana. El hijo de Ramón Berenguer *el Santo*, empuñando el doble cetro de Cataluña y de Aragón, comienza una época histórica general á todos los Estados de aquella corona. No fué menos gloriosa y menos brillante que la primera, la segunda época que con este capítulo entramos á narrar. En aquélla vemos á nuestros ínclitos condes llevar á cabo la empresa de restauración y reconquista sin más auxilios

que los que supieron crearse con su constancia, su voluntad y su valor; y fuertes en su derecho, en su conciencia y en su espada, arraigar en la Marca la cepa de donde más tarde debía brotar la dinastía española. En ésta veremos á los reyes-héroes de Aragón completar la adquisición de lo que debía pertenecerles en la Península, según tratados y convenios con los reyes de Castilla, y pasar luego á tremolar sus banderas en apartadas regiones y en remotos climas. Don Ramón ó Alfonso I de Cataluña y II de Aragón, fué el monarca destinado á inaugurar esta nueva época, y no es extraño que un cronista, al ocuparse de su nacimiento acaecido en el palacio de Barcelona el 4 de Abril de 1152, diga que Alfonso apareció en aquella época de crisis, como una estrella de unión sobre el obscuro horizonte, siendo brillantes y animados los festejos que se celebraron, y concurriendo gozosa al acto de su bautizo la nobleza de uno y de otro reino, considerándose desde aquel momento hermanos los vasallos de los antes distintos Estados. Debe, empero, tenerse entendido que «por esta feliz unión de coronas, ni Cataluña se unió accesoriamente á Aragón, ni Aragón á Cataluña; antes bien quedaron en su sér de reino y principado *æque principaliter* unidos, gobernándose cada cual por sus propias leyes, como de antes, sin que el uno pasase á ser provincia del otro [1].»

Habiendo cumplido Doña Petronila la postrera disposición de su difunto esposo, dando á éste honrosa sepultura en el monasterio de Ripoll, empuñó con ánimo varonil las riendas del Estado, y una de sus primeras disposiciones fué variar en el de Alfonso el nombre de Ramón que llevaba su hijo, «para que los aragoneses

1 Domingo de Aguirre, en su obra sobre el Real palacio de Barcelona, cap. I, párrafo II.

no le mirasen extraño,» según la expresión de un analista.

En seguida pasó á reunir cortes generales de aragoneses y catalanes en Huesca, para que en ellas se declarase lo que el príncipe de Aragón, su esposo, dejara ordenado. Asistieron á estas Cortes, según Zurita: por parte de Aragón, los obispos de Tarazona y Zaragoza, el conde de Pallars, Pelegrín de Castellzuelo, Palazín de Alagón, Sancho Iñiguez de Daroca, Galín Jiménez de Belchite, Fortún Aznárez de Tarazona, Pedro López de Luesia, Marco Ferriz de Lizana, Pedro López de Luna, Jimeno de Urrea, Fortún de Estada, Blasco Maza y Arpa; y por Cataluña, el arzobispo de Tarragona, los obispos de Barcelona, Ausona, Gerona, Elna, Lérida y Tortosa, Ramón de Pujalt, Guillén de Cervera, Geraldo de Jorba, Guillén de Castellvell, Ramón Folch vizconde de Cardona, Beltrán de Castellet, Arnaldo de Llers, Guillén de Castelvell, Otón Bernardo de Rocafort, Ramón de Torroja y Guillén de Montpeller. Presentáronse ante estas Cortes los albaceas testamentarios del conde, ya citados, y refirieron, mediante juramento, la última voluntad de Ramón Berenguer *el Santo*.

A consecuencia de esto, y previo acuerdo de las Cortes, quedó regente del reino Doña Petronila, ínterin llegaba la mayor edad del príncipe Alfonso, guardando para sí el gobierno de Aragón, y encargando á Ramón Berenguer, conde de Provenza, el de Cataluña, prudente y acertada medida que contentaba por de pronto á catalanes y aragoneses.

Refiere un cronista [1], sin que yo lo haya visto confirmado por otro alguno, que Doña Petronila envió entonces á su hijo, niño aún, á Castilla, llegando á Agre-

1 Feliu de la Peña, lib. XI, cap. I.

da, en donde firmaron el rey de Castilla y él un tratado de alianza ofensiva y defensiva contra los enemigos de entrambas coronas.

También por aquel entonces envió Doña Petronila un embajador á Inglaterra. Fué el arzobispo de Tarragona D. Bernardo Tort, y llevó el encargo de participar á aquel rey la muerte del conde de Barcelona y su postrera voluntad, con plenos poderes para renovar y conservar la alianza que existía entre ambas coronas. Estas medidas y la de la renovación, llevada á cabo con mucha prudencia, de una tregua con Navarra por espacio de trece años [1], prueban el tacto y cordura de Doña Petronila y de sus consejeros en las difíciles circunstancias que por la minoría de Alfonso estaba atravesando el reino.

Un acontecimiento verdaderamente extraordinario vino por aquellos tiempos á poner en agitación el país. Circuló la voz de que el rey Alfonso *el Batallador* no había muerto en la batalla de Fraga, según al principio se creyera, sino que habiendo escapado milagrosamente de aquel desastre, pasó como peregrino á las apartadas comarcas del Asia, donde había sufrido grandes quebrantos y corrido portentosas aventuras. Presentóse efectivamente un anciano que dijo ser el verdadero Alfonso, y el vulgo, en todas épocas aficionado á lo maravilloso y extraordinario, comenzó á seguirle y á creerle. El impostor nombraba á muchas personas de Aragón y de Castilla que habían estado en tratos con él, y recordaba cosas que particular y secretamente con ellas había pactado. Con esta farsa, que parece supo conducir hábilmente, llegó á ganar tanto crédito, que fueron muchos los que, fiados en cierta semejanza, ó seducidos por su aplomo, llegaron á creerle el verdadero empera-

1 Zurita, lib. II, cap. XX.

dor Alfonso, á cuya memoria tenían grande respeto las gentes. Pero el impostor, creyéndose ya seguro y fiando en su osadía, que tan buenos resultados le daba, se atrevió á presentarse en Zaragoza, donde á la sazón se hallaba la reina regente Doña Petronila. Ésta averiguó la falsedad del caso, y aconsejada por los barones más allegados á su trono, mandó prender al que se fingía Rey, y después de procesado, se le ahorcó públicamente en la ciudad de Zaragoza [1].

Al año siguiente, hallándose la reina en Barcelona, hizo donación del reino á su hijo D. Alfonso, que había ya cumplido los doce años. Hízolo, á tenor de lo que dicen las crónicas, por consejo de los prelados y barones, que fueron Hugo de Cervelló, arzobispo de Tarragona, los obispos de Zaragoza y Barcelona, el conde de Pallars, Pedro de Castellezuelo, Pedro Ortiz, Blasco Romeu, Jimeno de Artosello, Dodón de Alcalá, Fortún Maza, Guillén Ramón de Moncada y Guillén de Castellvell. Tuvo lugar esta donación del reino á D. Alfonso el 14 de Junio de 1164, comprendiendo las ciudades, villas y castillos, iglesias y monasterios y cuanto pertenecía á la Corona, con todo lo que se había adquirido y á su conquista perteneciese. De aquel día en adelante D. Alfonso, niño de doce años, se tituló rey de Aragón. Por lo que toca á Doña Petronila, se quedó en la ciudad de Barcelona, en la cual, y en el condado de Besalú, pasó casi lo restante de su vida.

El conde de Provenza y los barones del reino debían ser para el joven monarca una especie de consejo de Estado. Alfonso se dirigió en seguida á Zaragoza y reunió Cortes, á las que asistieron con el alto clero y la

1 Zurita, lib. II, cap. XXII.—Briz Martínez, lib. V, cap. XXVII. Este asunto ha prestado argumentación á varios poetas. Yo conozco dos dramas que se apoyan en este hecho: *El crisol de la lealtad*, del duque de Rivas, y *Odio á muerte*, de D. Gregorio Amado Larrosa.

nobleza, quince procuradores,—ó adelantados como entonces se llamaban,—de Zaragoza, y otros tantos de Calatayud, Daroca, Huesca, Jaca, Tarazona y otras poblaciones. Se conjetura que el alto clero y el brazo real ó estado llano, votaron unánimemente para obligar á los nobles á entregar á la Corona lo que le pertenecía en castillos y heredades, so pena de ser declarados reos de lesa majestad, y el rey juró que lo haría cumplir como se le proponía 1.

Los asuntos de Provenza exigieron en esto la presencia del conde en sus estados. Entregó al joven monarca de Aragón el gobierno de Cataluña y partió á sus tierras. Durante la primavera de 1165 se hallaba en Arles, según nos lo da á conocer un hecho que relatan las crónicas provenzales. Genoveses y pisanos se hallaban en abierta lucha y las circunstancias les habían hecho escojer por teatro de sus contiendas el mediodía de la Galia. Los genoveses, haciendo vía militar el Ródano, habían ido en busca de los pisanos, y desembarcando cerca de San Gilles, tuvieron con ellos un sangriento combate, siéndoles contraria la suerte. Volvieron, pues, á embarcarse en sus galeras, abandonando su campo á los pisanos, que lo incendiaron; subieron el Ródano hasta Arles, y quedáronse muy sorprendidos al hallarse con que, desde dicha ciudad hasta el arrabal de Trinquetaille, se había arrojado un puente que les impedía el paso, y que estaba guardado por un cuerpo de tropas. El cónsul Grille, jefe de la flota genovesa, envió entonces una embajada *al conde de Melgueil*, es decir, á Ramón Berenguer, conde de Provenza, que tomaba también el título de conde de Melgueil, por ser hijo de Beatriz, heredera de este condado. Los embajadores llevaban el encargo de preguntarle si había él

1 Ortiz de la Vega, lib. VII, cap. IV.

mandado echar aquel puente para impedirles el tránsito, en cuyo caso afirmativo debían declararle la guerra, amenazándole con poner sitio á Arles. El conde no dió á los diputados tiempo para hablarle; previno sus deseos y les dijo: «Id á decir al cónsul de Génova y á los capitanes de las galeras, que yo estaba ausente cuando se ha arrojado ese puente sobre el río, y que siento mucho que haya sobrevenido este incidente. Voy á hacer que se derribe el puente en el acto, y los vuestros hallarán en Arles un asilo seguro. Quiero honrar y servir á los genoveses, como lo hizo siempre mi tío el conde de Barcelona.»

La hueste genovesa fué, en efecto, recibida en Arles, y permaneció veinte días entre esta ciudad y Trinquetaille. Durante este tiempo, los genoveses hicieron grandes esfuerzos cerca del conde de Provenza para comprometerle á unirse con ellos y combatir juntos á los pisanos. Llegaron á ofrecerle una suma considerable; pero el conde se negó abiertamente á complacerles, diciéndoles que *estaba unido con el conde de Tolosa, y que no debía ir á hacer la guerra en sus tierras*. No pudiendo vencer su resolución, lo único que consiguieron de él fué que accediese á un tratado por el cual se comprometió, mediante la suma de 4.000 sueldos melgarienses, á no permitir que, durante cierto tiempo prefijado, ningún buque pisano abordase á las costas de sus dominios.

Este hecho que nos cuentan las historias del Languedoc y de Provenza, en las cuales he ido á buscarle, nos revela dos cosas: 1.ª Que el conde de Provenza se hallaba en sus estados poco después de haber sido reconocido Alfonso por rey de Aragón. Y 2.ª Que estaba en íntimas y estrechas relaciones con el conde de Tolosa en Agosto de 1165.

No es extraño, pues, que estos dos príncipes, para

aumentar más su amistad, tuviesen una entrevista en Beaucaire ó Bellcaire en el mes de Octubre siguiente, y formasen juntos una liga contra el conde de Folcalquier, á quien el conde de Provenza había resuelto someter, conforme al tratado que hiciera con el emperador Federico. Los condes de Tolosa y de Provenza convinieron, por el mismo tratado, en ayudarse mutua mente contra todos, excepto el rey de Francia; partirse entre ellos el condado de Folcalquier, cuando lo hubiesen conquistado, así como todo lo que adquiriese el conde de Tolosa; y acordaron el casamiento del hijo mayor de este último, que sólo tenía entonces nueve años, con Dulce, hija única del conde de Provenza, á quien éste aseguró por dote la mitad de los condados de Folcalquier y de Melgueil, con la parte de la ciudad de Aviñón que pertenecía á los condes de Folcalquier. Los Maurinos, historiadores del Languedoc, deducen de esto que el conde de Provenza pretendía que la mitad del condado de Melgueil le pertenecía, sin embargo de vivir aún la condesa Beatriz, su madre, que era la heredera, y sospechan que esta mitad le había sido quizá cedida por el contrato de matrimonio entre el conde Berenguer Ramón, su padre, y esta condesa [1]. Estuvieron presentes á este tratado entre ambos condes, el arzobispo de Tarragona y los obispos de Vich y de Gerona.

La unión que se formó entre el conde de Provenza y el de Tolosa, condujo á este último á abrazar el partido del anti-papa Pascual III, que había sido elegido en 1164, después de la muerte de Víctor.

Respecto á lo sucedido en Cataluña y Aragón, durante este año de 1165, las crónicas sólo hablan, y muy imperfectamente por cierto, de haber sido muerto un

1 *Arte de comprobar las fechas.*—*Historia del Languedoc.*—Nostradamus: *Historia de Provensa.*—Zurita.—Bouche.

capitán catalán de los más principales, y muchos caballeros con él, por los moros, en una entrada que hicieron por el reino de Murcia. Llamábase Guillermo Despugnolo, y fué la batalla el 15 de Octubre [1].

CAPÍTULO II.

Sitio de Niza y muerte del conde de Provenza.—El conde de Tolosa se apodera de la Provenza.—El rey de Aragón le declara la guerra.—Entra en Provenza.—Se apodera del castillo de Albarón.—Corre grave peligro y es salvado por el señor de Baucio.—Guillermo de Montpeller y otros señores se declaran en favor de Alfonso.—Prosigue la guerra entre el rey de Aragón y el conde de Tolosa.—Ventajas conseguidas por el rey de Aragón.—Le reconoce Gualtero de Millars.—Le proclama el conde de Ródez.—Consejos del rey.—Asesinato del vizconde Trencavello.—Sitio de Beziers por Alfonso.—Alfonso confía el condado de Provenza á su hermano.—Quién era el Ramón Berenguer á quien cedió Alfonso la Provenza.

(De 1166 á 1168.)

No perdamos de vista al conde Ramón Berenguer de Provenza, pues que vamos á ver bien pronto al joven rey de Aragón complicado en sus asuntos.

Después de su tratado con el conde de Tolosa, Ramón Berenguer resolvió emprender la guerra contra el conde de Folcalquier, hizo sus preparativos, y hasta se sabe que efectuó un viaje á Rouergue. No tardó en regresar á Provenza, y abriendo la campaña, puso sitio á la ciudad de Niza, que estaba por el conde de Folcalquier, según los benedictinos de la *Historia del Languedoc*, ó que se había erigido en república, según los del *Arte de comprobar las fechas*. Fatal le fué este sitio al

1 Zurita, lib, II, cap. XXV.

conde de Provenza. Habiéndose adelantado un día demasiado cerca de las murallas para presenciar los trabajos, fué herido de un flechazo y quedó muerto en el acto.

La muerte del conde tuvo lugar en 1166, en el mes de Marzo según unos, más adelante según otros. No dejó de su mujer la emperatriz Riquilda más que una hija de corta edad, llamada Dulce, que fué la que estaba prometida en matrimonio á Raimundo, hijo mayor del conde deTolosa, y que debía ser heredera de todos sus estados. La historia no ha podido aclarar todavía si el conde de Tolosa unió sus armas á las del conde de Provenza contra el conde de Folcalquier, conforme estaba tratado y convenido, y si aquél se halló en el sitio de Niza.

Lo que hay de cierto es que el conde de Tolosa, inmediatamente después de la muerte de Ramón Berenguer, se apoderó de la Provenza, en virtud del tratado firmado con éste, según el cual ya sabemos que su hijo debía casarse con Dulce, heredera del condado. El de Tolosa, para asegurar más su presa, concibió el plan, que acabó por llevar á cabo, de repudiar solemnemente á Constanza, su mujer, hermana del rey de Francia, para enlazarse con Riquilda, la emperatriz viuda de Alfonso de Castilla, la condesa viuda de Ramón Berenguer, la madre de Dulce y la sobrina del emperador Federico [1]. Pero con haberse apoderado de los estados de Provenza en virtud del tratado de Bellcaire, y con idear el modo de afirmarse en su posesión por medio de su repudio y nuevo enlace, no consiguió nada el conde de Tolosa. Debía hallar un terrible competidor en la persona del joven rey Alfonso de Aragón, conde de Barcelona, que le disputó la posesión de Provenza, y que acabó por despojarle de ella.

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 14.

En Gerona se hallaba el rey Alfonso cuando tuvo noticia de la muerte de su primo Ramón Berenguer. Reunióse inmediatamente la especie de consejo de estado formado de los prelados y barones que le acompañaban. Asistieron los obispos de Zaragoza, Barcelona y Tarazona y varios nobles aragoneses y catalanes. Convinieron todos en que Alfonso tenía derecho al condado de Provenza, en virtud de la infeudación que el emperador Federico había hecho en 1162, tanto en favor de este conde como del difunto conde de Barcelona, su padre [1]. En su consecuencia, Alfonso tomó el título de marqués de Provenza, como su padre, y trató de hacer valer sus derechos apoderándose de aquellas tierras.

Pero antes de recurrir á la guerra, apeló á la diplomacia. Envió á decir al conde de Tolosa que consentía en el matrimonio del joven Raimundo, su hijo, con Dulce, y le hizo esperar que daría también su consentimiento á su enlace con Riquilda. Sin embargo, todo esto era para ganar tiempo y adormecerle, ínterin hacia sus preparativos. Bien pronto, al frente de una numerosa hueste, pasó los Pirineos y se adelantó hacia el Ródano. Advertido de su marcha el conde de Tolosa, se preparó para disputarle la entrada de la Provenza. Si hemos de dar crédito al historiador Ferreras, el conde salió al encuentro de Alfonso, teniendo lugar una sangrienta batalla, de la que se ignora quién salió vencedor. Nada hay empero de positivo en esto.

Lo que hay de verdadero, es que, á pesar de todos los cuidados del conde de Tolosa para impedir que Alfonso penetrara en Provenza, este último se apoderó del castillo de Albarón, situado en la isla de Comergue, sobre el brazo del Ródano que está al lado del Languedoc, y entró en él con Hugo arzobispo de Tarragona, Pe-

1 Zurita, lib. II, cap. XXV.

el obispo de Ausona, y muchos señores aragoneses y catalanes [1].

No tardó en acudir el conde de Tolosa, presentándose á las puertas del castillo de Albarón y poniéndole sitio. Parece que el rey Alfonso, los prelados catalanes y sus principales caballeros, quedaron encerrados dentro. La resistencia que opusieron hubo de ser desesperada, pues el conde de Tolosa tomó el castillo por asalto. Afortunadamente, el joven monarca aragonés tuvo la dicha de salvarse, gracias á la vigilancia y celo de Beltrán de Baucio, que había abrazado su partido, después de haber abandonado el del tolosano, y que haciéndole montar á caballo, le hizo atravesar á nado el otro brazo del Ródano, conduciéndole así sano y salvo hasta Arles, donde fué recibido en medio de entusiastas aclamaciones del pueblo. Esta es la versión de los Maurinos [2]. Los cronistas catalanes y aragoneses que yo he visto, no hablan de este hecho. Todos suponen á Alfonso vencedor, y le hacen penetrar sin grandes obstáculos en Provenza, apoderándose brevemente del país en alas de la victoria. Otra versión es la de los benedictinos del *Arte de comprobar las fechas* [3]. Estos, sin hablar del castillo de Albarón, suponen que el rey Alfonso se presentó ante la ciudad de Arles con su ejército, tomándosela á los Baucios que la mantenían por el conde de Tolosa.

Alfonso había llegado á Provenza antes de terminarse el año de 1166, según lo atestigua una carta en que se titula *rey de Aragón, duque de Provenza* y *conde de Barcelona*, y por medio de la cual exime de peaje á los religiosos de cierta abadía de la diócesis de Aix [4].

Uno de los primeros señores de aquellas tierras que

1 *Gest. comit. barcin.* en Marca, pág. 550.
2 Tomo III, pág. 15.
3 Tratado de los *Condes de Provensa.*
4 Puede leerse en Bouche, tomo II, pág. 1.056.

se declaró en favor de Alfonso, fué Guillermo de Montpeller, constante amigo de la casa de Barcelona. Guillermo, no contento con facilitarle el libre paso por sus tierras, unióse á él y le acompañó en su expedición de Provenza contra el conde de Tolosa [1]. La mayor parte de los que habían sido grandes vasallos del conde de Provenza, abrazaron también el partido que representaba el monarca aragonés, el cual, después de haberse asegurado la posesión de aquel país, se tituló de él indistintamente duque, marqués ó conde. Desde aquél momento, Alfonso ya no se portó como protector de la niña Dulce, sino como propietario de la Provenza.

Raimundo de Tolosa, viéndose arrojado de este país, hizo cuantos esfuerzos pudo para recobrarle, y no cesó ni un instante en su guerra con el rey de Aragón; pero las diferencias que tenía al mismo tiempo con el rey de Inglaterra, desbarataron en parte sus planes. Tenía que acudir contra dos poderosísimos enemigos á la vez, y esto le obligaba á largas treguas, de las que Alfonso se aprovechaba hábilmente para afirmarse y robustecerse en el país. A mediados de 1167, hizo el de Tolosa una nueva entrada en tierras de Provenza, y si bien parece que, gracias á un supremo esfuerzo, consiguió algunas ventajas que las crónicas no particularizan, no tardó Alfonso en recobrar lo perdido, y el tolosano se vió de nuevo arrojado de la comarca.

El joven rey aragonés residía aún en Arles en Agosto de 1167 [2], y se ve bien claramente que él y sus consejeros se valían de la diplomacia y de la política, al mismo tiempo que de la guerra, para asegurar sus nuevas posesiones. Con amenazas á los unos, con halagos á los otros, con promesas, con haciendas, con oro y con ma-

1 *Historia del Languedoc.*
2 Zurita, lib. II, cap. XXV.

nejos diplomáticos, iban poco á poco robando al conde de Tolosa sus simpatías y sus alianzas.

Gualtero de Millars fué el primero que cedió á esta nueva táctica del partido aragonés. Reconoció á Alfonso por señor de la Provenza en Agosto de 1167, y le entregó el castillo y fuerza de Millars prestándole homenaje [1].

Hugo, conde de Ródez, fué el segundo, y puede decirse que la decisión de éste inclinó el peso de la balanza. Hugo de Ródez, por su alta posición, era quizá el que podía decidir de la suerte de la Provenza, según el bando á que se inclinase. Habíase decidido primero en favor del conde de Tolosa; pero Alfonso halló medio de atraerle á su partido por intervención de Hugo, obispo de Ródez, y de Guillermo VII, señor de Montpeller. Estipulóse y firmóse un tratado entre ambos [2], del cual se desprende que el rey de Aragón se atrajo al conde de Ródez y á otros señores de Rouergue que se hallaban en estado de favorecerle en su empresa y que abandonaron entonces los intereses del conde de Tolosa para abrazar los suyos; así como también que le eran ya adictos y aliados los señores de la casa de Baucio, que tan unidos habían estado antes con el conde de Tolosa, y que éste había constantemente sostenido en sus guerras contra la casa de Barcelona. El tratado entre el rey de Aragón y el conde de Ródez está suscrito por Alfonso, que se titula *rey de Aragón, conde de Barcelona y duque de Provenza*; por Hugo, conde de Ródez; por Hugo, obispo de esta ciudad, su hermano; Guillermo de Montpeller, el arzobispo de Tarragona, los obispos de Ausona, Zaragoza y Barcelona; Hugo de Baucio, su hermano Beltrán, etc., etc.

1 Zurita, lib. II, cap. XXV.—Feliu de la Peña, lib. XI, cap. I.
2 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 16.

Se deduce también naturalmente de este tratado, que Guillermo de Montpeller—cuya casa fué siempre constante amiga y aliada de la de Barcelona, por más que lastimosamente haya cronistas de tan buen talento, como Piferrer, que crean lo contrario,—sirvió mucho en esta ocasión al monarca aragonés. A él, á su autoridad, á su mediación, á sus esfuerzos, á sus manejos, debió el que se declarasen en favór suyo tantos y tan altos señores. Se ve también que el arzobispo de Tarragona, los obispos de Barcelona, Zaragoza, Vich y Gerona, con otros señores aragoneses y catalanes, formaban una especie de consejo de Estado junto al joven monarca aragonés.

La política, hábilmente dirigida, de este consejo, no se contentó con debilitar al conde de Tolosa enajenándole las simpatías de sus grandes feudatarios, sino que parece le suscitó un poderoso enemigo en la persona del conde de Saboya, el cual, por la parte del Delfinado, se arrojó sobre sus tierras, promoviéndole una querella que fué larga y sangrienta [1].

También se unieron al rey de Aragón, Bernardo Atón, vizconde de Nimes, y Raimundo Trencavello, vizconde de Beziers y de Carcasona. Este último fué en aquel mismo año de 1167 asesinado por sus súbditos, que se sublevaron contra él, á causa de una contienda entre nobles y ciudadanos. Sucedióle su hijo Roger, que tenía á la sazón diez y ocho años, y después de haber reconocido á Alfonso de Aragón por su señor, le pidió auxilio para vengar la muerte de su padre.

Dióselo Alfonso, quien, á principios del 1168, se encaminó al frente de su ejército, hacia los estados de Roger. Juntóse con éste, y entrambos pusieron sitio á

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 17.

la ciudad de Beziers. Los ciudadanos se habían sublevado y se mantenían firmes. Supieron oponer una vigorosa resistencia. El rey de Aragón y el vizconde Roger, que comenzaban á desesperar de apoderarse de la plaza, viéronse obligados á entrar en tratos con los ciudadanos. Según este tratado, el vizconde les perdonó el asesinato de su padre, mediante ciertas condiciones que les impuso. Concluído esto, el rey de Aragón levantó el sitio y se retiró.

Asegurada ya la Provenza, y llamándole los asuntos del reino á Cataluña y Aragón, quiso el monarca, antes de partir, nombrar gobernador para su nuevo estado. Aquí es cuando dicen Bouche y las historias del Languedoc y de Provenza, que Alfonso, en el mes de Diciembre de 1168, confió el gobierno de Provenza á su hermano Ramón Berenguer, á quien dió el condado de este país *en encomienda* para gobernarle bajo sus órdenes, á su servicio y bajo su fidelidad, devolviéndoselo siempre y cuando fuese para ello requerido. Añaden dichas crónicas é historias que Alfonso se reservó al mismo tiempo el dominio directo de los castillos de Tarascón y de Albarón y la mitad de la moneda que se batiese en la Provenza, con el poder y autoridad, cuando se hallase personalmente en el país, de mandar absolutamente *como señor*. Dióle, con las mismas condiciones, los condados de Ródez y de Gevaudán. El resultado fué que la joven condesa Dulce, verdadera y legítima heredera, quedó despojada de su herencia, y hubo de retirarse al lado de su abuela Beatriz, muriendo en 1172 con su título de condesa, del cual no hizo ningún uso [1].

Al llegar á este punto, ocurre una duda histórica que es preciso aclarar, en todo lo que sea buenamente

1 *Arte de comprobar las fechas:* tratado de los condes de Provenza.

posible á mis fuerzas escasas, antes de pasar adelante. Es un hecho indudable que el condado de Provenza fué dado por D. Alfonso á ese su hermano Ramón Berenguer, pero ¿quién era este Ramón Berenguer, si D. Alfonso no tenía ningún hermano de este nombre? Efectivamente, el conde de Barcelona, príncipe de Aragón, Ramón Berenguer IV, no tuvo más que tres hijos legítimos: Alfonso, que fué rey de Aragón; Pedro, á quien dejó el condado de Cerdaña y el señorío de Carcasona, y al cual todos los cronistas, desde Zurita hasta Bofarull, suponen muerto muy joven; y Sancho, á quien dan el título de conde de Provenza.

Los Maurinos previeron ya que podía ocurrir esta duda, y la solventaron diciendo [1] que el Ramón Berenguer, hermano de D. Alfonso, á quien éste traspasó el condado de Provenza, no pudo ser otro que su hermano Pedro, el cual cambió su nombre por el de Ramón Berenguer, á ejemplo del mismo Alfonso, que tomó este nombre dejando el de Ramón. A los Maurinos no les queda duda alguna de que fué este Pedro el Ramón Berenguer de Provenza, pues que en el acto de recibir la investidura de este condado en 1168, le ven ceder en cambio al rey Alfonso, su hermano, los de Cerdaña y Carcasona, y los otros dominios del Languedoc que el conde su padre había dado á Pedro. La razón me parece que es lógica y concluyente, en buena crítica.

Esta variación del nombre de Pedro en el de Ramón Berenguer, no debe por lo demás parecer extraña, y sin escrúpulo puede aceptarse, como ha sido aceptada por los Maurinos. Si hubo razones políticas que hiciesen mudar al rey de Aragón su nombre por el de Alfonso para que pudiese ser más grato y aceptable á los aragoneses, idénticas y aun más superiores razones políticas

1 Tomo III, pág. 21.

debió de haber en Pedro para mudar su nombre en el de Ramón Berenguer, que seguramente había de sonar más grato á los provenzales que el de Pedro.

Zurita y otros cronistas que le siguen, dan por muerto á Pedro en su niñez; pero por muy respetable que sea su opinión, no debe valer si no está justificada.

También le supone muerto muy joven D. Próspero de Bofarull [1]; pero, sea dicho con todo el profundo respeto que merece un hombre de su talla y de su crítica, este punto ha quedado sin ser resuelto por el sabio cronista. ¿En qué se apoya para creer en la muerte de Pedro? En que tuvo lugar la sustitución á favor del tercer hijo Sancho, hecha por el padre común Ramón Berenguer IV en su testamento. Pero esta sustitución no tuvo lugar hasta 1181, época en que murió el Pedro-Ramón Berenguer, conde de Provenza. Realmente, ya veremos en 1181, al morir el conde de Provenza, sucederle en este condado su hermano Sancho.

Si el Ramón Berenguer de Provenza, hermano de D. Alfonso, no es el Pedro que se supone muerto, ¿quién es entonces? No puede ser el Sancho, porque éste no fué conde de Provenza hasta 1181, ni puede ser el otro hermano natural del rey, que se llamaba realmente Ramón Berenguer, porque éste fué eclesiástico y abad de Monte-Aragón. O tenemos que admitir que es el Pedro, que mudó su nombre en el de Ramón Berenguer para hacerse más grato á los provenzales, ó tenemos que dar al conde de Barcelona, Ramón Berenguer IV, un hijo de su mismo nombre que no tuvo y que no figura ni en su testamento ni en ninguna de las escrituras coetáneas.

1 *Condes vindicados*, tomo II, pág. 189.

CAPÍTULO III.

Regresa D. Alfonso.—Tratado de paz y armonía con Castilla.—Confirmación de fueros y continuación de la guerra contra moros.—Ventajas alcanzadas sobre los moros.—Sorpresa de Beziers por las tropas de Aragón y asesinato de sus habitantes.—Guerra entre Aragón y Castilla.—Sitio de Calahorra por los aragoneses.—Se hacen las paces. Tratado de Sahagún.—Renuévase la guerra contra moros.—Sospechas de que Tarragona había caído otra vez en poder de moros.—Origen de Reus y lugares vecinos.—Contiendas entre el príncipe y el arzobispo de Tarragona.—Media el rey.—Asesinato del arzobispo Hugo de Cervelló.—Fundación de Teruel.

(De 1168 á 1171.)

Dejando, pues, la Provenza encomendada á su hermano Pedro, á quien desde este momento llamaremos Ramón Berenguer, Alfonso se vino á Cataluña y pasó á Aragón antes de terminarse el año 1168; pero es preciso dejar consignado, por lo que hemos de ver más adelante, que antes de partir de Provenza, quedó estrechamente unido con Roger el nuevo vizconde de Beziers y de Carcasona, quien bajo su protección y señorío, disfrutó pacíficamente de los dominios que habían pertenecido á su padre Raimundo Trencavello [1].

Sin detenerse apenas en Barcelona, pasó Alfonso á Zaragoza con el ejército de Cataluña [2]. Llamábale precipitadamente un asunto de importancia, pues que á la sazón, por efecto de algunas hostilidades, la sana política aconsejaba que Aragón y Castilla viviesen en buena paz y concordia. Fueron y vinieron mensajes de

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 21.
2 Feliu de la Peña, lib. XI, cap. I.

un rey á otro, hubo embajadas de una á otra corte, y se consiguió la buena armonía de sacar á plaza el castellano las injustificables pretensiones del emperador Alfonso respecto al vasallaje de los aragoneses 1.

Hallándose en Zaragoza, Alfonso confirmó los fueros y privilegios concedidos antes al clero, á la nobleza y á las poblaciones, y en seguida dió comienzo á la guerra con los moros; pues lleno de juvenil ardor guerrero, ansiaba recobrar de los enemigos de Cristo las plazas que aún retenían en su territorio, terminando la restauración de Aragón, como su padre, de buena y santa memoria, había terminado la de Cataluña.

No habían permanecido, sin embargo, dormidas las armas de los catalanes y aragoneses durante la ausencia de su rey, pero á la llegada de éste, hízose la guerra en mayor escala. Alfonso tremoló al aire el pendón de las barras, y al son de sus trompas bélicas congregó á la flor de la caballería aragonesa y catalana. Arrojados los moros de la ribera occidental del Ebro, fueron entonces desalojados de las riberas del Algas y del Matarraña, se les ganaron muchos pueblos, y se acabó por poner cerco á la agarena Caspe, que era un lugar muy principal, cuya fuerza había tal vez retardado durante medio siglo el progreso de las armas aragonesas acantonadas en la vecina Alcañiz. Los hospitalarios, los templarios y algunos caballeros de Santiago sirvieron mucho y muy bien en esta guerra, que ocupó á las armas del rey durante el año 1169. Caspe fué después cedida á los caballeros hospitalarios, y Alcañiz fué dada en encomienda á los de Calatrava 2.

Pero mientras las armas del rey de Aragón se cubrían de gloria y conquistaban inmarcesibles lauros en estas

1 Lafuente.—Ortiz de la Vega.—Cortada.

2 Zurita.—Feliu de la Peña.—Ortiz de la Vega.—Cuadrado.

tierras, los muros de Beziers las vieron penetrar traidoramente en su recinto para cubrirse de ignominia en una noche de horrores, de luto y de sangre. Ninguna de nuestras crónicas, que yo sepa, refiere el hecho de que voy á dar cuenta, pero nárranlo minuciosamente, y con sombríos colores, las del Languedoc y Provenza, y particularmente las memorias de Beziers. Si nuestros cronistas, adrede ó por olvido, lo han ocultado, no es bien que yo les siga en este punto; que no es cordura faltar á la verdad por el vano placer de disfrazar un hecho que puede no sernos favorable. La verdad debe decirse siempre en historia. Y no importa que en la nuestra haya algunos lunares, y se digan; yo prometo decir por lo menos los que encuentre, que así han de resaltar más y más los muchos nobilísimos y muy altos ejemplos de virtud y de patriotismo que brillan en nuestros anales, y de los que guardamos un tesoro como puedan tenerlo pocas naciones.

He aquí el hecho, tal como lo cuenta un antiguo historiador, y lo refieren, con ligeras variaciones de detalles, las crónicas del Languedoc [1].

Ya sabemos que, á consecuencia de discordias entre nobles y ciudadanos de Beziers, estos últimos habían penetrado un día sublevados en la iglesia de Santa Magdalena, donde se hallaba el vizconde Trencavello, á quien asesinaron, lo propio que á algunos nobles que acertaban á estar con él en aquellos momentos, sin respeto á la santidad del lugar y á la presencia del obispo. Ya sabemos también que Roger, el hijo de la víctima, pidió apoyo al rey de Aragón, y unido con él, sitió la ciudad, que se resistió valerosamente, entrando entonces en tratos Roger con los sublevados, y perdonándo-

1 Guillermo Nebrija, lib. II, cap. II.—*Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 24.

les la muerte de su padre, bajo condición de volver á su dominio y reconocerle por su señor. Por este convenio, las puertas de Beziers fueron abiertas á Roger; el rey de Aragón se retiró, y el hijo de Trencavello fué reconocido como su vizconde y señor inmediato por los habitantes de la ciudad.

Había ya pasado de esto un año, ó cerca de él, cuando uno de sus cortesanos echó cierto día en cara á Roger el haber vendido la sangre de su padre á los ciudadanos de Beziers. Este pérfido recuerdo encendió en ira á Roger, que juró castigar á los habitantes de una manera estrepitosa, aun cuando ya les hubiese perdonado. Al efecto, recurrió á su protector el rey de Aragón, que le envió un cuerpo considerable de tropas, *bajo pretexto de la guerra que tenía que sostener el vizconde contra el conde de Tolosa*, quien, en efecto, acababa de declarársela.

Para no despertar sospechas en los habitantes de Beziers, Roger difundió la voz de que, habiendo sabido que el conde de Tolosa meditaba una próxima irrupción en sus dominios, pidiera auxilios al rey de Aragón. Dirigióse en seguida á Beziers, donde se presentó en persona á fines del 1169, y suplicó á los habitantes que alojasen á su paso á las tropas aragonesas, facilitándolas víveres, y recibiéndolas como amigas y auxiliares. Las tropas de Aragón, por su parte, para evitar toda sospecha, se dividieron en partidas, y fueron entrando sucesivamente en Beziers, siendo alojadas en las casas de los ciudadanos, que sin el menor recelo las admitieron.

Así que los soldados aragoneses se vieron por este medio dueños de la ciudad, tomaron repentinamente las armas, á cierta señal convenida de antemano; arrojáronse sobre los indefensos y desprevenidos ciudadanos, y prendieron á unos, acuchillaron á otros y ahorcaron á

los más, *haciéndoles así pagar la justa pena de su crimen,* dice con horrible candidez la crónica. Solo se dió cuartel á los judíos, que al parecer no habían manchado sus manos con la sangre de Trencavello, á las mujeres y á las jóvenes, con las que los soldados del rey de Aragón se casaron en seguida para repoblar la ciudad.

Tal es el hecho, por cierto terrible y desconsolador en alto grado. Lo consigno con pena; y aun cuando veo que debe dársele crédito, pues lo admiten autores de nota, y hasta los Maurinos lo refieren con relación á una escritura privada de Beziers, es muy probable que esté algo exagerado en los detalles, ya que no en el fondo.

A principios del 1170, las crónicas nos presentan al rey de Aragón ocupado en recorrer parte de sus estados. Estuvo primero en Ribagorza, residiendo por algún tiempo en Roda, de donde pasó á Huesca y luego á Jaca, á cuya ciudad dice Zurita que llegó el último día de Abril. Parece que los empeños que hubo en cortar las desavenencias entre Aragón y Castilla, acabaron por no obtener resultado. No tardó en encenderse la guerra entre ambos estados, y por cierto que en esta ocasión la victoria se divorció de los pendones aragoneses.

Entró D. Alfonso en Castilla, y fué á poner cerco á la ciudad de Calahorra; pero se lo hizo levantar, desastrosamente para los nuestros, D. Gutierre Fernández de Castro, capitán castellano, de quien se dice que llegó á ganar las banderas de Aragón, las cuales fueron puestas á su muerte sobre su tumba, como militar trofeo [1].

La guerra, parece que no continuó. Pudo la política

1 . Zurita, lib, II, cap. XXVIII.—Blancas, en la vida de D. Alfonso II.

volver á recobrar su imperio, y se convino en que ambos reyes, el de Aragón y de Castilla, tuviesen una entrevista en Sahagún, á cuyo punto acudieron entrambos con lucido cortejo. Entre los que acompañaban al aragonés, se cita á los obispos de Barcelona y Zaragoza, á Ramón de Moncada, al vizconde de Cardona Ramón Folch y á Guillermo de San Martín. Con el rey de Castilla iba el conde Armengol de Urgel, que por lo visto pertenecía entonces á su bando. Concertáronse paces y concordia entre ambos monarcas; diéronse mutuamente en garantía algunas fortalezas, y tan amigos quedaron, que el castellano se vino con el aragonés á Zaragoza, de donde entrambos pasaron luego á Tarazona, para recibir á Leonor, hija del rey de Inglaterra, destinada para esposa del de Castilla.

Las bodas de éste se celebraron en Tarazona, siendo testigo D. Alfonso, y teniendo lugar grandes y extraordinarios festejos. Separáronse entrambos monarcas muy amigos, y en pago de la espléndida hospitalidad que dió el aragonés al castellano, éste le salió garante de que el rey moro de Murcia, que le retardaba el pago de las parias, le satisfaría las acostumbradas y las que le debiese de los años anteriores.

D. Alfonso movió entonces sus armas contra los moros, y continuó la guerra de la reconquista por la parte de Sierra Ibubeda, tomando las fortalezas y lugares que tenían los enemigos en las márgenes de los ríos Guadalaviar y Alhambra [1]. También hizo la guerra á algunos moros que se habían hecho fuertes en las montañas de Prades y de Ciurana, y aún hay quien afirma que un jeque enemigo, por nombre Entenza, viéndose reducido á la última extremidad, se dió á partido y se hizo cristiano, si bien Zurita opina que esto es una

1 Feliu de la Peña, lib. XI, cap. I.

imaginación de las muchas de que andan llenas ciertas historias, y refiere cómo los Entenza son una muy antigua, muy noble y muy cristiana casa de Aragón, que tuvo su solar en Ribagorza [1].

Por este mismo tiempo, y corriendo el año árabe de 1170 á 1171, los historiadores muslimes, ya que no los aragoneses ni los catalanes, nos dicen que Tarragona estaba sitiada por los cristianos. Cuándo y cómo había caído esta ciudad en poder de los moros, cállanlo los historiadores árabes, y nada de ello rezan los nuestros. Es otro de los puntos oscuros de nuestros anales, tanto más, cuanto ninguna luz nos dan los cronistas sobre los hechos que voy á referir, extractándolos de los árabes, únicos que hablan de ellos, por lo que á mi noticia ha llegado [2].

El rey ó emir almoravide Ebn Sad, gobernaba en la parte oriental de España. Pasaba lo más del tiempo en Valencia, y desde allí recorría sus estados y las ciudades de su señorío, que eran todas las de la costa del mar Mediterráneo, desde Tarragona hasta Cartagena, apellidada por los árabes El Halfah. Los almohades por un lado, y la rebeldía de algunos de sus gobernadores por otro, pusieron á Ebn Sad en grave aprieto. Parece que entonces abandonó Valencia y se retiró á Tarragona. Así se desprende de la narración, bastante confusa y demasiado circunscrita, de las historias árabes. El hijo de Ebn Sad, llamado Abu El Hedjaj, fué enviado con numerosas tropas contra Valencia, que se había levantado en favor de los almohades, y púsola cerco por mar y tierra. Ocupado estaba en ello, cuando recibió un mensaje de su padre, ordenándole que fuera á socorrerle en Tarragona, donde le estaban acosando

1 Zurita, lib. II, cap. XXX.

2 Conde, cap. XLVIII de la parte 3.ª — Romey, cap. III de la parte 3.ª

los cristianos. Acude Abu El Hedjaj por tierra, al frente de un escogido y numeroso cuerpo de caballería, y acude por mar el almirante Aly Ben Kassem. Entre Tortosa y Tarragona tuvieron lugar varios encuentros con suerte favorable unas veces á los moros y otras á los nuestros; pero el caudillo Aly Ben Kassem venció en el mar á los cristianos en horrible combate, tomó algunas naves y les quemó muchas con extraordinaria matanza de gentes. Sin embargo de esto, se desprende claramente de las relaciones árabes, que Tarragona sucumbió cayendo en poder de los soldados de Cristo.

Pero ¿quién fué el héroe de los nuestros que llevó á cabo esta empresa? Se ignora. Ya he dicho que ni una palabra consagran á estos acontecimientos las crónicas catalanas y aragonesas. Para ellas Tarragona no volvió á ver tremolar en sus torres las muslímicas enseñas desde que fué dada á San Olegario. Y no obstante, aparece claro y patente este recobro de Tarragona por los cristianos en 1171, como también hay indicios para sospechar que fué nuevamente reconquistada por los moros en 1174 [1].

De todos modos, si Tarragona cayó en poder de los moros antes del 1171, debió ser por muy corto tiempo, y hemos de aceptar el dato que nos dan sus mismos historiadores de haber sido reconquistada en dicho año por los cristianos.

Tarragona y su campo proseguían siendo posesión del arzobispado. Ya sabemos que San Olaguer ú Olegario había dado en feudo, y con el título de príncipe, dicha ciudad á Roberto Aguiló, llamado también Burdet. Este y sus capitanes, y luego sus sucesores, fueron extendiendo sus conquistas, y bien pudieron ser ellos los que perdieran y luego recobraran la ciudad.

1 Conde, cap. XLIX.

Estas conquistas de aquellos bravos defensores y mantenedores de la patria independencia, se habían ido paulatinamente extendiendo por todo lo que después se llamó campo de Tarragona. La bellísima y pintoresca vega, jardín de Cataluña, que hoy se ve al pie de los vetustos paredones de la capital romana, consistía en aquellos tiempos en una serie de bosques de seculares encinas, por entre los cuales discurrían el ciervo y el jabalí. Teatro de sangrientas batallas fueron estas selvas, de las que paso á paso se iban apoderando los cristianos, quienes comenzaron á poblar el sitio pintoresco en que hoy se alza la esforzada Reus y los terrenos y lugares vecinos como Riudomps, Salou, Cambrils, Vilavert, Albiol y Constantí.

Surgieron en esto graves desavenencias con motivo de la posesión de Tarragona, las cuales acabaron por dar un funestísimo resultado. A San Olegario había sucedido el arzobispo Bernardo Tort. Éste halló medio de que Roberto Aguiló le hiciera cesión del derecho que tenía en Tarragona y renunciara el Principado. Todo induce á creer que esta cesión le fué arrancada á la fuerza á Roberto, ya porque se hallase ó creyese hallarse en los últimos momentos de su vida, ya porque fuese amenazado. De todos modos, se suscitaron muchas y gravísimas contiendas entre el arzobispo Bernardo y el príncipe Roberto sobre nulidad de la renuncia hecha por éste; contiendas y altercados que luego se renovaron entre el arzobispo Hugo de Cervelló, sucesor de Bernardo Tort, y la viuda y los hijos de Roberto.

La familia de Aguiló ó Burdet, convencida de que por vía judicial nada conseguiría, trató de alcanzarlo por vías de hecho, para lo que, valiéndose de sus deudos y amigos, que eran muchos y poderosos, y en especial de Guillermo de Claramunt, uno de los principales señores de la época, puso gente en campaña y se

apoderó del castillo de Constanti, exigiendo de los habitantes de los contornos los tributos y gabelas que debían satisfacer al arzobispo. Viéndose éste imposibilitado para defenderse contra gente tan poderosa, acudió al rey Alfonso, quien envió un severo mensaje á Guillermo de Aguiló, hijo mayor de Roberto, disponiendo que tanto él como el arzobispo fueran á encontrarle en Tortosa, donde se hallaba, á fin de alegar sus derechos. Acudieron en efecto, y Alfonso se declaró en favor del arzobispo, mandando que los hijos de Roberto le reintegrasen de todos los perjuicios ocasionados.

La cólera de la familia Aguiló llegó á su colmo con esta sentencia; enconáronse más los ánimos; encendióse el odio, y el 22 de Abril de 1171 el arzobispo Hugo moría asesinado á puñaladas por Guillén Aguiló, el hijo de Roberto, á quien parece que auxiliaron sus hermanos. Grave escándalo movió este crimen: envió el Papa legados al rey de Aragón; excomulgóse á los matadores, y se procedió contra ellos tomándoles sus bienes; pero, sin embargo, debe observarse que el Guillén Aguiló, causador de todo, se quedó con la tercera parte de la villa de Valls y su tierra, lo cual hace creer que se trató de componer y arreglar el negocio, y hasta se continuó llamando Guillén de Tarragona. Por lo que toca á esta ciudad, desde entonces quedó dividida la jurisdicción temporal entre el rey de Aragón y el arzobispo, habiendo conseguido éste que en 1173 se le confirmara la donación que Ramón Berenguer hiciera á San Olegario [1].

Concluyó gloriosamente el año 1171, adelantando los aragoneses su frontera hasta las márgenes mismas del

1 Archiespiscopologio de Blanch.—Zurita, lib. II, cap. XXXI.—Hernández: *Tarragona árabe* (inédita).—Andrés de Bofarull: *Anales históricos de Reus* y *Guía de Reus*.

Guadalaviar, con amenaza ya á las ricas llanuras de Valencia. Aquel sitio y aquella frontera se llamaron Teruel. Así nació la famosa ciudad de más tarde. Con la sangre de sus bravos defensores fueron amasados sus cimientos: empuñando á un tiempo el azadón y la espada, los primeros pobladores levantaron y defendieron sus viviendas, haciéndose dignos de sus franquicias y libertades. Dice Zurita que la naciente villa fué dada entonces en feudo á Berenguer de Entenza, pero no hallo que hablen de ello las memorias de Teruel escritas por Quadrado.

CAPÍTULO IV.

Expedición á Valencia.—Vasallaje de los moros y sitio de Játiva.—Guerra con Navarra.—Alianza de los reyes de Castilla y Aragón contra el de Navarra y el señor de Azagra.—Alfonso en Montpeller.—El rey de Aragón sucede en el condado de Rosellón.—Constituciones de paz y tregua, dadas por Alfonso al Rosellón.—Otras leyes dadas por Alfonso.—Casamiento del rey de Aragón con Sancha de Castilla.—Guillermo de Montpeller casa con la hija del emperador de Constantinopla.—Desembarco de moros en Tarragona.—Entrevista con el conde de Tolosa.—Asamblea en Beaucaire y magnificencia de los nobles.

(De 1172 á 1174.)

Con la fortificada Teruel, cuerpo avanzado que debía mantener en continua alarma á los moros de Valencia, halló el rey la puerta abierta para introducirse en este reino. Ideó una expedición hasta llegar á los muros de la ciudad gentil que se mira complacida en su cristal del Turia, y decidió llevarla á cabo, de conformidad con el parecer y consejo de sus más bravos capitanes. Supónese que el mismo Alfonso se puso al frente de la hueste expedicionaria, penetrando en tie-

rras de Valencia, y llegando en efecto hasta las puertas de esta ciudad, cuyas vegas mandó quemar y talar.

El emir moro, viendo el grave daño que la tierra recibía, quiso alejar la expedición aragonesa ofreciéndose á pagar los gastos de la entrada, á doblar las parias que venía satisfaciendo y á prestar auxilio al aragonés contra los moros del reino de Murcia. Aceptó Alfonso las ofertas, pero, sin embargo, le vemos marchar contra Játiva y poner sitio á esta ciudad, de la cual quizá se hubiera apoderado, si apresuradamente no hubiese tenido que volverse á las márgenes del alto Ebro para hacer frente al navarro, que, aprovechando lo fácil de la ocasión y rompiendo las treguas, acababa de penetrar en el territorio aragonés. Sabedor de ello Alfonso, admitió las ofertas del rey de Valencia, levantó el sitio de Játiva, aceptó el vasallaje y tributo que por la paz le ofrecía el rey de Murcia, y se volvió á reparar los daños de su casa, para lo cual le pareció tener bastante con los aragoneses, despidiendo á los catalanes [1].

En seguida que hubo regresado á sus tierras, determinó D. Alfonso salir al encuentro de D. Sancho de Navarra; pero excusóse la batalla entre ambos monarcas, porque el navarro repartió sus gentes por sus fronteras. Alfonso penetró con gran poder por la parte de Tudela é hizo mucho daño, destruyendo algunos lugares y castillos y apoderándose del fuerte de Arguedas.

Por aquel tiempo mismo firmó Alfonso alianza con el castellano, no sólo para rechazar al rey de Navarra en sus agresiones, sino también para hacer la guerra al señor de Albarracín, Pedro Ruiz de Azagra, cristiano aliado con los moros y con el navarro, y muy amigo de redondear sus tierras á expensa del aragonés y del

1 *Historia de Aragón* del Anónimo, adicionada por Foz, tomo II, pág. 24.

castellano. No falta quien asegure que de la repartición de los despojos del señor de Albarracín, antes de poderlos ganar, pues los Azagras se conservaron por mucho tiempo independientes, origináronse fuertes desavenencias, á las que debió poner término en todo caso el casamiento del aragonés con la infanta de Castilla, efectuado más adelante. De todos modos, el señor de Albarracín prosiguió por de pronto independiente, titulándose sólo *vasallo de Santa María*, y el aragonés continuó su guerra con el navarro, que fué larga y cruel [1].

El último tercio del año 1172, debió Alfonso pasarlo en Montpeller, según fundadamente sospecho, aun cuando tampoco nos digan nada de este viaje nuestros cronistas, poco atentos por lo regular y poco informados de lo que acaecía entonces á la otra parte de los Pirineos.

Acababa de morir Guillermo VII, señor de Montpeller. Por su testamento instituyó heredero á su hijo Guillermo VIII, pero le puso á él, á su hermano Guy, á sus vasallos y á todos sus dominios, bajo la protección de *Alfonso, rey de Aragón, su señor* [2]. Entonces pasó nuestro soberano á los estados de Montpeller, donde para crear embarazos á su constante enemigo el conde de Tolosa, se declaró protector de Beltrán Pelet, quien le hizo donación del condado de Melgueil. Sin embargo, este condado acababa de pasar á poder del conde de Tolosa, por medio del matrimonio del hijo de éste con Ermesinda de Pelet, condesa de Melgueil.

Un nuevo pueblo vino á reclamar la atención y cuidados del rey-trovador, como llaman las crónicas rosellonesas á nuestro Alfonso de Aragón. Guinardo II, conde del Rosellón, que no tenía hijos, hizo su testa-

1 Zurita, lib. II, cap. XXXII.—Cuadrado: *Aragón*.—Lafuente.

2 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 28.

mento, fechado en 4 de las nonas de Julio de 1172, legando todos sus dominios, á saber, el condado de Rosellón y los derechos que tenía sobre los de Peralada y Ampurias, al rey Alfonso II de Aragón, *su señor*, hijo del conde de Barcelona, Ramón Berenguer IV [1].

Si hemos de dar crédito al cronista Bosch [2], el conde Guinardo, que él llama *Guirart*, hallándose afectado por una grave dolencia, y viéndose sin hijos, convocó á muchos de sus vasallos y á los síndicos de las villas y lugares del Rosellón, á quienes pidió que deliberasen y eligiesen el rey y señor que debía gobernarles, muerto él. La asamblea, dice Bosch, se pronunció unánimemente por el rey de Aragón, y el conde dictó entonces su testamento en conformidad con lo deliberado y resuelto por sus vasallos.

Muerto el conde Guinardo (I), Alfonso pasó inmediamente á Rosellón, y probablemente permaneció en Perpiñán, la capital de su nuevo condado, todo el tiempo que medió hasta principios del 1174, que es cuando le volvemos á ver presentarse en nuestras crónicas aragonesas-catalanas. Debió permanecer en el Rosellón durante todo el año 1173.

A su llegada á Perpiñán, Alfonso confirmó los privilegios que tenían ya los habitantes, uno de los cuales era el de regirse por sus leyes propias y por el derecho romano, y se ocupó en aumentar las fortificaciones de la plaza. Dueño del Rosellón, dice Henry, Alfonso puso toda su solicitud en purgar aquella tierra de los males que la infestaban. Inmediatamente después de haber tomado posesión, convocó en Perpiñán á los principales barones y señores del país y les hizo jurar la observancia de una ley que había mandado redactar

1 Puede leerse este testamento en las pruebas núm. VIII del tomo I de la *Historia de Rosellón*, por Henry.

2 *Titols y honors*, pág. 172.

bajo el título de *Constituciones de paz y tregua*, de acuerdo con el arzobispo de Tarragona y los obispos de Barcelona y Elna. Estas *Constituciones*, que fueron después aplicadas á toda Cataluña, dan á conocer cuáles eran los males á que el monarca aragonés creía deber aplicar pronto remedio. El primer artículo era concerniente á las iglesias y cementerios á cada instante profanados; el segundo prescribía que aquellos á quienes se hubiese despojado, y cuyos objetos robados se hallaran en las iglesias, debían dirigirse al rey ó al obispo para obtener justicia; el cuarto y el quinto garantizaban la seguridad de los clérigos, de los monjes, de las viudas, de los religiosos, de los templarios y hospitalarios de San Juan de Jerusalem; el sexto ponía especialmente bajo la protección real á todos los cultivadores con sus capitales de explotación. El príncipe prohibía muy en particular por el séptimo artículo, robar ó destruir los animales de cualquier especie, fuesen ó no consagrados á la agricultura, así como los instrumentos aratorios. Se conoce que esta disposición era quizá la más principal para el monarca, pues se le ve insistir en ella en los otros artículos, encomendando que estos capitales de las granjas ó casas de labranza se hallen constantemente bajo el beneficio y amparo de la paz y tregua. Las vías y caminos públicos quedaron también colocados bajo la protección de la ley, y el monarca quiso que los viajeros pudiesen discurrir de allí en adelante con toda tranquilidad, advirtiendo que quien osara atacarles fuese castigado por crimen de lesa majestad (II).

Esta ley produjo grandes beneficios al Rosellón, cuyo condado, al recibir el impulso que le dió la mano justiciera del aragonés monarca, comenzó á florecer progresivamente en industria, en artes y en ciencias. Los roselloneses aman mucho la memoria de Alfonso II, y no es por cierto de extrañar, ni de loar tampoco, pues

con ello cumplen un deber de justicia y de gratitud para con un rey que fué para ellos humano, sabio, activo, buen padre y mejor legislador.

Todos los años iba Alfonso á pasar algún tiempo en Perpiñán, y su presencia era siempre marcada por algún acto legislativo en beneficio de los habitantes. Por uno de estos actos, que tiene su fecha en el mismo 1173, dió á los acreedores el derecho de hacer poner en venta los bienes de sus deudores, excepto los bueyes de labranza, que se consideraban como sagrados. En 1175 confirmó por segunda vez los privilegios de la ciudad, añadiendo algunas nuevas disposiciones. La más importante fué que ningún perpiñanés pudiese ser juzgado sino en su ciudad, y este precepto, que más tarde se extendió á todo el Rosellón, dió lugar al establecimiento de un tribunal soberano en la provincia, cuando ésta pasó á estar bajo la dominación francesa [1]. Alfonso dictó también varias leyes de policía urbana que cambiaron el aspecto de la ciudad, remedió no pocos males, atendió á las necesidades públicas, y acabó por hacerse adorar de sus súbditos.

El rey abandonó por fin á Perpiñán y regresó á Zaragoza, en donde el 18 de Enero de 1174 celebró sus desposorios con la infanta Doña Sancha de Castilla, á tenor ya de antiguos conciertos, según no podrán menos de recordar los lectores. Sin embargo, este matrimonio, aunque de tan lejos venía pactado, estuvo á punto de no efectuarse. El por qué y cómo, lo explica un historiador [2] diciendo que, con motivo de su guerra con Navarra, nuestro D. Alfonso se había concertado con el rey de Castilla para repartirse entre los dos las tierras de Navarra, como también las de los moros, poniendo

1 Henry, lib. I, cap. V.

2 *Historia de Aragón* por el Anónimo, adicionada por Foz, tomo II, pág. 24.

para la mutua seguridad, varias plazas en rehenes por una y otra parte.

En este número entró Ariza, que era una de las llaves de Aragón para defenderse de Castilla; pero con la condición de que, entregándose su castillo al castellano, quedase la villa por Aragón. Efectuóse así, mas el alcaide castellano tuvo maña de atraerse el pueblo y hacerse suya la villa. Pidió el aragonés monarca la restitución, por ser semejante usurpación contraria á los tratados; pero como la prenda era tan apreciable, sentía en extremo soltarla el castellano, y daba pocas esperanzas de quererlo hacer; por lo cual, dolido nuestro D. Alfonso, quiso despicarse desechando á la infanta de Castilla, con quien desde su niñez tenía tratado el casamiento. Á este fin, envió á pedir la hija del emperador de Constantinopla, Manuel Comeno I, y éste admitió el partido con tanta priesa, que sin esperar la ratificación, despachó luego á su hija Matilde [1]; pero al llegar esta princesa con su comitiva á Montpeller, recibió la noticia de que ya el rey de Aragón se había casado con Doña Sancha de Castilla, porque habiéndole restituído el castellano á Ariza, cesó con el motivo la queja, y se convino en cumplir sus primeros empeños.

Por lo que toca á la desairada princesa griega, no pasó de Montpeller. Quería desde allí volverse á su país, acompañada del obispo y de los dos magnates que la escoltaban; pero le ofreció su mano Guillermo, señor de Montpeller, y por fuerza más que de grado se resolvió á aceptarla, según se desprende de la relación que hace de este suceso el rey D. Jaime en la crónica que escribió de su propia vida este gran monarca [2]. Los

1 Según los historiadores de Languedoc, tomo III, pág. 38, esta princesa se llamaba Eudoxia.

2 Crónica del rey D. Jaime, traducida y anotada por los Sres. Flotats y Bofarull, cap. I.

acompañantes de la princesa hubieron de ceder á la voluntad de Guillermo de Montpeller, que amenazaba con no dejarles partir de la ciudad si no accedían á su matrimonio. Dióles Guillermo el breve plazo de un día para resolver, y entonces ellos, viendo que no tenían otro recurso, accedieron á dar á Guillermo la mano de la princesa, sacando el mejor partido posible de aquella boda, y estipulando que el hijo ó hija que naciese de ella tuviese durante su vida el señorío de Montpeller. Conformóse Guillermo, celebróse aquel forzado matrimonio, y de él nació con el tiempo una hija que se llamó María, y que fué, según veremos, la madre de nuestro gran D. Jaime. Á esta circunstancia especial y extraña, debió nuestro *Conquistador* el descender por línea materna de los emperadores de Constantinopla, como si todo debiese ser sobrenatural y extraordinario en el hombre de cuya fama aun hoy mismo va lleno el mundo todo.

El año 1174 comenzó, pues, para la CORONA DE ARAGÓN, con el casamiento de D. Alfonso con la infanta Doña Sancha, hija del emperador Alfonso de Castilla y de aquella Riquilda que al enviudar había casado con el conde de Provenza. Grandes fiestas tuvieron lugar en Zaragoza á causa de este enlace, á las cuales asistieron los más renombrados señores de Aragón y Cataluña.

Poco después de este matrimonio, es cuando debió tener lugar aquella furiosa embestida contra Tarragona, de que nos hablan las historias árabes, y que callan por cierto nuestras crónicas. Á tenor de lo que dicen los historiadores recopilados por Conde [1], la fortuna favoreció tanto al emir llamado el Amuminín, que se vino sobre Tarragona y la conquistó, penetrando sus vencedoras tropas en nuestra tierra *como espantosa tem-*

1 Cap. XLIX de la 3.ª parte.

pestad de truenos y relámpagos, y talaron y arrasaron á sangre y fuego, matando y cautivando á los moradores, robando sus ganados y estragando frutos. Sin embargo, si hemos de dar crédito á los autores de la misma nación consultados por Romey [1], el emir no consiguió entrar en Tarragona, cuya ciudad se defendió valerosamente. No pudiendo, pues, rendirla, se desagravió talando campiñas, degollando á diestro y siniestro, y volviéndose á embarcar después de haber recogido un pingüe botín de cautivos y tesoros.

Antes de terminar este año, volvió el monarca aragonés á su fiel y adicta ciudad de Perpiñán, donde sabemos que estaba en Noviembre, gracias á una escritura que firmó y se halla en las pruebas de la *Historia del Languedoc* [2]. Esta escritura nos descubre también precisamente el objeto que aquella vez llevó al rey á la otra parte de los Pirineos, pues se lee al final la siguiente cláusula: «*Actum est hoc apud Perpinianum, mense Novembri*, anno D. I.—MCLXXIIII. *cum scilicet dominus rex veniens de partibus Aragoniæ, ad colloquium comitis Raimundi tendebat.*» Es decir, que Alfonso había partido de Aragón para celebrar una conferencia con el conde Raimundo de Tolosa. Dónde tuvo lugar esta conferencia, y qué resultado dió, es lo que se ignora. Por lo que dicen los historiadores del Languedoc, puede sospecharse, que la entrevista de ambos príncipes fué en Meuillón, pero no pasa de ser esto una conjetura. Más ó menos encendida, y apelando, ya á las armas, ya á la diplomacia, la guerra entre el rey de Aragón y el conde de Tolosa continuó hasta 1176, como veremos.

También, aunque sin éxito, había mediado entre ambos príncipes el rey Enrique II de Inglaterra, al objeto

1 Cap. III de la 3.ª parte de su *Historia de España*.

2 Tomo III, prueba XIII, col. 124.

de ponerles en paz. Para conseguirlo, provocó una gran asamblea en Beaucaire, antes de terminarse el año 1174. Ni el rey de Aragón ni el conde de Tolosa asistieron *por ciertas razones*, dice la crónica, de modo que de nada sirvió todo aquel gran aparato. Sin embargo, se presentaron muchos señores y caballeros de Provenza y de otras provincias vecinas, atraídos por el deseo de desplegar su galantería y magnificencia. El conde de Tolosa dió 100.000 sueldos á Raimundo de Agout, señor provenzal, que al momento los distribuyó entre los *diez mil caballeros* que asistieron á la asamblea. Se hicieron extravagancias de lujo. Beltrán Raibaut hizo labrar los alrededores de su castillo y mandó sembrar hasta 30.000 sueldos en dineros. De Guillermo Gros de Martell, que llevaba 300 caballeros en su comitiva, se cuenta que hizo guisar todos los manjares en su cocina con fuego de hachas de cera. La condesa de Urgel, envió una corona, estimada en 40.000 sueldos, que parece debía ser el premio destinado para el rey de los bateleros, en caso de haberse efectuado las fiestas. Raimundo Venous quiso sobrepujar á los demás, y terminó la fiesta con un espectáculo que excedió á todas las extravagancias y excentricidades. Mandó traer treinta hermosos caballos suyos y los hizo quemar en presencia de toda la asamblea [1].

Todos estos festejos y demostraciones fueron, sin embargo, inútiles. La mediación del rey de Inglaterra no tuvo resultado; y la guerra entre el rey de Aragón y el conde de Tolosa, continuó por el pronto.

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 37.—*Arte de comprobar las fechas*: tratado de los condes de Provenza.

CAPÍTULO V.

Conquistas de los castillos de Milagro y Legín.—Vuelve el rey á Provenza.—Tratado de paz entre el rey de Aragón y el conde de Tolosa.—Alfonso marcha contra Niza.—Asiste al rey de Castilla en la toma de Cuenca.—Entra en el reino de Murcia.—Proyecto de pasar á Mallorca.—Nueva entrada de Alfonso en el reino de Murcia.—Nueva entrevista y convenio con el castellano.—Embajadas del de Aragón al de Castilla sobre pretensión de agravios.

(De 1174 á 1179.)

La guerra con Navarra prosiguió, teniendo ocupado á nuestro monarca durante el año 1175. Consiguiéronse por nuestra parte algunas ventajas. Por el mes de Julio se tomaron el castillo y villa de Milagro, situados en muy alto cerro de la otra parte del Ebro, entre Calahorra y Alfaro, mandándose que fueran demolidos y asolados, porque desde allí se hacía mucho daño á las fronteras de Aragón. También se tomó más adelante á los navarros el castillo de Legín, talándoles y destruyéndoles la tierra vecina [1].

Dando esta guerra de Navarra alguna tregua, dejó el rey las plazas fronterizas con fuerte presidio, encomendó el gobierno á su esposa Doña Sancha que, según parece de antiguas memorias, era señora de ánimo varonil, y volvióse al Rosellón y á Provenza, donde exigían su presencia los asuntos de ambos países, y á donde le llamaba un juramento de venganza, ya que aún le faltaba vengar á su deudo el Ramón Berenguer, muerto al pie de los muros de Niza.

Hallándose el aragonés en Provenza terminó sus di-

1 Zurita, lib. II, caps. XXXII y XXXIII.

ferencias con el conde de Tolosa. Ambos príncipes tuvieron una entrevista en la isla de Gernica el 18 de Abril de 1176, y ajustaron un tratado de paz y concordia entre ambas casas, mediando el gran maestre de los templarios Hugo Vifredo de Marsella [1]. Según parece, este caballero quedó encargado de estipular y redactar el tratado de paz, asistido de parte del rey por Ramón de Moncada, Guy Guerrejat de Montpeller y Arnaldo de Vilademuls, y de parte del conde por Ermengarda, vizcondesa de Narbona, Ismidón de Paute y Guillermo de Sabrán. A juicio de estos siete árbitros, se estipuló lo siguiente:

1.° Raimundo cedía á Alfonso, mediante la suma de 3.100 marcos de plata, todos los derechos que pretendía tener sobre los condados de Arles ó de Provenza. 2.° El rey y el conde prometían hacerse mutua justicia sobre el vizcondado de Gevaudán, poseído por el primero, y sobre el condado de Melgueil y el castillo de Albarón, poseídos por el otro, de suerte que sus diferencias sobre estos dominios quedasen indecisas y cada uno en posesión de lo que tenía. 3.° El rey empeñaba al conde el castillo de Albarón y sus dependencias, la isla de Camargo y algunas otras del Ródano, hasta haberle pagado los 3.100 marcos de plata. 4.° Ambos príncipes se perdonaban el daño que se habían hecho en la guerra y prometían vivir en adelante como buenos amigos y aliados.

Aceptaron entrambos el juicio de los árbitros, y firmaron este tratado en presencia de muchos prelados y nobles señores de ambas cortes.

1 Zurita y los demás cronistas aragoneses y catalanes caen en graves errores siempre que hablan de los sucesos de Provenza y del Rosellón, cosa muy natural por la falta de datos y crónicas en sus tiempos. El autor sigue en todo lo que se roza con aquellas comarcas, las crónicas é historias particulares del país, como mejor reseñadas.

Concluído este asunto, el rey de Aragón, seguido de sus hermanos Sancho y Ramón Berenguer (Pedro), á quien diera el condado de Provenza para poseerle bajo su autoridad, marchó en el siguiente mes de Junio contra la ciudad de Niza, á fin de vengar en sus habitantes la muerte del Ramón Berenguer, conde de Provenza, su primo. Con poderoso ejército se presentó al pie de sus murallas, pero, aplacado al ver la sumisión que los habitantes le mostraron, enviándole diputados que intercediesen por ellos, les perdonó mediante cierta cantidad de dinero y el juramento de fidelidad que le prestaron [1].

Llevada á cabo esta empresa, regresó Alfonso á Cataluña y Aragón; y por cierto que durante su ausencia supo portarse como buena reina regente su esposa Doña Sancha. Esta animosa señora, al frente de una escogida hueste, había entrado en el condado de Ribagorza, recobrando todas sus plazas y castillos. Así lo cuentan antiquísimas memorias, á las que hace referencia el sabio analista de la CORONA DE ARAGÓN.

Al comienzo del año 1177, hallamos á nuestro Alfonso aliado estrechamente con el rey de Castilla, el de León y el señor de Albarracín. Parece que juntos pusieron sitio á la ciudad de Cuenca, en cuyas torres tremolaba aún el musulmán pendón, y acabaron por rendirla, á pesar del valor de los moros y del refuerzo que les envió el emir de los almohades. En las vistas que con este motivo tuvieron aquellos reyes, fué concertado que cada uno de ellos quedase libre de todo reconocimiento, homenaje ó feudo que mutuamente antes de entonces se hubiesen exigido ó reclamado, y que en adelante poseyesen sus respectivos dominios con entera indepen-

1 *Arte de comprobar las fechas*: tratado de los condes de Provenza. Ni los cronistas del Languedoc ni los nuestros hablan de este hecho.

dencia, sin que en contra de esto tuviese fuerza ni valor ningún reconocimiento antiguo. Fueron en esta jornada con el rey de Aragón, entre otros, el arzobispo de Tarragona Berenguer de Vilademuls, Pedro obispo de Zaragoza, Sancho Duerta, Fernando Ruiz de Azagra, Artal de Foces, Hugo de Mataplana, Ponce de Guardia y Guillén de Beranuy.

Tomada Cuenca, y sin dejar que se amortiguase el ardor de sus gentes, el aragonés pasó á hacer guerra á los moros de Murcia, llegando vencedor hasta Lorca, y obligando «al rey de Murcia, que era su vasallo, á que le asegurase el tributo de su conquista.»

Por una circunstancia que cuentan las crónicas, se ve que Alfonso quería seguir la tradición de sus antepasados, y tenía sus miras puestas en Valencia y en Mallorca, ganoso de llevar á cabo el proyecto tradicional de su familia; proyecto cuya realización reservaba, sin embargo, el cielo, para aquél que había aún de nacer, y que desde niño estaba destinado á llevar el nombre de *Conquistador*.

Cuentan que hallándose Alfonso en Zaragoza un día del mes de Junio, se le presentó un capitán, que no declaran de qué casa fuese, y se llamaba el conde Alfonso, ofreciéndole venir con las galeras del rey Guillermo de Sicilia, para pasar contra los moros de las Baleares, y conquistar estas islas. Dícese que entraron en pactos el rey y el conde siciliano, prometiendo aquél á éste que, ganadas las islas, le daría la mitad de la tierra, *según fuero y costumbre de Barcelona* [1]. Aunque aceptada la oferta y hecho el convenio, la empresa no se realizó. Ignórase la causa que lo impidiera.

Háblannos las historias de una nueva entrada del rey en tierras de Murcia. Perezosos andaban los moros en

1 Zurita, lib. II, cap. XXXVI.

pagar el tributo y las parias, y Alfonso, puesto al frente de un escogido ejército, pasó á reclamarles el vasallaje con las armas en la mano. Hízoles tanto daño, talando sus campos y asolando sus vegas, que, al decir de los autores, tuvo el murciano harto motivo de arrepentirse por su pereza en pagar el tributo. Alfonso llegó á poner sitio á Murviedro, que levantó, sin embargo, por haberse hecho la avenencia.

Sin volver á Aragón, pasó á verse con el rey de Castilla, en Cazola, donde ambos reyes concertaron la repartición de las conquistas que uno y otro hicieran en tierra de moros. Quedó entonces convenido que todo el reino de Valencia, incluso el territorio de Játiva, y la ciudad y reino de Denia, pertenecían al aragonés, y que desde el puerto de Biar hacia el mediodía y el occidente, sería campo para las empresas del castellano. Tomado este acuerdo, acerca de la división de sus conquistas, renovaron las confederaciones y ligas contra moros y cristianos, señaladamente contra D. Sancho de Navarra, que continuaba siendo enemigo de entrambos.

A pesar de esta entrevista y de esta concordia, mediaron luego algunas disensiones entre ambos reyes por usurpaciones que uno á otro se echaban en cara, por enmienda de daños que mutuamente se pedían, y por quejas que se dirigían sobre la manera de continuar la guerra con los navarros. En esto, juntáronse Cortes en Huesca, entrado ya el año 1179, y acordóse en ellas que el rey enviase á requerir al de Castilla para que le devolviese el castillo de Ariza, cuyo señorío le tenía usurpado, para que enmendase ciertos daños causados en la frontera, y para que desistiese de hacer la guerra al rey de León, por ser contra derecho. Los embajadores encargados de este mensaje fueron Berenguer, abad de Monte-Aragón y hermano natural del rey, el obispo de Lérida, y Ramón de Moncada. Hay quien dice que nues-

tro Alfonso, para hacer ver que la amenaza no era vana, se arrimó con su ejército á la frontera y esperó en Ariza la respuesta, que fué conforme á su deseo, quedándole á nuestro rey la gloria de haber reparado una injusticia con el respeto de sus armas [1].

Mientras tanto, las cosas y asuntos de Provenza volvían á reclamar imperiosamente la presencia del monarca aragonés. Así es, que desde Ariza mismo, y sin detenerse en ningún punto del reino, se trasladó á la otra parte de los Pirineos, donde le iremos á buscar para referir minuciosamente lo que sólo por incidencia cuentan nuestros analistas.

1 Zurita, lib. II, cap. XXVIII.—Anónimo: reinado de Alfonso el *Casto*.

CAPÍTULO VI.

Alianza de varios contra el conde de Tolosa.—Homenaje del vizconde de Nimes al rey de Aragón.—Declaración y homenaje del vizconde de Beziers.—Guerra de Provenza.—Muerte del conde de Provenza. —Venganza que de su muerte tomó el rey de Aragón.—Sancho es nombrado conde de Provenza.—El rey de Aragón y la vizcondesa de Narbona se ligan con Enrique II, rey de Inglaterra, contra el príncipe su hijo.—Sitio de Limoges por el rey de Aragón y el de Inglaterra. —Sátiras del trovador Beltrán de Born contra el rey Alfonso.—Nuevas paces entre el rey de Aragón y el conde de Tolosa.—Se retira el condado de Provenza á Sancho dándole en cambio el de Rosellón.—Rompen otra vez el rey de Aragón y el conde de Tolosa.—Adopción del infante de Aragón Alfonso por el vizconde de Beziers. —El rey de Aragón hace levantar al conde de Tolosa el sitio que había puesto á Carcasona.

(De 1179 á 1186.)

No parece que las paces asentadas en 1176 con el conde de Tolosa, hubiesen sido muy duraderas, pues apenas había tenido tiempo de secarse la tinta con que se escribió el convenio, cuando la misma Ermengarda, vizcondesa de Narbona, que en él había intervenido, se ligaba con los señores de Montpeller y los vizcondes de Nimes y de Carcasona para hacer la guerra al conde de Tolosa, poniéndose todos bajo la protección del rey de Aragón, que en el mero hecho de ampararles y protegerles, rompía su tratado con el tolosano [1].

Esta liga y guerra fueron conteniéndose sin estallar hasta 1179. No hay duda que entonces volvió á estre-

1 Se lee esta alianza en el tomo II de la *Historia del Languedoc*, prueba XXIV, col. 140.

mecerse la Provenza con los aprestos de la lucha y el paso de los ejércitos, pero se ignoran las circunstancias de la guerra que el conde de Tolosa se vió obligado á sostener contra Alfonso de Aragón y sus aliados. Consta sólo que este monarca y Ramón Berenguer, conde de Provenza, su hermano, estaban á últimos de 1179 en Provenza. El segundo se hallaba en Beziers por el mes de Octubre, y en dicha ciudad, el vizconde Bernardo Atón, le dió la ciudad de Nimes con sus dependencias, la fortaleza de las *Arenas*, el castillo llamado de la *Tourmagne* y otros varios, y los tomó luego de él en feudo, con promesa de tenerlos por los condes de Barcelona y sus sucesores, prestando á dichos condes, y á los de Provenza, como representantes suyos, juramento de fidelidad, y haciéndoselo prestar por los habitantes de Nimes y de los citados castillos. Asistieron á este acto y fueron testigos Berenguer, arzobispo de Tarragona, Arnaldo y Ramón de Vilademuls, Pons de Mataplana, Guy de Sererac, y *muchos otros barones de la corte del rey de Aragón* [1].

Este acto de sumisión, por parte del vizconde de Nimes, no parece fuese debido á que el rey D. Alfonso le obligase á ello con las armas en la mano, como suponen Zurita y los demás autores que le siguen, sino á la liga formada con él y otros señores para hacer la guerra al conde de Tolosa.

De Beziers, el rey de Aragón y su hermano pasaron á Carcasona, donde el vizconde Roger hizo el 2 de Noviembre de 1179, la declaración siguiente en favor del primero:

«Yo Roger, vizconde de Beziers, hijo de Saura, reconozco ante vos, mi señor Alfonso, por la gracia de Dios rey de Aragón, conde de Barcelona y marqués de

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 53.

Provenza, que, siendo aún niño, y seducido por el consejo de algunos de mis cortesanos, me declaré vasallo del conde de Tolosa por Carcasona y mis otros dominios, que debo tener, á ejemplo de mis predecesores, de vos, á quien, á más, he hecho la guérra y á quien he irritado por esta conducta. Reconociéndome culpable, os pido perdón y me pongo en vuestro poder, con promesa de observar fielmente, de aquí en adelante, todos los tratados convenidos entre nuestros padres y hacer jurar su observancia por los habitantes de Carcasona y los magnates de mis dominios. Declaro asimismo que, si llego á morir sin hijos, Raimundo Trencavello, mi hermano, al sucederme, deberá guardar para con vos las mismas obligaciones, tanto por lo que toca al Carcasés, el Rasés y el Lauraguais, como por los otros países que tengo en feudo; y que en caso de que el mismo Raimundo muera antes que yo, y yo fallezca sin posteridad legítima, vos y vuestros sucesores dispondréis enteramente de todos estos dominios en favor de aquél de mis parientes que os parezca mejor [1].»

Existen varios otros actos celebrados entre Alfonso de Aragón y el vizconde de Carcasona, durante la permanencia del primero en esta ciudad por Noviembre de 1179. Hay uno, en particular, por el que el vizconde recibe en feudo, de manos de Alfonso, todo el país de Carcasona, prestándole juramento y homenaje de fidelidad. El rey de Aragón hace que Ramón de Vilademuls, Bernardo de Alió, Dalmao de Creixel y otros dos nobles, se comprometan en su nombre con el vizconde, á no emprender nada contra su persona y á conservarle sus dominios. El rey ordena en seguida al que le sucediere en el condado de Barcelona, sea varón ó hembra, que preste el mismo juramento al vizconde ó á sus su-

1 *Marca Hispánica*, pág. 1.371.

cesores, «á menos, añade, que aquél ó aquélla que me suceda en el condado de Barcelona sea rey ó reina de Aragón, en cuyo caso lo hará prestar por los barones de su corte [1].»

Aun cuando se ignoren circunstancias y detalles, es positivo que ardió en guerra la Provenza durante los años 1180 y 1181. Raimundo, conde de Tolosa, por una parte, y Alfonso de Aragón y sus aliados, por otra, dirimieron en los campos de batalla sus contiendas y ensangrentaron los fértiles campos de aquel país. Se ignora á quién favoreció privilegiadamente la victoria, pues hay una falta completa de noticias de aquella época. Tanto es así, que nuestros cronistas ni siquiera hacen mención de esta guerra: se contentan con decir que nuestro monarca pasó á Provenza á reducir con las armas á los vizcondes de Beziers y de Nimes que se le habían sublevado, lo cual no es exacto, pues vemos que ambos fueron sus aliados, y no sus enemigos, en esta campaña. De ésta no dan las crónicas del Languedoc más noticia que la de haber puesto sitio Alfonso al castillo de Fourques, situado sobre el Ródano, á dos leguas de Beaucaire, que pertenecía al conde. También hay sospechas de que el rey de Aragón y su hermano, el conde de Provenza, llevaron sus armas al Rouergue.

Esta guerra fué funesta á Ramón Berenguer. Ademar, hijo de Sicardo, señor de Murviel, que al parecer era del partido del tolosano, le tendió una emboscada en los alrededores de Montpeller, y, sorprendiéndole, le mató el día de Pascua, 5 de Abril de 1181, junto con Guy de Sererac, que le acompañaba.

El rey de Aragón, irritado hasta el último punto con la muerte trágica de su hermano el conde Ramón Berenguer, resolvió tomar una estrepitosa venganza. Cuan

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 55.

do acaeció este suceso, se hallaba en Montpeller con su otro hermano Sancho, y partió en seguida á sitiar el castillo de Murviel, situado en la diócesis de Beziers; lo tomó, lo arrasó, y pasó á cuchillo á todos sus moradores. Avanzó inmediatamente por el territorio de Tolosa á la cabeza de sus tropas, tomó varios castillos, acampó bajo los muros de la misma Tolosa, sin que el conde Raimundo osára presentarse, devastó y pasó á sangre y fuego los alrededores, y se fué luego á Aquitania á conferenciar con el rey de Inglaterra, su aliado [1].

Ramón Berenguer ó Pedro, como ya sabemos que se llamaba antes, murió sin hijos. Alfonso le sustituyó en el condado de Provenza por su otro hermano D. Sancho, bajo los mismos pactos y condiciones que lo tenía el difunto. Sancho se tituló conde de Provenza, hasta que más tarde le quitó el rey el condado para dárselo á su hijo, indemnizándole con la donación del Rosellón y Cerdaña.

La entrevista que, después de su rápida y gloriosa campaña, tuvo nuestro Alfonso con el rey de Inglaterra, se celebró en Burdeos, y sin duda fué entonces cuando se convino con él y prometió ayudarle en la guerra que tenía contra su hijo. En efecto, el rey Enrique II estaba entonces en lucha abierta con su hijo el joven

1 Sigo en la relación de estos sucesos á los Maurinos, acordes con las crónicas más principales y acreditadas de Provenza. El *Arte de comprobar las fechas* dice equivocadamente que fué el castillo de Melgueil el que tomó y arrasó el rey de Aragón en venganza de la muerte de su hermano. Zurita pretende que fué un señor de la casa de Baucio el muerto junto á Montpeller y que, por ser vasallo del rey Alfonso, éste le vengó asaltando y arrasando el castillo de Morull. Esta versión de Zurita y de los otros cronistas que le siguen, no es exacta. Ya he dicho que para los sucesos de la otra parte de los Pirineos, no hay que fiar en nuestros analistas, faltos de datos y documentos para poder apreciar los hechos. Hermano de D. Alfonso era el muerto y no el señor de Baucio, y Murviel era y no Morull el castillo destruído.

Enrique, que, descontento de que su padre no le diese participación en el gobierno, se alzó contra él. El rey de Aragón y la vizcondesa Ermengarda de Narbona tomaron partido por el rey, mientras que el conde de Tolosa lo tomó por el príncipe. La guerra se hizo entonces general. Alfonso de Aragón y Ermengarda de Narbona fueron á la cabeza de sus tropas á unirse con el rey de Inglaterra y su segundo hijo Ricardo, en Perigueux, y á últimos de Junio sitiaron el *Puy* ó castillo de San Front, principal fortaleza de la comarca.

La guerra, con varia y encontrada suerte, fué siguiendo durante todo el año 1182, á últimos del cual, el Lemosín se declaró por el joven príncipe Enrique, á quien fueron á ayudar en persona el duque de Borgoña y el conde de Tolosa, y á quien el rey Felipe Augusto mandó un cuerpo de aventureros. El rey de Inglaterra, decidido entonces á castigar la rebelión de su hijo, se alió más estrechamente aún con Alfonso de Aragón. Los dos monarcas, el aragonés y el inglés, pusieron sitio al castillo de Limoges en 1.° de Marzo de 1183, donde estaba encerrado el joven príncipe que quiso encargarse personalmente de la defensa [1]. Después de varios hechos de armas, el castillo fué tomado, pero como ya el príncipe había salido de él, volvió con un gran refuerzo de tropas para recobrarlo, sin que pudiese conseguirlo.

Este joven príncipe no tardó en morir, víctima de una cruel enfermedad; pero sin embargo la guerra prosiguió entre los reyes de Inglaterra y de Aragón por un lado, y el conde de Tolosa y los aliados del difunto príncipe por otro.

Uno de los hombres más adictos al príncipe inglés había sido Beltrán de Born, célebre trovador y famoso guerrero, que así pulsaba la lira como empuñaba la es-

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 61.

pada. Vizconde de Hautefort y poderoso en la diócesis de Perigueux, reuniendo cerca de mil hombres bajo su bandera feudal, fué, dice su biógrafo provenzal, buen seductor de mujeres *(domnejaire)*, buen caballero y buen trovador [1]. Consejero y ardiente partidario del joven Enrique, no sólo le ayudaba con el esfuerzo poderoso de su brazo, sino con el de mordaces y satíricas canciones que escribía contra sus enemigos, y que llegaron á ser muy populares en la Provenza. Una de las víctimas de sus cantos fué el rey de Aragón, á quien dirigió terribles y crueles *serventesios*, burlándose de él y calumniándole, presentándole como mal caballero, como perjuro, como pérfido, y atacándole sobre todo por la conducta qne siguió con la hija del emperador Comeno. No sería extraño, por lo que yo sospecho á causa de ciertos indicios que la mucha lectura de las obras de aquel tiempo me ha sugerido, que al odio político que Beltrán de Born pudiese tener contra el rey de Aragón, se uniera también el odio producido por la rivalidad y los celos en amores. Es fama que Beltrán amaba apasionadamente á Matilde de Montagnac, dama de una rara belleza, y esposa de Talairán de Perigord, y parece que esta dama contaba en el número de sus adoradores al mismo Alfonso de Aragón.

Este y el rey de Inglaterra, luego que el príncipe hubo muerto, fueron á sitiar al trovador y guerrero Beltrán de Born en su propio castillo de Hautefort, del que se apoderaron en pocos días. Beltrán, hecho prisionero, debió á la agudeza de su ingenio, el que se le dejase en libertad y se le devolviesen sus bienes; pero aun esto le sirvió para escribir otro cruel *serventesio*, que se hizo célebre, contra el rey de Aragón, de quien decía que le había vendido, añadiendo que á una traición suya se

1 Patria, col. 1.899.

debía la toma de Hautefort. En esta sátira estuvo injustísimo y calumniador con Alfonso. Le negaba el valor, cualidad que era innegable en el monarca aragonés; y le reprochaba el origen de su nacimiento, que hacía provenir de *una pobre familia* del castillo de Carlad, en la señoría de Ródez.

Tomado el castillo de Hautefort, Alfonso se volvió á sus estados de Provenza ó de Rosellón, y es fama que por aquella misma época hizo las paces con el conde de Tolosa, cuando más fuerte ardía la guerra. Verdad es que no consta que estas paces tuviesen lugar hasta 1185, y el tratado solemne, por medio del cual se convinieron, lleva la fecha de Febrero de dicho año; pero es tradición muy admitida, y hasta consta que se creó una sociedad de buenas gentes amigas de la paz, y que los asociados provocaron una reunión de nobles y caballeros en el santuario del Puy, el día de la Virgen de la Asunción de 1183, á la cual asistieron muchos grandes señores y juraron la observancia de la paz. Hay quien dice, que entre ellos se hallaban el rey de Aragón y el conde de Tolosa [1].

La crítica histórica no puede oponerse á que estas paces se efectuaran entonces, pues no consta ningún encuentro ni rompimiento de hostilidades entre ambos príncipes, durante el 1184. Es muy probable y muy de suponer que convinieran en ellas, no elevándolas á la solemnidad de tratado hasta Febrero de 1185.

El aragonés y el tolosano tuvieron una entrevista en la misma isla de Gernica, por lo que se sospecha, allí donde ya habían convenido en su primer tratado. Confirmaron y renovaron el acuerdo que habían concluido allí mismo nueve años antes, y pactaron lo siguiente:

1.° Respetarse mutuamente los derechos y las pre-

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 65.

tensiones que tenía el rey sobre el condado de Melgueil y el castillo de Albarón poseídos por el conde, y los que el conde tenía sobre los dominios de Rouergue y de Gevaudan poseídos por el rey. 2.° Vivir de allí en adelante en buena inteligencia, y ayudarse mutuamente contra sus enemigos comunes. 3.° Obligar á aquellos de sus súbditos que tuviesen alguna diferencia contra uno de los dos, á darles satisfacción. 4.° Ayudarse mutuamente en las pretensiones que les eran comunes, tocante á la ciudad de Aviñón. 5.° Exceptuar de la promesa recíproca que se hicieron de ayudarse contra todos cuantos les atacaran, al rey de Francia, al rey de Compostela ó de León, y al conde de Folcalquier. 6.° Escoger por árbitros, en caso de que entre ellos se promoviese alguna diferencia: á Berenguer, arzobispo de Tarragona; á Galcerán de Pins (de Pinós acaso); á Guillermo de Sabrán y á Raimundo Agout [1].

Pero tampoco estas paces fueron muy duraderas, y vamos á ver cómo bien pronto estalló un nuevo rompimiento entre ambos príncipes, representantes ya cada uno de una especie de odio de familia ó de raza.

Después de terminar la paz con el conde de Tolosa, el rey de Aragón permaneció algún tiempo en las orillas del Ródano. Se sabe por un documento, que en el mes de Marzo de aquel mismo año, se hallaba en el castillo de Albarón de la villa de Camargo. Estando allí, retiró el condado de Provenza á su hermano Sancho, para dárselo á su segundo hijo Alfonso, y según los cronistas principales del Languedoc y Provenza, dió en cambio á Sancho los condados de Rosellón y de Cerdaña, como una especie de título de honor ó de subgobierno [2]. Parece que entonces, el gobierno de Provenza se

1 *Marca hispánica*, pág. 1.378.

2 Don Próspero de Bofarull en sus *Condes*, tomo II, pág. 190, cree

confió al conde Roger Bernardo de Foix, que se había ligado con Alfonso contra el conde de Tolosa.

Se ha dicho más arriba, que la paz entre estos dos príncipes no fué de larga duración. En efecto, el rey de Aragón pasó durante el mes de Abril á Najac de Rouergue, en donde Ricardo, duque de Aquitania é hijo del rey de Inglaterra, le había dado cita, y formaron una nueva liga contra el conde de Tolosa. Por este tratado, Ricardo cedió al aragonés los dominios que Roger, vizconde de Beziers y Trencavello, su hermano, habían tenido de él en feudo, y se comprometió: 1.° A hacer restituir á Alfonso el castillo de Ariza, que le tenía usurpado el rey de Castilla, con algunos otros fuertes que estaban en poder del rey de Navarra. 2.° En caso de no ejecutar fielmente su promesa, debía ir á constituirse en persona como rehén en una plaza de Alfonso, á los cuarenta días de exigirle éste la ejecución.

El rey de Aragón, después de este tratado, concluyó otro con el mismo Roger de Beziers, que dice así: «Yo, Roger, vizconde de Beziers, de Carcasona, de Rasez y de Albi, confieso y reconozco de buena fe que vos, mi señor Alfonso, por la gracia de Dios rey de los aragoneses, conde de Barcelona y marqués de Provenza, me habéis defendido y protegido contra todos mis enemigos. Reconozco verdaderamente que yo hubiera sido despojado de todos mis dominios, si no me hubiéseis socorrido con vuestros vasallos. Me habéis colmado de bienes, lo propio que á mis súbditos; me habéis socorrido á mí y á los míos; habéis hecho la guerra por mí, y habéis mirado mis querellas como las vuestras. Os soy deudor de la conservación de mi patrimonio, y por lo mismo doy á vuestro hijo Alfonso, ó en su defecto á

que esto no ocurrió hasta 1211, en tiempo de Nuño Sánchez, hijo de este D. Sancho, á quien su consanguíneo Pedro I hizo donación del condado de Rosellón, Cerdaña y Conflent.

cualquier otro de vuestros hijos, que adopto yo por mío, todas mis tierras, ciudades, villas, burgos, castillos, lugares, hombres, mujeres, obispados, abadías, prioratos y, en una palabra, todos mis bienes habidos y por haber, con condición de que este hijo heredará lo que tenéis en Provenza y en Milhaud, todo el condado de este nombre y todo lo que poseéis en el país de Gevaudán y Rouergue [1].» El rey de Aragón por su parte dió en la misma escritura la tierra de Provenza y sus dependencias á su hijo Alfonso. Asistieron como testigos, Berenguer, arzobispo de Tarragona, y varios nobles de ambas cortes.

Esta adopción del hijo del monarca aragonés y consiguiente donación de bienes no tuvo, sin embargo, lugar, acaso porque más adelante le nació á Roger un hijo, que se llamó Raimundo Roger y que entró á heredar los dominios de su padre, sin que le opusiera obstáculos la casa de Aragón.

A principios del 1186 el conde de Tolosa fué con poderosa hueste sobre la ciudad de Carcasona y le puso estrecho sitio; pero acudió el rey de Aragón en auxilio de Roger, derrotó el ejército del tolosano y le obligó á levantar el cerco. Esta es la única noticia que tenemos de este hecho, que fué sin duda el que obligó á Ricardo de Aquitania, aliado del aragonés, á marchar contra el conde de Tolosa, atacándole á su vez.

Desde este acontecimiento ya no vemos figurar más, por el pronto, á nuestro Alfonso en las cosas de Provenza. Volvió aún á tomar más tarde una parte activa en aquellos asuntos, y le volveremos á hallar en este país, pero entonces hubo de venirse á Aragón, de donde faltaba mucho tiempo hacía. Tranquilo pudo marchar-

1 Se halla en el tomo III de la *Historia del Languedoc*, prueba XXXIX, col. 158.

se de aquella comarca sin temor al conde de Tolosa, pues bastante le daba entonces que hacer á éste el duque de Aquitania.

Sigamos nosotros al rey Alfonso á Cataluña y Aragón, que hora es ya de que nos ocupemos de estos paises.

CAPÍTULO VII.

Bandos en Cataluña.—Luchas con los moros.—Toma del castillo de Villel.—Desembarco de moros en Ampurias.—Armengol VII de Urgel.—Sirve al rey de León, que le da la villa de Alcántara y otros lugares.—Su muerte en Requena.—Discordias entre el nuevo conde de Urgel y Pons de Cabrera.—Aragón cambia de política.—Aragón y Navarra se ligan contra Castilla.—Confederación de los reyes de Aragón, Navarra, León y Portugal.—Victoria de Aragón sobre Castilla.—Casamiento de Guillermo de Montpeller con una parienta del rey de Aragón.—Repudio de Eudoxia Comeno.—Sumisión del barón de Castellane.—Homenaje prestado por la vizcondesa de Bearn.—Enlace de la vizcondesa de Bearn con Guillermo de Moncada.—Gastón de Moncada, vizconde de Bearn, presta homenaje por sus dominios al rey de Aragón, que le da vinculado el condado de Bigorra.—El rey confirma al conde de Urgel la donación de Lérida.

(De 1180 á 1192.)

Conviene que los lectores le permitan al autor de esta obra retroceder un tanto, ya que, para no interrumpir la ilación de los hechos acaecidos en Provenza, dejó en blanco los de Aragón en los últimos años. Ha sido necesario consagrar un capítulo, si bien de mera narración de sucesos, á los notables acontecimientos de Provenza durante la permanencia allí de Alfonso de Aragón: era esto tanto más indispensable, cuanto

sólo muy por alto y con perjudiciales errores dan cuenta de aquellas cosas nuestras crónicas. El autor ha querido reunir todo lo que, conducente á su objeto, ha hallado en las crónicas y documentos del Languedoc y Provenza, pues que, á su juicio, esas excursiones de Alfonso *el Casto* á aquellos países, esas gloriosas jornadas á orillas del Ródano y del Garona, esas luchas con el conde de Tolosa, esas alianzas con el rey de Inglaterra, ese dominio que tenía sobre altos barones y señores, dan una idea clara del grado de poder á que había ya llegado entonces la casa de Aragón y de la parte de dominio que tenía en los paises de lo que hoy se llama Francia.

Poco nos cuentan nuestros anales de lo que acaeció durante la ausencia del rey. En Cataluña, por lo que parece, había bandos poderosos que se hacían unos á otros la guerra; pero de cuyas luchas, que debieron ser sangrientas, sólo por incidente se habla y con referencia siempre á memorias tradicionales. Se dice que en una de estas jornadas de sangre murió uno de los vizcondes de Cardona.

Continuó la guerra con los moros en las fronteras. Un núcleo de héroes reconquistadores se había establecido en Teruel y en su comarca. Cuentan las memorias de este país que, antes de que el rey partiera á Provenza, se le presentaron dos capitanes que se llamaban Sancho Sánchez Muñoz y Blasco Garcés de Marcilla, apellido este último que tan famoso y célebre había de hacer más adelante una triste historia de amores.—«Dadnos para nos y los nuestros los fueros y libertades que nos vos demandáremos, et con la ayuda de Dios poblaremos una villa en esta comarca [1],» habían dicho aquellos valientes al rey Alfonso. Concedió-

1 Anales de Teruel.

selo éste, y empezaron ellos á atrincherarse y abrir zanjas con grande trabajo, pues los moros les combatían, levantando así los cimientos con piedras y tierra bañadas en su sangre misma. Mientras unos edificaban, otros lidiaban, y muchos morían diariamente sobre los fundamentos de los adarves. Fué poco á poco creciendo la villa, fué poco á poco manteniéndose á raya á los moros, y Teruel llegó á ser un admirable punto fronterizo de operaciones, una ciudad en la cual se congregaban los más decididos y valientes, para desde allí arrojarse al campo del moro á valerosas y temerarias empresas. Estas expediciones no cesaron un instante durante la ausencia del rey.

Por este mismo tiempo, y en Noviembre de 1181, se ganó á los moros el castillo de Villel, importante fortaleza junto á las riberas del Guadalaviar, y se acabó de conquistar de enemigos todo lo que luego fué el reino de Aragón hasta los límites del de Valencia [1].

Pero mientras la victoria sonreía á nuestras armas en estos puntos, las memorias particulares de Cataluña nos hablan de un desembarco de los moros baleares en nuestras costas, cuyas consecuencias debieron ser terribles y funestísimas, particularmente para el condado de Ampurias. Se ignora hasta qué punto el conde de Ampurias, que lo era entonces Hugo III, pudo resistir á la furiosa embestida de aquellos insulares: sólo se sabe que cometieron grandes estragos en sus tierras, y que volvieron á embarcarse cargados de botín y de cautivos [2].

Era por aquellos tiempos conde de Urgel Armengol VII, llamado *el de Valencia;* y como ha llegado la época de hablar de su trágica al par que gloriosa muer-

1 Zurita, lib. II, cap. XXXVIII.

2 *Arte de comprobar las fechas:* tratado de los condes de Ampurias.

te, justo es consagrar algunas líneas á este caudillo y renombrado capitán, siquier su historia pertenezca mejor á los anales de Castilla.

Desde el año 1154 estaba al frente de esa valerosa casa de Urgel, cepa de batalladores héroes, el conde Armengol VII. Ya le hemos visto figurar en algunos hechos. Pasó á los reinos de Castilla y de León, y en las disensiones que tuvieron entre sí estos reyes, se declaró por el último, sirviéndole como vasallo suyo, y llegando á ser uno de sus mejores, más bravos y más afortunados capitanes. En la conquista de Extremadura, particularmente, le prestó señaladísimos servicios, al frente de un puñado de caballeros catalanes, algunos de cuyos nombres afortunadamente han llegado hasta nosotros, y eran: Arnaldo de Ponte (quizá de Pons), Berenguer Arnal, Arnaldo de Sanahuja, Beltrán de Tarascum, Pedro de Belvis, Bernardo de Mediá y Ramón de Villalta [1]. En recompensa de sus servicios, el rey de León dió á Armengol la villa de Alcántara en 1167, y también más adelante los lugares de Almenarilla y Santa Cruz, con todos sus términos y derechos, sin retención alguna, según es de ver por el privilegio que le otorgó, y copia en su crónica Diego de Monfar [2].

Ignoradas son muchas de las circunstancias de su vida, y á duras penas, y con no poco trabajo, pudo poner algunas en claro el celoso cronista de aquella casa. Hasta el hecho mismo de su muerte permanece aún velado por cierta oscuridad y misterio, pues de distintos modos lo cuentan los autores. Las memorias particulares de Valencia refieren que este reino gozaba entonces de paz, gracias á una tregua de doce años conseguida por el emir, tregua, añaden, que sólo fué rota por la atrevida cuanto fatal expedición del conde de Urgel.

1 *Crónica de Alcántara*, citada por Monfar, cap. LIII.

2 *Historia de los condes de Urgel*, tomo I, pág. 398.

El reino de Valencia, poblado en extremo, ofrecía en todas las numerosas cumbres de los montes que lo atraviesan en varias direcciones, diferentes castillos que presentaban cuando menos un punto seguro á los moros en sus algaradas contra los cristianos. Penetrar, pues, por estos valles tortuosos, ásperos y quebrados con una fuerza reducida, era una temeridad que sólo se podía perdonar al ardor caballeresco de aquellos siglos, en que el peligro ofrecía altares reservados para el más valiente. Armengol, sin calcular el resultado de su empresa, se empeñó también en una aventura que, si hacía honor á su denuedo, no por eso dejaba de ser una falta de conocimiento del país. Al frente de algunos caballeros, entre los que se distinguía Galcerán Salas, su hermano, paladín esforzado, penetró en el reino de Valencia, hasta aproximarse á Requena; pero, á la vista ya de esta población, le salieron los africanos al encuentro, y después de una corta resistencia fué batido y muerto el conde, pudiendo apenas salvarse de esta funesta derrota algunos de los suyos [1].

Así lo cuenta un estimable autor moderno, con referencia á memorias antiguas del reino; pero Beuter [2] y otros afirman que la expedición del conde Armengol fué pacífica, y que su misión se reducía únicamente á rescatar á los numerosos cristianos que los moros retenían cautivos en Valencia; y por consiguiente, atribuyen la muerte del conde y de los suyos á la animosidad de algunos caballeros castellanos refugiados en Valencia, los cuales se vengaron en Armengol y sus buenos compañeros de la parte que éstos habían tomado en la guerra del rey de León contra el de Castilla. Á esta última opinión parecen inclinarse Monfar y Zurita [3].

1 Vicente Boix: *Historia de Valencia*, tomo I, pág. 110.
2 Lib. II, cap. XIX de su crónica.
3 Monfar, tomo I, pág. 415.—Zurita, lib. II, cap. XL.

Sucedió á Armengol VII, á quien se llamó el de *Valencia* por su muerte en este reino, su hijo Armengol VIII, quien al principio anduvo en luchas y contiendas con Ponce de Cabrera, su cuñado, según Monfar. También estas discordias se hallan todavía bajo un tupido velo, que aún no le ha sido dado á la historia levantar por completo. Se dice que Ponce de Cabrera estaba preso en Castilla y que fué muy protegido de nuestro Alfonso de Aragón, quien, al regresar de Provenza, prometió á Pons ó Ponce valerle contra el conde de Urgel y darle favor y ayuda.

Es de advertir ahora que desde el momento que Alfonso hubo regresado á Aragón, se le ve claramente mudar de política, con respecto á la dirección de los negocios públicos en España. Desde la muerte del *Batallador*, los reinos de Aragón y de Navarra se mantenían en un estado casi continuo de lucha, sólo interrumpido por algunas treguas. Esta circunstancia había redundado en provecho del castellano, que, como han dicho dos autores contemporáneos [1], obtenía á su placer alianzas y ayuda de aquellos dos reyes, con sólo inclinar sus sonrisas á una ó á otra parte. Generalmente, Castilla estuvo al lado del aragonés, mientras lidió por recobrar las plazas de Briviesca, Logroño, Navarrete, y las tierras y lugares que van hasta Montes de Oca; pero conseguido su objeto, ya pensó solamente en conservar lo adquirido, y de ninguna manera en continuar la lucha, conforme á los tratos hechos con los aragoneses. La sin razón de Castilla y su conducta egoísta, fueron causa de que nuestro Alfonso y sus consejeros comprendiesen que era mala política el ir unidos al castellano, quien cuidaba sólo de sus intereses y de la desunión de los demás, con el intento de

1 Lafuente y Ortiz de la Vega.

hacerse cada día más poderoso y cada vez más fuerte.

Aragoneses y navarros se convencieron, por fin, de que con sus disensiones no habían hecho más que dar pujanza al castellano, y ambos reyes, Alfonso de Aragón y Sancho de Navarra, vinieron á un acomodamiento, avistándose en Borja por Setiembre de 1189, según unos, y 90, según otros, y se confederaron contra el de Castilla, dándose mutuos rehenes y garantías.

Lanzada por semejante camino la política aragonesa, no se contentó ya sólo con esto: aspiró á formar una verdadera liga de reyes contra Castilla. Consiguiólo al año siguiente, en que se confederaron los monarcas de Aragón, de Navarra, de León y de Portugal, dándose por aliados, y conviniendo en no hacer paz ni tregua, sino de voluntad y consentimiento de todos.

Cuenta *Zurita* que á estas entrevistas se siguió una entrada de los aragoneses en tierra de Castilla, con grande estrago de los lugares de sus fronteras; una arremetida del castellano y cabalgada en los dominios del aragonés, y por último, una batalla en que nuestro Alfonso consiguió una espléndida victoria, derrotando á los castellanos, haciéndoles 4.000 prisioneros, y cargando con infinidad de despojos [1].

La política de D. Alfonso, aunque ocupada en dar este nuevo impulso á los negocios ibéricos, impulso sumamente beneficioso para el Aragón, no perdía de vista los estados de Rosellón y Provenza, y los intereses de la nación en aquella comarca con relación á la misma y á sus estados circunvecinos.

Uno de los resortes de su política le obligó á mediar en el segundo matrimonio de Guillermo de Montpeller. Este señor repudió en 1189 á su mujer Eudoxia Comeno, para casarse con Inés, próxima parienta del rey de

1 Zurita, lib. II, cap. XLIV.

Aragón. Se supone que éste, protector de Guillermo, fué quien le aconsejó que repudiara á Eudoxia, proponiéndole casarse con esa Inés, de familia desconocida para la historia, pero que se sabe era parienta de Alfonso y educada en su palacio [1].

No puede caber duda de este parentesco, si es auténtico, como no dudo, cierto documento del que se me facilitó copia, hallándome en la ciudad de Montpeller, á donde fuí á recoger datos para esta obra, y que dice así:

«Ego Ildefonsus, rex Aragonensis, comes Barchinonæ, marchio Provintiæ, dono tibi Guill. Mont. domino, et uxore tuæ Agneti *consaguinæ meæ*, unicuique ex vobis, in omni vita vestra, totum illum honorem de Pratis, scilicet castrum meum, et villas, et mansos, et terras, et vineas et sicut melius habeo et habere debeo per vocem genitorum meorum in parrochia S. S. Justinæ et Rufinæ, ut post mortem vestram ego et mei possimus recuperare, etc. — Mense April, anno MCLXXXVII.—Ildefonsus Dei gratiæ rey Aragonum. —Berengarius Tarraconensis archiepiscopus.—Berengarius Ilerdonensis episcopus.»

Por esta donación del dominio del Prat, hecha por Alfonso á entrambos consortes, se ve que Inés era parienta suya, y acaso esta donación fué como una especie de dote del rey para Inés. Por lo que toca á Eudoxia Comeno, víctima de la política aragonesa, y á quien quedaba de su matrimonio con el señor de Montpeller una hija llamada María, trató primero de resistir; pero ni ella ni sus valedores podían luchar con el poder del rey de Aragón. Eudoxia, que ya sabemos había venido á estas tierras para casarse con Alfonso, se vió sacrifi-

1 Inés era una dama de Castilla, al decir de D. Jaime *el Conquistador* en su crónica, cap. III. Esto, sin embargo, no excluye la idea del parentesco.

cada á la política de éste, despreciada por la infanta de Castilla, y obligada á dar su mano á Guillermo de Montpeller. No contento con esto el rey de Aragón, que había de ser su esposo, y que pareció convertirse en su perseguidor, la hizo repudiar por el marido con quien se viera forzada á enlazarse. ¡Extraño destino el de esta noble señora! Víctima de la casa aragonesa, ella fué, sin embargo, la que engendró á la madre de aquel rey-héroe que debía llevar al más alto esplendor esa misma monarquía, perseguidora de su familia materna. Al verse repudiada Eudoxia, no tanto de seguro por inclinación á su marido, como por amor á su tierna hija María, se amparó del obispo de Magalona, quien tomó á pecho su defensa y excomulgó á Guillermo de Montpeller; excomunión que luego ratificó el arzobispo de Narbona. Sin embargo, el rey de Aragón, á quien interesaba mucho por lo visto el nuevo matrimonio del señor de Montpeller, acudió al Papa, y consiguió que se levantara el anatema. Eudoxia entonces se retiró á un monasterio para llorar á solas y lamentarse de aquellas poderosas razones de Estado, que no podían prescindir del sacrificio de una pobre mujer. ¡Desconsoladora enseñanza la del estudio de la historia!

También hay que mencionar otro hecho referente á los estados de Provenza. Bonifacio II, barón de Castellane, tenía en sucesión directa un gran número de feudos y pretendía poseer su tierra en soberanía. Requerido por el rey Alfonso para que le prestase homenaje, ó más bien á su hijo, contestó que sus mayores habían conquistado su soberanía á los sarracenos, y que los emperadores, como reyes de Arles, les confirmaron su posesión sin sujetarles á ninguna otra dependencia que á la suya inmediata. Alfonso, nada satisfecho de esta contestación, empleó para refutarla la fuerza de las armas, contra la cual no valen los derechos. Sus capi-

tanes y su gobernador de Provenza, sin necesidad de que él abandonara el país de Aragón, arreglaron el negocio. Bonifacio tuvo en 1189 que prestar homenaje de todos sus dominios al rey de Aragón, y hubo de ser vasallo de aquél á quien antes trataba como igual [1].

Se ve, pues, claramente que la política de Alfonso no abandonaba ni un momento de vista sus estados de la otra parte de los Pirineos. No sólo quería conservarlos, sino que por todos medios trataba de engrandecerlos. Lo que no podía con la diplomacia, lo conseguía con las armas; y por medio de victorias, de alianzas, de protecciones, de promesas, de auxilios, se iba haciendo fuerte y respetado, tendiendo á unir todos aquellos dominios bajo el de la Corona aragonesa.

También los estados de Bearn eran objeto de sus miras y de su política. Ya sabemos que los bearneses habían acudido al conde Ramón Berenguer de Barcelona poniéndose bajo su protección, durante la menor edad del joven vizconde, que había quedado huérfano de padre y madre. Ya mayor de edad éste, que fué Gastón V de Bearn, tomó posesión de sus dominios, siempre bajo la protección del conde de Barcelona, pero murió sin hijos, y le sucedió á la edad de diez y ocho años su hermana María, que pasó á Jaca é hizo homenaje de sus dominios en aquella ciudad al rey de Aragón el 30 de Abril de 1170.

Los bearneses, al decir de las historias, tomaron á mal este homenaje de la vizcondesa María y se eligieron otro señor; pero lastimados por sus tiranías, le mataron y acudieron de nuevo á María, la hija de sus antiguos vizcondes. Esta, que permaneciera en Aragón, se había casado á fines del 1170 con Guillermo de Moncada, de cuyo matrimonio habían nacido en 1171 dos

1 *Arte de comprobar las fechas:* condes de Provenza.

hijos gemelos, Gastón y Guillermo Ramón. Los bearneses, al acudir de nuevo á María, aceptaron por vizconde á su hijo Gastón.

Fué éste elegido en 1173, y la historia le conoce por Gastón VI *el Joven* y *el Bueno*. En 1186, á la muerte de su madre María, Gastón, ya mayor de edad, pasó á Aragón y prestó al rey Alfonso homenaje, como vasallo, por sí y sus sucesores de toda la tierra de Bearn y Gascuña, y volvióse á su país, donde recobró por fuerza de armas la ciudad de Ortez, que le había quitado el vizconde de Tartás. En Setiembre de 1192 volvió á avistarse con el rey de Aragón, quien le dió la investidura del condado de Bigorra con la mano de la joven heredera de este condado, Petronila, hija del conde de Conminges. Este estado, en defecto de varón, pertenecía al monarca aragonés por razón de feudo. Dióselo á Gastón de Moncada y de Bearn con motivo de su enlace con Petronila, pero bajo condición de que, en caso de morir sin hijos, debiese volver el condado de Bigorra al rey y á sus sucesores, reservándose éste todo el valle de Arán con sus términos, y exigiendo que se hiciese á los reyes de Aragón homenaje por el castillo de Lorca. Es de advertir que en esta acta de convenio se ve claramente á Alfonso disponer del condado de Bigorra como si fuese su soberano. Se desprende también de ella que la joven Petronila estaba bajo su tutela y se educaba en su palacio [1].

Ya por lo que toca á los años que vamos recorriendo, no veo otra cosa digna de anotarse sino que, hallándose Alfonso en Tarragona por el mes de Abril de 1192, confirmó al conde Armengol de Urgel la donación que

1 El acta está en la *Marca hispánica*. Los detalles de todos estos hechos, referentes á la casa de Bearn, pueden verse en Zurita, lib. II, caps. XXVII, XLII y XLV, y en el *Arte de comprobar las fechas:* tratados de los condes de Bigorra y vizcondes de Bearne.

el príncipe su padre hiciera al padre del conde, de la ciudad de Lérida en feudo y de las villas y castillos de Aytona y de Albesa; y en recompensa de la quinta parte de Lérida que el príncipe de Aragón había dado á la orden del Temple, dió el rey al conde de Urgel los castillos y villas de Gebut y Mequinenza. Así parece que Alfonso redujo al conde á su servicio, dice un cronista, y dejó de dar favor á Ponce de Cabrera, su adversario.

CAPÍTULO VIII.

Tratado con el conde de Foix.—Desastres, hambre y peste en Cataluña.—Muerte del arzobispo de Tarragona por un Moncada.—Berenguer de Vilademuls.—Viaje del rey á Perpiñán.—Origen y aparición de los albigenses.—Alfonso decreta la expulsión de los herejes.—Concordia con Pedro de Urrea.—Donaciones á la milicia del Temple.—Muerte del rey en Perpiñán.

(De 1193 á 1196.)

Alfonso *el Casto* aspiraba á la dominación sobre todos los países de la otra parte de los Pirineos, y se ve con toda claridad que era ésta la marcha de su política. En Junio de 1193 se hallaba en Huesca, y en la corte de nuestro rey, su deudo Raimundo Roger, conde de Foix, que había ido y regresado de Tierra Santa con el monarca francés. Aparece de una escritura, que el rey Alfonso confirmó, en dicho mes y año y hallándose en la ciudad de Huesca, el castillo y país de Fenouilledes y el castillo y país de Perapertusa, á Raimundo Roger de Foix, bajo condición de serle fiel, de servirle en paz y en guerra, y de ser enemigo del conde Raimundo ó de *cualquiera que fuese señor de Tolosa y de San Gilles.* Por esta escritura aprobó también el rey Alfonso todos los

convenios hechos con el de Foix por Pedro de Lara, sucesor de la vizcondesa Ermengarda en Narbona [1].

De este documento se desprende: 1.°, que Ermengarda, con aprobación de Alfonso, había transmitido el vizcondado á su sobrino Pedro de Lara, quien para sostenerse contra el conde de Tolosa, que no aprobó la renuncia de la vizcondesa, se unió estrechamente con el de Foix, y le llamó á sucederle caso de morir sin hijos; y 2.°, que la guerra había vuelto á estallar, ó por mejor decir, no había cesado aún entre el rey de Aragón y el conde de Tolosa, y que el de Foix y el de Narbona, reconociendo el señorío del primero, se ligaron con él contra el segundo [2].

Constantemente se ven dirigidas hácia aquellos paises la atención y las miras de Alfonso *el Casto*. Ya hemos visto que había cedido el condado de Provenza á su segundo hijo, llamado Alfonso como él. En este año mismo de 1193, le casó con Garsenda de Sabrán, á la cual Guillermo IV, conde de Forcalquier, su abuelo materno, dió en dote este condado.

Las crónicas particulares de Cataluña nos dan noticia de terribles calamidades acaecidas este año en nuestro país. Grandes aguaceros se habían llevado las cosechas; los ríos, saliendo de madre, habían inundado los campos; destruyéronse muchos edificios, perecieron muchas familias, fueron generales las inundaciones, y, para colmo de males, sucedieron á estos desastres los

1 Se halla este documento en la prueba LIX del tomo III de la *Historia del Languedoc*, columna 175.

2 La vizcondesa Ermengarda, después de haber dimitido en favor de su sobrino, se retiró á Perpiñán, donde murió á fines de 1192. Fué una mujer resuelta, de ánimo varonil y de grandes dotes. Se puso en la guerra al frente de sus vasallos, celebró y presidió *plaids* de justicia, asistió á consejos de paz y de guerra, y protegió á los trovadores, teniendo *corte de amor* en su palacio. V. cap. XVII del lib. IV, al hablar de la empresa contra Tortosa.

terribles azotes del hambre y de la peste. Supersticioso siempre el vulgo y dado á lo maravilloso, comenzó á creer lo que se contaba de haber llovido sangre en Cervera y fuego en Ampurias, y hubo un terror y pánico generales, creyendo que era llegado el fin del mundo [1].

A principios de 1194 sucedió la muerte violenta del arzobispo de Tarragona Berenguer de Vilademuls. Era ya el segundo prelado de aquella sede que moría asesinado á manos de los nobles. El matador fué esta vez Guillermo Ramón de Moncada, apoyado por sus deudos y aliados. Beuter, que es uno de los autores más antiguos que de ello se ocupan, recogió la tradición, y cuenta el hecho de esta manera [2]:

«Dividida andaba Cataluña en dos bandos poderosos, promovidos por las familias de Castellví y de Cervelló, que se hallaban á su frente. En un encuentro que tuvieron los partidarios de ambos bandos, quedó prisionero Guillén Ramón de Moncada, quien era deudo de la familia Cervelló, y había tomado parte, por consiguiente, en favor de esta casa. Preso el de Moncada, fué conducido al castillo de Rosanes y encerrado en una mazmorra, los piés en un cepo. Fuéle á visitar un día el arzobispo Berenguer de Vilademuls, deudo y partidario de los Castellví; y el de Moncada, dirigiéndosele con arrogancia, le dijo que no era aquella prisión para hombres como él, y que se la aliviase. Entonces el arzobispo se acercó al cepo, cortó con un cuchillo una astila de madera, y dijo al preso:— «Servido estáis, pues no tiene tanta madera el cepo, y debe seros ya más liviana la prisión.» Moncada juró lavar con sangre su afrenta. Salió por fin de su cárcel, por rescate ó fuga, y ya no

1 Feliu de la Peña y Carbonell.
2 Lib. II, cap. XVIII de su crónica.

se ocupó más que del modo de vengarse del arzobispo, á quien esperó un día al paso, en un camino, y arrojándose sobre él le mató, como había hecho otro Guillermo con uno también de sus antecesores.»

Este es el resumen de lo que más largamente cuentan Beuter y los autores que le siguen, añadiendo que en desagravio de aquella muerte, impelido por el remordimiento y obligado por el anatema que sobre él lanzó la Iglesia, el de Moncada fundó el suntuoso monasterio de Santas Creus.

Beuter podrá estar exacto en el fondo del hecho, pero padece errores que es fuerza corregir. Sienta en primer lugar, que la muerte del arzobispo fué en 1149, cuando fué en 1194, y no puede ser yerro de imprenta en su crónica esta fecha, pues refiere el hecho como acaecido en los primeros tiempos del gobierno de Ramón Berenguer IV. También es equivocación lo de haber fundado Moncada el monasterio de Santas Creus. Feliu de la Peña, con más crítica, pone la verdad en su lugar [1]. Dice primeramente, que el arzobispo tuvo disgustos con el vizconde de Cabrera, Guillén Ramón de Moncada y Galcerán de Pinós por defender el patrimonio de la Iglesia; añade que la muerte de aquél fué en 1194, llevada á cabo por dichos señores, quienes le mataron junto al castillo de Moncada, saliéndole al paso el 16 de Febrero, en ocasión en que el arzobispo iba á Roma de embajador del Rey; y termina asentando que el vizconde de Cabrera, en desagravio de aquel hecho, fundó el convento de San Salvador de Breda, y Moncada ofreció al monasterio de San Cucufate el lugar en donde luego se edificó la iglesia de Nuestra Señora del Puig de la Creu, con todos sus términos y honores. La versión del analista catalán es más exacta, más ajustada á

1 Lib. XI, cap. II de sus *Anales*.

la verdad histórica, y más en armonía con las noticias que se tienen. Así lo cuenta también Blanch [1], de quien sin duda lo tomó Feliu. El de Cabrera, el de Moncada y el de Pinós perdieron un pleito muy ruidoso que con el arzobispo tenían, y se vengaron matándole [2].

1 Archiepiscopologio, cap. XX, parte 12.

2 He aquí como refieren este acontecimiento las *Efemérides* de Flotats: "Asesinato del arzobispo de Tarragona, Berenguer de Vilademuls. Este prelado, hijo de una de las familias más ilustres de Cataluña, concurrió con el rey de Aragón á la toma de Cuenca, y fue muy bien quisto de su soberano, á quien acompañó constantemente en sus demás expediciones contra los moros; pero su mucho celo en defender los derechos y posesiones de la Iglesia, fué causa de que se enemistase con algunos nobles, á quienes la preponderancia de que entonces gozaban había acostumbrado á invadirlo todo, no reconociendo más ley ni otro derecho que la fuerza y sus caprichos. Guillermo Ramón de Moncada, pariente del mismo prelado, y Galcerán de Pinós, quisieron, pues, vengar los agravios que de él pretendian haber recibido; y cuando D. Berenguer se dirigía á Roma, á donde le enviaba de embajador el rey D. Alfonso, asaltáronle cerca de Moncada, según unos, según otros cerca de Gerona, y le dieron alevosa muerte. De la misma manera, y por muy semejantes causas, había fallecido pocos años antes uno de sus predecesores en aquella silla. Hay, sin embargo, escritores que atribuyen á otras muy diversas el asesinato de Berenguer. Cuentan algunos, que estando el Moncada detenido en la cárcel por Alberto de Castellví, pidió al arzobispo, que había ido á visitarle, que intercediese para que se le aliviasen las prisiones, y que el prelado, haciendo escarnio de sus ruegos, se contentó con arrancarle una astilla del cepo que le aprisionaba. Herido el magnate en su orgullo, guardó por entonces el rencor en el pecho; mas luego que hubo recobrado su libertad, quiso vengar el ultraje con la muerte del burlador. Con todo, esta versión no tiene en su abono ningún testimonio respetable, y es menester confesar que en su conjunto tiene más visos de conseja que de realidad histórica. Otros dan por causa del crímen el odio que concibieron contra el arzobispo algunos partidarios de lo antiguo, por la parte muy principal que tuvo en que los concilios de Tarragona de los años 1180 y 1191, mandasen que en todos los documentos se contasen los años por los de la Encarnación del Señor, dejando el cómputo de los de los reyes de Francia. Si así fué, y si fuese cierto, como creen algunos, que también por haber contribuído con su voto y su influencia á que en 1351 se promulgase la pragmática

Berenguer de Vilademuls, de noble familia catalana, había tomado posesión de la mitra el 19 de Julio de 1174. Fué, como muchos de aquel tiempo, un arzobispo guerrero, y sólo empuñaba el báculo con la mano que le dejaba libre el manejo de la espada. Durante su prelatura, á más de ser el terror de los moros, tuvo la habilidad de hacerse propicio al rey Alfonso, de cuyo príncipe sacó y alcanzó grandes cargos y favores en donativos y otras cosas, de manera que logró aumentar considerablemente las rentas de la mitra y cabildo. Dió á poblar varios terrenos y de este modo los transformó en lugares y villas [1]: acompañó al monarca en casi todas sus expediciones guerreras; dió pruebas de gran valor en la conquista de Cuenca, y tomó parte como consejero y como capitán en las empresas de Provenza.

El Guillermo Ramón de Moncada, que estaba entre sus matadores, fué luego señor y vizconde de Bearn, habiendo sucedido en estos dominios á su hermano Gastón que murió sin hijos [2].

Es de sospechar que el rey Alfonso pasó en Cataluña gran parte, si no todo el año 1194, tomando providencias para remediar las necesidades y aflicciones del país, destrozado por el hambre y por la peste [3]. De Cataluña fué á Perpiñán, en donde estaba ya á prin-

que dispuso que en adelante se contasen los años desde la Natividad en vez del cómputo de la Encarnación, murió á manos de asesinos el consejero del rey D. Pedro, y abad de San Cucufate, fray Ramón de Biure; tendríamos que una reforma, al parecer de tan poca monta, como la del método de contar los años en las fechas, habría costado en Cataluña la vida á sus promovedores en cada una de las dos épocas en que se ha llevado á cabo: prueba de cuán tenaces enemigos encuentran siempre las más sencillas innovaciones, por justas y razonables que sean, cuando para adoptarlas hay que luchar con inveteradas costumbres.„

1 Andrés de Bofarull en sus *Anales históricos de Reus*, lib. I, cap. I.

2 *Arte de comprobar las fechas*.

3 Feliu de la Peña, libro y capítulo citados.

cipios del 1195 y á donde pasó para celebrar cortes.

La antigua Septimania comenzaba á verse asolada en aquel tiempo por las primeras guerras de religión, más terribles, funestas y sangrientas que las políticas. Varios pasajes del antiguo y nuevo testamento, cuyo sentido es verdaderamente alegórico, hicieron nacer la idea de que toda la Escritura tenía una significación ocasionada á interpretaciones. Esto dió lugar á la secta que más tarde se llamó de los *albigenses*, tomando su nombre del país de Albi, donde aparecieron ó donde se celebró un concilio para juzgar de sus doctrinas. Las tierras de Tolosa, en las que ese furor de gnosticismo se esparció, fueron más tarde el teatro de una cruzada, según veremos, y las hogueras cubrieron bien pronto aquel país. Quien primero las encendió, dando un triste ejemplo, que desgraciadamente había de imitar nuestra Península en siglos posteriores, fué el concilio de Orleans de 1022. Quiso estirpar con los tormentos y los horrores del fuego lo que se dió en llamar *la lepra de la heregía*, como si no hubiera sido más conforme al espíritu y máximas del Evangelio, más propio de la fraternidad y caridad santamente predicadas por Jesucristo, el curar aquella *lepra* con el bálsamo de la persuasión, la dulzura y la enseñanza. El concilio de Lombers, en 1165 siguió las huellas del de Orleans. Fué un error querer estirpar con la violencia la predicación de los que se llamaban *nuevos apóstoles y buenos hombres*. El hierro despierta el hierro.

La unión, bajo el cetro del monarca aragonés, de dos condados situados el uno más allá de los Pirineos, y el otro en el centro de estas montañas, pero vecinos los dos á los paises que comenzaba á infestar la heregía, bastó para que el legado del Papa cerca de Alfonso, tratara de persuadirle que aplicase á sus nuevas provincias las terribles disposiciones que el concilio de Vero-

na acababa de decretar contra los albigenses; á saber, que fuesen abandonados á la justicia secular todos aquellos que los obispos hubiesen declarado herejes. Alfonso vaciló por mucho tiempo. Aquel rey trovador, como dice la moderna *historia del Rosellón* [1], á quien el cultivo de las letras inspiraba más bien la clemencia que el rigor, cedió en fin á las importunidades del cardenal, y, bajo crímen de lesa majestad, fué decretada la expulsión de los *valdenses*. Este nombre lo tomaron de su jefe, el mercader de Lion, Pedro Valdo: se llamaron también *sabatatos*, por las sandalias que usaban para remedar á los apóstoles, y *pobres de Lion*, por la pobreza de que hacían alarde para restablecer, según decían, las costumbres de la iglesia primitiva.

Alfonso era bueno y humano. Mientras vivió, supo contener el celo, ya demasiado ardiente, de los precursores de la Inquisición; pero, después de su muerte, su hijo no supo resistir como él á la tendencia dominadora de la autoridad espiritual y á las reiteradas instancias del arzobispo de Tarragona, y de los obispos de Barcelona, Gerona, Vich y Elna; así es que el decreto del concilio de Verona fué publicado de nuevo en 1197, como veremos, y ordenada su severa ejecución en toda Cataluña.

Aun volvió otra vez á estas tierras el rey Alfonso. Hay memoria de que por el mes de Marzo de 1196 se hallaba en Zaragoza, donde se reconcilió con él Pedro Jiménez de Urrea, que se tenía por su agraviado, mediando en esta concordia D. Artal de Alagón, alférez del rey, Jimeno de Artusella, á quien el monarca hiciera merced del puerto de Salou, y de otros honores en el campo de Tarragona, y varios señores.

De Zaragoza vemos partir al rey para Lérida, en cu-

1 Tomo I, pág. 85.

yo punto consta que se le presentaron los maestres de la caballería del Temple en Ultramar, Francia y Provenza, Fray Gilberto Horal, Pons de Rigalt y Arnaldo de Claramunt. Ante ellos, y á presencia de varios señores de su corte, dió Alfonso á la orden del Temple las villas y castillos de la Alhambra y Orrios, y el sitio llamado la Peña del Cid.

Á primeros de Abril estaba el rey en Perpiñán, en donde cayó enfermo así que hubo llegado, y á 25 de aquel mismo mes le robaba la muerte al amor de sus pueblos. Su pérdida, que era una desgracia pública en aquellas circunstancias, fué muy llorada, principalmente por los roselloneses, de quienes parecía haberse constituído en tutor, y que, probando á cada instante las mejoras que su sabiduría y su firmeza habían sabido imprimir en su bienestar, quedaban huérfanos de un celoso protector contra las vejaciones de sus señores feudales [1].

CAPÍTULO IX.

Hijos del rey.—Pedro.—Alfonso.—Fernando.—Constanza.—Leonor.—Sancha.—Dulce.—Testamento del rey.—Juicio que de este rey ha formado la posteridad.

Alfonso II de Aragón y I de Cataluña, había casado en 1174, según ya hemos visto, con Sancha de Castilla [2], en la cual tuvo tres hijos y cuatro hijas.

El primero se llamó Pedro, y fué el que le sucedió en el reino de Aragón, principado de Cataluña y condados

1 Henry: *Historia del Rosellón*, tomo I, cap. V.

2 Capmany cayó en un error cuando, en el número XXVII de sus apéndices al tomo II de las *Memorias históricas*, sentó que este rey había casado primero con Mahalta, hija de Alfonso I de Portugal, de la cual enviudó sin sucesión.

de Rosellón, de Pallárs, de Besalú y de Cerdaña. A tenor de lo que se lee en el testamento de su padre, éste dispuso en su favor de todos los derechos que tenía desde la ciudad de Beziers hasta el puerto de Aspe, es decir, que Alfonso le hizo su heredero por los condados de Carcasona y Rasez.

Alfonso, su hijo segundo, tuvo el condado de Provenza, del que fué II conde de este nombre. El rey dispuso también en su favor de los vizcondados de Milhaud y Gevaudan y del derecho que tenía en Montpeller, cuyo señor parece que le había prestado homenaje. Este Alfonso, unió al condado de Provenza el de Forcalquier, por su enlace con Garsenda de Sabrán, á la que su tío materno dió en dote este señorío.

El tercer hijo se llamó Fernando. Fué monje del monasterio de Poblet y abad del de Monte Aragón.

La mayor de las cuatro hijas, fué Constanza, que casó con Emerico, rey de Hungría; y habiendo enviudado, pasó á segundas nupcias con Federico II, emperador de Alemania.

La segunda se llamó Leonor, y casó con Raimundo VI, conde de Tolosa, llamado *el Viejo*.

La tercera, Sancha, dió su mano á otro conde de Tolosa, Raimundo VII, *el Joven*.

Por lo que toca á la menor, llamada Dulce, entró de religiosa en el monasterio de Sijena, del cual fué fundadora la reina Doña Sancha, su madre, que también se retiró al claustro y profesó después de la muerte del rey en el mismo monasterio, en el que murió en Noviembre de 1208, donde se halla enterrada.

Ya se ha dicho que Alfonso murió en Perpiñán, el 25 de Abril de 1196, pero su testamento fué otorgado en la misma ciudad en Diciembre de 1194, y publicado después de su muerte en el altar de Santa Magdalena de Zaragoza, por los dos testigos que presenciaron su otor-

gamiento en Perpiñán, Alberto de Castellvelí y B. de Portella, á presencia de Guillermo, obispo de Vich, y otros [1].

Los albaceas nombrados por el rey, fueron: el arzobispo de Tarragona, el obispo de Lérida, el de Huesca, el gran maestre del Temple, y el abad de Poblet, en cuyo monasterio eligió sepultura, legándole su real corona y la dominicatura de Vinaroz. Hizo varios legados á la iglesia y pontífice romano, á los templarios, hospitalarios y santo sepulcro de Jerusalen, á otras órdenes religiosas y á muchas iglesias y monasterios, entre ellos al de Scala Dei, *que hago edificar de nuevo,* dice el testamento, y al de Santa María de Ripoll, *en remuneración de mi sepultura.*

Nombró en seguida herederos á sus hijos en el modo y forma citados, substituyendo el uno al otro por orden de primogenitura, y á sus hijas, que no nombra, á falta de varones de los hijos; previniendo, que si llegaba á verificarse la sucesión de ellas, se casasen con voluntad y consejo de sus albaceas y magnates del reino. Dejó finalmente á sus hijos, bajo la tutela de su esposa Doña Sancha; á D. Pedro, hasta la edad de veinte años, y á D. Alfonso, hasta la de diez y seis.

El cadáver del rey se trasladó con gran pompa y ceremonia desde Perpiñán al real monasterio de Nuestra Señora de Poblet, cuya fábrica, que había empezado el conde Ramón Berenguer IV en 7 de Setiembre de 1153, se concluyó durante este reinado. Fué, pues, este monarca el primero de la casa de Aragón que se enterró en aquel monasterio, dejando la antigua sepultura del de San Juan de la Peña de los antiguos soberanos de Sobrarbe y Aragón, y la de Nuestra Señora de Ripoll,

1 Se halla este testamento en el archivo de la Corona de Aragón, número 70 moderno, de la colección de D. Alfonso.

donde solían enterrarse los primitivos condes de Barcelona.

El juicio de la posteridad ha sido favorable para nuestro Alfonso. Los más graves, más entendidos y más imparciales historiadores no pueden menos de convenir en que se hizo recomendable por sus hazañas y sus excelentes cualidades. Fué, en efecto, su reinado uno de los más felices de Aragón, y fué indudablemente un monarca prudente al par que valeroso, activo al par que sagaz, guerrero al par que sabio.

Tuvo la suerte de que en él se reuniesen gloriosamente las dos soberanías de sus padres, el condado de Barcelona y la monarquía de Aragón; y á pesar de que esto le imponía mayor responsabilidad á los ojos del mundo y era muy pesada carga para sus hombros, supo mantener muy alta la honra de su nombre, ileso el territorio de su país, y respetada con gloria la bandera de su casa.

Su piedad quedó patente en la fundación de la cartuja de Scala Dei, en la terminación de Nuestra Señora de Poblet, y en la protección al monasterio de Sijena; su valor y ánimo quedaron consignados en los campos de Valencia, de Castilla, de Navarra y de Tolosa, donde sus enemigos tuvieron que sentir la fuerza de su brazo y aprender á temblar ante el pendón de las gules barras; sus altas miras en favor del país y de su engrandecimiento, quedan probadas con las anexiones, como se diría ahora, del Rosellón y de la Provenza; su amor á la civilización y al progreso,—palabras que no por ser modernas deben ser desechadas cuando expresan una idea justa,—está en la promulgación de las *constituciones de paz y tregua* que hizo jurar á sus barones en Perpiñán; su afecto al pueblo y al país se halla vivo en el reconocimiento de sus libertades; sus virtudes y excelentes prendas, las atestigua el renombre de *Casto* con

que la posteridad le ha reconocido, renombre que no se le ha dado ciertamente por la circunstancia única que en sí expresa, ya que, á juicio de los antiguos, llamarle el *Casto* era denominarle *el Virtuoso*.

En medio de las guerras, ocupaciones militares y luchas continuas de su tiempo, no se olvidó de las letras: protegió á los que cultivaron en su época la poesía provenzal, y favoreció muy particularmente á los trovadores, no desdeñándose de componer versos él mismo; lo que ha hecho que se le contara en el número de los poetas provenzales, bajo el nombre de *Alfonso rey de Aragón el que trovó*, para distinguirle de los otros Alfonsos. En uno de los manuscritos de la biblioteca del rey en París, existe una canción compuesta por él [1].

Como no todo es perfección en este mundo, hay realmente algunas manchas en la vida de este rey. Los asesinatos de Beziers, el sacrificio por dos veces distintas de la Eudoxia Comeno que había de ser su esposa, cierta deslealtad que se nota en sus tratados de paz con el conde de Tolosa, son circunstancias que rebajan algo su valor y mérito. Un poeta encontraría asunto suficiente en ello para largas tiradas de endecasílabos contra el rey Alfonso; pero un historiador hallaría á mano para defenderle la razón de estado, en cuyo nombre se han cometido tantos crímenes.

De todos modos, Alfonso *el Casto* no mereció ser pintado con los feos colores con que lo hizo su contemporáneo Beltrán de Born, el trovador vizconde. La pluma de éste fué injusta al hablar de Alfonso, como toda pluma mojada en hiel, y á la que sólo inspiran el resentimiento y la venganza [2].

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 104.

2 Véase lo que de D. Alfonso digo en mis obras *Los trovadores* y *Las ruinas de Poblet*.

CAPÍTULO X.

LOS PROGRESOS DE LA CIVILIZACION.

(SIGLO XII.)

Lengua catalana.—Escritores.—Prosperidad y acrecentamiento de Cataluña.— Ensanche de Barcelona.—De Vich.—De Manresa.—De Mataró.—Origen de San Martín de Provenzals.—De Sabadell.—Campo de Tarragona.—Reus.—Instituciones municipales.—Marina, artes, industria y comercio.—Costumbres.—Monumentos.—San Pablo del Campo.—Capilla de Marcús.—Santa Ana.—Palacios.—Santa Eulalia.— Santa María de Tarrasa.— San Miguel de Marmellar.—Monasterio de las Avellanas.—Monasterio de Pons.—Catedral de Tarragona.—Monasterio de Poblet.—Monasterio de Santas-Creus.—Cartuja de Scala Dei.—San Juan de Lérida.—Otros monumentos de Cataluña.—Iglesia de Fraga.—Monasterio de Sijena.—Otros monumentos de Aragón.

LENGUA CATALANA.

Ya en este siglo, la nacionalidad catalana-provenzal se presenta con fisonomía propia, con literatura y lengua propias. A principios del siglo XII vió comenzar su rico período, su bella edad de oro. El idioma provenzal se hizo el de los sabios y el de los poetas, y el que enriqueció el del Petrarca, por confesión propia de los mismos escritores italianos de más nota. Y sin embargo, esta hermosa lengua provenzal, á la que después se llamó lemosina, no era otra que la catalana. Lleváronla á Provenza los condes de Barcelona, y allí se adornó y pulió con la mezcla de algunas frases más dulces, propias de aquella provincia.

Cuando Ramón Berenguer III casó con Dulce de Provenza, fué cuando la lengua catalana-provenzal comenzó á ser el verdadero idioma literario de la época, y á adquirir tal grado de hermosura y belleza, que durante

el espacio de tres siglos fué preferida á todas las demás de Europa, apresurándose á estudiarla y á componer en ella todos los amantes de las letras. Hízose particularmente la lengua de la poesía y del amor.

Innumerables citas pudieran aducirse en testimonio de ello, pero es cosa ya universalmente sabida, y bastará recomendar, á los que quieran mayores datos, los autores apuntados al final de este párrafo.

Nadie puede disputarnos la gloria de haber sido el catalán—llámesele provenzal ó lemosín—una de las primeras lenguas, quizá la primera, que se vió en uso literario después del latín. Nadie podrá desconocer tampoco que aquella literatura catalana-provenzal, según la llama Nostradamus, y según propiamente debiera llamarse, tuvo vida, belleza y fuerza mientras la casa condal de Barcelona dominó en Provenza, muriendo, ó quedando agonizante por lo menos, el día que feneció en aquellas comarcas la estirpe catalana.

Cuenta Nostradamus que el conde de Provenza, Ramón Berenguer II, aficionó al emperador Federico I á la poesía provenzal cuando pasó á Turín, después de muerto su tío el conde de Barcelona, en el burgo de San Dalmacio, cerca de Génova. Federico recibió al conde con esplendidez y galantería, y el conde quiso obsequiar al emperador con trovas que hizo recitar y cantar á su presencia por la corte de trovadores que llevaba consigo. Tan maravillado quedó el emperador con aquello, nuevo para él, que colmó de regalos á los poetas, y quiso aprender el arte de trovar, componiendo por sí mismo el siguiente madrigal en lengua catalana:

Plasmi cavalier francez,
é la dona catalana,
é l'ouvrar de Ginoez,
é la cour de Castellana;
ou cantar provenzalez

é la danza trevisana,
é lou corps aragonés,
é la perla Juliana,
las mans é cara d'anglez
é lou doncel de Toscana.

Como una muestra del catalán-provenzal que se hablaba en los países que hoy pertenecen á la Francia, voy á copiar un documento que he hallado en las pruebas de la *Historia del Languedoc* (Pr. DXVII del tomo II). Es el homenaje y juramento de Elzear de Sauve á la viuda de Bernardo Atón. Está fechado en 1159, y dice así:

«De ista hora in antea, ego Ilisiarus de Salve, filius de Stephana, á te Guillelma vicecomitisa que fuisti *moller* de Bernardo Atón, *tant quant tenrrás la sennoria del castel de la Arena*, é *ad aquel eres que aurás d' en Bernart Aton, de qual tu es preius, lo castel de Berniz non vos tolrai, ne vos en tolrai ipsas fortedias* quæ hodie ibi sunt, *ni adenant* factas erunt *per nomen de castel. Et si om* vel femina *aquel castel* supra scripti *vos tollia seu tollia, ab aquel ó ab aquella, ó ab aquels, ó ab aquellas* finem ne societatem cum illo vel cum illis *non auria; fors quant per lo castel á recobrar*: et si recobrar en lo potuero, per nullum ingenium, á te vicecomitissa, *ó á eres que aurás d' en Bernart d' Aton lo redrai* sine lucro et sine decepcione, etc.»

La nacionalidad catalana-provenzal vió florecer en este siglo muchos y muy excelentes trovadores, de quienes nos quedan bellísimas trovas y canciones, llenas de gracia, de frescura, de espontaneidad y brillantez. A este siglo pertenece, según Raynouard, el famoso poema de Gerardo del Rosellón, la obra más bella acaso de nuestra literatura en las tres centurias de su esplendor.

Como muestra del lenguaje de los trovadores y de la riqueza del idioma, léanse las siguientes:

Car donneis pretz é valors,
joys é gratz é cortesía,
senys é sabers é honors,
bels parlars, bella paria;
é larguesa, é amors,
coneysensa é cundía;
trovant manteny é sucors
en Catalunya á tría
entre 'ls catalans valents
é las donas evinents.....

Gerardo de Rosellón.

Non sap cantar quil son no di
nil vers trovar quils motz no fá,
ni sap de rima com si vá
si rason non enten en sí,
pero mon can comens aissi,
com plus laustres mai valrá.....

Godofredo Rodel.

Cossirós cant é plang é plor
pel dol que m'ha sazit é prés
al cer per la mort mon marqués,
En Pons lo pros de Mataplana,
ques era francs larcs é cortés
et ab totz bos captenements,
é tengutz per un des millors
que fos de San Martí de Fors
tro Cerdai é la terra plana.....

Guillermo de Bergadá.

Hablan más ó menos detenidamente de este punto, y pueden consultarse, las obras siguientes, entre muchas otras: Nostradamus en su *Historia de Provenza;* Bastero, *Cruzca provenzale;* Bembo, *Della vulgar lingua;* Bouche, *Historia de Provenza;* los Maurinos, *Historia del Languedoc;* Fauriel, *Historia de la poesía provenzal;* Raynouard, *Colección de poesías de los trovadores;* Amat en su introducción al *Diccionario de escritores catalanes;* Capmany en sus apéndices á las *Memorias históricas;* Borao

en su introducción al *Diccionario de voces aragonesas;* Milá, *Observaciones sobre la poesía popular;* Pers y Ramona, *Historia de la lengua y literatura catalanas*, etc. [1]

ESCRITORES.

Hubiera querido publicar en el diccionario de los pertenecientes á este siglo, todos los trovadores hijos de los países dominados por los condes-reyes; pero hubiera sido materia poco menos que imposible para mis fuerzas y tiempo. Continúo sólo aquéllos de que me ha sido dable encontrar noticia, y pongo como catalanes á los del Rosellón, desde el momento en que este país fué agregado á la Corona.

Alfonso I de Cataluña y II de Aragón. Queda ya dicho que se le continúa en los catálogos de escritores catalanes. Sólo tenemos de este rey una *canción de amores*, pero generalmente se le cuenta por el primero de los poetas españoles *conocidos.*

Abraham, llamado *el sabio* por los judíos catalanes. En 1119 escribió unos comentarios sobre la Sagrada Escritura y un poema sobre el juego de ajedrez.

Agoult (Guillermo), poeta catalán-provenzal, de la corte del rey Alfonso. Escribió una obra sobre el amor.

Ademars (Guillermo). Poeta del Rosellón que floreció en este siglo.

Bistors (Raimundo). Otro poeta rosellonés de la misma época.

Berenguer (Ramón). Tercero de este nombre, conde de Barcelona y de Provenza. Fué uno de los poetas

1 Posteriormente he escrito *Los Trovadores*, mis *Discursos académicos* y otras obras, que forman parte de esta colección, y donde pueden encontrarse más detalles y observaciones sobre este asunto, habiéndome hecho rectificar algunas de mis ideas antiguas, la experiencia y mis estudios.

principales del siglo XII, según Amat. La real Academia de Buenas Letras de Barcelona, en el apéndice de sus Memorias, página 585, dice que este conde, en medio de sus repetidas conquistas, se aplicó con especialidad á la cultura del nativo idioma catalán, comunicando sus nuevos adornos al provenzal que los abrazó con general aplauso.

Berenguer (Ramón). Cuarto de este nombre entre los condes de Barcelona. Fué también insigne poeta. Sus obras poéticas, en lengua catalana, se conservan manuscritas en la Biblioteca vaticana. En la de París hay otro ejemplar. Al frente de estas obras hay su retrato ecuestre, con varios elogios.

Berga (Guillermo de). Otros le llaman Guillermo de Bergadá. De noble familia catalana, se distinguió por su talento é ingenio en el arte de trovar. Sus poesías se hallan manuscritas en la Biblioteca vaticana. En la historia literaria de los trovadores, se dice que fué autor de muchas composiciones obscenas y hombre de mala conducta.

Cabestany (Guillermo de). Este poeta rosellonés, cuyo nombre y algunas de cuyas poesías han llegado hasta nosotros á través de los siglos, fué señor de la villa de Cabestany (*Capestany* dicen las antiguas memorias), cerca de Perpiñán. Se cuenta de él que, apasionado por la esposa de Raimundo, señor de Castel-Rosellón, le consagró su amor y sus poesías, y que el celoso caballero le hizo matar, arrancándole el corazón y dándoselo después á comer á su esposa. Otro noble trovador, Raimundo de Miraval, contemporáneo de Cabestany, es quien contó en sus versos todas las circunstancias de esta horrible aventura, que posteriormente, sin embargo, en nuestro siglo mismo, se ha puesto en duda. De todos modos es positivo que Guillermo de Cabestany fué uno de los más excelentes trovadores de

su tiempo, y parece que hubo de ser víctima de alguna catástrofe horrorosa 1.

Formit de Perpiñán. Poeta provenzal, de cuyas poesías ha publicado una muestra Mr. Raynouard.

Gaufredo, obispo de Tortosa. En la Biblioteca real se conservan algunos manuscritos de este prelado.

Kimhi (David), hijo de Gerona. Vivía en Narbona por los años de 1190, y se hizo muy célebre por su erudición y escritos.

Moseh, natural también de Gerona y judío como el anterior. Es generalmente más conocido con su otro nombre de *Nachman*. Compuso muchos y muy importantes libros.

Ortafá (Pons de), caballero trovador, natural del Rosellón.

Palasols (Berenguer de), caballero trovador, natural del Ampurdán, según parece, del condado de Ampurias. Compuso muchas trovas en alabanza de Ermesinda, mujer de Arnaldo de Avinyó.

Vase ó *Vace*. Se habla de un poeta de este nombre que debió existir por los años de 1155.

Hubo á más algunos poetas y escritores anónimos, de cuyas obras, pero no de cuyos nombres, se tiene noticia.

PROSPERIDAD Y ACRECENTAMIENTO DE CATALUÑA.

Arrojados los moros del territorio catalán, pudieron las ciudades y villas irse poblando y extendiendo, al propio tiempo que en todas partes nacían nuevos centros de población que llamaban á sí la vida del comercio, de la agricultura y de la industria.

1 Véase á Henry en su *Historia del Rosellón*, pág. 56 de la introducción, y nota 3.ª del tomo I; al mismo autor en su *Guía por Rosellón*, págs. 137 y 138; á Puiggarí en los artículos que sobre este asunto dió á luz en el periódico de Perpiñán *Le Publicateur;* y á Raynouard en su *Colección de trovadores*.

El cinturón de la fortísima muralla romana ahogaba ya y oprimía á Barcelona, que tenía necesidad de más espacio y vida. No es de extrañar, pues, que el muro fuese roto durante la época de Ramón Berenguer IV. El impulso y desarrollo que había tenido la marina, comenzó á atraer á la población hacia el mar. Infinidad de casas, levantadas casi todas ellas por familias que vivían del comercio y de las artes, se apiñaban junto á la iglesia de Santa María, habiendo tomado el nombre de *vila nova* (villa nueva). El llano y arenales que existían junto al gótico templo, fueron cambiándose como por encanto en una ciudad llena de animación. Por los años de 1153, un Guillermo de Moncada, que no parece fuese de la casa de los barones de este apellido, compró en aquel nuevo burgo de Barcelona y en el arenal antedicho, un gran pedazo de tierra donde edificó unas grandes casas, que dieron principio á la calle que aun hoy continúa llamándose de Moncada [1].

Al par que Barcelona, iban creciendo, formándose y desarrollándose otras poblaciones. Vich tenía también que ensancharse por aquel tiempo, y de este siglo datan sus tres hospitales para los leprosos, para los pobres y para los peregrinos.

Manresa debía ser, á fines de este siglo, una ciudad floreciente, según se desprende del diccionario de sus calles, plazas y monumentos que se halló entre los papeles del monasterio de Bages [2]. Se ve que los judíos tenían un barrio en esta ciudad, que había en ella muchas industrias, que disponía de dos cementerios y contaba con trece iglesias.

En el mismo siglo XII comienza á desarrollarse la

1 Pujades, lib. XVIII, cap. XXXVII.

2 *Ensayos históricos sobre Manresa,* por Mas y Casas, pág. 42. Puede verse, para mayores detalles, lo que digo en mi obra *Manresa y Cardona.*

ciudad de Mataró, llamada aún entonces *Civitas fracta*, según parece; si bien la verdadera importancia de esta población marítima, como todas las de la costa, data de la época en que sus moradores se vieron libres de las excursiones y piraterías de los moros baleares con la conquista de estas islas.

Junto á Barcelona existe un pueblo que se llama San Martín de Provenzals, y cuyo origen remonta la tradición á este siglo y á la circunstancia siguiente. Después de efectuado el enlace de Ramón Berenguer III con Dulce de Provenza, el conde quiso mostrarse hospitalario y galante con los señores provenzales que habían venido á estas tierras acompañando á su esposa. A este efecto, les concedió algunas tierras de los alrededores de Barcelona, señalándoles y dándoles las que estaban junto á una capilla ó ermita consagrada á San Martín. Estableciéronse dichos señores en este territorio, y de aquí el nombre de San Martín *dels Provenzals*, ó sea San Martín de los Provenzales. Ignoro lo que pueda tener de cierto esta tradición, pero es muy valedera y aceptable.

Data también de este mismo siglo la villa de Sabadell, que viene siendo célebre desde el XIV por su fabricación de paños. Se tiene noticia de que á últimos del siglo XI, sin saberse cómo la adquirió, tenía la ciudad de Barcelona la baronía y señorío del castillo de Rahona y su término. Junto á este castillo se fundó Sabadell, que continuó perteneciendo á Barcelona hasta 1236. Sabadell comenzó á crecer en importancia y á tener desarrollo, gracias primero á ser un mercado famoso en Cataluña, y luego á sus fábricas de paños que comenzaron en el siglo XIII y que en el XIV gozaban ya de gran crédito [1].

1 *Anales de Sabadell*, de D. Antonio Bosch, curioso manuscrito que se guarda en el archivo de esta villa. Véase también lo que digo en mi monografía *La industriosa Sabadell*.

El campo de Tarragona fué poblándose en esta época. A fines del siglo de que se trata, ya existían en el campo casi todas las poblaciones actuales, y á más una infinidad de fortalezas, destruídas en el día. Una bula del papa Celestino III, dirigida al arzobispo y cabildo de la iglesia de Tarragona, aprueba noventa iglesias de la diócesis; hace mención de las abadías, monasterios y fortalezas que había en el campo, y da idea de los muchos lugares y villas que existían en aquellos contornos [1]. Los condes de Barcelona por una parte, los arzobispos de Tarragona por otra, como señores del campo, concedían franquicias á los que iban á poblar ciertos términos, fundando núcleos de villas y lugares, algunos de los cuales debían hacerse célebres con el tiempo. Así tuvieron origen Riudoms, en 1150; la Buella, en el mismo año; el Burgá, en 1152; Salou, en el mismo año [2]; Cambrils, en 1154; Barenys y Vilavert, en 1155; Albiol y Raurell, en 1158; Constantí y Villaseca, por los mismos años, y Alforja, en 1190 [3].

Al mismo tiempo seguía Reus engrandeciendo su

1 Copiada del archivo arzobispal, transcribe esta bula D. Andrés de Bofarull en sus *Anales de Reus*, tomo I, documento de letra F.

2 Ya sabemos que Salou, *Salauris*, es pueblo de antigüedad romana. Sin embargo, no quedan vestigios. En aquella hermosa playa y famosísimo puerto, no existe un solo recuerdo de los dominadores del mundo. Cuenta Andrés de Bofarull, en sus *Anales de Reus* (tomo I, página 25), que en 24 de Julio de 1152, Pedro de Ragusa ó Rasussa pobló el término de Salou; pero en la donación, se le impuso la obligación de edificar un castillo cerca del mar, y á sus costas armarlo y guarnecerlo con gente de guerra, teniendo á más que edificar una villa y buscar gente para poblarla. Por lo que dice Zurita (lib. II de sus *Anales*, cap. XLVII), veo que en 1196 el rey D. Alfonso había hecho merced del puerto de Salou, y de otros heredamientos en el campo de Tarragona, á D. Jimeno de Artusella.

3 En el término de esta villa existía entonces una mina de plata, que en el acta de donación del pueblo y su término, se reserva para sí la reina Doña Sancha, esposa de Alfonso *el Casto*.

recinto, dice el cronista de esta ciudad; y por causa de su posición topográfica inmediata á la sierra, uno de los primeros objetos que llamaron la atención de sus señores fué fortificar en parte su nueva villa, por temor de los imprevistos ataques que no sin fundado motivo la podían amagar, valiéndose sus enemigos de los vecinos barrancos de que aún se halla rodeada. Para precaver tamaña desgracia y para mayor seguridad de sus señores, edificaron un castillo. A últimos del siglo XII, la villa pertenecía á dos distintos señores y estaba dividida su jurisdicción bajo el mando de los dos bayles representantes y nombrados cada uno por su respectivo señor, que eran el arzobispo de Tarragona y el cartlán de Reus. Tenía entonces esta última dignidad la familia Bell-lloch, que había sucedido á la de Castellet.

Mientras Cataluña iba poblándose, ensanchándose y creciendo, sucedía lo propio con el Rosellón. Perpiñán mejoró mucho con las medidas dictadas por Alfonso *el Casto*, que hasta intentó cambiar el asiento de la ciudad, transportándola á la inmediata colina llamada *Puy de San Jaime*; si bien las reclamaciones de los habitantes que tenían ya sus intereses creados, le obligaron á variar de resolución [1].

INSTITUCIONES MUNICIPALES.

He aquí una de las grandes glorias y una de las más brillantes páginas de nuestro país. El siglo XII vió lucir, pura y hermosa para nuestra Cataluña, la aurora espléndida de las libertades municipales, principio y comienzo del progreso social, que tanto camino estaba destinado á andar en estas tierras.

Por todas partes, con el establecimiento de las municipalidades, las poblaciones fueron ensanchando sus

1 Jaubert-Campagne: *Instituciones municipales de Perpiñán*, pág. 11.

centros; es que los pueblos, como los hombres, necesitan aire libre y vivificante para sus pulmones. Por todas partes se modificaron las costumbres, se remediaron las necesidades, se combatieron las exigencias injustas, se ahogaron las obligaciones despóticas, se hicieron más íntimas las relaciones de sociedad y familia, se dió vida á las artes, impulso al comercio, vigor á la industria; por todas partes con ello la civilización marchó en alas del progreso, y leyes más benéficas, más justas y más propias, leyes que más de cerca remediaban el daño, combatían el abuso ó laureaban el mérito, extendieron sobre los habitantes de las municipalidades su égida protectora. El estandarte de una población libre, que el ciudadano tuvo desde entonces derecho de ondear triunfante en lo alto de sus torres, llamó á su seno al hombre que, aislado en la soledad de los campos, vivía miserablemente la vida de los reptiles bajo los muros del castillo feudal.

Desde el momento en que el hombre aprendió á conocer sus derechos y sus deberes con el establecimiento de las municipalidades; desde el instante en que se vió libre de la servidumbre y devuelto á sus derechos naturales, que la opresión y el feudalismo le hicieran desconocer; desde el punto mismo en que ya no fué *cosa* sino *persona*, acudió al centro y patria común de los hombres libres, al seno de las municipalidades, para prestar á las artes, á las ciencias, á la industria, al comercio, en una palabra, al progreso y á la civilización, el apoyo de su brazo, de su talento, de sus recursos, de su vida.

Nuestra Cataluña vió en el siglo XII nacer esa nueva aurora de un nuevo porvenir. Cedamos ahora por un momento la palabra al ilustre Capmany [1]. «El conde

1 *Memorias históricas*, tomo I, parte 3.ª de las *antiguas artes de Barcelona*, pág. 3.

de Barcelona, Ramón Berenguer IV, empeñado en contrabalancear el poder de los barones, que oponían un fuerte antemural contra el ejercicio soberano del Príncipe, adoptó el pensamiento, ya imaginado entonces por otros soberanos de Europa, de conceder nuevos privilegios á las ciudades situadas en su dominio patrimonial... En virtud de estos privilegios, llamados *Chartæ Universitatis*, se restituyó la libertad á los vecinos de muchas villas y lugares, borrando toda señal de servidumbre, y se erigieron los comunes ó cuerpos municipales en todas las ciudades, gobernadas por un consejo, que se componía de magistrados elegidos de entre sus mismos moradores: en unos pueblos intitulados *Conciliarii*; en otros, *Cónsules*; en otros, *Jurati*, y en otros *Paciarii*. Estos magistrados gozaban el derecho de un poder supremo en todo lo tocante á su gobierno económico; podían administrar justicia privativamente, en ciertos casos, dentro del pueblo y su comarca; imponer gabelas y arbitrios para las necesidades públicas; ejercitar su milicia urbana para la defensa común ó para el servicio del Príncipe, y algunos tuvieron la prerrogativa de acuñar moneda. En menos de un siglo todas las ciudades y muchas villas de Cataluña, destituídas hasta entonces de fueros y jurisdicción gubernativa, llegaron á echar los cimientos de su libertad política.»

Sólo me atreveré á añadir á lo que dice Capmany, que Ramón Berenguer IV no hizo en este punto sino seguir el impulso que había ya comenzado á dar Ramón Berenguer III. Muchas fueron, en efecto, las villas y poblaciones catalanas que en el siglo XII tuvieron su carta. La obtuvieron Tortosa, Lérida, Gerona, Tarragona, Reus; la tuvo Perpiñán, siendo de advertir que la de esta ciudad, como tendremos ocasión de hacer observar en el próximo capítulo, es la más antigua, bajo el punto de vista de libertad municipal, por la forma en

que se halla y por ser el pueblo quien se le da á sí mismo, y no el rey quien se la otorga.

De todos modos, pronto podremos juzgar de los inmensos beneficios que el régimen municipal reportó á nuestro país. Ya veremos cómo este santo principio de libertad civil y política, siempre respetado por el soberano, que no faltó jamás en sujetar á él las decisiones reales cuando eran contrarias á las leyes, siempre también respetado por el pueblo, que más de una vez apeló á las armas para defenderle, es á lo que debe Barcelona, la capital del Principado, figurar algunas veces como única en la lista de las ciudades defensoras y protectoras de los derechos populares. De este principio es también del que salió una magistratura ciudadana, como pocas ciudades pueden contarla en sus anales; magistratura que, al perpetuarse de edad en edad, y al legarse, como herencia sagrada, la honradez y la justicia, empezó, continuó, terminó y mejoró un código de leyes municipales que á cada página, á cada párrafo, á cada línea prueba, de una manera irrecusable, cuánto era el amor que sentían por la patria nuestros padres, cuánta la adhesión que á sus conciudadanos y á sus libertades profesaban.

MARINA, ARTES, INDUSTRIA Y COMERCIO.

Se puede decir que el comercio, la industria y la marina de Cataluña nacieron con Ramón Berenguer III; al menos, en su época y en su reinado comenzaron á brillar y arraigarse. En su reinado y en su época hay que ir á buscar el germen de prosperidad en estos ramos que tan grandes resultados debía traer al país.

La empresa contra las Baleares llevada á cabo por Ramón Berenguer *el Grande*, el viaje del conde á Italia con una flota catalana, el tratado con el walí de Lé-

rida de que se ha hablado en el cap. VIII del libro anterior, el tratado con Génova y Montpeller, de que se ha dado cuenta en el cap. IX del mismo libro, la empresa contra Almería, y otras y otras noticias que tenemos de aquellos tiempos, dan una idea clara y exacta del poder de nuestra marina en el siglo XII.

Nuestro conde tenía ya una escuadra permanente á la que vemos frecuentar el puerto de Génova, y recibir allí, y á cuenta del soberano, socorros pecuniarios que le daba Arnaldo de Bell-lloch, agente consular ó mercantil, ó acaso embajador del príncipe [1].

Suenan ya entonces los nombres de dos almirantes catalanes, el de Galcerán de Pinós, en la conquista de Almería, y el del Dalmau de Plegamans, más tarde.

En 1149, al partir el conde á Provenza, un ciudadano de Barcelona, llamado Ramón Berenguer de Moncada, hizo construir dos galeras en la playa de la ciudad, delánte de la actual bajada de Viladecols, y dió su mando al marino barcelonés Ramón Durfort [2].

En 1151, el mismo conde daba á mandar una de sus galeras á Arnaldo de Moncada.

En 1154, los barceloneses Berenguer de Sarriá y Ramón de Olset construían otras dos galeras, en servicio del conde, y una de ellas, llamada *la Sarriana*, era confiada después por el príncipe al mando de otro barcelonés llamado Berenguer Riudeperes.

Es el siglo XII la primera época de la marina catalana.

Aunque las islas Baleares cayeron otra vez en manos de los sarracenos, las treguas que los reyes de Aragón tuvieron la política de convenir y renovar con los de Mallorca, dejaban libres y seguros los mares por largas temporadas, y de este modo creció tan notablemente la

1 Pujades, tomo VIII, pág. 448.—Piferrer, tomo II de *Cataluña*, página 155.

2 Idem id.

navegación exterior de los catalanes, que durante todo el siglo, y en mayor escala aún á principios del XIII, se hicieron comunes los viajes desde Barcelona á Egipto, Ceuta, y otras partes de Berbería [1].

Por lo que toca al comercio, aceptemos los datos que nos ofrece Capmany en la obra que escribió á costa de no poco estudio, vigilias y desvelos. Dice, pues, este autor, que Barcelona empezó desde el siglo XII á ser un puerto abierto á todas las naciones entonces conocidas. Por esta sabia máxima de no excluir á ninguna de su contratación, sin tener grandes motivos, vino á ser uno de los primeros emporios del Mediterráneo. Bajo el gobierno de Ramón Berenguer IV, cree Capmany que empezaron Barcelona y los demás pueblos marítimos de Cataluña á ser frecuentados de genoveses y pisanos, porque es muy verosímil que antes de aquel tiempo no hubiesen visitado las costas de España ni tenido comunicación con sus puertos, que estaban en poder de los sarracenos, ó eran asolados por sus piratas. Por lo que respecta al siglo XII, no cabe duda, pues se tienen noticias exactas de que los pisanos y los genoveses tenían con nosotros un continuo tráfico [2].

Con la conquista de las Baleares, llevada á cabo por Ramón Berenguer *el Grande*, aumentó notablemente la navegación de los extranjeros hacia nuestras costas; se desprende así de un documento por el cual el conde hizo donación á la iglesia de Barcelona, en 1132, del diezmo de las gabelas que se exigían á las naves que entraban ó salían del puerto, ó pasaban por el mar de su imperio [3].

1 Capmany: *Memorias históricas*, parte primera de la *marina barcelonesa*, pág. 12.

2 Capmany: *Memorias históricas*, parte segunda *del antiguo comercio*, pág. 24.

3 Id.: *Memorias históricas*, tomo II, *colección diplomática*, núm. 2.

Benjamín de Tudela visitó á Barcelona en 1150 cuando pasaba á Jerusalén desde Toledo, y en el itinerario de su viaje escribe de ella las siguientes palabras: «Barcelona es ciudad marítima, aunque reducida, muy bella y hermosa: es muy frecuentada de negociantes, y acuden á ella mercaderes de todos los países, de Grecia, de Pisa, de Génova, de Sicilia, de Alejandría, de Egipto, de todas partes [1].

Capmany observa que, si Cataluña no hubiese suministrado algunos renglones para la exportación, no hubiera subsistido largo tiempo esa concurrencia de fabricantes extranjeros, á no ser que Barcelona fuese entonces el depósito general de las mercaderías de Oriente para distribuirlas á las provincias interiores de España; y esto último es tanto más verosímil, cuanto que hasta mediado el siglo XIII, en que fueron recobradas Valencia y Sevilla, ninguna provincia tuvo comercio propio.

Caffaro, en sus *Anales de Génova*, habla de un tratado concluído en Provenza entre aquella república por una parte, y el rey D. Alfonso *el Casto* por otra. Mediante este convenio, que se firmó en 1167, Génova se obligó á socorrer á Alfonso para tomar el castillo de Albarón con cuatro galeras; y Alfonso se comprometió á que los pisanos fuesen extrañados de sus dominios sin poder ser admitidos en lo sucesivo, con la condición de que cuantos á la sazón se encontraran traficando en ellos, fuesen, personas y efectos, entregados á los cónsules de la nación genovesa. Capmany, que traslada lo que escribe Caffaro, dice que el tráfico que los pisanos hacían en Barcelona y en los demás puertos de los dominios del rey de Aragón D. Alfonso *el Casto*, llegó á causar celos á sus rivales los genoveses, y que éstos tuvieron

1 Bergerón: *Recueil de voyages*, tomo II: *itinerarium Benjaminis de Tudela*.

influencia en la corte de D. Alfonso para ajustar dicho tratado. Lo mismo dicen los Sres. Pí, siguiendo á Capmany, en su capítulo sobre el comercio de Cataluña [1]. Bien pudiera ser, sin embargo, que el primero de estos autores, con su mucha autoridad, hubiese hecho incurrir en cierto error á los otros, aunque también pudiera ser que fuese yo quien anduviese errado en este punto.

El tratado de que habla Caffaro, y con referencia á él Capmany, se efectuó en 1167, antes de la toma de Albarón, que tuvo lugar realmente, según hemos visto, en dicho año, insiguiendo el modo de contar de ciertos escritores, aun cuando para otros fué en 1166. El rey D. Alfonso de Aragón acababa de llegar entonces á la Provenza titulándose heredero de Ramón Berenguer, conde de aquel país, que había fallecido bajo los muros de Niza. Como el conde de Tolosa le disputaba la posesión de la Provenza, ambos príncipes se declararon la guerra. Los pisanos eran partidarios del conde de Tolosa, y recordarán mis lectores que los genoveses, antes de morir el conde de Provenza, y en el año 1165, firmaron con él un tratado, mediante el cual el conde se comprometió por 4.000 sueldos melgarienses á no permitir que ningún buque de Pisa abordase á las costas de sus dominios. Así, pues, el rey D. Alfonso, sucesor de Ramón Berenguer en el condado de Provenza, se encontró naturalmente enemigos á los pisanos, y renovó con los genoveses el tratado que su antecesor había concluído con ellos. De esta manera me explico la conducta del rey Alfonso, y la hallo lógica y prudente. No fué, pues, por ser más afecto á la idealidad de la poesía provenzal que al positivismo del comercio patrio, como han dicho los Sres. Pí, por lo que el rey Alfonso firmó

1 *Barcelona antigua y moderna*, tomo II, pág. 65.

el tratado con los genoveses en perjuicio de los pisanos, sino porque éstos eran sus contrarios, y aquéllos sus aliados, y sabido es que todos, sin exceptuar á los reyes, son amigos de sus amigos, y enemigos de sus enemigos.

Desde fines del siglo XII, posee Cataluña artes y oficios conocidos; pero las principales memorias que tenemos pertenecen al XIII, al llegar á cuya época nos ocuparemos de ello detenidamente. Las artes mecánicas, lustre, ser y progreso de una nación, florecieron desde muy antiguo en Cataluña, fabricándose bajeles, naos y diversas embarcaciones, labrándose el oro, hierro, plata, y los demás metales con primor, tejiéndose paños, sedas y toda clase de ropas [1].

Hijas las artes de la paz y de la libertad, no echaron verdaderas raíces en el Principado, hasta tanto que una y otra establecieron allí su dominio. Barcelona, como madre amante, las acogió á todas. Capital y corte de los condes-reyes, importante por su comercio, abierto su puerto á mercancías y negociantes de todo el mundo, centro de actividad y vida, teniendo sus moradores el goce de una libertad política envidiable, y comenzando á revestirse su gobierno municipal de aquella forma democrática que la hizo tan célebre y le dió tanta importancia y fuerza, Barcelona dió hospitalidad á la industria desde el siglo de que hablamos, y atrajo á sí á todos los artífices. Próximamente nos ocuparemos de la antigüedad de sus famosos gremios, y veremos florecer sus artes é industria.

COSTUMBRES.

Seguían las costumbres ofreciendo su deplorable espectáculo. Las *Constituciones de paz y tregua*, impuestas por nuestro Alfonso á los señores feudales del Rosellón,

1 Fenix de Cataluña, cap. IV.

prueban bien claramente que fué preciso tomar enérgicas medidas para garantir el respeto á las iglesias, la seguridad de las familias, la de los viajeros, etc., etc.

El fatal estado de las costumbres lo demuestra también la sola lectura de este libro V. Las continuas luchas entre los señores; la incesante renovación de convenios, á cada paso violados; las mutuas fianzas que debían darse las partes contratantes, todo explica que reinaban la mala fe y el egoísmo. Nada era respetado en esta época, lo mismo las casas religiosas que las particulares; muchos señores, al morir, ponían sus viudas é hijos bajo la protección de otros señores en estado de defenderlos; otros hacían pagar ciertas sumas á los establecimientos religiosos para acudir en su auxilio; los había que se lanzaban á los caminos convirtiéndose en bandidos para despojar á los viajeros, y la mayoría de ellos disponían de los bienes de sus vasallos como de los suyos propios, atentando á lo más sagrado, á lo más santo y á lo más puro.

La trágica aventura del trovador Guillermo de Cabestany, suponiéndola cierta—y cuando no lo fuese hay ejemplos de otras muy parecidas,—nos da una idea de la ferocidad de costumbres de algunos grandes señores del siglo XII, y el testamento del último conde del Rosellón nos demuestra los males que producían las guerras privadas y la inmoralidad de los personajes más eminentes: deja el encargo á sus ejecutores testamentarios de hacer las restituciones convenientes á aquellos por él despojados *y robados*; á este fin, es decir, en clase de restitución, lega diferentes sumas á los habitantes de Pollestres, de Candell, de Banyuls, de Villamolaca, de Canamals, de Maurellas, de Peirestortes y de otros lugares, *pro malefacto quod eis feci*; manda restituir 150 sueldos melgarienses á Pedro Martín, habitante de Perpiñán, *pro dampno quod ei intulit quidam latro*; y deja

la manda de 1.000 sueldos melgarienses para vestir á 100 pobres, en restitución de la parte que tuvo en el *robo* efectuado por cierto Ponce de Navaga (*pro parte latrocinii Pontii de Navaga quam ego habui*).

MONUMENTOS.

Fué el XII el siglo de oro para las artes en Cataluña. Son muchos, muy importantes y muy notables los monumentos que datan de aquella época.

El precioso monasterio de San Pablo del Campo en Barcelona, de que tantas veces se ha hablado, se restauró en 1117. Un piadoso varón, Guitardo ó Witardo, quizá de la familia condal de Barcelona, y su esposa Rotlanda, acudieron á la restauración del monumento, levantado por el segundo de los condes independientes [1].

Un monumento más sencillo y humilde se levantaba también á poco, extramuros de la ciudad entonces, pero ya en medio de los arrabales de la ciudad nueva. Era la capilla llamada de Marcús, que existe áun hoy en la plazuela de este nombre. Fué consagrada á Nuestra Señora de la Guía, pero tomó el nombre de su fundador Bernardo Marcús, ciudadano opulento, dueño de muchas casas en la ciudad y de muchas fincas en el territorio, que murió en 1166, después de haber fundado un hospital, de haber ayudado con su dinero al conde de Barcelona y de haber comenzado esta capilla, que terminaron sus hijos por legado suyo [2].

1 Piferrer: *Cataluña*, tomo I, pág. 75, y tomo II, pág. 169.

2 Piferrer: *Cataluña*, tomo II, pág. 170.—*Guía-cicerone*, de Bofarull (Antonio).—*Barcelona antigua y moderna*, de Pí.—Se dan curiosas noticias de este comerciante barcelonés, Bernardo Marcús, en una obra manuscrita con el título de *Barcelona antigua y moderna* que escribió el P. Raimundo Ferrer, y que se conserva en la biblioteca de San Juan (Sala de Manuscritos).

En 1146 comenzó á levantarse la iglesia de Santa Ana por solicitud y cuidado de los miembros del Santo Sepulcro de Jerusalén, que, aceptando las proposiciones del conde Ramón Berenguer IV, habían venido á Barcelona, extramuros, y en el terreno que se les donó del arrabal que se iba formando hacia el norte [1].

Existían á más en Barcelona varios edificios monumentales, pertenecientes á este siglo, que han ido desapareciendo. Los palacios ó sitios reales de Valldaura y Bellesguart, fueron levantados en esta época ó en ella restaurados. Reedificóse también parte del palacio principal de los condes de Barcelona.

A una hora de los muros de la ciudad, por la parte del Llobregat, y cerca del antiguo castillo del *Puerto*, el obispo de Barcelona consagraba al comenzarse el siglo XII, en Enero de 1101, la iglesia parroquial de Santa Eulalia en el lugar llamado *Villa provinciana*. Aún existe en el llano de Barcelona, más allá del pueblo de Sans, esta pequeña iglesia romano-bizantina, parte de cuyo interior y todo el exterior permanecen íntegros [2].

Comenzaba el año 1112 cuando se consagró la iglesia de Santa María de Tarrasa. Levantado este templo junto á los de San Pedro y de San Miguel, sobre las ruinas de la antigua Egara, establecióse en él una congregación de canónigos regulares de San Rufo [3]. Consagró la iglesia el obispo de Barcelona Ramón.

También por solicitud de otro obispo de la misma ciudad, llamado Guillermo de Torroja, los canónigos de San Rufo tuvieron en 1148 la iglesia y monasterio de San Miguel de Marmellar en el territorio de Villafranca del Panadés. La obra de este edificio

1 Piferrer: *Cataluña*, tomo II, pág. 188.

2 Idem id., tomo II, pág. 192.

3 *Efemérides* de Flotats.

se levantó con suntuosidad, al decir de las crónicas [1].

La fundación del monasterio de las Avellanas ó de Santa María de Bellpuig, de la orden premostratense, de canónigos regulares de San Agustín, tuvo lugar en 1166. Fundáronle los condes de Urgel Armengol de Valencia y su esposa en un sitio fragoso, llamado hasta entónces monte de Mollet, y fué uno de los monasterios más ilustres de Cataluña por tener sepultura en su iglesia algunos de los señores y muchos otros nobles de aquel condado, y por los eminentes varones que albergó en su claustro, entre otros los sabios anticuarios Pascual y Caresmar, á quienes tanto debe la historia de nuestro Principado [2].

Débese también al mismo conde de Urgel la fundación de la iglesia de San Pedro en la villa de Pons y con ella la de un monasterio de la orden de San Benito.

Por los años de 1128 emprendió San Olaguer la gigantesca idea de erigir en Tarragona un templo digno de la metrópoli de la mitad de España con pretensiones al título de primada. Sus primeros constructores debieron varias veces abandonar su tarea para correr á las murallas á defender la ciudad: las luchas se sucedían entónces frecuentemente. ¡Cuántas veces aquellos cristianos artífices se verían interrumpidos en sus trabajos por el toque de alarma, y cuántas, teniendo que defenderse entre las mismas piedras de la catedral que alzaban, regaron con su sangre los cimientos del templo! Es fama que su construcción hubo de abandonarse varias veces sin que por esto se desalentara Olaguer. La guerra con los moros lo absorvía todo, y faltaban recursos y brazos. En 1129 fué menester un decreto del concilio narbonense para procurar medios con qué acudir á la

1 Pujades, lib. XVIII, cap. XXIV.

2 *Efemérides* de Flotats.—Monfar en su *Crónica de los condes de Urgel.*

fábrica del templo. A pesar de esto, se adelantaba muy poco, pero el regreso de Normandía del príncipe ó conde Roberto, de donde trajo soldados y artífices, reanimó la naciente población, y la catedral comenzó á elevarse. Sin duda sus trabajos se volvieron á interrumpir, pues San Olaguer obtuvo en 1131 del papa Inocencio II una bula para que contribuyesen á la obra las iglesias sufragáneas, como lo efectuaron, enviando á todas partes mensajeros encargados de recoger los donativos de los fieles. Así, con toda fatiga, lentamente, superando obstáculos, venciendo dificultades, fué elevándose la famosa catedral de Tarragona para ser con el tiempo una magnífica obra de arte, joya de Cataluña y recuerdo inmortal de la fe, de la piedad y del patriotismo de nuestros padres [1].

A poca distancia de Tarragona, y á mediados de aquel mismo siglo, comenzó á elevarse otra fábrica religiosa destinada á ser algún día una verdadera catedral de valles y montañas. El monasterio de Poblet reconoce por primer fundador á Ramón Berenguer IV, que, después de haber arrojado á los moros de las sierras de Prades y Ciurana, puso la primera piedra de aquel monumento, célebre en el mundo, y cuya fama é importancia pudieron acaso inspirar más tarde á un rey de España la idea de darle con San Lorenzo del Escorial un rival en tierras de Castilla. Haremos más adelante la descripción de Poblet: se nos han de presentar muchas ocasiones para hablar de este monasterio, que, por una rara coincidencia, pareció levantar el último conde soberano de Barcelona para panteón de la raza de reyes aragoneses por él procreada, como el primero parecía haber le-

1 Se han hecho muchas descripciones de esta catedral. Pueden leerse en particular las de Piferrer en su tomo I de *Cataluña*, pág. 218 y siguientes, y de Pí y Margall en su *Cataluña*, pág 222 y siguientes.

vantado el de Ripoll para sepultura de los condes [1].

A cinco leguas de Poblet, hacia el oriente, está el monasterio de Santas Creus, situado en un pequeño altozano, al cual conduce una senda abierta á las orillas del Gayá, por en medio de una frondosísima y pintoresca arboleda. En 1150 se había fundado el monasterio de Valldaura, de la orden del Císter, y éste fué el que tomó el título de Santas Creus, cuando en 1157 fué trasladado al sitio de este nombre, en el distrito del castillo de Montagut, y á las frescas orillas del murmurante arroyo que pasa lamiendo sus plantas. Guillermo Ramón de Moncada y sus hijos Guillermo, Berenguer y Ramón, donaron para esta fundación al monasterio de Grande Selva, de la diócesis de Tolosa, varias posesiones que tenían en el término de Cerdañola; y aquel monasterio envió acá doce de sus religiosos y tres hermanos, que, bajo la obediencia del abad Guillermo de Montpeller, dieron principio á la nueva casa. Fué este monasterio, después del de Poblet, el mejor monumento de la orden cisterciense en Cataluña: no tenía la grandiosidad de aquél, pero los inteligentes le encontraban más unidad artística, formas más sencillas y severas, y sobre todo, mayor belleza intrínseca. Su iglesia, principalmente, aventajaba, no sólo á la de Poblet, sino á las creaciones más acabadas del siglo. En Santas Creus estaban las sepulturas de varios hombres ilustres, la de Pedro *el Grande*, la de Jaime II y su esposa Blanca de Nápoles, la del almirante Roger de Lauria, la de los dos Moncada que murieron como buenos y como héroes en el suelo mallorquín, la de otros muchos bravos caballeros. Poblet y Santas Creus, ha dicho Pí y Margall, llevan impreso en sí el sello del reinado de Berenguer IV y el del imperio de la Iglesia. Son los trofeos

1 Puede leerse para más detalles mi obra *Las ruinas de Poblet*.

levantados en el vasto campo de batalla en que cayeron Lérida y Tortosa, la manifestación del poder cristiano en el siglo XII, los laureles concedidos á la Iglesia por el último conde de Barcelona, y recogidos por los discípulos del patriarca San Bernardo [1].

La cartuja de Scala Dei, primera de España y madre de las mayores, como dicen las crónicas, fué fundada también en este siglo por Alfonso *el Casto*. Deseando el monarca establecer en Cataluña esta religión, eligió aquel lugar, que ya llamaban *Monte Santo*, y envió á buscar religiosos á la Gran Cartuja, para fundar dicho santuario, que llegó á ser célebre y famoso.

El templo de San Juan, en Lérida, es un monumento de un género nada común, y muy elegante en el mismo.

No son estos solos, sino muchos más los monumentos que en este siglo vió alzar Cataluña. He citado únicamente los principales y más importantes. Olvidadas en lo interior de muchos pueblos, perdidas entre los seculares bosques de ciertos valles y montañas, existen aún iglesias y capillas que desde el siglo XII vienen desafiando la cólera del tiempo y de las tempestades, para demostrar la sencilla piedad y la pura fe de nuestros abuelos. Cataluña es rica en monumentos. Desgraciadamente, su principal riqueza consiste ahora en ruinas; ruinas debidas á la mano del hombre, más destructora y terrible que la furia de los elementos.

No son pocos también en Aragón los monumentos del siglo de que hablamos; citaré algunos de los que comenzaron á edificarse después de haberse unido entrambas coronas bajo el cetro de la familia catalana.

1 Acerca del monasterio de Santas Creus, ha escrito un libro de veradera importancia el Sr. D. Teodoro Creus, que se puede consultar con ran provecho.

En la última mitad del siglo, empezó á levantarse la iglesia de Fraga, puesta bajo la advocación de San Pedro. Este templo, renovado en épocas posteriores, conserva aún bellos detalles, fragmentos y parte de su primera fábrica [1].

El monasterio de Sijena es de la misma época. Contribuyeron á su fundación las liberalidades de Alfonso *el Casto*, y en aquel templo profesó su hija Dulce, y á este claustro se retiró su viuda Doña Sancha. Bien puede decirse que ésta fué la fundadora del monasterio, el cual fué creciendo en celebridad é importancia. Fué poco á poco haciéndose famoso por la opulencia de sus rentas y la nobleza de sus moradoras, llegando para él un tiempo en que más tenía de palacio que de claustro, más de corte que de retiro, y las que allí se refugiaban más de aristocráticas damas de sociedad que de pobres esposas del Señor.

De este siglo tiene una iglesia Monzón, restaurada por los templarios cuando se la dió Ramón Berenguer en 1143; otra, bajo la advocación de Santa Eulalia, vió alzarse Barbastro, aunque en el día no creo existan ni restos; el mismo Ramón Berenguer fundaba un monasterio de cistercienses cerca de Ejea; el célebre monasterio de Veruela, era consagrado en 10 de Agosto de 1171; y el no menos famoso de Piedra, se remonta al 1195.

Tales son los principales monumentos que la corona de Aragón recuerda como fundados en este siglo.

La descripción se halla en Quadrado: *Aragón*, pág. 78.

CAPÍTULO XI.

Hambre y peste en Cataluña.—Sube al trono Pedro I.—Cortes en Daroca.—El rey junta tropas para auxiliar al de Castilla.—Promulgación de la pragmática contra los valdenses.—Institución de los cónsules de Perpiñán.—Privilegio de la mano armada.—Bandos entre los condes de Urgel y de Foix.—El conde de Foix tala el Urgel.—Derrota y muerte de Ramón de Cervera de Agramunt.—El conde de Urgel hace prisioneros al conde de Foix y al vizconde de Castellbó.

(De 1196 á 1203.)

Los anales catalanes hacen notar que en el año 1196, en que tuvo lugar la muerte del rey Alfonso, creció el hambre en el Principado, siguiéndose una desoladora peste, á la cual sucedió una guerra de bandos no menos destructora y cruel, según de ella daremos cuenta en ocasión oportuna.

Á 25 de Abril de 1196, había fallecido en Perpiñán el rey Alfonso, de buena memoria, y en 16 de Mayo del mismo año juraba los fueros en Zaragoza su primogénito Pedro, cuya edad era entonces de diez y siete años. Fué éste D. Pedro I de Cataluña y II de Aragón, á quien la posteridad ha llamado indistintamente *el Católico, el Noble ó el de Muret*, por su muerte en esta batalla, como veremos. Quieren algunos autores que la reina Doña Sancha quedase de tutora y regente del reino hasta que D. Pedro cumplió los veinte años, según testamentaria disposición del padre; pero la crónica del Anónimo nos dice que el impetuoso mozo no pudo sufrir esta dura ley más que por cinco meses escasos, pues

en Setiembre, reunidas Cortes en Daroca, empuñó las riendas del Estado.

Efectivamente, por el mes de Setiembre de 1196 fueron llamados á Cortes en Daroca los prelados y ricos-hombres, mesnaderos y caballeros, y los procuradores de las ciudades y villas del reino. Presentóse á ellas la reina Doña Sancha con su hijo el príncipe, quien, de voluntad y consentimiento de la reina y de las Cortes, tomó la posesión del reino, intitulándose rey desde aquel momento, y volviendo á confirmar ante la asamblea los fueros, costumbres y privilegios del país.

Mozo, emprendedor, impetuoso y con bríos de reformador y guerrero, Pedro I comenzó por quitar á los ricos-hombres los feudos de las ciudades que de la corona poseían, para distribuirlos de nuevo á su arbitrio entre los mismos. Otra de sus inmediatas disposiciones fué la de mandar juntar sus huestes y gente de guerra, á fin de ir en auxilio del rey de Castilla, que se hallaba en sumo conflicto y tenía sus reinos en el postrer peligro por la pérdida de la batalla de Alarcos. Desastrosa jornada había sido para el poder castellano y para luto de las banderas cristianas. Fué esta victoria de Alarcos la más grande que alcanzaron los almohades, quienes se embriagaron y hartaron de sangre cristiana—dicen las historias árabes,—matando muchos enemigos que no se pudieron contar, pues su número cabal sólo Dios lo sabe [1].

Si hemos de dar crédito á autorizados cronistas, los reyes de León y de Navarra, en lugar de auxiliar al de Castilla en su quebranto, comenzaron á hacerle la guerra en su propio reino, dándose la mano con el moro en aquella época de exterminio que parecía haber llegado para el castellano. Éste sólo tuvo á su lado á Pe-

1 Conde, cap. LIII de su 3.ª parte.

dro de Aragón. Yakub Almanzor, el vencedor de Alarcos, después de haber intentado en valde la conquista de Toledo, fué asolando su territorio, retirándose por fin á Andalucía con gran botín de riquezas y de cautivos.

Entonces el monarca castellano, unido al aragonés, en lugar de perseguir á los moros, volvió sus armas contra el rey de León, cuyas tierras taló, ocupándole varias plazas [1]. En seguida, ambos reyes, el de Aragón y el de Castilla, se concertaron para arrojarse contra el navarro, si bien hubieron de suspender por el pronto su proyecto, que dejaron para ocasión más propicia.

Al comenzar el año de 1197, D. Pedro había venido á Cataluña, y estaba en Gerona, pues que en dicha ciudad y á 29 de Enero le vemos promulgar, aconsejado por el obispo de Tarragona y otros prelados, la pragmática, ya mencionada en otro lugar, contra los herejes valdenses [2]. Perseguidos estos sectarios que, como sabemos, habían tomado el nombre de su jefe Pedro Valdo, corriéronse hacia las provincias meridionales de Francia, y en gran número se introdujeron en Rosellón y en Cataluña. Por esto, D. Pedro, que quiso conformarse con las prescripciones de la Iglesia, en cumplimiento de los decretos del concilio tercero de Letrán, expidió su real pragmática, por la cual se mandó que hubiesen de salir todos de estas provincias antes del próximo domingo de Pasión, pasado cuyo término se les confiscarían los bienes y serían entregados á las llamas cuantos pudiesen ser habidos, imponiendo graves multas á los que les favoreciesen ú ocultasen; y previniéndose por último que, para conocimiento de todos, fuese leída la pragmática todos los domingos en todas las parroquias.

Todo lo que inhumano y de terrible tiene este decre-

1 Anónimo: *Reinado de D. Pedro* el Noble.

2 *Efemérides* de Flotats.

to, que abría la puerta á los autos de fe, tiene de consolador y grato para la historia del progreso de los pueblos otro del mismo D. Pedro, que vino á ser la carta ó la constitución comunal de la ciudad de Perpiñán. Desde el primer año del reinado de D. Pedro, el pueblo perpiñanés, que hasta entonces se había regido por sus usos, bajo la autoridad de un bayle instituído por los condes del Rosellón, cambió el régimen de su administración, dándose cinco cónsules que debían guardar y regir la población, velando por la seguridad de la misma, y por la fidelidad debida al rey. He aquí la carta:

«Sea á todos notorio, como nosotros todos, habitantes de la ciudad de Perpiñán, reunidos en asamblea, con el consentimiento y orden del ínclito señor Pedro, rey de Aragón y conde de Barcelona, establecemos entre nosotros *(constituimos inter nos)* cinco cónsules, que velarán de buena fe por la conservación de todo el pueblo de la ciudad de Perpiñán, sea pequeño, sea grande, de sus bienes muebles é inmuebles, y de los derechos del rey; mantendrán y gobernarán el dicho pueblo para procurar la fidelidad debida al rey y el acrecentamiento y seguridad del pueblo.....»

Se estatuye en seguida que los cónsules deben ejercer el consulado durante un año, siendo renovados al espirar este término por otros, «elegidos por todo el pueblo, si los que han ejercido el consulado no se juzgan útiles, ó si el pueblo no quiere que prosigan en sus cargos.»

A continuación, los habitantes de Perpiñán se comprometen á ser fieles al rey, á sostener sus derechos, y á ayudarse mutuamente contra los que no sean de la ciudad.

Esta carta, notable bajo muchos conceptos, termina con un privilegio de D. Pedro, concediendo á los ciudadanos de Perpiñán el derecho de armarse para su pro-

pia defensa. Esto es lo que los perpiñaneses llamaron *el privilegio de la mano armada.*

En virtud de esta concesión, si algún hombre ó mujer de Perpiñán recibía daño, ofensa ó injuria, podía acudir en queja á los cónsules, bayle ó veguer; éstos debían exigir al ofensor la restitución ó reparación que creyesen necesaria, según los usos de la ciudad; si se negaba el agresor á reparar el daño, los cónsules, bayle y veguer quedaban facultados para perseguirle á él y á los suyos á mano armada, no siendo nadie responsable de las muertes y desastres que tuviesen lugar con este motivo. Por fin, el rey ordenaba que todo habitante que sin necesidad evidente dejase de armarse y de seguir á los magistrados, cuando fuese para ello requerido, pagase diez sueldos barceloneses, que debían ser empleados en reparar los muros de la ciudad [1].

Siempre podrán los perpiñaneses mostrar con noble orgullo esta carta comunal, seguida del *privilegio de mano armada*. Es para ellos un título de gloria, un nobilísimo blasón. Es en los estados catalanes el más antiguo monumento de libertades municipales.

Por lo demás, estúdiese bien esta carta. No es una ley impuesta al pueblo ni una orden que se le dicta. Es el pueblo quien habla, y no el rey: es el pueblo que se reune *(nos omnes insimul),* previo consentimiento del rey, para darse á sí mismo los cinco cónsules *(constituimos inter nos)*. Es ya la forma democrática pura de la corona de Aragón. Esta carta y este privilegio son un contrato: el pueblo estipula por su parte sus libertades; el rey, por la suya, los derechos de la corona; ambos confunden y unen sus intereses para asegurar el esplendor del estado y la prosperidad de la población. La carta omunal de Perpiñán, establece un principio (III).

1 Archivo de Perpiñán: libro verde mayor, pág. 22.

Al comenzar el año 1197, comenzó Cataluña á verse desolada por las crueles guerras á que se ha hecho referencia más arriba. Dividiéronse en bandos, muy encarnizados por cierto, las casas de los condes de Urgel y de Foix, y fueron muchos los nobles y señores que tomaron parte por una y otra de estas familias. Ni Zurita ni Monfar, cronista este último de la casa de Urgel, aciertan á explicarse el motivo de esta guerra; según los benedictinos [1], fué á consecuencia de disensiones sobre los límites de sus estados. Lo cierto es, que sus discordias dividieron la Cataluña.

Ya sabemos que se hallaba al frente de la casa de Urgel, Armengol VIII, hijo y sucesor de Armengol *el de Valencia*. Sin duda no estaba en disposición de resistir por de pronto al de Foix, pues éste llevó ventaja en los primeros encuentros. Al frente de un escogido cuerpo de tropas, Ramón Roger, conde de Foix, penetró en el Urgel; llegó hasta la misma ciudad, de la que se apoderó á fuerza de armas [2], la saqueó, inclusa la catedral, hizo prisioneros á los canónigos, á quienes exigió un fuerte rescate, y desoló todo el país [3]. Hay quien dice, que también tomó por asalto la ciudad de Balaguer [4].

No tardó Armengol en tomar su desquite, ayudado de sus valedores, y entre ellos, de Guillermo, vizconde de Cardona. La guerra duró aún cuatro ó cinco años, sin que se sepan particularidades de ella, porque todos escriben de corrida la historia de este conde de Urgel. Parece que el rey D. Pedro, que según convenios antiguos, estaba obligado á valer al conde, no tomó parte en su favor, excusándose de ello, de lo cual dice Monfar que se levantó escritura y auto.

1 *Arte de comprobar las fechas: condes de Urgel.*
2 Monfar, cap. LIX.
3 *Arte de comprobar las fechas: condes de Urgel.*
4 Feliu de la Peña, lib. XI, cap. III.

En 1200, Ramón de Cervera, sin duda uno de los señores aliados del de Foix, hizo cuanto mal le fué posible en el condado de Urgel. Llevaba 4.000 infantes y buen número de caballería, armados todos con lorigas, y con ser tantos, 800 hombres bastaron á desbaratarles [1]. Otro autor añade que esta rota tuvo lugar en el campo de Agramunt, que los vencedores fueron los vecinos de esta villa, y que Ramón de Cervera murió en la jornada [2].

Las memorias de aquel tiempo hablan de otro encuentro en 26 de Febrero de 1203. Tuvo lugar entre la gente del conde y una hueste mandada por el vizconde de Castellbó, compuesta de 500 infantes y 50 caballos. El vizconde fué roto y quedó prisionero con muchos de los suyos [3]. Hay quien añade que con el de Castellbó iba el mismo conde de Foix y que entrambos quedaron prisioneros del de Urgel [4]. Aun cuando de esta última circunstancia no hagan mención las crónicas de esta última casa, debe tenerse por exacta atendida la fuente de que dimana. Según los benedictinos, estuvieron presos por espacio de cuatro años. Monfar, sin que mencione para nada al conde de Foix, dice que Armengol encomendó los presos á Gombaldo de Ribelles, el cual los tuvo como en tercería y con guarda. Parece que el rey D. Pedro, interesándose por su libertad, medió en su favor, sin que al pronto consiguiera nada del conde de Urgel.

Por fin, vinieron á pactos y se arreglaron vencedor

1 Monfar, cap. LIX.

2 Feliu de la Peña, lib. XI, cap. III.—Este autor y Zurita, ponen este encuentro cn 1202.

3 Monfar, capítulo citado.

4 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 115. También afirma lo mismo el *Arte de comprobar las fechas*. La verdadera fuente de esta noticia puede ser muy bien Zurita.

y vencidos; pero no tuvo esto lugar hasta 1207, según y conforme se dirá en lugar oportuno [1].

Lo cierto es que reina bastante oscuridad acerca de los pormenores de esta guerra, desoladora para ciertas comarcas de Cataluña. Los mismos cronistas particulares de la casa de Urgel no han logrado poner en claro la historia de estos bandos, pues hasta ignoraban varios de los detalles que acabo de dar, con la brevedad exigida por la historia general, imposibilitada muchas veces de descender á ciertos pormenores.

CAPÍTULO XII.

Discordia entre el rey y la reina su madre.—Cortes en Barcelona.—Entrevista y alianza del rey de Aragón y del conde de Tolosa en Perpiñán.—Condes titulares del Rosellón.—Concordia y armonía entre el rey y su madre.—Cortes en Barcelona.—Guerra con Navarra.—Fundación de la orden de San Jorge.—Cortes en Cervera.—Guerra entre los condes de Provenza y Forcalquier.—El rey de Aragón pasa á Provenza y negocia la paz.—Arreglo de límites entre Castilla y Aragón.

(De 1198 á 1202.)

Tenemos que retroceder ahora algunos años, ya que el deseo de abrazar todo el período de la guerra del conde de Urgel contra el de Foix, nos ha llevado demasiado adelante.

Desde el comienzo del reinado de D. Pedro, habían surgido grandes discordias entre él y la reina Doña Sancha su madre, de que se sucedieron profundas alteraciones en el reino, al decir de Zurita. Ya fuese porque quisiera Doña Sancha tomar sobre sí la dirección de los

[1] Véase el cap. XV.

negocios, por creer á D. Pedro demasiado mozo y poco experto; ya porque el hijo anduviera desabrido con su madre y receloso de ella; lo cierto es que se interrumpió la buena armonía que debiera reinar entre ambos. La reina, no fiándose de su hijo, se apartó de la corte, refugiándose en ciertas fortalezas suyas, sobre la raya de Castilla, qne se habían alzado por ella, apartándose así de la obediencia y señorío del rey. Esta permanencia de Doña Sancha en fortalezas rayanas á Castilla, daba que sospechar al rey y á sus consejeros, por lo que parece. Mediaron ya entonces varios prelados y señores para la concordia entre madre é hijo, pero esto no se efectuó hasta más tarde; y continuó la desavenencia, y prosiguió Doña Sancha habitando los castillos y villas de Ariza, Embite y Epila, que sólo á ella la reconocían, y prosiguió D. Pedro recelándose de su madre, como si sospechase que la reina moraba en aquellas fortalezas rayanas, á fin de tener libre entrada y salida para las cosas de Castilla.

Un autor extranjero que ha escrito sobre sucesos de España, Dunham, se esplica en este punto la conducta del rey D. Pedro diciendo que, por estar situados en la frontera los lugares ocupados por Doña Sancha, y expuestos á ser tomados por los moros, el monarca no los creyó seguros viéndolos en manos de una mujer [1]. La explicación del historiador inglés no satisface del todo á quien ha profundizado un poco en nuestras crónicas.

En este mismo año de 1198, encuentro que D. Pedro convocó Cortes en Barcelona [2]. Feliu de la Peña, con referencia á noticias sacadas por él del archivo, dice

1 Dunham en su *Historia de España*, tomo II de la traducción hecha por Alcalá Galiano, cap. XX. Puede consultarse, por lo tocante á estas disensiones, á los analistas Zurita y Feliu de la Peña, y á los historiadores Lafuente, Romey y Ortiz de la Vega.

2 Bosch: *Títols de honor*, pág. 524.

que fueron celebradas para acudir á los daños ocasionados por la peste y hambre, para las asistencias de la guerra, y para la concordia con su madre [1], que, sin embargo, no se llevó á cabo tan pronto. También se celebrarían para tratar de los bandos en que entonces se hallaba dividida Cataluña, bandos que, como ya hemos visto, ensangrentaban y desolaban el país.

Las memorias antiguas del Rosellón nos dicen que á últimos de 1199 y principios del 1200, D. Pedro estuvo por vez primera en Perpiñán, á donde fué para tener una entrevista, que realmente se efectuó en dicha ciudad, con Raimundo conde de Tolosa. El resultado de ella fué establecer una alianza entre ambos, cimentada por el casamiento del dicho conde de Tolosa con Doña Leonor de Aragón, hermana de D. Pedro. El matrimonio quedó acordado, pero no se efectuó hasta algunos años más tarde, á causa de ser todavía muy niña la princesa. Tanto por esta alianza con el conde de Tolosa, como por la que hemos visto contratar con el rey de Castilla, se ve que la política de Aragón había cambiado, y que no seguía en esto D. Pedro el camino que comenzara á trazar su padre D. Alfonso.

Aprovechemos este momento para decir que, aunque incorporado al Aragón el Rosellón, siguió teniendo condes titulares que fueron príncipes descendientes de la casa real, á quienes se dió este dominio con el condado de Cerdaña, de entonces más inseparable del Rosellón y formando con él una sola provincia. El primero de estos condes fué D. Sancho, hermano de Alfonso *el Casto*, que vino teniendo este título desde 1185, pasándolo más tarde á su hijo Nuño Sancho, de quien sobrada ocasión tendremos de hablar.

Poco tiempo debió permanecer en Perpiñán D. Pe-

1 *Anales de Cataluña*, lib. XI, cap. III.

dro, pues que le vemos regresar pronto para entablar al fin avenencias con su madre. Había mediado para las paces el rey de Castilla, y éste, el de Aragón y su madre Doña Sancha se avistaron en Arizá, el 30 de Setiembre de 1200. El castellano logró persuadir á su tía Doña Sancha, que accedió á las pretensiones de Don Pedro. Madre é hijo se convinieron entonces; la primera en ceder las plazas que se habían alzado por ella, el segundo en darla la villa de Azcon, el castillo y ciudad de Tortosa y otras villas y castillos de Cataluña, que el rey D. Alfonso le había señalado. Sin embargo, poco tardaron en volver á la misma contienda, siendo el hijo, al decir de *Zurita*, quien quebrantó la concordia y armonía que habían tomado. Interpusiéronse entonces los principales barones del reino para ponerlos en paz, y volvieron madre é hijo á tener otra entrevista en Daroca, en el mes de Noviembre de 1201, donde definitivamente se convinieron. Berenguer de Entenza, Guillén de Castellezuelo, García Romeu, Guillén de Cardona, Alberto de Castellvell y Ramón de Vilademuls, salieron garantes para con la reina y le hicieron pleito homenaje de que el rey su hijo la trataría de allí en adelante con el acatamiento y reverencia que se le debía, siendo amparada en la posesión de las villas y castillos que le había dejado su esposo D. Alfonso. Después de esta concordia fué sin duda cuando Doña Sancha, herida por las ingratitudes de su hijo, se retiró al monasterio de Sijena, donde profesó solemnemente.

Antes de terminarse el año 1200, hallo que D. Pedro volvió á celebrar Cortes en Barcelona [1] á la nación catalana. Parece que fué con motivo de emprender la guerra contra Navarra, ofreciéndole entonces Cataluña su asistencia de dinero y de soldados.

1 Bosch: *Titols de honor*, pág. 524.

Ocupaba por aquel tiempo el trono de Navarra, Sancho VII *el Fuerte*, y las crónicas más autorizadas de dicho país suponen que en 1199 abandonó su reino para pasar al África en busca de socorros 1. Unas dicen que permaneció en Marruecos tres años, y le introducen en ciertos amores con una princesa mora, que tienen todo el interés de una novela; otras cuentan que pasó al África, con la esperanza de casar con una hija del rey de Marruecos, quien se la había ofrecido con todo lo que el monarca africano poseía en España por dote; otros, finalmente, escriben que contrajo alianza con los moros y se vió obligado á servir á los almohades en sus guerras por espacio de dos años. Todos, sin embargo, están contextes en afirmar que se valió de su ausencia el rey de Aragón para entrar á sangre y fuego en su reino, ganándole á Roncal y su valle, la villa de Aybar, y hasta diez y ocho plazas. Esta calumnia contra D. Pedro, suponiendo que para hacer entrada en tierras de Navarra aprovechó la ausencia de su rey, ha sido autorizada por los mismos cronistas catalanes y aragoneses, que cándidamente creyeron en el viaje de D. Sancho *el Fuerte* á Marruecos. La moderna traducción de las historias árabes, ha venido á demostrar que ese pretendido viaje del navarro á África en 1199, se reduce á una visita que hizo en 1211 al emir el Mamenín El Nasr cuando éste se hallaba en Sevilla, para obtener su alianza 2.

No fué, pues, en ausencia del rey y orfandad del reino, cuando D. Pedro emprendió su jornada contra Navarra 3. Lo que sí parece cierto, es que se dió la mano con el rey de Castilla, y que ambos llevaron á cabo su

1 Véase, por ejemplo, á Moret, en sus *Antigüedades de Navarra*.

2 Romey, 3.ª parte, cap. IV.—Conde, cap. LVI de la 3.ª parte.

3 La carta-puebla dando fuero á Inzura, firmada por Sancho *el Fuerte*, es de 1200. Se hallaba, pues, el rey en el país, y no ausente

obra de destrucción contra el navarro, apoderándose el aragonés de las plazas citadas, y el castellano de Vitoria, Guipúzcoa y otras. Muy distante estaba, como se ve, de seguir D. Pedro de Aragón la prudente conducta y sabia política de su padre. D. Alfonso aglomeraba obstáculos para el castellano, y buscaba alianzas con que contrarrestar su poderío; D. Pedro, al revés, se unía á Castilla contra León y Navarra, sin comprender que servía los intereses del enemigo más terrible de su casa.

Se dice que entonces mediaron tratos para casar á nuestro D. Pedro con una hermana del navarro, y que hubo tregua, y que se entablaron proposiciones formales de matrimonio. Esto quizá indicaría en el monarca aragonés una idea secreta de volver á la buena política de su padre. Parece que hasta se enviaron embajadores á Roma, á fin de obtener del Sumo Pontífice las dispensas necesarias con motivo del parentesco que mediaba entre el rey D. Pedro y la hermana de D. Sancho; pero la corte de Roma se opuso al enlace, y éste no se efectuó [1].

En el mismo año de que hablamos, fundó D. Pedro la orden y religión militar de San Jorge de Alfama, nombre tomado de la cala situada en las inmediaciones del collado de Balaguer. El desierto de Alfama, á cinco leguas de Tortosa, no podía ser escogido con más acierto para establecer allí un presidio que impidiese los desembarcos y correrías que continuamente verificaban los moros en aquella playa, invadiendo el país. Hizo el rey donación del territorio á Juan de Almenara y á Martín Vidal, y á sus sucesores en la orden, para que le poblasen, levantando iglesia y castillo al objeto de rechazar las entradas y hostilidades enemigas. Así quedó fundada

1 Feliu de la Peña, lib. XI, cap. III.

aquella gloriosa y militar orden, que prestó grandes servicios y conquistó muchos lauros antes de incorporarse, como lo hizo más tarde, á la sagrada y real de Nuestra Señora de Montesa (IV).

Nuevamente volvió D. Pedro á convocar Cortes. Esta vez se celebraron en Cervera. Según dicen nuestros anales, «obligado de sus liberalidades y de los continuados gastos de la guerra, acudió el rey á Cataluña, que siempre la halló madre para asistirle é hija para respetarle.» Estas Cortes, á las que también asistieron síndicos de las poblaciones, trataron de poner el sello á la concordia que se había efectuado entre la madre y el hijo, promulgaron justas leyes para el gobierno, mediaron, aunque sin fruto, para apaciguar los bandos cada vez más encendidos en Cataluña, y dieron al monarca los auxilios que pidió.

Cerradas las Cortes, D. Pedro partió inmediatamente para la Provenza. Su hermano Alfonso había enviado á solicitar su auxilio, pues se hallaba en un trance apurado. Ya sabemos que Alfonso, hijo segundo de Alfonso *el Casto*, y hermano de D. Pedro, sucedió á su padre en el condado de Provenza. También sabemos que había casado con Garsenda de Sabrán, nieta y heredera de Guillermo, último conde de Forcalquier. Cuando Guillermo la casó, hízole donación de su condado, reservándose el usufructo. Descontento después de Alfonso, sin que se sepa la causa, anuló parte de la donación, en favor de Beatriz, hermana de Garsenda, casando á ésta con Andrés de Borgoña, delfín del Vienesado [1]. De aquí provino el que estallase la guerra entre los condes de Provenza y de Forcalquier.

No parece que fuera muy favorable para el primero, el cual estuvo muy á punto de perder su condado. Guille

1 *Arte de comprobar las fechas:* tratado de los condes de Provenz

mo de Forcalquier recibió el auxilio del conde de Tolosa, y entonces Alfonso II de Provenza llamó á su hermano Pedro de Aragón. Éste se dirigió en seguida á Provenza, pero no á encender más la guerra, sino á procurar la paz. Por lo que se desprende de las crónicas é historias de aquel país, parece ser que le acompañaban los arzobispos de Narbona y Tarragona con otros señores y caballeros. Llegó hasta el Ródano, negoció la paz entre los dos condes, y la concluyó en fin afortunadamente antes del mes de Noviembre de 1202, por la mediación de diversos prelados y señores de la provincia. Se sospecha que el conde de Tolosa fué también uno de los principales árbitros de la paz [1]. Entre los partidarios del conde de Forcalquier estaba el conde titular del Rosellón D. Sancho, tío del rey y de Alfonso de Provenza, pero se acomodó entonces con ellos, y vivió ya de allí en adelante en buena armonía con sus deudos.

Á juzgar por un dato que nos proporcionan los anales de Aragón [2], detúvose el rey en Aigues Mortes, y ordenó que se armasen algunas galeras para pasar con ellas á Roma, como lo tenía deliberado. En efecto, D. Pedro tuvo el costoso antojo de quererse hacer coronar por el Papa, y fué resolución que acabó por llevar á cabo, proporcionando con su viaje á la capital del orbe católico hartos disgustos, y contrariedades á sus pueblos.

En el mismo año de 1202 hubo una nueva entrevista de los reyes de Castilla y Aragón en el castillo de Susano, entre Agreda y Tarazona. Fué para dirimir diferencias nacidas por mala demarcación de las lindes de ambos reinos. Nombráronse dos ricos hombres del reino

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 116.

2 Zurita, lib. II, cap. L.

de Aragón y otros dos del de Castilla, los cuales tuvieron varias conferencias y arreglaron definitivamente los límites de ambos estados.

Los amigos mejores del rey D. Pedro, eran los que habían sido mayores enemigos de su padre. Pruébanlo sus frecuentes y amistosas entrevistas con el rey de Castilla y su amistad con el conde de Tolosa, amistad esta última que hubo de comprar á buen precio, por lo que vamos á ver.

Y al llegar á este punto de nuestra historia, es preciso que mis lectores me permitan entrar en algunos detalles; tanto más, cuanto que el estudio que he debido hacer de la época á que hemos llegado, me obliga á presentar las cosas bajo un nuevo punto de vista, apartándome por completo del dictado y del espíritu de nuestras crónicas particulares.

CAPÍTULO XIII.

El rey de Aragón en Montpeller.—María de Montpeller casa en primeras nupcias con el vizconde de Marsella.—Casa en segundas nupcias con el conde de Comminjes.—Muerte de Guillermo VIII de Montpeller y su testamento.—Maquinaciones del rey de Aragón y del conde de Tolosa con respecto á Montpeller.—El rey de Aragón empeña al conde de Tolosa los vizcondados de Milhaud y Gevaudán.—María casa en terceras nupcias con Pedro de Aragón.—Contrato matrimonial.—Sublevación en Montpeller.—Redacción de los usos y costumbres de Montpeller y su confirmación por D. Pedro de Aragón y su esposa.—Embajada al rey ofreciéndole la mano de la reina de Chipre.

(DE 1202 Á 1204.)

A tenor de lo que escriben las crónicas de Provenza y del Languedoc, á últimos de 1202 D. Pedro de Aragón, acampañado de su hermano Alfonso de Provenza

después de haber puesto en paz á éste con el conde de Forcalquier, llegó á la ciudad de Montpeller, precisamente en ocasión en que Guillermo VIII, señor de esta ciudad, se hallaba en los últimos momentos de su vida.

De este viaje de D. Pedro á Montpeller, de sus tratos con el de Tolosa para su matrimonio, del empeño á éste de los vizcondados de Milhaud y Gevaudán y de muchas otras cosas de que se va á dar cuenta en el presente capítulo y que aclaran esta interesante parte de nuestra historia, no dicen ni una palabra nuestras crónicas aragonesas y catalanas, desde Zurita hasta Feliu. Esto prueba, que nuestra historia no podía escribirse sin tener á la vista la de Provenza, y sin consultar las memorias de este país. Los detalles que éstas nos dan, apoyados en documentos irrecusables, hacen una completa revolución en la parte de nuestra historia, que abraza este capítulo, y nos presentan las cosas y la política de D. Pedro bajo un nuevo punto de vista. Téngase esto muy presente, porque se va á encontrar al autor de esta obra en contradicción palpable con las narraciones de nuestras crónicas y anales. Quién se halle en mejor terreno entre los antiguos analistas y el cronista moderno, lo dirá la verdadera crítica histórica. Yo no advertiré otra cosa, por mi parte, sino que he tratado de buscar la verdad, y que la lectura de documentos desconocidos á nuestros antiguos, me ha hecho opinar distintamente de ellos; y, tanto en el terreno conjetural como en el real, apreciar los hechos y las cosas de una manera que no podía ser apreciada por ellos á causa de hallarse faltos de ciertas noticias y documentos. Puede que yo vaya errado, pero de fijo lo anduvieron también los antiguos. Otro vendrá quizá algún día á enmendar mis yerros, pero éste no podrá menos de reconocer mi buena voluntad, y, á falta de tanto en mí, hallará lógica en mi narración.

Volvamos ahora á reanudar el hilo de la historia.

Es muy posible que lo que atrajera á Montpeller á D. Pedro de Aragón fuese la enfermedad del conde Guillermo, amigo siempre y valedor de su casa. Es esto tanto más probable, cuanto que D. Pedro siguió, á lo menos, con respecto á Montpeller, la política tradicional de su casa, si quier en lo demás se apartara de ella.

Ya sabemos por qué casual circunstancia, éste Guillermo VIII de Montpeller, á quien ahora volvemos á hallar en los momentos de su muerte, había casado en 1174 con Eudoxia Comeno, hija del emperador de Constantinopla; ya sabemos también cómo se comprometió á que el hijo que naciese de este matrimonio, fuese varón ó hembra, debía heredar el señorío de Montpeller; cómo nació una niña de este enlace que se llamó María, y cómo por fin, en 1187, Guillermo repudió á su esposa Eudoxia para casarse con Inés, de la casa de Aragón.

Todos los esfuerzos que hizo Guillermo para legitimar á los hijos de su segundo matrimonio, á fin de legarles su sucesión, fueron siempre inútiles. Jamás quiso consentir el Papa en reconocer como verdadero y legítimo su segundo matrimonio, y á cuantas instancias hizo Guillermo, contestó siempre negativamente.

La joven María había sido casada por su padre en una edad en que apenas era núbil, con Barral, vizconde de Marsella, de quien quedó viuda en 1192, poco después de su casamiento. Su padre, que quería desheredarla para beneficiar á los hijos que había tenido en Inés, no la dió por dote, al entregársela á Barral, mas que 100 marcos de plata, obligándola á renunciar á su sucesión. El vizconde por su testamento, á más de la restitución de dichos 100 marcos, legó á María otros 400 con sus ropas, sortijas, joyas y muebles [1].

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 106.

Como la muerte de este vizconde echó abajo todos los planes del señor de Montpeller, éste trató de volver á casar á su hija María, comprometiéndola por nuevos lazos á renunciar la sucesión en aquél el señorío. Puso á este efecto los ojos en Bernardo, conde de Comminjes, no obstante que éste tenía aún vivas dos mujeres, á la primera de las cuales había repudiado y á la segunda repudió entonces para casarse con María. Al efectuar ésta su segundo enlace, que se realizó en 1197, no podía tener mucho más de quince años. Según el contrato de bodas, Guillermo dió en dote á su hija 200 marcos de plata y los trajes de novia.

El mismo día del matrimonio, Guillermo hizo firmar á María un auto por el cual ésta, diciendo reconocer «que el señorío de Montpeller no debe pasar á manos de mujeres, lo renuncia y abandona enteramente por ella y sus sucesores en favor de Guillermo su padre, y de Guillermo su hijo y de Inés, hermanastro suyo [1].» Bernardo, conde de Comminjes, su esposo, se comprometió á lo mismo por su parte, y ofreció como garante de su juramento al conde de Tolosa su primo. Sin embargo, ya sabemos que todas las precauciones de Guillermo de Montpeller para asegurar la sucesión á los hijos de su segundo matrimonio, fueron completamente inútiles.

Ha sido necesario dar estos antecedentes para mejor aclaración de lo que va á seguir.

A fines del 1202 murió Guillermo VIII de Montpeller, y ya queda dicho que tuvo junto á su lecho de muerte á Pedro de Aragón, y acaso también al conde de Tolosa. En su testamento nombró herederos á los hijos de su segundo matrimonio, como si hubiesen sido

1 Copian por extenso este auto los historiadores del Languedoc en el tomo III, pág. 108.

legitimados. A su hijo mayor, Guillermo, le dejó la ciudad de Montpeller, y es de notar que á su segundo, Tomás, le diese entre otras cosas los derechos que tenía sobre la ciudad de Tortosa en Cataluña [1]. Por una cláusula del testamento dejó sus hijos, sus tierras y sus súbditos bajo la protección y la guardia de Dios, de la Virgen María, de la reina Doña Sancha de Aragón, del rey D. Pedro su hijo y del conde de Tolosa.

Pedro de Aragón se quedó en Montpeller, y allí debió permanecer hasta 1204, pues no suena que en todo este tiempo volviese á su país. Todo da motivo á sospechar que en cuanto hubo exhalado su último suspiro Guillermo VIII, D. Pedro concibió la idea de casarse con María, hija del primer matrimonio de Guillermo y verdadera heredera del señorío de Montpeller, no sólo por la cláusula estipulada cuando el enlace de su madre, sino porque jamás quiso el Papa dar la sanción de legitimidad al segundo matrimonio de Guillermo. La política del rey de Aragón se dirigió desde entonces á unir á su dominio los muchos bienes de la casa de Montpeller. Para realizar este plan necesitaba el auxilio y el apoyo del conde de Tolosa, á quien Guillermo VIII había dejado como uno de los principales protectores de sus hijos, que era primo de Bernardo de Comminjes esposo de María, y que tenía prestigio y autoridad en el país.

Sin duda con este objeto D. Pedro entabló secretas relaciones con el conde de Tolosa. Lo cierto es, que vemos á éste favorecer por completo las pretensiones de aquél, y hasta se dice que impulsó á su primo el conde de Comminjes para que repudiase á María, á fin de que casara ésta con el monarca aragonés. El de Comminjes por su parte se hallaba muy dispuesto á ello. Fuese por

1 Puede verse en el testamento que se hallará en la *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 118.

disgusto hacia su esposa, fuese por ligereza de carácter, fuese por cualquiera otra causa secreta, lo cierto es que ya había intentado repudiar á María aun en vida de su padre, sin poderlo conseguir. Las crónicas de Provenza dicen que llegó hasta á maltratarla para reducirla á pedir el divorcio por sí misma. Muerto Guillermo de Montpeller, el conde de Comminjes, no teniendo ya que temer por su crédito, y viéndose apoyado por el rey de Aragón, que tenía puestas sus miras en su esposa, y por el conde de Tolosa que las favorecía, tomó tan acertadamente sus medidas, que repudió por fin á María en toda regla, bajo pretexto de parentesco en tercer grado.

En estas intrigas y manejos ocupó el rey de Aragón el año 1203 y parte del siguiente. Tal era aquel siglo y tal la perversidad de costumbres públicas. Los mismos á quienes Guillermo de Montpeller había nombrado protectores y defensores de sus hijos, abandonaban los intereses de éstos y conspiraban contra ellos.

Por lo que toca á nuestro D. Pedro, pagó sus servicios al conde de Tolosa. Primeramente le vemos no oponer ningún obstáculo, y por consiguiente acceder al homenaje que el vizconde de Narbona prestó al de Tolosa á principios de 1204 [1]; y sin embargo, los predecesores de este vizconde reconocían á los reyes de Aragón por soberanos. Después se le ve tener una entrevista en Milhaud, en Rouergue, durante el mes de Abril del mismo año, con el conde de Tolosa, entrevista á la que asistió también Alfonso II de Provenza, hermano del rey. Tomaron allí un acuerdo, mediante el cual el rey de Aragón empeñó al de Tolosa la ciudad de Milhaud, los castillos de Chirac, Grezes, Monar, etc., es decir, los dominios de los antiguos vizcondados de Gevaudán y de Milhaud, designados en el acto bajo el nombre de

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 125.

condado de Milhaud y de Gevaudán, por ciento cincuenta mil sueldos melgarienses ó sean tres mil marcos de plata. El rey de Aragón garantizó este compromiso contra Sancho su tío paterno, en caso que este príncipe viniese á disputarlo ó á quitar algo, y dió por caución el conde de Provenza su hermano, que prometió por juramento observar fielmente las condiciones del tratado [1].

Los Maurinos creen que el principal motivo que movió á Pedro de Aragón á empeñar los vizcondados de Milhaud y de Gevaudán al conde de Tolosa, fué el de poder acudir á los gastos de su casamiento con María de Montpeller y al viaje que tenía proyectado á Roma.

Habiendo quedado libre con su divorcio para volverse á casar, no tardó en hacerlo María con nuestro Pedro de Aragón [2]. Se ve, pues, por todo lo que hemos dicho, que Pedro al casarse con ella no podía ignorar su matrimonio con el conde de Comminjes. Lejos de ignorarlo, contribuyó al divorcio. Erraron por lo mismo los cronistas al decir que hasta después de casado no supo el rey que María lo hubiese sido clandestinamente, escriben, con el conde de Comminjes. El anónimo aragonés llega á decir que, «ofendido de este engaño D. Pedro, empezó á aborrecer á su mujer, siendo éste el principal motivo que le movió á pasar á Roma en 1204, con el pretexto de ser coronado de mano del Papa, pero en realidad con el fin de solicitar la abolición de aquel matrimonio como fraudulento y contrario al honor de su corona.» Error visible todo esto. Es verdad que D. Pedro aborreció á su mujer; pero fueron otras las

1 Prueba LXXX de la *Historia del Languedoc*, col. 198 del tomo III.

2 El historiador aragonés Gerónimo Blancas, asegura que antes que este rey casase con María, lo estuvo de primeras nupcias con una sobrina del conde de Forcalquier, y añade que de este matrimonio tuvo un hijo que murió niño y se llamó Ramón Berenguer. El dicho de Blancas no está corroborado por ningún documento.

causas, y la principal quizá la de haberse casado con ella por interés, que no por amor. Es verdad también que solicitó la abolición de su matrimonio, á pesar de cierta cláusula puesta en el contrato, pero fué mucho más adelante.

El contrato matrimonial se hizo en el cementerio de la casa del Temple de Montpeller el 5 de Junio de 1204. En este documento María se constituye en dote la ciudad de Montpeller, los castillos de Lates, de Montferrier, de Omelas, etc., y generalmente todos los dominios que habían pertenecido á su difunto padre Guillermo, sustituyéndolos en favor del primer hijo varón que naciera de su matrimonio con D. Pedro. Éste por su parte asignó á María todo el condado de Rosellón, desde la fuente de Salses hasta *la Clusa*, para que de él pudiera gozar durante su vida si le sobrevivía. Pedro prometióle al mismo tiempo por juramento «no repudiarla jamás, no casar con ninguna otra mientras viviera, y no enajenar nada de los dominios de Montpeller que ella se había constituído en dote [1].»

Por garantía de su promesa, dió á su tío el conde Sancho, á su hermano Alfonso, á Guillermo y Hugo de Baucio, á Rousselín vizconde y señor de Marsella y á otros, los cuales hicieron igual juramento que él. Halláronse presentes Guy preboste de Magalona, y los principales habitantes de Montpeller, siendo muy de notar que entre estos habitantes, Pons de Vallauguez, Beltrán su hijo, y Pedro de Estany, que son calificados como *caballeros*, están en lugar inferior y vienen nombrados después de otros, que toman el título de jurisconsultos ó abogados *(causidici)*. El rey de Aragón para conciliarse la benevolencia de los mismos habitantes,

1 *Marca hispánica.—Arte de comprobar las fechas.—Historia del Languedoc.*

prometió entonces por juramento conservar sus usos y costumbres.

Dos días después, prestó juramente de fidelidad á Guillermo obispo de Magalona, en la iglesia de Nuestra Señora de Montpeller, y le hizo homenaje por el señorío de esta ciudad, en presencia de una gran asamblea en que se hallaban su tío el conde Sancho, su hermano Alfonso, el conde de Tolosa, Bernardo de Andusa, el príncipe de Oranje (Guillermo de Baucio), Hugo de Baucio, y los principales señores y prohombres de la ciudad.

Cuéntase que entonces Inés, viuda de Guillermo, abandonada por los protectores que su esposo le había dado, tuvo que salir de Montpeller con sus hijos declarados bastardos é ir á buscar un asilo en otra parte [1]. No tuvo empero lugar esto sin que una parte de los habitantes la demostrasen sus simpatías, promoviéndose una sublevación que fué sofocada, y cuyos jefes fueron desterrados por D. Pedro.

El rey de Aragón y María permanecieron algún tiempo en Montpeller después de su matrimonio, y en el mes de Agosto de 1204 aprobaron las *costumbres* de la ciudad, que hasta entonces fueron verbales, aunque vigentes desde largo tiempo, y que se mandaron redactar en esta época para fijar su observancia en el porvenir; y dice Romey, *para escudarlas contra los antojos é interpretaciones de los reyes.* Estas admirables *costumbres* fueron juradas por Pedro de Aragón, siguiendo su ejemplo todos sus sucesores hasta Luis XIV, rey de Francia, según puede verse en el *Thalamus* mayor y en el *Thalamus* menor [2], donde están anotadas indistintamente va-

1 *Arte de comprobar las fechas:* tratado de los señores de Montpeller.

2 Archivo municipal de Montpeller. El *Thalamus* viene á ser como nuestro *libro verde.* Para muestra del lenguaje de aquel tiempo, transcri-

rias actas bajo los nombres de *costumbres, libertades, franquicias, leyes municipales de la ciudad, universidad, comunidad, soberanía ó señorío* de Montpeller.

Montpeller por esta constitución tenía sus leyes, su hacienda, su ejército. Los principales cargos y funciones administrativas y magistrales eran conferidos por elección: seis capitanes mandaban una milicia ciudadana, organizada por barrios, la cual no sólo estaba encargada del servicio interior de la ciudad, sino que iba también á la guerra cuando convenía. La ciudad era independiente. El extranjero, tanto en tiempo de paz como de guerra, era libre en Montpeller, y no tenía que prestar ningún homenaje al señor. Los cónsules y los señores ejercían sólo el poder legislativo; el poder judicial estaba reservado al tribunal de justicia del señor. Todo privilegio injusto era nulo de derecho. El monopolio, el préstamo y el alojamiento forzados, lo mismo que el derecho de peaje, estaban prohibidos. La ciudad estaba gobernada por doce ciudadanos, llamados cónsules, que eran reelegidos todos los años. Nada se podía estatuir, tocante á la administración de la ciudad, sin la autorización de estos cónsules. Todo esto consta, á más de muchas otras notables particularidades, en el archivo de Montpeller.

Confirmó el rey de Aragón estas costumbres, después de haberlas hecho examinar, y haber conferenciado sobre ellas con varios sabios [1]. La confirmación fué pública y solemne. Tuvo lugar el 15 de Agosto de 1204, en la iglesia de Nuestra Señora de Montpeller. Allí, en presencia del pueblo congregado, prometió solemne-

vo del *Thalamus* menor el primer artículo, que dice así: *Uns sols es senher de Montpeylier que enaissi ab voluntat de Dieu governa son pobol é sa honor.* (Uno solo es señor de Montpeller, que, por la voluntad de Dios, gobierna su pueblo y su señoría.)

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 126.

mente, tanto por él como por sus sucesores, observarlas fielmente, é hizo sellar con su sello en plomo el acta de esta confirmación, en la que se titula *rey de Aragón, conde de Barcelona* y *señor de Montpeller* [1]. Exceptuó, sin embargo, en esta acta á todos aquéllos á quienes había desterrado de la ciudad, que serían probablemente los jefes de la sublevación de que se ha hablado en favor de los hijos de Guillermo.

La confirmación de su esposa María, es posterior en trece días. Lleva la fecha de 28 de Agosto, *en el castillo de Montpeller*. María se titula *reina de Aragón, condesa de Barcelona* y *señora de Montpeller*.

Acababa apenas de efectuarse el matrimonio de Don Pedro con María de Montpeller, cuando llegaron á nuestro país embajadores de otra María, reina de Jerusalén, para ofrecer al monarca aragonés la mano de ésta, con sólo la condición de que tomase por su cuenta la reconquista de Tierra Santa. La embajada llegó tarde: encontró casado ya á D. Pedro. A no ser así, atendido su carácter emprendedor y resuelto, nuestro monarca, que tuvo fama de ser uno de los mejores adalides de su tiempo, hubiera de seguro aceptado aquella ocasión con que le brindaba la suerte, y sin duda las armas y glorias de la corona de Aragón hubieran brillado en mayor y más extenso campo [2].

1 Así como los monarcas aragoneses jamás se titularon reyes de Barcelona, sino condes, jamás se titularon tampoco reyes de Montpeller, sino señores, *domini Montispesulani*, dicen las escrituras.

2 Zurita cuenta con pormenores todo lo referente á este punto en su lib. II, cap. LIV.

CAPÍTULO XIV.

Objeto del viaje del rey á Roma.—Hace su testamento antes de partir. —Se embarca en Marsella.—Llega á Roma y es coronado por el Papa.—Se hace feudatario de la iglesia.—Parte de Roma.—Descontento y protesta de los reinos de Cataluña y Aragón por las concesiones hechas por el rey al Papa.—Estalla de nuevo la guerra entre los condes de Provenza y Forcalquier.—Marcha D. Pedro contra los herejes de Albi.—Entrevista con el rey de Inglaterra en Jaca.—Tributo del monedaje y descontento que promueve en los reinos.—Sospechas de haberle nacido al rey una hija.—Sublevación en Montpeller.—Asamblea en Magalona y tratado de paz entre el rey y los ciudadanos de Montpeller.—Demanda de divorcio.

(DE 1204 Á 1206.)

Ya se ha dicho que el monarca aragonés había formado entonces el designio de hacer un viaje á Roma, por el vano deseo de que el Papa le coronase, y recabar de él que en adelante los reyes y reinas de Aragón pudiesen ser coronados en Zaragoza, por manos del metropolitano de Tarragona. D. Pedro, dado á la esplendidez y al boato, y hombre de ideas y planes caballerescos, conceptuó que el ceremonial de su coronación y ungimiento daría sumo realce á su autoridad real, y al efecto envió una embajada al papa Inocencio III. Zurita quiere disfrazar la parte de ostentación en el monarca, dando á su viaje á Roma un colorido político. Dice al efecto, que D. Pedro ideaba, como sus antecesores, la conquista de las Baleares, y que su objeto no fué sólo el de hacerse ungir por el Papa, si no el conseguir de él que mediara para que los ge-

noveses y pisanos le ayudaran en su empresa contra Mallorca [1].

Lo cierto es, que D. Pedro emprendió el viaje habiéndose hecho para él tantos preparativos como pudiera para una empresa contra enemigos. Cinco galeras y un gran número de naves le esperaban á él y á su lujosa comitiva, para transportarlos á Italia. Salió de Montpeller, dejando á su esposa bajo la protección del conde de Provenza su hermano, á quien confió los negocios del Estado, con una junta compuesta de caballeros y prohombres de Montpeller, y se dirigió á Marsella, donde se hallaba en 4 de Octubre de 1204, á juzgar por lo que dice un antiguo historiador de Provenza. Refiere este autor que en dicha ciudad y día D. Pedro hizo su testamento, en el cual declara que, estando resuelto á visitar la tumba de los santos apóstoles, hace su última disposición, según la cual instituye por su heredero al hijo que le naciera del matrimonio que acababa de efectuar, sustituyendo, en defecto de este hijo, á su hermano Alfonso, conde de Provenza, aun en el caso de tener una hija, á la cual se contenta con legar la suma de 6.000 marcos de plata en dote [2].

No hallo que de este testamento hablen nuestros historiadores. Me limito, pues, á citar el hecho y la fuente. También dicen casi todos los autores, que se embarcó en Aigues Mortes; pero si la circunstancia de que acabo de dar cuenta es cierta, su embarque se efectuó en Marsella. Acompañóle en el viaje gran número de caballeros catalanes, aragoneses y provenzales. Consta que se embarcaron con él, entre otros, su tío Sancho, el arzobispo de Arles, el preboste de Ma-

1 *Anales de Aragón*, lib. II, cap. LI.
2 Bouche, tomo II, págs. 1.060 y siguientes.

galona, Hugo de Baucio, el vizconde de Marsella, Arnaldo de Foxá, etc.

La flota se detuvo en Génova, donde el rey fué recibido con grandes festejos, y partió en seguida para Ostia, en cuyo punto tomó puerto. Allí esperaban al monarca algunos cardenales y potentados romanos, quienes le acompañaron á la capital del orbe católico.

Fué hospedado en el palacio de los canónigos de San Pedro, y á los dos días pasa el Papa á la iglesia de San Pancracio, donde el 11 de Noviembre, día de la presentación de la Virgen, se le consagra y unge por mano del cardenal de Ostia. Le coloca el Papa la corona en las sienes; se reviste él mismo con sus insignias reales de manto, cetro y símbolos de justicia; jura fidelidad y obediencia á Inocencio III, á sus legítimos sucesores y á la Iglesia; promete mantener el culto romano, amparar al clero, gobernar tomando por norma la paz entre los cristianos y la guerra contra los infieles y herejes, y pasan luego en procesión solemne á la Basílica de San Pedro. Allí deposita el rey cetro y corona sobre el altar mayor, y le ciñe el Papa la espada en defensa del nombre cristiano, nombrándole gonfalonero ó alférez mayor del estandarte de la Iglesia católica.

El historiador aragonés, Jerónimo Blancas, nos presenta á D. Pedro como el primer rey de Aragón que se coronó, y nos hace una relación circunstanciada de su viaje á Roma. Se ocupa en pintarnos la congoja del monarca aragonés cuando tuvo noticia de que el Papa, conformándose con antiguas usanzas, le ceñiría la corona con los pies y no con las manos; y nos cuenta el ardid de que se valió D. Pedro para evitar esta humillación, mandando labrar la corona de pan, con lo cual, el Sumo Pontífice se vió obligado á ceñírsela con las manos, pues no pudo tratar la gracia de Dios con el mismo desprecio que los metales preciosos y mundana-

les pompas 1. Otros autores, sin embargo, no refieren este hecho ni dan cuenta de estos incidentes, juzgándolos sin duda hijos más bien de la fantasía de Blancas que de la verdad histórica.

El rey no se separó del Papa sin haber *andado con él neciamente pródigo,* como ha dicho un historiador 2. Ofreció su reino á San Pedro, príncipe de los apóstoles, y al Papa y sus sucesores para que fuese feudatario de la iglesia, obligándose á pagar cada año el feudo de 250 mazmodines, y cediendo al Papa el derecho de patronazgo sobre todas las iglesias del reino de Aragón 3.

1 Blancas: *Coronaciones de los reyes de Aragón.*

2 El Anónimo aragonés refundido y comentado por Braulio Foz, tomo II, pág. 33.

3 Zurita, lib. II, cap. LI.—Ortiz de la Vega no tuvo presente sin duda este capítulo del analista aragonés, cuando, como poniendo en duda que el rey D. Pedro se reconociese feudatario del Papa, escribe que solo lo cuenta algún italiano. Lo dicen Zurita, Feliu de la Peña y demás analistas aragoneses. Por lo demás, las palabras con que se obligó el rey, son las siguientes, según se lee en el Bulario de los papas:

"Ego Petrus, rex Aragonum profiteor et polliceor, quod semper ero fidelis et obediens Domino meo Papæ Inocentio, ejus catholicis successoribus, et ecclesiæ romanæ, regnumque meum in ipsius obedientia fideliter conservabo, defendens fidem catholicam, et persequens hæreticam pravitatem. Libertatem et immunitatem Ecclesiarum custodiam et earum jura defendam. In omni terra meæ potestati subjecta justitiam et pacem servare studebo; sic me Deus adjuvet et hæc Sancta Evangelia."

La obligación del pago en feudo, decía:

"Cum corde credam et ore confitear, quod Romanus Pontifex, qui est Beati Petri successor, vicarius sit illius per quem reges regnant et principes principantur, qui dominatur in regno hominum, et cui voluerit dabit illud; Ego Petrus, Dei gratia rex Aragonum, comes Barcinonæ, et Dominus Montis-Pessulani, cupiens principali post Deum Beati Petri et Apostolicæ sedis protectione muniri, tibi, reverendissime pater, et domine summe Pontifex Innocenti, et per te sacrosanctæ Romanæ Apostolicæ sedi offero regnummeum, illud que tibiet successoribus tuis in perpetum divini amoris intuitu, et proremedio animæ meæ, et progenitorum meorum constituo censuale, ut annuatim de camera regis

Después de la pomposa y solemne coronación de Don Pedro, mandó el Papa que fuese acompañado de muchos cardenales y de los señores romanos por la ciudad, hasta llevarle á la iglesia de San Pablo, orillas del Tíber, donde estaban sus galeras en las cuales se embarcó, haciéndose á la vela y dando vuelta á sus estados, sin que hagan mención los autores ni se halle en las memorias de aquel tiempo que se tratase lo de la empresa y conquista de Mallorca.

Así es como el monarca regresó á sus tierras, trayendo de aquel viaje lo que fué orígen de funestos y sangrientos disturbios. Las concesiones hechas al Papa y el feudo á la iglesia, promovieron grandes muestras de descontento en estos reinos. «Llegaron á Cataluña y Aragón, dice el analista Feliu, las noticias de la devota liberalidad del rey, y protestaron de inválidas las cesiones y reconocimiento por no poderse ejecutar sin el consentimiento de los vasallos; formaron sus escrituras y las remitieron á Roma y al rey. Los originales de las concesiones apostólicas y de las protestaciones, se hallan en el archivo de Barcelona.»

Cuando más tarde vino el rey á nuestro país, trató de contentar á los más quejosos y malcontentos, diciendo que él solamente había cedido su derecho y no el de ellos; pero contestáronle que lo cedido era lo suyo y lo ageno. Lo cierto es, que «fué esto causa que muchos

ducenta quinquaginta massæ mutinæ Apostolicæ sedi reddantur; et ego ac successores mei specialiter ei fideles, et obnoxii teneamur. Hoc autem lege perpetua servandum fore decerno, quia spero firmiter, et confido, quod tu et successores tui me ac successores meos, et regnum prædictum auctoritate Apostolica defendetis, præsertim cum ex multo devotionis affectu me ad sedem apostolicam accendentem tuis quasi Beati Petri manibus in regem duxeritis solemniter coronandum. Ut autem hæc regelis concessio, etc. Actum Romæ apud Sanctum Petrum anno Dominicæ incarnationis MCCIV, quarto idus novembris, anno regni mei octavo.»

años después puso en gran turbación y trabajo al rey D. Pedro, su nieto, procediendo el Papa contra él á privación de su reino, como contra vasallo y súbdito de la Iglesia [1].»

Al regresar D. Pedro á Provenza, á últimos del 1204, se encontró con que Alfonso, conde de Provenza su hermano y el conde de Forcalquier habían roto sus paces. Corta debió ser la guerra entre ambos, pero terrible para el primero, al cual el rey de Aragón halló preso en poder de Guillermo, quien se había apoderado de todos sus estados. Entonces el monarca, en una rápida campaña, obligó al de Forcalquier á devolver la libertad y sus dominios á Alfonso y á renovar su tratado de paz con él [2].

No hay seguridad, pero sí fundadas sospechas de que á principios del 1205, y hallándose en armas aún por lo de su hermano y el conde de Forcalquier, marchó D. Pedro contra los herejes que habían hecho grandes progresos en aquel país. Tenían ya su bandera, sus ejércitos, sus ciudades, sus nobles que les protegían, sus obispos, en una palabra, eran ya un poder. Se desprende esta campaña del monarca aragonés contra los herejes, de una epístola del papa Inocencio III, en que da personalmente en feudo á D. Pedro el castillo de Escuve, de la diócesis de Albi, «castillo que dicho príncipe había tomado á los herejes [3].»

En 13 de Junio de 1205 se hallaba el rey en Montpeller, pues que en este día hizo con su esposa nueva confirmación de los usos y costumbres de la ciudad, que se publicaron el mismo día en la casa de los cónsules [4].

1 Zurita, lib. II, cap. LI.
2 Idem id.
3 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 140.
4 Eugenio Thomas: *Ensayo histórico de Montpeller*.

D. Pedro vino después de esto á Cataluña y pasó en seguida á Aragón, dejando según parece á la reina Doña María en Montpeller ó en sus inmediaciones. A principios de Agosto estaba en Jaca, donde desplegó grande ostentación y magnificencia para recibir al rey de Inglaterra, con quien debía tener vistas en dicho punto. Qué objeto tuvo esta entrevista, cállanlo las crónicas: sólo Feliu de la Peña dice que el de Inglaterra vino para confirmar alianzas antiguas.

Pródigo, dadivoso, amigo de ostentación y pompa como ninguno era D. Pedro de Aragón. La magnificencia desplegada en Jaca, su aparatoso viaje á Italia, las prodigalidades á que tuvo que recurrir para tener contentos á los ricos hombres y los gastos que le ocasionaron sus guerras, habían agotado su tesoro. Así es que hallándose en Huesca, estableció en su reino un nuevo pecho, llamado del *monedaje*, en virtud del cual todos cuantos poseían heredades ó bienes muebles, excepto los que hubiesen sido armados caballeros, debían pagar por su valor y en cada libra 12 dineros si eran muebles, y á prorrata de las rentas si eran inmuebles. «No consintieron los pueblos la carga, dice Feliu, por no poderse imponer según su consentimiento; formaron su unión los aragoneses, y moderaron el dictamen del rey los catalanes, que después le admitieron por tiempo determinado y con rebaja [1].»

Los disgustos que apuntaron en Aragón y Cataluña, pudiendo ser contenidos, estallaron de un modo sangriento en Montpeller. Regresó el monarca á este país antes de terminarse el año de 1205, habiéndose ido á juntar primero con la reina Doña María que estaba en Colibre [2], y por cierto que al llegar á este punto se me

1 Feliu de la Peña, lib. XI, cap. IV.—Zurita, lib. II, cap. LII.
2 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 141.

ofrece uno dudoso de nuestra historia, que antes de pasar adelante he de apuntar, ya que no pueda resolver. Los Maurinos, al llegar á esta fecha, dicen que la reina dió á luz una niña que se llamó Sancha, la cual casó su padre D. Pedro en esponsales de futuro con el hijo mayor del conde de Tolosa (conde también más adelante), y trasladan los artículos del contrato matrimonial. Ningún otro autor, que yo sepa, habla de esta hija habida por D. Pedro en María de Montpeller. Por el contrario, todos están acordes en decir que de aquel matrimonio no nació otro hijo que el D. Jaime *el Conquistador*, del cual larga y sobrada ocasión tendremos para hablar. Y sin embargo, los historiadores del Languedoc dan muchos pormenores [1], y aducen muchas razones en favor de su aserto. Verdad es que el matrimonio no llegó á consumarse por haber muerto Sancha en la infancia, y que entonces el hijo del conde de Tolosa casó con la otra Sancha, hermana menor de Don Pedro. En sus *Condes vindicados* nuestro D. Próspero de Bofarull no habla de esta niña, ni hace mención siquiera del dicho de los historiadores del Languedoc, que acasó le pasó por alto. Es punto este que merece ser estudiado con más detención de la que se le puede consagrar en una historia general como la presente. De todos modos, me limitaré á esponer que en el contrato matrimonial estractado por los Maurinos, hay dos cláusulas ó artículos concluyentes: una de ellas, la de que el conde de Tolosa promete dar en matrimonio su hijo Raimundo á Sancha, *hija de Pedro de Aragón* y *de María su esposa*; y la otra la de que D. Pedro ofrece dar en dote *á su hija* la ciudad y castillo de Montpeller. De todos modos, aceptando la autenticidad de este contrato, hemos de admitir el hecho de la muerte de Sancha en

1 En su tomo III, pág. 141 y en la nota XXXV del mismo tomo

la infancia, pues luego se ve al Raimundo de Tolosa, su prometido, casar con otra Sancha, tía de la niña en todo caso, como hija menor que era de Alfonso *el Casto* y hermana de D. Pedro *el Católico*. También era hermana esta otra Sancha de la Leonor casada con el conde de Tolosa, padre del joven Raimundo de que hablamos.

De Colibre debieron trasladarse D. Pedro y Doña María á Montpeller, cuyos habitantes no tardaron en demostrar de una manera ruidosa su disgusto contra el primero, que precisamente venía entonces como huyendo también del descontento de Aragón y Cataluña. Poco antes de imponer el tributo del monedaje á estos dos reinos, había D. Pedro pedido prestada á los habitantes de la ciudad y señorío de Montpeller, la suma de 175.000 sueldos melgarienses, por la cual les empeñó el castillo y rentas de la ciudad, el castillo de Lates y varios otros dominios de los alrededores [1]. Otro historiador afirma que la cantidad prestada fué de 800.000 sueldos, y pretende que los habitantes de Montpeller se la prestaron cuando él regresó de Roma para facilitarle recursos y medios de sostener la guerra en favor de su hermano Alfonso contra el conde de Forcalquier. Este préstamo, por cuya restitución no tenía el rey gran prisa, á lo que parece, y el poco respeto que al propio tiempo mostraba guardar á las *costumbres* de la ciudad, no obstante haberlas jurado, dieron ocasión á que los ánimos se exasperasen y á que tuviese lugar un levantamiento, que comenzó de una manera sangrienta. El pueblo de Montpeller arrasó el castillo señorial, y el rey se vió obligado á huir de la ciudad, refugiándose según parece en el castillo de Lates. Tampoco allí estuvo seguro. Persiguiéronle los de Montpeller, asaltaron el castillo, entráronlo á saco, y sólo milagrosamente pudo escapar Don

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 144.

Pedro á la ciega cólera de los amotinados. El castillo de Lates fué entregado á las llamas, pereciendo muchos de sus habitantes y defensores [1].

Nos faltan pormenores de la guerra que se siguió entonces, entre los ciudadanos de Montpeller y el rey de Aragón. Sólo sabemos que fué devastadora para el país. Pedro de Castelnau, natural de Montpeller, y legado pontificio en la Provenza, se alarmó con estos desórdenes, temiendo que ellos diesen nuevo pábulo á la herejía de los de Albi ó albigenses, ya por lo demás en bastante progreso; así es, que medió seguidamente para pacificar aquel estado, auxiliándole en su misión pacífica Guillermo Autignac obispo de Magalona. Gracias á sus esfuerzos, tuvo lugar una asamblea en el palacio episcopal de Magalona, á la que asistieron el rey D. Pedro, la reina Doña María, y muchos prelados, señores, ciudadanos y abogados, conviniendo por fin en un tratado de paz, que se estipuló bajo los principales artículos siguientes:

1.° El rey D. Pedro de Aragón y la reina Doña María ofrecían perdonar á los habitantes de Montpeller las injurias de ellos recibidas y devolverles su amistad. 2.° El empeño del castillo y de las rentas de Montpeller y del castillo de Lates, que había sido hecho por la suma de 175.000 sueldos melgarienses, quedaba subsistente hasta que se hubiese satisfecho dicha cantidad. 3.° El rey prometía devolver á los habitantes de Montpeller todo lo que les había quitado. 4.° Los prisioneros hechos por ambas partes debían ser puestos en libertad, particularmente los que habían sido llevados á las tierras de Rostaing y de Sabrán. 5.° El rey y la reina, como prueba de buena fe, se comprometían á poner los castillos y

1 *Historia del Languedoc.—Arte de comprobar las fechas.—Marca hispánica.*—Archivo de Montpeller.

demás dominios empeñados bajo la guarda del obispo de Magalona, hasta el completo reembolso de la dicha cantidad. 6.° Los habitantes de Montpeller quedaban condenados á pagar al rey y á la reina, 40.000 sueldos por el castillo de Montpeller que habían destruído [1].

Aceptaron este tratado el rey y la reina de Aragón por una parte, y el síndico de la ciudad de Montpeller por otra, restableciéndose así la paz.

Entonces fué cuando, al decir de algunos, disgustado D. Pedro por tantos desórdenes, é impelido también por la natural inconstancia de su carácter, se disgustó de su esposa Doña María, á quien trató de repudiar. Hay quien pretende que entonces hizo negociar su matrimonio con la otra María reina de Jerusalén, y que hasta se llegó á redactar un borrador de contrato matrimonial, en Acre, el 21 de Setiembre de 1206. Lo cierto es, que se dirigió al papa Inocencio III en demanda de divorcio, exponiéndole que sentía grande escrúpulo de conciencia por haberse casado con la reina, á causa de que el conde de Comminjes su primer marido, vivía aún, y á causa también de que él, antes de su matrimonio, había tenido relaciones amorosas con una próxima parienta de la que luego fué su mujer. El Papa nombró al obispo de Pamplona, á Pedro de Castelnau y á otro religioso; la reina reclamó, y fué dándose largas al negocio.

1 Las mismas autoridades citadas. Por lo que toca al tratado de paz entre el rey y los habitantes de Montpeller, se halla en la *Historia del Languedoc*, prueba LXXXIII, col. 204.

CAPÍTULO XV.

Terminan los bandos de Cataluña.—Convenio entre los condes de Urgel y de Foix.—Cortes en Puigcerdá.—Lo que se cuenta que sucedió al rey con el señor de Vizcaya.—Sitio y toma de Montalván.—Nacimiento del rey D. Jaime.—Muerte del conde Armengol de Urgel. —Termina la línea varonil de esta casa.—Guerau de Cabrera pretende el condado y se titula conde de Urgel.—El rey de Aragón protector del condado.—El vizconde de Cabrera cae prisionero del rey.

(De 1207 á 1208.)

Preciso es confesar que las crónicas y las historias andan muy revueltas y confusas tocante á los sucesos del rey D. Pedro. La patente contradicción que á cada paso se halla entre las nuestras y las del Languedoc y Provenza; la ignorancia de nuestros analistas respecto á cosas de aquellos países; la ignorancia de aquéllos respecto á las cosas de estos reinos; la diferencia de fechas; la falta de documentos, todo, en una palabra, se reune para que reine en esta época un embrollo que con harta dificultad y no escaso trabajo se puede poner en claro.

Conviene recordar á los lectores que, durante la época que acabamos de historiar, es decir, desde el año 1197 hasta el de 1207, estuvieron siempre vivos y más ó menos encarnizados los bandos de Cataluña, y también de Aragón, entre los partidarios del conde de Urgel y los del conde de Foix. En este año de 1207 fué cuando se terminaron, por la mediación del monarca, según parece. El conde de Foix y el vizconde de Castellbó, su aliado, á quienes el de Urgel hiciera prisioneros [1], se

1 Véase el cap. XI.

lieron de su encarcelamiento, no se sabe cómo, y convinieron el 17 de Marzo en un tratado de paz, basado sobre los siguientes artículos:

1.° Raimundo Roger conde de Foix, Roger Bernardo su hijo, y Armengol conde de Urgel, se perdonaron mutuamente todo el daño que se habían hecho, y prometieron con juramento ser amigos en adelante. 2.° El conde de Urgel dió 2.000 sueldos melgarienses al de Foix. 3.° Prometió también dar en matrimonio, á Arnaldo vizconde de Castellbó, su nieta Isabel de Cardona, con 10.000 sueldos barceloneses por dote, y todos sus dominios si moría sin tener hijos de la condesa Elvira, su esposa. 4.° Prometió á más pagar 40.000 sueldos al vizconde, como para remunerarle del perjuicio causado con su encarcelamiento [1].

Generoso anduvo, por cierto, el conde de Urgel; pero así quedaron terminados, al menos, aquellos funestísimos bandos que regaron de sangre las campiñas del Principado. Acaso contribuyeron á la paz las Cortes que se celebraron á últimos del 1206 ó principios del 1207 en Puigcerdá. Juntólas el rey para pedir nuevos socorros á Cataluña, y le asistió generoso siempre el Principado [2].

Se cuenta que en este año, y hay quien dice que en el anterior, hubo junta de reyes en Alfaro para la paz de España, asistiendo los de Aragón, Castilla, León y Navarra; y se supone que, por no haber sido llamado á esta junta el señor de Vizcaya, hizo alianza con los moros, entrándose hostilmente por Aragón. A propósito de esto se refiere una historia, que debe tener mucho de cuento, diciendo que D. Pedro acudió contra él; que le derrotó, lo propio que á los moros sus aliados; que

1 Se halla este contrato en la prueba LXXXIV, col. 206 del tomo III de la *Historia del Languedoc*.

2 Feliu de la Peña, lib. XI, cap. IV.

les fué al alcance persiguiéndoles hasta Valencia; que atacó esta ciudad con estrecho asedio, y que en un asalto en que tomara parte personalmente, habiéndole sido muerto el caballo, fué salvado por el mismo señor de Vizcaya á quien perseguía [1].

El analista catalán nos dice luego, que prosiguió nuestro monarca en la tala de los campos del reino de Valencia; que conquistó algunas fortalezas, y que pasó con el maestre de Santiago, Gonzalo Fernández de Marañón, al asedio de la plaza de Montalván, de la cual se apoderaron, no sin trabajo, y no sin haber tenido que levantar D. Pedro el sitio para acudir á desbaratar una hueste de moros que había penetrado en Aragón.

En esto, y á principios del 1208, el 1.° ó 2 de Febrero, nacióle al monarca aragonés su hijo D. Jaime, aquel que debía ser llamado *el Conquistador*, y aquel que, por lo mismo que había de ser en todo extraordinario, por querer del cielo lo fué también en el modo de venir al mundo. Es una especie de nacimiento casual y milagroso el de D. Jaime, y se cuenta con referencia á él una aventura que tiene todo el interés de una novela, si la hemos de creer tal como la narra el cronista Ramón Muntaner, de buena y gloriosa memoria, con ese característico sello de candidez y ese buen decir que no ha tenido después de él cronista alguno. La mayor parte de los autores trasladan esta aventura con ligeras variantes, tomando por guía la relación de Muntaner. Hay, sin embargo, quien la rechaza como fábula, y luego veremos de qué manera lo cuenta el mismo D. Jaime en su propia crónica.

Oigamos primero á Muntaner [2].

Según lo que éste refiere, el rey andaba muy aparta-

1 Feliu de la Peña, libro y capítulo citados.—Zurita, lib. II, capítulo LIII.

2 Véanse los caps. III, IV y V de su crónica.

do de la reina, en términos que siempre que iba á Montpeller, jamás se acercaba á ella. De esto se hallaban muy resentidos todos sus súbditos, y en especial los prohombres de la indicada ciudad. Sucedió una vez que el rey, joven, gallardo y aficionado á galanteos, se enamoró de una hermosa dama de la población, por la cual públicamente torneaba y hacía armas. Tuvieron de ello noticia los cónsules y prohombres de la ciudad, y supieron también que había cierto caballero, confidente del monarca, el cual mediaba en sus amores dando pasos para que consiguiese D. Pedro el logro de sus deseos. Avistáronse con él los cónsules, le propusieron engañar al rey, y el caballero, enterándose de los buenos deseos que les animaban, accedió á todo.

Presentóse, pues, al monarca, y le dijo como había visto á la hermosa dama objeto de sus amores, como había doblegado su rebelde virtud con sus instancias y como la había decidido á otorgar á D. Pedro una cita de amores. Sólo ponía la dama una condición, que exigía como un sacrificio á su recato y á su honra: la de entrar tapada en palacio y hallar sin luz la cámara real. A todo accedió D. Pedro, hirviendo en el fuego del amor y aguijoneado por la espuela del deseo.

Todo se hizo y tuvo lugar como habían combinado los cónsules y el confidente. La noche se deslizó rica de amor y de ilusión para la enamorada pareja, y al rayar las primeras y débiles luces de la aurora, el monarca fué despertado en los brazos de su compañera por un extraño rumor. Incorporóse en la cama, y vió abrirse la puerta, dando paso á una procesión de cortesanos, de prelados, de altos dignatarios y de los cónsules y prohombres, que entraron solemnemente, llevando cada uno una vela encendida en la mano. Extrañado el rey de ver aquello, saltó del lecho y empuñó la espada, pero cayendo entonces de rodillas todos los que acaba-

ban de entrar, suplicáronle por boca de uno de los prelados que tuviese á bien volver los ojos hacia la que había sido su nocturna compañera. Hízolo así el rey, y envuelta entre la nieve de las sábanas y el rubor de la vergüenza, vió, en lugar de la dama á quien creyera haber tenido en sus brazos, á su amante esposa Doña María de Montpeller.

Todo le fué explicado al monarca. Se le dijo cómo los cónsules habían hecho entrar en su plan al confidente y á la reina, cómo habían pasado todos la noche en oración, y cómo se habían valido de aquel engaño para lograr un heredero y sucesor del trono.

Tal es, en extracto, lo que mejor y más detenidamente cuenta Muntaner. A aquel venturoso lance é ingenioso ardid, si damos crédito al cronista, debieron los estados de la corona de Aragón el tener uno de sus más famosos reyes y mejores capitanes.

Por lo que toca á D. Jaime, cuenta en la crónica por él mismo escrita, su nacimiento, pero es de la manera siguiente:

«Contemos ahora de qué manera fuimos engendrado, y cómo aconteció nuestro nacimiento. Es de saber primeramente que nuestro padre En Pedro desamaba á la sazón á nuestra madre la reina, pero sucedió una vez, que hallándose nuestro padre en Lates y la reina en Mireval, se presentó á aquel un rico hombre llamado En Guillermo de Alcalá, el cual pudo conseguir con sus ruegos que el rey fuese á reunirse con la reina. La noche aquella en que ambos estuvieron juntos, quiso el Señor que Nos fuésemos engendrado. Así que nuestra madre se sintió embarazada, trasladóse á Montpeller, en donde, por voluntad de Dios, se verificó nuestro nacimiento, en casa de los Tornamira, la víspera de la Purificación de Nuestra Señora. Luego de nacido, enviónos nuestra madre á la iglesia de Santa María: lle-

váronnos allá en brazos; y como se estaban cantando los maytines, sucedió que al pasar Nos los umbrales del templo, acertaron á entonar los clérigos el *Te-Deum laudamus*, sin que tuviesen ninguna noticia de que debiésemos estar allí. Fuimos en seguida presentado á San Fermín; y aconteció también, que al entrar en la iglesia, se estaba cantando el *Benedictus Dominus Deus Israel*. De vuelta en casa, llenaron de alegría á nuestra madre tan buenos pronósticos; mandó luego fabricar doce cirios de igual peso y tamaño, hízoles encender todos á la vez, dió á cada uno el nombre de un apóstol, é hizo voto á Dios Nuestro Señor de que nos pondría el nombre del que durase mayor tiempo: fué éste el de San Jaime, y por esto, Nos, por la graeia de Dios, nos llamamos Jaime. Así vinimos al mundo descendiendo de nuestra madre, y del rey En Pedro nuestro padre 1.»

Hasta aquí el mismo D. Jaime. Mucho ha dado que hablar realmente su nacimiento. La mayoría de los cronistas adoptan la versión de Muntaner; pero ya hemos dicho que hay autores muy graves que la tachan de fábula y de novela, fundándose en que, á pesar de ser Muntaner casi contemporáneo, hay otros cronistas, contemporáneos también, como Guillermo de Puilauvens, que no lo refieren así, y apelando al testimonio escrito del mismo D. Jaime, que no hubiera dejado de mencionar, á ser cierta, esta circunstancia.

Moreri en su diccionario va más allá que Muntaner y cuenta una verdadera novela. Dice que D. Pedro estaba en relaciones amorosas con una joven de Montpeller, llamada Catalina Rebusse, y que esta joven, al ver

1 Crónica del rey D. Jaime, traducida del catalán al castellano por los Sres. Flotats y Bofarull (Antonio). Por lo que toca al título *En*, téngase presente que los nobles de Cataluña se honraban con este título, y las señoras con el de *Ena* ó *Na* equivalentes al *Don* y *Doña* de Aragón y de Castilla.

que iba á extinguirse la raza de los *condes* de Montpeller por el aborrecimiento en que el rey tenía á la reina, se valió de la extratagema de sustituir á Doña María en su lugar, haciéndola acostar en su cama una noche que ella esperaba al rey. Pedro, dice, no distinguió á la verdadera esposa de la querida, y con el tiempo se alegró de aquel engaño al que debió el nacimiento de un sucesor legítimo, que fué Jaime I [1].

Pero, la versión que parece más acertada, y está al mismo tiempo más conforme con las crónicas de Guillermo de Puilauvens y de D. Jaime, es la de un cronista moderno de Montpeller, Mr. Eugenio Thomás. «La reina, dice, más estimable que bella, no inspiraba todo el amor que era de desear á su joven é inconstante esposo. Habitaba entonces en Mireval, á dos leguas de Montpeller. El monarca iba á menudo á su castillo de Lates, ciudad y puerto á una legua de Montpeller y de Mireval. Cierto día, durante una partida de caza, y cediendo á las instancias de un cortesano, se dirigió á Mireval y descansó junto á la sensible María.»

Ambos esposos hicieron las paces, y el monarca se dirigió á caballo á Montpeller llevando á la reina en grupa. El pueblo, admirado de la buena inteligencia que reinaba entre sus señores, salió á su encuentro y dió grandes muestras de contento y regocijo en torno del palafrén que aquéllos montaban. Lo que hizo entonces el pueblo sin más designio que demostrar su alegría, dice el autor citado, se continuó en tiempo del rey Jaime, su hijo, pues todo el mundo estaba persuadido que debía su nacimiento á la noche que precediera á la entrada del rey su padre en Montpeller.

1 Las leyendas que sobre el nacimiento de D. Jaime publicaron nuestras crónicas, dieron más tarde ocasión y asunto al insigne poeta D. Pedro Calderón de la Barca para escribir su obra dramática: *Gustos y disgustos son no más que imaginación.*

Los habitantes, para demostrarle cuán caro les era este recuerdo, llenaron de paja la piel de un caballo, que llevaron á Lates, donde estaba el rey, y repitieron en su presencia, en torno de este caballo, los mismos juegos y danzas á que se entregaran cuando la ocasión citada en el camino de Mireval. Ya sea que la fiesta fuese del agrado del *Conquistador*, ya que los habitantes de Montpeller encontraran gusto en ello, lo cierto es que la danza del *Chevalet*, como se llama, se ha perpetuado hasta nuestros días. El pueblo de Montpeller, en todas sus grandes fiestas tradicionales, necesita ver cómo recorre sus calles el *Chevalet* para que la fiesta sea completa [1].

De todos modos, fuese el nacimiento de D. Jaime debido á una ú otra de las circunstancias citadas, lo cierto es que hay en él algo de extraordinario. Por lo que toca á D. Pedro, sólo se reconcilió momentáneamente con su esposa, y partió en seguida de Montpeller, entablando ó volviendo á reanudar su demanda de divorcio.

En aquel mismo año de 1208 hubo nuevas turbaciones en el condado de Urgel por tratarse de la sucesión al mismo; pero esta vez el monarca se mostró enérgico y activo. Poco después del tratado de paz entre el con-

1 El autor de esta obra ha tenido más de una ocasión de ver en Montpeller la danza del *Chevalet*. Un hombre ágil, elegante y caprichosamente vestido, pasa su cuerpo á través de un pequeño caballo de cartón cubierto con una especie de gualdrapa y le hace dar saltos, carreras y cabriolas al son del tamboril, en medio de un círculo formado por una cuadrilla de danzantes, vestidos por lo común de blanco y adornados sus sombreros con plumas y cintas. Permítaseme decir, antes de terminar esta nota, que el *Arte de comprobar las fechas* (tratado de los señores de Montpeller) da otro origen á esta fiesta. Dice que fué al terminarse la guerra entre los de Montpeller y el rey D. Pedro, cuando éste entró en la ciudad montado á caballo y llevando á la reina en grupa, consagrándose la memoria de este suceso con la fiesta ó regocijo anual llamado el *Chevalet*.

de Armengol y el de Foix, murió aquél, dejando de su mujer Elvira, que le sobrevivió, una tierna hija llamada Aurembiaix. El cuñado del difunto conde, Pons vizconde de Cabrera y su hijo, sobrino de aquel, Guerau ó Geraldo, pretendieron entonces que el condado de Urgel debía tocarles como á más próximos herederos varones, con preferencia á su prima Aurembiaix, y tomaron las armas para sostener su pretensión. Había efectivamente acabado con la muerte de Armengol la línea masculina de los condes de Urgel, descendientes de los de Barcelona.

Guereau de Cabrera, hombre muy bullicioso y de altos pensamientos, al decir de Monfar, que, por ser varón, pretendió, excluyendo las mujeres, tener derecho al condado de Urgel y ser preferido á Aurembiaix, tomó las armas y se metió por la tierra de aquel condado, talando el país y apoderándose de todas las villas y lugares que pudo, sin reparar en el testamento del conde Armengol que, en defecto de hijos varones, nombraba heredera á su única hija. La ciudad de Balaguer y los pueblos de Agramut y Linyola se declararon por el de Cabrera, que tomó entonces el título de conde de Urgel y mandó labrar, para los autos y privilegios que concedía ó firmaba, un doble sello con las armas de Urgel á un lado y al otro las de Cabrera.

La condesa Elvira, viéndose amenazada, en peligro la herencia de su hija, y sin fuerzas para resistir á las del de Cabrera, acudió al rey D. Pedro y se puso bajo su protección, dándole el condado de Urgel y todo cuanto en él le podía pertenecer. El rey le dió en recompensa, durante su vida, los castillos de Ciurana y de Serós: por medio de otro auto le prometió pagar el día de Nuestra Señora de Febrero 5.000 morabatines, sin expresar más; y finalmente, por medio de otro, declaró que todo aquello se entendía hecho, quedando salvo

los derechos competentes á Aurembiaix, á la cual no quería perjudicar [1]. De esta manera quedó el condado de Urgel por el rey y bajo la protección real.

No por esto cedió Guereau de Cabrera. Prosiguió alzando sus pendones y pretendiendo apoderarse de todo el condado, parte del cual era ya suyo. D. Pedro, tomando ya por propia la causa de la condesa Elvira y de su hija, levantó ejército, se dirigió al condado de Urgel, tomó á fuerza de armas la ciudad y castillo de Balaguer, y cayó en seguida y de improviso sobre el de Llorens, apartado poco más de media legua por la parte de Oriente, orillas del Segre. Guereau de Cabrera se hallaba con su mujer é hijos en este castillo: habíase fortificado en él con ánimo de resistir y defenderse, pero no se atrevió, y al presentarse el monarca ante las murallas, se le rindió con su mujer é hijos, enviándoles el rey presos á ellos al castillo de Loarre en Aragón y á él á la ciudad de Jaca.

A fin de recobrar su libertad, el vizconde hubo de entregar por orden del rey á Hugo de Torroja y á Guillén Ramón de Moncada senescal de Cataluña, los castillos de Montsoniu, Montmagastre, Ager, Patania y Finestres, que eran de su patrimonio, para seguridad de que estaría á lo que por justicia declarase el rey sobre las demandas de la condesa de Urgel y su hija. D. Pedro se apoderó del condado y tomó título de conde de Urgel, quedando de aquí tres títulos de condes de Urgel, uno en persona del rey D. Pedro, otro en la de la niña Aurembiaix y otro en la del vizconde de Cabrera, que aun cuando había dejado el señorío y posesión de él, quiso quedarse con el título que una vez había tomado [2].

1 Monfar en su *Historia de los condes de Urgel*, pág. 440 del tomo I.

2 Autoridades: *Arte de comprobar las fechas*: tratado de los condes de Urgel.—*Marca hispánica*.—Monfar, cap. LV.—Zurita, lib. II, capítulo LVII.

CAPÍTULO XVI.

Progresos de la herejía de los albigenses.—Origen de la Inquisición.—Asesinato de Pedro de Castelnau.—Cruzada contra los albigenses.—Los cruzados eligen por generalísimo al catalán Amalrich.—El vizconde de Beziers prueba á hacer la paz con los cruzados, pero inútilmente.—Sitio, toma y saqueo de Beziers.—Sitio de Carcasona.—Llega Pedro de Aragón al campo de los cruzados y trata inútilmente de poner á éstos en paz con el vizconde de Beziers.—Toma de Carcasona.—Se ofrece el vizcondado de Beziers y de Carcasona á varios señores que lo rehusan, aceptándolo por fin Simón de Monfort.

(1208 Y 1209.)

Se hace ahora preciso que para subsiguiente aclaración de los grandes sucesos que se han de narrar, me permitan los lectores hacerles una fiel pintura, siquier sea á grandes rasgos, de lo que tenía lugar á la otra parte de los Pirineos con motivo de la herejía que allí fijara sus reales.

Queda ya dicho que los herejes, á quienes se comenzó á dar el nombre de *albigenses*, por haber nacido en la ciudad de Albi, eran ya en gran número, pudiendo disponer de verdaderos ejércitos, de grandes sumas, de buenos valedores y de no pocas poblaciones. El Papa, para cortar los progresos crecientes de la herejía, envió allí á Pedro de Castelnau como legado, no tardando en darle por compañero á Arnaldo de Amalrich, abad del Císter y general de toda la orden. Arnaldo de Amalrich, que debía hacer un gran papel en los sucesos que s siguieron, era monje del monasterio de Poblet, del qu fué prior en 1192 y en seguida abad, pasando á ser le

gado del Papa en Languedoc y Provenza por los años de 1204 [1].

Ya por entonces el cuidado de extirpar por la violencia aquella llamada reproducción del maniqueismo ó herejía de los albigenses, se había confiado á una corporación religiosa, que se instituyó expresamente, bajo el nombre de *Predicadores*, conocida más tarde con el de *dominicos*, que tomó de uno de sus más ardientes y celosos protectores, el español Santo Domingo de Guzmán.

Los dos legados, Pedro de Castelnau y Arnaldo de Amalrich, hicieron cuantos esfuerzos imaginables pudieron para cumplir con su misión, apoyados por el Papa, que exhortaba sin cesar á los señores más principales á tomar las armas para exterminar á los herejes. En esto, uno de los legados, Pedro de Castelnau, murió asesinado. Dicen unos, que le mandó asesinar el conde de Tolosa, que andaba muy frío y remiso en la persecución de los herejes; pero afirman otros, que murió cosido á puñaladas por un caballero, con el cual había tenido una violenta disputa. El papa Inocencio III escribió entonces cartas apremiantes á los condes, barones y caballeros de aquellos países, conjurándoles para que se armasen, á fin de vengar á su legado, exterminar á los herejes y restablecer la paz. También envió nuevos legados, viniendo, por fin, á componerse la legación pontificia, de Arnaldo de Amalrich, el obispo de Riez, el de Coseranz y Milón, su *notario* ó secretario, que envió expresamente para decidir al conde de Tolosa, el cual proseguía con su política fluctuante.

1 Véase el *Diccionario de escritores catalanes* por Amat, pág. 15. Los historiadores del Languedoc no dicen que Amalrich fuese catalán; pero niegan que perteneciese á la familia de los vizcondes de Narbona, como han pretendido algunos. De todos modos, en las actas de Poblet, á las que el obispo Amat hace referencia, aparece como catalán.

Milón predicó la cruzada contra los albigenses, y consiguió que el conde de Tolosa y sus barones, aliados y feudatario, tomasen la cruz. El ejército de los cruzados estaba reunido en Lión, el día de San Juan Bautista del 1209. Refiérese que era uno de los más numerosos cuerpos de ejército que se hayan visto jamás en Francia y aun en Europa. Dicen unos que se componía de 300.000 hombres, mientras que otros elevan el número á 500.000. Lo formaban principalmente flamencos, normandos, aquitanos y borgoñones, mandados por varios obispos y prelados y por algunos nobles señores.

Cuéntase que todos los cruzados llevaban bordones de peregrino en la mano, para manifestar que era una empresa santa la que acometían. Reunido el ejército todo en Lión, se trató de darle un jefe superior, y en asamblea de capitanes y jefes se eligió por generalísimo á nuestro Arnaldo de Amalrich, abad del Císter, que así parece que sabía empuñar su espada de batalla como su báculo abacial.

Amalrich pasó el Ródano con su ejército, y se dirigió á Montpeller, donde se detuvo algunos días, acampando la hueste en los alrededores. Raimundo Roger, vizconde de Beziers, á quien se tachaba de proteger á los herejes, voló á la citada ciudad para hacer sus paces con los legados, como las había hecho el conde de Tolosa su deudo. Trató de justificar su conducta, y protestó que era enteramente adicto á la Iglesia: confesó que sus oficiales habían realmente favorecido á los herejes, pero contra su intención, y que él por su parte detestaba los errores de aquellos sectarios. Todas sus protestas fueron, sin embargo, inútiles, y Milón y Amalrich se negaron á recibir sus excusas; de manera qı hubo de retirarse desairado.

A su regreso á Beziers, reunió á sus principales va

sallos, les dió parte de la inutilidad de su demanda, y, de acuerdo con ellos, resolvió defender sus dominios hasta el último extremo. Trató en seguida de asegurar sus plazas, y después de haber dejado una fuerte guarnición en Beziers, se encerró en Carcasona con lo más selecto de sus tropas. Dícese que imploró entonces el auxilio del rey de Aragón, á quien reconocía por su señor feudal; pero este príncipe, según cuenta el mismo papa Inocencio en una de sus epístolas, no tuvo á bien ni juzgó á propósito dárselo, por temor de malquistarse con la Santa Sede.

Los cruzados, después de haber descansado algún tiempo en Montpeller, se pusieron en marcha, al mando siempre del abad del Císter; y después de haber talado el país que sin escrúpulo pasaron á sangre y fuego, como mensajeros de venganza más bien que como enviados de Dios, según se titulaban, acamparon ante las murallas de Beziers. Como había en esta ciudad habitantes católicos, el abad del Císter y los demás jefes del ejército sitiador les enviaron á Reginaldo de Montpeyroux, su obispo, quien, bajo pena de excomunión, les intimó que entregasen á los cruzados todos los herejes de la ciudad, ó que, si no eran bastante fuertes para ello, la abandonasen y saliesen á reunirse con los sitiadores. Entonces tuvo lugar por parte de los requeridos una gran prueba de patriotismo, que con orgullo y placer debe consignar la historia. Los católicos contestaron resueltamente que antes que todo eran ciudadanos de Beziers, y que no sólo no accedían á lo que el obispo les intimaba, sino que se unían estrechamente con los herejes para defender la ciudad, su patria común, hasta derramar la última gota de su sangre. Con esta respuesta, tuvo que volverse el obispo de Beziers al campo de los cruzados.

No tardaron éstos en dar el asalto. Los sitiados se

defendieron bizarramente por espacio de algunas horas, pero viéronse obligados á ceder, y los cruzados entonces, penetrando en la ciudad, pasaron á cuchillo todos cuantos encontraron, sin distinguir de religión, clase, edad ni sexo. Los infelices habitantes se refugiaron atropelladamente en las iglesias, pero estos santos lugares no les libraron de la cólera de sus feroces enemigos. Sin respetar la santidad del sitio, los cruzados, invocando siempre el nombre de Dios, hicieron particularmente una horrible carnicería en todos cuantos hallaron en la iglesia de la Magdalena. Se cuenta que sólo en este templo perecieron 7.000 personas pasadas á cuchillo. Hay cronistas que pretenden disculpar el hecho, diciendo que fué un castigo de Dios por el asesinato del vizconde Trencavello, cometido cuarenta y dos años antes en aquel mismo templo. Finalmente, los cruzados, después de haber satisfecho su furia en el pueblo de Beziers, á cuyos habitantes pasaron sin piedad á degüello, y después de haberse enriquecido con el saqueo, completaron su obra de destrucción poniendo fuego á la ciudad. Beziers fué devorada por las llamas el 22 de Julio de 1209.

No hay conformidad acerca del número de víctimas que hubo en aquella ocasión. Arnaldo, abad del Císter, en la reseña que envió al Papa, dice que fueron 15.000, pero otros hacen subir el número á 60.000. Se cuenta que, antes del saqueo y de la matanza, los cruzados preguntaron al abad del Císter cómo lo harían para distinguir á los católicos de los herejes, temiendo que alguno de éstos se escapase confundiéndose con los primeros.—«Matadlos á todos, contestó Arnaldo de Amalrich, que ya Dios conocerá á los suyos [1].»

1 No hay por cierto exageración en la referencia de estos horribles hechos, ni tampoco en las palabras atribuídas á nuestro Amalrich

Terminados la matanza, saqueo é incendio de Beziers, la hueste de la cruz se adelantó hacia Carcasona, llegando ante los muros de esta ciudad el 1.° de Agosto, después de haberse apoderado de cuantos castillos y lugares halló á su paso. El vizconde Raimundo Roger, que se había encerrado en la ciudad, como ya sabemos, con la flor de sus tropas, se dispuso á hacer la más obstinada resistencia. Los cruzados marcharon en seguida al asalto de los arrabales, que fueron defendidos heróicamente por el vizconde Roger, quien hizo en persona actos de increible valor. También hablan las crónicas de un caballero cruzado, por nombre Simón de Montfort, que comenzó, puede decirse, á figurar en aquel asalto, y á quien estaba reservado un grande é importante papel en la historia de las crueles guerras que se habían de seguir.

Durante el sitio de la ciudad, y en ocasión en que ya habían sido tomados los arrabales, quedando los bravos defensores de Carcasona encerrados en la plaza, se presentó el rey Pedro de Aragón en el campo de los cruzados, al objeto, según parece, de intervenir en favor del vizconde Raimundo Roger, de quien era amigo, aliado y señor feudal. Cuentan los historiadores del

Al contrario, he rebajado aún los colores sombríos del cuadro. Véanse sino, las *Memorias de Beziers* y las crónicas de Provenza; léanse la *Historia del Languedoc*, tomo III, págs. 168 y siguientes, y el tratado de los condes de Carcasona en el *Arte de comprobar las fechas*. Oigase, por fin, lo que dice el mismo obispo Torres Amat, hablando de Amalrich: "Como legado del Papa, mandó la cruzada que se envió contra los albigenses. Sus fervorosas exhortaciones fueron causa de que en el asalto de una ciudad, llevados los cruzados de un celo mal entendido, cometiesen las mayores atrocidades, pasando á cuchillo millares de habitantes sin distinción de sexo, de edad ni religión, entre ellos 7.000 refugiados en la iglesia de la Magdalena." (*Diccionario de escritores catalanes*, pág. 15, col. 1.ª) La ciudad que Amat no nombra, ya sabemos que fué la de Beziers.

Languedoc [1], que el monarca aragonés se apeó con su comitiva en la tienda del conde de Tolosa, su cuñado. Fué en seguida á encontrar al abad del Císter y á los jefes del ejército, quienes le acogieron con agrado, y les pidió gracia en favor del vizconde, suplicándoles que tuviesen compasión de su juventud y entrasen con él en negociaciones, contentándose con los daños inmensos que habían hecho en sus dominios. El legado y los jefes preguntaron al rey de Aragón si estaba encargado por el vizconde de hacer proposiciones de paz.—«No en verdad, respondió D. Pedro; pero si queréis permitírmelo, iré á encontrarle y estoy seguro de que no rehusará mi mediación.»

Se permitió entonces al monarca entrar en la ciudad, y habiéndolo hecho, y habiendo tenido una entrevista con el vizconde, consiguió de éste que depositara en él su confianza. Volvió en seguida al campo; se presentó de nuevo en la tienda del legado, donde los principales jefes se habían reunido, y dióles cuenta de su misión. Empezó por decirles y asegurarles que jamás el vizconde había sido hereje; convino, sí, en que sus oficiales habían favorecido á los albigenses, durante su menor edad ó su juventud; pero protestó de que era sin su participación, mereciendo ser excusado por ello. Añadió que, después de todo, si Raimundo Roger se había hecho culpable de algo, bastante castigado quedaba por la destrucción de su ciudad de Beziers y de los arrabales de Carcasona, y que, por lo demás, se ofrecía á someterse á las órdenes del legado y á reparar todos los daños que pudiera haber ocasionado con su conducta. Según se desprende de lo que dicen los Maurinos, nuestro D. Pedro en esta ocasión defendió calurosamente

1 Pág. 171 del tomo III. Los Maurinos han tomado estos detalles de una crónica ó historia de las guerras de los albigenses, escrita en catalán-provenzal por un autor anónimo.

al vizconde con su elocuencia. Bien es verdad que mejor que ésta le hubieran servido al vizconde sus armas.

Amalrich y los jefes sitiadores pidieron deliberar en secreto sobre la proposición, y después de haber conferenciado entre sí, el primero tomó la palabra y contestó á D. Pedro de Aragón *el Católico*, que toda la gracia que se podía hacer al vizconde era permitirle salir de Carcasona á él y á otros doce compañeros suyos, con armas, caballos y bagajes, pero bajo la condición de que entregaría á todos los habitantes y defensores de la ciudad á discreción de los cruzados. Se ignora la contestación que pudo dar el rey á aquel súbdito suyo que de tal modo le hablaba. Sólo se sabe que volvió inmediatamente á Carcasona para dar parte de aquella respuesta al vizconde, y que éste replicó que preferiría ser despellejado vivo antes que cometer la infamia de abandonar al menor de los habitantes de la ciudad. Cuando en la historia se tropieza con hombres crueles y sanguinarios como Amalrich, consuela al menos el encontrarse con almas nobles, generosas y dignas como la de Raimundo Roger. El rey de Aragón, resentido por no haber triunfado en sus negociaciones, se despidió del vizconde, del legado y de sus generales, y regresó precipitadamente á sus estados. Algo mejor hubiera sido para el vizconde que, en lugar de palabras y de buenos deseos, le hubiese traído su aliado algunas compañías de aquellos bravos que con tanta gloria habían combatido en Cataluña y Aragón contra los moros.

Después de la partida de D. Pedro, los cruzados, que habían interrumpido los trabajos del sitio, los continuaron con nuevo vigor, y bien pronto cayó Carcasona en sus manos, por traición según unos, por capitulación según otros. Lo más probable es esto último. Los habitantes, después de una resistencia verdaderamente heróica, se sometieron, salvando sus vidas y li-

bertad, movidos por los rigores del hambre, y el vizconde Raimundo Roger, contra la fe de la capitulación, fué preso y entregado á Simón de Montfort, que le hizo encerrar en un estrecho calabozo, donde murió á la edad de veinticuatro años, el 10 de Noviembre del mismo 1209, no sin sospechas, dice Vaissette, de haber sido envenenado. También se dice que se obligó á todos los habitantes de Carcasona á abrazar la fe católica. Cuatrocientos cincuenta se negaron, y entonces Amalrich hizo quemar vivos á los 400 y ahorcar á los restantes.

Entrada Carcasona, este mismo Amalrich reunió á los principales cruzados, á fin de escoger entre ellos uno para señor y gobernador de los dominios que acababan de conquistarse. Lo propuso primero al duque de Borgoña, pero este príncipe respondió generosamente que ya tenía bastantes dominios sin necesidad de usurpar los de Raimundo Roger, y que harto daño se había ya causado á este vizconde para que hubiese necesidad de apoderarse de su patrimonio. El legado se dirigió en seguida al conde de Nevers, que dió una respuesta parecida. Se ofreció luego el país al conde de San Pablo, que, tan indignado como los otros de la traición que acababa de cometerse con el vizconde, declaró que no lo aceptaba. Finalmente, Simón de Montfort, menos escrupuloso que los citados señores, no vaciló en admitir el señorío de Beziers y Carcasona, y esto explica el cómo es fácil creer que muriese envenenado el vizconde Roger, hallándose en manos del ambicioso Simón de Montfort. Sin embargo, al vizconde le quedó un hijo, de dos años entonces, y ya veremos más adelante como se lanzó al campo tratando de vengar la muerte de su padre [1].

1 Para casi todos los hechos que se acaban de contar, he tomado por guía una crónica del autor anónimo, y al parecer contemporáneo. En

Por de pronto, el de Montfort, á quien vamos á ver figurar mucho en nuestra historia, se quedó vizconde de Beziers y Carcasona, y como tal dispuso de los bienes, patrimonio y prerrogativas de dichos señores.

Luego que se hubo tomado á Carcasona, el ejército de los cruzados se disolvió en gran parte. Se retiró el primero el conde de Nevers con sus tropas, siguiendo su ejemplo muchos otros nobles, entre ellos el conde de Tolosa, que no tardó en romper con Simón de Montfort y con los legados por nuevas exigencias de éstos.

Ocasión tendremos de reanudar la historia de estos señores y de hablar otra vez de aquellas famosas cruzadas contra los albigenses, que más que cruzadas de religión, lo fueron de sangre y exterminio, y volvamos ahora á nuestro Pedro de Aragón.

esta crónica, que aún tendré que citar más de una vez, se dice lo siguiente respecto al punto de que se ocupa este último párrafo:

"A donch lo dit leguat a dressada sa paraula al duc de Borgona, per veser se ne voldria prendre la dite charge (es decir la señoría de Carcasona y Beziers); lo qual duc a rufusat disen qu' el avia pro terra e senhoria, sens prendre aquela, ny deshererar lo dit visconte: car ly semblava que pro ly avian faich de mal, sans ly ostar son hereditat. A donch lo dit leguat s' es adressat al conte de Nevers, et ainsin que al duc avian presentada et oferta, ly preguan que aquela vela prendre e aceptar; lo qual conte de Nevers ly a faita la responsa mesma que avia dic le duc de Borgona; ly disen qu' el avia assés terras e senhoria, san occupar ni prendre las des autres. Et adonc la presentada al conte de S. Pol, quand los dits de dessús l' agueren refusada; lo qual conte de S. Pol ly fec semblaba responsa, qu' els avian fayta dessús; desquals responsa e refus fonch lo dit leguat mal conten contra los dits senhors.............. A donc la presentada á ung qu' era senhor, dit conte Montfort, lo qual avia estat d' autres vegadas contra los Turcs, et au aquel la presentet á la fin; lo qual conte de Montfort l' appetet e prenguet; lo cual se nomenava per son nom Simon etc.„

CAPÍTULO XVII.

Entrevista de los reyes de Aragón y Navarra en Mallén, y su concordia. —Casamiento de la reina Constanza con el rey de Sicilia y muerte del conde de Provenza.—Muerte del vizconde de Beziers.—El rey de Aragón se niega á recibir el homenaje de Montfort por el vizcondado de Beziers y Carcasona.—Levantamiento de barones contra Montfort. —Cortes en Barcelona y en Lérida.—Entra D. Pedro en tierras de Valencia y se apodera de varias plazas.—Procura, pero sin éxito, la reconciliación de los condes de Montfort y Foix.—Conferencia de Narbona.—El rey de Aragón se presta á recibir el homenaje de Montfort.—Conferencia ó concilio de Montpeller. El rey de Aragón confía su hijo Jaime á Simón de Montfort.—Casamiento de Sancha de Aragón con el hijo del conde de Tolosa.—Concilio de Arles.—El rey de Aragón y el conde de Tolosa son llamados por el concilio.—Condiciones impuestas al conde de Tolosa para su reconciliación con la Iglesia.—Partida del rey de Aragón y del conde de Tolosa.—El conde de Tolosa excomulgado.

(De 1209 á 1211.)

Antes de pasar el rey D. Pedro al campo de los cruzados, había tenido una entrevista con el rey de Navarra. El de Castilla tenía hechas treguas con el navarro, y procuró que éste y el aragonés las firmasen también, á fin de que ambos pudiesen auxiliarle en la guerra que proyectaba contra los moros. Viéronse, pues, en Mallén los monarcas de Aragón y Navarra el día 4 de Junio de 1209. Dice la crónica que en aquella ocasión el último prestó á D. Pedro 1.000 maravedises de oro, poniéndose en prenda los castillos de Pina, Escó, Pitilla y Gallur con sus villas. Si por Navidad no había sido devuelta aquella suma, el rey de Navarra podía apoderarse de dichas plazas y fortalezas para tenerla libremente hasta ser pagado, y entonces se habían d

devolver al rey de Aragón ó á cualquiera de sus hermanos que le sucediesen en el reino, que eran D. Alfonso, conde de la Provenza, y D. Fernando. Zurita, que es quien esto refiere, observa que en el contrato no se hizo mención del príncipe D. Jaime, que era ya nacido por aquel tiempo [1].

La observación del analista aragonés debe ser tanto más exacta, en cuanto D. Pedro, que había entablado demanda de divorcio, para no dar contra sí pretexto, parece que no quiso reconocer por hijo á D. Jaime, tratando á sus hermanos como herederos de la corona.

En el mismo año el papa Inocencio III combinó el enlace de la hermana de nuestro D. Pedro, Doña Constanza, reina viuda de Hungría, con Federico, rey de Sicilia, quien envió sus embajadores á Aragón con amplios poderes. El contrato se redactó en Zaragoza; luego D. Pedro se llevó á su hermana Constanza á Barcelona, á donde acudió su hermano Alfonso, conde de Provenza, con varias galeras para trasladarla y acompañarla á Sicilia, dejándola en brazos de su nuevo esposo. Permanecieron juntos los hermanos algunos días en Barcelona hasta que se embarcó la reina y pasó con el conde de Provenza á Palermo, donde Federico les estaba esperando, y los agasajó espléndidamente. Poco, sin embargo, disfrutó el conde de estos obsequios, pues murió á poco de haber llegado á Sicilia, de contagio, dicen algunos [2]. De su esposa Garsenda de Sabrán, condesa de Forcalquier, dejó un hijo y una hija: el primero, llamado Ramón Berenguer, de edad solamente de cuatro años, poco más ó menos, le sucedió en los condados de Provenza y Forcalquier, bajo la tutela de

1 Zurita, lib. II, cap. LIX.

2 Zurita, lib. II, cap. LVIII.—Romey, cap. V de la 3.ª parte. Téngase presente que este último autor adelanta equivocadamente de un año la muerte del conde.

su tío, Pedro de Aragón, que se lo llevó á su corte. La hija, llamada Garsenda como su madre, casó, andando el tiempo, con el conde de Saboya.

La muerte del conde de Beziers y Carcasona, que acaeció por aquel entonces, irritó sin duda á Pedro de Aragón. El infeliz Raimundo Roger falleció, ya se ha dicho que con violentas sospechas de haber sido envenenado, en el fondo del oscuro calabozo donde le tenía aherrojado su carcelero y usurpador de sus dominios, Simón de Montfort. De Inés de Montpeller, su esposa, que le sobrevivió, dejó un hijo único llamado Raimundo Trencavello, que estaba aún entonces poco menos que en la cuna, y que se había confiado á la guarda del conde de Foix, su próximo pariente, quien tomó á su cargo su educación.

Muerto el vizconde, Simón de Montfort, que había ya pedido al rey de Aragón que le recibiera su homenaje por el vizcondado de Carcasona, á causa del señorío feudal que en él tenía, volvió á insistir en lo mismo; pero Pedro se excusó primero, hasta que por fin, cansado de sus solicitudes, dióle cita en Narbona, reuniéndose ambos en esta ciudad, de donde pasaron á Montpeller, en cuyo punto estuvieron quince días. Durante este tiempo, el rey de Aragón entretuvo á Simón y se negó finalmente á recibir su homenaje bajo diversos pretextos. Al mismo tiempo envió secretamente á todos los nobles de los vizcondados de Beziers y Carcasona un mensaje instándoles á que no reconociesen el señorío del de Montfort, antes bien sacudiesen el yugo de su dominación, prometiéndoles él por su parte sostenerles y marchar en su auxilio.

Aun cuando no parece que cumpliese esta promesa, sus escitaciones tuvieron efecto, y no tardaron muchos caballeros de las diócesis de Beziers, Carcasona y Albi á declararse con sus castillos contra su nuevo señor. De

aquí provino una guerra encarnizada en que por una y otra parte se cometieron horrores. Simón de Montfort fué particularmente cruel hasta la ferocidad y la barbárie. Se cuenta de él que una vez, habiéndose apoderado del castillo de Brom en el Lauraguais, hizo un centenar de prisioneros, á los cuales mandó sacar los ojos y cortar la nariz, dejándoles luego en libertad y dándoles por guía á uno de ellos mismos á quien sólo se había sacado un ojo para que pudiera conducir á sus compañeros [1].

De Montpeller se vino sin duda D. Pedro á tierras catalanas, pues le vemos convocar Cortes en Barcelona á principios de 1210 [2], y celebrar otras en Lérida en Marzo del mismo año. Como entonces habían entrado en Cataluña algunos herejes albigenses, y se temía que formasen partido, D. Pedro, con el dictamen de las Cortes, publicó un edicto contra los excomulgados rehacios en volver al seno de la Iglesia en el término de un año, reconociendo al mismo tiempo la disposición del Papa que se apropiaba terminantemente la facultad de absolverlos: á los que no se arrepintiesen antes del plazo prescrito, les imponía el rey la pena de quedar afrentados, con multa pecuniaria, declarándoles inhábiles para heredar y testar. A pesar de este edicto, que sin duda fué para conciliarse el favor del Papa, se ve á las claras que el rey comenzaba á inclinarse hacia los albigenses. En las mismas Cortes de Lérida se acordó que D. Pedro embestiría algunas plazas que paraban en poder de los moros, y se comprometió Cataluña á servir al rey con 25.000 hombres, mantenidos á su costa [3].

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 191.

2 Feliu de la Peña, lib. XI, cap. V.

3 *Marca hispánica*, págs. 1.297 y siguientes.—*Anales de Cataluña*, lib. XI, cap. V.

A consecuencia de este acuerdo de las Cortes, mandó el monarca juntar sus ejércitos en Monzón, y se entró por tierras de Valencia, apoderándose en una corta y feliz expedición de las tres importantes plazas de Adamuz, Castelljavib y Sertella. Fueron con él muy nobles caballeros aragoneses y catalanes, y los obispos de Zaragoza, de Huesca y de Tarazona, señalándose muy particularmente en el asalto y combate de las citadas plazas los caballeros templarios al mando de su maestre Pedro Montagut. Por lo bien que esa brava milicia del Temple le sirvió en esta guerra, fué sin duda por lo que luego le dió la ciudad de Tortosa, reteniéndose sólo el supremo dominio [1].

Pero bien pronto los asuntos de la otra parte de los Pirineos le distrajeron de su guerra con los moros. Simón de Montfort proseguía su lucha de exterminio contra los barones que no querían reconocerle como señor de Beziers y Carcasona, señorío en que le acababa de confirmar el Papa. El conde de Foix era uno de los barones que entonces estaba en guerra con el caudillo de los cruzados. Nuestro D. Pedro quiso reconciliarles y pasó á aquellos lugares, invitando al de Montfort á una entrevista en Pamiers, á la cual asistió también el conde de Tolosa. Otros dicen que no fué don Pedro el iniciador de esta conferencia, sino que fué invitado á ella por los de Foix y de Tolosa. De todos modos, la entrevista se efectuó, pero inútilmente. No pudo haber avenencia entre Montfort y el de Foix, y mientras que D. Pedro y el conde de Tolosa se dirigían á este último punto, Montfort marchó contra el castillo de Foix, talando y saqueando sus alrededores, pero sin conseguir apoderarse de aquella plaza, de la que hubo de apartarse con grave descalabro de sus tropas.

1 Zurita, lib. II, cap. LX.

Por lo que toca á D. Pedro, permaneció neutral en aquella primera lucha y parece que estuvo en Tolosa y comarcas inmediatas durante todo lo restante de año, pues no veo aparecer su nombre por nuestras crónicas en todo aquel período. A principios de Enero de 1211, consta que asistió en Narbona á una conferencia, de la que formaron parte también el conde de Tolosa, Simón de Montfort, el obispo de Usez y el abad del Císter, legados del Papa, con algún otro eclesiástico. En esta conferencia se ofreció al conde de Tolosa reconciliarle con la Iglesia, si arrojaba de su territorio á los herejes albigenses, pero se negó resueltamente á ello.

Se trató también en la misma junta de la reconciliación del conde de Foix. Nuestro D. Pedro pidió gracia para él á los legados, que se la concedieron bajo condición de que el conde prestaría juramento de obedecer las órdenes del Papa y no volver á hacer armas contra los cruzados ni contra Simón de Montfort, el cual prometió devolverle, mediante juramento también, todas las tierras suyas de que se había apoderado, excepto el castillo de Pamiers. El rey de Aragón, á su vez, como señor feudal de una parte del condado de Foix, puso guarnición en el castillo de este nombre, y prometió al obispo de Usez y al abad del Císter que los cruzados no tendrían que sufrir nada en el país. Más aún; ofreció que si el conde de Foix se separaba de la comunión de la Iglesia y de la amistad de Simón de Montfort, él pondría el castillo de Foix en manos de los legados y de Simón.

El obispo de Usez y el abad del Císter, después de haber acordado esta gracia al rey de Aragón, pidiéronle otra á su vez. Fué la de que recibiese, en calidad de conde ó señor feudal de Carcasona, el homenaje de Simón de Montfort por esta ciudad; pero D. Pedro se negó abiertamente. Al día siguiente los dos legados y Simón

renovaron para con el monarca sus instancias, y tanto le estrecharon, que accedió por fin á recibir aquel homenaje [1]. Su política le obligó á ello, y dado el primer paso, vióse precisado á dar otro bien pronto.

Pasado algún tiempo, y hay quien dice que á últimos de aquel mismo mes de Enero, el rey de Aragón, el conde de Tolosa, Simón de Montfort, el obispo de Usez y el abad del Císter, se volvieron á reunir en Montpeller, junto con varios prelados y altas dignidades de la Iglesia, lo que dió cierto carácter de concilio á la asamblea. Los dos legados repitieron al conde de Tolosa sus anteriores ofertas, y él prometió esta vez aceptarlas y arreglar al día siguiente las condiciones; pero desde por la mañana se ausentó de Montpeller, sin despedirse de nadie [2].

Simón de Montfort, que deseaba vivamente enlazarse con Pedro de Aragón, bajo cuyo apoyo esperaba mantenerse en posesión de los dominios de la casa de Beziers, ofreció entonces dar su hija en matrimonio al joven príncipe Jaime, hijo único de nuestro rey. Aceptó éste, y se comprometieron por juramento recíproco á llevar á cabo este enlace cuando sus hijos hubiesen llegado á edad competente. En el ínterin, el rey D. Pedro confió su hijo Jaime, que apenas tenía tres años, á Simón de Montfort, el cual, satisfecho de tener en su poder un rehén de tanta importancia, se encargó de la educación del joven príncipe, que llevó á Carcasona, donde le guardó cuidadosamente.

Á pesar de este otro paso, que le obligó á dar su política fluctuante y su necesidad de no enemistarse con el favorito del Papa, el rey de Aragón continuó por esto estrechamente enlazado con el conde de Tolosa, que era ya su cuñado, y cuya alianza se cimentó aún más, poco

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 203.

2 *Marca hispánica*.—Crónica de Puilaurens, cap. XVI.—*Historia del Languedoc*, tomo III, nota 16.

tiempo después, con el matrimonio de Sancha su hermana con el joven Raimundo, hijo primogénito de aquel conde, alianza que disgustó mucho al de Montfort. De este modo procuraba D. Pedro estar bien con unos y con otros; pero era situación insostenible la suya, y veremos cómo hubo de romper bien pronto y tomar resueltamente un partido.

Así como después de la conferencia de Narbona había venido la de Montpeller, así después de la de Montpeller vino la de Arles. Ya más que conferencia fué concilio. Se efectuó poco tiempo después de los sucesos que se acaban de narrar, y los legados del Papa convocaron á varios prelados, celebrándose una asamblea solemne. De este concilio no dan noticia los autores antiguos, pero sí el Anónimo, que escribió en idioma catalán-provenzal la historia de la guerra contra los albigenses [1]. No hay por qué rechazar su autoridad, y puede muy bien prestarse fe á lo que cuenta detalladamente, pues sus citas se hallan confirmadas con el testimonio de los hechos [2]. Sigamos, pues, la curiosa relación de esta tan importante como bella crónica.

Los legados pontificios, al convocar á los prelados para la ciudad de Arles, citaron al conde de Tolosa ante el concilio, y suplicaron al rey de Aragón que asistiese á él. Llegaron el rey y el conde á Arles, pero pocos momentos después de su arribo, recibieron por parte de los legados la orden de no poder salir de la ciudad sin su especial permiso, viniendo á quedar por lo mismo en clase de arrestados. Aquel era el tiempo en que los reyes obedecían las menores órdenes y hasta los caprichos de un legado.

1 Cols. 30 y siguientes de esta crónica, que trasladan original é íntegra en sus pruebas los historiadores del Languedoc.

2 Puede verse, en prueba de esto, la nota 16 del tomo III de la *Historia del Languedoc*, en su párrafo 6.°

Enviáronse también inmediatamente al conde de Tolosa las cláusulas ó artículos, de cuya ejecución se hacía depender su paz con la Iglesia. Dice el autor anónimo al cual seguimos, que los legados no dieron lectura al conde de este documento en sesión pública, sino que se lo enviaron por un mensajero, pues bien sabían que era contra Dios y contra conciencia [1]. Terribles eran, en efecto, los artículos, y duras condiciones las que se imponían al de Tolosa. Se le quería comprometer y obligar: á licenciar en el acto todas sus tropas; á obedecer á la Iglesia durante todo el tiempo de su vida, reparando los perjuicios que le hubiese causado; á que en todos sus dominios no se comiese más que de dos clases de vianda [2]; á arrojar á los herejes y á sus fautores de todos sus estados; á poner en manos de los legados y de Simón de Montfort á todos cuantos le indicarían, pudiendo ellos disponer de los presos como mejos les conviniera; á que todos los habitantes de sus dominios no llevasen vestidos de lujo, sino solamente capas negras y de tela ordinaria, entendiéndose esto tanto para los nobles como para los villanos [3]; á dejar arrasadas las fortificaciones de sus estados; á que ningún noble ó baron de sus vasallos pudiese habitar en las ciudades, sino sólo en el campo; á no imponer ningún nuevo tributo; á que cada jefe de familia pagase todos los años cuatro dineros tolosanos al legado ó á su recaudador; á restituir todos los provechos que había sacado de ciertas rentas de sus dominios; á que el conde de Montfort y sus gentes pudiesen viajar por todos sus dominios sin que se les exigiese nada de lo que tomaran; á que, cumplido todo esto, pasase él á Ultramar, ha-

1 *Car vesian ben que le dit apontamen era contra Dieu et conciensa.*

2 *Que an touta sa terra no se minjaria que de doas cars.*

3 *Que an toutas sas terras home que sia, tant noble que vilá, no portará degún abilhamen de prés, sino que capas negras e maissantas.*

ciéndose hospitalario de San Juan de Jerusalem, sin que pudiese volver á sus estados hasta que el legado se lo permitiera. «Después que todo lo arriba dicho se haya cumplido y llevado á cabo, terminaba diciendo el documento, se devolverán al conde de Tolosa sus tierras y señoríos por los legados y el conde de Montfort, *cuando á éstos plazca* [1].»

No le inspiró al conde ira, sino risa, la lectura de los artículos y condiciones que se enviaban, y fué en seguida á mostrárselo todo á su cuñado el rey de Aragón, que le contestó:—*Pla vous l' an paguat* [2]. El de Tolosa sin dignarse dar contestación alguna á los legados, y sin tener en cuenta la orden que se le diera de no salir de Arles, abandonó repentinamente la ciudad y se marchó á Tolosa, donde llamó á las armas á todos sus vasallos, poniéndose ya desde aquel momento frente á frente de la Iglesia. Por lo que toca á nuestro D. Pedro, indignado, se marchó también á sus tierras, sin dar aviso de su partida á los legados pontificios.

Ya desde aquel momento no tuvieron éstos ninguna consideración con el conde de Tolosa, al cual excomulgaron, declarándole públicamente enemigo de la Iglesia y apóstata de la fe, y disponiendo de sus dominios en favor del primero que los ocupase. Así comenzó entre el tolosano, por una parte, y los cruzados y Simón de Montfort, por otra, aquella guerra cruel é implacable, en la cual hemos de ver figurar y ser víctima á nuestro D. Pedro.

1 *Toutas sas terras y senhoras ly serán rendadas et delivradas, per los dits leguats et conte de Montfort, quan lor plairá.*

2 *Quand lo dit conte Ramón agut vist é entendut lo dit apontamen, el·· ·s prés á rire de grand joe que n' aguet, é á son cunhat lo dit rey d' ·· gó la monstrat, louqual rey á dit al dit conte Ramón: Pla vous l' an p·· vat.*

CAPÍTULO XVIII.

LA BATALLA DE LAS NAVAS DE TOLOSA.

Desembarco de Mohamed en Tarifa.—Cruzada contra los infieles.—Viaje de D. Pedro á Tolosa.—El abad del Císter, consagrado arzobispo de Narbona, reune tropas y viene á España contra los infieles.—Llega el rey de Aragón á Toledo.—Se reune gente de todas partes en Toledo.—Parten de Toledo los cruzados.—Asaltos de Magallón y Calatrava.—Abandono de los extranjeros y llegada del rey de Navarra al campo.—Llegan los cruzados al Muradal y cómo se verificó el paso de la sierra.—El triunfo de la Cruz.—Muerte gloriosa de Dalmau de Creixell.

(1212.)

Grandes acontecimientos se preparaban en la Península, y hora es ya de que en ellos fijemos nuestra atención. La guerra nacional contra los moros iba á tener una de sus más brillantes y gloriosas páginas.

Mohamed, hijo de Jacub, reinaba entonces en Marruecos. Este joven monarca almohade, á pesar de algunas bellas circunstancias que le adornaban se había entregado por completo á su visir Ebn Gamea, hombre inepto, falso, cruel y generalmente detestado, que, orgulloso por haber recientemente conquistado las islas Baleares, último refugio de los almoravides, y presuntuoso como todos los favoritos de los reyes, juró la destrucción de la pujanza española. Fué publicada la guerra santa en todo el imperio musulmán, y Mohamed pasó el estrecho á la cabeza del más formidable ejército que hubiese el África enviado hasta entonces contra Europa. Los historiadores árabes aseguran que asce dían, después de habérsele reunido los guerreros de A dalucía, á más de 450.000 combatientes. Mohamed d

embarcó en Tarifa por Mayo de 1211, y la noticia de su desembarco y de la terrible cruzada que capitaneaba, sembró el espanto entre los reyes cristianos. Alfonso de Castilla se dirigió desde luego al Papa, mientras que el arzobispo de Toledo D. Rodrigo, célebre como historiador, iba de corte en corte implorando el auxilio de los príncipes cristianos y llamándolos á la guerra contra los infieles.

El Papa dispuso un ayuno general de tres días y una solemne procesión para llamar la protección del cielo sobre la cristiandad amenazada, y, deseando ser útil á los intereses de España, recomendó la causa á todos los príncipes de Europa y dió al alzamiento de los reinos iberos el carácter de cruzada. Pedro de Aragón, llegado de la otra parte de los Pirineos, fué uno de los primeros en ponerse en guardia, prometiendo acudir al rey de Castilla. El de Navarra, que, aterrado, había ido á solicitar la alianza del moro, se repuso á favor de la reacción que después de los primeros momentos de terror se experimentó en la cristiandad, y se preparó á acudir también.

Mientras se estaban haciendo los preparativos de la cruzada, hallo que D. Pedro de Aragón, á principios de 1212, efectuó un viaje á Tolosa, donde estableció por *su vicario*, es decir, sin duda por su embajador cerca del conde su cuñado, á un caballero que se llamaba Guillermo de l'Echelle [1]. No tardó, sin embargo, en volver á pasar los Pirineos, yendo á ponerse al frente de sus tropas para dirigirse á Toledo, punto de cita de los cristianos aliados.

Arnaldo de Amalrich, el legado pontificio en Languedoc y Provenza, el abad del Císter, el caudillo de las

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 225. Guillermo *de la Escala* quizá.

cruzadas contra los albigenses, acababa de ser nombrado entonces arzobispo de Narbona, y se dispuso también á ir á Toledo, al frente de las tropas que se habían alistado para la cruzada contra los infieles en las diócesis de Lión, de Viena y de Valencia de Francia. Al decir de los historiadores del Languedoc, la hueste á cuyo frente se puso Arnaldo y que llevó á Toledo, constaba de 2.000 caballeros cada uno con su escudero, 10.000 sargentos de á caballo y 50.000 de á pie. Este cuerpo de ejército fué á reunirse con el que mandaban los reyes de Castilla y de Aragón.

El rey de Aragón llegó á Toledo en la octava de Pentecostés del 1212, siendo recibido por el arzobispo y clero con procesión, y aposentándose en la huerta del rey, en donde estuvo aguardando sus gentes, que no tardaron en llegarle. El ejército catalán-aragonés se componía, según Tomich, de 3.500 caballos y 20.000 infantes, siendo aragoneses los 500 jinetes y los 10.000 peones; pero, según el Anónimo, lo formaban 30.000 infantes y 16.000 caballos, conducidos por señores muy esclarecidos, entre los cuales se contaban el arzobispo de Tarragona, el obispo de Barcelona, los condes del Rosellón, padre é hijo (tío y primo del rey), García Romeu, Jimeno Cornel, Guillén de Peralta, Miguel de Luesia, Aznar Pardo, Lope Ferench de Luna, Artal de Foces, Pedro Maza, el conde de Ampurias, el vizconde de Cardona, Guerau de Cabrera, Guillén de Cervera, Berenguer de Peramola, Dalmau de Creixell, y otros muchos representantes de nobles casas aragonesas y catalanas.

A más de la gente que había traído el arzobispo de Narbona [1], de la que estaba al mando del rey de Ara-

1 Se dice que éste fué quien persuadió á Sancho de Navarra, que había ido á Sevilla á entrar en pactos con el moro, á tomar las ar[mas] contra los infieles, haciendo causa común con el castellano, al cual, [sin] embargo, aborrecía.

gón y de las tropas castellanas, acudieron huestes más ó menos numerosas, capitaneadas por el arzobispo de Burdeos, el obispo de Nantes, los maestres y priores de Calatrava y Santiago, los de San Juan y del Temple y el señor de Vizcaya, con más los auxiliares de León, Galicia y Portugal, y luego el ejército navarro. De todo este gran acopio de gentes deducen algunos, y sacan por conjetura, que el ejército cristiano, por más que digan lo contrario algunas crónicas, no podía ser inferior al de los almohades.

Debía ser por extremo animado el aspecto que presentase Toledo, á donde habían acudido tantos guerreros que no cabían en la ciudad, teniendo que acamparse millares de soldados en los jardines y praderas fuera de los muros, bajo tiendas de campaña, presentando allí una mezcla singular de armas y vestiduras diferentes, y no menor variedad de costumbres y de lenguas. El rey de Castilla, atento á abastecer tan prodigioso número de gente, hizo los más crecidos y abundantes acopios, teniendo prontos 60.000 carros para el transporte de los víveres; de modo que, al decir unánime de los historiadores, nada faltó con asombro de cuantos lo vieron.

El 20 de Junio de 1212, se pusieron en marcha las tropas para ir al encuentro del enemigo. Caminaba el ejército de los cruzados en tres columnas, á fin de que el número no le causase embarazos en las jornadas. La columna de vanguardia la componían los extranjeros ó ultramontanos, como se les llamaba, al mando de Diego López de Haro, señor de Vizcaya, aunque había cuerpos particulares que iban mandados por los arzobispos de Narbona y Burdeos, el obispo de Nantes y varios señores del poniente y mediodía de Francia. El rey D. Pedro de Aragón era el jefe del segundo cuerpo de ejército, compuesto sólo de aragoneses, catalanes, al-

gunos castellanos y los caballeros templarios. El tercer cuerpo, que constaba del grueso de las tropas castellanas, y también de las leonesas y portuguesas, obedecía al rey de Castilla, con el cual iban los maestres de las órdenes militares, el infante de León D. Sancho, el infante de Portugal D. Pedro, el arzobispo de Toledo D. Rodrigo y otros señores y prelados.

A poco de emprendida su marcha el ejército cristiano, tomó por asalto el castillo de Magallón, cuya guarnición fué pasada á cuchillo. En seguida prosiguieron los cruzados su camino y se pusieron sobre Calatrava, defendida por un fuerte presidio de almohades. En el sitio de esta ciudad y en su asalto, se señaló muy particularmente el rey de Aragón. Tomada la ciudad, los infieles se refugiaron en el castillo, no tardando en capitular bajo condición de que saldrían, perdonada la vida y libres de cautiverio, pero desarmados. Entonces los ultramontanos quisieron pasar á cuchillo la guarnición cuando salía de la fortaleza; pero Alfonso de Castilla y Pedro de Aragón, con noble entereza, se declararon contra tal perfidia; libertaron de ultraje á los infieles, y cuidaron de ellos hasta ponerlos en salvo. Alfonso dió á los aragoneses y ultramontanos todo cuanto había encerrado en los almacenes de Calatrava.

Descontentos ya en esto los ultramontanos, y so pretexto de que no podían sufrir más el caluroso clima de España, rehusaron seguir peleando por la salvación de la cristiandad en la Península. El arzobispo de Burdeos los confirmó en su resolución, y, desatendiendo las súplicas y ofertas de los monarcas aragonés y castellano, emprendieron el camino de vuelta á su patria, quedándose sólo el arzobispo de Narbona con alguno de los suyos. Afortunadamente para el ejército cruzad llególe entonces, muy oportunamente, el refuerzo d rey de Navarra, que mandaba un considerable núme

de tropas. Dió también valor y confianza á los cristianos el haberse hecho por aquel mismo tiempo dueños de Alarcos, bajo cuyos muros el rey de Castilla sufriera años antes una cruel derrota.

Los tres reyes aliados, acercándose á Salvatierra, pasaron allí revista á sus tropas, y viéndose con un ejército tal, que nunca la España cristiana le había tenido semejante, decidieron tomar la vuelta de Andalucía y penetrar en ella. El 12 de Julio llegaron los cruzados á las faldas de las sierras que separan á Castilla la Nueva de las provincias andaluzas, y encontraron todos los puertos y hasta las cumbres de los montes ocupados por los almohades. Acercáronse al puerto de Muradal, y celebraron los tres reyes consejo de capitanes. Convinieron en que era difícil, si no imposible, penetrar en Andalucía, y hasta muchos opinaban por retroceder, siendo gravísimo el conflicto y apurada la situación, cuando se presentó de pronto en el real cristiano un pastor (un ángel, vestido de pastor, dicen las piadosas crónicas), y propuso á los reyes llevar el ejército cruzado por sendas sólo de él conocidas, y sin ser visto por sus contrarios, hasta las cumbres mismas de la sierra, de donde podría bajar con poca dificultad á los llanos de Úbeda. Sospechóse al pronto que podia ser aquello un ardid, y túvose recelo del pastor. Dos hombres esforzados, cuyos nombres, por fortuna de su gloria, nos han conservado las crónicas, se ofrecieron á averiguar la realidad, y, confiándose al guía, pasaron á explorar el camino y cerciorarse del hecho. Fueron éstos dos valientes, el vizcaino Diego López de Haro y el aragonés García Romeu. Convenciéronse los exploradores de la verdad y buena fe del relato del guía, y participaron á los reyes que podían trepar sin zozobra ni demora con todo el ejército.

Los primeros rayos del sol del 14 de Julio sorpren-

dieron ya á los cruzados en la cumbre desde donde divisaron la hueste de los moros, cuyas tiendas de campaña cubrían un dilatado espacio, siendo al mismo tiempo vistos por ellos no sin gran sorpresa al encontrarles dueños de las alturas. No por esto, aunque fuese notable la ventaja alcanzada por los cristianos, desmayó Mohamed, de quien se cuenta que escribió á Jaén y á Baeza que tenía sitiados ya á tres reyes con sus huestes y que iba á rendirles antes de tres días.

La batalla no se dió hasta el 16 de Julio, y es una de las páginas más legítimas de gloria que cuentan los anales de la Península. No me detendré en referir minuciosamente esta jornada, ya porque pertenece más á la historia general que á la particular de Aragón y de Cataluña, ya porque se han hecho de ella, por lo célebre y famosa, detalladas descripciones.

Mandaba el ala derecha D. Sancho de Navarra, á quien seguían, no sólo los caballeros y tropas de su reino, sino también las banderas de Soria, Ávila, Segovia y Medinaceli, los franceses que iban con el vizconde de Narbona y las gentes de Galicia y Portugal. El ala izquierda, que estaba dividida en cuatro cuerpos, formados de tropas aragonesas y catalanas, iba mandada por Pedro de Aragón; y el centro compuesto de castellanos y leoneses, obedecía al rey de Castilla.

Nuestros cronistas particulares afirman que Dalmau de Creixell, caballero catalán nacido entre los ampurdaneses, fué el verdadero general, cuyos consejos se siguieron al ser avistados los moros en los llanos de Úbeda y en el punto desde aquel día memorable de las Navas de Tolosa; y hasta hay quien dice que este bravo caudillo, al cual se debió el triunfo, murió gloriosamente y como bueno en la batalla, y que para honrar su memoria, ya que no pudieron su valor, los tres rey cristianos, el de Aragón, el de Castilla y el de Navarr

llevaron en hombros su cuerpo á la sepultura [1]. Justo y debido homenaje á la gloria militar.

El ejército moro quedó derrotado por completo, huyendo su rey, y dejando el campo sembrado de cadáveres en número de 200.000, según unos, de 100.000, según otros. Por lo que toca á los cristianos, se asegura que sólo murieron 25.000 hombres, y esta inferioridad de número comparada con la de los enemigos, ha hecho creer á los historiadores modernos que en estos 25 sólo se contó á los jefes. Con esta sangrienta jornada, tan gloriosa como eternamente memorable para las armas de la cruz, se puede decir que recibió un golpe de muerte la dominación de los africanos en España. Quedaron tan lastimados y débiles, que fué éste el augurio de su decadencia y postración. Los historiadores árabes llaman á esta batalla la de Alcalab ó Alakab, y los cristianos la conocen indistintamente por la de Úbeda, del Muradal, ó, más principalmente, de las Navas de Tolosa. La Iglesia española ha celebrado siempre el 16 de Julio una festividad titulada *El triunfo de la cruz,* en conmemoración de tan feliz suceso, en que alcanzó la fe de Cristo uno de sus triunfos más insignes, y, por sus consecuencias, uno de los más importantes.

Cuentan los analistas, que el ejército catalán-aragonés sobresalió briosamente en el combate, cubriéndose de gloria, con especialidad el rey D. Pedro, que ganó en esta jornada fama de ser uno de los mejores caballeros de su tiempo. Del rey de Navarra se dice que rompió á hachazos la cadena que rodeaba el campamento moro, y desde entonces campean trozos de cadena por timbre principal en el escudo navarro.

1. Serra y Postius es el autor que esto escribe en su *Historia de Montserrat*, pág. 129.

El analista *Zurita* refiere que, uno de los despojos que tocaron á D. Pedro de Aragón, fué la tienda del rey de los almohades, que era riquísima, de seda de color carmesí, y también que el monarca castellano mandó entregar á los reyes de Aragón y de Navarra, para que se lo partieran, todo lo que se encontró en el serrallo de Mohamed [1]. Otro escritor cuenta que los despojos que al rey D. Pedro pertenecieron, los remitió al Sumo Pontífice [2]; añadiendo que la lanza y estandarte del rey moro que él ganó, fué por él ofrecida al príncipe de los apóstoles, San Pedro, en cuya basílica fueron colgados.

Esta batalla abrió á los cruzados las puertas de Andalucía, tomaron varios castillos y plazas, se apoderaron de Baeza, donde es fama que se mostraron por demás crueles y sanguinarios con los vecinos, y se encaminaron á poner sitio á Ubeda. Asaltaron valerosamente esta ciudad, siendo un escudero aragonés de Lope Ferrench de Luna el que primero subió al muro, pero no consiguieron rendir la plaza, precisando las escaseces y dolencias á la hueste cristiana á tratar de retirada. Regresó, pues, el ejército á Calatrava, donde se hallaron con el duque de Austria, Leopoldo que, al frente de un buen número de tropas alemanas, venía para ayudar á los españoles. Fué inútil su auxilio, pues que la campaña se daba ya por terminada, y se separaron los reyes aliados, yéndose á Toledo los de Castilla y Navarra, y regresando á Aragón D. Pedro en compañía del duque de Austria que era su pariente [3].

1 Zurita, lib. II, cap. LXI.

2 Serra y Postius, en la obra y página citadas.

3 Los autores que se han consultado para escribir este capítulo, s el arzobispo de Toledo, Romey, Conde, Viardot, Alcalá Galiano, en ampliación de lo escrito por Dunham, Lafuente, Ortiz de la Vega, Cc tada, Zurita y Feliu. En este último autor, y al final del cap. V de

CAPÍTULO XIX.

D. Pedro renueva sus instancias para el divorcio.—El conde de Tolosa pide protección á D. Pedro.—El rey envía embajadores á Roma. —Carta del Papa á los legados á propósito de las quejas y demandas del rey de Aragón.—Carta á Simón de Montfort por la misma causa. —El rey de Aragón en Tolosa.—Concilio de Lavour, al cual se presenta D. Pedro.—El rey de Aragón se declara abiertamente por el conde de Tolosa.—Recibe el juramento de los condes y habitantes de Tolosa.—Acude al Papa en apelación de la sentencia dada por el concilio.

(1213.)

Con el lauro inmarcesible de la victoria, con la satisfacción de haber contribuído á desbandar aquella hueste poderosa de sarracenos que amenazaba á la cristiandad entera, volvióse D. Pedro á su reino, y se cuenta que lo primero en que se ocupó, fué en renovar sus instancias al Papa para la disolución de su matrimonio. Invencible odio le había cobrado el rey á su esposa. Pronto se verá como todas las instancias del monarca aragonés fueron inútiles, sin embargo de que estaba persuadido de lo contrario, creyendo que los servicios prestados al Papa, le daban derecho hasta cierto punto á encontrarle propicio á sus deseos. De tal manera creía él en la próxima disolución de su matrimonio, que estaba ideando ya un nuevo enlace, como tendremos ocasión de observar.

Mientras D. Pedro estuvo ocupado en la guerra contra los moros, continuó cada vez más encarnizada la lucha del conde de Tolosa con Simón de Montfort á la

lib. XI, se halla la lista de los caballeros catalanes que acompañaron á D. Pedro en esta jornada.

otra parte de los Pirineos. La suerte de las armas no había favorecido por cierto al de Tolosa ni á los de Foix, Comminjes y otros caballeros que con él se habían aliado. Simón de Montfort fué dominando poco á poco el país y apoderándose de plazas y puntos importantes; á últimos de Setiembre de 1212, después de haber entrado en Muret, llegó á extender sus correrías hasta las puertas mismas de Tolosa. Entonces el conde Raimundo, viendo que se le iba así despojando poco á poco de sus dominios, y que casi no le quedaban ya más plazas importantes que Tolosa y Montalbán, decidió pasar á implorar el auxilio de su cuñado el rey D. Pedro, que le prometió protegerle, y que tomó en efecto calurosamente su defensa y la de su hijo, enviando una embajada solemne á Roma para moderar el enojo del Papa, á quien sus legados habían irritado en extremo contra el de Tolosa [1].

Según parece, los embajadores del aragonés fueron el obispo de Segorbe y un llamado Columbi, se ignora si caballero ó eclesiástico [2]. Llegados á Roma, se quejaron de las vejaciones que los legados y Simón de Montfort ejercían, y defendieron en nombre del rey D. Pedro los intereses de los condes de Tolosa, padre é hijo, en la audiencia que les concedió el papa Inocencio III á principios de Enero de 1213. Oyóles el Papa benignamente, y escribió el 18 del mismo mes la siguiente carta al arzobispo de Narbona y demás legados suyos:

«Nuestro querido hijo Pedro rey de Aragón, nos ha hecho saber que había rehusado auxiliar al vizconde de Beziers su vasallo, el cual imploraba su protección, después de publicada la cruzada contra los herejes provenzales, cuando los cruzados hubieron entrado en las tie-

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 231.
2 Idem, pág. 234.

rras del dicho vizconde; y que para no retardar la ejecución de los designios de la Iglesia, antes había preferido faltar á los católicos, que proteger á los herejes mezclados con ellos; de manera, que el vizconde, hallándose sin apoyo, ha perdido todos sus dominios y *ha sido en fin muerto miserablemente*. Vosotros, arzobispo de Narbona y Simón de Montfort, habiendo conducido en seguida el ejército de los cruzados á los dominios del conde de Tolosa, no os habéis limitado á invadir los lugares donde había herejes; sino que hasta os habéis apoderado de aquéllos en los cuales no existía recelo alguno de herejía: pues que, habiendo exigido el juramento de los pueblos del país, y habiéndoles permitido morar en ellos, no es ciertamente verosímil que sean herejes. Los mismos embajadores nos han dicho que vosotros habéis usurpado los bienes ajenos con tanta avidez y tan poco cuidado, que apenas le quedan al conde de Tolosa de todos sus dominios la ciudad del mismo nombre, con el castillo de Montalbán. Entre estos dominios usurpados, el rey de Aragón marca el país que Ricardo rey de Inglaterra dió á su hermana al casarla con dicho conde, las tierras de los condes de Foix y de Comminjes, y las de Gastón de Bearne. También el rey de Aragón se queja de que vosotros, arzobispo de Narbona y Simón de Montfort, habéis obligado á los súbditos de estos tres condes, no obstante ser sus vasallos, á prestar homenaje de fidelidad á otro en los dominios que habéis invadido. Añade que á su regreso de la guerra contra los sarracenos, habiéndole ido á encontrar el conde de Tolosa, y habiéndole expuesto lo que ha sufrido de parte de los cruzados, atribuyó á sus pecados la negativa de la Iglesia en recibir la satisfacción que ofrecía, hallándose dispuesto á ejecutar todas nuestras órdenes en todo lo que sea posible; que este conde le dijo en seguida que le entregaba todos sus dominios,

su hijo y su mujer, hermana suya, á fin de que tomase su defensa, ó le abandonase según juzgara más á propósito. El rey manifiesta asimismo que, no siendo justo que la pena sea mayor que el delito, nos suplica humildemente que conservemos el condado de Tolosa para el hijo de este conde, que jamás ha sido imbuído en error, y que no lo será jamás tampoco por la gracia de Dios. Promete guardar en su poder tanto al hijo del conde de Tolosa como al conde mismo, todo el tiempo que nos plazca, á fin de hacer instruir al primero en la fe y tener cuidado de su educación, y procurar también por todos medios estirpar la herejía en el reino de Aragón, y hacer que florezca la fe católica; con oferta de dar para todas estas cosas la garantía que le pida la santa sede. Por fin, ha declarado que el conde de Tolosa está pronto á cumplir la penitencia que queramos imponerle, é ir á servir contra los infieles, sea en los países de Ultramar, sea en España en las fronteras de los sarracenos. Como el asunto es delicado, debe procederse con mucha atención para no destruir ligeramente lo que con tanta pena se ha llevado á cabo. Por esta razón os ordenamos reunir un concilio y convocar á todos los arzobispos, obispos, abades, condes, barones, cónsules y rectores que tengáis por conveniente; y después de haberles participado las demandas y deseos del rey de Aragón, que deliberen sin ninguna consideración humana, enviándonos su parecer y dictamen á fin de estatuir en seguida lo que más acertado nos parezca.»

Al mismo tiempo escribió también el Papa á Simón de Montfort en los siguientes términos: «El ilustre rey de Aragón nos ha hecho saber por sus embajadores que, no contento con haber triunfado de los herejes, habéis vuelto las armas de los cruzados contra los pueblos católicos; que habéis derramado la sangre de los inocentes é invadido, en perjuicio suyo, las tierras de los condes

de Foix, de Comminjes y de Bearne, sus vasallos, á pesar de que los pueblos de estas tierras no eran sospechosos de herejía. Dichos embajadores nos han asegurado que, pues vos habéis exigido el juramento de fidelidad de los mismos pueblos, permitiendo á sus habitantes morar en el país, deben ser católicos, siendo esta conducta una confesión tácita de vuestra parte, á menos de querer pasar vos mismo por valedor de herejes. Se lamentan los embajadores de que, mientras el rey su señor hacía la guerra contra los sarracenos, habéis vos usurpado los bienes de sus vasallos, aprovechándoos de esta ocasión en que les habíais á él imposibilitado de socorrerles, y como el rey está resuelto á continuar aquella guerra, pide, para poder consagrarse á ella por completo, que sus vasallos sean restablecidos en sus dominios. No queriendo, pues, privarle de sus derechos, ni hacerle retroceder en sus loables designios, os ordenamos que restituyáis á él y á sus vasallos todos los dominios que les habéis invadido, por temor de que, reteniéndolos injustamente, no se diga que habéis trabajado en provecho propio y no en el de la causa de la fe [1].»

También se quejó D. Pedro al Papa que, habiendo dado en feudo á Simón de Montfort la ciudad de Carcasona, éste no cumplía con él sus deberes de feudatario; y ante esta nueva queja, Inocencio III volvió á escribir á Simón mandándole que tributara al monarca los honores que le eran debidos.

Aún hay otra carta del mismo Papa, escrita por aquel tiempo al arzobispo de Narbona. Según se ve, los embajadores del rey de Aragón habían influído notablemente en el ánimo del Pontífice, haciéndole apreciar el estado de cosas de distinta manera que sus legados. Escribió, pues, al arzobispo y le dijo que estando ya en

1 Cartas 212 y 213 de las de Inocencio III.

buen camino el asunto de la herejía que infestara la Provenza, convenía emplear las armas de los cristianos contra los sarracenos de España, los cuales estaban haciendo grandes esfuerzos para reparar sus pérdidas. «Al efecto, continuaba, os ordenamos que conferenciéis con Pedro, rey de Aragón, y con los condes, barones y otras personas prudentes que juzguéis á propósito convocar, á fin de establecer la paz ó la tregua en la provincia sin fatigar más al pueblo cristiano [1].»

Por desgracia, todas las buenas intenciones del Papa, todos los buenos deseos de D. Pedro se estrellaron ante la resolución invencible de los legados. La pérdida del conde de Tolosa estaba jurada, y el de Montfort había ya consentido sin duda interiormente en ser dueño de aquel condado, como lo era del de Carcasona y Beziers.

El rey D. Pedro pasó los Pirineos y se dirigió á Tolosa, por cuyas cercanías se había de efectuar el concilio ordenado por el Papa, y hallándose en ella, sin inquietarse por estar en una ciudad excomulgada ni por tener comunicaciones con hombres anatematizados, armó caballeros á varios señores, conforme dicen los anales de aquella ciudad.

Obedeciendo á las indicaciones del Papa, reunióse el concilio que debía tratar de los asuntos del conde de Tolosa y escuchar las demandas de Pedro de Aragón. Fué congregado en Lavaur, y asistieron los arzobispos de Narbona y de Burdeos con varios obispos y abades. Reunido el concilio, invitó al monarca aragonés á pasar á Lavaur. Presentóse, pues, D. Pedro, y suplicó á la asamblea que se restituyesen á los condes de Tolosa, de Foix y de Comminjes y al vizconde de Bearne, los dominios que se les habían quitado. El arzobispo de Narbona, presidente, le contestó que consignara sus

1 Inocencio III, lib. XV, ep. 215.

demandas por escrito y las enviase al concilio en pliego cerrado y sellado. Pidió entonces el rey una tregua ó suspensión de armas por ocho días, á la que accedió Simón de Montfort, regresando D. Pedro á Tolosa y enviando tres días después al concilio la memoria que sigue [1]:

«Como nuestra santa madre la Iglesia tiene no sólo instrumentos para castigar, si que también pechos para amamantar, yo, Pedro por la gracia de Dios rey de Aragón, pido humildemente y con instancia á vuestra santidad favor para el conde de Tolosa, que desea ardientemente volver á entrar en el seno de la Iglesia, dando la satisfacción personal que juzguéis á propósito prescribirle por los excesos que ha cometido y por los perjuicios que ha causado, sea en las iglesias, sea á los prelados, juzgándole con clemencia y misericordia, y devolviéndole los dominios que ha perdido. Si la Iglesia no cree deber escuchar la súplica que le hago en favor de la persona de este conde, pido que al menos se conceda gracia á su hijo, mientras que el padre dará satisfacción de sus culpas, yendo á España ó á las comarcas de Ultramar, según más conveniente se juzgue, para guerrear contra los sarracenos. Se podrá vigilar atentamente la conducta del hijo para que se porte como debe, tanto en honor de Dios como en el de la Iglesia, y no se le dejará la administración de sus estados hasta que de su buen comportamiento haya dado pruebas manifiestas.

»En atención á que el conde de Comminjes no ha sido jamás hereje ni fautor de herejes, y que sus domi-

1 Se hallará en los *Anales de Tolosa*, tomo I, pág. 117. En esta obra, en el lib. XXI de la *Historia del Languedoc*, en el *Arte de comprobar las fechas*, y en la *Colección de epístolas de Inocencio III*, están las fuentes en que ha bebido el autor para la relación de todos estos sucesos.

nios no se le han quitado más que por haber socorrido al conde de Tolosa, su primo y señor, el rey intercede por él como *por su vasallo*, y pide que se le restituyan sus dominios, sin que por esto deje de dar satisfacción á la Iglesia de la manera que se juzgue más á propósito en todo lo que se le halle haber faltado.

»No siendo tampoco hereje el conde de Foix, ni habiéndolo sido nunca, el rey intercede por él como por su querido primo y vasallo, al cual no puede abandonar sin deshonra. Pide que, por consideración á él, se le devuelvan los dominios que se le han tomado, bajo condición también de satisfacer á la Iglesia en lo que hubiese faltado.

»El rey suplica asimismo con instancia, que se devuelvan á Gastón de Bearn su vasallo, y á los vasallos de este vizconde, los dominios que se les han quitado, hallándose todos dispuestos á obedecer las órdenes de la Iglesia, y á conformarse con la decisión de jueces no sospechosos, si no tenéis tiempo de terminar este asunto.

»Finalmente, el rey en todo esto implora más bien vuestra misericordia que vuestra justicia por conducto de sus obispos, eclesiásticos y barones que os envía; prometiendo ratificar todo lo que arregléis con ellos, y suplicándoos que los despachéis prontamente, á fin de poderse servir del socorro de estos barones y del del conde de Montfort para la defensa de la religión en España.»

Cuando no hubiese otros datos, bastaría éste para juzgar de lo fuerte, inmenso y poderoso que había de ser el poder clerical en aquella época. Sumiso y humilde vemos presentarse ante el concilio de Lavaur, á un rey como Pedro de Aragón. Por lo demás, las embajadas al Papa y esta última demanda al concilio prueban que D. Pedro continuaba acariciando el proyecto de marchar contra los sarracenos, y que ansiaba ver terminados los conflictos de la Provenza y en paz á los barones

de aquella comarca, para llevar el ejército cruzado á las fronteras moras. Aquella era, en efecto, la verdadera misión de los cruzados, y algo más cristianamente que sus caudillos pensaba D. Pedro. De todos modos, éste, en sus embajadas al Papa, puso las cosas en su verdadero terreno: le hizo ver que era la codicia y no la piedad la que armaba á los cruzados; que lo que se llevaba á cabo era la destrucción del país más bien que la de la herejía; que más católicos que albigenses morían á manos de los cruzados en aquella lucha, y que eran ambiciones bastardas, espíritu de venganza y deseos de impura codicia los que impulsaban á Simón de Montfort y á los legados á continuar aquella guerra, torpemente llamada santa.

No tardó en recibir D. Pedro la contestación del concilio á sus demandas. Le fueron negadas todas, enviándole un largo capítulo de cargos contra sus protegidos. El monarca aragonés, por conducto de sus embajadores, pidió al concilio que Simón de Montfort concediese una tregua al conde de Tolosa hasta Pentecostés ó hasta Pascua al menos. Esperaba recibir en este intermedio una respuesta favorable de Roma, y confiaba, sin duda, en que la noticia de la tregua impediría á los pueblos de Francia cruzarse para ir en auxilio de Montfort; pero los obispos rechazaron la demanda.

Viendo entonces D. Pedro que nada podía conseguir; que se le negaba cuanto pedía por aquellos hombres, cuya misión debía ser de paz y fraternidad y no de guerra y de venganza; conociendo que con respecto á ellos la lucha no era de fe y de piedad, sino de saqueo y de codicia, tomó una resolución definitiva, y fué la de declararse protector del conde de Tolosa y de sus aliados. Al propio tiempo, escribió al Papa apelando á él de la negativa del concilio. El arzobispo de Narbona envió una carta á D. Pedro para disuadirle de la resolución que

acababa de tomar: le dijo que si se adhería al partido de los excomulgados lo sería él á su vez, y le amenazó con lanzar el anatema sobre aquellos de sus súbditos que tomasen las armas en favor de los intereses del conde de Tolosa.

Estas amenazas no hicieron mella, sin embargo, en D. Pedro, y nunca quizá como en aquella ocasión mereció con más justicia el renombre de *noble* que le han dado algunos de sus biógrafos. El monarca aragonés, apurados todos los medios de conciliación, no vaciló ya en ponerse de parte del tolosano. ¿Quién puede culparle? Desde aquel momento formó causa común con los condes de Tolosa, de Foix, de Comminjes, el vizconde de Bearn, los caballeros de Tolosa, los de Carcasona que en aquella ciudad se habían refugiado; y, finalmente, con los tolosanos en general que le prestaron juramento de obediencia en Febrero de 1213. El conde de Tolosa y su hijo, pusieron sus personas, su ciudad, sus dominios, y sus vasallos y súbditos, á la disposición y en la posesión real y actual de Pedro de Aragón y de sus tenientes, con la facultad de prometer en su nombre al Papa que harían lo que éste mandase, y la de obligarles á obedecer si se negaban. El *capítulo* ó asamblea de cónsules y magistrados municipales prometió, por su parte, obedecer fielmente y estar á lo que D. Pedro dispusiera [1].

Aun tenía éste esperanzas en el Papa. Así es que, para prevenirle sobre lo acaecido en el concilio de Lavaur y darle á conocer la notoria é insensata injusticia de los obispos y legados, le envió las actas por las cuales, el conde de Tolosa y su hijo, los cónsules y habitantes de esta ciudad, los condes de Comminjes y de Foix con sus hijos, y Gastón, vizconde de Bearn, po-

1 *Historia del Languedoc*, pág. 239 del tomo III.

nían sus personas y bienes en sus manos, con promesa de ejecutar fielmente todo lo que al Papa pluguiera ordenarles. Las copias de estas actas fueron certificadas por el arzobispo de Tarragona y los obispos y abades de sus estados, que le habían acompañado á Tolosa y que fueron por él enviados al concilio para negociar la paz. Confirmaron estos prelados aquellos autos desde Perpiñán el 6 de Marzo de 1213 [1].

Sin embargo de todo, á pesar de la poderosa protección del monarca aragonés y de la notoria justicia de los excomulgados, no hubo piedad ni perdón para ellos. Desgraciadamente, no es esta la única vez que se ve á los hombres de iglesia rechazar, por miras ambiciosas, á los que humildes y contritos se han acercado á ellos para expiar penitentes sus culpas ó sus errores. En cambio, es noble el comportamiento del clero aragonés y catalán en aquellas circunstancias. No abandonaron á D. Pedro, á pesar de formar causa común con los herejes, y junto á él estuvieron siempre, el arzobispo de Tarragona, los obispos de Barcelona, de Segorbe y otros prelados.

1 *Historia del Languedoc*, pág. 242.

CAPÍTULO XX.

D. Pedro envía embajadores al rey de Francia para pedirle la mano de su hija.—Reconoce los derechos de Guillermo al señorío de Montpeller.—El Papa declara bueno é indisoluble el matrimonio del rey. —Reconoce el Papa los derechos de la Reina Doña María al señorío de Montpeller.—Antes había reconocido los de Guillermo.—Quejas de la reina de Aragón al Papa contra los habitantes de Montpeller. —Muerte de la reina en Roma.

(1213.)

Conviene decir, á todo esto, que D. Pedro continuaba cada vez más encariñado con sus ideas de divorcio, y que era, por lo visto, un aborrecimiento profundo el que le inspiraba su esposa, y madre de su hijo Jaime, María de Montpeller. Hallándose dispuesto á entrar en campaña, para lo cual tenía 1.000 caballeros aragoneses y catalanes prontos á todo [1], envió una embajada al rey Felipe Augusto de Francia. Esta embajada, compuesta del obispo de Barcelona, Berenguer de Palou y de otros caballeros de su corte, cuyos nombres no se citan, llevaba doble mensaje y objeto, político el uno y particular el otro. Los embajadores del rey-conde, iban á pedir al monarca francés la mano de su hija para su señor [2]. Este paso indica que D. Pedro estaba ya completamente resuelto á repudiar á María, aun cuando no le fuese favorable la sentencia del Papa en su demanda de divorcio. Precisamente por aquel entonces recayó

1 *Mille cavaliers des plus valens é ardits que agués en touta sa terra*, dice la crónica del Anónimo.

2 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 242.

esta sentencia, y al llegar á la corte del rey de Francia los embajadores del de Aragón, no se atrevieron á presentar á Felipe la propuesta del matrimonio de su hija con el rey su señor, porque vieron que en la corte francesa se sabía ya el juicio del Papa respecto al enlace de Doña María, que lo declaraba indisoluble. Los enviados no pudieron, pues, cumplir más que con la parte política de su embajada, de que se hablará luego.

D. Pedro se consideraba ya como separado de su esposa, y parece que, tanto los intereses de ésta como los de su hijo, le importaban muy poco, pues que, hallándose en Tolosa el 24 de Enero del año cuyos sucesos vamos narrando, sin consideración á los derechos que tenían la reina y su hijo Jaime al señorío de Montpeller, reconoció los que pretendía tener Guillermo su cuñado, hijo de Guillermo VIII, señor de Montpeller, y de Inés su segunda esposa [1]. Ya recordará el lector que en otra época, sin embargo, cuando le interesaba casarse con María, había D. Pedro desconocido y rechazado estos derechos de Guillermo.

Sin duda fué esto, al propio tiempo que el asunto de su divorcio, lo que obligó á Doña María á pasar precipitadamente á Roma y á presentarse al Sumo Pontífice. El rey envió en pos de ella un procurador á la capital del reino católico, vióse el pleito del divorcio en pleno consistorio, y el Papa declaró el matrimonio legítimo é indisoluble el 19 de Febrero de 1213. Inocencio escribió al mismo tiempo al rey de Aragón, exhortándole á juntarse de nuevo con la reina su esposa, y «á tratarla con todo el afecto de un marido, sobre todo, añadía, porque de ella tenéis un hijo, y porque es una digna señora, temerosa de Dios, y de mucho mérito.» Al final de la carta le decía que, si se negaba á obedecer, los

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 242.

obispos de Carcasona, Aviñón y Orange le obligarían á ello por medio de censuras eclesiásticas.

Ya hemos visto que no fué sólo el del divorcio, sino otro á más el motivo que obligó á la reina Doña María á emprender su viaje á Roma. Oigamos cómo nos lo refiere el mismo D. Jaime en sus *Memorias:*

«Guillermo de Montpeller, mientras vivía aún su esposa, contrajo nuevo matrimonio con una dama de Castilla, llamada Doña Inés, de cuyo padre no recordamos el nombre; y tuvo de este segundo enlace cuatro hijos: uno, llamado En Guillermo, como su padre, que fué señor de Peyollá durante su vida; otro, En Berguño; otro, En Bernardo Guillermo, á quien Nos heredamos y casamos con la hija de En Pons Hugo, hermano de otro Hugo conde de Ampurias, llamada Juliana, y que por parte de madre era del linaje de los Entenzas; y otro, finalmente, que tenía por nombre *Tortoseta*, y fué educado en la corte de nuestro padre [1]. Guillermo, el mayor, pretendió luego que por ser él varón le correspondía el señorío de Montpeller; pero elevada la causa ante el Papa, y habiéndose presentado nuestra madre en la corte romana para sostener su derecho y lograr que como heredero suyo fuésemos Nos declarado señor de aquellos dominios, obtuvo la favorable sentencia que se halla inserta en una de las decretales. Por ella declaró el Pontífice que los hijos de En Guillermo de Montpeller y de Doña Inés, debían ser tenidos por ilegítimos, como engendrados en adulterio, viviendo todavía la primera esposa de Guillermo, y adjudicó á nuestra madre

1 Este *Tortoseta*, de que habla D. Jaime, debe ser el hijo de Guillermo, llamado Tomás, á quien es fama que se dió el nombre de *Tortoseta* ó *Tortosa*, por haberle dejado su padre al morir los derechos que sobre la ciudad de Tortosa tenía, y que provenían desde su conquista y aun de antes. Puede verse el testamento de Guillermo de Montpeller en la *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 118.

la reina Doña María y á Nos aquel disputado señorío [1].»

Es positiva esta sentencia del Sumo Pontífice, de que nos habla D. Jaime, pero vemos que éste guarda profundo silencio sobre dos hechos muy importantes; el primero es la donación de la ciudad de Montpeller, hecha por D. Pedro á Guillermo [2]; y el segundo es el que el Papa, en Junio de 1212, había reconocido también los derechos de Guillermo, pues escribió una carta á la reina de Aragón y á los habitantes de Montpeller diciéndoles que la jurisdicción sobre aquel país pertenecía á Guillermo, y ordenándoles que le restituyesen la ciudad [3].

Verdad es que luego pasó como lo cuenta D. Jaime en su crónica, y el Papa revocó por otra disposición el reconocimiento de Guillermo como señor de Montpeller; pero bueno es citar lo de D. Pedro y lo del Pontífice, como otra de las muchas pruebas que pueden alegarse en favor de los erróneos juicios de los hombres y de las ligerezas é inconsecuencias humanas.

Encontrándose en Roma la reina Doña María, hallamos que se quejó al Papa de la conducta de los habitantes de Montpeller, los cuales le retenían injustamente y se negaban á darle las rentas de esta ciudad y de sus dependencias, que le pertenecían de derecho, y que el rey su esposo les había empeñado. Apoyaba Doña María sus quejas en que, constituyendo estas rentas parte de su dote, no era dueño de empeñarlas su marido, á más de que los habitantes de Montpeller se cobraban ya mucho tiempo hacía, y que por consiguiente podían sobradamente haberse reembolsado la suma de di-

1 Crónica de *Jaime el Conquistador*, escrita por él mismo (traducción de Flotats y Bofarull), cap. III.

2 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 242.

3 Es la epístola 104, de las de Inocencio III.

nero adelantada á su esposo, de que ya hemos hablado en uno de los capítulos anteriores. También se quejó de que le hubieran destruído el castillo ó palacio que tenía ella en Montpeller, de que se habían apropiado los materiales, y de que, erigiéndose en señores de la ciudad, usurpaban todas las autoridades, creando y nombrando cónsules y magistrados sin su participación y contra su voluntad, y arreglando y ordenando en su nombre todos los asuntos. Finalmente, se quejaba de que para alimentar la discordia entre ella y su marido, la habían arrojado de un castillo del que tenía la señoría, y habían hecho jurar á D. Pedro que no entraría en Montpeller por el término de dos años [1].

Estas quejas de Doña María indican sobradamente que la especie de malestar que se notaba en Montpeller, podía tener origen en el partido que existía favorable á los hijos de Guillermo, ó en la propensión de sus habitantes á la independencia, y quizá en ambas cosas á un mismo tiempo. El 12 de Abril de 1213 el Papa dió un decreto condenando á los habitantes de Montpeller, en virtud de las quejas de Doña María, á pagarle los gastos que ella había hecho y á darle la mitad de las rentas de su patrimonio.

Pocos días después de dada esta disposición por el Papa, falleció en Roma la reina Doña María, que fué, según parece, tan virtuosa como desgraciada. Sintiéndose peligrosamente enferma por haberle atacado unas calenturas malignas, hizo su testamento en 20 de Abril, instituyendo por su heredero á su hijo Jaime, y sustituyéndole sus hijas Matilde y Petronila, habidas en su matrimonio con Bernardo, conde de Comminjes, su anterior marido [2]. Su muerte tuvo lugar á últimos de

1 *Marca hispánica*, cap. XXVI, del *Gesta comitum*.—*Historia de Languedoc*, tomo III, pág. 243 y 44.—Inocencio III, cap. XVI, ep. 2[illegible]

2 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 244.

Abril de 1213 [1]. Todos los historiadores elogian á esta princesa, y he aquí lo que de ella dice su propio hijo D. Jaime, capítulo VI de su crónica:

«En cuanto á la Reina nuestra madre, baste decir, que si mujer buena había en el mundo, era ella; temerosa de Dios, amiga de honrarle, y dotada de tantas perfecciones que, por decirlo de una vez, era estimada de todos los hombres. Fué tanto lo que la amó el Señor y tanta la gracia que le otorgó, que en Roma y fuera de Roma ha merecido ser llamada *la reina santa*. Sana á muchos enfermos que toman en vino ó agua roeduras de la piedra de su sepulcro, y está sepultada en Roma en la basílica de San Pedro, junto á Santa Pretonila, la hija del apóstol.

CAPÍTULO XXI.

Embajada al rey de Francia.—Llega D. Pedro á Cataluña.—El rey de Aragón desafía á Simón de Montfort, y éste le devuelve el reto.—El Papa escribe al rey confirmando la excomunión y la cruzada.—Don Pedro se une al conde de Tolosa.—Sitio y asalto de Muret.—Simón de Montfort acude en auxilio de Muret.—El rey de Aragón se niega á la entrevista que le piden los obispos.—Rechaza también las proposiciones de Montfort.—Batalla de Muret.—Muerte del rey de Aragón.—Simón de Montfort ante el cadáver de D. Pedro.—D. Pedro sepultado en Sijena.

(1213.)

Al hablar de la embajada que mandó D. Pedro al rey de Francia, compuesta del obispo de Barcelona y de otros señores, se ha dicho que llevaba una misión política. No ignoraba por cierto el rey de Aragón que el

1 *Thalamus* menor del archivo de Montpeller, Zurita dice equivocadamente que murió en 1219, y le siguen en este error Ortiz de la Vega y otros autores de nota.

de Francia, cuyas relaciones con el conde de Tolosa se habían enfriado mucho por causas que no son de este lugar, apoyaba la cruzada contra los albigenses, aunque con notoria repugnancia. D. Pedro trató de evitar que este monarca la protegiese ostensiblemente permitiendo que su hijo Luis se cruzara, y al efecto envió á su corte á los citados embajadores, dándoles el encargo de publicar en Francia que el Papa, por su carta al arzobispo de Narbona, había revocado la cruzada contra los albigenses. Quería impedir con esto que Simón de Montfort recibiese refuerzos; y por el mismo motivo envió copias de esta carta, selladas con los sellos de los obispos aragoneses y catalanes, al rey Felipe, á la condesa de Champagne y á todos los grandes del reino.

Los embajadores del monarca aragonés obtuvieron un éxito feliz en su misión. Felipe Augusto, que había consentido ya en que su hijo tomase la cruz, y que hasta había fijado el día de su partida para el teatro de la guerra, cambió de ideas á causa de lo que en nombre de D. Pedro le manifestaron sus embajadores, y obligó al joven príncipe, lo propio que á todos los caballeros que habían decidido acompañarle, á demorar su partida. El hecho fué, que los obispos de Tolosa y Carcasona, que pasaron á la corte de Francia para predicar la cruzada contra los herejes y contrabalancear con su influencia la de los embajadores de D. Pedro, no obtuvieron apenas ningún resultado.

En el ínterin, D. Pedro se fué á Perpiñán, donde estaba en Marzo, y parece que envió á citar al de Montfort para Narbona, á fin de tener una conferencia. Si hemos de creer al analista aragonés, de Perpiñán se vino á Cataluña y llegó hasta Lérida, ordenando un levantamiento de tropas para acudir en auxilio del conde de Tolosa, á quien probablemente había dejado los 1.00 caballeros de que se ha hecho mención, entre los cuales

estaban Nuño Sánchez su primo, Jimeno Cornel, García Romeu (su alferez de las Navas), Guillén de Cervera, Guillén Ramón de Moncada, Guillén de Cervelló, Guillén de Perejez y Berenguer de Peramola [1]. Es de presumir fundadamente por lo que luego se verá, que, de estos caballeros, Nuño Sánchez y el de Moncada vinieron con él á ordenar los socorros y se quedaron aún disponiéndolos cuando él se volvió.

Hallábase Simón de Montfort en Lavaur cuando recibió el mensaje del rey citándole para Narbona, y fué á esta ciudad; pero no encontró á D. Pedro, que por aquel tiempo había ya marchado á Cataluña sin esperarle. Sin embargo, antes de partir dejó á uno de sus capitanes, cuyo nombre no ha llegado hasta nosotros, el encargo de presentarse al de Montfort y desafiarle formalmente en nombre suyo. Un cuerpo de catalanes fué también enviado en pos del mensajero-retador para talar las tierras de Simón. Éste, recibido el cartel, comisionó á otro caballero para que partiese en busca del rey de Aragón y se informase de su propia boca si el reto era verdadero. En este caso, debía declararle, en nombre de Simón de Montfort, que no creía haberle faltado en nada, asegurarle que estaba pronto á cumplir con todos sus deberes de vasallo respecto á él, y ofrecerle, si se quejaba de que él se hubiese apoderado de las tierras de los herejes por orden del Papa y con el auxilio de los cruzados, que se adhiriesen entrambos al juicio del Papa ó al de su legado el arzobispo de Narbona. Simón encargó al propio tiempo á su mensajero que entregase una carta al rey, si este monarca insistía en su reto, en cuya carta le desafiaba á su vez, declarándole que estaba pronto á defenderse contra él y contra

1 Zurita, lib. II, cap. LXIII.—De esta venida de D. Pedro á Cataluña no hablan los historiadores del Languedoc.

los demás enemigos de la Iglesia. El embajador se presentó al monarca aragonés, en busca del cual vino sin duda á estas tierras, siendo recibido por D. Pedro en plena corte, ante la cual ejecutó su comisión. Informóse primero de si el reto por parte del rey era positivo, y al asegurarle éste que era real y cierto, leyó la carta de Simón de Montfort, cuya lectura encendió en cólera al aragonés y á los de su corte.

A todo esto, y mientras tales sucesos tenían lugar, el concilio de Lavaur había enviado dos prelados al Papa, los cuales le presentaron las cosas de distinta manera que los embajadores del rey de Aragón, haciendo que se obrase una revolución en su ánimo. Interesados en que siguiera adelante la persecución, clamaron abiertamente por la ruina de Tolosa y el exterminio de sus habitantes, diciendo que la salud de los cristianos dependía de que aquella nueva Sodoma fuese anonadada. El Papa recibió cartas de casi todos los obispos del país en este sentido. Inocencio III tuvo que ceder á semejante encarnizamiento; la política ahogó la piedad; la codicia se hizo superior á la fe. Así, pues, retiró lo que había escrito al rey de Aragón, y volvióle á escribir de nuevo, amenazándole con el rayo de su ira y la cólera del Vaticano si se oponía á que se continuara una obra santa, en la que estaban interesadas la causa de Dios y la de la Iglesia [1]. Apesar de esta carta y de estas amenazas, Pedro *el Noble* no desistió, y se dispuso á pasar los Pirineos para juntarse con los excomulgados y con sus caballeros.

Al saber Simón de Montfort que se acercaba D. Pedro, envió á decir á su hijo Amauri, que estaba sitiando Rochefort, que levantase el sitio y fuese á unírsele.

1 Se halla esta carta en la colección de las de Inocencio III. Es la 48 del lib. XVI.

Después de haber juntado padre é hijo sus huestes, permanecieron á la defensiva y no se atrevieron á extender mucho sus correrías, pues que los preparativos del rey de Aragón y las instancias de los caballeros que este monarca había dejado en Tolosa, habían obligado á la mayor parte de los castillos situados en las cercanías de esta ciudad á abandonar el partido de los cruzados, para volver á entrar bajo la obediencia de su antiguo señor el conde Raimundo. Al frente de un cuerpo de catalanes, D. Pedro cruzó la Gascuña, apoderándose de varias plazas que el de Montfort había sometido, y fué en seguida á juntarse en Tolosa con el conde Raimundo y los de Foix y de Comminjes que le esperaban. Todas sus fuerzas reunidas formaban una hueste de tres mil caballeros y 40.000 infantes.

Reunido por D. Pedro un consejo de jefes y capitanes para abrir la campaña, se decidió comenzar las operaciones por el sitio y asalto del castillo de Muret, cuya guarnición no cesaba de hacer correrías hasta llegar al pie de los mismos muros de Tolosa. Muret era entonces, y es aún, una pequeña villa situada en la orilla occidental del Garona, al S. y á tres leguas de Tolosa. Hacia allí se dirigió el monarca aragonés con su gente, llegando y acampando ante sus murallas el 10 de Septiembre de 1213. Inmediatamente comenzó el sitio y jugaron las máquinas para derribar los muros. Dióse al día siguiente el asalto de una de las puertas de la población, y D. Pedro se apoderó del primer barrio, á pesar de la vigorosa resistencia de los sitiados, que se refugiaron en el segundo y en el castillo. Suponen algunos autores que, si los sitiadores hubiesen seguido adelante, les hubiera sido facilísimo apoderarse aquel mismo día de la plaza; pero parece que en lo más recio del combate recibieron aviso de que se veían aparecer á lo lejos los emblemas militares de Simón de Mont-

fort, el cual acudía en auxilio de la villa sitiada, y á esta noticia D. Pedro mandó tocar retirada, abandonando el barrio que se había ya tomado, y volviéndose á su campo en donde se hizo fuerte. Esta retirada, y el no haberse apoderado de la plaza, fueron causa de la desgracia que le sobrevino [1].

Era en efecto Simon de Montfort el que llegaba, al frente de un escogido cuerpo de tropas. La guarnición de Muret, al verse amenazada de un sitio, le había enviado á pedir un pronto socorro, informándole que la plaza estaba completamente desprovista de víveres. Inmediatamente fué el conde en su auxilio, y se cuenta que al pasar por la abadía de Bolbonne, dijo á Maurin, más tarde abad de Pamiers, que iba á socorrer á Muret, y que si los sitiadores le esperaban en su campo no vacilaría en atacarles.—«No sois bastante fuerte, le replicó Maurín, al decir de un cronista provenzal, para mediros con el rey de Aragón, príncipe muy experto en el arte militar, que tiene bajo su mando una hueste numerosa y que está unido á varios condes muy valientes.» Simón entonces sacó un papel de su escarcela, y rogó á Maurín que lo leyese. Era una carta que el rey de Aragón escribía á una dama, esposa de un gran señor de la diócesis de Tolosa, en la cual, después de saludarla, le decía que por amor hacia ella había venido á arrojar del país á los franceses. Maurín, después de la lectura de esta carta, que un criado de la dama interceptara, para enviarla á Simón, le dijo á este general:—

1 *Et adonc es vengut lo dit rey d' Aragó, et las ditas gents á faictas recular et laissar lo dit assault et tuaria* (matanza), *et al dit sety les á faict retirar, so que per lo dit rey fouc gran folia; car aprés s' en repentit, coma será dita ainsi aprés. La causa perque fec laissar lo dit assault, fouc per so que cascun ly venguet dire que lo conte Montf venia an ung grand secours secorre los del dit Muret*, etc. (Crónica Anónimo provenzal, col. 52).

«Y bien, ¿qué pretendéis decir con esto?»—«Pretendo decir, contestó Simón, que no creo posible que el rey de Aragón derribe la obra de Dios por una meretriz.» Varios de los cronistas franceses y provenzales que han hablado de este hecho, lo han referido como suponiendo que el rey D. Pedro había escrito esta carta á una de sus queridas; pero dos importantes obras lo interpretan quizá más juiciosamente y con más verdad crítica. La dama en cuestión no era otra que Leonor ó Sancha, hermanas ambas del rey y esposas, la primera del conde de Tolosa, padre, y la segunda del hijo, y por amor hacia ellas y por sus intereses fué por lo que el rey su hermano tomó las armas contra los cruzados [1].

Simón de Montfort fué adelantándose y logró entrar en Muret y reunirse con los sitiados, sin encontrar oposición por parte de los sitiadores ó sin que éstos tuviesen tiempo de oponérsele. La entrada de Montfort en Muret se efectuó el 11 de Setiembre. El obispo de Tolosa, que iba con los cruzados y algunos otros prelados, quisieron intentar un arreglo, y enviaron al campo del rey de Aragón dos religiosos con encargo de pedirle una conferencia. La respuesta del rey fué la siguiente:—«Por cuatro bandidos que esos obispos traen consigo, no vale la pena de que Nos les concedamos una entrevista.»

Hay quien dice que al día siguiente Simón de Montfort ofreció á D. Pedro entregarle el castillo de Muret

1 *Marca hispánica*, pág. 522.—*Historia del Languedoc*, pág. 249 del tomo III.—En un libro muy interesante titulado *La batalla de Muret*, por Henri Delpech, publicado muchos años después de la primera edición de esta obra, se cuenta también esta anécdota; pero el autor cree que la carta no iba dirigida por D. Pedro á una de sus hermanas, "pues tonces, dice, Montfort no la hubiera llamado *meretrix*, sino á una de varias damas galantes con quienes D. Pedro sostenía relaciones, y .e supieron con sus galanteos atraerle al partido de los indígenas."

y todas sus dependencias, pero que el aragonés rechazó esta propuesta, á menos que el general cruzado no se rindiera á discreción con toda su hueste. Esta proposición de convenio está confirmada por un párrafo de la crónica del rey D. Jaime, que la indica sin particularizarla. Rechazada por D. Pedro toda avenencia con los obispos y con el caudillo de los cruzados, ya no había más recurso que la batalla.

Ésta tuvo lugar aquel mismo día 12, según unos; según otros, el 13. Montfort alineó sus tropas en una explanada inmediata á Muret y las repartió en tres cuerpos, dando el mando de la vanguardia al caballero Verles de Encontre, el del centro á Boucard ó Bouchard de Marly, y quedándose él, Montfort, al frente de la retaguardia. Los sitiadores celebraron consejo al ver esta evolución. Dícese que el conde de Tolosa quería esperar á los cruzados á pie firme detrás de las trincheras de su campo, impidiendo con los ballesteros que se acercasen á él; suponía que los dardos y ballestas causarían en sus filas grandes estragos; que se verían obligados á retirarse; que entonces podrían arrojarse sobre ellos y desbaratarlos, y que á esto se seguiría la entrega inmediata de Muret. Afírmase que el rey de Aragón con mucha soberbia rechazó este parecer, muy cuerdo ciertamente, y, manifestando que el obrar así sería dar pruebas de miedo y de cobardía, hizo que los demás capitanes adoptasen su opinión, que era la de salir de las trincheras y marchar resueltamente al encuentro de los cruzados.

Siguiendo este dictamen, toda la caballería de los sitiadores se puso en marcha acto continuo, dejando en el campo toda la infantería ó parte de ella. Los antiguos historiadores no nos señalan el orden de batalla del ejé cito del rey D. Pedro y sus aliados. Parece que el coı de de Foix mandaba la vanguardia, y que el monarc

aragonés, por efecto de su valor, dirigía el centro ó cuerpo principal de batalla, en lugar de ponerse á retaguardia, según costumbre de los reyes. En la crónica de Balduino, conde de Avesnes, se dice que D. Pedro cambió sus armas con las de uno de sus caballeros para no ser reconocido durante el combate [1]. Por lo que toca al conde de Tolosa, permaneció al frente de la retaguardia.

Antes de principiarse la batalla, el de Montfort mandó hacer á sus tropas una falsa marcha, como aparentando que huían; pero en seguida, por un hábil movimiento, se arrojó contra la vanguardia de los aliados con tanto empuje y fuerza, que la obligó á replegarse sobre sus alas. Esta retirada del conde de Foix, que no se efectuó ciertamente sin algún desorden, dejó en descubierto el cuerpo del centro, en el cual se hallaba el rey de Aragón. Por los pendones y estandartes conocieron los cruzados que allí estaba D. Pedro, y alentados por el primer favor que acababan de deber á la suerte de las armas, se arrojaron como un alud sobre el cuerpo de tropas aragonesas, que resistieron valientemente la primera embestida. El choque fué tan violento que, para servirnos de la poética frase de un cronista provenzal, el estruendo de las armas se parecía al que hacen una cuadrilla de leñadores cuando derriban á hachazos los árboles seculares de un bosque.

La segunda línea del ejército de los cruzados acudió para sostener á la primera en aquel instante decisivo, y el cuerpo mandado por D. Pedro se vió envuelto por todas partes. Dos caballeros franceses, llamados Alain de Roucy y Florencio de Ville, que parece se habían desafiado á quién de ellos daría muerte al rey de Ara-

1 *Le Rois d' Arragonne changá ses armes, et fist les siennes vestir á un sien povre chevalier.* Lástima que las crónicas no nos hayan conservado el nombre de ese bravo caballero aragonés ó catalán, que tal prueba dió de amor y fidelidad á su monarca.

gón, contando con su muerte asegurar la victoria, se precipitaron á un tiempo hacia el caballero, que veían revestido con sus armas, y consiguieron llegar hasta él á través de los combatientes. El caballero se defendió lo mejor que pudo, parando los golpes que le asestaban y dándolos á su vez; pero Alain no tardó en conocer que D. Pedro *era mejor caballero*, y abandonó al que atacaba, diciendo á voces: «Este no es el rey de Aragón.» D. Pedro, que se hallaba precisamente no lejos de Alain en aquel momento, dió espuelas á su caballo, y sin cuidar de guardar por más tiempo un incógnito que repugnaba de seguro á su conocido valor, se mostró abiertamente, gritando á su vez:—*¡Ciertamente que no es el rey, pero aquí está!* Y enarbolando al decir esto una maza de armas *turca*, derribó de un golpe al primer jinete francés que se le puso por delante, y se arrojó á lo más crudo de la pelea, haciendo prodigios de valor y dando realmente pruebas de ser uno de los caballeros más valientes, más cumplidos y de más corazón de su época [1].

Terrible fué la embestida de D. Pedro, tanto, que parece desconcertó por un momento á sus contrarios; sin embargo, Alain y Florencio reanimaron el valor de los suyos, aturdidos ante las proezas que ejecutaba un hombre solo, y le rodearon por todas partes, haciendo

1 *Alains de Roucy et mess. Flourens de Villes viren celui qui avoit vestir les armes le roy d' Arragonne: si li courent sous tout ensemble: cilz se deffendi au mieux qu' ilz peut; mais mess. Alains se perceut bien que li roys estoit meilleurs chevaliers; de trop, si s' escriá, et dist cilz molx envers le roy d' Arragonne: ce n' est ilz mie. Quant li roys de Arragonne, qui estoit assez prés du chevalier, oy ces paroles, ilz fery des esperons, et ne se volt plus celer, ains haschá á haulte voix: voirement ce n' est il mie; mais vées le cy: et hausteche une macque turcoise, comme alz qui estoit bons c valiers, et vaillant, et de gran cuer, et enfiert un chevalier dels nostre le fist volar á terre ius de cheval, et puis se lançá en la presse et la merveilles d' armes.* (Crónica de Balduino de Avesnes.)

una verdadera carnicería en los caballeros que junto á él se habían agrupado. D. Pedro no cesaba de herir y matar á su vez, gritando *¡Aragón! ¡Aragón!* pero casi todos los que permanecieron á su lado estaban muertos ó heridos [1], y él, entonces, viendo ya perdida la batalla, viendo el destrozo hecho en los suyos, decidió hacer lo único que hacer podía en tal trance un rey de Aragón: morir como bueno en el campo. «Nuestro padre el rey En Pedro—dice con sublime laconismo en su crónica su hijo D. Jaime,—murió en aquella batalla siguiendo la divisa que han tenido siempre los de nuestro linaje y que Nos seguiremos siempre: *Morir ó vencer.*» ¡Bella y admirable frase en boca de tan gran rey!

La muerte de D. Pedro no fué sólo la señal del desaliento, sino de la derrota. Los condes de Tolosa, de Foix y de Comminjes apelaron á la fuga, arrastrando consigo el resto de la caballería, que se desbandó y fué perseguida por los cruzados, los cuales hicieron perecer gran parte de ella. Los infantes, bisoños casi todos, ciudadanos que habían tomado las armas sin experiencia militar, al verse desamparados de sus jefes, se arremolinaron en lamentable confusión, y se dejaron acuchillar por los caballeros de la cruz, que continuaron aquel día su obra de matanza y de saqueo en el santo nombre de Dios y en el de la fraternidad cristiana.

Simón de Montfort, como hábil general, se puso á la cabeza de la retaguardia, y fué marchando lentamente en orden de batalla para sostener sus tropas, que se habían dispersado en persecución de los fugitivos, á fin de que, si los enemigos llegaban á recobrarse, encontrasen

1 *Lo qual rey d' Aragó quand á vista la gran tuaria et desconfitura que l' on fasia de sas gents, el s' es melut á cridar tant qu' á pousgut, Aragó, Aragó: mais, nonobstant tot son cridar, el meteys y demouret, et fonc tuat sur lo camp, amay totas sas gents, ne escapet alcun, que fouc grand domatge de la mort del dit rey.* (Crónica del Anónimo provenzal.)

aquéllas una retirada segura cerca de él. No fué, sin embargo, necesario. La derrota de los aliados era completa. Los fugitivos que llegaron á Tolosa sembraron la consternación en esta ciudad, que no debía tardar en entregarse á las armas cruzadas, y hubo tal afán por huir, que muchos se lanzaron al Garona para pasarlo á nado, pereciendo entre sus aguas. Fué aquella una funestísima jornada para los condes aliados, que se desbandaron, yendo el conde de Tolosa á refugiarse en Inglaterra, después de haber visto pasar á cuchillo la flor de su milicia. De 15 á 20.000 hombres, sólo por parte de los aliados, sucumbieron en los campos de Muret ó en las olas del Garona.

Entre los principales señores aragoneses que fueron muertos al lado de su rey, estaban Aznar Pardo, su hijo Pedro, Gómez de Luna y Miguel de Luesia. No se sabe que sucumbiese ningún catalán de cuenta. D. Jaime, *el Conquistador*, en su crónica, atribuye principalmente la pérdida de la batalla á la falta de plan y á que cada caballero peleó por sí contra ley de armas. A tenor de lo que dice este monarca, su padre llevaba consigo á los nobles de Aragón Miguel de Luesia, Blasco de Alagón, Rodrigo Lizana, Ladrón y Gómez de Luna, Miguel de Rada, Guillermo del Pueyo, Aznar Pardo y muchos otros, y á los catalanes Dalmau de Creixell (hijo sin duda del que murió en las Navas), Hugo de Mataplana, Guillermo de Horta, Bernardo de Castellbisbal y otros. Muchos de estos caballeros, dice, abandonaron al rey en la refriega, en la cual no estuvieron Nuño Sánchez y Guillermo de Moncada, los cuales acudían con las tropas de refuerzo que sin duda habían levantado en Cataluña. Estos dos nobles caballeros enviaron un mensaje al rey antes de comenzarse la batalla para que les esperase, pero D. Pedro no quiso hacerlo, fiando demasiado en su valor y en el de los suyos.

Simón de Monfort, el ambicioso é implacable caudillo de los cruzados, después de haberse apoderado de todo el botín del campo enemigo, en el que halló riquísimos despojos, ordenó que se guardara cuidadosamente á los prisioneros, parte de los cuales murieron en los hierros, rescatándose los otros á costa de gruesas sumas. Terminado todo, el campeón de la cruzada pasó á visitar el campo de batalla, y allí pidió á Manfredo de Belveze y á otros caballeros que estaban presentes cuando muriera el rey de Aragón, que le enseñasen el sitio donde este monarca había muerto combatiendo. Lleváronle allí, y bien pronto reconoció el cuerpo de D. Pedro, que halló en tierra y desnudo, pues la guarnición de Muret había salido en pos de la victoria de los cruzados, y después de haber acabado de matar á los heridos que habían permanecido en el campo, despojó completamente á los muertos. Cuéntase que, Simón de Monfort, al ver á su enemigo tendido en el suelo, ensangrentado y desnudo, no pudo contener el llanto, y los sollozos embargaron su voz al dar disposiciones para retirar el cadáver. También lloró César sobre la cabeza ensangrentada de Pompeyo [1].

1 Las autoridades para todo lo referente á la batalla de Muret y guerra de los albigenses, se hallarán en la crónica en verso de Guillermo de Túdela, en las crónicas latinas de Guillermo de Puilaurens y Pedro de Vaux-sernai; en la francesa, del conde de Avesnes; en la provenzal-catalana, del Anónimo; en los *Anales de Tolosa*, de La Faille, la *Historia del Languedoc*, por los Maurinos; *Arte de comprobar las fechas*, *Marca Hispánica*, *Historia de D. Jaime*, escrita por él mismo, y los cronistas aragoneses y catalanes. Téngase presente, sin embargo, que estos últimos, como en todo lo referente á las cosas de la otra parte de los Pirineos, entran en pocos detalles, son bastante confusos y dan lugar con sus involuntarios yerros á lastimosas equivocaciones.—Recientemente, en 1878, y por consiguiente, muchos años después de publicada esta Historia, se ha escrito en Tolosa un curioso é importante libro que merece ser leído y estudiado, pues da nuevos y curiosos pormenores. Se

El cadáver de D. Pedro fué entregado por Montfort á los caballeros del Hospital, quienes le llevaron á enterrar al monasterio de Sijena, junto con los de aquellos caballeros que como buenos y leales, y en su defensa, perecieran á su lado. Registrando las memorias de dicho célebre monasterio, se halla en efecto, que en Octubre de 1213, llegó á Sijena una fúnebre comitiva, compuesta de caballeros comendadores del hospital de Jerusalén, de canónigos y regulares del hospital de Santa Cristina en los Pirineos y de muchos otros caballeros, escoltando ocho féretros, en los cuales estaban los cadáveres del rey D. Pedro, de D. Aznar Pardo y su hijo, de D. Gómez de Luna, de D. Miguel de Rada, de Don Miguel de Luesia, de D. Blasco de Alagón y de D. Rodrigo de Lizana, víctimas todos de la batalla de Muret. Los siete caballeros fueron sepultados en el atrio de la iglesia, y D. Pedro en el interior del templo, inscribiéndose en su lápida sepulcral un epitafio en que se le llamaba *flor de los reyes*, *honra del reino*, *esplendor de la tierra*, *adorno del mundo*, *soberano liberal y el más llorado y plañido de todos* [1].

CAPÍTULO XXII.

Hijos que dejó D. Pedro.—D. Jaime.—Doña Constanza.—D. Pedro. —Juicio que de este rey ha formado la posteridad.

El rey de Aragón, D. Pedro *el Católico*, no tuvo de legítimo matrimonio más que un hijo, que fué el gran D. Jaime I, que le sucedió, y del que luego pasaremos á tratar.

titula *La batalla de Muret y la táctica de caballería en el siglo* XIII; e obra de Mr. Enrique Delpech y está escrito con crítica.

1 Cuadrado: *Aragón*, págs. 91 y 96.

Fuera de matrimonio tuvo una hija, llamada Constanza, á la cual reconoció públicamente, hallándose en Tahuste, el 7 de Noviembre de 1212, por medio de escritura ó carta dotal, á presencia de varios magnates de su corte, entre ellos Guillén de Cervelló, Gombaldo de Ribelles, García Romeu, Guillén de Claravalls, etc. Fué este reconocimiento con motivo de otorgar la mano de dicha hija al senescal de Cataluña, Guillermo Ramón de Moncada, adjudicándole en dote las villas y castillos de Serós, Aytona y Soses [1].

Por un epitafio que existe en la iglesia-catedral de Lérida, se ha sabido que D. Pedro *el Católico* tuvo también otro hijo natural, llamadro Pedro de Rege, según la inscripción, que dice así: *Anno Dñi MCCLIV, pridie idus septembris obiit Petrus de Rege, canonicu et sacrista istus sedis, qui fuit filius illustrissimi domini regis Petri Aragonum,* etc. Hállase esta inscripción en una lápida de mármol negro, que está en el pilar del crucero de la parte de la Epístola; pero el cadáver fué trasladado en tiempos posteriores á un bello sepulcro gótico, que, no obstante su deterioro, se ve aún en el presbiterio. El erudito anticuario D. Jaime Ripoll insinuó, en uno de sus opúsculos, la idea de que tal vez aquel hijo natural del *Católico* tomó el apellido latinizado *de Rege,* del catalán *Rey* ó *Reig,* propio de su madre. También, dejando á un lado esta opinión, pudiera ser muy verosímil que se le llamase *Petrus de Rege*, latinizando su nombre catalán *Pere del Rey*, ó sea Pedro, hijo del Rey. Confieso, sin embargo, que la opinión del sabio canónigo Ripoll, me parece más probable que ésta pobre mía.

Por lo demás, buen rey fué D. Pedro, y bien merece los elogios que le ha tributado la posteridad, no siendo

1 Zurita, lib. II, cap. LXI.—Bofarull en sus *Condes Vindicados,* tomo II, pág. 231.—Archivo de la Corona de Aragón, núm. 430 de la colección de pergaminos de D. Pedro.

de extrañar que su desventurado fin como caballero haya realzado su figura como monarca.

«Fué nuestro padre, dice en su crónica D. Jaime, el rey más cortés y más afable que hubiese habido en España; tan liberal y tan dadivoso, que gastó sus rentas y sus bienes; buen caballero como ninguno en este mundo, y de tan señaladas prendas, que la brevedad de este escrito no nos permite contarlas.»

Aun cuando sea en boca de un hijo, no tiene este elogio nada de exagerado. Defectos tuvo D. Pedro; errores cometió, y algunos muy graves; pero tuvo altas, nobilísimas prendas, que hacen efectivamente de él uno de los más cumplidos caballeros de su tiempo. Tuvo mucho de poeta, y por consiguiente mucho de entusiasta, y así le impelió su entusiasmo místico y piadoso á hacerse feudatario del Papa, declarándose capitán de la Iglesia, como su entusiasmo caballeresco le impulsó á ser el libertador del Mediodía, haciéndose campeón de los oprimidos, contra la misma Iglesia convertida en cruzada. La posteridad ha vacilado entre darle el título de *el Católico* ó el de *el Noble*. Ha prevalecido el primero, á pesar de haber muerto peleando en cierto modo contra la Iglesia. Más le cuadrara el de *Caballero,* por ser en él un título indisputable.

Elevadas prendas de carácter debía poseer, cuando, á pesar de ser ingrato con su madre, infiel con su esposa, disipador de las rentas de sus súbditos y amigo de galanteos y locuras, se hizo amar extraordinariamente en su casa y en su reino, hasta el extremo de que en su epitafio se le pusiera, como queda dicho, que era *flor de los reyes, honor del reino y el más llorado de todos los monarcas*. Y cuenta que este epitafio se escribía sobre la tumba de un hombre que había muerto *impenitente* y *hereje*, al decir de los católicos de entonces, lo que rechaza toda idea de lisonja y de adulación. Y cuenta que

mucho debían amar sus caballeros y sus obispos al rey D. Pedro, cuando no vacilaron en auxiliarle en la guerra contra la Iglesia, á pesar de que debían temer que incurrirían en el anatema y excomunión, arma terrible en aquel tiempo, y á pesar de que marchaban con banderas desplegadas contra los estandartes levantados por los cruzados en el santo nombre de Dios y de la religión.

No falta quien ha querido ajar la memoria de este monarca por haber sido, dice, protector de herejes y haber incurrido en la excomunión de la Iglesia. Ninguna de estas dos circunstancias es exacta. «Tiénese por cierto, añade el P. Duchesne [1], que el rey D. Pedro de tal manera protegía á los albigenses, que nunca adoptó sus errores; pero siempre dejó bien manchado, con aquella *indecente* protección, el renombre de católico que al principio le concedió la razón, y en cuya posesión le mantuvo después injustamente la lisonja.»

Quien haya leído con algún cuidado las páginas anteriores, habrá podido ver á cuántas vías de conciliación apeló D. Pedro antes de decidirse á tomar parte en favor del conde de Tolosa y de los suyos. Apurados todos los medios y todos los recursos, el rey de Aragón se decidió por la causa única porque él decidirse podía. Fué á proteger y amparar las posesiones de sus cuñados, de sus feudatarios, de sus súbditos. La amistad, el honor, el deber, la justicia, la voz de la sangre le llevaron á aquellas banderas; fué á prestar auxilio á quienes no podía negarlo sin faltar á su nobleza y á su hidalguía. Y á más, no hay por qué hablar tan alto en favor de los cruzados. Ya sabemos cuál era, realmente y en el fondo, la causa que éstos defendían: la del interés y de la codicia de sus jefes y de los legados pontificios.

1 Conforme á la traducción del P. Isla.

Por lo que respecta á la excomunión, ni incurrió en ella D. Pedro, ni contra él fué lanzada tampoco. Consta que el día antes de la batalla de Muret, en el acto de celebrarse la misa para los legados, obispos y capitanes de la cruzada, se declararon excomulgados durante el santo sacrificio al conde de Tolosa y á su hijo, al conde de Foix y á su hijo, al conde de Comminjes y á sus aliados, *pero no se quiso comprender al monarca aragonés en la excomunión* [1].

Mr. Guizot, en su *Civilización europea* [2], juzga los hechos de los albigenses bajo un punto de vista político. Para este profundo autor, con motivo de la herejía de los albigenses, estalló la guerra entre la Francia feudal y la Francia municipal: fué, dice, una tentativa de organización republicana que hubo de ser vencida, restableciendo aquella cruzada el régimen feudal en el mediodía de la Francia.

Ni tienen tampoco razón los que culpan á D. Pedro por su amor á las aventuras y á los devaneos amorosos. Su padre, el mismo D. Alfonso *el Casto*, fué dado á ellos. Achaque ha sido esto de la humana naturaleza en todos los siglos, y más aún en aquél en que las costumbres y los usos de la sociedad se prestaban tanto á ello. Las intrigas galantes eran entonces una ley de la sociedad. D. Jaime *el Conquistador* cuenta sencillamente, y como cosa muy natural, que su padre pasó en brazos de una de sus queridas la noche que precedió á la batalla de Muret. En unos manuscritos de aquel tiempo, escritos en lengua provenzal [3], se cuenta también

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 249. Y aun cuando D. Pedro hubiese sido excomulgado, hay que decir aquí lo que D. Braulio Foz, á propósito de este mismo asunto: "Las iras de los hombres son juicios de Dios."

2 Lección XVI.

3 Se hallan en la biblioteca de París, núms. 7.225 y 7.698.

con la mayor naturalidad varias aventuras galantes de nuestro D. Pedro. Parece que dieron mucho que hablar sus amores con la bella Adelaida de Boisesson, querida á la vez del trovador Raimundo de Miraval, y se dice que el rey de Aragón se enamoró de ella sin haberla visto jamás, sólo por la relación que de su belleza le hizo Miraval. Deseando conocerla, emprendió un viaje al castillo de Lombers, donde vivía Adelaida, y el pobre trovador, que contaba mucho con la fidelidad de su dama y que de ello se había vanagloriado, hubo de maldecir desde aquel día el viaje de D. Pedro, cuya corte abandonó herido en lo más vivo de su corazón. Sería por lo demás muy curiosa, si pudiera ponerse en claro, la historia galante del rey aragonés, que no se desdeñó tampoco de pulsar la lira en obsequio de las damas y de hacerse trovador por amor á ellas.

Efectivamente, en el manuscrito con obras de los trovadores provenzales que existe en la biblioteca de París, se le coloca en el número de los más célebres poetas de su tiempo, y se transcribe una poesía que se le atribuye [1].

Tal fué D. Pedro: noble, en medio de sus defectos; católico, en medio de sus errores; generoso, leal, caballero siempre, con un valor que llevó hasta la temeridad, con una hidalguía que llevó hasta la exageración.

En 1565, y más tarde en 1625, se alzó la losa que cubría su sepulcro en Sijena. Un testigo dice que el cadáver se conservaba incorrupto y entero, con la boca abierta, mostrando aún su alta estatura, la dureza de su semblante, y en el costado izquierdo la ancha herida por la cual exhaló su vital aliento.

La muerte de D. Pedro hizo estremecer al país, el

1 Núm. 7.225.

cual, como vamos á ver, estaba condenado á una minoría que amenazaba ser sangrienta [1].

CAPÍTULO XXIII.

Montfort se niega á entregar el príncipe Jaime.—El Papa le obliga á entregarlo.—Muerte de Balduino en represalias de la del rey de Aragón.—Batalla de Narbona.—Cortes catalanas-aragonesas en Lérida. —Disposiciones tomadas por las Cortes.—Concordia con Navarra. Parlamento en Huesca.—Bandos en Aragón.—El conde de Provenza huye de Monzón y se embarca en Salou.—Asamblea de prelados y nobles en Monzón.—Sale D. Jaime de Monzón.—Su entrada en Zaragoza.

(De 1213 á 1217.)

Aún no había cumplido los seis años de su edad el niño D. Jaime, cuando murió su padre en los campos de Muret. Ya sabemos que se hallaba entonces en Carcasona y en poder de Simón de Montfort, con cuya hija se había tratado casamiento. Según lo que se desprende de las historias del Languedoc y Provenza, los jefes catalanes y aragoneses debieron reunirse en consejo después de la batalla, y enviaron una embajada solemne al de Montfort, á fin de que les entregase el joven príncipe de Aragón. El vencedor de Muret se negó á ello: era demasiado buen partido para su hija, y no podía acomodarse á perderle tan fácilmente. Entonces los caudillos de la hueste catalana, que parece eran principalmente Nuño Sánchez, Guillermo de Moncada y el vizconde de Cardona, penetraron en la comarca cuyo señorío se diera al de Montfort, y llegaron hasta

1 En mi obra *Los Trovadores* he tenido ocasión de hablar con más detenimiento de todo lo relativo á la guerra de los albigenses, rectificando errores ajenos y propios.

muy cerca de Beziers, talando y asolando cuanto á su paso hallaron [1].

La negativa del conde Simón de Montfort hizo sin duda que se enviase al Papa la embajada de que nos habla *Zurita* [2], compuesta de Jimeno Cornel, de Guillén de Cervera, de Guillén de Monredón, maestre del Temple, y Pedro Ahones, con encargo de solicitar de Inocencio III que mandase les fuese restituído el hijo de su rey [3]. Recibió el Papa á los embajadores, y en 23 de Enero de 1214 escribió á Simón de Montfort recomendándole un nuevo legado pontificio, Pedro de Benavente, y diciéndole que este cardenal llevaba también el encargo de obligarle á devolver el joven príncipe Jaime á sus súbditos [4]. Simón de Montfort hubo de acceder: el Papa se lo mandaba terminantemente, y con expresiones muy duras por cierto. En consecuencia, poco después de haber llegado Pedro de Benavente á Provenza, el caudillo de los cruzados, mal que le pesara, le hizo entrega del niño Jaime, que en Abril de 1214 fué conducido á Narbona, á cuyo punto había ido á recibirle la principal nobleza de Aragón y de Cataluña.

Es preciso advertir, á todo esto, que la batalla de Muret y la muerte de Pedro *el Católico*, no habían quedado del todo sin venganza. En primer lugar, los aliados consiguieron apoderarse por traición de Balduino, hermano del conde de Tolosa, que, á pesar de su estrecho lazo de parentesco con éste, había abrazado el partido de Simón de Montfort, haciendo á su hermano cuanto daño pudo. Llevado Balduino á Montalván, hubo de comparecer ante un tribunal presidido por su hermano

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 256.

2 *Anales de la corona de Aragón*, lib. II, cap. LXVI.

3 Según la propia crónica de D. Jaime, compusieron esta embajada Nuño Sánchez y el vizconde de Cardona.

4 Epístola 171 de las de Inocencio III.

el conde de Tolosa y formado de varios caballeros principales, entre ellos los condes de Foix, padre é hijo, y Bernardo de Portella, señor aragonés. Este tribunal le condenó á muerte, *tanto por crimen de felonía, como en represalias de la muerte del rey de Aragón, á la cual había contribuído* [1]. La sentencia fué inmediatamente ejecutada, y se dice que le colgaron de un árbol, sin ceremonia, y por sus propias manos, los mismos condes de Foix y Bernardo de Portella.

También por aquel entonces Aymerich, vizconde de Narbona, tomó parte en favor de la causa patrocinada por el rey de Aragón, y uniendo sus tropas á las catalanas y aragonesas, y poniéndose á su frente, declaró la guerra á Simón de Montfort. Este se dirigió precipitadamente á Narbona, con intento de sorprender al vizconde; pero hallóle acampado bajo los muros de esta ciudad con su hueste de aragoneses, de catalanes y de narboneses. Dióse batalla entre ambas fuerzas, y Simón hubo de batirse en retirada, habiendo estado muy á punto de quedar prisionero [2].

Posteriormente á estos sucesos llegó el legado pontificio, y por parte de Montfort se le hizo entrega del joven príncipe D. Jaime, que fué recibido en Narbona con grandes muestras de entusiasmo. De allí pasó á estos reinos y á Monzón, bajo el cuidado y guarda de Guillermo de Monredón, que era por aquel tiempo maestre de los templarios en Aragón y Cataluña. Con él se vino también al castillo de Monzón su joven primo Ramón Berenguer, conde de Provenza, que, á la muerte de su padre Alfonso en Sicilia, había quedado bajo la tutoría y protección de su tío Pedro *el Católico*.

El encargo de guardar y cuidar al joven rey le fué

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 258.

2 *Historia del Languedoc*, pág. 259.

renovado al maestre del Temple por las Cortes de Lérida, siendo estas las primeras Cortes catalanas-aragonesas de que se hace mención auténtica en la historia. El niño D. Jaime, que no tenía más allá de seis años, llegó á Lérida antes de la festividad de Nuestra Señora de Agosto de 1214, acompañándole el legado pontificio, su joven primo el conde de Provenza y varios señores y dignatarios del reino, siendo recibidos con grande regocijo por el pueblo. Inmediatamente se reunieron las Cortes, á las cuales asistieron el legado del Papa, el arzobispo de Tarragona, los obispos, abades y ricos-hombres de cada reino, y diez síndicos de cada una de las ciudades, villas y lugares principales, con poderes bastantes para consentir y aprobar lo que se acordase [1].

Comparecieron todos los convocados, excepto los infantes D. Fernando y D. Sancho, tíos del rey, de quienes se dice que miraban entonces á éste como ilegítimo, teniendo cada uno esperanzas de reinar con motivo de la división que había entre los ricos-hombres; pero, por lo mismo que existían profundas alteraciones y hasta guerras en el reino; por lo mismo que era de muy corta edad el príncipe, y fácil podía ser que el cetro se escapase de aquellas manos, débiles aún para empuñarle; por lo mismo que convenía reunir en torno de aquel niño todas las buenas voluntades y todos los nobles corazones, aceptándolo como símbolo y como bandera para que no se quebrantase la unidad política, que sabiamente se comenzara á imprimir al reino federado de Aragón y Cataluña; por lo mismo, pues, las Cortes anduvieron acertadísimas y cautas en sus acuerdos, que pueden y deben mirarse como un modelo de previsión y de cordura y un ejemplo muy notable de alta política. Comenzaron por introducir una costumbre nueva, que

1 *Crónica de D. Jaime*, cap. X.—Zurita, lib. II, cap. LXVI.

hubo de ser después fielmente observada y seguida en todas las coronaciones, y fué la de prestar homenaje y juramento de fidelidad al rey en el acto de ser coronado. Así se introdujo, con motivo de la proclamación de D. Jaime, esta costumbre, que prosiguió guardándose con los reyes que le sucedieron, confirmando ellos primero y jurando guardar los fueros, libertades, constituciones, usos y costumbres del reino. D. Jaime fué, pues, jurado por rey en solemne y pública ceremonia, teniéndole en brazos el arzobispo Aspargo, según cuenta él mismo en su crónica.

Las otras disposiciones de las Cortes fueron nombrar, durante la menor edad del monarca, gobernadores generales y un lugarteniente, procurador ó regente del reino. Los gobernadores fueron tres: el uno para Cataluña, siendo elegido en este cargo D. Pedro Ahones, y los otros dos para Aragón, mereciendo la confianza Don Pedro Fernández de Azagra como uno de ellos. Con el nombre del otro no he sabido ó no he podido dar [1]. Como procurador general del reino fué nombrado el infante D. Sancho, conde del Rosellón. Este último acuerdo indica que, ó había mucha confianza por parte de las Cortes en la caballerosidad de D. Sancho, cuando revestían de un poder casi regio á uno de los que trataban de apoderarse del trono, ó que D. Sancho ha sido un poco calumniado por la historia al suponerle intenciones que acaso no abrigaba. Bien pudiera ser que la parcialidad levantada por D. Sancho fuese sólo por celos y rivalidades con su hermano D. Fernando. De todos modos, este último infante es el único que las Cortes no eligieron para ningún cargo, y es también el único que apare-

1 Estudios hechos con posterioridad á la primera edición de esta obra, me autorizan para creér que los gobernadores de Aragón fuero D. Pedro Ahones y D. Pedro Fernández de Azagra, y el de Cataluñ Guillén, vizconde de Cardona.

ce con cierto carácter de pretendiente al trono. Y uso expresamente la palabra *cierto*, porque yo tengo, para mí, la opinión de que lo pretendido por los dos infantes, tíos del rey, era la regencia del reino, y no el trono. ¿Cómo se explica si no, que D. Sancho, ya que no personalmente, al menos por la mediación de su hijo Nuño Sánchez, tomase las armas para ir á libertar de manos de Simón de Montfort al joven príncipe? ¿Cómo se explica sino, que el mismo D. Sancho y su hijo Nuño diesen varios de sus castillos en rehenes al legado del Papa para que éste pudiese libertar á D. Jaime? 1. ¿Cómo se explicarían sino, las mismas palabras de D. Jaime al final del capítulo XI de su crónica, cuando dice textualmente que, hallándose en Monzón, iban á verle los del bando de D. Sancho y los del de D. Fernando, instándole los de uno y otro partido y cada uno de por sí, para que saliese del castillo y se declarase por los suyos, ayudándoles así con su nombre y autoridad á destruir á sus contrarios? ¿Qué bandos de pretendientes eran éstos que, intentando usurpar un trono, solicitaban para su partido el apoyo y la jefatura del rey cuyo reino querían usurpar?

Otra de las prudentes determinaciones de las Cortes de Lérida, fué la de ratificar el nombramiento del maestre del Temple para custudio, preceptor y guarda del príncipe que acababa de ser reconocido por *dominus* y *hæres* del reino, con encargo de llevarlo á Monzón, en cuyo castillo podía estar seguro y libre de los lazos que le tendieran los partidarios de uno y otro de los dos bandos.

Recibido D. Sancho por procurador general de Aragón y Cataluña, autorizó la concordia que tuvo lugar

1 Se halla esta circunstancia en la *Historia del Rosellón* de Leonard, pág. 42.

con Navarra para que pudiesen entrar libremente los del un reino en el otro, y para que no se hiciesen guerra sin que interviniese en ella el rey D. Jaime; y celebró parlamento general de aragoneses en Huesca, en el que se decidió enviar una embajada al Sumo Pontífice, á fin de que mediase en la pacificación de las discordias que traían revuelto el reino. Los embajadores fueron D. Pedro Ahones y D. Guillén de Cervera. No dicen los anales qué efecto produjo esta embajada, pero es lo cierto que la preferencia dada por las Cortes de Lérida á Don Sancho para la regencia ó lugartenencia del reino, debió herir el orgullo de D. Fernando, quien hizo tomar las armas á sus partidarios, levantándose entonces más y más poderosos los bandos de ambos infantes, que bajaron al campo de batalla para dirimir sus querellas.

Familias poderosísimas de Aragón tomaron parte en la contienda, alistándose unas bajo la bandera de Don Sancho, bajo la de D. Fernando otras, y entonces fué cuando el joven rey, que proseguía en Monzón, bajo el cuidado de los templarios, se vió asediado por unos y por otros á fin de que aceptase el partido de uno ú otro bando. Durante estas revueltas, que prosiguieron vivas más de dos años, se habla de un solo caballero como el único que permaneció neutral entre los hombres de cuenta. Fué D. Jimeno Cornel, anciano ya, y á quien los anales llaman el más sabio y el de mayor consejo que había en Aragón en su tiempo. Ese no quiso tomar parte en las turbaciones del reino, y permaneció siempre adicto al rey.

Las parcialidades llegaron por fin á tal punto que amenazaban destruir el reino, y á esto se unía la natural impaciencia del joven monarca que, á pesar de no contar más que nueve años de edad, sentíase con br y deseos de romper los dorados hierros de su cár para lanzarse á figurar en el mundo político. Su am

y primo el conde de Provenza había ya abandonado el castillo de Monzón. Los caballeros provenzales, que necesitaban la presencia de su joven señor para procurar también el sosiego de las cosas de aquel país, le habían enviado un mensaje diciéndole que en determinado día tendrían dispuesta una galera en el puerto de Salou, y que irían á sacarlo ocultamente del castillo de Monzón para llevárselo á Provenza. Tuvo esto lugar tal como se proyectara. El día designado, después de haberse despedido con lágrimas en los ojos de D. Jaime, el conde de Provenza salió de Monzón en compañía de Pedro Auger, su ayo. Llevando por solo séquito dos escuderos, caminaron toda la noche, pasaron disfrazados por Lérida, y llegaron á la siguiente noche á Salou en donde les recibió la galera preparada, que en seguida dió la vuelta á Provenza.

Con la partida de su primo, crecieron en D. Jaime los deseos de verse libre, y ya el maestre de los templarios no podía contener la brava impetuosidad de aquel niño que ansiaba comenzar su carrera de héroe. Consultado, pues, el caso con D. Jimeno Cornel, éste halló medio de entenderse con los principales caballeros del partido de D. Fernando y algunos de los de D. Sancho, los cuales fueron todos juntos á Monzón por el mes de Setiembre de 1216, y allí se vieron y confederaron. Asistieron á la junta, entre otros, el arzobispo de Tarragona, el obispo de Tarazona, Pedro Fernández de Azagra señor de Albarracín, Guillén de Cervera, el vizconde de Cardona y Guillermo de Moncada. Los prelados y nobles que asistieron á esta asamblea decidieron tomar al rey bajo su protección, y acordaron que continuase por el pronto D. Sancho en la gobernación del reino, mientras justa y debidamente gobernase [1].

1 Zurita, lib. II, cap. LXVIII.

Muy pronto fué preciso sacar á D. Jaime del castillo. Éste advirtió un día á los ricos-hombres que «acudiesen á buscarle á Monzón, porque estaba resuelto á salir de allí de cualquier modo [1].» Precoz era D. Jaime en todo: destinábale Dios para que, niño aún, conquistase reinos. Púsole un día el maestre del Temple en manos de los ricos-hombres confederados, ó permitió que le sacasen de las suyas, que en esto no anda clara la crónica, y el niño rey salió del castillo para ponerse al frente de un escuadrón de caballeros que le esperaban junto al puente de Monzón, reiterándole al verle su homenaje.

Según parece, se hizo creer al joven monarca que el conde D. Sancho se hallaba en Selgua esperándole al paso para apoderarse de su persona, y es fama que entonces, con los bríos de independencia y soberbia que apuntaban ya en el mozo, al par que con deseos de hacer pronto sus primeras armas, juró combatir á todo trance por su libertad, y, empuñando una espada, se puso una cota de malla que le prestó uno de sus caballeros. Fué quizá aquella la vez primera que latió un corazón de nueve años bajo la férrea coraza de un guerrero.

Ni D. Sancho ni sus partidarios, sin embargo, se presentaron á impedir el paso de D. Jaime, que llegó á Huesca sin contratiempo alguno, pasando luego de Huesca á Zaragoza, donde fué recibido con grandes solemnidades y fiestas, formándose en seguida un consejo compuesto de Sancho obispo de Zaragoza, Bernardo obispo de Barcelona, á quien nombró el rey su canciller, Berenguer obispo de Lérida y Roda, Arnaldo vizconde de Castellbó, Guerau de Cabrera, Guillermo de Moncada, Dalmau de Castellbisbal, Pedro Fernández

1 *Crónica de D. Jaime*, cap. XIII.

de Azagra señor de Albarracín y mayordomo del reino de Aragón, Rodrigo de Lizana, Blasco de Alagón y el señor de Atorella.

CAPÍTULO XXIV.

Cortes en Villafranca y en Lérida.—Servicio del bovaje.—D. Sancho dimite su cargo.—Confirmación de la moneda jaquesa.—Reconciliación del rey con Montpeller.—Carta del Papa al rey de Aragón.—Los catalanes y aragoneses se apoderan de Tolosa.—Cortes en Barcelona.—Orden de Nuestra Señora de la Merced.—Primeros caballeros que tomaron el hábito.—Calamidades producidas por la sequía.—Toma D. Jaime los castillos de Albero y de Lizana.—Sitio de Albarracín.—Cortes en Huesca.—Casamiento de D. Jaime con Doña Leonor de Castilla.—Cortes en Huesca.—Cortes en Daroca.

(De 1218 á 1221.)

Por disposición de su consejo, que ansiaba terminar cuanto antes las revueltas y turbaciones que había originado en el reino la minoría de D. Jaime, éste convocó á Cortes á los catalanes en Villafranca, y á los aragoneses en Lérida [1]. Tuvieron lugar en 1217 y 1218. Siguiendo al analista catalán, en aquellas primeras Cortes, y no antes, fué cuando se concedió al rey el servicio del bovaje. «Era éste cierto servicio, dice Zurita, que se hizo en reconocimiento de los reyes, al principio de su reinado, en el cual contribuían los eclesiásticos y las ciudades y villas del Principado de Cataluña: y comprendía todos los lugares desde Segre á Salsas. Pa-

1 Feliu de la Peña, lib. XI, cap. VI.—Zurita (lib. II, cap. LXXI), dice que las Córtes se celebraron en Tarragona, á principios de Julio de 1228, y que de allí se partió el rey para Lérida, en donde se juntaron también á Cortes catalanes y aragoneses por el mes de Setiembre.

gábase este servicio por las yuntas de bueyes, de donde tomó el nombre, y por las cabezas del ganado mayor y menor, y por los bienes muebles cierta suma, la cual se fué variando conforme á los tiempos. Este servicio se concedió primero, fuera de lo acostumbrado, en tiempo del rey D. Pedro, padre deste rey D. Jaime, en el año de M.CCXI, para la guerra contra los moros, y para la ida á la batalla de Úbeda, no siendo á ello obligados: y también se concedió al mismo rey, graciosamente, cuando casó sus hermanas con Federico, rey de Sicilia, y con los condes de Tolosa.»

Ante las Cortes de Lérida se presentó el infante Don Sancho, lugarteniente ó procurador general del reino, y dimitió su cargo, reconociendo al rey y prestándole juramento de servirle fiel y lealmente. El rey recompensó sus servicios—y esto prueba la lealtad de D. Sancho—haciéndole merced del castillo y villas de Alfamén, Almudévar, Almunient, Pertusa y Lagunarrota, hasta en la suma de 15.000 sueldos de renta, los cuales le dió en honor, según fuero de Aragón, asignándole á más 10.000 sueldos barceloneses en las rentas de Barcelona y Villafranca [1].

Fueron convocadas también estas mismas Cortes de Lérida para reformar abusos y hacer observar la paz y tregua, y en ellas el rey confirmó la moneda jaquesa, que últimamente se había labrado en tiempo del rey D. Pedro su padre, ofreciendo y jurando que no daría lugar á que de nuevo se labrase otra, ni bajase ni subiese de ley ni peso.

Hallándose D. Jaime en Lérida, con motivo de las Cortes, escribió una carta á los doce cónsules habitantes de Montpeller, perdonándoles los agravios que tenía contra ellos, concediéndoles su amistad y confirmándo-

1 Zurita, lib. II, cap. LXXI.

les sus privilegios [1]. Parece que medió en este asunto Bernardo obispo de Magalona, el cual fué á Lérida de embajador. La historia no aclara los motivos de descontento que podían haber mediado entre el rey de Aragón y sus súditos de Montpeller; pero sin duda éstos habían tratado de sublevarse, impelidos por los partidarios de los hijos del segundo matrimonio de Guillermo, ó quizá también por el espíritu republicano de que no dejaban de hallarse animados los habitantes de aquella ciudad.

En la misma Lérida recibió D. Jaime una carta del papa Honorio ú Honorato III, que acababa de suceder á Inocencio, prohibiéndole que ni él ni sus súbditos emprendiesen la menor tentativa contra Simón de Montfort. Honorio recordaba á D. Jaime en esta carta las obligaciones que debía á la Santa Sede, «que os ha sacado, decía, de manos de los que llamábais vuestros enemigos, para devolveros á vuestros súbditos.» Se quejaba en seguida de que de estas tierras se hubiesen enviado auxilios á los tolosanos, y le requería para que inmediatamente retirase sus tropas, guardándose de atacar directa ni indirectamente los dominios poseídos en el condado de Tolosa en nombre de la Iglesia romana. «De otro modo, añadía, perjudicaríais tanto á la Iglesia romana, que nos veríamos obligados á pedir el apoyo de las naciones extranjeras para castigar vuestro reino.» Insolente amenaza que no hubiera dejado de contestar D. Jaime con justísima arrogancia, á tener lugar algunos años más tarde.

Y, bien mirado, D. Jaime no tenía culpa de lo que pasaba. Después de la batalla de Muret, el conde de Tolosa, perdidos sus estados, hubo de emigrar, viniendo por fin á refugiarse en nuestro país, donde trató de

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 302.

levantar un cuerpo de tropas que le ayudasen á reconquistar sus dominios [1]. No le fué difícil lograr su propósito. En aragoneses y catalanes había un vivo deseo de vengar la muerte de D. Pedro y marchar contra Simón de Montfort; ofrecíaseles el conde de Tolosa como vengador, y acudieron presurosos á alistarse bajo su bandera. Los catalanes fueron particularmente los más decididos y los que más pronto acudieron al llamamiento del conde [2], protegiendo también á éste muy particularmente el infante D. Sancho, procurador general del reino á la sazón [3]. El de Tolosa atravesó los Pirineos con una aguerrida hueste catalana-aragonesa, conducida por el bizarro conde de Pallars [4], en cuya familia parecía deber vincularse la defensa de las buenas causas, y comenzó una rápida y brillante campaña, cuyo primer período terminó con la toma de Tolosa, que cayó en sus manos por sorpresa. Dueño nuevamente de esta ciudad su antiguo señor, reedificó sus muros y fortificaciones, y, con ayuda de sus catalanes y aragoneses, al propio tiempo que de la parte de sus tolosanos que permanecieran fieles á su causa, sostuvo en ella un largo sitio contra la hueste de Simón de Montfort, sitio fatal á este caudillo, pues que en él murió de una pedrada que le destrozó la cabeza. Así quedó vengada la muerte de Pedro de Aragón. El sitio de Tolosa fué continuado por Amaury de Montfort, hijo de Simón, pero se vió obligado luego á levantarlo, sin que sepamos nosotros, pues lo callan las historias, la parte que tomó en la defensa de la ciudad la hueste aragonesa-catalana, mandada por el conde de Pallars, aunque es de suponer, fué muy principal, pues era el cuerpo de tropas

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 288.
2 Feliu de la Peña, lib. XI, cap. VI.
3 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 302.
4 Idem, id., pág. 299.

más escogido y privilegiado del conde de Tolosa. Es lo cierto, de todos modos, que las amenazas del Papa no consiguieron que faltase á los tolosanos el auxilio de los nuestros; en el estado en que se hallaban las cosas, ni el rey mismo hubiera podido impedirlo.

De Lérida debió pasar D. Jaime á Barcelona, durante el año 1218, si es cierto que celebró Cortes en esta ciudad, conforme sientan los *Anales de Cataluña*. «Convocáronse estas Cortes, dicen, para el acertado gobierno de la provincia y asistencias para la guerra contra infieles, y confirmósele al rey el bovaje.»

Hallándose D. Jaime en Barcelona, con motivo sin duda de la celebración de Cortes, tuvo lugar la fundación de la orden de Nuestra Señora de la Merced. Protegió esta orden el monarca cuando aún era de corta edad, revelando ya así la nobleza de sentimientos que se agitaban en el fondo de su alma impacientes de darse á luz y de mostrarse con todo su lujo y su grandeza. ¡Bella institución la de la milicia mercenaria! Caballeros unidos por un lazo fraternal, que la religión bendecía, su misión era la de romper las cadenas de los desventurados cristianos que gemían en húmedas y lóbregas mazmorras; tenían por divisa *Vincula me manent;* por obligación el acudir solícitos á ocupar el sitio de los pobres y míseros esclavos, y por deber el dedicarse á recojer limosnas en todas partes para ir luego con galeras preñadas de oro á las ciudades árabes y regresar con las mismas henchidas de rescatados prisioneros.

Según la leyenda, la Virgen se apareció en sueños en un mismo día y á una misma hora á Pedro Nolasco, ayo que fué del príncipe aragonés cuando se hallaba en poder de Montfort y que luego le siguió á nuestras tierras, á Raimundo de Peñafort, confesor que era del rey, y al mismo D. Jaime, incitándoles á los tres á fundar

una religión para redimir cautivos, con obligación de que cuantos de ella formasen parte debían quedarse en prisiones, si fuese necesario, para dejar libres y sustituir á los cautivos. Milicia que tan santo objeto se proponía, bien podía tener ó bien podía dársele origen divino.

La institución de la orden de Nuestra Señora de la Merced, tuvo solemnemente lugar el 10 de Agosto de 1218, en la catedral de Barcelona, siendo entonces obispo de esta ciudad el noble caballero Berenguer de Palou. Celebró éste de pontifical, predicó Raimundo de Peñafort, que contó la visión que tuviera el rey, Pedro Nolasco y él, y terminada la ceremonia religiosa, Don Jaime bajó de su trono y dió el hábito á Nolasco y á otros varios señores, pues quiso fuese orden militar para que entraran en ella muchos caballeros que eran de la congregación de la Misericordia, y habían servido con gran valor en guerras pasadas. Concedióles el obispo por insignia la cruz blanca del cabildo, á fin de que pudieran ostentarla en el pecho, por haberse fundado la orden en la santa iglesia, y el soberano colocó debajo de ella el escudo de sus armas. A los tres votos solemnes y sustanciales de todas las religiones, añadió Pedro Nolasco el cuarto, de redimir cautivos y quedar por ellos en rehenes, si la necesidad espiritual lo pidiese; y por este voto que dejó á la orden, obligábanse sus hijos á perder la libertad y exponer la vida, para que conservasen la fe los cautivos cristianos que corriesen riesgo de perderla.

Catorce fueron los caballeros, todos de militar estirpe, que aquel día vistieron el santo hábito. San Pedro Nolasco, el primero; Guillén de Bas, descendiente de los antiguos vizcondes de este nombre; Bernardo d Corbera; Arnaldo de Carcasona; Ramón de Montolit señor del castillo de Vespella; Ramón de Moncada, d

la noble familia de los Moncadas; Pedro Guillén de Cervelló; Domingo de Ossó; Ramón de Villestret; Guillén de San Julián; Hugo de Mataplana; Bernardo de Scorna; Ponce de Solanes, y Ramón de Blanes [1].

Pocos días después de esta piadosa ceremonia y fundación de esta orden, que debía reportar grandes bienes á la familia y á la cristiandad, D. Jaime regresó á Aragón, á tiempo que sobrevino en estos reinos una sequía tan espantosa, que, según cuentan añejas crónicas, se agostaron los campos, se perdieron las siembras, perecieron los ganados y hasta murieron de hambre muchas personas.

Por aquel entonces se halla que formaban el consejo del rey, Aspargo arzobispo de Tarragona, D. Jimeno Cornel, D. Guillén de Cervera y D. Pedro Ahones. Ante este consejo y ante el rey presentáronse un día los nobles Pelegrín y Gil de Atrosillo, en demanda de justicia contra D. Rodrigo de Lizana, que había detenido y llevádose preso á su castillo, en vez de retarle, según fuero, á D. Lope de Albero, pariente de aquéllos. El consejo fué de dictamen que el rey mancebo debía marchar contra el agresor hasta libertar á D. Lope y hacerle que le fuesen resarcidos todos los daños que podían habérsele ocasionado, y, aceptando este dictamen, D. Jaime, mozo de doce años apenas, vistió la armadura, empuñó la lanza y, al frente de escogida hueste, marchó contra su vasallo rebelde, haciendo sus primeras armas en el asedio del castillo de Albero, del cual injustamente se había apoderado D. Rodrigo de Lizana. No tardó el castillo en sucumbir, y, orgulloso con su primera victoria, fué el joven monarca á poner sitio á Lizana, en cuyo punto se hallaba preso D. Lope. Ya este castillo le fué más difícil de tomar; que valerosamente

Crónicas de la orden.

supo defenderlo D. Pedro Gómez, jefe de la guarnición. Llevaba el rey un fundíbulo, con el cual, después de disparar 1.500 piedras, llegó á abrir espaciosa brecha en el muro, disponiéndose en seguida el asalto. A favor de éste, que fué muy reñido y sangriento, logró apoderarse D. Jaime de la plaza, rescatando á D. Lope de Albero que en ella se hallaba prisionero. Tuvieron lugar estos sucesos en 1220 [1].

No hubo de terminar con esta victoria la campaña del rey. D. Rodrigo de Lizana, despechado y ansioso de tomar venganza, fué entonces á refugiarse en los estados del señor de Albarracín, quien, como ya sabemos, era un caballero que se titulaba independiente, no reconociéndose vasallo sino de Santa María. Pedro Fernández de Azagra, señor de Albarracín, que antes seguía la parcialidad de D. Jaime y había ayudado á afirmarle en el trono, declaróse entonces contra él, prestando favor y apoyo de armas á D. Rodrigo de Lizana. El monarca que, bien mozo aún, acababa ya de hacer méritos al renombre de Conquistador que debían darle un día la posteridad y la historia, marchó decididamente contra el de Azagra, y puso cerco á Santa María de Albarracín. Por desgracia fué mal servido de los suyos en esta nueva empresa, y amargamente se lamenta de ello en su propia crónica [2]. Los sitiados tenían inteligencias entre los sitiadores, y avisados por algunos de éstos, hicieron cierta noche una salida, logrando incendiar las máquinas, y matando, entre otros, á don Guillén de Pueyo y á D. Pelegrín Ahones, que eran de los pocos servidores leales con quienes el rey contaba. «Entonces, dice D. Jaime en su historia, cuando los de nuestro consejo vieron que se nos había engañado y

1 Crónica de D. Jaime, cap. XIV.—Zurita, lib. II, cap. LXXIV.
2 Cap. XV.

que éramos tan mal servidos de los nuestros, fueron de parecer que levantásemos el sitio, y no tuvimos más recurso que hacerlo, pues había dentro de la plaza tantos ó más caballeros de los que Nos contábamos para sitiarla, y no teníamos siquiera quien nos aconsejase en nuestra corta edad.»

Después del cerco de Albarracín, tuvo el rey Cortes á los aragoneses en la ciudad de Huesca, proveyéndose en ellas, según la crónica, algunas cosas que convenían al buen gobierno de la tierra. Debieron tener lugar estas Cortes en Setiembre de 1220, aunque hay quien asegura que fué en Setiembre de 1221, y hubo sin duda de tratarse en ellas de las disensiones en que andaba encendido el reino, disensiones que no eran sin embargo más que el prólogo de las que iban á sucederse ocasionadas por los nobles, dispuestos siempre á ostentar su orgullo haciendo desprecio de la autoridad del monarca y de las leyes.

Preveyendo esto seguramente, los más decididos defensores de la paz y tranquilidad del reino, habían conseguido en 1219 que el Papa tomase bajo su protección la persona del rey con el reino de Aragón, el Principado de Cataluña y el señorío de Montpeller, siendo el consejo real de nombramiento del Sumo Pontífice, y teniendo este consejo una autoridad suprema en nombre del monarca; pero todo esto era dique insuficiente para contener el orgullo desmedido y las imprudentes contiendas de los magnates. También con la intención probable de robustecer el poder de un rey mozo en demasía, se trató de enlazarlo con Castilla, y se aconsejó á D. Jaime que tomase por esposa á Leonor, hija del Alfonso VIII de León y III de Castilla, y hermana de la reina Berenguela, madre que fué de Fernando *el Santo*. D. Jaime, aun cuando sólo acababa de cumplir trece años, cedió sin embargo á las insinuaciones de sus con-

sejeros, que acaso intentaban con este enlace alejar los riesgos que de otro modo podían amenazar á su persona y al país.

Los esponsales se verificaron en 6 de Febrero de 1221 en la villa de Agreda, á donde fué D. Jaime y á donde acudieron asimismo los reyes de Castilla, al par que los principales magnates de este último reino y de los de Aragón y Cataluña. Según costumbre, el rey señaló en arras á la reina las villas de Daroca, Pina, Epila, Uncastillo, con la ciudad de Barbastro, Tamarit de San Esteban, Montalván, Cervera, y las montañas de Prades y Ciurana. De Agreda pasaron los recién casados á velarse en Tarazona, donde el rey fué armado caballero, ciñéndose por sí mismo la espada que estaba sobre el altar. Para la celebración de este enlace no se tuvo en cuenta el parentesco que mediaba entre ambos consortes, como biznietos que eran del emperador D. Alfonso, y así fué que al cabo de pocos años lo anuló el Sumo Pontífice, de manera que la reina repudiada hubo de retirarse al monasterio de las Huelgas de Burgos, acabando allí sus días.

Celebrado su matrimonio, D. Jaime y Doña Leonor se dirigieron á Huesca, á donde nuevamente se había llamado á Cortes á los aragoneses, y en ellas confirmó el monarca por siete años, como hiciera en las de Lérida, la moneda jaquesa que el rey su padre mandara labrar. Fué esto por el mes de Abril [1].

Los dos esposos anduvieron visitando las ciudades de Aragón y Cataluña, permaneciendo algún tiempo en Zaragoza, y pasando por fin á Daroca, para donde se habían convocado Cortes por Marzo de 1222 [2].

1 Zurita, lib. II, cap. LXXVI.
2 Idem, id.

CAPÍTULO XXV.

D. Guerau de Cabrera se presenta al rey para prestarle homenaje por el condado de Urgel.—Condiciones con que se le dió el condado.—Rompimiento entre Guillermo de Moncada y el conde del Rosellón.—El de Moncada entra en Rosellón.—El rey marcha contra el de Moncada.—Liga entre los nobles.—Los coaligados se apoderan de la persona del rey.—Opresión del rey.—D. Jaime en Monzón y en Tortosa. —Fuga del rey y llamamiento á los barones del reino.—El rey moro de Valencia tributario de D. Jaime.—Encuentro del rey con Pedro Ahones, y muerte de éste.

(DE 1222 Á 1225.)

Ya había cumplido el rey los catorce años cuando se reunieron las Cortes en Daroca, y finalizado había también el año que hubo de pasar sin tener trato íntimo con su esposa, á causa de su menor edad. El joven monarca daba ciertamente muestras de gran entereza, superior á sus pocos años, pero llevábanle á mal traer sus ricoshombres, bulliciosos por demás y por demás soberbios.

Hallándose en Daroca en 1222, se le presentó, para hacerle reverencia, dicen las crónicas, D. Guerau de Cabrera, que se titulaba conde de Urgel. Explicadas quedan ya la contiendas que éste tuviera con el rey Don Pedro. Muerto éste en la batalla de Muret, el de Cabrera aprovechó la menor edad de D. Jaime para volver á tomar las armas, apoderándose de todo lo que pudo haber en el condado de Urgel, y se presentó en Daroca al rey para que, recibiéndole homenaje, le confirmase con aceptarlo en la posesión de este condado. Sin embargo, no quedó el de Cabrera en gracia del rey tan cumplidamente como pensaba, ni sus negocios tan acertados como él quería, pues D. Jaime no quiso por

el pronto entender en ellos, prometiéndole que luego iría á Cataluña para poner mano en todo.

Y efectivamente fué, pues por las crónicas se halla que estaba en Tarrós, villa pequeña del condado de Urgel, situada entre Balaguer y Lérida, el día 21 de Diciembre de aquel mismo año de 1222. Allí se le presentó de nuevo el Guerau de Cabrera como conde de Urgel, y oyó el rey sus pretensiones asistido por un consejo, que lo formaban su esposa Doña Leonor, sus tíos el conde D. Sancho y D. Fernando, el mayordomo del reino D. Artal de Luna, su primo D. Nuño Sánchez, su consejero D. Pedro Ahones, y otros ricos-hombres de cuyo nombre no se hace mérito. En esta solemne audiencia perdonó D. Jaime al de Cabrera los hurtos, incendios y males por él y sus valedores ocasionados en la pasada guerra contra el rey D. Pedro, y le prometió guardar todo lo que los nobles, barones y síndicos de universidades le habían prometido después de la muerte del rey su padre, que era dejarle el condado de Urgel con título de conde, pero con reserva de feudo al monarca, con reconocimiento de fidelidad á los reyes y condes de Barcelona, y con obligación de estar á derecho con Doña Aurembiaix ante el rey, en caso de pedir ella por justicia el condado [1].

Grandes acontecimientos se iban preparando entre tanto en el reino, comenzados por las turbaciones que movieron dos magnates principales, quienes levantaron tropas y guerrearon uno contra otro, como pudieran haberlo hecho dos potentados mayores é independientes. D. Nuño Sánchez, hijo del conde D. Sancho, tío del rey, y D. Guillermo de Moncada, vizconde de Bearn [2],

1 Monfar, *Historia de los condes de Urgel*, cap. LV.—Zurita, lib. II cap. LXXVII.

2 Este Guillermo de Moncada, vizconde de Bearn, de que habl nuestras crónicas, era hijo del Guillermo Ramón de Moncada, matad

tuvieron una cuestión sobre un azor torzuelo, y, como muchas veces sucede, de tan insignificante origen partieron gravísimos sucesos. Trabáronse de palabra los dos caballeros, y el de Moncada juró vengarse con las armas en la mano, convirtiéndose en odio profundo la amistad que hasta entonces había reinado entre ambos señores. Cada uno de ellos buscó en seguida auxiliares entre sus deudos y amigos, y la mayor parte de la nobleza se dividió en dos bandos, consiguiendo D. Nuño que el rey se pusiese de su parte.

Primo era de D. Nuño el monarca, y al saber que el de Moncada se disponía á correr las tierras de su rival y á entrar en el Rosellón, le escribió prohibiéndole todo acto hostil; pero la autoridad real obraba poco en el ánimo de aquellos turbulentos y soberbios vasallos, y menos aún que en ninguno influía la palabra del rey en Guillermo de Moncada, que, al orgullo desmedido que caracterizaba á su familia, unía la firme é invencible voluntad de un señor independiente. El mensaje del monarca no consiguió otra cosa de él que hacerle adelantar sus preparativos. Partió con su hueste, atravesó los Pirineos, se arrojó sobre las tierras del conde Don Sancho y de su hijo D. Nuño, y, después de haberse apoderado por asalto del castillo de Avalri, poco lejano de Perpiñán, marchó contra esta propia ciudad (1223).

Los perpiñaneses tomaron las armas en favor del hijo de su conde, y bajo el mando de Gisberto de Barberá, se avanzaron al encuentro del de Moncada, que derrotó

del arzobispo de Tarragona, que entró á suceder en el vizcondado de Bearn por muerte sin hijo de su hermano gemelo Gastón. En la genealogía de la casa de Bearn se llama Guillermo de Montrate y tam-[illegible]én de Mont-Cathan ó de Monte-Catano al que nosotros llamamos de [illegible]oncada, y que, á pesar de ser señor de Bearne, figura en nuestros ana[illegible] como uno de los barones de D. Jaime á quien luego, según veremos, [illegible]ompañó á la conquista de Mallorca.

á Barberá haciéndole prisionero. La nueva de la atrevida empresa del vizconde de Bearn, puso en conmoción á toda Cataluña, y Ramón Folch, vizconde de Cardona, enemigo particular del de Moncada, se dirigió con numerosa hueste al Rosellón, en apoyo y auxilio de Don Nuño. Por su parte, D. Jaime, viendo el desprecio que de su mensaje hiciera Guillermo, se apresuró á reunir hasta 400 caballeros de su mesnada, y, penetrando en Cataluña, se arrojó de improviso sobre las tierras del de Moncada y de sus valedores, tomándoles 130 fortalezas entre torres y castillos, entre otros Cervelló, del cual se apoderó en trece días. Seguidamente se presentó ante el castillo de Moncada, situado en una eminencia cerca de Barcelona, donde estaba Guillermo con 130 caballeros de los suyos, y le intimó que le abriese las puertas. El vizconde de Bearn respondió soberbiamente que no haría tal mientras el rey se lo pidiese al frente de una hueste, y D. Jaime, entonces, asentó su campamento y puso cerco á la plaza. Sucedió, empero, lo mismo que en Albarracín. El secreto apoyo que hallaba Guillermo de Moncada en los nobles que acompañaban á D. Jaime y las inteligencias que tenía entre ellos, le proporcionaban los medios de aparecer arrogante impunemente. Los mismos sitiadores le facilitaban víveres, le daban noticia de los movimientos, le informaban de todo; y el rey, después de tres meses, se vió obligado á levantar el cerco, con harto menoscabo de su autoridad y harto ensoberbecimiento de su enemigo, que tornó á emprender sus hostilidades, apoderándose de Tarrasa, de Serbós, y marchó sobre Piera, si bien no logró penetrar en esta villa.

Ya entonces la oposición del de Moncada comenzó á tomar un carácter más marcado de rebeldía, y abandon su colorido de guerra particular para tomar el de guer política. Apoyada por este poderoso magnate, se forn

una liga entre todos los caballeros que querían dominar al rey para repartirse los honores y gobernar en nombre del monarca; y, como por encanto, desaparecieron entonces los motivos de odio que se tenían D. Nuño Sánchez y el de Moncada, quienes trataron y convinieron entre sí secretamente. Fueron arrastradas también á esta liga las ciudades de Zaragoza, Huesca y Jaca. Los jefes eran el infante D. Fernando, tío del rey, que, á pesar de ser abad de Montearagón, gustaba de andar en cabalgadas, tomar parte en rebatos y promover disturbios; D. Guillermo de Moncada y D. Pedro Ahones.

Hallábase D. Jaime en Alagón, rodeado de caballeros que creía adictos á su persona, cuando recibió un mensaje de parte de su tío D. Fernando, del de Moncada y del de Ahones, participándole que iban donde él estaba para ponerse á su servicio y conformarse con su voluntad. Acogió el rey benévolamente el mensaje, pero encargó á Nuño Sánchez y á Pedro Fernández que no dejasen penetrar en la plaza más que á cinco caballeros de la compañía de aquellos barones, aposentando su gente en los lugares inmediatos; pero el ingrato Don Nuño se había entendido ya y convenido con los de la liga, formaba parte de ella también, y dejó entrar en Alagón á más de 200 caballeros. El objeto era apoderarse de la persona del rey, para que fuese un maniquí en sus manos y pudiesen ellos gobernar el reino á su antojo, bajo la ilusoria regencia del infante D. Fernando. Los jefes de la liga hablaron al rey un lenguaje muy reverente en apariencia y le indujeron á pasar á Zaragoza, donde le dijeron que podía ordenar más cómodamente sus negocios, estando ellos por su parte dispuestos á cumplir todo lo que les mandase. Lo que querían era llevarle á Zaragoza, á donde fué, efectivamente, engañado, y en donde se encontró prisionero de sus barones. De tal modo le tenían preso, que pusieron

guardia á su persona, y hasta los encargados de vigilarle dormían en su propia estancia y en la de la reina.

El rey se quejó amargamente á varios de sus nobles, entre ellos á D. Pedro Ahones, de la conducta que con él se seguía, pero nada pudo conseguir. Un día se le presentó Guillermo de Moncada, y le hizo prometer que enmendaría los daños hechos en sus tierras dándole 20.000 morabatines, á lo cual se vió precisado á acceder, lo propio que á otras muchas exigencias. Durante algún tiempo, D. Fernando ejerció el mando supremo en nombre del rey, pero no bastó á satisfacer á los nobles, algunos de los cuales comenzaron á hacerle oposición. «D. Fernando, D. Guillermo de Moncada y Don Nuño, dice el rey en la historia de su vida, se repartían entonces los honores de Aragón, y escudándose en que eran consejeros nuestros, hacíanlo según su antojo.» Como D. Jaime no dejaba de tener algunos amigos leales, intentó persuadir á la reina á que se fugasen de noche por una ventana; pero no pudo reducirla á tomar semejante resolución, y fué necesario esperar que luciesen para ellos más serenos días.

En 1224 parece que el rey estuvo en Monzón, siempre acompañado de sus barones carceleros, y es fama que allí tuvo lugar una nueva confederación de magnates, so pretexto de acabar con la opresión del rey y atender al bien del país, pero en realidad para entrar á repartirse los empleos, las rentas y los honores aquéllos que no habían podido conseguirlo. El resultado fué, que aumentaron más aún las turbaciones del reino. De Monzón volvió D. Jaime á Zaragoza, donde á 14 de Marzo de 1225 confirmó los privilegios y franquicias de dicha ciudad, y luego, sin saberse la razón, se trasladó á Tortosa, acompañándole en clase de consejeros lo obispos de Zaragoza, de Huesca, de Lérida y de Tarazona; el infante D. Fernando y D. Nuño Sánchez, Do

Guillermo de Moncada, vizconde de Bearne; D. Guillermo Ramón de Moncada, senescal de Cataluña; otro D. Ramón de Moncada, D. Pedro Fernández de Albarracín, que se había ya reconciliado con él; D. Pedro Ahones, y varios otros.

Hallándose en Tortosa, encontró el rey medio de escaparse de manos de sus ricos-hombres. Fugóse de la ciudad, burlando la vigilancia de sus guardas, y refugiándose en un lugar cercano llamado Horta, que pertenecía á los templarios, despachó desde allí cartas de llamamiento á los barones, que tenían las villas y lugares de su reino en honor, citándoles para Teruel, desde donde pensaba hacer entrada en tierras de moros. Hay quien dice que lo que en realidad quería era hallarse rodeado de buenas huestes para infundir respeto á los propios, más bien que para ofender á los extraños. Pocos acudieron al llamamiento real: al llegar el día señalado, sólo comparecieron D. Blasco de Alagón, D. Artal de Luna y D. Ato de Foces, debiendo el rey muy especiales servicios en aquella ocasión á un amigo antiguo de su padre, ciudadano de Teruel, que se llamaba Pascual Moynos ó Muñoz.

Más de tres semanas estuvo esperando D. Jaime la llegada de sus ricos-hombres, hasta que por fin, despechado, tuvo que abandonar á Teruel y dirigirse á Zaragoza, renunciando á la jornada que contra moros proyectaba. Sin embargo, consiguió alguna ventaja á pesar de no haberse roto las hostilidades. Cid Abu Zeyd, rey entonces de Valencia, sabedor de la expedición á cuyo frente iba á ponerse D. Jaime, le envió un mensaje proponiéndole una tregua y ofreciéndose á pagarle como tributo la quinta parte de la renta que le producían las ciudades de Valencia y Murcia, sacando los pechos. El monarca aragonés se apresuró á admitir esta tregua y parias, pero no fué sin disgusto, pues hu-

biera querido ganarlas espada en mano, más bien que deberlas al terror producido por una empresa que no había de realizarse [1].

1 Nuestros analistas y, siguiéndoles á ellos, los historiadores modernos, cuentan esto de diverso modo. Dicen que el rey D. Jaime llegó á entrar en tierra de moros, y que puso sitio á Peñíscola, cuya plaza resistió á todos los asaltos de los agresores, viéndose por fin el joven rey obligado á levantar el cerco, ya por la heróica defensa de los enemigos, ya también por no haberle llegado los socorros que esperaba de sus magnates; pero añaden que, antes de alzar el campo, estipuló con los moros la tregua de que se hace mención en el texto. Yo me atrevo á creer que nuestros analistas han sido inducidos á error en este punto, y voy á dar la razón en que me apoyo. El cerco de Peñíscola pudo muy bien tener lugar por aquella época, pero es á todas luces evidente que no lo puso D. Jaime ni estuvo en él. No habla de ello en la historia que escribió de su propia vida, y es de suponer que no hubiera descuidado el hacer mención de un hecho tan importante. Al contrario, dice en términos categóricos que no estuvo por entonces en tierra de moros, como puede juzgarse por los párrafos de su crónica que traslado á continuación. Hablando de la empresa que contra los moros valencianos proyectó así que pudo escaparse de Tortosa, escribe con referencia á Pascual Muñoz: "Aprontónos cuanto necesitábamos para tres semanas; „mas cuando llegó el día en que debían venir á Nos los ricos-hombres „de Aragón, no hicieron tal, y sí solamente comparecieron D. Blasco „de Alagón, D. Artal de Luna y D. Ato de Foces; y viendo que no „llegaban el día señalado, por su tardanza tuvimos que comernos los ví„veres *que habíamos preparado para entrar en tierra de moros.*„ Y dice en el mismo cap. XXIV, algunas líneas más abajo de éstas: "Pasa„das las tres semanas antedichas, como habíamos consumido antes de „tiempo los víveres que habían de servirnos en la cabalgada, nos sali„mos de Teruel y entramos en Aragón.„ Esto es terminante, pero aún hay más. En el siguiente cap. XXV, explica D. Jaime cómo se encontró con D. Pedro Ahones camino de Zaragoza, y entre las reconvenciones que le dirige, le dice estas palabras: "Os hemos esperado en Te„ruel más de tres semanas, pues ya sabéis que con vos y los ricos-hom„bres de Aragón teníamos pensado hacer una buena cabalgada. Y la lla„mamos así buena cabalgada, *porque aún no habemos visto moros de gue„rra, ¡que ojalá los hubiésemos podido ver y aquí estuvieran!* Y como vo„faltásteis—prosigue hablando D. Jaime,—aconsejónos todo el mund„que, con tan pocos caballeros como teníamos en Teruel, *no entrásem*

Contrariado por el abandono en que le dejaran sus barones obligándole á suspender una jornada que ansiaba, por lo muy ganoso de gloria que se sentía, iba Don Jaime camino de Teruel á *Zaragoza*, cuando al llegar á la segunda aldea que se halla debajo de Calamocha, tropezó con una compañía de 50 á 60 caballeros, mandada por D. Pedro Ahones, uno de los jefes principales de la liga. Iban en cabalgada á correr por cuenta propia las tierras de moros. D. Jaime invitó al de Ahones á volverse con él, pero el caballero dióle por contestación que tuviese á bien no retardarle en manera alguna el viaje.

—D. Pedro Ahones, respondióle entonces el real mancebo [1], por ir una legua conmigo no perderéis gran tiempo.

Accedió D. Pedro, y juntos tomaron la vuelta de Burbáguena, donde entraron en una casa que era de los templarios. Al llegar allí, D. Jaime reconvino agriamente al de Ahones, diciéndole que por él y por los suyos se había visto precisado á abandonar la empresa que contra los moros de Valencia proyectara, habiendo tenido que aceptar por fin la tregua con que el monarca valenciano le acababa de brindar. Su razonamiento terminó con la intimación al caballero de que por ningún motivo tratase de entrar en tierra de moros, pues sería

„*en tierra de infieles.*„ Creo, pues, bastante categórica esta declaración de D. Jaime para poder asegurar que es un error lo del sitio de Peñíscola (*).

1 Palabras mismas del rey. En la relación de los sucesos que se cuentan en este capítulo, he tomado por guía la propia crónica de D. Jaime, sin perder por esto de vista los anales de Zurita, quien da á veces pormenores que en aquélla no se hallan.

(*) Puse esta nota en la primera edición, y, bien meditada, la sostengo en esta segunda, aun cuando vea á Ch. de Tourtoulón y á otros insistir en que D. Jaime puso sitio á Peñíscola, apoyándose en documentos inéditos. Valga por lo que valga, ahí queda mi nota.

esto quebrantar la promesa y pacto del monarca en menoscabo de la autoridad real; pero D. Pedro, con falta de cortesía y sobra de desenfado, replicó que él y su hermano, el obispo de Zaragoza D. Sancho Ahones, habían hecho grandes gastos para tal expedición, y que por lo mismo no volverían un paso atrás hasta haber logrado alguna ventaja sobre los moros.

Encolerizóse el rey, y al ver el empeño con que sostenía el de Ahones su tenacidad, le dijo violentamente:

—Pues no me queréis obedecer, yo quiero que seáis preso.

Al oir esto, D. Pedro, faltando á la dignidad de caballero y á la misión de buen vasallo, requirió su espada; pero el rey se arrojó sobre él con tal ligereza y le detuvo con tanta fuerza, que no le permitió acabarla de sacar. Y esto que era D. Jaime entonces un joven de sólo diez y siete años, y D. Pedro uno de los más robustos y más esforzados caballeros de su época.

Acudieron al ruido las gentes del séquito de D. Pedro, y viendo el lance apurado en que se hallaba su señor, ayudáronle á desasirse de entre las manos del rey, de las que él no había conseguido soltarse á pesar de su robustez. En seguida, saliendo todos con precipitación de la casa donde había tenido lugar esta escena, montaron á caballo y dieron á huir hacia el castillo de Cutanda, que era del obispo de Zaragoza. D. Jaime, que á todo esto se había hallado solo y sin armas, llamó á los suyos, vistióse un perpunte y ciñóse las armas, y montando en un caballo que le prestó un caballero, echó á correr seguido de unos pocos tras de los fugitivos.

Largo trecho corrieron unos y otros, hasta que viendo D. Pedro Ahones fatigado su caballo por tan la carrera y por el peso de sus armas, decidióse á espe á sus perseguidores y á hacerse fuerte en un cerro

cual subió con 20 ó 30 de los suyos. D. Jaime no tenía á la sazón á su lado más que dos caballeros, el de Gudar y el de Pomar; pero mirando sólo á su valor y no pensando más que en satisfacer su enojo, quiso acometer la empresa subiendo al cerro por un atajo, ínterin llegaban sus gentes que por el camino se habían retardado.

Cuando D. Jaime estuvo ya cerca del sitio donde se hallaban sus contrarios, desenvainó su espada agitándola en el aire, y gritando ¡Aragón! ¡Aragón! desembocó en el cerro y se arrojó hacia ellos. A la vista del rey, y al nombre mágico de la patria invocado por el jefe de ella en tan solemne momento, todos los caballeros que con D. Pedro se hallaban le abandonaron, quedando sólo con él su leal escudero Martín Pérez de Mezquita, decidido como leal á seguir la suerte que cupiera á su señor.

D. Pedro se dispuso á hacer frente á todo y á no rendirse, temiendo, como en efecto debía temerlo, todo en aquel acto de la cólera del monarca; defendióse, pues, como un león sañudo y acosado, pero cedió al impulso de la lanza de Sancho Martínez de Luna, sobrevenido en aquel entonces, que entrándole por la escotadura de la loriga, le penetró en el lado derecho, de cuya herida le faltaron luego las fuerzas, de modo que por no dar en tierra se abrazó al cuello del caballo. A vista de esto, el rey descabalgó del suyo con presteza, y abalanzándose hacia él, le recibió en sus brazos, diciéndole con semblante compasivo y triste:

—En mal punto vinísteis á parar, D. Pedro Ahones; valía más que hubiéseis creído lo que aconsejado os habíamos.

Acababa apenas el rey de pronunciar estas palabras, uando llegó D. Blasco de Alagón á todo escape, al fren: de algunos caballeros que blandían sus lanzas.

—Señor, dijo D. Blasco al rey, dejadme alancear á

este león, en venganza de las demasías que os ha hecho.

Pero entonces el clemente y generoso joven, que abrigaba por el momento en su corazón tanta piedad como cólera había guardado antes, cubriendo con su cuerpo al herido caballero, contestó á D. Blasco:

—Dios os confunda por las palabras que habláis, D. Blasco; y os digo ahora que antes que á D. Pedro Ahones hiráis, tendréis que herirme á mí.

Detuvo su intención D. Blasco al oir las nobles palabras del real mancebo, y, dejando su lanza, ayudó á poner al herido sobre un caballo; pero antes de llegar á Burbáguena exhaló el último suspiro, y ya sólo cadáver lo llevaron al pueblo.

Era el muerto caballero, uno de los más poderosos del reino: poseía la fortísima villa de Bolea, era suyo todo el Sobrarbe, mucha parte de Ribagorza, y su señera feudal flotaba orgullosa y altiva en muchos castillos de la montaña. Su muerte produjo nuevos altercados en el reino, sirviéndose de este pretexto los mal contentos para sus fines contra el rey, y siendo jefe de los nuevos disturbios que se ocasionaron el infante D. Fernando. A consecuencia de esto, dividiéronse todavía más profundamente los nobles en facciones, y una nueva tempestad, creciendo terrible en el horizonte de la política, amagó descargar sobre el trono del joven monarca.

CAPÍTULO XXVI.

Los catalanes acuden en auxilio del rey.—Saqueo de Alcovera y batalla del Castellar.—Cortes en Tortosa.—Toma de Ponciano y de Cellas. —Lo que sucedió al rey en Huesca. —Terminan los bandos.—Retrato de D. Jaime.—Aurembiaix de Urgel se presenta al rey y reclama el condado.—Donación de Lérida á D. Jaime.—El rey declara la guerra á Guerau de Cabrera.—Se apodera de varios pueblos.—Entra en Balaguer.—Se le entrega Agramunt.—La condesa de Urgel queda restablecida en sus estados.

(De 1225 Á 1228.)

Otra vez tuvo entonces D. Jaime que hacerse fuerte oponiendo astucias contra astucias y armas contra armas. Su solio llegó á bambolear en medio de todos aquellos choques; pero su fuerza de voluntad, su varonil entusiasmo, su extraordinario ardor le sostuvieron, y si en medio de aquella deshecha tempestad, promovida en el país por tan opuestos bandos, otro rey hubiese naufragado, nuestro joven monarca—si es que alguna vez D. Jaime llegó á ser joven,—pareció crecerse en los peligros arrostrándolos con frente enhiesta y pecho de león, cual si tuviera el privilegio de disipar con su aspecto las tormentas.

Muerto D. Pedro Ahones, dirigióse el rey con su gente al castillo de Bolea; pero ya estaba dentro de los muros el infante D. Fernando con su hueste, y tuvo que retroceder encaminándose á Almudévar, donde permaneció tres semanas, para luego pasar á Pertusa, en cuyo punto se le unió Ramón Folch de Cardona, con su ermano Guillermo, al frente de 60 caballeros catalanes.

Ya en esto todas las ciudades de Aragón, excepto Caatayud, se habían alzado contra el rey, y comenzó en-

tonces una verdadera guerra civil de sangre y exterminio. El obispo de Zaragoza D. Sancho Ahones, batallador como todos los prelados de su tiempo, había juntado mucha gente de su parcialidad, y, en venganza de la muerte de su hermano, se arrojó sobre Alcovera tomándola y pasándola á saco y á degüello. En cambio, D. Blasco de Alagón y D. Artal de Luna, partidarios del rey, atravesaron el Ebro, y cayendo sobre una hueste de zaragozanos que acampaba junto á la sierra del Castellar, la derrotaron por completo haciéndola perder más de 300 hombres entre muertos y prisioneros.

Si hemos de dar crédito á Feliu de la Peña [1], el rey nombró por general en jefe de sus tropas al vizconde Ramón Folch de Cardona, y debió aprovechar un claro que le dejaron libre las contiendas, para venirse á Tortosa, donde convocó á Cortes á los catalanes, recibiendo de éstos los auxilios de armas y dinero que necesitaba para continuar la guerra civil de Aragón.

La verdadera campaña comenzó con la toma de Ponzano, de que se apoderó D. Jaime con auxilio del vizconde de Cardona y de su gente, pasando luego á sitiar el castillo de Cellas, que tomó también. Formaban entonces su consejo Ramón Folch de Cardona, Rodrigo de Lizana, Ato de Foces, Ladrón y Pedro de Pomar. Aconsejaron éstos al rey que se suspendiesen por unos días las hostilidades, ínterin Aspargo, arzobispo de Tarragona, que se ofreciera á ello, mediaba entre ambos partidos para llevarlos á un acomodamiento; pero todos los buenos deseos del noble arzobispo se estrellaron ante las exigencias de los del bando enemigo de D. Jaime.

Iba, pues, á reanudarse la campaña, cuando el rey fué víctima de una negra traición. Se le había enviado un mensaje en nombre de Huesca, rogándole que entra-

1 Lib. XI, cap. VII de sus *Anales*.

en ella, pues estaba pronta á prestarle obediencia. Creyólo D. Jaime, y se encaminó á la ciudad, con la previsión de no llevar caballeros armados, siendo recibido con júbilo al parecer; pero á las aclamaciones de su recibimiento, sucedió por la noche la gritería de los amotinados que cercaron la casa en que moraba, teniéndole en ella como prisionero. Salió el rey de su posada en cuanto amaneció, y á caballo, y en la misma plaza, peroró ante la turbulenta y amenazadora muchedumbre que podía apenas contener el Concejo de la ciudad. Enérgicamente les habló el monarca: «Yo soy vuestro señor natural, les dijo entre otros razonamientos, y en verdad que me asombra el que deba guardarme de vosotros é ir tan prevenido para entrar en las ciudades que Dios me ha dado y que mi padre me dejó, así como me pesa que haya de tener guerra con ellas.» El discurso del rey promovió una reunión del Concejo; pero el resultado fué, que se cerraron las puertas de la ciudad, se tendieron cadenas para impedir el tránsito por las calles, y se avisó á D. Fernando y á los suyos que fuesen apresuradamente á Huesca donde guardaban prisionero á D. Jaime.

Éste, empero, fugóse de Huesca, como lo hiciera antes de Tortosa. Mientras por su orden se compraban carneros y se abastecía el palacio de víveres, como si se tratase de una larga permanencia en él, se armaba de punta en blanco, y, al asomar las primeras sombras de la noche, se hacía abrir la puerta que daba al Isuela, amenazando al llavero, y volaba á reunirse con el vizconde de Cardona y demás caballeros de su mesnada, á quienes halló aterrados y fuera de sí por creerle cautivo en la ciudad.

La presencia de ánimo de D. Jaime, su firmeza, sus ıroniles bríos, su aplomo y serenidad hasta en los ma›res peligros, consiguieron por fin hacer cesar los dis-

turbios y disensiones, y ante el rey que empuñaba ya con mano firme el cetro, desapareció todo aquel nublado que se formaba sobre el trono. La sierra de Alcalá presenció un día la entrevista solemne que tuvieron Don Jaime y los principales de su partido con D. Fernando y los magnates del suyo. Nombráronse mediadores que intervinieran y arreglaran las diferencias, y en 31 de Marzo de 1227 fué dada sentencia arbitral por Aspargo, arzobispo de Tarragona, Berenguer, obispo de Lérida y el maestre del Temple Francisco de Montpesat, decidiendo las cuestiones que el rey tenía con su tío D. Fernando, con el obispo de Zaragoza, con el vizconde de Bearn, y con los varios nobles que se habían confederado contra el monarca, turbando la paz de la tierra con sus facciones. Por esta sentencia quedó deshecha la liga de los rebeldes, obligáronse éstos á portarse con el rey como buenos vasallos, se comprometió D. Jaime á tratarles como tales, y se impuso á todos la obligación de restituir los castillos, lugares y haciendas de que mutuamente se habían apoderado. Con tan feliz concordia tuvieron fin aquellos bandos que habían ensangrentado el reino y hecho bambolear el trono, vió D. Jaime restablecida la tranquilidad en sus estados, y, libre de estos sinsabores, pudo pensar seriamente en acometer las grandiosas empresas á que le inclinaba su ánimo levantado [1].

Ya en esto se hallaba el rey próximo á cumplir los veinte años de su edad, y cuentan de él que era el mejor mozo y más gallardo mancebo del orbe; cosa, en efecto, innegable, si se ha de dar crédito al retrato que de él nos hacen. «Era, dicen, un palmo más alto que los demás hombres; fornido y proporcionado en todos

1 Crónica del rey D. Jaime.—*Anales de Aragón.*—*Anales de C luña.*—*Efemérides* de Flotats.

sus miembros; el rostro lleno y colorado; la nariz larga y recta; la boca bien contorneada, escondiendo una dentadura tan blanca, que parecía una doble hilera de perlas; los ojos rasgados y negros; los cabellos rubios como el oro; las manos hermosas, y los pies mejores.» Así nos lo pintan los cronistas contemporáneos [1].

Descansando se hallaba en Lérida de las fatigas y cuidados en que tanto le dieran que hacer los nobles con sus revueltas, cuando se presentó á él, en demanda de justicia, por Julio de 1228, la condesa de Urgel, Doña Aurembiaix, hija del conde Armengol y de la condesa de Subirats. Acompañábala su padrastro Guillén de Cervera, señor de Juneda, uno de los caballeros más principales de Cataluña, que á la muerte del conde Armengol se había casado con su viuda Elvira de Subirats [2]. Doña Aurembiaix reclamó al rey la restitución de los bienes de su padre, diciéndole que, á pesar de ser público que ella era hija única del conde Armengol de Urgel, y que como tal debía ser suyo el señorío, el vizconde Guerau de Cabrera se lo había usurpado, por lo cual pedía amparo y protección para hacer valer su derecho.

1 Aquest rey en Jacme fo lo pus leyal hom del mon, que ell era major que altre hom un palm, e era molt ben format e complit de tots sos menbres; que ell havia molt gran cara e vermella e flamenca, el nas lonch e ben dret, e gran boca e ben feyta, grans dents bellas e blancas que semblavan perlas, e els ulls neyres, e bells cabells rossos semblant de fil d'aur, e grans spatllas, e lonch cors e delgat, e'ls brassos grossos e ben feyts, e bellas mans e lonchs dits, e las cuxas grossas per lur mesura, e los peus lonchs e ben feyts e gint calsants. E fo molt ardit e prous de sas armas, valent, e larch de donar, e agradable á tota gent, e molt misericordiós, e hach tot son cor e sa voluntat de guerretjar ab sarrahins. (*Crónica de Bernat Desclot, cavaler.*)

2 Para todo lo que sigue referente al condado de Urgel, las fuentes tán en la crónica de D. Jaime, caps. XXXIV y siguientes.—Zurita, . II, cap. LXXXVI.—Monfar, cap. LV, y *Arte de comprobar las feas*, tratado de los condes de Urgel.

D. Jaime que, al ceder el condado de Urgel á Guerau de Cabrera, se había ya reservado para el caso en que reclamara su derecho Doña Aurembiaix, llamó á sus consejeros, y de acuerdo con éstos comenzó por nombrar un abogado defensor á la condesa, recayendo la elección en Guillermo de Casala, que era uno de los más famosos letrados de aquellos tiempos. La condesa, antes que el rey entendiera en el pleito, le hizo donación de los derechos que como condesa de Urgel tenía á la ciudad de Lérida [1]; se comprometió á recibir el condado de Urgel en feudo; se obligó á dar acogida á los reyes de Aragón y sus gentes, así en tiempo de paz como de guerra, en nueve castillos del condado, que eran: Agramunt, Linyola, Menargues, Balaguer, Albesa, Pons, Oliana, Calasans y Abelda, y prometió no casarse sino con la expresa voluntad del rey [2].

Nombrado ya el defensor de la condesa de Urgel, se emplazó á Guerau ó Geraldo de Cabrera con las tres citaciones de costumbre, no compareciendo á la primera, pero haciéndolo por él á la segunda Guillermo de Cardona, hermano del vizconde Ramón Folch. Guillermo sostuvo, en nombre del de Cabrera, que no estaba obligado á comparecer para defender unos derechos que poseía á justo título hacía más de veinte años; y como Guillermo de Casala, el defensor de la condesa, apoyase su demanda en razones de derecho, Guillermo de Cardona replicó que tales razones no eran propias para despojar á Guerau de su condado, dando así á entender que se defendería con las armas en la mano.

1 La donación de la ciudad de Lérida al rey D. Jaime, hecha por la condesa Aurembiaix, se halla en la crónica de los condes de Urgel por Monfar, tomo I, pág. 463.

2 En 1203, y siendo niña, habían desposado á Doña Aurembi con Alvar Pérez, hijo de D. Pedro Fernández de Castro; pero este (lace no llegó á efectuarse.

Vista por el rey la obstinación del de Cabrera, á quien era ya preciso ablandar no con papeles y con palabras, sino por las armas, y atendido que su consejo había decretado que los estados de Urgel, que habían sido de Armengol, pertenecían de derecho y sin ningún género de duda á la condesa su hija y heredera, decidió poner á Doña Aurembiaix en posesión de su condado, declarando la guerra al de Cabrera.

Comenzó D. Jaime la campaña apoderándose de Albesa, á cuyo hecho de armas se siguió el de la toma de Menargues. En este punto se unieron á su escasa hueste algunas fuerzas de Aragón y Cataluña, y entonces, con 200 caballos y 1.000 infantes, marchó sobre Linyola, pueblo grande del condado de Urgel, que Guerau de Cabrera tenía bien abastecido y muy fortificado. Pronto cayó Linyola en su poder, y es fama que en el asalto de este pueblo, D. Jaime combatió valerosamente á pie, confundido entre sus soldados.

Sin detenerse en el camino de sus triunfos, fué á poner cerco á la ciudad de Balaguer, acompañado de Guillermo de Moncada, de Guillermo de Cervera, y de muchos ricos-hombres de Aragón que se le acababan de unir en número de 400 caballeros. La ciudad fué reciamente combatida, pero esforzadamente se sostuvo al principio, que en ella estaban Guerau de Cabrera y Guillermo de Cardona con la flor de sus huestes. Sin embargo, los habitantes entablaron inteligencias con los sitiadores, y Balaguer se rindió á D. Jaime, que entró en la ciudad con la condesa de Urgel, restituyéndola así en su casa y estado de sus padres, después de veinte años que el vizconde Guerau de Cabrera la había echado de ella, siendo en el acto admitida y jurada por señora, mudando los oficios y dando nuevo gobierno á la población.

Por lo que toca al vizconde, se dirigió á Monmagas-

tre, mientras que su amigo y valedor Guillermo de Cardona corría á hacerse fuerte en Agramunt. No pudo, empero, lograr su propósito. El pueblo estaba deseoso de seguir el ejemplo de Balaguer, y en cuanto vió las señeras de D. Jaime y el campamento real en la sierra del Almenar, comenzó á demostrar claramente sus deseos, amotinándose contra la fuerza que mandaba el de Cardona, y precisando á éste á escapar de la villa á media noche con algunos amigos.

Así fué como por avenencia ó á fuerza de armas se dominaron poco á poco los estados de Urgel, y como Guerau de Cabrera, echado y despojado de ellos á punta de lanza, sin vasallos ni amigos, y en desgracia del rey, adoptó la resolución de entrar en la milicia del Temple [1]. En cuanto á la condesa Aurembiaix, quedó desde entonces restablecida en los estados que fueran de su padre, y, como veremos, recibió luego de mano del rey un esposo digno de su cuna y sus riquezas.

Esta campaña de Urgel acabó de dar fama á D. Jaime, aumentó su reputación de buen caballero y coronó su renombre de valiente. Sus pueblos debieron comenzar á prometerse y á esperar mucho del que, caballero al par que monarca, abandonaba su cetro para empuñar la espada y se constituía generosamente en campeón del derecho y de la justicia. Las esperanzas que concebir pudieran no tardaron en realizarse. Había llegado ya para D. Jaime la hora de acometer empresas de valía, empresas que no hallasen sólo débiles ecos en el circuito del reino, sino que resonasen hasta en los confines más lejanos de la cristiandad absorta. Dios quiso conceder á D. Jaime lo que había ya concedido á los Beren-

1 El anal de Ripoll da indicios de que el rey prendió al vizconde, que éste se fugó de la prisión para hacerse templario. *Qui Geraldus comes*, dice, *á captione ereptus tácito intravit ordinem militæ Templi mortuus fuit ibi.*

guers con respecto á Cataluña: la facultad de hacer el nombre de Aragón europeo. Tuvo quizá el noble y real mancebo la secreta convicción de que no era sólo en la tierra el representante de un gran pueblo, sino también el enviado de la Providencia, y decidióse á llevar á cabo la misión que le había impuesto en sus secretos designios la mano omnipotente que le ciñera la corona.

CAPÍTULO XXVII.

Los almohades en Mallorca.—Lo que sucedió con dos saetías de Tarragona.—Noble comportamiento del embajador catalán.—Reunión de nobles catalanes en Tarragona.—El banquete de Pedro Martell.—Discurso de Pedro Martell.—Los nobles proponen al rey la conquista de Mallorca.—Palabras del rey.

(1228.)

Era llegada la hora de que el estandarte aragonés, el pendón de las barras, tremolase por fin y para siempre en las torres de Mallorca, realizándose la esperanza y el deseo predilecto de la casa de Barcelona y de Aragón.

Al apoderarse los almohades de las islas Baleares por los años de 1203, no parece que se diesen mucha prisa en seguir las tradiciones de tolerancia de sus antecesores los almoravides. Estos, conocedores del brioso carácter aragonés y del espíritu guerrero de esta nación, habían varias veces pactado treguas con los condes-reyes, abriéndoles así el tráfico con las costas de África y con las mismas islas; pero los almohades, lejos de continuar este provechoso ejemplo, comenzaron á irritar el comercio catalán persiguiendo sus naves, y fueron causa con sus ultrajes y desmanes de que, á comienzos del reinado de D. Jaime, descargase sobre la isla la tem-

pestad que labró su ruina y destruyó su poderío en ella.

Cuenta el caballero Desclot, en su preciosa crónica [1], que habían salido dos saetías de Tarragona á corso, y que, aportando á la isla de Ibiza, se encontraron con una tarida y una galera del emir de Mallorca que estaban allí cargando maderas de construcción para naves. La tripulación sarracena insultó, según parece, á la catalana; vinieron á las manos, y el resultado fué que las dos saetías se llevaron presa la tarida, pudiendo escapar á duras penas la galera. Voló ésta á dar aviso de lo acaecido al emir de Mallorca Abu Yahíe el Raschid, á quien nuestros cronistas llaman el rey Retabohibe, y éste, encolerizado, dió orden para que no se tuviese la menor consideración con los buques catalanes; sucediendo que á los pocos días se apresó una nave barcelonesa que con rico cargamento regresaba de Bujía, y luego otra, de Barcelona también, que con muchas riquezas se dirigía á Ceuta. Alborotóse el comercio catalán á la nueva de estos sucesos, y acudió al rey, que por aquel tiempo debía hallarse en los estados de Urgel haciendo guerra al vizconde de Cabrera. D. Jaime mandó en seguida armar una fusta de 40 remos, y envió en ella á Mallorca un caballero para que obtuviese reparación del hecho ó amenazase al emir con las armas. Este embajador se llamaba Jaime Sans [2], y cuéntase de él que cumplió heróicamente con su cometido.

1 Las fuentes principales para todo lo concerniente á la conquista de Mallorca, están en la crónica del rey D. Jaime; en la del monje Pedro Marsilio, ampliación de aquella, y en la del caballero Bernardo Desclot. A ellas he acudido indistintamente para formar esta relación, escrita en presencia de las tres, y también del Zurita, del Miedes, Dameto y demás cronistas.

2 No hay que buscar ni este nombre, ni la orgullosa respuesta q[ue] Sans dió al emir, en la crónica de Desclot. Consta sólo en la relaci[ón] que Marsilio pone en boca de Nuño Sánchez en el cap. XXIX de su cr[ó]nica.

Presentóse al emir y pidió que le fuesen entregadas las naves catalanas con los hombres y efectos en ellas contenidos; pero el moro le preguntó desdeñosamente que quién era aquel rey de Aragón en nombre del cual le hablaba, á lo que contestó Sans con lacónica soberbia: —«Hijo es de aquel D. Pedro que ganó la batalla de Úbeda.» De tal modo llegó esta respuesta al alma del emir, que hubo de hacerse violencia para no poner las manos en el enviado, y hasta debió amenazarle con la muerte, pues es fama que Sans le dijo:—«Bajo vuestra salvaguardia he venido, y en poder vuestro estoy; así es que podéis hacer lo que se os antoje; pero no debiáis ciertamente hacer mofa ni fingir ignorancia acerca del nombre y soberanía de mi señor. Si con dureza os he hablado, vos me habéis dado motivo para ello.» Valiéronle al caballero estas palabras y el derecho de gentes para que el moro no le matara en el acto. Despidióle manifestándole que le daría oportuna contestación, y, según Desclot, llamó en seguida el emir á los mercaderes genoveses y pisanos que acertaban á estar en la ciudad, dándoles cuenta del mensaje que de recibir acababa y pidiéndoles consejo. Los mercaderes, por el interés de excluir á los catalanes del comercio de la isla, le exhortaron á que les negase la satisfacción, diciéndole que era rey de poco poder el monarca aragonés. Siguió el moro su consejo, y despidió al embajador con una terminante negativa á sus pretensiones.

Volvióse Sans á estas tierras; dió cima D. Jaime á los negocios del condado de Urgel, y habiéndose retirado á descansar de la fatiga de las armas en Tarragona, fué voluntad de Dios, dice textualmente en su crónica, que á pesar de no haber convocado Cortes, concurriesen á dicha ciudad la mayor parte de los nobles de Cataluña, entre otros Nuño Sánchez, Guillermo de Moncada, el conde de Ampurias, Ramón de Moncada,

Gerardo de Cervellón, Ramón Alemany, Guillermo de Claramunt y Bernardo de Santa Eugenia, señor de Torroella.

Sucedió en esto que un rico marino, ciudadano de Tarragona, llamado Pedro Martell [1], convidó á comer un día al rey y á todos los principales magnates de su corte, ofreciéndoles un suntuoso banquete [2], y al llegar á los postres, como desde la pieza en donde se celebraba el convite se extendía la vista por el mar, ocurriósele á varios señores preguntar á Pedro Martell qué clase de tierra era Mallorca y qué extensión podía tener aquel reino, con otras preguntas dirigidas todas á adquirir un conocimiento exacto de las islas Baleares. He aquí lo que Pedro Martell les contestó [3]:

«Tres son las islas, la mayor de las cuales es Mallorca, que tiene 300 millas de circunferencia, y por esto cabalmente *Mallorca* es llamada, pues que en todas

1 Dice D. José María Quadrado, en sus notas al Marsilio, que era Martel ó Martell hombre rico y poderoso, nombrado varias veces en la crónica real como dueño y capitán de galeras, y que sin duda prestó con ellas grandes servicios para la expedición de Mallorca, pues en el repartimiento le cupieron 41 caballerías (tierras sujetas á la prestación de caballo); tres alquerías en el término de Inca, en unión con Berenguer de Montreal; otra en Sineu, y 14 casas en la ciudad. La crónica real dice que Martel era *cómitre de galeras*, de lo cual, escandalizados algunos cronistas, quisieron ó creyeron leer con alguna variante, á que se presta algún tanto el lenguaje y el carácter de la letra, *conde de Salsas*, sin reparar en la novedad é inverosimilitud del título, desmentido por el mismo contexto. (Quadrado: traducción castellana del Marsilio, página 148.)

2 De este banquete y de lo que en él sucedió no habla Desclot en su crónica, pero sí D. Jaime y Marsilio en las suyas.

3 Los lectores me permitirán que dé alguna extensión á todo lo concerniente á la conquista de Mallorca, por ser la primera de las importantes conquistas llevadas luego á cabo por la CORONA DE ARAGÓ Tanto este discurso de Martell como los demás que le siguen, son de crónica de Marsilio, traducción castellana de Quadrado.

sus circunstancias es mucho más noble y excelente que las demás. En dirección á Cerdeña, hacia el viento que llaman *griego* los marineros, hay otra isla sometida á la primera, que llaman Menorca, y dista de Mallorca casi 30 millas. Tiene ésta, junto al puerto que mira hacia la isla principal, una villa risueña y llana nombrada Ciudadela, y cuenta además otros grupos ó reuniones de casas, y villas, y moles muy bellas con superflua ostentación edificadas. La tierra empero no es de sí muy abundante en trigo, sino sobremanera apropiada y nutritiva para ganados así menores como mayores; tiene montañas en su interior, no muy altas, como las tiene Mallorca, y en una de ellas hay un castillo muy bello y fuerte que llaman *Santa Agueda* los sarracenos, el cual no está asentado á un lado de la isla, sino casi en el centro. Cuenta cuatro puertos, y son Ciudadela, Sereyna, Fornells y Mahón, el cual, entre todos y sobre todos los puertos del mundo, es celebrado, pues tiene de largo, según pretenden algunos, casi cinco millas, y á cada lado encierra muchas y seguras calas que en otro sitio serían puertos; dos islas tiene en medio no muy distantes, aptas y útiles para conejos, y aguas no estériles, sino agradables por sus ostras y por la variedad de otros peces de aquel género, y favorables á la formación de la lana de nácar y de preciosas margaritas. Los habitantes de esta isla abundan en carne, leche y queso; de pan y vino tienen lo suficiente, pero poco comparado con otras tierras.

»Está la segunda isla balear á la parte del SO., 60 millas lejos, y es llamada Iviza, en voz casi arábiga derivada de *Ebiza*, que significa *seca*: tiene puertos casi parecidos á calas, que se llaman Tagomago, Portmañ, Conieras y Vedra, pero este último viene á ser isla y hacia la tierra mayor forma ensenada á manera de puerto. Es Iviza muy á propósito para ganados, es se-

ñora de la sal, de miel tiene lo bastante, oculta minas de plata, cría pinares en vez de bosques, de trigo y vino produce alguna cosa, pez y alquitrán suministra á los marineros y es la única que en nuestros países se ameniza con flores de alcaparras: ciérranla en el mar por el lado de Occidente algunas rocas, que el pueblo apellida *las Puertas*, por entre las cuales se navega hacia la villa y castillo. Elévase sobre el mar su castillo muy hermoso, é incluye y cierra la villa dentro de sus muros; tiene arrabal junto á sí, y hacia la llanura aquella hay viñas y huertos muy agradables; cerca del castillo hay un puertecito que cierra el islote de las Conieras, y donde encuentran abrigo las naves y las barcas. Fuera de los muros del castillo no tiene esta isla poblaciones ni villas, sino únicamente masadas ó alquerías de campesinos dispersas y apartadas entre sí; no está abastada de aguas dulces y corrientes sino en muy corta cantidad, ni la cierra grande altura de montañas, aunque toda sea montuosa, pues no contiene más llanura que la de junto al castillo, deleitosa á quien la mira, y algunas pequeñas porciones de tierra concedidas á los habitantes para la labranza. Tiene además esta isla otra junto á sí, dividida por un estrecho brazo de mar y llamada Formentera, la cual es bastante llana y á propósito para trigo.

»La isla mayor cuenta á su lado otras dos islas: una que sale al encuentro á los que vienen de Cataluña, que tiene por nombre Dragonera, llamada así por la forma de dragón, que en cuanto á la cabeza, dorso y cola le da la disposición de la tierra y de sus montes. Ofrece puerto á los que entran en ella; pero en su carrera sólo un pozo les presenta tan profundo y peligroso, que los sedientos mueren de sed á su orilla: los servicios que presta sus ensenadas á los pescadores son engañosos; p mientras en ella reposan y pescan en bonancible calı

suscítase de repente borrasca y temporal, fáltales el pan, ciérraseles el regreso, desfallecen de hambre. Sin embargo, la divina sabiduría no plantó en el mar esta montaña sin provecho de los hombres, pues ofrece puerto como acabamos de decir, custodia y atalaya en tiempo de corsarios y de gente mala, y sirve de segura guarda para cabras y cerdos. No produce fruto alguno ni cosa alguna brota de la tierra, sino raíces de palma silvestre, que en catalán llamamos *bargueyones*, y éstos los cría en abundancia muy lindos, gruesos y sabrosos, tanto que no se hallan otros parecidos en las islas Baleares, y á veces suben á cogerlos los marineros en tiempo de viento contrario, y antes de poder volver á su embarcación hubieron ya algunos recibido el daño. Hay además otra isla, á la cual sólo las cabras han hecho dar el nombre de Cabrera, sita hacia la parte austral, inhabitable, elevada en sus montañas; suministra agua á pescadores y á corsarios, dista casi 10 millas del punto más cercano de la isla mayor, no tiene ni forma puerto, y á veces fué ruina de los marineros procedentes del mediodía y no muy prácticos en aquellas aguas.

»Pero la isla mayor es la que llaman Mallorca, pues mayor es en cantidad y mayor en señorío, la cual hizo levantar la divina sabiduría de las profundidades de las olas, para que por todos lados sirviese á los navegantes de refugio y defensa; y por esto los hombres del arte la apellidan *cabo de cruces*, pues desde ella se puede navegar más cómodamente á cualquier punto; y los que vuelven de lejanos países, quebrantados de fatigas semejantes, empapados en lluvia, atormentados por borrascas, consumidos de calor y de bochorno, y extenuados con la escasa comida, quiso Dios que en esta isla fuesen saciados y recreados y acudiesen á ella de buena fortuna para consolarse de sus trabajos. Y la proveyó de puertos el soberano maestro del universo para tutela y

defensa de los que peligraran ó navegaran, y le dió hacia Levante el puerto de Alcudia; al Poniente, el de la Palomera y de Andraig; al Septentrión, el de Soller, y hacia el Sur, el de Manacor, el de Porto Colom y el de Porto Petro. Por todas partes ofrece además muchos puertos pequeños, que llaman *esparagols* los marineros, para salvar buques menores. Cercan á esta isla montañas altísimas por el lado opuesto á Cataluña, y tanto se encumbran, que son muerte de los náufragos y horror de los navegantes. Mas por el lado austral que mira al África, no son tan elevados sus montes, aunque esté toda cubierta de rocas; y son pedregosas aquellas alturas, inútiles para toda semilla, áridas, desnudas, sin utilidad, si ya no fueron dadas á los isleños para custodia y defensa de su país.

»Y entre las muchas partes que comprende la isla, pueden contarse diez y seis; las tres montuosas, y á la raíz de los montes que se llama *Rayguer*, contienen pueblos y villas deliciosas: allí los fructíferos olivos, allí la abundancia de viñas y la abundancia y variedad de frutas, vergeles amenísimos, fuentes que por do quiera brotan; y allá, donde uno cree que encajan entre sí elevadísimos montes y que no abrigan sino espantosa soledad, allí se esconden muy risueños valles, en arbolado fecundos, bien situados, llenos de manantiales y de fuentes, con todo deleite y pureza de aire regalados. Las otras trece partes son muy pobladas, llanas y apartadas de los montes, y muy aptas para granos; abundan de trigo y cebada, escasean mucho de frutas, carecen de olivos, sustentan pocas viñas, son ricas en ovejas y otros ganados; beben sus moradores de agua de pozos, y muchas veces de la que recogen durante las lluvias en hoyos y cisternas, para que en muchas cosas se asemejen perfectamente á los comarcanos de Urgel.

»La ciudad empero está sentada y situada jun-

mar, teniendo á su lado una llanura de 12 millas, de ancho y profundo foso rodeada, amparada y guarnecida de muro y de frecuencia de torres, de bello antemural coronada, no conociendo arrabal, pues todos los barrios los encierra en su seno con tres portales y puertas de hierro, fortalecida con hermosísimo castillo edificado en su interior, en llano y á orilla del mar, enriquecida con largas y lindas calles de agradable rectitud, despejada por la anchura de sus plazas, deliciosa por una fuente que corre por medio de ella, acompañada de amenidad de huertos, así dentro como fuera. Tiene una muy risueña perspectiva de mar que se extiende 15 millas, y la terminan dos grandes labios de roca ó cabos que distan uno del otro casi 20 millas. Estos dos cabos, contrapuestos en frente de la ciudad, forman una gran ensenada abundante y llena de peces, y muy provechosa para navíos y para cualesquiera otras embarcaciones, pues en todo su fondo muerden las áncoras; así que, durante la primavera y el verano, todos los barcos y naves se detienen y anclan delante de la ciudad, á una milla de la costa; pero al acercarse la estación de otoño, acógense al puerto, que dista de la ciudad dos millas y media y se llama Portopí, esto es, *puerto del pino*, pues había en él un pino muy hermoso del cual tomó nombre el puerto. Fuera de dicha ciudad, hay además tres castillos muy fuertes, plantados y situados en altísimas montañas: el uno en frente de Cataluña, llamado de Pollensa; el otro, opuesto á la región del África, que se denomina de Santueri; otro en el interior del país, que es inexpugnable y se llama Alaró. El aire en la ciudad es muy templado, pues en invierno apenas ó casi nunca cae nieve, y si alguna vez acontece, las gentes lo toman por diversión; rarísima vez aparece hielo, y en verano, de hora de tercia en adelante, refréscala el viento que llaman *embate*.»

Satisfizo la plática y alarmó el espíritu guerrero de cuantos nobles la escucharon, los cuales en seguida, yéndose todos para el rey, que se había levantado y apartado, así le hablaron por boca de uno de ellos:

—«Señor, hemos preguntado á Pedro Martel acerca de la condición de Mallorca, y nos ha referido por menor qué especie de isla es, y cómo tiene bajo su imperio otras dos islas, y que en la primera está el rey sarraceno: y hemos, señor, recapacitado estas cosas, y creemos que nuestro pensamiento de Dios procede, lo cual, si así fuera, nadie podrá impedir la voluntad de Dios. Os diremos, pues, palabras halagüeñas y á Dios agradables, las que ya no podemos por más tiempo ocultaros en nuestros pechos; os aconsejamos, señor, y os suplicamos con todas nuestras fuerzas que os levantéis con todo brío de valor y de fortaleza, y toméis al rey sarraceno con su isla. Ciertamente que á ello movernos debe, en primer lugar, la honra de nuestro Señor Jesucristo, la cual en dicho lugar es menospreciada; además, debe movernos el incremento y exaltación de la fe cristiana; luego la adquisición ó lucro de bienes temporales, así para vos como para nosotros, y de seguro la dilatación de vuestra fama por todo el universo. ¡Qué noticia será aquella y qué rumor tan nuevo y placentero el que llegará á oídos de toda gente y suspenderá los ánimos de los fieles, que el rey de Aragón en tan tierna flor de su juventud para Dios y para sí haya conquistado un reino, y con poderosa mano y armada haya penetrado en tal y tan grande isla establecida y plantada por Dios en medio de las olas, y la haya combatido, y finalmente subyugado á su señorío, y la haya plantado con renuevos de cristiana católica fe! ¡Pensad, señor, acerca de estas cosas que Dios os dice por boca nuestra; pensadlo vos, el rey, y obrad!»

Es fama que el joven monarca acogió con placer

tas palabras, entusiasmándose con lo glorioso y arriesgado de la empresa, y que, *con el semblante todo alegría,* respondió:

—Gústanos sobremanera vuestro proyecto, y no será culpa nuestra si deja de cumplirse.

Y allí mismo resolvió el rey congregar Cortes para Barcelona y para las próximas Pascuas de Navidad, disponiendo que se convocase al arzobispo de Tarragona, á los obispos, prelados y abades; á los nobles y á los procuradores de las ciudades de Cataluña, pero sin manifestarles el objeto de su reunión.

De estas Cortes catalanas, importantísimas bajo muchos conceptos, voy á dar minuciosa cuenta.

CAPÍTULO XXVIII.

Cortes celebradas en Barcelona para resolver la empresa contra Mallorca.—Discurso del rey.—Respuesta del arzobispo de Tarragona.—Respuesta de Guillermo de Moncada.—Respuesta de Berenguer Girart.—Conferencia de los nobles con el rey.—Discurso de Guillermo de Moncada.—Discurso de Nuño Sánchez.—Discurso del conde de Ampurias.—Discurso del arzobispo de Tarragona.—Discurso del obispo de Barcelona.—Ofertas del clero.—Ofertas de los caballeros.—Discurso del diputado por Barcelona.—Oferta del rey.—Punto de reunión para emprender la conquista.—Se levanta acta para la repartición de tierras.

(Diciembre de 1228.)

Las Cortes se reunieron en Barcelona, y en el palacio de los condes-reyes, pocos días antes de las fiestas de Navidad de aquel mismo año de 1228. Colocados todos or orden, según la jerarquía de las dignidades y estaientos, apareció el rey, sentándose en su trono, y ientras todos, ansiosos de oir las palabras que iban á

salir de sus labios, fijaban en su rostro ávidas miradas, él les habló de esta manera:

«Puesto que de nuestro Señor Dios proceden los bienes todos, y que sin Él ni tienen provecho las palabras ni virtud las obras, rogamos humildemente á nuestro Señor Dios Jesucristo y á su madre la gloriosa Virgen, que iluminados con su sabiduría y ennoblecidos con su virtud podamos proponeros lo que hemos pensado y encaminar con vosotros las palabras á los hechos, de manera tal, que cedan en alabanza, honor y gloria del Hijo y de la Madre, en exaltación de nuestro reino y corona, y en alegría de vuestros corazones. Grandes y nobles cosas son las que en el nuestro agitamos, leves para Dios omnipotente, pero graves y difíciles al poder nuestro: por lo cual invocamos principalmente á Dios como á promotor y favorecedor más eficaz, y reclamamos vuestra providencia y consejo. Oid, pues, todos solícita y diligentemente para que podáis contestar mejor.

»Cierto que nuestra llegada al mundo y corporal nacimiento, según se ha visto y conocido, fueron objeto de un don de Dios especialísimo, pues teniendo concebido el rey nuestro padre odio y rencor contra la reina su consorte, por gran maestria humana, aunque de Dios inspirada, fuimos engendrados, y además, señales y manifestaciones muchas han sobrevenido como del cielo, dándonos auxilio en nuestros apuros y necesidades, que parecen confirmar lo que del don de Dios habemos dicho. Nos somos vuestro señor natural, y solos hemos quedado entre vosotros sin hermanos ni hermanas legítimas, y sobre vosotros entramos á reinar niño de seis años y medio, y hallamos en pésima disposición á Aragón y Cataluña, y sembrada de mucha cizaña la tierra, vacía enteramente de paz y de unidad y de muchos delitos fautora, y de aquí resultaba que por est cosas y las ya de antes cometidas, corría y se derram

ba por el mundo muy mala fama de nosotros. Así, pues, las heridas abiertas en nuestra reputación no pueden ni podrán curarse plenamente, si no empezáis grandes obras á Dios y al mundo agradables, y si no está con vosotros la clemencia y piedad del Señor para consumarlas; entonces será esclarecida vuestra fama, así como cede la oscuridad y el aire se ilumina cuando sube el sol sobre la tierra. Porfiad, pues, en obrar con fortaleza, y esforzaos en dilatar el nombre de Dios y el vuestro. Deponed la vestidura abominable de la antigua infamia, y levantaos todos juntos con un ánimo mismo para nuevas y maravillosas empresas; la carrera del bien os la mostramos, y grande ocasión os suministramos para que resplandezca la verdad y la virtud.

»Ved aquí, pues, que, inspirándonos Dios, proponemos ir á Mallorca, y regocijar nuestro señorío, y conquistar para Dios todo aquel reino, y dilatar por todo el mundo nuestro nombre, y al rey de Mallorca, tan infiel, tan malvado, tan ominoso vecino, en virtud del Altísimo superar y vencer. Os pedimos, pues, en primer lugar, por consideración á Dios, cuyo es el negocio, y en segundo, por efecto del amor natural que profesáis á nuestra persona, que en tres cosas nos ayudéis con vuestro consejo y socorro. La primera con que os pedimos ser auxiliados es que, terminadas y apagadas todas las discordias y luchas, sean cuales fueren y entre cualesquiera personas, podamos dejar en sana paz nuestra tierra mientras nos esforzamos en conquistar tierras extrañas; la otra cosa que os pedimos, es ser dirigidos y ayudados con vuestro consejo y cooperación; y la última demanda, es el subsidio necesario para que, con el favor de Dios, con vosotros juntamente gocemos de la victoria sobre aquellos bárbaros tan deseada. Y para anunciaros y pediros estas cosas os hemos llamado, y habéis acudido á nuestras Cortes.»

Al concluir el rey, tomó la palabra Aspargo, arzobispo de Tarragona [1], que era pariente suyo, y se expresó en estos términos, siempre según la crónica de la cual copiamos estos discursos, para dejarlès su sabor y característica sencillez:

«Verdad es, señor, que sois joven entre nosotros, y que necesitáis de grande y sano consejo de los vuestros; y como además proponéis y declaráis que vuestra mira va dirigida contra el reino de Mallorca, tan arduo es y nos parece este negocio, que conviene tener sobre él grande y completa deliberación, y no decirlo con presuntuosa temeridad. Queremos, pues, deliberar, y responder luego más discretamente, según esperamos, para honra de Dios y vuestra y de los vuestros.»

Después del arzobispo, contestó por los nobles Guillermo de Moncada, y dijo: «Señor, muy obligados estamos á dar gracias á Dios, que tal propuesta quiso inspiraros; pero siendo de gran nobleza la cosa de que se trata, es menester grande y maduro consejo, y no conviene precipitar decisiones, en materia en que se muestra el provecho, pero también muy grave dificultad. Sin embargo, en presencia de todos decimos que nuestro consejo será tal, cual compete á nosotros el darlo y á vos el recibirlo.»

Levantóse en seguida Berenguer Girart, ciudadano de Barcelona, y de parte de todos los procuradores y ciudadanos dijo: «El Señor de todas las cosas ha puesto en vuestro corazón y en vuestros labios esa palabra que nos habéis dicho, y que gratísimamente hemos oído. ¡Oh, el rey! ¡Plegue á Dios, aquel de quien parece derivar su principio esta empresa, que podamos responderos en honra suya y dirección del propuesto

1 En todas las crónicas se le llama el arzobispo Aspargo, y así le llamé también, como se ve, en la primera edición. Su verdadero nombre era Spargo de la Barca.

negocio! Tendremos, pues, deliberación, juntamente con ellos, y os contestaremos según mejor entendamos.»—«Hágase así, respondió el arzobispo; deliberen aparte los prelados, aparte los nobles y aparte los ciudadanos.» A todos gustó el consejo del arzobispo, y de esta suerte aquel día se disolvió ó separó la asamblea.

De estas deliberaciones por Brazos ó estamentos, y del plazo de tres días que éstos tomaron para contestar, no hablan los historiadores ni Desclot, suponiendo otorgada la propuesta desde la primera sesión; pero Quadrado observa, en sus notas al Marsilio, que los trámites establecidos en las Cortes aragonesas, y la madurez que requería la importancia del asunto, hacen más verosímil que la cosa pasara conforme Marsilio la refiere.

Reuniéronse, pues, los tres brazos por separado, con el fin de tener sus deliberaciones, y es fama que los nobles, de quienes partiera la primera proposición de ir á Mallorca, temiendo que los ciudadanos ó los eclesiásticos no los secundaran con fervor, decidieron tomar otra vez la iniciativa, presentándose en secreto al rey, y llevando por ellos la palabra el conde de Ampurias, que así se expresó:

«Yo traigo el primero la convenida respuesta que tratan de daros vuestros nobles en día oportuno, y aquí, delante de todos, aunque secretamente, quiero decir mi opinión sobre el hecho indicado. Si hombres había de buena fama en el universo, éramos ciertamente nosotros, que por nuestros pecados hemos decaído de aquella fama, haciéndonos de nombre oscuro y el oprobio de las gentes, cuyas cosas disimulando arrastramos una vida llena de miserias. Nos es, por tanto, sobremanera indispensable, que vos, señor rey, á quien Dios verdaderamente nos ha dado por señor natural, emprendáis, con ayuda de Dios y nuestra, tan grandes y tan nobles hechos, y que acometiéndolos rápidamente

los llevéis á cabo, para que podamos recobrar el valor y nombradía de nobleza y probidad que ya perdimos. Ved aquí que ahora tenemos oportunidad de hacerlo, si vos, señor, juntamente con nosotros, conquistáis dicho reino de Mallorca, según vuestra esperanza, pues que maravillosa será la conquista de aquel reino, que rodea el mar por todos lados; con lo cual, así en el príncipe vencedor, como en sus gentes, se reconocerá mejor opinión, y ardimiento mayor, y más fuerte virtud, y más constante firmeza; y entonces se nos devolverá la gloria, con creces, de tan grandes hazañas, y se olvidará la pasada mengua con el acometimiento de tan gloriosa empresa, que en la memoria de cien años acá no tiene semejante. Y para hablaros más íntimamente, por cierto que si principiamos la grande obra, no debemos apartarnos de la consideración de ella; que mejor, en verdad, nos es el morir, y muriendo recobrar la buena fama que tuvimos un tiempo, y renovar en nuestras acciones la bondad y proezas de nuestros padres, que vivir en la deshonra en que estamos. Esto, pues, os digo; esto ansío, esto aconsejo: que nos adelantemos á toda prisa á terminar el negocio; á conquistar aquel reino.»

Cuentan las crónicas que estas palabras conmovieron á todos los circunstantes, y que hablaron en seguida otros nobles en el mismo sentido, alegrándose el monarca de ver en ellos aquel bélico entusiasmo.

Con natural impaciencia esperaba Barcelona la resolución de las Cortes, que mucho ciertamente le iba en ella para esplendor y progreso de su comercio y marina; y esta impaciencia crecía de punto al ver que los brazos tenían en aquellos tres días largas y secretas sesiones, de las cuales algo, sin embargo, se traslucía, aun cuando se las rodease de misterio.

Llegó por fin el día de volverse á reunir las Cortes

palacio, y poniéndose en pie Guillermo de Moncada, el vizconde de Bearn, que tan cruda guerra hiciera al rey algunos años antes, pero que era entonces un entusiasta suyo, le habló de esta manera:

«Señor rey: así como Dios, que todas las cosas grandes y pequeñas dispone por grados, os dió á nosotros por señor, nos dió á vos por vasallos para servicio vuestro. Pero no sería legítimo y fiel nuestro servicio si no aumentásemos vuestro señorío, y si no exaltáramos vuestra honra tanto como pudiéremos, porque nuestra es vuestra gloria, y hasta nosotros deriva y baja vuestro provecho. Así, pues, congruamente nos dicta la razón que al presentarse ocasión de ello, no debemos disimularla, diferirla y desdeñarla: por lo cual nuestro parecer es que esta acción de conquistar el reino de Mallorca, acerca de la cual nos pedís consejo, recayendo sobre una isla, resultará en muy mayor honra vuestra, que si en tierra firme conquistárais tres reinos; y nosotros seguramente debemos mirar por vuestro honor sobre todas las cosas. Y así tocante á aquellos tres puntos acerca de los cuales queréis contestación nuestra, os respondemos por orden de esta suerte. Primeramente, que pongáis en paz vuestro reino para que no encuentre esta empresa obstáculo ni dilación: estableced, pues, paz y treguas en toda Cataluña, y escríbase el nombre de todo el que las concluya; y Nuño Sánchez aquí presente, y nieto del conde de Barcelona, entrará en esta paz con nosotros, por causa del gran parentesco que con vos tiene, y otro sí para que nuestras buenas acciones no puedan ser estorbadas. Pero si algún otro de Cataluña rechazare la paz ó la tregua, haremos de grado ó por fuerza, ó que hagan las paces ó que estén á la tregua otorgada. Y aunque ya habéis cobrado una vez el bovaje, según acostumbran los reyes por derecho real, esta vez por don simple os concedemos bovaje sobre nues-

tros hombres en ayuda de vuestros gastos. Pero yo por mí en particular os prometo y ofrezco seguiros, y serviros bien y fielmente yo y mi linaje con 400 caballos armados, y conservarlos en vuestro servicio hasta que Dios os conceda la isla de Mallorca y el señorío de las demás islas, ni de vos nos apartaremos mientras no esté terminada su conquista. Nuño Sánchez y los demás nobles hablarán por sí propios y prometerán lo que Dios les inspire. Os rogamos, empero, que puesto que todos hacemos tanto por vos en este negocio, nos deis parte de la conquista que con nosotros ganéis, así en muebles como en inmuebles, para que se perpetue en la tierra nuestra memoria y no se olvide en ningún tiempo nuestro servicio [1].»

En pos de él se levantó Nuño Sánchez y dijo: «Buenas son, oh señor, las palabras de Guillermo de Moncada, y bien y gallardamente habla por sí y por su linaje; ahora yo responderé por mí. Dios, que nos crió, ha querido que fuéseis rey y señor nuestro: y puesto que á Él place, debe placernos á nosotros, y á mí más y más, que estoy tan inmediato á vos en parentesco y que tengo en vos un buen señor y amigo. Así que, si aumenta vuestro honor y señorío, no puedo ni debo creerme extraño, sino compañero de tal prosperidad, pues que Dios me ha concedido ser vuestro deudo. La obra que proyectáis emprender es muy buena: obra es de Dios; y á quien con Dios obra, Dios le instruye, dirige y escuda.

1 Algo diferente es el discurso que pone Desclot en boca del vizconde de Bearn, á quien coloca en tercer lugar después del conde Nuño y del de Ampurias. En él se felicita de hallar ocasión de volver á la gracia y amor del rey, de que *se le había privado con gran felonía*; le insta á que no exponga su persona á los peligros de la jornada, y en todo caso promete seguirle con 100 caballeros y sus correspondientes peones, cuyo número conviene con el consignado en la escritura de concordia que firmaron el rey y los magnates en Tarragona.

Yo os otorgo paz y treguas por mí, por los míos y por la tierra que el conde mi padre me dió ó dejó de por vida, á saber, Rosellón, Conflent y Cerdaña, y en especial don os concedo recoger en ella el bovaje; y seguiros he á mi propia costa con 100 caballeros armados [1], y os serviré fielmente hasta que Dios os haya entregado el país. Y vos me daréis porción en la tierra y en los bienes muebles para los caballeros y peones que me sigan, y para las galeras y embarcaciones que aprestaré en este viaje en servicio vuestro.»

Tomó en seguida la palabra el conde de Ampurias, uno de los más entusiastas por la guerra, y habló así:

«Señor: no puede ser bastantemente loado el viaje que proyectáis hacer, siendo tan grande la utilidad de su objeto; pues que si Dios, como firmemente creemos, está con nosotros y conquistamos ó ganamos el reino arriba dicho, ¿quién de nosotros ó de qué manera todos juntos podremos apreciar cuánta gloria á Dios se le tributará por ello, y qué triunfo resultará para la fe, y cuánto fruto de almas para las naciones que sobrevengan, y cuántas buenas obras se seguirán para los fieles en las tierras conquistadas? Así que no podemos comprender estos efectos, ni elogiar dignamente la tal empresa. Yo prometo seguiros con 60 caballos armados y otros tantos caballeros; y aunque yo por la gracia de Dios soy conde de Ampurias, mayor y más noble cabeza de nuestro linaje es Guillermo de Moncada, señor de Bearne y Moncada que obtiene de vos, y de Castelveyl que es de franco alodio suyo. Por lo que yo apruebo y confirmo las palabras que ha dicho, y en la cuenta y número de los 400 caballeros que ha prometido, entiende que vayan incluídos los 60 caballeros míos, como prometidos

1 El mismo número de gentes promete Nuño en la concordia; pero, según Desclot, ofreció hasta 200, sin contar los donceles é hijos de caballeros que pensaba elevar á este grado en el campo de batalla.

de parte del linaje nuestro. Y así como á él y á los demás se ha prometido porción, vos me daréis la que me pertenezca por mis caballos y hombres á pie que me siguieren, pues que todos los caballeros que ofrecemos nosotros y los demás, se entiende que se presentarán y servirán con caballos armados.»

Después de éstos hizo su propuesta Aspargo, arzobispo de Tarragona, que era primo del rey, y dijo: «Podemos repetir las palabras que pronunció aquel Santo Simeón, deseador de Nuestro Señor Jesucristo, cuando tuvo en sus manos á dicho Jesucristo, hijo de Dios, á los cuarenta días de su nacimiento, de quien habían prometido la ley y los profetas que debía aparecer tomando carne por nosotros. *Viderunt oculi mei salutare tuum:* han visto mis ojos tu salud. Y léese que dijo haber visto la salud de Dios, cuando tuvo en sus brazos á aquel Señor que había venido á salvar al mundo y á obrar la salud en medio del mundo. Nos complacemos en aplicar esta palabra á la presente materia, como que maravillados nos alegramos en nuestro Señor, y gracias y alabanzas le rendimos en el fondo del corazón por haber visto nuestros ojos la salud vuestra; y por las cosas, señor, que os proponéis y que tratáis de hacer, ya se os puede llamar salud de Dios, pues que para salud de los fieles y exaltación de la fe y de la Iglesia pensáis peregrinar, y exponeros á vos y á los vuestros; viendo lo cual nuestros ojos y escuchándolo nuestros oídos, no sin razón nos alegramos. Por lo demás, supuesto que nos habéis prevenido contestar á las cosas por vos propuestas, visto lo que pensáis hacer y lo que pedís, decimos que todo ello es digno al par de alabanza divina y humana; porque en ello ven nuestros ojos gran provecho vuestro, de nuestro estado y gobierno y nuestro también, pues ... aquí os resultará grande honra, estima y satisfacció... de las cuales nos hará partícipes nuestra sujeción nat...

ral y verdadera. Y este negocio, que os disponéis á emprender vos y vuestros nobles, tiene profundas raíces y dulcísimos frutos, pues difundirá por este mundo suave olor de buena fama con la manifestación de valientes ejemplos, y en el otro siglo para cuya posesión nacemos nos reserva glorioso galardón. Rogamos, pues, á Aquel de quien proceden los bienes todos, que se digne iluminar esta solemne asamblea para saludable consejo vuestro y fructuosa recompensa.

»Y en verdad que la respuesta de los nobles y su generosa promesa os debe ya obligar á inclinar mucho al tal viaje, pues mucho y bien han ofrecido; cosa, señor, que siempre tendréis fija en vuestro corazón y encomendada á vuestra constante memoria, para que cuando con el favor de Dios seáis vencedor y nuevo dueño y poseedor de nuevas tierras, os dignéis acordaros piadosa y justamente de vuestros vasallos, y repartir con amor casi fraternal las tierras y las cosas que en ellas se encuentren, según las personas que consigo habrán traído para vuestro tan necesario servicio. Nos empero, señor, no conocemos el arte ni ejercicio de las armas, somos ancianos y de provectos días, y no hay en Nos aptitud ni fortaleza para semejante expedición y fatiga: mas de nuestra parte, y de parte de la iglesia de Tarragona, os decimos que podéis mandar disponer de nuestros bienes y hombres, y recibir de ellos servicios, así como de los vuestros en subsidio y ayuda de tan piadoso objeto. Además, si por inspiración divina se mueven los obispos y abades, y deliberan y acuerdan seguiros personalmente, damos por bueno y agradable su propósito, y desde luego les otorgamos licencia de ir allende el mar. Y el que es unigénito, hijo de Dios engendrado, que para redención del linaje humano quiso venir á este mundo, tomando carne nuestra, recibida de una madre virgen, verdadero Dios y hombre verdadero, os dirija y

según nuestros votos os saque glorioso vencedor, conservado en cualesquiera peligros con su divina protección [1].»

Al terminar su discurso el arzobispo, estaba ya en pie el obispo de Barcelona, Berenguer de Palou, aquel mismo prelado que había tomado parte en la batalla de las Navas al frente de 40 ginetes y 1.000 infantes, y en estos términos, habló:

«Cuando Nuestro Señor Jesucristo quiso transfigurarse en el monte Tabor, en presencia de tres apóstoles, y manifestarles su gloria, apareciéndose allí Moisés y Elías; y San Pedro, no sabiendo lo que decía, deseó que se levantaran en el mismo sitio tres tabernáculos, oyóse la voz del Padre sobre el Hijo, diciendo: *Hic est filius meus dilectus in quo mihi bene complacui;* que significa: este es mi Hijo amado en el cual he tenido complacencia. Esta expresión, señor rey, os conviene muy bien á vos, y merecéis que Nuestro Señor Jesucristo, para el acrecentamiento de cuya honra tan solícito os mostráis, os llame su hijo á quien crió, á quien hizo rey, á quien durante su pasión redimió á tanta costa. Pero últimamente de vos, como de hijo, manifiesta haber recibido nuevo placer por el viaje de que tratáis, que será destrucción de los enemigos de la cruz, conquista de terrestre reino, y adquisición de reino perpetuo y celestial. Así, pues, Yo, por mí y por la iglesia de Barcelona, os ofrezco y prometo 100 caballeros armados ó más, á mis propias expensas, que continuarán hasta que seáis dueño de las islas, y os pido porción de lo que ganéis para aquellos que conmigo irán, y así para caballeros como para marineros.»

El ofrecimiento de Berenguer de Palou fué como la

1 Desclot especifica más los ofrecimientos del anciano arzobisp que, según dicho cronista, prometió ayudar á la empresa con 1.000 ma cos de plata, 500 cargas de trigo, 100 caballeros y 1.000 peones.

señal para los demás eclesiásticos, que á porfía prometieron sus auxilios. El obispo de Gerona ofreció capitanear 30 caballeros; el abad de San Feliu de Guixols, cinco; el paborde de Tarragona, cuatro y una galera; el arcediano de Barcelona, 10 y 200 infantes; el sacrista de Gerona, 10 y los peones que pudiese, y así otros miembros de la clerecía, que además ofrecieron asistir al rey con sus personas.

Los magnates que estaban presentes anduvieron también hidalgos en las ofertas. Ramón de Moncada juró gastar en la demanda cuanto tenía y esperaba, y llevar consigo 25 caballeros; Francisco de Sanmartí y Guillermo de Cervellón, digeron que se presentarían el día de la partida con 100 caballeros; Ramón Berenguer de Ager, ofreció unir otros 25 á los de Ramón de Moncada; Berenguer de Santa Eugenia y Gilaberto de Cruilles, se obligaron á mandar 30 caballeros; Hugo de Mataplana y Galcerán de Pinós, 50; 30, Raimundo de Alemany y Guillermo de Claramunt, y por el mismo orden otros muchos.

Llególes por fin su vez á las ciudades, de las cuales, por lo que parece desprenderse, sólo Barcelona, Tarragona y Tortosa tenían diputados en aquellas Cortes. Levantóse de su asiento el ciudadano Pedro Groyn, y en nombre de la capital del Principado, pronunció el notable y patriótico discurso siguiente [1]:

«Largo tiempo hace ya que, por culpas y pecados de las gentes, no han tenido nuestras ciudades ninguna materia de gozo ni ocasión alguna de alegría, sino que, convertidas casi en tristeza, por muchos años han enmudecido. Este nuestro suelo de Barcelona, que es y se llama ciudad por excelencia sobre las restantes, de mu-

1 Este bello discurso del diputado barcelonés, sólo figura por extenso en la crónica de Marsilio; la de D. Jaime no lo pone más que en extracto.

chos años acá, sólo un placer recuerda haber recibido, y fué cuando por primera vez se halló enriquecida con vuestra presencia; pero este placer no enfrenó las lágrimas, antes bien les dió rienda, al ver el condado y el reino venido á manos de un rey niño de seis años, por lo cual jamás nuestra ciudad apartó de sí el temor mientras tanto que vos os encontrásteis en menor edad, y nos era más preciosa vuestra vida que la nuestra propia, como que la vida y felicidad de todos de vos pendía. Mas hoy cumplidamente aparecemos rebosando en alegría, y verdadero gozo inunda la ciudad toda, y *no* encuentra en ella ángulo alguno la tristeza, cuando el corazón y las entrañas de todo ciudadano se ceban en la sustancia de tan gran noticia. Hoy conoce la ciudad la fortaleza de su señor, hoy se atrae el príncipe nuevo amor del corazón de los ciudadanos, viendo que tales cosas anhela, que tales cosas dispone que han de fijar el mundo y el cielo en el espectáculo de tan grandiosa hazaña. Hierve ya la ciudad en amor y devoción, y muchedumbre perpetua de entrañables y afectuosos clamores subirá á los oídos del Altísimo, para que en la empresa principiada obtengáis el apetecido logro. Yo, de parte de la ciudad, os ofrezco los buques, así navíos como barcas, que se hallan en Barcelona para prestaros agradable servicio, conforme requiere la piedad del objeto, y en esta jornada nos portaremos de tal manera, que siempre en adelante estéis de nosotros más complacido.»

Según la crónica real, el diputado por Barcelona terminó su discurso con esta notable frase:

«Al hacer la ciudad este ofrecimiento, no quiere más recompensa que vuestra gratitud.»

Otro tanto dijeron de por sí los diputados por Tar gona y Tortosa. Y muchas otras ciudades y villas Principado imitaron más tarde el ejemplo de estas t

primeras, á saber: Lérida, Gerona, Manresa, Cervera, Tárrega, Villafranca, Caldes, Montblanch, Prades, Apiera y otras.

D. Jaime, rebosando en júbilo su corazón, agradeció á los tres brazos el grande amor que á él y á la patria mostraban, y dijo que él, por su parte, contribuiría á la jornada con llevar 200 caballeros de Aragón, muy buenos y valientes, y gentilmente arreados de buenos caballos y ricas armas; 500 donceles, tan excelentes jinetes como admirables infantes; cuantos sirvientes fuertes y aguerridos fuesen menester [1], y muchos ingenios ó máquinas, con adiestrados ingenieros para disponerlos y dispararlos. «Como Dios me dé vida, terminó diciendo, antes de un año seremos dueños de Mallorca [2].»

Al finalizar D. Jaime su discurso, se trató de fijar el plazo en que todos debían reunirse para hacerse á la vela, dándose cita, dice la crónica, en el puerto de Tarragona, llamado Salou, á mediados del mes de Mayo próximo venidero *(en lo port de Tarragona apeylat Salou, miljant lo mes de maig esdevenidor sens mitjá)*.

También, antes de darse por disueltas las Cortes, se extendió el acta por la que el rey se comprometía, en nombre de Dios y suyo, y cuando el Señor se dignara

1 Los *sirvientes*, al decir de los Sres. Flotats y Bofarull, comentadores de la crónica real, eran como una especie de plebe de los ejércitos feudales, pues eran llamados así todos aquellos vasallos que, sin tener bajo su jurisdicción á otros feudatarios, debían, en virtud de la concesión del feudo que les había hecho su señor, acompañar á éste y servirle en sus huestes y cabalgadas.

2 He aquí las palabras que Desclot pone en boca de D. Jaime: "*Jo menaré CC cavalers d' Aragó molt bons e valents, gint armais, e de bons cavalls e de ricas armas, e D donsells qui serán bons á cavall e á peus, e servents bons e valents tans com mester n' hauré, e aportaré molts ginys, e amenaré de bons guinyadors; e jo promet á Deu que sols que vida m' bast que abans un any seré passat á Mallorcas.*"

hacerle dueño y dominador de las islas de Mallorca, á asegurar á todos y á cada uno las correspondientes porciones de la conquista, según los servicios y méritos por todos y cada uno contraídos; nombrándose para entender en el reparto de muebles y tierras al obispo de Barcelona, al conde Nuño Sánchez, al de Ampurias, á los vizcondes de Bearn y de Cardona, y á Guillermo de Cervera.

A continuación de esto, avanzan los nobles por su orden, y juran uno á uno sobre los Santos Evangelios, hallarse con sus compañeros en el puerto de Salou el primer día de Mayo para acompañar al rey en su viaje y servirle fielmente; acércanse en pos de ellos los prelados, y, quitándose los bonetes, puestos delante de los Evangelios y mentalmente tocados, confirman á la vez el servicio y el embarque; llega, por fin, á los ciudadanos el turno de su juramento, que prestan entusiastas; y se estremece el palacio á las voces de alegría que brotan de todos los labios, y todo es fiesta y algazara y regocijo, y, en medio del general contentamiento, disuélvense aquellas tan solemnes como memorables Cortes, después de haber dado el primer paso para la futura inmarcesible gloria de la CORONA DE ARAGÓN.

CAPÍTULO XXIX.

Regocijo y fiestas en Barcelona.—Preparativos para la jornada de Mallorca.—Pasa el rey á Lérida.—Los nobles aragoneses intentan vanamente hacer cambiar de resolución al rey.—El rey y los suyos toman la cruz.—Alianza con el rey destronado de Valencia.—Sentencia de divorcio entre el rey y la reina Doña Leonor.—Rectificación del convenio de Barcelona.—La expedición sale de los puertos de Salou, Tarragona y Cambrils.

(De Enero á Setiembre de 1229.)

El júbilo en que rebosaba el palacio se comunicó bien pronto á la multitud, que por las calles y plazas esperaba impaciente el resultado de las Cortes. Aquella tarde, al decir de los cronistas, Barcelona bullía en entusiasmo. Léase si no el trozo de Marsilio, que copio á continuación, trozo bellísimo, y cuadro realmente inimitable por lo natural y delicado:

«Cada cual vuelve á su posada, dice, lleno de noticias que difundir, y la ciudad entera bulle en nuevos rumores; y los que no habían asistido, preguntaban por las calles lo que había acordado la asamblea y lo ordenado ó decidido, y los que venían de allá no pueden detenidamente referirlo, sino que por remate á todos gritan: ¡A Mallorca! ¡En buen hora sea! ¡A Mallorca! Y en seguida la noble ciudad parece asentir al viaje; y las calles todas llénanse de cualesquiera avíos necesarios, y de armas así defensivas como ofensivas, y de mujeres ocupadas en coser banderas, velas y diferentes arreos, así de hombres como de caballos. Pierde el sosiego toda la ribera, y con grande algazara se ocupan y maniobran los marineros; aquí se trabaja lo nuevo, allí se remienda

lo gastado, acá se elige á los más fuertes, allá se distribuyen por oficios los elegidos. Y no queda la infancia sin participación de este contento; pues júntanse los niños, y toman vestiduras por adargas y cañas por picas, y buscan sitio para pelear, y unos trabajan fingidamente en defender á Mallorca, otros se esfuerzan en combatirla, y se da á los cristianos el triunfo, vencidos varonilmente sus contrarios; así que los juegos de la infantil edad son mensaje y pronóstico de la verdadera alegría; y en tanto que obra así puerilmente, arranca multiplicados suspiros á los previsores que temen las varias y acostumbradas vicisitudes de los combates y sus riesgos imprevistos, y ruegan que así suceda como lo representan á su talante los muchachos en el seno de la paz [1].»

La decisión de las Cortes fué solemnizada en Barcelona con notables fiestas religiosas, cívicas y militares, de que nos habla Desclot, ya que no Marsilio ni la crónica real. Siendo al día siguiente Noche buena ó víspera de Navidad, acudieron á palacio nobles, prelados y ciudadanos y, acompañando al rey, marcharon á la iglesia catedral, que estaba brillantemente iluminada y no podía contener el gentío que la inundaba. Allí pasaron en vela la noche el rey, la corte y el pueblo, pidiendo á Dios protección y ayuda para la jornada de Mallorca, y oídos maitines y la misa matinal, fuéronse á descansar un poco para luego asistir á un espléndido banquete con que los obsequió D. Jaime. Hubo aquellos días juegos y regocijos caballerescos y populares, y justas y torneos, irradiando á los semblantes de todos el entusiasmo que hervía en el corazón; que era la expedición á Mallorca altamente popular en Barcelona.

Con una actividad de que realmente no había ejemplo en sus anales, comenzaron en Barcelona los apres-

1 Traducción de Quadrado.

tos y preparativos, y antes de partir el rey para Lérida, llamó á Ramón de Plegamans, ciudadano barcelonés muy experto en cosas de mar, y dióle órdenes para la construcción de galeras y otros buques de batalla, al propio tiempo que de taridas, leños y otras naves de transporte [1].

En seguida, y entrado ya el 1229, partió D. Jaime á Lérida, en donde halló á Juan, cardenal titulado de Santa Sabina, recién enviado á España por el Papa, á muchos barones de Aragón, Ribagorza y Pallars, y también, según se presume, á Cid Abu Zeyd Almanzor que, por consecuencia de las revueltas civiles en que andaban los árabes, acababa de ser arrojado del trono de Valencia, del que se apoderara Abu Djomail Ebn Mordanich. Cid Abu Zeyd, que se había procurado ya anteriormente la amistad de D. Jaime, venía á pedirle que le ayudase á recobrar su reino, prometiendo en cambio hacerse cristiano y aliado del aragonés, al decir de las crónicas.

Por lo que toca al cardenal de Santa Sabina, había venido á estas tierras enviado por el Papa para entender en el divorcio del rey y de su esposa Doña Leonor de Castilla; y en cuanto á los barones de Aragón, habían acudido á Lérida invitados por D. Jaime para tratar de la empresa contra Mallorca. Ni los ricos-hombres aragoneses ni los ciudadanos de Lérida eran entonces favorables á la expedición, y es fama que habían acudido al cardenal, suplicándole influyese en el ánimo del rey para hacerle cambiar de propósito. Todo lo que era popular la guerra en Barcelona y en la costa, era

1 De la asistencia del rey con toda su corte á los maitines de la catedral, del nombramiento de Ramón de Plegamans, de la ida de D. Jaime á Lérida, su entrevista con el cardenal de Santa Sabina y la asamblea ó Cortes á que fueron convocados los de la ciudad y los ricos-hombres aragoneses, no hablan la menor palabra la crónica real, ni la de Marsilio. Hay que acudir á Desclot, á Zurita y á los demás cronistas.

impopular en Aragón, á cuyos pueblos más les convenía ciertamente acometer á Valencia; que de los moros de Valencia recibían daños continuos, mientras que ninguno recibían de los baleares. Las tentativas de los aragoneses y del cardenal hallaron inflexible á Don Jaime. Se cuenta que éste habló de su empresa con tanto brío, con tanto entusiasmo y con tanta convicción de buen éxito, que el cardenal de Santa Sabina, convencido á su vez y ganado por el entusiasmo del monarca, no pudo menos de exclamar:—«¡Hijo! la idea de semejante empresa, no de vos, que tan joven sois, sino de Dios procede, el cual os la inspiró y os ha enviado su gracia; y ya que es así, ¡plazca á Dios que podáis llevarla tan á feliz término como vuestro corazón desea!»

Convocó D. Jaime á parlamento á eclesiásticos, barones y ciudadanos, y les expuso su idea, diciéndoles como para vengar los muchos agravios recibidos, y para gloria de sus armas y de la cristiandad, había decidido acometer la empresa contra Mallorca. Los aragoneses y los leridanos le hicieron entonces presente que, antes que á Mallorca, convenía tomar á Valencia, y que si esta jornada emprendía en lugar de aquélla, podía contar con que ellos harían cuanto les mandase, sirviéndole gustosos con sus personas, vasallos, caballos y armas; mas de ninguna manera en lo de Mallorca, de lo cual ni se curaban ni deseaban.—«No por cierto, contestó entonces el monarca; no seré yo quien abandone la empresa de conquistar Mallorca, que jurado lo he, y no romperé jamás mi juramento. Quien seguirme quiera, cumplirá con su deber y me tendrá á mí por su amigo; quien no, recibirá su condigno premio 1.»

1 Sin embargo, los de Lérida debieron contribuir más tarde á la expedición, imitando el ejemplo de otras ciudades, pues en el rep. miento se hallan continuados por 198 caballerías y obtuvieron 1(querías en varios términos de la isla.

Estas fueron las palabras del rey, según Desclot, y en seguida, cogiendo un pedazo de cordón, doblólo á manera de cruz y pidió al cardenal que se la cosiese al hombro. Hízolo el cardenal, dióle su bendición, y concedió grandes indulgencias á cuantos le acompañasen y ayudasen. Por aquel acto la empresa tomó el carácter de cruzada, apresurándose á recibir la cruz de manos del legado pontificio, el obispo de Barcelona y cuantos habían ido á Lérida en la comitiva real.

Firme D. Jaime en su propósito, disolvió la asamblea de Lérida y pasó á Aragón para apercibir su gente y llevarse á cuantos quisieran seguirle *cumpliendo con su deber*, como él mismo había dicho. Mientras tanto, los caballeros y eclesiásticos catalanes se volvieron para sus estados, y se cuenta que, al llegar el obispo de Barcelona á un pueblo llamado Querol, se encontró con Guillermo de Moncada y muchos caballeros, todos los cuales, al verle con la cruz, quisieron cruzarse igualmente, recibiéndola de manos del obispo y regresando juntos á Barcelona, donde aplicaron nuevo fuego al del entusiasmo general, con sólo presentarse luciendo en el hombro el signo de la redención.

A principios de Abril, estaba D. Jaime en Calatayud con el legado del Papa y con Abu Zeyd, el destronado monarca de Valencia [1], y allí fué donde cerró con este príncipe moro una alianza ofensiva, para cuya seguridad se dieron mutuamente varias fortalezas y rehenes. Hábilmente político se mostró en esta ocasión el monarca aragonés. Esta alianza debió hacerle conseguir tres importantes resultados: 1.° Que Abu Zeyd, con el favor de D. Jaime, comenzase la guerra contra el rey moro de Valencia, empezando á abrirle camino para cuando él se decidiese á emprenderla por sí. 2.° Que los ara-

1 Zurita, lib. III, cap. II.

goneses, descontentos por la empresa de las Baleares, se tranquilizasen algo al ver que también, aunque de un modo indirecto, se empezaba la guerra contra Valencia. Y 3.º Que Djomail, el usurpador del trono valenciano, no pudiese prestar auxilio de armas al emir de Mallorca, ocupado como se hallaría en apagar en su propia casa el fuego que en ella encendiesen Abu Zeyd y los suyos. Y realmente fué así. Desde aquel mismo instante, á juzgar por lo que dice Zurita, mientras Don Jaime emprendía su expedición contra Mallorca, Abu Zeyd, con el favor del rey, de D. Pedro Fernández de Azagra señor de Albarracín, de D. Blasco de Alagón y de otros caballeros naturales y vasallos de D. Jaime, comenzó la guerra de Valencia, entrando en sus tierras y apoderándose de varios castillos.

De Calatayud, en donde, á más de la alianza citada, puso sin duda término á sus aprestos militares, pasó el rey á Tarazona. Para este punto había citado y mandado congregar el cardenal de Santa Sabina á varios de los prelados más insignes en santidad y en letras, al objeto de entender en el asunto del divorcio del rey. Asistieron á este concilio, según Zurita, Rodrigo arzobispo de Toledo, Aspargo arzobispo de Tarragona, y los obispos de Burgos, Calahorra, Segovia, Sigüenza, Osma, Lérida, Huesca, Tarazona y Bayona. La sentencia que se leyó al rey y á la reina fué de que quedaba nulo el matrimonio, en razón del parentesco que mediaba entre los consortes, por ser ambos biznietos del emperador D. Alfonso VIII de Castilla y de León, y de haber casado sin la correspondiente licencia de la Iglesia; declarándose, sin embargo, legítimo, y pudiendo por lo mismo suceder en el trono, al hijo llamado Alfonso, que había nacido de este enlace [1].

1 Zurita, lib. III, cap. III. Este hijo de D. Jaime y Doña

Este hecho del divorcio tuvo lugar á fines de Abril, y en seguida se partió D. Jaime para Cataluña, llegando á Tarragona el 1.º de Mayo, que era el día señalado; pero como no se hallaban aún reunidas las fuerzas ni aprestadas todas las naves, fué preciso aguardar hasta el mes de Setiembre. Durante los cuatro meses que permaneció el rey en Tarragona, ratificóse en esta ciudad el convenio celebrado en Barcelona, y aun se modificó en una de sus cláusulas, pues que habiéndose presentado para ser de la jornada los caballeros templarios, con quienes al principio no se había contado, se nombró, como otro de los que debían cuidar del repartimiento de la isla, al fraile Bernardo de Champans, comendador de Mirabete [1].

En un manuscrito que existía en Poblet, constaba que también, durante estos cuatro meses, por el de Agosto, había hecho D. Jaime un viaje al citado monasterio, á fin de rogar á la Virgen que patrocinase la empresa, añadiéndose que allí se bendijeron las banderas y estandartes.

Llegó, por fin, el día de la partida. Los albores matinales del miércoles 5 de Setiembre, sorprendieron á multitud de naves balanceándose en las aguas del

nor, cuyo nombre era, efectivamente, Alfonso, había sido ya jurado en Lérida como sucesor al trono, probablemente en unas Cortes de que no hablan los anales. D. Jaime le declaró legítimo y sucesor suyo ante el concilio de Tarragona, y antes de que éste diera su sentencia; pero, según Zurita, hizo la declaración de que Alfonso le sucedería en el trono de Aragón, mientras que los demás hijos que pudiese tener de otra esposa reinarían en Cataluña; "lo que equivalía, añade Ortiz de la Vega al llegar á este punto, á destruir en una hora de ceguedad la obra más bella de sus antepasados." Más adelante tendremos ocasión de hablar acerca de esta declaración y propósito de D. Jaime, que no llegó, sin embargo, á efectuarse, por haber muerto Alfonso antes que su padre.

1 Piferrer: *Mallorca*, pág. 41.

gran puerto y de las playas [1]; las flámulas y gallardetes ondeaban azotados por el viento en lo alto de los mástiles; las trompetas tocaban á partir; la hermosa é inmensa playa de Salou, teatro un día del desembarque de los Scipiones, se estremecía al choque de las armas y al paso de las huestes; la alegría brillaba en todos los rostros y moraba la esperanza en todos los corazones; la multitud acudía á presenciar la imponente escena que iba á tener lugar en aquella playa, tan hermosa por la historia como bella por la naturaleza.

Las naves, formando tres divisiones, anclaban ante Tarragona y ante Cambrils, pero la mayor parte en Salou. Había 25 buques mayores, 18 taridas, 12 galeras, 100 entre galeotas y trabuces y muchos leños inferiores. El rey llegó con su hueste aragonesa capitaneada por D. Pedro de Maza, el conde de Carroz, D. Jimeno de Urrea, D. Pedro Cornel, D. Lope Jiménez de Luesia y D. Pèdro Pomar. El obispo de Barcelona, Berenguer de Palou, marchaba al frente de sus tercios, de los cuales nombrara caudillos á su primo Guillermo de Moncada y á los caballeros Ramón de Solsona, Ramón de Montanyá y Arnaldo Desvilar; el conde del Rosellón, Nuño Sánchez, compareció mandando lucidas compañías, cuyos jefes eran Vifredo de Rocaberti, Olivier de Termens, Ramón de Canet, Gisperto de Barberá, Ramón de Vernet, P. A. de Barberá, Bernardo Spanyol, Bernardo Olives, Bernardo de Montesquiu, Castellán Royz y dos nobles barones de Castilla *(dos honrats barons de Castella*, dice Desclot); Guillermo de Moncada, vizconde de Bearn, llevaba por capitanes y compañeros á Guillén de Santmartí, Guillén de Cervelló, Ramón Alamany, Guillén de Claramunt, Hugo de Mataplana,

1 Marsilio llama gran puerto á Salou, y playas á los de Tarrag y Cambrils.

Guillén de Santvicens, Ramón de Belloch, Bernardo de Centellas, Guillén de Pallafols y Berenguer de Santa Eugenia. En pos de éstos, iban los demás nobles y eclesiásticos con sus gentes; el conde Hugo de Ampurias, el obispo de Gerona Berenguer de Cabanellas, el arcediano de Barcelona Bernardo de Villagrana, el sacrista de la misma iglesia Pedro de Centellas, el sacrista gerundense Guillermo de Montgrí, el paborde de Tarragona Ferrer de Santmartí, las ciudades con sus contingentes, y muchos caballeros voluntarios aragoneses, castellanos, franceses, italianos, genoveses, marselleses, provenzales, narboneses y guianeses, componiendo un total de más de 15.000 infantes y 2.000 caballos [1].

Embarcada toda la gente, hubo consejo con los principales cabos de las embarcaciones, y dispuso el rey el orden con que había de navegar la armada. La nave del capitán Nicolás Bouet, en la cual iba Guillermo de Moncada, había de abrir la marcha, cerrándola la en que iba el conde Carroz; estas dos galeras debían por la noche enarbolar un farol cada una como guía; en el centro iría todo el convoy de las naves como taridas, brises, leños y demás transportes; y por fin, las galeras se repartirían por entrambos lados de manera que con ellas hubiese de tropezar cualquiera embarcación enemiga. Por lo que toca á D. Jaime, se quedó el postrero de todos, subiendo á la galera de Montpeller, teniendo así ocasión de recoger en barcas más de 1.000 hombres que desea-

1 Quince mil infantes y 1.500 caballos, dicen Miedes, Zurita, Mariana y todos los autores siguiendo á éstos; pero la hueste debía ser mucho mayor, pues en el cómputo de aquéllos no entran las milicias de las ciudades y villas. Sólo la ciudad de Marsella debió enviar muchos auxilios, pues figura en segundo lugar en el repartimiento de la isla con el título de *Hombres de Marsella*. Tocaron á Barcelona en el reparto á razón de 877 caballerías y media, á los hombres de Marsella 636, á los de Tarragona 363, y así sucesivamente en descenso á los demás. (Véase el libro del repartimiento publicado por Quadrado.)

ban formar parte de los expedicionarios y que de otro modo hubieran tenido que ver frustradas sus esperanzas.

Apenas los de Tarragona y Cambrils vieron que la división de Salou se hacía á la vela, cuando imitaron su ejemplo. «No era el viento muy favorable, nos dice D. Jaime en su crónica ó en sus memorias; pero estábamos tan impacientes por dejar la tierra, que cualquier viento nos parecía entonces bueno como nos apartase de ella.» Y á continuación de esta bella frase, añade este otro hermoso rasgo: «Cuando se dió vela á los buques, miraban con placer tan bello cuadro los que quedaban en tierra, y Nos mismo gozábamos en contemplarlo, viendo que la mar llegaba á parecer blanca por la multitud de velas que do quiera se descubrían [1].»

Habría adelantado la armada unas 20 millas mar adentro, cuando saltó de improviso el viento leveche ó sudoeste. Los cómitres y pilotos de la galera real se presentaron á D. Jaime y le dijeron que con aquel viento no sólo no irían á Mallorca, sino que era fácil se desencadenase una tempestad, y que por lo mismo le aconsejaban volver á tierra á esperar para su empresa más bonanzoso tiempo.—«Volver atrás no lo haré por nada del mundo, contestó valientemente el monarca. Emprendo este viaje confiado en Dios, y voy en busca de aquéllos que en Él no creen; y pues voy en el nombre del Señor, en Él confío que sabrá guiarnos.»

1 Formaban parte de la armada varios buques forasteros, un navío de tres puentes de Narbona, una galera de Montpeller y algunas naves genovesas que debieron ser fletadas por algún magnate. Estas últimas debieron ser en número muy corto, según lo escaso de la recompensa y el silencio de las historias, pues en el repartimiento figuran sólo por 28 caballerías. Los hombres de Narbona figuran por 18 y media. Entre las ciudades extranjeras Marsella fué la que, como llevamos dicho, está e segundo lugar, inmediatamente después de Barcelona, en el repartimie to, mientras que Zaragoza en cambio sólo está en el último y figura sól en 2 y media caballerías, prueba de lo insignificante de sus servicios.

Conforme habían predicho los pilotos, la flota tuvo bien pronto á la tempestad por compañera de viaje. Fué preciso pasar á través de ella, que era inmutable la voluntad del rey, y, como él mismo dijera, nada había que pudiese hacerle retroceder. La borrasca se desplegó con furia, esparramó con furor las naves y les hizo temer á todos el malogro de la empresa. Las olas, agitadas por el látigo de la tempestad, se levantaban imponentes y amenazadoras, rugiendo con cólera y abriendo con estrépito sus flancos, cual monstruos marinos su desmesurada boca para tragarse las galeras, como si los infieles de las Baleares, temiendo el poder de aquella flota que se les acercaba, hubiesen tenido el medio de evocar á los espíritus del mal para que la destruyesen antes que arribar pudiera á sus costas. D. Jaime, aquel monarca de veinte años que iba á conquistar un reino para la cristiandad, permanecía sereno y tranquilo en medio de la consternación de los suyos y de la furia de los elementos. La sonrisa no se apartó de sus labios, la fe no abandonó su corazón, y sus ojos no dejaron de mirar al cielo, á través de cuyas densas nubes buscaba acaso la fulgente estrella que le guiaba en su camino.

La tempestad cesó, disipándose impotente al nacer el siguiente día. La armada dió gracias á Dios, cayendo el ejército todo de hinojos sobre la cubierta de los buques, y al levantarse la hueste, fortificada con el consuelo de la oración, los vigilantes dieron la señal de tierra, y á los ojos de todos, como una faja azul que ceñía el horizonte, apareció Mallorca [1].

1 Peregrinos incidentes marcaron la travesía de la armada, que con encantadora sencillez refiere D. Jaime y con notable talento amplifica Marsilio; pero ya comprenderán mis lectores que en una obra de la clase de ésta, no es posible entrar en ciertos detalles, y sea dicho esta vez por todas. Para escribir la completa historia de Cataluña, que no está escrita (ni la escribo yo) con el detenimiento, madurez y copia de datos

CAPÍTULO XXX.

La flota llega al puerto de la Palomera.—Nuño Sánchez y Ramón de Moncada son enviados de exploradores.—La flota pasa á Santa Ponza.—Desembarco de las tropas.—Primer encuentro con los sarracenos y primera victoria de los catalanes.—Primeras armas del rey en Mallorca.—Preparativos de batalla.—El mando de la vanguardia se confía á los dos Moncadas.—Victoria y muerte de los Moncadas.—Lo que le sucedió al rey con Guillermo de Mendiona.—Impaciencia del rey por tomar parte en el combate.—Batalla general.—Acampa el ejército en Portopí.—Entierro de los Moncadas y discurso del rey ante sus cadáveres.

(Del 6 al 15 de Setiembre de 1229.)

El mismo viento contrario que estorbaba á la flota acercarse á Pollenza, para donde había encaminado el rumbo, impelió los bajeles al puerto de la Palomera ó del Pantaleu, en el que entró la galera real el viernes 7 de Setiembre, arribando luego y reuniéndose toda la

que ella requiere, se necesitan muchos años, y es más obra de una academia que de un particular. Yo trato única y sencillamente de popularizarla, de hacer que el pueblo vaya tomando gusto á los estudios históricos y serios, y vaya también aficionándose á querer saber las glorias y hechos virtuosos de sus antepasados: cada país, como cada familia de nobles, debe tener y amar la tradición escrita de sus padres y abuelos; lo que es árbol genealógico en una casa señorial, es crónica é historia en el pueblo, que también éste es aristócrata y también tiene admirables títulos de nobleza. Escribiendo yo esta historia, hago lo que sé, lo que puedo, lo que me permiten mis escasos talentos y mis todavía más escasos bienes de fortuna. Hagan más los que más puedan. A falta de un trabajo completo en esta obra, á falta de las circunstancias que debieran caracterizarla, apréciese en ella mi buena voluntad y mi amor al pa- amor que en mí no se ha desmentido jamás, pues en los diez y s años que llevo de vida literaria y en los nueve de vida política, he s siempre consecuente en consignar—y he tenido siempre el valor de p.

escuadra sin pérdida de ninguna nave. Su llegada, empero, no cogió de sorpresa á los sarracenos que ya guarnecían aquella costa, esperando ver aparecer de un momento á otro las naves cristianas. Eran, por lo que pa-

clamar, hayan sido cualesquiera las circunstancias porque hemos atravesado—mis principios inmutables de amor á Cataluña y amor á la libertad. Y cuenta, que mi amor á entrambas cosas debe ser firme y debe ser probado cuando ha resistido hasta al ridículo y á la calumnia que plumas mercenarias y hombres que viven de la difamación y lucran con ella, han pretendido hacer caer sobre mí.

Por lo demás, si hasta ahora no ha existido aún una historia de Cataluña formando cuerpo de historia, aparte los *Anales de Feliu de la Peña* que sólo llegan hasta principios del siglo pasado y que por su redacción no convidan ciertamente á la lectura, en cambio hay admirables y notabilísimos trabajos que nada dejan que desear sobre hechos dados, ó sobre grandes épocas determinadas de la historia; y esto, dejando á un lado á Pujades, que es especialidad en todo lo de Cataluña hasta Ramón Berenguer IV, y á Zurita, que es maestro en cosas de Aragón. Ya se habrá podido observar que tengo yo buena cuenta de citar estos trabajos especiales y referirme á ellos, para que puedan acudir á estas fuentes todos cuantos deseen más detalles sobre un hecho y más pormenores sobre una época. Así, por ejemplo, la conquista de Mallorca, que es de lo que ahora se trata, ha inspirado páginas notables que han logrado dar reputación por sí solas á sus autores. A ellas hay que ir á buscar los pormenores, incidentes y detalles que no caben en el pálido bosquejo mío. Las obras que se han escrito sobre este episodio épico de nuestra historia, ó á lo menos las que yo creo más dignas entre las que he tenido ocasión de hojear, son, aparte siempre los documentos diplomáticos: 1.° Las memorias ó crónica escrita por el propio D. Jaime. 2.° La crónica de Fr. Pedro Marsilio, amplificación y comentario de aquélla, escrita en latín, traducida después al catalán y últimamente al castellano, por D. José María Quadrado. 3.° La crónica del caballero Desclot, en la parte que trata de la jornada de Mallorca. 4.° Las interesantes y sabias notas con que Quadrado ha enriquecido la versión castellana del Marsilio. 5.° La brillante y poética narración de Pablo Piferrer en la primera parte de su tomo de *Mallorca*. 6.° Las relaciones de Zurita, Dameto, Muntaner, Miedes, Mariana y otros antiguos, hasta los modernos Romey, Lafuente, etc. (*).

(*) Cuando leo esta y otras notas de mi primera edición, me admira que hayan podido ciertos críticos tratarme con tanta injusticia como lo han hecho.

rece, los moros en número de 5.000 infantes y 200 caballos; tenían armadas sus tiendas, y estaban dispuestos á impedir el desembarco.

Conociendo el rey cuánto peligro había en intentarlo por el momento, llamó á consejo á sus nobles y á los cómitres de mayor experiencia y madurez, y se convino en que el conde Nuño Sánchez, en una galera suya propia, y Ramón de Moncada, en la de los de Tortosa, fuesen navegando hacia la ciudad á guisa de exploradores, reconociesen la costa y eligiesen el sitio más á propósito para intentar el desembarco. Era esto el sábado por la mañana, y al anochecer volvieron los exploradores diciendo haber encontrado un punto llamado Santa Ponza, el más propio y excelente para el objeto, pues junto á él había una altura en la que, apostados 500 hombres, podrían con toda seguridad proteger el arribo de la flota y el paso de la gente á tierra.

El domingo quiso el rey descansar, y con algunos de sus barones pasó al islote de Pantaleu, á donde se llegó nadando un sarraceno, que la crónica apellida Alí, y el cual dió á D. Jaime cuantas noticias éste le pidió acerca de la isla, la ciudad, el emir y el ejército moro. Resuelto el monarca aragonés á marchar al nuevo puerto de Santa Ponza, señalado por sus exploradores capitanes, intentó ver si podría burlar la vigilancia de los sarracenos que desde la costa le acechaban, y dió orden para que á media noche, y con el mayor silencio, levasen anclas las galeras, y, remolcando una tarida cada una, se dirigiesen al punto donde debía operarse el desembarco. Empero no fué tanto el silencio ni tanto el cuidado, que dejasen de sentirlo los escuchas moros. Dieron la señal de alarma á los del campo, que se alborotaron, salieron de las tiendas y comenzaron á correr por la playa lo más cerca del agua que pudieron mientras que, lo más próximas también á la orilla, iban

avanzando las galeras á fuerza de vela y remo. Lo montañoso del terreno obligó, sin embargo, á los moros á hacer algunos rodeos, mientras que las galeras y taridas, vogando cada vez con más brío, no hallaron obstáculo, y pudieron llegar antes que aquéllos á Santa Ponza, donde comenzó á toda prisa el desembarco.

Los primeros que saltaron en tierra fueron Nuño Sánchez, Ramón de Moncada, los templarios Bernardo de Santa Eugenia y Gilaberto de Cruilles, quienes, ganando por la mano á los sarracenos, tomaron aquella colina cercana al mar, de que se ha hablado, estableciendo en ella una división de 700 infantes y 150 jinetes. Había precedido á todos, subiendo el primero al collado y clavando en él una lanza con una banderola blanca, como para tomar posesión de él, un soldado, á quien llamaban Bernardo de Ruidemeya, y luego llamaron de Argentona, al cual el rey hizo merced del término de Santa Ponza, para él y sus descendientes, por haber sido realmente el primero que puso el pie en la enemiga tierra [1].

Acababan apenas los nuestros de llegar á la cumbre de la colina, cuando los sarracenos se presentaron en tropel. Avanzó á reconocer su número el bravo Ramón de Moncada, solo y sin permitir que nadie le siguiera, pero no tardó en hacer seña á los suyos para que se adelantasen, embistiendo él el primero. Eran las del enemigo triples fuerzas, por lo menos, que las manda-

1 Zurita es quien esto cuenta en su lib. III, cap. IV. Ni la crónica real, ni la de Marsilio, hablan de este hecho. Sólo Desclot (párrafo 38) refiere que, al desembarcar los de la hueste de Nuño y de Moncada, "*viren un puig, alt, scarit, ab un servent en camisa, ab avarcas als peus, ab un penó. Ell se partí de la host e muntásen al puig, e puys signá ab lo penó que pensassen de muntar al puig avans que'ls sarrahins hi fosen.*" Este sirviente en camisa, con abarcas y tremolando un pendón, sería el Bernardo Ruydemeya de que nos habla Zurita.

das por el de Moncada, y sin embargo, los moros huyeron ante los nuestros, después de un combate que no fué muy largo, dejando tendidos 1.500 en el campo. Ufanos los catalanes con su victoria, volviéronse á su primera posición.

En aquel momento desembarcaba el rey y le presentaban su caballo ya ensillado, y al decirle que ya los suyos habían vencido á un crecido número de infieles que acudían para oponerse al desembarco, nublóse su frente en medio del gozo que por la victoria experimentaba, y exclamó:—«¡Malhaya mi suerte! Dado se há en Mallorca el primer combate y logrado la primera victoria sin haber yo participado de ellos. Pero, añadió, no será si hay entre vosotros, caballeros, quien seguirme quiera.» Veinticinco jinetes había sólo á su lado que estuviesen en disposición de seguirle, y al frente de aquel reducido escuadrón, partió el rey á galope hacia el sitio en donde tuviera lugar pocos momentos antes el combate. Buen rey era aquél que se dolía de no haber participado de los primeros peligros de sus súbditos y que corría desalado á buscarlos, sólo para que pudiesen serle gratas en conciencia las primeras sonrisas con que la victoria favorecía sus armas. Tres ó cuatrocientos infantes sarracenos habían tomado posesión en lo alto de una colina, pero al ver llegar aquel grupo de caballeros cristianos, echaron á correr para subir á un collado donde podían estar más al abrigo de la caballería. El rey y sus compañeros dieron espuelas á sus corceles, y no tardaron en alcanzarles. Derribados por las espadas y pisoteados por los caballos, los moros sembraron el suelo de cadáveres. Hasta 80 quedaron allí tendidos, y satisfecho D. Jaime, regresó á donde estaba su hueste.

Arreglóse, no muy distante de la playa, un camp mento provisional, y allí pasaron la noche D. Jaim sus barones y parte de la hueste, rendidos todos por

fatiga y el mareo. En Santa Ponza no habían desembarcado sino las galeras y taridas; las otras naves y el grueso de la armada, que hasta el lunes por la mañana se estuvieron en la Palomera, ignorando el punto á dónde habían arribado aquéllas, y no divisándolas á causa de las sinuosidades de la costa, siguieron más allá su rumbo, y doblando el cabo de la bahía de Palma, anclaron en la ensenada de Porrasa. De este engaño de la flota, resultó un bien para la hueste toda, porque desde Porrasa pudieron ver asomar el ejército moro que mandado por el emir sarraceno iba llegando por las alturas, y pudieron por consiguiente mandar una barca que á toda prisa doblase el cabo para dar aviso al rey.

Hasta media noche no llegó el mensaje á D. Jaime, que reunió en consejo á sus barones para acordar lo más prudente. Sin el aviso de los de Porrasa, que también llegaron luego muy oportunamente para tomar parte en la batalla, la formidable hueste sarracena hubiera quizá sorprendido el campamento cristiano, en el que distaba mucho de existir la vigilancia que exigía la situación. Rasgueaba apenas el alba, cuando ya los magnates todos se hallaban reunidos en el pabellón real, donde se celebraron los divinos oficios, haciendo el obispo de Barcelona una fervorosa plática. En seguida, en medio del más solemne silencio, llegóse al altar Guillermo de Moncada, que no había comulgado como los demás al partir de Cataluña, y lo hizo, dice la crónica, con lágrimas en los ojos, bien como si una voz secreta le advirtiese de su destino y le moviese á recibir el Santísimo Sacramento y á prepararse á la batalla con una triste alegría.

Concluído todo, se tuvo consejo y se trató de quien llevaría la vanguardia en la jornada que se preparaba, decidiéndose que fuesen los dos Moncadas. Entónces el vizconde de Bearn reunió á los suyos, caballeros todos

de su casa y de su linaje, y les dirigió una breve pero elocuente y enérgica alocución, que copia Desclot, de modo que cuando *En G. de Moncada hach parlat, tots foren molt alegres é scalfats en la amor de Dèu é coratjuts de morir per ell si menester fós.*

Así que hubo marchado la vanguardia, recibió aviso de que el jefe sarraceno había sacado el ejército de sus tiendas, y dejando en ellas una buena escolta, se adelantaba por otro camino con lo principal de su hueste. Entonces los Moncadas dividieron en dos su fuerza: una mitad, al mando de Hugo de Ampurias y del maestre del Temple, se dirigió á las tiendas, mientras que la otra mitad, á las órdenes de Guillén y de Ramón de Moncada, se encaminaba por el otro lado contra el grueso de la hueste mora.

El de Ampurias y el maestre entraron á viva fuerza en las tiendas y se apoderaron de ellas, pero no fué tan propicia la suerte á las armas de los Moncadas. Tres veces desalojaron á la morisma de un cerro que había ocupado, y tres veces los sarracenos volvieron á apoderarse de él. Corto era el número de los cristianos y no les llegaba de Santa Ponza socorro, sin embargo de que el rey, que oía el rumor del combate á lo lejos, daba prisa á sus caballeros para que acudieran pronto en auxilio de los Moncadas, pues demasiado imaginaba que les era necesario. La impaciencia del rey está perfectamente descrita en la crónica, que deja entrever un retardo muy reprensible y muy sospechoso por parte de Nuño Sánchez.

En el ínterin, los Moncadas intentaron el cuarto y último esfuerzo para apoderarse de aquel collado que con tanta tenacidad se disputaban. Los dos caudillos catalanes reunieron á los suyos en torno de su señera, y adelante fueron, y tan adelante pasaron, que rompieron aquella vez los batallones enemigos. Pero la muerte e

peraba inexorable y sañuda á los más valientes en el seno mismo de la victoria. Acorralados los Moncadas como leones por gran muchedumbre de moros, como leones pelearon, pero peleando murieron, cayendo junto á ellos Hugo de Mataplana, Hugo Dezfar y otros ocho de los más ilustres caballeros de su linaje.

Ya en esto, es decir, cuando el combate se hallaba en lo más recio, habían acudido el rey, Nuño Sánchez, Beltrán de Naya, Lope Jiménez de Luesia y Pedro de Pomar, todos con su gente. D. Jaime, lleno de brío y de impaciencia, no había curado de armarse, y aceptó la coraza que Beltrán de Naya le dió en aquel momento despojándose de ella. En seguida marchó á galope, sin dejar de reprender á los suyos por la tardanza. Al llegar al sitio donde había tenido lugar la primera refriega, pues la batalla al parecer había ido cambiando de teatro y avanzando en dirección á la ciudad, lo cual prueba que iban en retirada los sarracenos, encontró el rey á Guillermo de Mendiona, de quien decían que no había en todo Cataluña otro que mejor justara, siendo además buen caballero, el cual se retiraba de la pelea llevando ensangrentado todo el labio inferior.—«Guillermo de Mendiona, díjole el rey, ¿cómo os partís del combate?»—«Porque estoy herido, señor,» le contestó el caballero. Acercóse D. Jaime y vió que su herida era sólo en la boca de una pedrada que le habían arrojado. Al ver esto, el mismo rey cogió el caballo de las riendas y díjole al jinete:—«Volveos, Guillermo de Mendiona, á la batalla, que un buen caballero por semejante golpe no debe acobardarse ni menos abandonar la lucha.» Corrido el de Mendiona al oir estas palabras, volvió riendas al corcel, y entrándose á galope en lo más recio de la pelea, supo hacerlo tan bien y cumplir tanto con lo que se le había mandado, que nunca más volvió á parecer.

Devorado el rey por su febril impaciencia, se apresuraba de tal modo, que apenas podían seguirle sus caballeros, y sólo 12 permanecían junto á él cuando llegó á lo alto de un collado, desde donde se veía el campo de batalla. No tardaron, sin embargo, en incorporársele 70 jinetes con el pendón de Nuño Sánchez, llevado por Roldán Layn, con el cual iba Sire Guillermo, hijo bastardo del rey de Navarra. En la sierra veíase á muchos sarracenos, en medio de los cuales ondeaba una bandera blanca y colorada con una cabeza humana en el hierro del asta. Quiso D. Jaime picar su caballo y arremeter, pero Nuño Sánchez, Lope Jiménez y Pedro Pomar se apoderaron de las riendas, diciéndole:—«Hoy nos mataréis á todos, y vuestra impaciencia nos llevará á mal fin.» A esto contestó el rey:—«No hay para qué tirar así de las riendas, que no soy león ni leopardo, y ya que tanto os empeñáis, iré despacio. Pero recordad lo que os digo: quiera Dios que tamañas dilaciones no resulten en grave daño nuestro.» Y así fué como el rey dijo, pues eran precisamente aquellos momentos los en que caían los Moncadas víctimas de su arrojo.

«Ya en el ínterin, había llegado refuerzo á las dos vanguardias, y entraron en acción todas las fuerzas. Rehechos los restos de la división que mandaron los Moncadas, avanzaron á vengar la muerte de sus valientes capitanes; y el de Ampurias y los intrépidos templarios, seguían desalojando al enemigo y empujándolo hacia la sierra de Bendinat. Fué el ataque general: cargó el rey á la cabeza de su hueste y de la gente de Don Nuño, que ya se le habían reunido; y en aquel collado, que aun hoy día conserva el nombre de *Coll del Rey*, se trabó una refriega encarnizada, mientras con no menos furia se combatía en todas aquellas sierras. Los — defendían el cerro *del Rey*, cejaron los primeros; y c casi sin lidiar se apartasen de la acción 2.000 pe

mahometanos, fué el rey con alguna caballería en su alcance, sin poder juntárseles empero, porque los fugitivos iban desembarazados, y los caballos estaban rendidos de la fatiga y del gran peso de las bardas. Hízose general la retirada de los moros, que la emprendieron hacia Barguesa; y clavado en el cerro *del Rey* el guión real, en todas las alturas ondearon los pendones de los caudillos [1].»

Terminada la batalla, supo el rey por el obispo de Barcelona, Berenguer de Palou, la muerte de los dos Moncadas, y es fama que, al recibir esta noticia, abundantes lágrimas corrieron de sus ojos. Inmediatamente dió orden de que sus cuerpos fuesen retirados del campo, para enterrarles luego con el homenaje y respeto debido á tan ilustres varones. Era aquel día miércoles 12 de Setiembre, y acampó el ejército al pie de la sierra de Portopí, de lo alto de cuya sierra vió el rey por primera vez la bella ciudad que entonces se llamaba Mallorca y hoy Palma, ciudad que gustó á sus ojos y á los de la comitiva, dice la crónica, más que cualesquiera otras ciudades hubiese visto.

El jueves 13 fortalecióse con trincheras el campamento, y tratóse de dar sepultura á los difuntos, comenzando desde la puesta del sol los preparativos [2]. La armada, unida ya con las galeras que arribaron á Santa Ponza, salió de la Porrasa, fué siguiendo la costa y penetró en Portopí, donde apresó algunas naves sarracenas, anclando parte de ella en dicho puerto y parte en frente de la ciudad.

El viernes 14, al amanecer, tuvo lugar el entierro de

1 Piferrer: *Mallorca*, pág. 52.—Quadrado, en sus notas al Marsilio, se inclina á creer que este *Coll del Rey* era el cerro tan encarnizadamente disputado y que costó la vida á los Moncadas.

2 Sigo en las fechas á Quadrado, que sigue á su vez á Marsilio. Piferrer lo adelanta todo de un día siguiendo á Desclot.

los Moncadas. Los cadáveres de aquellos ínclitos caudillos fueron conducidos en una camilla al lugar donde debían ser enterrados provisionalmente [1], y con gran amargura lloraban los que habían sido de su hueste y de sus tercios. Conmovido hallábase también el rey, y tuvo que hacerse no poca violencia para dominarse y dirigir en estos términos la palabra á los que le rodeaban:

«A Dios ponemos por testigo; á Dios, que aquí nos ha traído y en cuyo servicio estamos, que si la muerte de estos nobles con material precio redimir pudiéramos, tanto daríamos de lo nuestro que el decirlo sería lisonja y el hacerlo les parecería á muchos locura. Llorar empero á los que en servicio de Dios su vida tan bizarramente han fenecido, si la fragilidad de nuestra carne y la tierna amistad no lo excusaran, pareciera derogar en algo á la fe; porque ¿qué católico duda de que hombres confesados y comulgados no sean acogidos por la misericordia divina? ¿Y quién no cree que reine con Dios un hombre católico arrepentido, privado de la vida temporal por los tormentos en defensa de la fe? ¿Y nosotros expuestos al peligro lloraremos á los ya salvados? El llanto es muy perjudicial al ejército; pues si la ciudad con nuestros alaridos llegara á entender la pérdida y golpe que hemos sufrido, mostraríase más hostil y obstinada sabiendo nuestro daño. Por tanto, os mandamos dar fin al llanto, y adormecer los clamores, y ahogar los suspiros. Nos, en lugar de ellos, seremos vuestro señor, y á vosotros y á los nuestros haremos bien por respeto á vosotros y á tan queridos difuntos; y si perdiéreis el caballo, os lo indemnizaremos, y os daremos todas las cosas que os sean necesarias; y de vosotros con

1 Es fama que, tomada la ciudad, se depositaron en una pe iglesia, antes mezquita, y de allí se trasladaron á Cataluña.

especialidad tendremos tal cuidado, que quitada la presencia de vuestros señores, la cual es siempre muy tierna para buenos vasallos y muy para echar de menos, pero que ya no admite reparación, en todo lo demás no aparecerá que os halléis huérfanos de señor. Sólo os añadiré, y á todos los que me oís en nombre de vuestro llanto y del padecimiento de los difuntos, os lo impongo, que llevando su muerte en la memoria la venguéis con multiplicados daños y muertes de los enemigos, y sirvâis á Dios fielmente para que en este lugar sea siempre alabado su santo y maravilloso nombre.»

Dióse después de este discurso sepultura á los cuerpos, y parece que en seguida se levantó el campo para ir á fijarlo ante la ciudad, la cual, rodeada de sus huertas y sus galas, mostraba toda su belleza al rey cristiano como para más incitar su apetito de conquistador.

CAPÍTULO XXXI.

Sitio y toma de Mallorca.—Máquinas é ingenios de batir.—Predicación de Fr. Miguel.—Combate con los moros que habían cortado el agua á los sitiadores.—Sumisión de varias comarcas sarracenas.—Continúa el sitio.—Propuesta de un renegado y noble contestación del rey.—El emir mallorquín pide capitulación.—Se reune el consejo del rey.—Se decide proseguir el sitio.—Heróico juramento de los sitiadores.—Asalto de la ciudad.

(Del 15 de Setiembre al 31 de Diciembre de 1229.)

No es posible entrar en los detalles del sitio y referir sus episodios, pues que sólo para ello se necesitaría escribir un volumen. Basta saber que el real de los sitiadores se circundó de valladar y foso, guardando la misma usanza de campamento que tenían los romanos, y que se comenzó á combatir fuerte y reciamente la ciudad,

que estaba bien murada y torreada, y cuya población se elevaba entonces, por lo que alguno dice, á 80.000 almas. El rey tenía, como ingenios de batir, dos trabucos, un *fonevol* ó fundíbulo que lanzaba enormes piedras contra los muros, y un *mangano*, *manganel* ó *turquesco*, que con estos nombres lo citan indistintamente las crónicas. Por lo que toca á los sitiados, montaron dos formidables trabucos y 14 *algarradas*, entre ellas una, dice Marsilio, como no se había visto jamás otra mejor, pues alcanzaba con las piedras al ejército, y atravesaba cinco ó seis tiendas. Fué necesario entonces que en el campo sitiador se construyese un *mantelete* ó *gata*, bajo la dirección de Gisperto de Barberá, con el cual se podía acercarse hasta el foso, á cubierto de las piedras y dardos que arrojaban los de dentro. También el conde de Ampurias mandó hacer otro mantelete, que fué acercando al foso, y puso dentro de él una buena compañía y zapadores para cavar y llegar por bajo de tierra hasta lo más hondo del foso. Otro mantelete, por fin, construyó el rey, también con zapadores dentro; y así, á un mismo tiempo, se dió principio á abrir cavas ó caminos subterráneos; de manera que, mientras el mantelete de Gisperto de Barberá avanzaba á flor de tierra, los otros dos iban minando subterráneamente.

En el ínterin, para dar aliento á la hueste, apeló D. Jaime al expediente de hacer que arengase con frecuencia á los soldados un fraile dominico, llamado Fr. Miguel, que gozaba gran reputación de santo, y al cual acompañaba y ayudaba otro fraile, cuyo nombre era Fr. Berenguer de Castellbisbal [1]. Las predicaciones del dominico Miguel contribuyeron no poco á dar ánimo y esperanza al soldado, cuya moral pudo mantener

1 Fué éste, más adelante, aquel célebre obispo de Gerona, á quien D. Jaime hizo un día arrancar la lengua, según podremos enterarn uno de los próximos capítulos.

siempre viva prometiendo indulgencias y mercedes espirituales, mientras el rey, por su parte, ofrecía dones y gracias para cuando la ciudad fuese entrada.

Iban los trabajos del sitio adelantando, aunque con grandes penalidades y tropiezos, cuando vino un acontecimiento á poner en apretado trance á los sitiadores. Sucedió, pues, que *un hijo del diablo*, como le llama Marsilio, un moro que, según la crónica real se llamaba Ifantilla, según Desclot Fatilla, y según sospechas de Romey Fatih-Ellah, halló trazas de salirse de la ciudad, ó vino del interior de la isla, que esto no queda probado, al frente de 5.000 infantes y 100 jinetes, con los cuales se colocó en un cerro vecino que dominaba el campamento, y cortó el agua de un arroyo, que, si bien escasa, bajaba á los reales y era suficiente para abastecer á personas y caballerías. El moro, después de haber llevado á cabo esta hazaña, acampó en el sitio mismo de la cortadura para guardarla. El peligro que iba á correr el ejército por la falta de agua era muy grave, y el rey comprendió la necesidad imperiosa de destruir y desalojar del cerro á la hueste sarracena. Al efecto, envió contra ella un cuerpo de tropas, mandado, según parece, por Nuño Sánchez, aun cuando Desclot dice que lo fué por Gerardo de Cervelló y Ferrer de Santmartí. La lucha fué obstinada; defendiéronse bien los sarracenos, pero los nuestros subieron al cerro y mataron 500 moros, incluso su caudillo Ifantilla ó Fatih-Ellah, cuya cabeza fué llevada en testimonio de victoria á D. Jaime, y éste con su fundíbulo la mandó arrojar por encima de los muros de la ciudad, para terror y espanto de los sitiados [1]. De esta suerte recobró el agua nuestro ejército.

1 Este hecho ha dado lugar á que, dramatizándolo más ó menos, lo contaran las crónicas con variedad de detalles. Unos dicen que el rey arrojó con sus trabucos hasta 412 cabezas de moros dentro de la ciu-

A esta victoria unióse luego un notable acontecimiento, para hacer más llevadera y esperanzada la situación de los cristianos. Cierto poderoso moro, llamado Ben-Abet, que poseía, ó á lo menos tenía autoridad sobre un distrito poblado por 800 casas ó familias montañesas, envió á decir á D. Jaime que estaba dispuesto á sometérsele con todos los suyos, si los admitía bajo su protección y real seguro. Accedió D. Jaime; sometióse Ben-Abet [1], siguiendo luego su ejemplo otros tres distritos ó comarcas de la isla, y desde aquel punto comenzó la abundancia para el campamento cristiano, pues los moros sometidos acudían á proveerle de toda clase de comestibles. Las relaciones entre los nuestros y los sarracenos montañeses debieron hacerse muy íntimas, pues no sin extrañeza vemos que los infieles pidieron al rey dos gobernadores cristianos para regentar los cuatro distritos sometidos, nombrando D. Jaime bayles de aquellas comarcas á Berenguer Durfort, de Barcelona, y á Jaime Sans, de Montpeller, siendo este último, quizá, el embajador del mismo nombre, enviado al emir de Mallorca antes de la expedición.

dad, y que en represalias fueron lanzadas desde los muros al campamento varias de cautivos cristianos. Muntaner, que sólo por incidente y en dos capítulos refiere á grandes rasgos la conquista de Mallorca, dice que D. Jaime hizo juramento de no salir de la isla hasta haber cogido por la barba al emir ó rey sarraceno, en desagravio y venganza de haber éste lanzado á su campo unas cabezas de cautivos cristianos. Otros refieren que este juramento lo hizo D. Jaime antes de salir de Cataluña, cuando tuvo noticia de lo mal recibido que fué su embajador Sans; pero todo esto, particularmente lo del voto, tiene marcados y evidentes visos de fábula.

1 Muy apurada debía ser la situación del ejército cristiano cuando se presentó Ben-Abet para someterse, pues que al referir D. Jaime su crónica el regalo de cabritos, gallinas y uvas que le llevó el moro llama ingenuamente *ángel de Dios*, por el servicio que le hizo facilitándole aquellos alimentos.

Sin descanso y con la rapidez posible, atendida la ciencia militar de aquellos tiempos, iban avanzando mientras tanto los trabajos del sitio, que consistían principalmente en las dos minas subterráneas del rey y del conde de Ampurias. Las penalidades eran grandes; los quebrantos extraordinarios; los combates continuos; las dificultades insuperables para otros hombres que no hubiesen sido mandados y dirigidos por aquella voluntad de hierro y por aquella fe cristiana que tenían por nombre D. Jaime. Una vez los sitiados expusieron sobre el muro á los cristianos cautivos, y los levantaron en cruz desnudos, ofreciéndoles como blanco á los tiros de los sitiadores, pero las víctimas exhortaban á los suyos que no cesaran de disparar por causa de ellos, pues que así alcanzarían la corona del martirio; otra vez los moros hicieron una contramina para estorbar los trabajos de los cristianos, y encontrándose con éstos en las entrañas de la tierra, tuvo lugar una sombría y sangrienta refriega, de la que por cierto no salieron los nuestros vencedores. A pesar de todo, vencidos hoy, triunfando mañana, con luchas continuas, con peligros á cada instante, con el trabajo por reposo y el combate por descanso, iban los nuestros prosiguiendo el adelantado sitio, fiados en su joven caudillo de veintiún años, cuya firmeza y cuya fe no bastaba nada á quebrantar.

Por fin las torres de la ciudad comenzaron á desmoronarse, gracias á los esfuerzos de los zapadores; los muros á flaquear, cediendo á las enormes piedras que sin descanso lanzaban los ingenios, y los fosos á cegarse para que á pie llano pudieran entrar al asalto los caballeros, por haberse seguido cierto sistema propuesto por dos hombres de Lérida. La plaza no podía resistir por mucho tiempo y empezó á pensarse en capitulación. La primera entrevista que el conde de Rosellón Nuño Sánchez, plenipotenciario del rey, tuvo con el emir de

Mallorca, no surtió ningún efecto, pues el emir, arrepentido acaso de haberse mostrado débil, despidió al conde sin darle explicación ninguna. Había entonces en la plaza un personaje de quien las crónicas hablan poco y con misterio. Nombrábanle Mahomet, pero aunque este nombre tenía, y figura como caudillo moro, y privaba, según parece, con el emir de Mallorca, no era otro, sin embargo, que un caballero aragonés, de cristiana y esclarecida estirpe, llamado Gil de Alagón, el cual, por circunstancias que han permanecido ignoradas, había renegado de la fe pasando á las Baleares, donde servía bajo los estandartes del profeta. Este Mahomet, ó mejor Gil de Alagón, tuvo una entrevista secreta con Pedro Cornel, caballero cristiano, y le propuso, para que éste transmitiese el mensaje á D. Jaime, que por parte del emir se abonarían al rey de Aragón todos los gastos que él y sus nobles hubiesen hecho en aquella expedición si consentía en retirarse. Transmitida la propuesta al rey, encolerizóse sobremanera y, roja la frente por el fuego de la indignación, contestó, señalando un monte que se veía á lo lejos:

—«Aun cuando me dieran tanta plata como la que puede caber desde aquella montaña hasta aqueste sitio en donde estamos, no abandonaría mi idea de ganar á Mallorca. No volváis á proponerme nunca tratos semejantes, Pedro Cornel, y sabed que jamás volveremos á Cataluña si no nos abrimos paso por la ciudad.»

Una entrevista más formal tuvo lugar bien pronto entre el emir sarraceno y el conde del Rosellón, que le fué nuevamente enviado como embajador; pero aquí permítaseme ceder la palabra á Marsilio, cuya autorizada crónica refiere este episodio y sus consecuencias con encantadora sencillez.

«Otra vez despachó el rey de Mallorca un mensaje rey para que le enviase á Nuño, de quien había oí

decir que era íntimo del rey y de una misma sangre ó parentesco. Fué allá Nuño, y á la salida de la puerta Portopí alzóse una suntuosa y magnífica tienda, dentro de la cual había muy bellas y blandísimas almohadas. Toda la hueste suspendió los trabajos, y ningún daño se intentaba por ninguna de las partes mientras que se trataban estas conferencias. Tomó asiento el rey de Mallorca con dos ancianos únicamente, y tomólo Nuño y algo más lejos el judío enviado en calidad de intérprete, y quedaron afuera los caballeros de Nuño y algunos sarracenos. Empezó Nuño diciendo: «¿Por qué razón habéis pedido al rey que me enviase á mí á hablar con vos?» Respondió el rey de Mallorca: «No habiendo yo en ningún tiempo de palabra ni de obra hecho injuria á vuestro soberano, maravíllome mucho de que tan cruelmente esté dispuesto contra mí, que se esfuerce por todos medios en arrebatarme el reino que me ha dado la divina Providencia; por tanto á vos y á los demás nobles ruégoos le aconsejéis que abandone la empresa injustamente principiada, y Nos le resarciremos todos los gastos, y vosotros, todos salvos y seguros, os retiraréis en paz, y todo lo que prometemos pagar se despachará dentro de cinco días. Y en esto no hay que sospechar ni creer que temamos el último trance de exterminio, pues que por gracia de Dios tenemos acopio de armas y de víveres y de todas las cosas que para defensa de una ciudad se juzgan necesarias, sino que procuramos únicamente redimir y terminar molestias. Y para que tengáis estas palabras por verdaderas, mandad bajo nuestra salvaguardia dos hombres dignos de fe que den testimonio de verdad acerca de nuestra abundancia de armas y de comestibles. Ni nos asusta el que las torres hayan sido derrocadas, pues juzgamos imposible, ni tememos ó creemos que pueda suceder, el penetrar vosotros por aquel punto.»

»Acabada la plática del rey de los sarracenos, respondió Nuño y dijo: «Que no habéis ofendido, decís, al rey nuestro señor, y que por lo mismo no tiene razón alguna para venir á hostilizaros; y por cierto que dos ofensas ocurren de pronto bien manifiestas. La primera es en asunto de fe, pues, según nuestra creencia, Jesucristo, Dios y hombre, redimió con su sangre todo el linaje humano, y el mundo entero le está perpetuamente obligado; y como vos no profesáis esta fe, sino que la perseguís y molestáis, es menester que á la llegada del rey católico, ó abracéis la fe católica, ó á él y á sus creyentes, de grado ó por fuerza, abandonéis el reino. La segunda razón, es temporal injuria; pues habiendo vos apresado una tarida de vasallos suyos, llena de considerables riquezas en que mercaderes de paz navegaban, el rey os despachó un enviado de su casa llamado Jaime Sans, para rogaros de su parte que os dignáseis entregarle aquella nave con los hombres y efectos en ella contenidos; y vos, movido de un vehemente espíritu de arrogancia, le preguntásteis ¿quién era aquel rey que tal cosa solicitaba? y él os repitió que era el rey de Aragón. Ciertamente que no estábais tan fuera de nuestros confines ni de las regiones habitables, que distando apenas el rey de Aragón 200 millas de esta isla, así pudiérais ignorarle ó desconocerle; y como vos tan altiva y desdeñosamente replicáseis quién era, viendo y escuchando el mensajero un desprecio de su señor tan manifiesto, movido de su adhesión, respondió: hijo es de aquel monarca que ganó la batalla de Úbeda. Y vos lleno de enojos quisísteis matarle, pero os contuvo su calidad de embajador, y no el ser enviado del rey de Aragón, sino el no irrogar perjuicio á la común indemnidad de los mensajeros que gozan de seguridad en todas partes. Y el enviado os respondió: bajo vuestra salvaguardia he venido, y en poder vuestro estoy; hace

podéis lo que se os antoje; pero no debíais ciertamente hacer mofa ni fingir ignorancia acerca del nombre y soberanía de mi señor; así que, si con alguna dureza os he hablado, vos me habéis dado motivo para ello.

»Este es, continuó Nuño, el monarca cuyo nombre no conocíais, por cuyos estados preguntábais, cuyo poder despreciásteis, cuya demanda vacía y sin efecto devolvísteis. Al otro punto os contestamos que nuestro rey es joven de veintiún años, que este es su estreno en el ejercicio de las armas, que es de gran fortaleza y de elevado corazón, y que ha concebido el firme propósito de no marchar jamás de aquí antes de haber obtenido todo el reino, según desea. Y si le persuadiera lo contrario el consejo de sus nobles, rechazaría tal consejo absolutamente; y por tanto, no hay que alargarse en palabras sobre el asunto, porque ni podréis inclinar á ello el ánimo del rey, ni torcer á los que lealmente le aconsejan.» Y replicó el rey sarraceno: «Puesto que no os place lo que os hemos propuesto, todavía ofrecemos más. Darémosle cinco besantes por persona, comprendiendo á hombres, mujeres y niños; y cederémosle la villa, y denos el rey embarcaciones en que podamos seguramente pasar al África, y permítase quedar á los que quieran.» Sobre estos ofrecimientos, dijo Nuño que carecía de poderes, por lo cual le parecía ser indispensable contestación directa del rey.

»Volvióse Nuño al rey, satisfecho como portador de ventajosas condiciones, y el rey, no queriendo tener oculto lo que en el consejo debía revelarse, refirió á presencia de los prelados y barones cuanto había oído. Pero el conde de Ampurias no quiso asistir á este consejo ni á otro cualquiera en que se tratase de transacción alguna con los sarracenos; sino que continuamente estaba en la mina que mandaba abrir, diciendo, cuando era citado á consejo, que no saldría jamás de allí hasta que

la ciudad fuese tomada; pues de tantos primos de Guillermo de Moncada, tan sólo ¡cosa de gran lástima! habían quedado vivos el conde de Ampurias, Raimundo Alamany, Gerardo de Cervellón, hijo de Guillermo de Cervellón y sobrino de Raimundo Alamany; Guillermo de Claramunt, el obispo de Barcelona, el obispo de Gerona, el paborde de Tarragona y el abad de San Felío. Todos éstos encargaron al obispo de Barcelona hablar primero, y dijo: «Grave é inestimable es la pérdida á nosotros irrogada con la muerte de tan insignes nobles, y paréceme que es honra y provecho de los que sobreviven sirviendo á Dios aspirar y animarse á la venganza de tan ilustre sangre; pero conozco que la propuesta es aceptable. Sin embargo, los barones y caballeros más experimentados en armas y más duchos en semejantes cosas, elegirán con vos lo que más sea de elegir.»

»En seguida respondió Nuño, inducido por los que en torno de él estaban: «El rey, dijo, y todos los que aquí nos hallamos, hemos venido para servir á Dios y conquistar la isla; con que si el rey consiente en este pacto ó convenio que propone el rey de Mallorca, manifiestamente habrá logrado el objeto que á todos nosotros nos trajo aquí. No añado á lo dicho una palabra por ser yo el agente y medianero, y así dejo al rey y á vosotros el cuidado de decidirlo mejor.»

»Tras éste habló Raimundo Alamany: «Señor rey, vos aquí venísteis y nosotros con vos para servir al Altísimo, y en el comienzo de este servicio os arrebató la muerte tan nobles vasallos que ningún otro rey podía jactarse de tenerlos mejores; y Dios, que tiene la venganza en su poder, os ha dado ocasión oportuna de vengaros, y vengándoos conquistaréis y poseeréis este país. Y no es saludable este pacto, según á primera vist[a] aparece; por lo cual, no sólo á causa del presente riesgo, si que también del que pudiera sobrevenir, debe má[s]

prudentemente considerarse. El rey de Mallorca es hombre maduro y entrado en años; es discreto en obras, según dicen, y elocuente arengador en su idioma: si en paz se le deja, ¿cuántos corazones de reyes y pueblos correligionarios suyos os parece que se atraerá con su maestría? ¿Cuántos quebrantará con su destierro? ¿A cuántos conmoverá con su pobreza? ¿A cuántos aguijoneará con la pérdida de su reino? Y volverá algún día con porción de los suyos que conocen á ciegas toda la isla, y sorprenderá el país en ausencia vuestra con pocos y dispersos pobladores, y podrá recobrar fácilmente con su espada lo que con tanta dificultad y dolor de su corazón tiene ahora que abandonar. Pero obtenida con el hierro plena venganza de su malicia y de la ciudad perversa, con sangre indemnizáis la sangre, y coronáis con perdurable paz vuestras fatigas.»

»En pos de él, levantándose Gerardo de Cervelló y Guillermo de Claramunt, dijeron á una voz: «Por Dios, señor, os pedimos y humildemente suplicamos que en esta ocasión os acordéis de Guillermo de Moncada, cuya sangre bebe esta malvada y descreída tierra. No queráis, señor, olvidar la adhesión tan estrecha que os profesaba, y no sea vendida su muerte á los matadores á precio de pactos y conferencias. Con muertes vengada sea la muerte, y reparen espadas centelleantes la extinción de aquella tan noble espada. Acordaros debéis asimismo de Raimundo de Moncada y de los demás nobles que con ellos fenecieron en el campo, cuya muerte pareciérais olvidar si los que la causaron escapasen vivos de vuestras manos.»

»Oídas por el rey estas tiernas palabras, respondió: «La muerte de aquellos nobles á Nos tan dolorosa, á ningún precio podemos redimirla ni por medio alguno revocarla; pero á ellos les aconteció lo que la Divina Providencia ha dispuesto por mejor: en breve tiempo

hiciéronse más ricos que nosotros, que sudamos por esta tierra mortal; ellos son los que pueden entrar en la región de los vivientes que reinan con Dios. Pero si consideramos sencillamente el negocio de que ahora tratamos, parécenos que con este pacto que se nos propone logramos el primer designio por el cual aquí venimos, pues conquistamos el país para Dios y para nosotros, y obtenemos buena porción del tesoro de los habitantes: cuyas dos condiciones, á nosotros ofrecidas, no se deben así despreciar. Y cuando así con buena intención os manifestamos nuestro parecer, no despreciamos el consejo que podréis darnos ni nos apartaremos de vuestra voluntad.»

»Y en continente, todos los que eran de la familia de Moncada y los prelados dijeron á una voz y con clamor unánime que fuera tomada la ciudad á viva fuerza, y que en adelante no se atendiera ni se diese oídos á pacto alguno. Plugo al rey lo que más había sido del agrado del consejo, y envió al rey de Mallorca la respuesta de que no se admitía convenio, anunciándole que por más que se resistiera cuanto pudiese, la ciudad se tomaría á viva fuerza.

»Recibido el anuncio de la cruel noticia, los ánimos de los sarracenos, hasta entonces acostumbrados á mostrarse fuertes, comenzaron á desmayar, aborreciendo con desesperación suma sus personas é intereses, como si ya fueran víctimas de enemiga pujanza; pues el temor de la cercana muerte y la consideración de tanta muchedumbre que fenecer debía, postraban y enflaquecían á todo esforzado, y trocaban el juvenil vigor en abatimiento de vejez. Lo cual, observado y visto con tristes ojos por el rey sarraceno, convocó el pueblo entero á general asamblea, queriéndolos distraer del previs riesgo y alentar su fortaleza; y como era hombre (agudo ingenio, de atractiva elocuencia, de discretos p

receres, presentóse en medio de ellos vestido de blanco, y no pareció turbado en lo más mínimo; y espiaron todos su semblante, y los que ya sabían lo que iba á declarar, de puro dolor guardaban silencio, y los que lo ignoraban creían ser llamados para oir alegres nuevas; é impacientes de ver revelado el objeto de aquella convocatoria, no tomaban en boca ni sospechaban siquiera su inminente destino, ni podían responder á las preguntas que se les hacían. Era, pues, general y profundo el silencio, así por la grave angustia y cuidado, como por respeto á la presencia de su rey. Mirólos éste, y con la madurez de su edad, comprimiendo en su mente el quebranto, abrió los labios, y para encaminar su discurso, nombró é invocó á Dios, y con voz más apacible mezcló en la invocación á Mahoma; y en seguida toda aquella muchedumbre, cual si fuera un hombre solo, se arrodilló según su rito acostumbrado, y hundidas sus caras en el suelo y extendidas ambas manos, grave y asombrosamente con fuerte clamor á nuestro Señor invocaron, y todos á la vez pronunciaron con más intensa devoción el nombre aquel de su profeta como si por sus méritos hubiesen de ser libertados.

»Cumplida la ceremonia de su inicua secta, volvió á sentarse todo el pueblo, y el rey, reclamando el objeto que allí le traía, dijo de esta suerte: «¡Bendito sea Dios, único en quien creemos y de quien damos testimonio, que ha ensanchado los confines de nuestra nación desde Oriente hasta Occidente, y nos ha dado el Mediodía en honorífica prenda de protección y otorgamiento de nuestras súplicas; el que del seno de su pueblo ha escogido los príncipes y los soberanos, el que nos ha sometido la gloria de las demás gentes y tendídola bajo nuestras antas! ¡Bendito sea un solo Dios, en virtud de cuya estra nuestro emperador el Miramolín ha poseído y minado por cien años esta isla, alegre espectáculo y

joya en el seno de las aguas, y admirable refugio de navegantes, tierra por solo Dios amurallada, de infinitas bendiciones llena, para mayor tormento de nuestros envidiosos enemigos! ¡Bendito sea Dios, que me hizo rey y á vosotros pobladores de este país, comiendo y bebiendo de sus producciones, proveyendo y atendiendo á vuestras casas, engendrando de vuestras mujeres hijos, acumulando riquezas para los que han de sucederos, y sustentando con vuestros beneficios á los ancianos!

»¡Oh hijos del Profeta! ¡qué dulce vida hasta aquí pasásteis! No apareció extranjero entre vosotros, no traspasó vuestros límites invasor extraño, no conocísteis yugo ni dominación de ajeno señorío; inicua mano no escudriñó vuestras casas, vuestras mujeres no han conocido raptores, vuestras consortes ignoran lo que es fuerza ó violación. No registró exactor alguno los rincones de vuestros secretos, vuestras se conservaron las cosas que día por día fuísteis guardando; no hubo enemigo que espantara á vuestros pequeñuelos, ni adversario que os disminuyera el número de vuestros hijos; no hubo madre que á impulsos del terror ocultara y retirara los pechos al niño que criaba. Hasta el presente los envidiosos cristianos no se habían atrevido á invadir este suelo. ¡Oh barones, ved ahí el fuego en el regazo, ved al asesino en la alcoba, ved el veneno en la taza, ved la muerte en casa en días de paz! Pueblo extraño ha caído sobre nosotros, que nos llama á cautiva servidumbre, exige todos nuestros bienes, fuérzanos á salir y abandonar la ciudad, reclama vuestras mujeres para que le sirvan, y quiere la femenil belleza privar de libertad; esperan y pretenden, de toda humanidad desnudos, exterminar á vuestros tiernos infantes; pretenden exponer en venta por el mundo vuestros mancebos gados de cadenas, y entregar este país, así los vivos mo los difuntos, á oprobio perdurable. Y yo, que he

vejecido para ser testigo de tamaños males, prefiero morir que sufrir tal cosa contra mi ley, y esta mi cabeza, de tantas canas salpicada, consagro á la muerte en defensa de esta mi ciudad muy amada. Hombre soy semejante á cada uno de vosotros, ni en fuerzas igual ni en bríos superior; decidme, pues, vosotros el partido á que os atenéis.» Y todo el pueblo, bramando de furor, rabioso en su desesperación, clamó que mucho mejor era morir que aguardar tantos males como á ellos y á sus familias amenazaban. Y respondió el rey: «Voz de victoria es semejante voz, y casi nunca fué vencida en combate muchedumbre que llevara á cabo lo que acabáis de decir. Hacedlo, pues, así; defendámonos bizarramente, y teniendo á la vista los males ya probados, doblemos nuestro esfuerzo; labrémonos perdurable fama, venciendo cuando los enemigos piensan ya blasonar de incruenta victoria.»

Hasta aquí la crónica, cuyo fragmento he copiado, pues que no cabe nada más bello ni interesante. Es un verdadero episodio épico.

Habiendo prevalecido en el consejo de D. Jaime el voto de los que opinaban por desechar todo partido, no hubo otro recurso que ganar por la fuerza lo que no se quería obtener por avenimiento. Comenzaron de nuevo, pero con más furor que nunca las hostilidades contra la plaza, y la defensa verdaderamente heróica de ésta. Tales creces tomó entonces el valor de los sitiados, á quienes la desesperación hacía invencibles; de tal modo fueron crueles y encarnizados los combates que se siguieron, y tanta fué la mortandad en el campo sitiador, que los consejeros del rey se arrepintieron de haber rechazado las proposiciones del emir, y aun hablaron D. Jaime para renovar los tratos con la ciudad; pero ntonces el monarca aragonés contestó que no era de carácter entablar lo que una vez rechazado había.

Y en efecto, ya no volvieron á entablarse más negociaciones con la plaza.

Llegó en esto el momento que se creyó oportuno para dar el asalto, y convínose en que éste tendría lugar el último día del año. Cuatro días antes de embestir la ciudad, D. Jaime reunió en consejo á sus barones, y les hizo jurar sobre los Santos Evangelios y la cruz de Jesucristo, que al entrar en la ciudad, en el momento del asalto, ningún noble, caballero ni peón, cualquiera que fuese, volvería atrás ni se pararía, á menos de estar herido mortalmente. En este caso, el pariente ó cualquier otro de la hueste debía arrimarle á un lado, y no sucediendo tal cosa, debían proseguir siempre adelante, entrando á viva fuerza y sin volver atrás nunca ni la cabeza ni el cuerpo, pues quien lo contrario hiciese sería tratado como desleal, lo propio que el homicida de su señor. Dice un cronista, que comenzó esta ceremonia jurando primero los soldados, luego los ricos-hombres y prelados, y quiso hacerlo también el rey, pero no se lo permitieron sus súbditos, bien que D. Jaime les dijo que aun cuando no jurase, cumpliría por su parte como si el juramento hubiese prestado.

Amaneció por fin el día señalado y brilló el primer rayo del sol, que no debía bajar á su ocaso sin ver antes triunfante el pendón invicto de la cruz y de las Barras en las torres de la árabe ciudad.

Al amanecer oyó misa y comulgó todo el ejército, y luego D. Jaime lo formó en orden de batalla, colocando delante á los infantes y la caballería á retaguardia; pero hubo de repetir por dos veces la voz de ¡adelante! porque toda la hueste, como absorta, rehusaba ponerse en movimiento. Al cabo se comunicó á todos el ardoroso entusiasmo que animaba al joven soberano, grito de ¡Santa María! emprendieron la acometida. primero en escalar el muro fué un simple soldado

celonés, cuyo nombre no nos ha conservado la historia, que, seguido de algunos compañeros, desalojó á los defensores de una torre, y tremolando en lo alto de las almenas un pendón que llevaba en la mano, enseñó á los demás el camino para penetrar en la ciudad. Precipitáronse luego por allí hasta 500 infantes, al mismo tiempo que iban entrando por la brecha unos 30 caballeros, entre ellos el primero D. Juan Martínez de Eslava; pero así que unos y otros hubieron traspuesto el muro, se hallaron cara á cara con una multitud de sarracenos que, teniendo á su rey al frente, no sólo les impuso una impenetrable barrera para que pudiesen pasar adelante, sino que les obligó á retroceder por de pronto, hasta que, reforzados por otros de los que iban entrando, pudieron volver á la carga y vencer aquel obstáculo.

Entre tanto había penetrado ya en la ciudad casi todo el ejército cristiano, y entonces en las calles y plazas se hizo general la batalla. Soldados y vecinos todos se defendían á porfía, los unos con sus armas, los otros arrojando desde sus casas piedras, vigas ardiendo y cuantos objetos podían causar daño ó estorbo al enemigo; pero como á la tenacidad de la defensa era también proporcionado el ardor del ataque, ninguno de estos obstáculos bastó á contener el avance de los sitiadores. No se dió cuartel á nadie: D. Jaime acudía á todos los puntos donde se necesitaba mayor esfuerzo, y de calle en calle llegó hasta la Almudaina, que era como el alcázar de la ciudad donde se encerraron los últimos restos de los moros que en la general dispersión de los suyos no tuvieron tiempo ó lugar de salvarse con la fuga. A los demás, la codicia de la soldadesca, que con el cebo del saqueo descuidó perseguir á los fugitivos, les permitió abandonar la ciudad, saliendo por las puertas del Barbalet y Portopí en número de 30.000 soldados, ni-

ños, mujeres y ancianos, y dirigiéndose á la montaña.

El rey de Mallorca, después de haber peleado bizarramente al frente de los suyos, había desaparecido también en el general tumulto; pero dos hombres de Tortosa fueron á encontrar al de Aragón y le ofrecieron entregárselo si les daba 1.000 libras, enseñándole la casa donde se había recogido. D. Jaime aceptó la proposición, dirigiéndose allá en seguida; y al descubrirle, le aseguró desde luego que no tenía que temer por su vida, procuró tranquilizarle sobre su suerte y le confió á la guarda de su pariente Nuño Sánchez, para que le librase de cualquier insulto.

Muntaner cuenta, conforme se ha dicho, que le *asió* por las barbas en cumplimiento de cierto juramento; pero callan esta circunstancia los demás cronistas, la calla el mismo D. Jaime en su historia, y atendido el carácter noble y pundonoroso del joven monarca aragonés, no es creíble que se complaciese en injuriar á un vencido.

Faltaba ya solamente apoderarse de la Almudaina; pero los que en ella se habían refugiado, diéronse luego á partido así que se presentó D. Jaime, sin tratar de defenderse, y la entregaron junto con el joven hijo del emir, que se hallaba allí entre ellos, y que, habiendo sido después bautizado con el nombre de Jaime, recibió del Conquistador señaladas mercedes [1]. Con la toma del alcázar quedó toda la ciudad en poder del ejército cristiano. El botín que en ella se recogió fué inmenso y bastó para enriquecer á todos los de la hueste; rescatáronse también 180 cautivos, y la pérdida que tuvieron los moros, contando solamente los muertos, fué de 20.000 hombres; de manera que los prelados que

1 Según Zurita, lib. III, cap. VIII, el rey lo casó con una donc principal que se llamaba Doña Eva, y fueron señores de Gotor, coi mándoles el rey la baronía de Huesca y de Gotor.

iban en el ejército hubieron de conceder indulgencias á los que sacasen al campo los cadáveres que yacían amontonados por las calles y plazas, y amenazaban inficionar la ciudad con sus fétidos miasmas.

CAPÍTULO XXXII.

Después de la conquista.—Almoneda de los despojos.—Tumulto popular.—Se declara la peste.—Frústrase una empresa de Nuño Sánchez, y el rey envía á buscar más gente.—Salida del rey contra los moros.—Los almogavares en Mallorca.—Rendición de los moros refugiados en las cuevas de Artá.—Llegada de los caballeros aragoneses.—Carta-puebla de Mallorca.—Bernardo de Santa Eugenia nombrado gobernador de la isla.—Discurso de despedida pronunciado por el rey.

(De Enero á Octubre de 1230.)

Cuando la luz del sol se presentó á alumbrar al día siguiente aquella triste escena, estaban todavía los vencedores entregados á la orgía del saqueo, y corrían por las calles registrando las casas, tomando y ocultando despojos. Fué tal el desorden, que, según se cuenta, los criados del rey no comparecieron ante él en ocho días, y es fama que en la noche del asalto hubo D. Jaime de aceptar la cena que le ofreció uno de sus caballeros, pues que sus servidores le habían dejado completamente sin comer.

Tomada la ciudad y totalmente saqueada, propusieron algunos prelados y nobles, principalmente el obispo de Barcelona, el paborde de Tarragona, Nuño Sánchez y Berenguer de Santa Eugenia, que se hiciese pública almoneda de personas y cosas. Opúsose D. Jaime diciéndoles que esta pública venta requeriría harto tiempo; que lo más importante era la destrucción de los moros refugiados en las montañas, y á los cuales no

debía darse tiempo para rehacerse y fortificarse, y que se hiciese en buen hora el reparto de cautivos y ropas por suerte, pero sólo esto, y aun en ocho días cuanto más, para que, al momento, alegres ya y satisfechas las tropas con esta primera repartición, marchasen á desalojar de las sierras al enemigo. No accedieron los barones á este deseo del rey, pues querían que se efecticase la almoneda para su provecho particular, y hubo de consentir D. Jaime, pero no sin indicarles que traslucía su engaño y mala fe y que auguraba mal de aquella determinación.

Sucedió algo de lo que el rey temía. Hízose la venta ó almoneda de los despojos, que duró desde Carnestolendas á Pascua, y como los caballeros y plebeyos creían tener parte en las cosas puestas así en venta, compraban por valor de lo que les parecía deber tocarles por su porción de botín; pero hecha la venta, se resistían á pagar los efectos ya comprados. El resultado fué que los caballeros se juntaron con el pueblo, dieron unidos creces á su indignación y promovieron un tumulto que tuvo terribles consecuencias, pues se saquearon algunas casas, entre otras la de Gil de Alagón [1] y la del paborde de Tarragona. A duras penas consiguió el rey tranquilizar los ánimos y calmar el motín, y sólo pudo restablecer el orden prometiendo á los sublevados que cesaría el monopolio de los barones, dando á todos indistintamente su parte en tierras y en muebles.

Sobrevino en esto una mortandad que diezmó las filas de los conquistadores, encendiéndose tan cruelmente la peste con el mucho agolpamiento de la gente de guerra

1 Probablemente este Gil de Alagón era el Mahomet de que hemos hablado, el cual, después de haber renegado de la fe, se reconcilió sin duda con el rey y con la Iglesia, siendo, por otra de esas muchas c que la historia no explica, uno de los barones más favorecidos en l tribución del botín.

y el desaseo natural de la población, que iban siendo víctimas uno tras otro todos aquellos que salieran ilesos de las batallas. Murió el primero Guillermo de Claramunt, siguiéndole al sepulcro Raimundo de Alemany, García Pérez de Meytat, aragonés, Gerardo de Cervelló, y, más tarde, aquel valiente Hugo, conde de Ampurias, que como figura militar tanto había brillado en el cerco de la plaza.

Esta circunstancia frustró el plan que se había concebido de enviar una hueste, al mando de Nuño Sánchez, á vigilar con dos ó tres galeras las costas de Berbería, é intentar quizá un desembarco ó sorpresa para distraer la atención de los jeques africanos que proyectaran acudir en auxilio de los vencidos mallorquines. También el rey se vió obligado á comisionar á Pedro Cornel para que, marchando á Aragón, le trajese 150 caballeros é invitase en su nombre á D. Ato de Foces y á D. Rodrigo de Lizana á pasar á la isla. D. Jaime comenzaba á verse sin gente, que terriblemente se la habían diezmado la muerte en el campo, la peste en la ciudad y la partida de no pocos que, contentos con el botín que habían recogido, regresaron á Cataluña sin curar del rey ni de cuantos quedaban en la isla.

Mientras tanto, y sin aguardar los refuerzos de Aragón, D. Jaime buscó entretenimiento á sus tropas á fin de que los estragos de la peste no las acobardaran, y saliendo de la ciudad que más tarde debía llamarse Palma, hizo una correría por los montes de Soller, de Bañalbufar y de Almalutx, en donde se habían refugiado y hecho fuertes los sarracenos. Si en esta salida y cabalgada no consiguió apenas ningún resultado, obtúvolo completo en otra que no tardó á efectuar, siendo n motivo de esta expedición la vez primera que las ónicas de la conquista nos hablan de los almogavares e iban con la hueste del rey.

Citó éste un día á los llamados *adalills* ó *adalides*, que eran entonces los guías de los almogavares, y cuyo nombre sólo más tarde se hizo sinónimo de jefe, y acordó con ellos el modo de dar caza á los sarracenos montañeses que, según aquéllos le dijeran, habían buscado un asilo en las hoy famosas cuevas de Artá. La expedición se llevó á cabo felizmente, tomando mucha parte los almogavares, cuyo retrato hace Desclot con mano maestra en estas palabras, que no puedo ni debo resistir á la tentación de copiar, pues ellas contribuirán á darnos un conocimiento exacto de esa belicosa gente, ya que bien pronto nos corresponde hablar de ella con mucha detención:

«*Aquestas gents que han nom almugavars son unas gents que no viuen sino d'armas, e no stan en ciutats ne en vilas, sino en muntanyas e en boschs, e guerretjan tots jorns ab sarrahins, e entran dins la terra dels sarrahins una jornada ó duas al jorn, e amenan molts sarrahins presos e molt d' altre haver, e d' aquel guany viuen; e sofferen de grans malanansas que altre hom no ho poría sofferir, que be stan dos jorns sens menjar si mester los es, e menjarán de las herbas dels camps, que sols no s' ho presan res. E los adalills son cels qui' ls guian qui saben las terras e' ls camins; e no aportan mes una gonella e una camisa, sia yvern ó stiu, molt curta en las camas, e unas calsas ben stretas de cuyr e als peus bonas avarcas de cuyr, e aportan bon coltell e bonas corretjas e un fogur á la cintura, e aporta cascú una bona lansa e dos darts e un serró de cuyr á la squena en que aportan son pa á dos ó á tres jorns; e son molt forts guerrers e leugers per fugir ó per encalsar, e son catalans e aragoneses.*»

Sitiados los moros que había en las cuevas de Artá por el rey D. Jaime, hubieron al fin de entregarse. monarca aragonés pudo pues regresar victoriosame á la ciudad, llevando hasta 2.000 prisioneros «que pue

tos en camino, dice en su historia, cogían el espacio de más de una legua.» Con ellos y con un botín de 10.000 bueyes y más de 30.000 ovejas que se habían recogido durante aquella afortunada expedición, tomó la vuelta de Mallorca, á donde llegó contento y satisfecho á tiempo de recibir parte del socorro que había enviado á buscar á Aragón.

En efecto, acababa de llegar á la isla el noble Don Rodrigo de Lizana con sus caballeros, no habiéndolo podido efectuar D. Ato de Foces con los suyos, porque el barco en que iban fué arrojado por un temporal á la costa de Tarragona en donde se vieron obligados á abandonarle.

Creyó, por fin, el rey que era llegada la hora de regresar á sus estados, pues más de un año había transcurrido desde que abandonara á Cataluña; pero antes de partir, si como soldado acababa de conquistar un reino, como cristiano abrió los cimientos de la grandiosa catedral, que hoy es joya y orgullo de los palmesanos, y como legislador dictó aquellas famosas franquicias que, al decir de Piferrer, debían ser un incentivo para que del continente viniesen pobladores, siendo al mismo tiempo el código que había de regir su nueva conquista como naciente población militar.

Llegado el momento de elegir al que debía hacer sus veces en la isla, nombró el rey como lugarteniente y gobernador de Mallorca á Bernardo de Santa Eugenia, señor de Torruella, por ser el caballero en quien creyó hallar circunstancias más aptas y dotes de prudencia y valor conforme las requería el puesto de honor y de peligro que le confiaba. Al dar este mando al de Santa Eugenia, le hizo merced del castillo de Pals que estaba junto á Torruella y á Palafrugell y le firmó obligación de indemnizarle todos los gastos que en Mallorca hiciese en el desempeño de dicho cargo.

Hecho este nombramiento, convocó D. Jaime á consejo general á los barones, caballeros y demás pobladores, y es fama que les habló en estos términos:

«Oh barones, por disposición de Dios y con su bendito auxilio, hemos obtenido con mano fuerte esta ciudad y la isla; y mientras que han vuelto á sus casas muchos nobles y prelados, Nos permanecemos aquí con vosotros catorce meses hace, porque temíamos que corsarios sarracenos ó los fugitivos de las montañas os causaran daños que luego fuese difícil vengar y reparar. Ahora estamos ya en el principio del invierno, y con el favor de Dios no tendréis que temer. Así, pues, os decimos, que hemos decidido marcharnos, y no os sea sensible esta determinación, porque, bajo muchos conceptos, os seremos más útiles en Cataluña juntando y enviándoos gente y comestibles, de lo que podríamos seros permaneciendo aquí con vosotros; y si ocurriera novedad alguna, volveríamos en persona. Además, os prometemos bajo nuestra palabra, que después de separados de vosotros no habrá hora del día ni de la noche en que no tengamos de vosotros la mayor solicitud y cuidado. Y puesto que Dios nos hizo gracia tan singular de concedernos el dominio de estas islas que nunca pudo lograr ningún rey de España, y que hemos edificado aquí una iglesia dedicada á nombre y honor de Nuestra Señora la Virgen Santa María, y otras muchas que por tiempo aquí serán, creed firmemente que no os olvidaremos, antes me veréis aquí muchas veces y á menudo, y á medida de vuestra necesidad experimentaréis nuestro beneficio.»

Cuéntase que, al llegar á este punto de su discurso, los sollozos le embargaron la voz, conmoviéndose al par todos los que estaban presentes, quienes dieron tamb suelta á las lágrimas. Reinó silencio por largo rato rompiéndole por fin el rey, despidióse afectuosamente

sus hermanos de armas, dióles á reconocer por lugarteniente suyo al de Santa Eugenia, repartió sus armas y caballos á los más necesitados, y reiteró á todos la promesa de volar á su socorro al menor recelo de amenaza contra la isla.

En seguida marchó á la Palomera en donde le aguardaban dos galeras, una de las cuales era de Raimundo Canet y la otra de los hombres de Tarragona, y embarcándose en la primera el día de los santos apóstoles Simón y Judas, dióse á la vela para Cataluña, á donde llegó al tercer día de navegación.

Así llevó á cabo D. Jaime y terminó brillantemente la conquista de aquella ciudad, nido de los piratas baleares que amedrentado tenían el Mediterráneo; así completó la obra iniciada por Ramón Berenguer, *el Grande*, y cumplió con aquella especie de tradicional legado de familia, cuyo cumplimiento no dejara de embargar la atención de Ramón Berenguer *el Santo*, de Pedro *el Católico* y de Alfonso *el Casto*. Al regresar Don Jaime de Mallorca, pudo tender triunfante y con orgullo su mirada de águila por aquella movediza llanura del Mediterráneo, que él acababa de convertir en una vía militar que unía ya dos reinos de entonces más hermanos, y acaso acertó á ver, perdida allá, entre la bruma de los mares, á Valencia, que tremolaba aún la morisca enseña en lo alto de sus torres, y acaso se hizo á sí mismo el juramento de apoderarse de ella para engastarla como un nuevo florón en su corona.

Por lo demás, no se culpe al autor de esta obra, sino á las circunstancias especiales de ella, el no haber referido con mayores detalles esta magnífica conquista de Mallorca, brillante epopeya que está todavía aguardando su Homero. Con lo que de D. Jaime llevamos contado hasta ahora, se podría, sin amplificarlo mucho, llenar un volumen, y este volumen no sería, sin em-

bargo, más que la historia del rey hasta sus veinte años. Júzguese, pues, lo que debía ser aquel hombre que tuvo una niñez de gigante.

CAPÍTULO XXXIII.

Proyecto del rey.—Llega á Tarragona.—Obispado de Mallorca.—Casamiento de la condesa de Urgel con el infante de Portugal.—El rey recibe del infante el condado de Urgel, y le da en cambio el señorío vitalicio de Mallorca.—Cuándo volvió el rey á recobrar Mallorca.—Va D. Jaime á Tudela.—D. Jaime de Aragón y D. Sancho de Navarra se adoptan recíprocamente por hijos y sucesores de sus reinos.—No se efectúa el convenio.—Viene D. Jaime á Barcelona y reune consejo de nobles y de ciudadanos.—El rey en Vich.—Vuelve á Barcelona y decide pasar á Mallorca.—Se intenta en vano disuadirle de su viaje.—Fruto que sacó de su viaje á la isla.—Vuelve á Cataluña.

(1230 Y 1231.)

Era D. Jaime de ánimo levantado, según hemos dicho, y no daba vagar á su espíritu. Mientras venía de conquistar un reino en medio de la mar; mientras regresaba á Cataluña con la gloria de haber sido el primer monarca ibero que, después de la restauración de nuestra Península, lograra sujetar á su dominio ultramarinos países; mientras soñaba ya en ir á Valencia para hacerla pedestal de su victoriosa enseña de las Barras, su mente acariciaba la lisonjera idea de hacerse el más poderoso monarca peninsular, uniendo el reino de León á los que bajo su cetro ya tenía. Para esto, mientras que con esa prodigiosa actividad, que pocos monarcas han tenido en tan alto grado, proseguía sin descanso la conquista de Mallorca, sus agentes trata su matrimonio con la hija del rey de León.

Lo era entonces de este último país Alfonso IX, q

disgustado con su esposa Berenguela y con su hijo Fernando, rey de Castilla, llamado después *el Santo*, quería que le sucediesen en el reino sus hijas Doña Sancha y Doña Dulce, habidas en un primer matrimonio. Estaba, pues, en tratos con D. Jaime, desde que el concilio de Tarazona anuló su matrimonio con Doña Leonor de Castilla, para casarle con su hija Sancha, dándole el reino de León en dote; pero el fallecimiento de D. Alfonso, ocurrido durante la conquista de la isla, hizo fracasar este proyecto.

La noticia de esta muerte la recibió D. Jaime al llegar á Cataluña y al desembarcar en la playa llamada de Porrasa, entre Tarragona y Tamarit. Allí encontró á Raimundo de Plegamans, que, después de saludarle, besarle las manos y llorar de puro contento, le dijo como unos castellanos llegados á Barcelona le habían traído la nueva del fallecimiento de D. Alfonso. Pesáronle al rey estas noticias por la pérdida del citado reino; pero juzgó, dice la crónica, que de mayor gusto para Dios, de mayor honra ante el mundo y de más alto mérito había sido ganar el reino de Mallorca, que, sin éste, haber obtenido únicamente el de León.

Pasó D. Jaime á Tarragona, donde fué recibido en triunfo. Todo el clero y el pueblo le salieron al encuentro con cruces y pendones, y recibieron con grande alborozo al rey vencedor, dando gracias y bendiciendo á Dios que le restituyera á su pueblo con tan insigne victoria. Consta por las memorias de Poblet, que fué también á este monasterio á dar gracias á la Virgen, y permaneció en él hasta el 9 de Noviembre, siendo en este punto donde en conferencias con varios prelados comenzaron á suscitarse dificultades sobre la creación del obisado de Mallorca. Púsolas principalmente la iglesia de Barcelona, que pretendía tener jurisdicción sobre las de la isla por donación que le otorgara Alí, señor de Denia

y de Mallorca, conforme ya de ello he dado debida cuenta en otro lugar; pero, interviniendo como árbitros los abades de Poblet y de Santas Creus, acordóse la erección ó más bien restauración de la silla episcopal de Mallorca, dejando la elección del primer prelado al arbitrio del monarca, y la de los sucesivos al obispo y cabildo de Barcelona, con obligación de nombrarle del seno de aquella iglesia mientras fuese posible, condición que no llegó á cumplirse por sobrado exorbitante. El designado por el rey para la nueva mitra en 1232, fué Bernardo, abad de San Feliu de Guixols, y en 1235, por muerte ó renuncia de éste, lo fué el paborde de Tarragona, Ferrer de Santmartí, más tarde obispo de Valencia; pero el primero que en propiedad la obtuvo en 1238, fué Raimundo de Toruella, de quien se asegura sin bastante fundamento que fué religioso dominico y hermano de Bernardo de Santa Eugenia [1].

Al partir el rey de Poblet, pasó por Montblanch y fuese á Lérida, desde cuyo punto se dirigió á Aragón, saliéndole á recibir en todas partes el clero y el pueblo con procesiones, regocijos y estandartes. Todo aquel invierno lo pasó en Aragón, en donde arregló sin duda el matrimonio de Doña Aurembiaix, condesa de Urgel, con el infante D. Pedro de Portugal. Este infante vivió casi toda su vida desterrado del reino de Portugal, siendo muy perseguido del rey D. Alfonso su hermano. Primeramente pasó al África, de donde se vino después á Aragón y donde D. Jaime le dió grata hospitalidad, heredándole de algunos lugares y rentas en el campo de Tarragona, y dándole mujer de la casa real, que fué Doña Aurembiaix, condesa de Urgel [2].

1 Quadrado, nota 166 de Marsilio.—Zurita, lib. III, cap. X.

2 Monfar, cap. LXVI. Según este cronista, aun cuando no se ve[rifi]case el casamiento, se había concertado un enlace entre el rey D. J[aime] y Doña Aurembiaix siendo niños.

No tardó ésta, sin embargo, en morir, y dictó testamento legando, á falta de hijos, sus bienes y condado en propiedad á su esposo, y cuentan las historias que entonces el rey D. Jaime, ya porque no le conviniese el excesivo acrecentamiento del infante en Cataluña, ya porque echase de ver el carácter descontentadizo y bullicioso de que con el tiempo hizo muestra el portugués, ó, en fin, porque temiese no se concertara con el de Cabrera, que no renunció á sus pretensiones al condado ni amaba al rey, trató de hacer con D. Pedro un cambio dándole Mallorca por Urgel, y logrólo con tanta mayor facilidad, cuanto que, por la infeudación hecha por la difunta condesa á la corona, ya era señor directo de aquel estado. Cerróse el ajuste en Lérida á fines de Setiembre de 1231 [1]; el infante recibió el señorío vitalicio de la isla de Mallorca y de las otras adyacentes que todavía estaban por conquistar, y prestó homenaje al rey, que se reservó la Almudaina y las principales fortalezas.

Ha dicho un sesudo historiador, que el trueque era ventajoso al rey bajo todos aspectos, bien que sensible por la predilección que le inspiraba su reciente conquista. Sin embargo, Jimeno de Urrea y Blasco de Alagón, departiendo un día con el monarca en 1234, le dijeron que tan bellas islas se perderían por el descuido y flojedad del infante, que era el hombre más negligente del mundo, á lo cual contestó el rey que pronto enmendaría su yerro. Y realmente, así que hubo conquistado el reino de Valencia, cedió en él al infante muchos estados y las villas de Segorbe, Morella, Murviedro, Castellón y Almenara para recobrar á Mallorca. En la histo-

1 Puede leerse esta escritura en el apéndice 5.° de la crónica de Mario comentada por Quadrado, y en el Monfar, tomo I, pág. 509. Este ·imo traslada también el testamento de Doña Aurembiaix.—*(Véase la ·a que hay al final de este capítulo.)*

ria de esta isla, por Dameto, consta un auto de 3 de Junio de 1244, por el que notifica el infante á los isleños haber dado por concambio aquellas islas al rey de Aragón, absolviéndoles del juramento de fidelidad que le habían prestado, y mandándoles que recibieran y tuvieran á D. Jaime por su señor.

Volviendo ahora á reanudar la ilación de los sucesos, hay que referir como á principios de Enero de 1231 fué D. Jaime á Tudela, donde, para que todo fuese extraordinario en él, se verificó aquella recíproca y singular adopción de los dos monarcas, el uno joven y el otro anciano y enfermo, por la cual se instituyeron recíprocamente herederos.

Rey era entonces de Navarra D. Sancho *el Fuerte* ó el *Encerrado*, que aquejado de una extraordinaria gordura en su avanzada edad de setenta y ocho años, vivía con harto trabajo y apenas se dejaba ver de nadie. Envió un mensaje á D. Jaime para proponerle celebrar con él una alianza mutua, ofreciéndole que le otorgaría tantas mercedes como rey ninguno las hubiese otorgado á otro rey mayor, y D. Jaime se resolvió á pasar á Tudela para conferenciar con él. En èsta entrevista fué cuando le hizo la singular proposición de adoptarle por hijo y hacerle heredero de su reino, desheredando á Teobaldo su sobrino, conde de Champaña, con tal que hiciese la guerra á Castilla, uniendo sus fuerzas con las de Navarra: solamente le pidió que al propio tiempo que le prohijaba, le prohijase también D. Jaime, pues no podía perder en ello, le dijo, toda vez que con sus setenta y ocho años era natural que muriese el primero. A esto contestó el monarca aragonés que él tenía ya á su hijo Alfonso, al cual habían jurado ya por heredero los nobles y caballeros de Aragón, y las ciudades, entre ellas la de l rida, y que por su parte no podía permitir que perdi su hijo el derecho que tenía adquirido; pero el nava

repuso entonces que no tenía inconveniente en no poder sucederle sino después de su hijo, con tal que le auxiliase en la guerra que tenía con el rey de Castilla, el cual quería destronarle; por manera que si él moría el primero, debiese D. Jaime sucederle en sus reinos, y si al contrario sobrevivía él á D. Jaime y á D. Alfonso su hijo, debiese heredar de todos sus estados [1]. Este singular convenio se extendió el 2 de Febrero de 1231 en el castillo de Tudela, pero sin embargo no tuvo efecto, pues á la muerte de D. Sancho de Navarra fué proclamado rey de este punto su sobrino Teobaldo llamado *el Trovador*, á pesar de la oposición de D. Jaime quien, en vida de aquél, había vuelto por segunda vez á Tudela acompañado de los ricos-hombres y síndicos de sus ciudades, y había recibido de los navarros el juramento y homenaje de reconocerle por rey, después de muerto D. Sancho.

Es preciso advertir también que, no obstante el convenio y no obstante el mucho amor que el de Navarra decía profesar á D. Jaime, surgieron bien pronto motivos de disgusto entre ambos monarcas. Comenzaron por no entenderse cuando se trató de llevar adelante la jornada contra Castilla, sin embargo de que estuvo muy cuerdo y prudente D. Jaime y trazó un admirable plan de campaña, y acabaron por ponerse completamente en desacuerdo cuando, no habiendo podido acudir á una cita el monarca aragonés, á causa de haber tenido que

1 Véase la propia historia de D. Jaime, desde el cap. CXII hasta el CXXII, y también los muchos autores que de esto tratan, entre ellos Zurita, cap. XI del lib. III de sus *Anales*, y Sas en su libro sobre D. Jaime I. Es preciso advertir que en el tratado de alianza y mutua adopción otorgado entre el rey de Aragón y el de Navarra, no se hace mérito del hijo D. Alfonso, según se expresa en el texto, pero lo dice D. Jaime, y los traductores de su crónica creen que el convenio á favor de dicho hijo fué estipulado separadamente en algún tratado secreto, ó tan sólo de palabra entre ambos soberanos.

pasar precipitadamente á Mallorca, se enfrió de una manera muy notable el voluntarioso rey de Navarra. De todos modos, es tan singular y digno de perpetua memoria todo lo que pasó entre ambos reyes, y está tan agradablemente contado por el propio D. Jaime en su historia, que creo oportuno recomendar todo lo á este punto referente para solaz y estudio de los lectores.

Después de su primera entrevista en Tudela con Don Sancho *el Fuerte,* encuentro que D. Jaime se vino á Cataluña donde, estando en Barcelona, tuvo vagamente noticias de que el rey de Túnez hacía aprestos para pasar á Mallorca, con cuyo objeto se apoderaba de todas las naves de pisanos, genoveses y otros cristianos. El rey entonces llamó á consejo á los nobles que le acompañaban y á los prohombres de Barcelona, siendo este título de prohombres (de *probi homines*) el que se daba á los que componían los municipios, particularmente el de Barcelona, antes de la reforma de esta corporación llevada á cabo en 1249. El consejo, compuesto sólo de nobles y ciudadanos, según las memorias escritas que nos quedan, fué de parecer que no se debía acordar nada hasta que se tuviesen noticias más seguras y exactas, *pues no siempre salía cierto todo lo que de luengas tierras se contaba.*

Conformóse el rey con este dictamen, y se fué entre tanto á Vich para resolver ciertas cuestiones que se habían suscitado entre Guillermo de Moncada y algunos habitantes de aquella población [1]; pero al día siguiente de estar allí se le presentó un mensajero que venía de

1 Guillermo dice la crónica de Marsilio, y Guillermo también la crónica real, traducida por Flotats y Bofarull; pero debía ser Pedro, y no Guillermo de Moncada, si se atiende á que no podía ser otro q hijo de Guillén Ramón de Moncada, que heredó la senescalía de C luña, y que se llamaba Pedro, según yo encuentro. Ya sabemos qu Moncadas tenían el señorío de la parte superior de la ciudad de V

parte de Raimundo de Plegamans, sin duda el gobernador de Barcelona entonces, el cual le dijo haberse recibido en Barcelona noticias de que el rey de Túnez debía hallarse ya á aquellas horas en Mallorca.

Sobresaltó el mensaje á D. Jaime, y con aquella actividad de que ya había dado muestra y de que aún había de dar tantas durante su vida, partió en el acto para Barcelona, á donde llegó aquella misma noche, y donde ante su consejo, apresuradamente reunido, es fama que pronunció estas nobilísimas palabras: — «No fué bueno el consejo que aquí se nos dió, ni se miró en él por nuestro honor ni por el bien de la tierra, pues la más grande empresa que se haya llevado á buen término desde cien años acá, quiso el Señor Dios que se cumpliese con la conquista de Mallorca; y ya que Dios nos la dió, no hemos de perderla ahora por pereza ni por cobardía. Resuelto estoy á ir á socorrerla en persona, y para ello señálese día á todos los que en aquella conquista nos ayudaron, y envíense órdenes á Aragón para que todos los que tengan por mí algún feudo ó sean de mi mesnada, comparezcan en Salou dentro tres semanas. Allí les esperaré, pues prefiero morir en Mallorca, á perderla por culpa mía.»

A tenor de las apremiantes órdenes del rey, dispúsose todo para que del puerto de Salou pudiese salir la expedición el día señalado. Fletadas naves y taridas y una galera para tomar noticias; dispuestos á hacerse á la vela 250 caballeros, entre ellos Nuño Sánchez; pronto el rey, y cuando ya no se esperaba sino la señal de la partida, presentáronse á D. Jaime el anciano arzobispo de Tarragona y Guillermo de Cervera, su antiguo consejero, que se había hecho monje de Poblet,

y á consecuencia de esto serían las disensiones de que habla D. Jaime en su historia.

quienes con lágrimas le instaron á que no expusiese su persona en aquella empresa, sino que la confiase á uno de sus capitanes. Todo, empero, fué inútil. El rey había decidido partir, y partió, acompañándole el infante de Portugal que, á última hora, cuando iban ya las naves á hacerse á la vela, se presentó sólo con cuatro caballeros, provocando el enojo del monarca, el cual no pudo menos de manifestarle lo que se pasmaba de verle tan retrasado y con tan poca compañía [1].

Afortunadamente, la alarma producida por el desembarco del rey de Túnez en Mallorca, no tenía fundamento alguno. Cuando D. Jaime llegó á Soller, que es donde arribó aquella vez la flota, supo que no se había avistado ninguna embarcación enemiga, y á los quince días de estar allí, tuvo la certeza de que los tunecinos no proyectaban nada contra la isla, pues andaban en guerra con aquellos mismos almohades á quienes D. Jaime había vencido en Mallorca.

Pero su viaje á la isla no fué inútil. Seguro ya de que nada que temer había por parte del rey de Túnez, movió el monarca aragonés su hueste contra los moros montañeses, que eran en número de más de 3.000, y después de haberles tomado sus tres fuertes castillos de Alaró, Pollensa y Santueri, obligó á venir á tratos al caudillo Xuayp ó Joaib, que se sometió bajo ciertos pactos y condiciones, lo propio que muchos de los su-

1 Es preciso advertir que, cuando el rey volvió esta vez á Mallorca, no se había aún efectuado el convenio de permuta con el infante de Portugal, ni había muerto aún la condesa de Urgel. Ésta murió el 11 de Agosto de 1231; el infante cedió el Urgel á D. Jaime, á cambio del señorío de Mallorca, á fines de Setiembre de 1231, y D. Jaime efectuó segunda expedición á la isla en Marzo del mismo año, regresando á taluña á últimos de Mayo. El infante de Portugal no era, pues, aún ñor de Mallorca, como sientan principales autores.

yos, sin embargo de que todavía quedaron unos 2.000 hombres en las montañas, los cuales quisieron continuar permaneciendo fieles á su ley y á su bandera en aquellos enriscados reductos.

Tranquilo el rey por el momento, y seguro ya de que nada amenazaba turbar la paz de Mallorca, volvió á dejar el mando en manos de Bernardo de Santa Eugenia, y aumentando sus fuerzas con algunos caballeros de los que había traído, regresó á Cataluña, donde su primer objeto fué ir á Tudela para verse otra vez con el navarro, á fin de proseguir los preparativos contra Castilla; pero hallándole ya cambiado, vínose de nuevo á Cataluña, para dirigir sus miras á nuevas conquistas de territorios sarracenos.

CAPÍTULO XXXIV.

Los sarracenos de las montañas de Mallorca.—Tercera expedición del rey á la isla.—Hace testamento antes de partir.—Llega á Mallorca. —Conquista de Menorca.—Embajada que pasó á la isla.—Estratagema del rey.—Sumisión de Menorca.—Se proyecta la empresa contra Ibiza.—Guillermo de Montgrí se ofrece á tomar la isla.—El infante de Portugal y Nuño Sánchez toman parte en la empresa.—Sitio y toma de Ibiza.

(1232 Y 1235.)

Los 2.000 sarracenos que no habían querido someterse en Mallorca al mismo tiempo que Xuayp, hicieron una resistencia desesperada á los caballeros aragoneses y catalanes que, ausente ya el rey, y al mando de Bernardo de Santa Eugenia, fueron á combatirles. Parapetados en sus agrestes riscos, defendiendo heróicamente aquel último rincón que les quedaba en la que fué su

patria y aquel último miserable albergue de sus familias, rechazaron todos los ataques, desbarataron todos los planes de los cristianos, sufrieron los rigores del invierno y del hambre, y, por fin, cuando ya no les quedaba recurso humano, aún contestaron á la invitación que de rendirse les envió el de Santa Eugenia, diciendo que no lo harían mientras no se presentase aquel rey á quien Dios había dado la isla.

Bernardo de Santa Eugenia y Pedro Maza, los dos caudillos que mandaban la hueste catalana-aragonesa de la isla, decidieron entonces ir en busca de D. Jaime, ya que sólo á él querían entregarse los últimos restos de los montañeses sarracenos. Vinieron, pues, á Cataluña y presentándose al rey, que estaba á la sazón en Barcelona, le persuadieron á que de nuevo se embarcase para la isla, diciéndole que de su presencia en ella dependía el que se acabaran de rendir todos los sarracenos, á tenor de lo que con ellos habían pactado. En el acto dispuso el rey que se aparejasen tres galeras y estuviesen en el puerto de Salou dentro de quince días, decidiendo ir solo y sin más comitiva que su gente de servicio.

Fué la venida de los barones de Santa Eugenia y Maza, á últimos de Abril de 1232, y el 6 de Mayo estaba ya D. Jaime en Tarragona, dispuesto á embarcarse. En aquel rey el pensamiento era la acción. Consta que, hallándose en dicha ciudad de Tarragona, y antes de partir para Salou, hizo testamento por el que volvía á legitimar de nuevo al príncipe D. Alfonso su hijo, al cual críaba en Castilla su madre la repudiada Doña Leonor. Instituyóle entonces por su heredero en los reinos de Aragón y de Mallorca, y en los condados de Barcelona y de Urgel y señorío de Montpeller que antes se había reservado para los hijos que pudiera tener de ot esposa. Sustituía en lugar del príncipe por su hereder

en caso de morir sin dejar hijos, á su primo D. Ramón Berenguer, conde de Provenza. Dejaba por tutores de su hijo al arzobispo de Tarragona, á los maestres del Hospital y del Temple y á Guillermo de Cervera, monje de Poblet; y ordenaba terminantemente que los tutores reclamasen el joven príncipe á su madre y al rey de Castilla para criarle ellos á su voluntad; y que si por acaso su hijo presumiese entrar poderosamente con gente extranjera para apoderarse del reino, no estuviesen obligados los ricos-hombres de Aragón y de Cataluña á obedecerle, sino fuese viniendo como debía venir el rey á sus vasallos [1].

Hecho este testamento, partió D. Jaime, debiendo efectuar su salida del puerto de Salou á mediados de Mayo. Cuéntase que la noche era oscura y aturbonada, y que los marineros rehusaban salir del puerto, pero que el rey les obligó, cediendo la borrasca después de haber andado diez millas, serenándose el cielo y abonanzando el tiempo. Entonces le dijo uno de los que iban con él:—«Con galochas pudiérais pasar el mar; no parece sino que sois el predilecto del cielo, pues está de Dios cuanto vos hacéis.»

Al tercer día de haberse dado á la vela, las tres galeras de D. Jaime entraban en Portopí, y empavesadas y al son de trompetas fueron vogando hacia la playá de la ciudad, en donde esperaba ya toda la población. A los pocos días, atendiendo el rey á los sarracenos, por cuya causa había ido, logró cumplidamente su intento. Bastó que se presentara para que se le sometiera toda aquella turba de indomables montañeses.

Era realmente aquel hombre, como le había dicho uno de sus barones, el predilecto del cielo: se presenta-

1 Este testamento se halla en los archivos de la Corona de Aragón, ergaminos de Jaime I, núm. 453.—(Nota de la segunda edición.)

ba, y sumisos caían á sus plantas ejércitos poco antes indómitos; se pronunciaba su nombre, y se le sometían islas. Precisamente fué esto último lo que le sucedió con la isla de Menorca, cuya conquista llevó á cabo sin pérdida de un solo caballero y con el único poder de su nombre.

He aquí cómo sucedió esto: por consejo de uno de sus más allegados envió á Menorca las tres galeras en que había venido, con embajadores encargados de intimar la rendición á aquellos isleños. Los mensajeros fueron Bernardo de Santa Eugenia, Raimundo de Serra, comendador de la orden del Temple en Mallorca, y Asalit ó Ansaldo de Gudar, que era de la mesnada real. Se combinó que mientras los embajadores cumplían su misión, el monarca fuese en persona al extremo de la isla, y al punto llamado cabo de Piedra, á fin de esperar el resultado del mensaje y coadyuvar á él, mandando encender en el cabo grandes hogueras, para hacer creer á los de Menorca que era el ejército que contra ellos iba.

La embajada y también la estratagema obtuvieron un éxito satisfactorio. D. Jaime se fué al cabo de Piedra llevando sólo en su compañía seis caballeros y cuatro caballos, cinco escuderos de servicio, diez criados de su palacio y algunos correos: *¡bela host de rey!* como dice él mismo en su historia. Mandó por la noche prender fuego á algunos matorrales para aparentar grandes hogueras, y semejante novedad llamó en efecto la atención de los sarracenos de Menorca, quienes enviaron á preguntar qué era aquello á los embajadores cristianos. Estos, que habían dado ya cuenta de su misión y esperaban la respuesta, dijeron que semejantes fuegos indicaban que era el rey D. Jaime, el cual había llega hasta allí con sus huestes, pronto á caer sobre Meno si no se sometía á su dominio. Atemorizáronse los

rracenos y se avinieron á reconocer por señor de la isla á D. Jaime de Aragón, cediéndole las fortalezas y prestándole cada año un tributo de 3.000 cuarteras de trigo, 100 vacas y 500 entre cabras y ovejas.

Desde que fué celebrado el convenio, dice el rey en sus comentarios, se sacaron de aquella isla dobles ó quizá mayores réditos de los que al principio se le prometieran por tributo, y «desde entonces, por la gracia de Dios—son palabras del rey,—muy lejos de haber la isla de Mallorca necesitado más nuestra ayuda, la ha mejorado tanto el Señor, que vale doblemente de lo que valía en tiempo de los sarracenos.»

Y ahora, para finalizar este libro con la conquista de las Baleares, es preciso que mis lectores me permitan, aunque sea dejando un vacío de dos años, que se llenarán al comienzo del siguiente libro, contar la empresa que se llevó á cabo contra la isla de Ibiza y la toma de su castillo y villa.

La conquista de Ibiza no tuvo lugar, como observó ya *Zurita*, hasta 1235, entrada ya la primavera; pero la propuesta de ganarla que presentaron al rey el sacrista de Gerona y sus compañeros, pudo ser el año precedente, ó antes tal vez. Se cuenta que hallándose un día D. Jaime en Alcañiz, comparecieron ante él el sacrista de Gerona Guillermo de Montgrí, que era arzobispo electo de Tarragona, si bien no parece que fuese confirmada por Roma su elección; Bernardo de Santa Eugenia y su hermano. Dirigió la palabra al rey Guillermo de Montgrí, y le dijo que si le quería ceder la isla de Ibiza, él y los de su linaje emprenderían aquella conquista, guardándola en feudo por el monarca.

Vino en ello D. Jaime; hízose el convenio conforme al cual el feudo de Ibiza juntamente con el señorío espiritual quedaba por la silla arzobispal de Tarragona, salvo el dominio supremo del rey, y todo se dispuso

para la empresa, mandando construir Guillermo de Montgrí un trabuquete y un fundíbulo. Luego que el infante de Portugal D. Pedro y Nuño Sánchez del Rosellón tuvieron noticia de la proyectada empresa, ofreciéronse á acompañar al de Montgrí, con tal que éste les diese parte en la conquista, á proporción del número de caballos con que le auxiliasen; fuéles otorgada su demanda y emprendieron juntos aquella campaña, dividiéndose las tierras, cuando vino el caso, por terceras partes entre el infante, el conde D. Nuño y los promovedores de la conquista.

Acaudillada la armada y congregada la hueste, diéronse á la vela los capitanes y su gente, saliendo del puerto de Barcelona [1]; y llegando á Ibiza con próspera navegación, saltaron en tierra y en seguida pusieron sitio á la villa abriendo trincheras, sentando el campamento y combatiendo reciamente la plaza con los ingenios de batir que consigo llevaban. Siguiendo la relación histórica que se halla al frente de las ordinaciones de Ibiza, recopiladas por aquel municipio en tiempo de Fernando VI, los hombres de Lérida, que parece ser iban muchos en la hueste, construyeron una máquina ó ingenio con el cual ofendieron poderosamente la plaza.

Resistíase ésta con heroismo, pero los cristianos tuvieron medio de hallar secretas inteligencias entre los sitiados. Según cuenta la citada *Resumpta histórica,* un moro muy principal de la villa, ofendido de que el jeque de Ibiza le hubiese tomado una mujer á quien amaba, llevándosela á su serrallo, aprovechó aquella ocasión que para vengarse se le presentaba, y entendiéndose con el caudillo de los sitiadores, le ofreció introducir sus tro-

1 *Resumpta histórica de la isla de Ibiza*, continuada al frente de ordinaciones de esta isla, pág. 94.

pas en la plaza. Así, pües, una noche que estaba guardando un postigo que se abría en el muro, avisó á los catalanes, quienes se adelantaron hasta el campo que estaba en frente de aquella puerta, y que aun hoy se llama *campo de la traición*, comenzando á introducirse en la plaza por el postigo que les abrió el moro. No pudo ser, sin embargo, con tanto secreto que no lo advirtiesen los sitiados, los cuales, abalanzándose á impedir la entrada de la hueste aragonesa, trabaron con ella una empeñada y sangrienta refriega en la calle de que ya los nuestros se habían apoderado.

En el ínterin, los de Lérida asaltaban el muro por la parte en que en él abrieran brecha con su ingenio, siendo un soldado leridano, llamado Juan Chico, el primero que subió á la muralla, enarbolando en ella el estandarte de la cruz y de las BARRAS. Este ataque de los hombres de Lérida fué favorable á los catalanes, que en el otro extremo de la villa habían penetrado por el postigo mencionado. La plaza fué tomada y la victoria completa, rindiéndose la ciudadela y ocupando los conquistadores sin ninguna resistencia lo demás de la isla, como también su vecina la Formentera.

Así se llevó á cabo la conquista de aquellas islas, primera empresa ultramarina de las armas de la CORONA DE ARAGÓN, con la cual se abrió una vía de esplendor y gloria á la bandera de las gules BARRAS, que ya desde entonces, de triunfo en triunfo, había de llegar hasta remotos países haciéndose temer y respetar en todas partes.

ACLARACIONES Y APÉNDICES
AL LIBRO QUINTO.

I (Cap. IV).

SIGUE LA CRONOLOGÍA DE LOS CONDES CATALANES.

(SIGLOS XII Y XIII.)

(Véase el apéndice núm. (I) del libro cuarto.)

CONDES DE CERDAÑA.

Por testamento de Ramón Berenguer *el Grande* se legó este condado á su segundo hijo D. Pedro, que cambió luego su nombre en el de Ramón Berenguer al pasar á ser conde de Provenza (Véase el cap. II de este libro). Es de presumir que le sucedió su hermano Sancho, tercer hijo de Ramón Berenguer IV. Tendríamos, pues, siendo así, á

Pedro, desde..............	1162.....	á...	1168.
Sancho, desde..............	1168.....	á...	1181.

En este año murió Pedro ó sea Ramón Berenguer, y Sancho entró á sucederle en el condado de Provenza. Túvolo hasta 1185, en que el rey Alfonso se lo quitó para dárselo á un hijo suyo, cediéndole en cambio el condado de Rosellón y de Cerdaña. Se presume que, á pesar de ser conde de Provenza, Sancho no dejó de serlo de Cerdaña, y en este caso tendríamos:

Al mismo Sancho, desde.....	1181.....	á...	118

En esta época, según acabamos de decir, el condado de Cerdaña quedó unido al del Rosellón, pero ya de entonces en adelante los condes de estas dos comarcas no tuvieron sino una especie de título de honor, pues los verdaderos condes fueron los reyes de Aragón.

CONDES DE URGEL.

ARMENGOL VIII .... 1184........... 1208.

A la muerte de este conde ocurrieron grandes disturbios en el condado de Urgel por la sucesión. Armengol dejó heredera del condado á su única hija Aurembiaix, que había tenido en su esposa Elvira. Un sobrino de Armengol, Guerau de Cabrera, hijo de una hermana suya casada con el vizconde de Cabrera, pretendió como pariente varón más inmediato apoderarse del condado. La condesa Elvira puso á su hija Aurembiaix bajo la protección del rey don Pedro *el Católico*, á quien cedió el condado, salvo los derechos de su hija. Tuvieron lugar sangrientos encuentros entre el rey D. Pedro y el vizconde de Cabrera, que se titularon ambos condes de Urgel. Este último está, sin embargo, considerado y continuado en la lista de los condes desde 1208 hasta 1228. En este año ya sabemos que D. Jaime *el Conquistador* lo recobró para

DOÑA AUREMBIAIX........... 1228........... 1231.

Muerta ésta, lo tuvo por su testamento su esposo el infante de Portugal, que lo cedió á D. Jaime de Aragón en cambio del señorío de Mallorca.

CONDES DE AMPURIAS.

A Hugo III, que murió en 1230 poco después de ganada Mallorca, y al cual le hemos visto tomar en esta conquista una tan activa parte, sucedió su hijo Pons Hugo II, de quien tendrémos ocasión de hablar en el próximo libro.

CONDES DEL ROSELLÓN.

ALFONSO *el Casto*, rey de Aragón, I de Cataluña y II de Aragón............	1172...	1196.
Conde titular del Rosellón: D. SANCHO desde 1185 á 1224 próximamente.		
PEDRO *el Católico*, I de Cataluña y II de Aragón.........................	1196...	1213.
JAIME *el Conquistador*, I en Aragón y en Cataluña........................	1213...	1276.
Conde titular: D. NUÑO SÁNCHEZ, hijo de D. Sancho, desde 1224 á 1241.		

CONDES DE BARCELONA.

ALFONSO *el Casto* (II como rey de Aragón, I en Cataluña), hijo.............	1162...	1196.
PEDRO *el Católico* (I de Cataluña, II de Aragón), hijo....................	1196...	1213.
JAIME *el Conquistador* (I en Aragón y en Cataluña........................	1213.	

II (Cap. IV).

CONSTITUCIONES DE PAZ Y TREGUA DE ALFONSO EL CASTO.

(Copiadas de un manuscrito del siglo XIII, procedente de San Martín de Canigó, que pertenece á M. Henry, de Perpiñán.)

Divinarum et humanarum rerum tuitio ad neminem magis quam ad principem pertinet; nihilque tam propri esse debet boni ac recti principis, quam injurias prop sare, bella sedare, pacem stabilire et informare, et info

matam subditis conservandam tradere, ut de eo non incongrue dice et prædicari possit quod a principe regum dictum est: *per me reges regnant et potentes scribunt justiciam*. Ea propter.

Nos Ildefonsus, Dei gratia rex Aragonum, comes Barchinonæ et Rossilionis, et marchio Provinciæ, publicæ utilitati totius terræ nostræ consulere et providere satagens, et intuitio divini numinis, tam ecclesias quam religiosas personas cum omnibus suis rebus nostræ protectionis præsidio vallare ac perpetuo munire cupiens, anno ab incarnatione Domini MCLXXIII. Habito, apud Perpinianum, super hoc tractatu et delibes ratione cum venerabilis viris Guillelmo, Tarragonensi archiepiscopo, apostolicæ sedilegato et B. Barchinonensi episcopo; et Guillelmo Jordani, Elnensi episcopo, omnibus baronibus comitatus Rossilionis, nec non et aliis pluribus magnatibus sive baronibus curiæ meæ, quibus unanimiter omnibus justum et æquum visum est et communi utilitati expedire, ut in comitatu Rossilionensi, quem per Dei graciam nuper adeptus sum, vel alias in toto Elnensi episcopatu, pax et trega instituatur, et nefanda raptorum et prædonum audacia exterminetur; prædictorum omnium assensu et voluntate, omnibus tam laicis quam clericis qui in prædicto episcopatu degere noscuntur, trevam et pacem, secundum formam infra positam et præscriptam, tenenda et inviolabiliter conservanda injungo; meque ad observandam et in eos qui eam violaverint vindicandum alligo et astringo.

I. In primis igitur, cum prædictorum episcoporum et aliorum paronum consilio, eclesias omnes et earum cimiteria, quæ speciali hominum censura in bonis Dei intelligentur, sub perpetua pace et securitate instituo, ita quod nullus eas vel earum cimiteria vel sacraria in circuitu cujuscuique eclesiæ constituta, invadere vel infringere presumat, nichilque inde abstrahere atemptet, feriendis hujus statuti temeratoribus, pœna sacrilegii, ejusdem loci episcopo inferenda, et satisfaccione duplici dampni quod fecerit, ei qui passus est prestanda.

II. Ecclesias quoque incastellatas sub eadem pacis et

trevæ defonsione constituo; ita tamen quod si raptores vel fures in ecclesiis prædam vel alia maleficia congregaverint, buærimonia ad episcopum et ad me sive ad bajulum meum, deferant, et ex tunc, nostro judicio, vel quod commissum fuerit, emendetur, vel a pace prædicta ecclesia sequestretur.

III. Dominicaturas quoque canonicorum sub eadem pacis securitate constituo, simili pœna imminente eos qui eas invadere presumpserint.

IV. Sed et clericos, monachos, viduas et sanctimoniales eorumque res sub eadem pacis defensione nostra autoritate constitutos, nemo aprehendat, et nichil eis injuriæ inferat, nisi in maleficiis inventi fuerint. Si quis in aliquem istorum manus injecerit, vel aliquod abstulerit, ablata in duplum restituat, et de injuria nichilominus, judicio episcopi, satisfaciat, et sacrilegii pœnam episcopo dependat.

V. Emunitates quoque templi et hospitalis Jherosolimitani, nec non et aliorum locorum venerabilium, cum omnibus rebus suis, sub eadem pacis defensione et penæ interminacione, pariter cum clericis et ecclesiis constituo.

VI. Villanos et villanas, et omnes res eorum tam mobiles quam se moventes, videlicet boves, oves, asinos vel asinas, equos vel equas ceteraque animalia, sive sint apta ad arandum, sive non, sub pacis et trevæ securitate instituo, ut nullus eos capiat, vel alias, in corpore proprio in rebus mobilibus vel immobilibus dampnum inferat, nisi in maleficio inventi fuerint, vel in cavalcadis cum dominis aut aliis ierint.

VII. Præterea, sub eadem pœna interminacione prohibeo ut nullus, in prædicto episcopatu, prædam facere presumat de equabus, mulis, mulabus, vaccis, bobus, asinis, asinabus, ovibus, arietibus, capris, porcis sive eorum fœtibus; neque mansiones villanorum aliquas diruant vel incendant, vel aliis, ad nocendum, ignem subponant.

VIII. Terras in contentione positas, nullus villanus laboret, postquam inde commonitus fuerit ab eo in quo justicia placiti non remanserit. Si vero, ter commonitus, p

tea laboraverit et propterea damnum inde susceperit, non requiratur pro pace fracta; salva pace bestiarum in usum laborationis deditarum, et eorum qui eas gubernaverint cum omnibus quæ secum portaverint: nolo enim quod propter rusticorum contumaciam, aratoria animalia deperdantur, invadantur vel dispendantur.

IX. Vomeres et alia aratoria instrumenta sint in eadem pace, ut ille vel illa qui cum supradictis animalibus araverit vel eas gubernaverit vel ad ea confugerit, cum omnibus quæ secum portaverit vel habuerit, eadem pace muniatur. Et nullus homo ea animalia, pro plivio vel aliqua occasione, capere vel rapere presumat. Si quiscontra hujus modi constitutionem commiserit damnum, componat illi cui malum fecerit, infra xv dies simplum, post xv dies duplum, præstandis insuper LX solidis episcopo et mihi, ad quos quærimonia infracta pacis et trevæ dinoscitur pertinere.

X. Si quis autem fidejussor extiterit, si fidem non portaverit de suo proprio, pigneretur, servata pace bestiarum in usum laborationis deditarum, nec pro pace fracta habeatur: Si vero infra primos xv dies, temerator constitutæ pacis et trevæ simplum non emendaverit, postea, ut dictum est, duplum præstet, ita quod medietatem istius dupli habeat querelator, et alteram medietatem episcopus et ego, qui ad hanc justiciam faciendam prædicto episcopo adjutor extitero. In super, si prætaxatos xv dies per me vel per episcopum vel per nuncium vel per nuncios nostros idem temerator commonitus dampnum non emendaverit, exinde ipse malefactor et complices sui, coadjutores et consiliatores ejus a prædicta pace et treva separati intelligantur, ita quod malum quod propter hoc illatum fuerit, non requiratur pro pace et treva fracta, servata tamen pace animalium et instrumentorum aratorium; sed si malefactor et adjutores ejus jamdicto querellanti ullum malum fecerint emendetur etiam pro pace fracta.

XI. Vias publicas sive caminos vel stratas in tali secutate et protectione pono et constituo, ut nullus inde iter gentes invadat, vel incorpore sive in rebus suis aliquid

molestiæ inferat, pœna lezæ majestatis inminente ei qui hoc fecerit, post satisfactionem dupli de malefactis et injuria dampnum passi præstitam. Illud autem generaliter omnibus interdico atque prohibeo, quod animalia aratona nulla ratione nec et pro delicto domini depredare aliquis vel pignorare audeat.

XII. Præterea illud constituendum est atque firmiter observandum censuimus sub eadem treva et pace, dies Dominicas esse festivitates omnium apostolorum, adventum Domini usque ad octavam Epiphaniæ et Quadragesimam usque ad Octavam Paschæ, diem quoque Ascensionis nec non Pentecoste cum Octavis suis et tres festivitates Sanctæ Mariæ et festivitatem Sancti Johannis Baptistaæ et Sancti Michaelis et omnium sanctorum.

XIII. Salvitates quoque totius episcopatus Elnensis, tam novas quam antiquitus constitutas, sub prædicta pacis et securitate ponimus et constituimus.

Ego, Ildefonsus, Dei gratia rex Aragonum, comes Barchinonæ et marquio Provinciæ, pro Dei amore et subdictorum meorum utilitate, juro per Deum et hæc sancta quatuor evangelia, quod præscriptam trevam et pacem firmiter tenebo et observabo et teneri et observari ab omnibus meis volo atque precipio. Quod si quis infrangerit, non habebit meum amorem, sed sub aquindamento meo erit quosque supradicto modo restituat quod rapuerit vel infregerit.

Ermengardus de Verneto. Berengarius de Orle. Berengarius de Caneto. Guillelmus de Apiano. Raymundus de Tacidone. Raymundus Ermengandi de Villarasa. Gausbertus de Castro novo. Guillelmus de Sancto Laurentio. Bernardus de Alione. Guillelmus Bernardi de Paracols. Guillelmus de Sancta Columba. Bernardus Bertrandi de Domonova. Raymundus de Castello-Rossilione.

III (Cap. XI).

EXTRACTO DE LAS COSTUMBRES DE PERPIÑÁN.

(De la *Historia del Rosellón* de Mr. Henry.)

Hæc sunt consuetudines Perpiniani quas ad præsens invenimus et ad memoriam reducimus quibus homines Perpiniani cum dom. Nunone Sancio ei cum antecessoribus suis et cum dom. Guirardo et cum antecessoribus suis et cum Gaufredo fratre suo usi sunt pro bona consuetudine.

1. Homines Perpiniani debent placitare et judicare per consuetudines villæ et per jura ubi consuetudines deficiant, et non per usaticos Barchinonæ neque per legem gothicam quæ non habent locum in villa Perpiniani, neque intestatio neque exorquia, nec aliquod desuet nisi in sale tantum, quod incipit in ultima die Jovis Aprilis usque in primam diem Jovis Junii.

2. Item, si Dominus conqueratur dealiquo homine Perpiniani, debet eum certificare facere quo et de quo conqueratur. Et si postea postet petere ab eo firmanciam et si reus petierit, Dominus debet illum expectare de firmancia usque in crastinum diem, nisi esset querimonia facta de enormi crimine in quo dilatio esset periculosa. Idem et in bajulo quod in domino dictum est, et omni alio ut prius certificent de quo conqueritur.

3. Item actor conquerens non debet dare firmanciam nec pignora pro querimonia quam fecit de aliquo habitante in Perpiniano vel extraneo.

4. Item actor non tenetur dare libellum in scriptis de querimonia quam fecit, sed eam bajulus potest redigere in scriptis.

8. Item, curia debet dare partibus super causis primam dilationem x dierum, postea alias de septem diebus.

9. Item, bajulus nec post firmancias acceptas nec ante potest petere a reo pignora, nec vicarius, nec dominus, neque expensas aliquas a reo vel actore pro se vel pro ju-

dice vel pro executoribus nec pro aliquibus aliis ad causam necessariis, neque per interlocutoriis etiam simplices ab illis apellentur nisi solum in justiciam consuetam ab illo qui victus fuit; quam justiciam non potest petere a victo. Si miles vel generosa persona vel clericus vel religiosa persona fuerit conquestus vel conquesta de homine Perpiniani, vel homo Perpiniani de ipsis, sed nec firmitas nec pignora potest neque sumptus etiam petere ab homine Perpiniani si talis persona de eo conqueratur vel ipse de illa, etc.

13. Item, si aliquis fuerit captus pro causa pecuniaria, non debet in compedibus ligneis aut ferreis poni.

17. Item, si aliquis conqueratur de aliqua injuria vel crimine, dominus, facta illa querimonia, non potest conqueri de illo super eodem, donec causa terminetur inter illos.

18. Item, adulterium non punitur secundum leges, nec potest accusari aliquis de Perpiniano nec in aliquo puniri adulterium jam comissum; sed si in ipso adulterio a curia deprehendatur, potest curia illos facere currere per villam, ita quod de suo nichil amictant. Verum, si voluerint componere cum curia super cursu et curia voluerit, habeat curia illam compositionem et postea non currant nec penam aliquam patiantur.

19. Item, si aliquis alicui criminalem injuriam dixerit, potest, antequam testes jurent contra eum, jurare quod per iram et non per veritatem illud dixit, et sic a nulla parte debet habere justiciam dominus.

20. Item, si vilis persona vel bacallator injuriam fecerit vel dixerit alicui probo homini de Perpiniano, alius circumstans potest eum corripere in ipsa rixa, sine deterioratione illius personæ, et quod dominus nichil possit petere ab eo qui eum corripuit.

26. Item, quilibet de Perpiniano potest mutare stationem suam et domicilium ubicumque voluerit infra provinciam vel extra sine impedimento domini et alterius personæ et ubicumque ipse vel sui fuerint, possunt retinere possessiones suas in villa Perpiniani, etc.

40. Item, homines Perpiniani quando milites guerregant se possunt se mittere alii in castro alterius militis et alii in alterius castro, et interim ille miles contra quem se mittuntin castro alterius militis non potest facere aliquod malum aliquibus bonis suis, nec aliquod dampnum dare, sed solummodo personis illorum, dum fuerint in defensione castri et non in alio tempore. Si vero voluerint esse valitores et adjutores se alii alterius militis et alii alterius habentium guerras, possunt hæc fácere et equitare contra adversarium illius quem adjuvant. Quo casu etiam si revertantur ad Perpinianum tales valitores et adjutores extitente guerra, ille milis contra quem sunt non potest facere aliquod malum, vel dampnum dare bonis suis, sed tantum personis suis et illorum qui cum eis erunt et bonis quæ secum ducunt et portant, nisi forte illi dixerint militi contra quem sunt quod de cetero non erunt contra eum. Postea, ille miles cui hoc dixerint nullum malum vel dampnum possunt facere vel dare personis suis vel illis qui cum illis in illa guerra fuerint vel bonis quæ secum duxerint vel portaverint in illa guerra; et quodcumque malum vel dampnum fecerint vel dederint in dicta guerra est per consuetudinem diffinitum eis.

52. Item, quicumque bajulus vel vicarius vel scriptor mutatur, debet jurare coram populo se facturum bene et fideliter suum officium et cum justicia, secundum quod ei justum et visum fuerit et secundum consuetudines et leges.

55. Item, dominus non potest mutare macellum nec aliquis alius; et si aliquæ tabulæ in macello ponerentur præter consuetas, debet eas inde bajulus expellere; qui bajulus si facere noluerit, licet impune illud facere probis hominibus Perpiniani.

62. Item, *statuimus* ut nemo agens teneatur in tota causa exprimere causam suæ petitionis dum tamen ea de pecunia sibi solvenda faciat cum instrumento publico facto in scribania Perpiniani, etc.

Quas predictas consuetudines, dominus Jacobus, Dei gracia rex Aragonum, Majoricarum et Valenciæ, comes

Barchinonæ et Rossilionis et dom. Montispessulani laudavit, et approbavit probis hominibus et *universitate villæ Perpinian.*

CARTA COMUNAL DE PERPIÑÁN Y PRIVILEGÍO DE LA MANO ARMADA.

Notum sit cunctis videntibus et audientibus hanc scripturam, quod nos omnes insimul, populi totius villæ Perpiniani habitantes et stantes in eadem villa Perpiniani, consilio et voluntate ac mandato incliti domini Petri, Dei gracia regis Aragonum, comitis Barchinonæ, *constituimus inter nos* v consules in dicta villa Perpiniani, nomine scilicet: Ermengandum Grossi, et Stephanum de Villarasa, et Bernardum de Solatico, et Vitalem de Narbona, et Jacobum Andream qui bona fide custodiant et defendant ac manuteneant et regant cunctum populum villæ Perpiniani, tam parvum quam magnum, et omnes res eorum mobiles et immobiles, et omnia jura domini regis ad fidelitatem domini regis prædicti in omnibus et ad utilitatem et fidelitatem totius populi præfati villæ Perpiniani. Qui consules prænominati sint ibi in consularia de istis proximis kalendis marcii usque ad unum annum. Quo termino completo, si tunc prædicti consules in præfata consularia remanere noluerint, sive quod non essent ibi utiles, sive causa necessitatis quam haberent, sive quod dictus populus villæ Perpiniani pro consulibus eos habere noluerint mittantur, et statuantur ibi, in dicta villa, arbitrio et cognicione totius populi prædicti, alios v consules ad unum annum, et ita prosequatur semper de anno in annum omni tempore, de prædictis consulibus si ibi non fuerint utiles et fidelis in dicta consularia, siveque populus nollet eos habere et retinere ibi de uno anno et antea. Adhuc, nos omnes habitantes et stadantes in dicta villa Perpiniani, bona fide et sine omni enganno cum hac præsenti carta in perpetuum valitura, unusquisque ex nobis propria nostra manu dextra juramus corporaliter, tact sacrosanctis iiij evangeliis, vitam et membra et fidelitatem domino regi prædicto et suis, et de omnibus suis juri

bus et in omnibus bona fide. Adhuc, nos homnes habitatores præfatæ villæ Perpiniani, tam parvi quam magni, convenimus inter nos omnes, bona fide et sine omni enganno; quod erimus insimul nobismetipsis et ex viribus domini regis et suorum boni valitores et veri adjutores et defensores scilicet ex nobismetipsis et ex omnibus rebus nostris, et ex omnibus juribus domini regis contra omnes homines qui non sint villæ Perpiniani, salva semper fidelitate domini regis et suorum in omnibus, et hoc totum dicimusnos observaturos, et juramus sub eodem sacramento præscripto.

Et ego, Petrus, Dei gracia, rex Aragonum, comes Barchinonæ, per me et per omnes meos successores, cum hac præsenti carta in perpetuum valitura, laudo et concedo, firmiterque confirmo cunctis hominibus meis villæ Perpiniani ibi habitantibus et stadantibus, præsentibus et futurir, cum hac eadem carta in perpetuum valitura, quod si aliqua persona quæ non sin villæ nostræ Perpiniani aliquod forisfactum sive dampnum sive malum sive detrimentum sive injuriam fecerit de honore sive de avere sive de lesione sive de verberatione sive ullo alio modo alicui homini villæ nostræ Perpiniani sive feminæ, ille vel illa qui injuriam vel dampnum acceperit vadat ad consules et ad meum bajulum et ad vicarium qui in dicta nostra villa Perpiniani fuerint constituti, et ostendat eis injuriam et dampnum quod acceperit; et tunc, consules cum meo bajulo et cum vicario, ylico absque mora vadant vel mittant suum nuntium illi qui injuriam et tortum et dampnum facit et infert homini nostro Perpiniani sive feminæ; et si in presentia eorum venire noluerit, et cognitione reddirigere ac restituere et emendare noluerit et directum facere noluerit sicuti jus et ratio dictaverit, sive mores et consuetudines jure dictaverint, volumus, et ex regia auctoritate nostra precipimus ut dicti consules, cum meo bajulo et cum vicario et cum omni populo Perpiniani vadant et equitent insimul, potenti manu, super malefactorem qui tortum et injuriam fecit et ipsam villam ubi reverteretur et erit et ube res ejus erunt; et de aliqua malefacta quam ibi fecerint neque de morte hominis neque hominum num-

quam nobis neque nostris neque alicui personæ teneantur; nunquam ego nec mei aliquem ex vobis possimus apellare neque aliquid requirere sive petere. Postquam autem dicti consules cum meo bajulo et vicario et cum populo Perpiniani super aliquem malefactorem vel super villam equitaverint, si aliquis ex ipsa villa nostra Perpiniani remanserit, nisi aperta causa neccessitatis, habeat inde dampnum x solidos Barchinon, qui mittantur et dentur in opere murorum villæ Perpiniani. Mandamus adhuc quod nullus sit ausus equitare neque aliqua maleficia facere alicui homini sive feminæ qui non sit villæ Perpiniani, absque consilio dictorum consulum et mei bajuli et vicarii. Quod si quis ausus fuerit temptare, dirigat malefacta cognitione prædictorum consulum et mei bajuli et vicarii, et ultra habeat inde dampnum x solidos, qui dentur et mittantur in opere prædictorum murorum. Consules vero recuperent semper missionem quam fecerint pro conducto sive pro loguerio de bestiis si equitaverint, pro illo cui debitum sive tortum restitutum fuit bona fide. Similiter qualecumque consules in supradicta consularia mittentur ac statuentur de anno in annum, jurent similiter fidelitatem nostram et omnia jura nostra, et fidelitatem totius populi prædictæ villæ nostræ Perpiniani et ex omnibus rebus eorum, eodem modo ut jam juraverunt prædicti consules. Et ego, Ermengandus Grossi; et ego, Stephanus de Villarasa; et ego, Bernardus de Solatico; et ego, Vitalis de Narbona; et ego, Jacobus Andreas, nos quinque supradicti consules, juramus quisque ex nobis fidelitatem domini regis et suorum et omnium jurium suorum in omnibus, et vitam et membra omni tempore, et fidelitatem totius populi Perpiniani et ex omnibus rebus eorum, tactis sacrosanctis iiij evangeliis, quod sacramentum corporaliter facimus, et est manifestum. Actum est hoc septimo kalendas marcii, anno incarnationis domini MCLXXXXVI, signum Petri, regis Aragonum et comitis Barchinonæ, qui predicta omnia laudo et confirmo proprio signo meo † Petrus Ausone sacrista. Signum Guillel Durfortis. Signum Johannis Beraxensis domini regis n tarii qui litteras signi domini regis scripsit.

CONFIRMACIÓN DE LAS COSTUMBRES POR PEDRO EL CATÓLICO.

Manifestum sit omnibus præsentibus et futuris quod ego, Petrus, Dei gracia rex Aragonum et comes Barchinonæ, laudo et concedo et confirmo, et cum hac præsenti carta perpetuo valitura liberaliter autorizo vobis omnibus hominibus tam majoribus quam minoribus habitantibus et habitaturis in Perpiniano, omnes illas bonas consuetudines quæ pater meus, bonæ memoriæ, dominus Ildefonsus, ilustris rex, vobis condam dedid, laudavit, concessit et confirmavit, sicut melius et sincerius continetur in instrumento ab eo ipso nobis inde facto. Præterea volo et mando, et paginæ presentis auctoritate firmissime constituo quod omnis persona sive sit miles, sive clericus, sive sit religiosa, vel alius cujuslibet condicionis et professionis qui aliquid habeat et possideat in villa Perpiniani vel in terminis suis, det et mittat in expensis et missionibus operæ muri villæ Perpiniani vicinaliter secundum quod habuerit. Mando etiam et firmiter precipio bajulo quicumque sit Perpiniani presenti vel in posterum, substituendoque hoc mandamentum meum firmiter compleat et conservet, et quotiescumque et ubicumque necesse fuerit potentialiter distringat, etc.

Datum Perpiniani xiij kalendas octobris anno Domini MCCVII. Per manum Petri de Blandis, notarii domini regis.

LIBRO SEXTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

SE ABRE LA CAMPAÑA CONTRA VALENCIA. PRIMERAS CONQUISTAS.

Correría de moros hasta Tortosa.—Rompimiento con el rey de Valencia. —Se decide la conquista de Valencia.—Cortes en Monzón.—Toma de Ares y Morella.—D. Jaime sale de Teruel y entra en tierra de moros.—Pone sitio á Burriana.—Quiénes asistieron al sitio —Los moros destruyen un castillo de los sitiadores.—Caso particular que pasó al rey con motivo de unas galeras.—Varios nobles aragoneses proponen al rey abandonar el sitio.—Respuesta del rey.— Noble comportamiento de los catalanes —Bernardo Guillén de Entenza.—Rendición de Burriana.—Peñíscola se entrega al rey.—Rendición de otras plazas.—Cabalgada por las riberas del Júcar.—Toma de Almazora.

(1232 Y 1233.)

La tercera expedición del rey D. Jaime á Mallorca había sido á mediados de Mayo de 1232. En aquella isla permaneció todo el verano, llevando á cabo la sumisión de Menorca y dedicándose al repartimiento definitivo de las tierras y propiedades, el cual tiene la fecha de 1.° de Julio. Regresó poco después á Cataluña, y se encontró con la novedad de que el rey de Valencia Abu Giomail Ben Zeyán (á quien llaman Zaén nuestras crónicas), había enviado un cuerpo de tropas que corrió la tierra de Aragón talando los campos, quemando y destruyendo aldeas y lugares, hasta llegar á Amposta y

Tortosa, y volviéndose á Valencia con muchas riquezas y cautivos [1].

Parece que D. Jaime envió mensajeros á Giomail Zeyan para quejarse de esto y pedirle que se le continuasen pagando las quintas de Valencia y Murcia, según hiciera su antecesor, satisfaciéndosele 100.000 besantes por lo que se le estaba debiendo; pero el rey moro no se avino á pagar más que 50.000, y no conformándose el *Conquistador*, desde aquel momento quedó declarada la guerra [2].

Hallándose el monarca aragonés en Alcañiz, que parece era el lugar escogido por él para solaz y recreo—*loch de mon deport*, según él le llama en sus Memorias,—tuvo una conversación con Hugo de Forcalquier, maestre del Hospital, y Blasco de Alagón, quienes le instaron á conquistar el reino de Valencia, dándole particulares detalles é instrucciones el de Alagón, que había vivido más de dos años desterrado en aquel reino [3]. Ya antes, hallándose en Mallorca, había tenido también una conversación con varios nobles aragoneses, los cuales le habían instado asimismo á que se hiciera dueño de Valencia. La conquista quedó decidida en el ánimo del rey.

Convocóse á Cortes á catalanes y aragoneses en Monzón, y con gran contentamiento de todos quedó acordada la empresa contra Valencia para llevarse á cabo al año siguiente; se otorgó al rey el servicio del bovaje, y se consiguió del Santo Padre que concediese cruzada, la cual se publicó en Monzón tomando el rey la insignia, y con él sus magnates y caballeros, gran número de sus señoríos, y muchas partidas de aventureros que no tardaron en llegar de las tierras de Provenza.

Su rompimiento con D. Sancho de Navarra dejó en-

1 Conde, parte 4.ª, cap. II.

2 Zurita, lib. III, cap. XV.

3 Crónica de D. Jaime, caps. CVI y CVII.

tonces á D. Jaime en entera libertad para obrar contra el moro, y si bien antes de llevar adelante esta campaña deseaba tomar segunda esposa, y quería esperar que viniese á sus reinos Doña Violante, hija del rey de Hungría Andrés II el *Jerosolimitano*, abandonó momentáneamente su propósito, por haberse ido retardando la boda más de lo que él creía.

La jornada no tardó, pues, en comenzar, y por cierto que la ocasión no podía ser más oportuna, ya que andaban en discordia las armas de los muslimes en España, y por otra parte los moros del reino de Valencia estaban divididos en parcialidades, una de las cuales estaba por Abou Zeyd, el rey destronado, del bando de los almohades, que, refugiándose en la corte de D. Jaime, acompañaba á éste por todas partes, siendo uno de sus más asiduos cortesanos é instándole para que le vengase de Abou-Djomail-Ben-Zeyan que le había usurpado el cetro.

Abrióse la campaña con la toma del castillo de Ares, llevada á cabo por los peones de Teruel, al propio tiempo que Morella caía en poder de D. Blasco de Alagón, el cual intentaba guardársela para sí en pleno dominio y señorío, invocando los tratos hechos para emprender la campaña contra el reino de Valencia; pero D. Jaime le manifestó que Morella era una plaza especial, y que sólo podía concederla en feudo. Hubo, pues, de avenirse á ello D. Blasco; prestó al rey homenaje de manos y de boca por la plaza y castillo de Morella, y más tarde, en recompensa, le hizo D. Jaime merced por juro de heredad de la villa de Sástago para él y sus sucesores [1].

1 Debo repetir acerca la conquista del reino de Valencia lo que ya tengo dicho sobre otros puntos, y valga para siempre esta nueva advertencia, á saber: que esta obra tiene sus límites y no puedo extenderme como fuera de desear y como yo más que nadie quisiera, so pena de es-

Hecho llamamiento general á los magnates de Aragón y de Cataluña, y á los maestres del Temple y del Hospital y de las órdenes de Uclés y Calatrava que tenían tierra en el reino, como también á las milicias ciudadanas para que todos se hallasen reunidos en Teruel á principios de Mayo de 1233, á fin de hacer entrada en tierra de moros, acudió D. Jaime á dicha ciudad el día designado. No todos comparecieron; pero habiendo reunido el rey 120 caballeros y las milicias de Teruel, creyó tener número suficiente para emprender el movimiento, dirigiéndose á Ejerica, cuya vega y alrededores taló sin que fuesen bastante á impedírselo 800 moros que andaban á la vista. Allí recibió noticia de que los maestres del Temple y del Hospital y los comendadores de Alcañiz y Montalván habían penetrado hasta el valle de Sego, en donde le esperaban, y después de haber pasado por Torres-Torres, cuyos contornos taló también, se reunió con aquéllos y su hueste para ir juntos á poner sitio á Burriana.

La historia del asedio de esta plaza es admirable y se lee en la crónica real con el interés y ansiedad que puede inspirar la más dramática novela. Quizá en ninguna otra circunstancia de la vida de D. Jaime brillan como en ésta sus nobilísimas cualidades, pues las amarguras y contrariedades que tuvo durante el sitio, hacen

cribir la *Historia de Cataluña* en veinte tomos, en lugar de los que ha marcado el editor, cuyos intereses deben ser sagrados para mí. Las principales fuentes para la historia de la conquista de Valencia están en la *Crónica real*, desde el cap. CVI al CXCIII; en la *Crónica de España*, por Beuter; en la *Década primera de la historia de Valencia*, por Escolano; en la obra de Gómez Miedes *De vitu et rebus gestis Jacobi I;* en las *Trovas* de Mossén Febrer; en los *Anales de Aragón*, por Zurita; en la *Historia de Aragón*, por Sas; en la *Historia de Valencia*, por D. Vicente Boix; en los *Artículos sobre antigüedades de Valencia*, por Zacares, y los demás autores, que, aunque con menor extensión, tratan de este punto, según iré haciendo notar al paso.

resaltar de un modo notable las elevadas prendas de su carácter.

Duró el cerco dos meses, desde mediados de Mayo á mediados de Julio, y asistieron á él, entre otros, los tíos del rey D. Fernando y D. Bernardo Guillén, el obispo de Lérida, D. Berenguer de Erill, el de Tortosa, los maestres del Temple y del Hospital, D. Blasco de Alagón, D. Guillermo de Cardona, D. Rodrigo Lizana, D. Pedro Fernández de Azagra, D. Jimeno de Urrea, D. Blasco Maza, D. Pedro Cornel, el prior de Santa Cristina, los comendadores de Alcañiz y de Montalván, y además de estos y sus gentes las milicias y consejos de Daroca y de Teruel, compareciendo durante el cerco los de Calatayud, Lérida y Tortosa, y, concluído, el de Zaragoza.

La plaza fué combatida con valor y decisión, pero la villa era fuerte y había en ella más de 7.000 habitantes dispuestos á defenderse hasta el último momento. Don Jaime hizo construir un fundíbulo y un manganel, y también una torre ó castillo de dos pisos para dominar las murallas; pero no fué posible acercarlo al muro, pues los sitiados lo destruyeron con sus algaradas.

Faltaban ya víveres al campamento, cuando acertaron á pasar por aquellas aguas y á detenerse dos galeras, una de Bernardo de Santa Eugenia y otra de Pedro Martell. Quiso el rey quedarse con ellas y envió á decir á los armadores que les satisfaría su coste y aún más, pero ellos no consintieron si no se les daba 70.000 sueldos en el acto. D. Jaime estaba falto de recursos y les prometió darles aquella suma más adelante. Sin embargo, los armadores contestaron que debían prestar fianza los maestres del Temple y del Hospital. El del Temple, que se llamaba Raimundo Patot, contestó, requerido por el monarca, que los templarios no salían fiadores ni por el rey ni por nadie, pero, finalmente, concertándose

con el maestre del Hospital, éste propuso á D. Jaime que le harían fianza si confirmaba los privilegios que á entrambas órdenes habían otorgado sus antecesores.— No haré tal, dijo el rey, pues esta escritura tendría sobrado valor.—¡Qué diablo! replicó entonces el maestre. Sois original. Prometedlo ahora y luego no lo cumpláis.—Soy rey, y no es lo mismo rey que maestre del Hospital como sois vos, contestó D. Jaime [1]. Por fin hicieron fianza los maestres, y las galeras quedaron en poder del rey.

Una de las mayores amarguras del monarca en este sitio, diéronsela sus principales barones de Aragón. Presentáronsele un día su tío D. Fernando, D. Jimeno de Urrea, D. Blasco de Alagón, D. Rodrigo Lizana, Don Blasco Maza y otros, recatándose de los obispos y nobles de Cataluña, y le dijeron que no les era posible permanecer por más tiempo sitiando á Burriana, pues las milicias clamaban por ir á la siega y los caballeros estaban sin recursos; que lo mejor sería levantar el cerco dejando la toma de la villa para otra ocasión, y que haciéndolo de este modo, el rey Zeyan les daría tanto á él y á ellos, que podrían recobrarse de cuantos gastos hubiesen hecho uno y otros.—«Después que en nuestra menor edad hemos ganado un reino que está sobre la mar, y que hemos entrado en el de Valencia para conquistarle, ¿queréis que abandonemos sin más ni más un lugar que no es mayor que un corral? Mal podría yo volver á Cataluña ni á Aragón, y vergüenza me sería, si antes Burriana no cayera en mis manos.» Despedidos los nobles con esta respuesta, envió el rey á buscar á su otro pariente D. Bernardo Guillén de Entenza, al justicia de Aragón, á Jimeno Pérez hermano de este y á los prelados y magnates de Cataluña, á quienes expuso lo q[illegible]

1 Así lo cuenta en su propia historia, cap. CXXVIII.

le había sucedido, manifestándoles su sospecha de que aquéllos estuviesen ganados por las ofertas del rey *Zeyan*. Los caballeros catalanes le contestaron á una que no habían obrado bien los que le aconsejaran levantar el sitio, que era preciso continuarlo á toda costa, y que todos ellos le ayudarían con buen ánimo hasta llevar á cabo la empresa. Del mismo dictamen fueron los varios aragoneses que no formaban parte del complot y las milicias de las ciudades.

Bernardo Guillén de Entenza dió particularmente entonces pruebas de señaladísimo valor. Gracias á él, las obras del sitio continuaron con más actividad que nunca, tomó el mando de la vanguardia, puso una trinchera ó estacada junto al foso, y de allí no se movía ni de día ni de noche, resistiendo los ataques y las salidas de los sitiados, los cuales una vez consiguieron herirle pero sólo fué para que el rey en persona se trasladase á aquel puesto de peligro [1].

Abierta brecha, diéronse varios asaltos á la plaza, que, si bien no consiguieron un resultado inmediato, fueron suficientes para que los moros desmayasen, enviando un parlamentario á D. Jaime para pedirle un mes de plazo, y prometiendo que se entregarían si en el transcurso de aquel mes no eran socorridos por el rey de Valencia.—«Ni tres días, contestó D. Jaime, cuanto menos un mes.» Volvieron luego á mandar otro parla-

1 Se cuenta que al ser herido Bernardo Guillén de Entenza ó Bernardo Guillén solo, como le llama la *Crónica real*, acudió el rey á curarle y lo hizo por sus propias manos, pues no hubo ningún rico-hombre que se prestase á socorrerle, dejando que D. Jaime lo hiciera. Grandes servicios prestó efectivamente en la toma de Burriana D. Bernardo Guillén, á quien el rey llama tío por ser hermanastro de su madre María de Montpeller. Según dice D. Jaime en el cap. III de sus memorias, Bernardo Guillermo era del linaje de los Entenzas por parte de madre, y casado con la hija de Pons Hugo, hermano de Hugo conde de Ampurias.

mentario pidiendo ya sólo quince días.—«Ni quince, ni ocho, ni cinco, respondió D. Jaime, y si no les acomoda, dispónganse para resistir el asalto.» En vista de esta respuesta, se rindió Burriana, pactando que se daría paso libre á todos cuantos lo quisiesen, con la ropa que pudiesen llevarse consigo, concediéndoles cinco días para arreglar sus cosas y salvo-conducto hasta Nules.

Así fué ganada Burriana por la energía y voluntad de hierro de D. Jaime, y la cooperación de las milicias y de los catalanes, á pesar de los principales magnates aragoneses. Despues de tomada, hubo también quien le aconsejó que la desamparase, pero el rey mostró que tenía para defenderla el mismo ánimo que tuviera para ganarla, y la confió á la guarda de D. Blasco de Alagón y D. Jimeno de Urrea, ínterin se esperaba la época en que de ella se hiciese cargo D. Pedro Cornel. En seguida se partió para Tortosa, y de este punto pasó á Teruel.

Hallábase en esta última ciudad cuando le llegó la nueva, por conducto de D. Jimeno de Urrea, de que los moros de Peñíscola estaban dispuestos á hacerle entrega de la plaza. Inmediatamente se puso en marcha, no llevando en su compañía más que siete caballeros y algunos servidores, sin guía, dice él mismo en sus memorias, pues que acostumbrado á la caza del javalí en que se entretenía algunas veces por aquellas montañas, esperaba no errar el camino. No lo erró, y llegó ante las puertas de Peñíscola, cuyos moradores salieron á agasajarle y á decirle que estaban dispuestos á entregarle aquella fortaleza si les concedía el ejercicio de su ley y las franquicias á que estaban acostumbrados. Respondióles D. Jaime que estaba conforme en ello, y avisado de que le iban á hacer entrega del castillo y v[illegible], advirtióles que no tenía allí sus notarios para red[illegible]r la escritura de costumbre por haber ido á la ligera, [illegible]

que pronto llegarían, si bien, aun cuando no llegasen, aquello que les prometiera aquello les cumpliría. «En tí y en tu fe fiamos, le contestaron los moros, y te damos la plaza bajo tu sola palabra.» Y villa y castillo quedaron entregados, y cumplidos fueron lealmente los pactos.

Esta entrega fué como la señal para que siguiesen su ejemplo otras plazas. Rindióse Chivert á los templarios, Cervera á los hospitalarios, Alcalatén á Jimeno de Urrea, y Polpis, Castellón de Burriana, Burriol, las Cuevas de Avinromá y Villafamés al mismo rey.

Tornó después de esta campaña á Burriana, pero fué para salir á correr en seguida la ribera del Júcar, al frente de 130 caballeros de paradje, según él les llama en su crónica, de 150 almogavares y de unos 1.200 peones. En esta correría D. Jaime llegó hasta divisar á Valencia, cuyas torres pudo ver iluminadas por las fogatas de alarma, y regresó á Burriana con bastante botín y algunos prisioneros.

Aquel año de 1233 terminó afortunadamente para las armas cristianas con la toma de Almazora, que llevaron á cabo las gentes de D. Pedro Cornel, quien fué dichoso en sus correrías y cabalgadas por las tierras de Onda, Nules, Uxo y Almenara.

De todas estas ventajas había sido origen y nuncio feliz la toma de Burriana, y su rendición había en efecto producido la de muchos de aquellos pueblos, que, aislados completamente, no pudieron ya recibir auxilios de la capital. Dos grandes resultados consiguió D. Jaime con la conquista de Burriana, los cuales supo apreciar su genio militar muy antes que sus barones: la de tener un punto seguro para recibir por mar los recursos que de Cataluña se le enviasen en sus futuras jornadas contra Valencia, y la de cortar enteramente con aquella plaza bien fortificada la comunicación de las otras di-

versas plazas de la provincia con su metrópoli [1]. Don Jaime comprendió perfectamente que la rendición de Burriana era la llave de la conquista de Valencia. El dueño de Burriana había de acabar por serlo, más tarde ó más temprano, de Valencia.

CAPÍTULO II.

Llegada de los embajadores húngaros á Barcelona para tratar el casamiento del rey.—Entrevista de D. Jaime con su esposa Doña Leonor y el rey de Castilla, y lo que quedó acordado.—Dudas sobre un viaje que se supone emprendido por el rey.—Campaña del 1235 en Valencia.—El rey delante de Cullera.—El rey y sus barones ante la torre de Moncada.—Ríndese Moncada.—Conquista de la torre de Museros. —El rey da los cautivos para rescate de un caballero.—Matrimonio del rey en Barcelona con Doña Violante.—Bandos entre el conde de Ampurias y el de Rocabertí.—Cortes en Tarragona.—Concordia y avenencia entre el rey y Nuño Sánchez.—Pretensiones de Pons de Cabrera al condado de Urgel.—Invade las tierras de Urgel con armas. —Apela también el rey á las armas, y cerca el castillo de Pons.—Convenio entre el rey y el vizconde de Cabrera.

(1234 Y 1235.)

Dió el rey por este tiempo alguna tregua á sus empresas guerreras, trasladándose á Barcelona, donde estaban aguardándole los enviados húngaros que habían venido para los tratos de su matrimonio con Doña Violante. Ya sabemos que era ésta hija del rey de Hungría, Andrés II, y eran aquéllos un señor muy principal, llamado el conde Bernaldo, y el obispo de Cincoiglesias. El enlace había sido propuesto por el papa Gregorio IX, que deseaba casar á D. Jaime con la h

1 Vicente Boix: *Historia de Valencia*, tomo I, pág. 122.

del rey de Hungría ó la del duque de Austria. Los embajadores húngaros se avistaron con nuestro monarca en Barcelona, y ajustaron con él los tratos de la boda á 20 de Febrero de 1234, pactando lo que debía darse en dote á Doña Violante, que era, á más de dinero, los derechos que le pertenecían, y que vienen detallados en la escritura que se firmó [1]. El matrimonio no se efectuó hasta el año siguiente, según veremos á su tiempo.

Parece que de Barcelona se volvió D. Jaime á Burriana, en donde estuvo dos meses para animar á los que estaban en guarda de la frontera; de allí pasó á Montalván, y de este punto á Escatrón, por el mes de Junio, donde celebró una entrevista con el rey de Castilla para dirimir algunas diferencias y cuestiones que tenía con la reina Doña Leonor, su primera y repudiada esposa. Iban entonces acompañando al rey, el vizconde de Beziers, el conde del Rosellón, Nuño Sánchez, D. Guillermo de Moncada, el justicia mayor de Aragón y otros magnates aragoneses. D. Jaime y el rey de Castilla se vieron en el monasterio de Huerta, junto á la raya de Aragón. A esta conferencia se halló presente también la misma repudiada Doña Leonor, y se acordó: 1.° Que D. Jaime le daría la villa y castillo de Ariza con todos sus términos, durante su vida, mientras no contrajese nuevo matrimonio. 2.° Que no se pondría embarazo en las otras villas y lugares que disfrutaba ni en las rentas que para su mantenimiento se le habían da-

1 Otros autores, en vez de Violante, la llaman Yolanda de Hungría. Los embajadores que llegaron á Barcelona para ajustar el casamiento, eran el obispo de Cincoiglesias (*Funfkirchen*) y el conde Bernaldo, gran señor húngaro. Se convino en dar por dote á Violante ó Yolanda, 10.000 marcos de plata, 200 marcos de oro, su parte del condado de Namur en Flandes, los dominios de sus antepasados en Francia, las joyas que ella tenía en Hungría y las que su madre le dejó en Borgoña. Consta el acta en el archivo de la Corona de Aragón, pergaminos de D. Jaime I, núm. 513.

do. 3.° Que D. Jaime no le quitaría al príncipe D. Alfonso su hijo, que ella tenía consigo, ni permitiría que se sacase de su poder contra su voluntad hasta que fuese de edad legítima. 4.° Que la persona de la reina no sería presa ni detenida, antes la recibiría debajo su fe y amparo. El rey de Castilla, D. Fernando, por su parte, juró que con todo su poder haría que Ariza fuese restituída al rey de Aragón, por muerte de Doña Leonor ó porque ésta se casase ó entrase en religión, siendo esto último lo que tuvo lugar, pues se recogió en el monasterio de las Huelgas de Burgos.

Dice Zurita en el libro y capítulo últimamente citados que, concluídas las vistas con D. Fernando de Castilla y Doña Leonor, fuese el rey de Aragon á Montpeller para asistir al matrimonio del rey de Francia con la hija mayor del conde de Provenza, primo de nuestro D. Jaime; pero contradicen este viaje y lo ponen en duda los historiadores del Languedoc, quienes con buena crítica prueban que Luis de Francia se casó en Sens, y no en Montpeller, con Margarita de Provenza; que este enlace se había efectuado ya en Mayo de 1234, y por consiguiente, antes de Noviembre en que Zurita supone que pasó D. Jaime á Montpeller; y, por fin, que Don Jaime estaba entonces enemistado con el monarca francés, á quien hasta pretendía declarar la guerra para recobrar el condado de Carcasona del que se había aquel apoderado [1].

[1] *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 398. Los benedictinos hablan de una carta escrita por el papa Gregorio IX con fecha 30 de Agosto de 1234 á Ramón Berenguer, conde de Provenza, para que éste se encargara de negociar la paz entre los reyes de Aragón y Francia. Es de advertir que, de este viaje á Montpeller, D. Jaime no habla en su crónica. Algunos historiadores modernos, siguiendo á Zurita sin d[illegible] dan por realizado este viaje de D. Jaime. De todos modos, la verd[illegible] que, en esta época, comienzan á verse en D. Jaime ideas claras y de no descuidar los asuntos del otro lado de los Pirineos. Se le ve

De todos modos, fuese ó no á Montpeller, aunque nunca para el casamiento de Luis de Francia, el rey estaba de vuelta por Diciembre de aquel año, pues á mediados de este mes le hallo en Lérida, de donde debía pasar á Burriana para emprender en tierras de Valencia su nueva campaña del 1235. En efecto, impaciente estaba ya el joven monarca por volver á blandir aquella su famosa espada, *Tizona*, que tan buen servicio le había prestado en el sitio de Burriana [1] y á la cual había condenado á una tregua de un año, y por alcanzar algún nuevo laurel para aquella frente que pronto debía ir á descansar en el regazo de su nueva desposada Doña Violante.

Burriana era la verdadera plaza de armas de D. Jaime para su proyectada conquista de Valencia. Allí volvió á reunir á sus principales barones á la entrada del

ver sus ojos á los países provenzales, como si quisiese continuar las tradiciones de su familia; como si comprendiese todo el porvenir de la causa por la cual había muerto su padre en los campos de Muret, como si, en fin, perdida la esperanza de contrabalancear el poderío castellano en España, creyese en la posibilidad de crear un gran reino meridional con Aragón, Cataluña, Rosellón y Provenza.

1 De esta espada habla el propio D. Jaime en sus Memorias, capítulo CXXXII, al referir que una noche fué despertado por las voces de ¡á las armas! que daban sus escuderos, á consecuencia de una sorpresa intentada por los moros de Burriana. "Oyéndolo Nos, dice, nos levantamos al punto cubriéndonos con nuestro casco de hierro, y tomando una espada que habíamos traído de Monzón, la cual tenía por nombre *Tizó*, y era de rara virtud para los que la llevaban, por cuya razón la preferimos á la lanza.„ Los Sres. Flotats y Bofarull, traductores y comentadores de la crónica real, dicen que *tizó*, *tizón* ó *tizona* son, á su entender, un mismo nombre, bajo el cual se hicieron célebres algunas espadas como la de D. Jaime y la del Cid. Beuter, en el cap. XXVIII de la 2.ª parte de su crónica, dice que la espada de D. Jaime se llamaba *Tizona*, "por ser hecha de maravilloso tempramiento, que no había que temer que se quebrase por cortar hierro ni acero;„ y añade que había pertenecido á un caballero templario, enterrado en Monzón, y que estaba colgada encima de su sepultura, de donde la tomó el rey.

1235, y les propuso una cabalgada hasta el castillo de Cullera. Aceptóse la idea y se llevó á cabo, haciendo embarcar el rey secretamente en un leño dos fundíbulos, porque, como previsor, calculó que podría haber necesidad de ellos. Cuando la hueste se halló ante Cullera, donde se habían refugiado todos los moros de las cercanías con sus mujeres y tesoros, dijeron los barones:—«Si tuviésemos un fundíbulo, antes de tres días éramos dueños del castillo.»—«¿Un fundíbulo pedís? les dijo D. Jaime. Pues yo os daré dos.» Y mandó desembarcar los dos ingenios que el leño había llevado ocultamente hasta allí. Cuando los barones tuvieron los dos fundíbulos, dijeron que no tenían piedras para arrojar con ellos.—«Yo os daré tres medios para tener piedras, contestó el rey, que á todo atendía y lo proveía todo: el uno, es enviar una buena fuerza para ver si encuentra algún torrente de donde sacarlas; el otro, es enviar también y con el mismo objeto una hueste hasta las orillas del río, y el tercero, es prevenir picapedreros que labren las piedras de la montaña, según se hace para dispararlas con los ingenios.» Los barones entonces hallaron expuestos los dos primeros medios é insuficiente el tercero, y comenzaron á poner obstáculos y á presentar dificultades, tanto que el rey no tuvo otro recurso que acceder á su voluntad y retirarse de aquel sitio [1].

Pero mucho le dolía á D. Jaime tener que volverse sin haber llevado á cabo alguna acción de prez y gloria. Mal se avenían los bríos del real mancebo con la prudencia excesiva de sus barones. Así, pues, hallándose á una legua de Valencia, y á vista de la torre y lugar de Moncada, el batallador monarca se prometió á sí propio no apartarse de aquel lugar sin haberlo ganado. A

1 Crónica real, cap. CXLII.

efecto, apeló á la astucia para vencer la voluntad de sus barones, y llamando al maestre del Hospital, á Pedro Cornel y á Jimeno de Urrea, que era en los que parece tenía más confianza, les hizo entrar en su plan y prometer que le ayudarían en el consejo. Convenido con ellos, reunióles á todos y les propuso atacar y tomar á Moncada: en seguida su tío D. Fernando, que era quien acostumbraba llevar la palabra por los demás, contestó que el pensamiento era bueno, pero que no podía ejecutarse por carecer la hueste de todo; y ya le iban apoyando los que eran siempre de su dictamen, cuando aquéllos con quienes se conviniera D. Jaime hicieron aceptar la proposición real. Faltaban, en efecto, provisiones y un ingenio para combatir la fortaleza, y entonces vióse á D. Jaime dar un admirable ejemplo.—«Yo mismo iré á Burriana, dijo, á buscar provisiones para ocho días, y un fundíbulo. Para ello sólo necesito doce caballeros y todas las acémilas que me podáis proporcionar. Emplearé tres días: uno para ir, otro para recoger las provisiones y otro para volver. A mi regreso, y cuando hayamos tomado la torre, como es probable que en ella hagamos más de 1.000 cautivos, dejadme escoger 100 y me doy por satisfecho [1].» Y los barones accedieron, y el rey fué y volvió en menos de tres días, y sólo le acompañaron doce caballeros, y trajo de Burriana víveres, un fundíbulo y pertrechos. Tal era aquel rey y tales aquellos barones, tales aquellas costumbres y tales aquellos tiempos. La crónica real, á la que se observará que me voy ciñendo todo lo posible, en medio de lo que por malaventura tengo que ir abreviándola, es la que me proporciona ocasión de dar todos estos interesantes detalles y curiosos episodios, que ella relata con encantadora sencillez y notable su-

1 Crónica real, caps. CXLIII y siguientes.

blimidad de concisión, siendo un verdadero guía para conocer las costumbres de aquel tiempo y poder apreciar la clase de relaciones que mediaban entre el monarca y sus magnates. Admírame por lo mismo, y mucho ciertamente, que haya habido un autor el cual, hablando de esta crónica, y después de dudar que fuese obra del rey, haya añadido que *poco perdería aun cuando se la quitasen.*

La torre de Moncada fué combatida tan reciamente, que á los cuatro días hubo de entregarse. En poder de los vencedores quedaron 1.147 cautivos y un gran botín compuesto de perlas, collares, brazaletes de oro y plata, sederías y otras muchas telas preciosas. El rey, según convenio, escogió los 100 cautivos que le tocaban, y es curioso leer en su propia historia que se los hubo de vender luego por 16.000 besantes, en vez de la suma mayor que á guardarlos se le hubiera dado, para librarse de sus acreedores; pagando así las deudas que con unos mercaderes había contraído á fin de atender á los gastos de la hueste en aquella cabalgada. No creyó prudente D. Jaime dejar presidio en la torre por hallarse situada en país enemigo, y al efecto la mandó demoler, dirigiéndose á poner sitio á la de Museros.

Sólo había en esta fortaleza 60 moros, pero dispuestos todos á defenderla hasta el último trance. Comenzó á maniobrar el fundíbulo del rey, y no tardó en derruir las almenas. Entonces los sitiados las levantaron de nuevo formándolas con serones llenos de tierra, pero D. Jaime combatió este ardid con otro. Mandó fabricar unas flechas incendiarias, saetas que formaban á manera de ruecas, rellenas de estopa, las cuales arrojaban los ballesteros encendidas, pegando así fuego á todos aquellos serones. A los dos días de haber apelado á e[illegible] medio, los sarracenos propusieron rendirse si les salv[illegible] ba la vida, «á lo cual accedimos de buen grado, dice

rey, porque, ciertamente, mejor los queríamos vivos que muertos.»

Los sesenta cautivos que se hicieron con la toma de Museros no le sirvieron al rey, como los 100 de Moncada, para pagar sus deudas, pero sí para otra cosa tan noble como ésta: para rescate de uno de sus capitanes. Dióselos todos á Guillermo Zaguardia, tío de Guillermo de Aguiló, que los moros retenían prisionero en Valencia, para que los canjease por su sobrino. ¡Noble rey el rey D. Jaime!

Después de haber así ganado á Moncada y á Museros, después de haber así pagado sus deudas y logrado el rescate del caballero Aguiló, satisfecho y contento de la jornada, regresó el monarca á Burriana, para de allí dirigirse á Zaragoza, viniéndose luego á Barcelona, para recibir á la que iba á ser su esposa, Doña Violante de Hungría, que era *molt bela dona*, según Desclot.

Su casamiento se efectuó en la capital del Principado, á 8 de Setiembre de aquel año de 1235 [1], celebrándose solemnes y suntuosas fiestas con este motivo. La alegría de las fiestas y los placeres de la boda, no pudieron distraer al rey de las serias preocupaciones que en aquel momento le aquejaban, turbando su ánimo. Se hallaba en vísperas de emprender resueltamente la conquista de Valencia, y, sin embargo, malhadadas rencillas y cuestiones de sus barones catalanes, amenazaban un conflicto en sus reinos, precisamente en aquellos momentos en que más necesaria le era la paz interior para poder acudir á sus proyectos exteriores.

Diéronle mucho en qué entender, primeramente las contiendas que se habían levantado entre el conde Hugo de Ampurias por una parte, y el vizconde de Rocabertí

1 Bofarull: *Condes vindicados*, tomo II, pág. 235.

y Oliver de Termens por otra [1]. Gracias á la intervención del rey, vinieron estos señores á un acomodamiento, que era tanto más preciso cuando se habían ya roto las hostilidades, y amenazaban dar tristísimas jornadas de sangre al país.

Acaso contribuyeron también á la terminación de estos bandos, las Cortes que por entonces se celebraron en Tarragona [2], aun cuando las reunió el rey para las asistencias de la guerra contra Valencia. En estas Cortes, para cuando llegase el caso, las ciudades ofrecieron á D. Jaime sus tercios, y los feudatarios su asistencia con la de sus vasallos; concediósele de nuevo el servicio del *bovaje*, y los comunes y particulares ofrecieron sus galeras, leños y barcas para la armada, y transporte de municiones. Barcelona prometió tener dispuesto, para cuando se le pidiese, un numeroso tercio; Lérida otro; Tarragona, Gerona, Tortosa y demás lugares, ofrecieron compañías de milicias; el obispo de Barcelona se comprometió á llevar 60 caballos y 800 infantes; el de Lérida un número menor; el conde de Ampurias, 50 caballos; é hicieron asimismo ofertas el vizconde de Cardona y otros nobles.

También ofreció contribuir Nuño Sánchez, el cual acababa entonces de avenirse con el rey, arreglando amigablemente los disgustos que habían sobrevenido entre ellos. Nuño pretendía señorío sobre la ciudad y el condado de Carcasona, sobre el honor de Trencavello y vizcondado de Narbona, tanto en virtud de la susti-

1 Feliu de la Peña: *Anales de Cataluña*, lib. XI, cap. IX.

2 Tuvieron lugar en 1234, según el modo como cuenta los años Feliu de la Peña. A este analista, por algunos autores tan despreciado, es, sin embargo, á quien se deben curiosísimas noticias sobre Cataluña. De estas Cortes en Tarragona, por ejemplo, y de los bandos del conde de Ampurias y vizconde de Rocabertí, no he visto que hable otro sino él.

tución testamentaria, dispuesta por Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona, su abuelo paterno, como en virtud de una donación hecha á su padre el conde Sancho, por el rey Alfonso II de Aragón, tío de este último y abuelo del rey D. Jaime. Además, Nuño tenía pretensiones sobre el condado de Provenza y el vizcondado de Milhaud. El rey D. Jaime, por su parte, le pedía la restitución del Vallespir, del Capsir y de algunas otras tierras; pero viendo que Nuño no tenía hijos legítimos y era su heredero presuntivo, consintió en un convenio, que redactaron Lope Díez de Haro, señor de Vizcaya, por parte de D. Nuño; Guillermo de Cervera, señor de Juneda y monje de Poblet, por parte de Don Jaime, y el maestre del Temple, Hugo de Montlaur, como tercero. Según este convenio, el rey satisfizo á D. Nuño cierta suma, dejándole el disfrute de todos los dominios que poseía, los cuales á su muerte debían volver á la corona real. Sólo á datar de este momento, según parece, tomó D. Nuño el título de conde de Rosellón y de Cerdaña, que antes se le daba, pero que no se halla en ninguno de los actos emanados de él anteriores á esta época, titulándose sólo *dominus Rossilionis, Confluentis et Ceritanie* [1].

Fuertes trastornos habían ocurrido en Urgel con motivo de la sucesión de este condado, y apenas efectuado su matrimonio, tuvo que acudir el rey «á apagar el fuego que en aquella parte de su casa se había encendido amenazando devorarla.» Sabido es que Doña Aurembiaix había muerto en 1231; sabido es que al morir legó el condado á su esposo D. Pedro, infante de Portugal; sabido es también que éste se lo dió al rey D. Jaime á cambio del señorío de Mallorca. Todo esto hubo de lle-

1 Arte de comprobar las fechas: *Tratado de los condes del Rosellón y Cerdaña* (Fossa).—Zurita, lib. XXIII.—Henry: *Historia del Rosellón*, tomo I, pág. 103.

varlo muy á mal Pons ó Ponce de Cabrera, hijo de aquel Guerau de Cabrera, cuyo orgullo domeñara Don Jaime en Balaguer, arrojándole de los estados de Urgel para devolvérselos á Doña Aurembiaix, su legítima heredera. Turbulento Pons de Cabrera, como su padre, quiso también hacer gala de sus pretensiones al condado de Urgel, y le pareció que era propicia la ocasión al tener lugar el fallecimiento sin hijos de la condesa Aurembiaix. Pretendía Pons que era nula la donación hecha por Aurembiaix al infante portugués y nulo también el acto por el cual éste transfirió el condado al rey, siendo prohibidas de derecho las transportaciones de cosa litigiosa en mano poderosa.

Persuadióse al principio el vizconde de Cabrera que el rey se lo volvería graciosamente, así como ya hemos visto que lo había hecho con su padre; pero al convencerse de que no sería así, tomó las armas, convocó gentes de guerra y se entró por las tierras de Urgel, proclamándose su señor y apoderándose de campos y lugares. Eran valedores del de Cabrera, y le apoyaban abierta y decididamente, Arnaldo de Castellbó, el conde de Foix, el de Pallars y muchos otros señores de Aragón y Cataluña, quienes se juntaron cierto día en Solsona confederándose contra el rey y conviniendo en que un agravio hecho por éste á uno, era hecho á todos, y todos debían vengarle. Todo esto sucedía mientras Don Jaime andaba ocupado en las empresas contra Menorca y contra Valencia. Tal era el patriotismo de los nobles en aquel tiempo.

Irritado el rey, acudió también á las armas, salió de Barcelona al frente de una escogida hueste, y fué á poner sitio al castillo de Pons, en el que se habían recogido algunos de aquellos señores. Calla la crónica si el castillo fué tomado, pero dice que lo combatió fuertemente con los ingenios y que taló la campiña de aqu

y otros pueblos que, por fuerza ó por grado, se habían declarado por el vizconde. Por lo que se desprende de la crónica, las hostilidades hubieron de suspenderse á causa de haber intervenido los obispos de Lérida y de Urgel Berenguer de Erill y Pons de Vilamur, quienes se presentaron al rey y trataron de avenirle y concordarle con el de Cabrera.

La escritura de concordia se firmó en Tárrega á 21 de Enero de 1235. De ella resulta que el vizconde de Cabrera se puso á merced del rey con ánimo de hacer todo lo que éste le mandase; que las ciudades de Lérida y Balaguer quedaron en propiedad y franco alodio del rey y sus sucesores; que el rey dió en feudo á Pons de Cabrera los castillos y villas de Linerola, Menargues, Albesa y otros, y francos algunos lugares como Calasaus, Tartareu etc.; y que de entonces más quedaron dos títulos de conde de Urgel, uno en persona del rey, y otro en persona del vizconde, lo mismo que había sucedido en tiempo del rey D. Pedro con Guerau de Cabrera [1].

Libre ya de cuidados D. Jaime, pacificada Cataluña, muertos los bandos, y seguro del apoyo del país representado en las Cortes de Tarragona, tornó á fijar sus miradas en el reino de Valencia, cuya conquista, á la que se diera tan favorable comienzo, cada vez era por él más ardientemente deseada.

1 Monfar: *Historia de los condes de Urgel*, cap. LVII. Monfar continua también en su interesante obra el convenio firmado en Tárrega, por D. Jaime y Pons de Cabrera. Baluzio y el *Arte de comprobar las fechas* caen, hablando de estos sucesos entre Pons y D. Jaime, en algunos errores que se rectifican con sólo leer la clarísima reseña de Monfar.

CAPÍTULO III.

Consejo de capitanes en Sariñena.—Abu Zeyd se hace cristiano.—Sale el rey de Teruel.—Levanta en el cerro de Enesa el castillo derruido por los moros.—Encomienda el castillo á Entenza y á Aguiló.—Apuros del rey para enviar provisiones á la hueste.—Cortes en Monzón. —Combate de Enesa ó del Puig de Santa María.—El rey lleva en persona los refuerzos al Puig de Santa María.—Nobles palabras del rey. —Llamamiento á los barones y ciudades.—Muerte de Bernardo Guillén de Entenza.—Vuelve el rey al Puig de Santa María.—Juramento del rey.

(1236 Y 1237.)

Activo siempre el rey, siguiendo constantemente el hilo del pensamiento que por el pronto le embargaba, y no teniendo residencia fija en ninguna ciudad ni villa, le hallamos en Huesca á principios del 1236, punto desde el cual pasó á Sariñena para celebrar con sus barones y prelados una especie de consejo de guerra, á fin de adoptar el plan mejor que debía seguirse en la inmediata campaña. La resolución fué, adelantar sus huestes por el reino de Valencia hasta apoderarse del cerro y castillo que los moros llamaban de Enesa, los cristianos *puig* de la Cebolla, y que después cambió su nombre por el de *puig* de Santa María, situado á dos leguas de la ciudad de Valencia. Acordado esto, se expidieron las oportunas órdenes para que toda la gente de guerra estuviese en Teruel al comenzar la primavera [1].

Interin se disponía todo, visitó el rey varias poblaciones, entre ellas Calatayud, hallándose ya por el mes de Mayo en Teruel, donde consta que confirmó á Al-

1 Zurita, lib. III, cap. XXV.

Zeyd, el monarca destronado de Valencia, la donación que le había hecho para durante su vida, de las villas de Ricla y Magallón, con homenaje que prestó de obediencia y fidelidad á D. Jaime [1]. Ya por entonces, según cuentan los anales, Abu Zeyd se había hecho cristiano, aunque secretamente porque los moros de su parcialidad no se ofendiesen, habiendo recibido el nombre de Vicente con el agua del bautismo. El nuevo cristiano casó luego con una señora llamada Domenga López, en quien tuvo una hija á la que se dió por nombre Alda Fernández, la cual enlazó á su tiempo con Blasco Jiménez, señor de Arenós.

Sabedor sin duda Zeyán de la idea que llevaba Don Jaime de apoderarse del Enesa, envió una fuerza para que lo arrasara, como así se hizo. Situado aquel castillo, según se ha dicho, á dos leguas escasas de la ciudad, era muy á propósito para que, haciéndose fuertes en él los cristianos, emprendiesen sus correrías apoderándose de todo cuanto hallasen y llevando sus rebatos hasta los mismos muros de Valencia, teniendo las espaldas seguras y pudiendo con facilidad ser socorridos de Burriana y de Cataluña por mar. Lo llevado á cabo por Zeyán, era para desconcertar á otro monarca que no hubiese sido nuestro *Conquistador*. Éste mandó construir en Teruel secretamente hasta 20 hormas para tapias, con el propósito de llegar á Enesa y allí levantar de nuevo el castillo demolido por los moros, cargó con ellas algunas acémilas, y se puso en camino con algunos de sus barones y las milicias de Daroca y de Teruel.

Cerca de Murviedro se le juntaron 2.000 peones y 130 caballeros, conducidos por los maestres del Hospital y del Temple, y con ellos prosiguió su marcha sin encon-

1 Zurita, lib. III, cap. XXV.—Sas en el reinado de D. Jaime.

trar estorbo, llegando á Enesa, donde inmediatamente dispuso levantar un castillo sobre las ruinas del otro. Al poco tiempo fueron llegando al campamento de Enesa los ricos-hombres y las milicias que faltaban, entre ellas las de Zaragoza y Tortosa; y provisto el rey de víveres y de brazos para el trabajo, repartió entre la gente de las ciudades los lienzos de muros á fin de que cada grupo fuese edificando su parte. Gracias á la mucha gente, la fábrica pudo levantarse en el espacio de dos meses.—«De aquí en adelante este cerro de Enesa se llamará *el puig de Santa María,*» dijo el rey maravillándose de su obra y viendo ya construído aquel hermoso castillo como por arte de encantamiento levantado.

El objeto del monarca estaba cumplido, pero faltaba dejar en el nuevo castillo de Santa María una fuerte guarnición, con valientes capitanes y un jefe superior de toda confianza. D. Jaime, que entendía en hombres, escogió para este tan honroso como peligroso cargo á su tío D. Bernardo Guillén de Entenza, aquél que tan notables cualidades militares había revelado en el cerco de Burriana. A su lado puso á Guillermo de Aguiló, aquel mismo caballero sin duda por cuyo rescate había dado los 60 cautivos de Museros, y, según Desclot, les dejó una fuerza de 80 caballeros del Temple, 30 hospitalarios y 2.000 infantes, encargándose de mandarles provisiones desde Burriana y desde Tortosa.

Cuenta el rey en su historia, y conviene notar esta circunstancia por lo notable y porque ella revela otra buena cualidad de D. Jaime, que cuando trató de marchar á Burriana, según con Bernardo Guillén de Entenza había convenido, y al ir á levantar el campo, vió que una golondrina había construído su nido encima d su tienda, por cuyo motivo dió orden para que ésta r se quitase hasta que la avecilla hubiese desanidado cc

sus hijuelos, ya que fiada en el rey había ido á establecerse allí [1].

Levantado por fin el campo, y dejando en el *puig* de Santa María á los que habían de ser sus heróicos defensores, partió á Burriana, y de allí á Tortosa, y desde este punto á Tarragona, no descansando un solo instante hasta que hubo mandado provisión sobrante de víveres á la hueste de Bernardo Guillén de Entenza. Asombra ver patente en su historia la actividad del rey y los trabajos que se tomó para que nada faltase á aquel puñado de héroes que había dejado de avanzada. Desde Burriana les mandó unas acémilas cargadas de pan, vino y avena, con más algunos carneros y vacas que habían sido apresados en una cabalgada; desde Tortosa les despachó cuatro barcos llenos de víveres, y por fin en Salou hizo embargar unas naves que iban á salir con comestibles para Mallorca, tomó inventario de todo y firmó un debitorio á los mercaderes, á quienes luego satisfizo la deuda pidiendo prestados 60.000 sueldos á los prohombres de Lérida.

Desde Lérida, á donde en su incansable diligencia había ido al salir de Tarragona, pasó á Huesca, y de Huesca fué á Monzón. Se había convocado á Cortes en este punto á catalanes y aragoneses para el mes de Octubre de aquel año. Zurita, que nos habla de estas Cortes, nos dice que á ellas asistió San Ramón de Peñafort; que se autorizó al rey para poner cerco á la ciudad de Valencia; que se asentaron treguas entre los aragoneses divididos en bandos; que se confirmó el valor de la moneda jaquesa que entonces corría, para que siempre fuese del mismo valor y peso y tuviese la misma ley, y que se instituyó el derecho llamado del maravedí.

1 Crónica real, cap. CLII.

Recorriendo las ciudades de su reino y preparándolo todo para la campaña próxima, pasó el rey aquel invierno [1]. En cuanto á los mantenedores del Puig de Santa María, entrada ya la primavera del 1237 tuvieron que sufrir un rudo ataque de los moros, y hubo entonces lugar aquella famosa batalla, en que cuentan se apareció San Jorge, y que fué una de las más memorables jornadas de la conquista de Valencia.

Brevemente voy á referirla, siguiendo á Desclot, que la cuenta con aquel lujo de detalles y aquella galanura de episodios que á este cronista caracterizan.

1 Hay que colocar aquí un viaje que D. Jaime hizo á Montpeller por Enero de 1237, y del cual no he hallado que haga mención ninguna de nuestras crónicas. Sin embargo, si los documentos valen, en la *Historia del Languedoc*, prueba CCXX, pág. 378, hay uno por el que consta que D. Jaime se hallaba en dicha ciudad de Montpeller en Diciembre de 1236 y Enero de 1237, donde hizo homenaje de la señoría de Montpeller á Juan de Montlaur, obispo de Magalona, por orden del papa Gregorio IX, y donde recibió, á su vez, el homenaje de Hugo, conde de Ródez, por el vizcondado de Carlandois. Repito que de esto no encuentro que hable ninguno de nuestros analistas, pero no es menos cierto, sin embargo, si el documento es auténtico. Y á propósito de este documento. En las firmas continuadas al pie se lee la del ilustre Vidal de Cañellas (*Vitalis de Canellis, canonicorum barchinonensium*), que acompañó sin disputa á D. Jaime en aquel viaje como consejero particular. Valgan estos datos para los que con más tiempo, más detenimiento y más estudio, aunque no con mejor voluntad, escriban un día la historia de Cataluña con el cuidado que se merece (*).

(*) A esta nota, publicada en la primera edición de mi obra, puedo añadir las siguientes noticias recogidas posteriormente, lo cual prueba que estuve en lo cierto:

El viaje de D. Jaime á Montpeller es exacto. Hablan de él Germain en su *Historia de Montpeller*, y Tourtoulón en su *D. Jaime el Conquistador*. El monarca aragonés había sido llamado á su señorío de Montpeller por el deseo de vigilar los asuntos de Francia, pero sobre todo por sus querellas con el obispo de Magalona. Se había entablado una lucha entre el poder láico, señorial ó comunal y el poder eclesiástico. El rey de Aragón, de acuerdo con los ciudadanos de su país natal, no descuida ninguna ocasión para aminorar la autoridad del prelado, que reclamaba el homena feudal. El monarca se negaba obstinadamente á reconocer la supremacía del obisp pero hubo de ceder ante un mandato del Papa, y en 26 de Diciembre de 1236 pres juramento de fe y homenaje al obispo de Magalona, Juan de Montlaur.

No podía en verdad el rey moro de Valencia permanecer tranquilo al ver que á las puertas mismas de su capital habían osado levantar un castillo los cristianos, asegurándolo con fuerte presidio. Comprendió que era necesario á toda costa echarles de allí y tomarles aquel su avanzado puesto, y comenzó á allegar gente para ir á cercar y á combatir Enesa con formidable aparato. La idea de Zeyán era sorprender el castillo, pero Entenza y Aguiló tuvieron aviso de lo que contra ellos se proyectaba por un cautivo fugitivo de Valencia, y al instante convocaron á consejo á los principales de su hueste. Algunos manifestaron sus temores y propusieron abandonar la fortaleza, pero Guillermo de Aguiló prorrumpió entonces en un caballeresco discurso, que el cronista copia por extenso.

—Aquí hemos venido en honor de Dios y de Nuestra Señora Santa María, dijo, á fin de que la morisma sea destruída y salvemos nosotros nuestras almas. Si ellos son muchos, más seremos nosotros, pues que Dios está de nuestra parte. Permanezcamos aquí, firme el ánimo y el corazón fuerte; que la señera de Aragón nunca volvió atrás, ni volverá ahora, pues vale más morir con honra que vivir deshonrado.

Bernardo Guillén de Entenza tomó la palabra tras la patriótica arenga de Aguiló, que parece una proclama de nuestros días. Para que se vea como los hombres de patriotismo verdadero y de verdadero corazón han tenido siempre un mismo lenguaje, y como siempre, en todos tiempos, eternamente, el mismo entusiasmo ha contestado al mismo sentimiento.

Las palabras del de Entenza acabaron de exaltar al consejo, terminando la obra comenzada por su compañero, y todos se fueron á preparar para el combate. Éste fué sangriento. Provocóle D. Bernardo Guillén saliendo con la mitad de la guarnición contra los sarracenos, que

acudían en tan gran número, que daba espanto verlos *(que gran feretat era de veure)*. En los primeros momentos de la lucha, quedaron vencidos los cristianos y hubieron de retroceder hacia el castillo; pero entonces sonó una voz, sobrenatural según algunos cronistas, pero que en realidad debió salir de los caballeros que guarnecían las murallas, gritando: «¡Huyen, huyen y se dejan vencer!» No bien la oyeron los combatientes, cuando clamaron: «¡Vergüenza, caballeros, vergüenza!» Y á este grito, levantóse la voz general de ¡Santa María! ¡Santa María! que dieron todos, arrojándose de nuevo y con mayores bríos sobre los moros, á quienes llegó entonces la vez de retroceder y desbandarse, huyendo despavoridos y no parando muchos hasta Valencia, cuyas puertas hicieron cerrar atropelladamente, creyendo que los cristianos les iban al alcance para penetrar tras ellos en la ciudad.

Valiente y caballerescamente se portaron en la jornada Bernardo Guillén de Entenza y Guillermo de Aguiló; y mientras que fueron en gran número los moros que murieron en el combate, cuentan nuestros cronistas que sólo quedaron en el campo tres caballeros cristianos, Jiménez de Luesia, Guillermo Pérez de Tierga y otro caballero que llevaba el pendón del de Entenza. Quieren algunos atribuir esto á milagro por no haber sido más que tres los muertos en nuestro campo; pero no han reparado que los antiguos sólo hablan de los hombres de cuenta, y si citan el número de los caballeros que murieron, cállanse el de los peones. De todos modos se ve claramente que la pérdida de los moros fué infinitamente mayor, como se desprende de los propios escritores árabes, que dan cuenta de esta batalla en los siguientes términos:

«Abu Giomail Ben Zeyán allegó muy numerosa hue te, y animado de la esperanza de que Aben Hud iba e

auxilio, fué sobre Hisn-Santa María, y cercó la fortaleza, y puso en grande apuro á los cristianos que la defendían; éstos eran muchos y esforzados, y la defendían bien, y daban rebatos en el campo de Zeyán en que se peleaba con mucho valor de ambas partes, hasta que, desesperados de humano socorro, hambrientos y como lobos salieron cierto día á la pelea, y fué tan sangrienta, que fué forzoso al rey Zeyán levantar el campo y retirarse á Valencia, quedando la fortaleza en poder de los cristianos [1].»

La relación de los cronistas árabes es igual en el fondo á la de los analistas aragoneses, aparte lo de la aparición de San Jorge. Ni Desclot ni D. Jaime, empero, hablan de este milagro, crédula y piadosamente inventado por cronistas á ellos posteriores. Hubo, sí, milagro; pero fué éste, que un puñado de héroes se hiciesen dueños del campo de batalla, teniendo que luchar con fuerzas diez veces superiores á las suyas. Fué un milagro de heroicidad.

Inmediatamente se despachó un mensajero al rey con la fausta nueva de la victoria. Recibió D. Jaime la noticia hallándose en Huesca, y al saberla, después de haber cumplido con su deber de cristiano, que fué hacer entonar un *Te-Deum* para dar gracias á Dios, cumplió con su deber de caballero, volando sin detenerse á Daroca á dictar órdenes para enviar refuerzos de gente, víveres y caballos á los valerosos defensores del Puig de Santa María. Aún hizo más. Quiso ir en persona á llevarlos, y á los cinco días salió de Teruel con 2.000 acémilas y 100 caballeros, llegando al Puig, donde fué recibido con grandes muestras de alegría por Bernardo Guillén y Berenguer de Entenza, Guillermo de Aguiló y los demás barones, «si bien en la acogida que nos hi-

1 Conde, cap. IV de la parte 4.ª

cieron, dice en sus memorias, no les fué posible ostentar la debida pompa por haber perdido en la batalla como unos 86 caballos.»

Después de haber repartido D. Jaime gracias y mercedes entre sus barones, haber provisto de caballos á los que los habían perdido en el combate y haber permanecido en el Puig esperando á los moros que no se presentaron, regresaba ya para Aragón, acompañado de muy pocos, cuando tropezó en el camino con una partida de sarracenos muy superior en número á la suya. D. Ferrando Pérez, que iba con él, le aconsejó entonces que echasen á huir hasta recogerse en el Puig.—«Eso no, contestó el rey: ni he huído nunca, ni sé cómo se huye [1].» Los moros no se atrevieron, sin embargo, á acometer, y D. Jaime y los suyos pudieron llegar á Burriana.

Prosiguió el rey su viaje hasta Oropesa, de donde pasó á Ulldecona y de allí á Tortosa, en cuyo punto dictó órdenes para que las villas de Aragón y Cataluña, y todos los que tenían feudo por él, barones, caballeros y plebeyos, acudiesen por la primavera á la jornada contra la ciudad de Valencia.

En seguida se fué á Zaragoza donde amante le aguardaba Doña Violante, que era ya madre de una niña, llamada Violante como ella, la que después fué reina de Castilla; y no habían pasado ocho días de su estancia en la capital, cuando tuvo la tristísima nueva de la muerte de D. Bernardo Guillén de Entenza. Profunda aflicción sintió al recibir esta noticia, que con hipócrita dolor le comunicó su siempre poco leal tío D. Fernando. En vista de esto, sus ricos-hombres le aconsejaron que abandonase el Puig de Santa María, dejando para otra ocasión la conquista del reino de Valencia

1 Crónica real, cap. CLIX.

También fué D. Fernando quien esta vez llevó la palabra en nombre de los magnates. El consejo fué rechazado por el rey.—«Yo os haré ver quién soy y lo que valgo, les dijo, y os hago saber que el Puig no será desamparado; antes con él quiero ganar el reino de Valencia.»

La resolución que el monarca tomó por el pronto, fué la de marchar al Puig de Santa María, y allá partió inmediatamente con 50 caballeros de su mesnada y Don Jimeno de Urrea. Berenguer de Entenza, Guillermo de Aguiló y los caballeros del Hospital, del Temple, de Calatrava y de Uclés, advertidos de la llegada de Don Jaime, le aguardaban, teniendo en custodia el féretro de D. Bernardo Guillén, al que hizo dar sepultura el rey, procurando calmar el dolor de todos los que allí se hallaban.

En seguida armó caballero á Guillermo de Entenza, hijo del difunto; hizo mercedes y ofertas, nombró jefe de la fortaleza y de la hueste á Berenguer de Entenza, y se disponía á partir para ir en busca de las huestes que mandara juntar al objeto de caer sobre Valencia al rayar la primavera, cuando supo por conducto de dos frailes predicadores, que los del Puig, en cuanto él se ausentase, trataban de abandonar aquel punto, descorazonados y faltos de ánimo por la muerte de su capitán. Entonces D. Jaime, tomó una de aquellas resoluciones que le caracterizan como figura histórica. Reunió á todos los principales de la hueste en la iglesia que había mandado levantar en el Puig, y allí, ante todos, en pie, solemnemente y tendiendo su diestra sobre el ara santa, les dijo estas palabras:

—«Puesto que á todos os pesa que marche, y teméis que os abandone, hago voto á Dios y al altar donde está su Madre, de que no pasaré Teruel ni el río de Tortosa hasta que Valencia haya caído en nuestro poder. Y para

que mejor entendáis que es mi voluntad quedarme aquí y conquistar este reino para el servicio de Dios, sabed que, en este momento voy á dar orden para que aquí vengan la reina mi esposa y mi hija.»

El efecto producido por estas palabras del rey fué mágico. Todos cuantos estaban en la iglesia se pusieron á llorar, «y yo con ellos», dice D. Jaime con la sublimidad del laconismo [1].

CAPÍTULO IV.

Se pide al rey que abandone la conquista y se niega.—Ríndesele Almenara.—Se entregan varias plazas.—El rey pone cerco á Valencia.—Los almogavares se apoderan de Ruzafa.—Salida sin resultado de los moros.— Llegan refuerzos al real y de dónde.—Se va estrechando el sitio.—Primer asalto de la ciudad y gloria de los de Lérida.—Toma de Cilla.—Se presenta la flota tunecina, pero desaparece al acudir la catalana.—Intentan los moros sorprender á Peñíscola y son rechazados. —El real abundante de víveres. —Ataques y torneos.—Combate de los sitiados con la gente del arzobispo de Narbona.—Herida del rey. —Algunos caballeros asaltan la torre de Boatella.—Nuevo asalto é incendio de la torre.—Proposiciones de capitulación.—Torneo entre caballeros cristianos y moros.—Convenio de capitulación entre Zeyán y D. Jaime.—La capitulación no es consultada por D. Jaime á los barones.

(1238.)

Y la reina fué, en efecto, á reunirse con su esposo, habiéndola salido á recibir D. Jaime sólo hasta Peñíscola, para guardar su voto de no pasar el Ebro. Iba acompañando á Doña Violante el tío del rey D. Fernando, y una y otro al llegar á Burriana comenzaron á pedir al monarca que abandonase la idea de tomar á Valencia. Fué vana su porfía. Cuantos más obstáculos se oponían á la realización de su proyecto, más crecía

1 Crónica real, cap. CLXV.

en D. Jaime la firme voluntad de vencerlos. En vano fué que le aconsejaran sus barones poniendo en evidencia los grandes peligros que la empresa llevaba consigo; en vano que le suplicara D. Fernando; en vano que porfiara la reina; en vano también que el mismo Zeyán, alarmado ya á la vista de aquella firme resolución, le enviara á decir por conducto de un moro, llamado Alí Albatá, que si abandonaba su empresa le daría todos cuantos castillos y fuerzas se encontraban desde Guardamar á Tortosa y desde Tortosa á Teruel, haciéndole fabricar un alcázar suntuoso en el punto llamado la Zaydía, y prometiéndole pagar todos los años, y por siempre, 10.000 besantes de renta en la ciudad de Valencia. Todo en vano. D. Jaime hizo contestar á Zeyán que lo que quería era Valencia [1].

Poco tiempo después, hallándose él en el Puig y la reina en Burriana, recibió una embajada de parte de los moros que tenían la plaza y castillo de Almenara, proponiéndole la entrega mediante algunas mercedes, entre las cuales había la singular de tener que dar cuarenta trajes de grana para otros tantos deudos de los embajadores. Accedió el rey á todo, y Almenara se le entregó, trasladándose en seguida allí la reina como punto más fortificado y más seguro que Burriana [2].

El ejemplo de Almenara fué seguido por las poblaciones y castillos de Uxó, Castro, Nules y Alfandech, y tanto se iba adelantando, y era ya lugar tan seguro el Puig de Santa María, que no se tuvo reparo en que la reina pasase á habitarle. Allá se trasladó, en efecto,

1 Crónica real, cap. CLXVII. El moro Alí Albatá ó el Bathá, era literato y poeta de reputación entre los sarracenos.

2 Crónica real, caps. CLXVIII, CLXIX y CLXX. Los vestidos de grana, prometidos á los de Almenara, se los entregó el rey valiéndose de un negociante de Tortosa, llamado Pedro Ramón, que había ido á poner fábrica de paños en Burriana.

y de allí, en compañía de D. Jaime y de 100 caballeros, fué luego á tomar posesión de la villa y fortaleza de Paterna, que también se rindieron, haciendo en seguida otro tanto las plazas de Betera y Bulla [1].

Llegada era ya la hora de poner sitio á Valencia; aquella Valencia, «vergel de las amenidades de España,» según las historias árabes [2]; aquella Valencia, que, en una elegía de un poeta de la misma raza, es llamada «alegría y solaz en que todos los mozos folgaban y habían sabor y placer [3].» Cuando el rey dispuso comenzar el cerco, no le había llegado aún toda la gente que esperaba; pero sobrábale á D. Jaime en corazón lo que faltaba en número á sus legiones. Sólo tenía entonces con él á Hugo de Forcalquier, maestre del Hospital; á un comendador del Temple, con 20 caballeros; al comendador de Alcañiz; á D. Rodrigo de Lizana, con otros 30; al comendador de Calatrava; á Guillermo de Aguiló, con unos 15; á Jimeno Pérez de Tarazona; á los de su mesnada real, que eran 140 caballeros, y finalmente, 150 almogavares y más de 1.000 peones. Con no mayor número de gente ni con más pujante ejército que éste, tuvo la caballeresca osadía de poner sitio á una plaza que podía habilitar para campaña un número de soldados diez veces mayor.

Un día al amanecer movió su ejército *en nombre de Nuestro Señor,* y siguiendo la playa hasta el Grao, y pasando el río, levantó sus tiendas, enarboló sus señeras y fijó su campo en unas casas que estaban entre el Grao y Valencia, á un cuarto de legua de la ciudad, con intención de esperar las compañías de gente que de Aragón y Cataluña debían llegarle. Se habían dictado ór-

1 Crónica real, caps. CLXXI y siguiente.

2 Conde, parte 4.ª, cap. IV.

3 Traslada esta elegía la crónica real de España, y también Vicen Boix en los apéndices al primer tomo de su *Historia de Valencia.*

denes terminantes para que ninguna partida saliese á escaramucear ni á merodear, hasta tener todos más conocido el terreno; pero los almogavares, en quienes era una necesidad el combate y que estaban siempre mal avenidos con la paz y el sosiego, juzgaron que estas órdenes no rezaban con ellos, y sólo esperaron los primeros albores del día para arrojarse de improviso sobre Ruzafa, en donde había al parecer una fuerte guarnición de sarracenos. La refriega hubo de ser sangrienta, porfiado el ataque si heróica la defensa, y acaso les hubiera sido imposible á los almogavares mantenerse en la posición que habían tomado, á no acudir precipitadamente el rey en persona al frente de su mesnada. De todos modos, Ruzafa se tomó y allí estableció Don Jaime su campo desde aquel momento.

Hablan las crónicas de una salida sin resultado que efectuó *Zeyán*, el rey moro de Valencia, al frente de 400 caballos y 10.000 infantes; pero, á pesar de ser tantos en número, no se atrevieron á atacar á aquel puñado de cristianos héroes, y volviéronse á la ciudad sin haber tratado de probar fortuna y sin que tampoco fuesen acometidos por el monarca aragonés, el cual se contentó con tener su gente sobre las armas mientras estuvieron los moros á la vista.

Fueron en esto llegando sucesivamente al campo de los sitiadores los ricos-hombres y milicias de Aragón y Cataluña, como también muchos caballeros aventureros de los mismos reinos de Francia, Inglaterra é Italia, que, movidos de la fama del rey y de su católica empresa, acudieron voluntariamente á ofrecerse. De los primeros que llegaron fué Pedro Amiell, arzobispo de Narbona, con 11 caballeros y 1.100 infantes [1], presen-

1 Crónica real, cap. CLXXVI.—Zurita dice (lib. III, cap. XXX) que sólo vino con 600 infantes y 40 caballos.

tándose en seguida un socorro de ingleses que mandó su rey Enrique III, el gran maestre del Temple de Provenza, con buen número de sus templarios, y otros personajes principales de las citadas naciones [1]. Acudieron también los más principales barones aragoneses y catalanes; el obispo de Barcelona, Berenguer de Palou, llegó con 60 caballeros de su linaje y de sus estados y 800 infantes para compartir la gloria de la campaña de Valencia, como había compartido la de Mallorca y la de las Navas; el obispo de Lérida, Berenguer de Erill, trajo consigo á muchos combatientes; el de Zaragoza, Bernardo de Montagut, á todos los de su familia y alcurnia; el arzobispo de Tarragona y los obispos de Tarazona, Huesca, Gerona y Tortosa, se presentaron en el real acompañados de buenas lanzas; vinieron el prior de Santa Cristina y los comendadores de Alcañiz, de Montalván, de Oropesa, de Uclés y de Calatrava con lucida caballería; y compuestos de gente brava y esforzada se presentaron los tercios de Zaragoza, Barcelona, Daroca, Tarazona, Borja, Huesca, Lérida, Calatayud, Tortosa y Teruel, ganosos de gloria para las señeras que á su valor confiaran sus ciudades [2].

A medida que le iban llegando refuerzos, estrechaba D. Jaime el cerco y formaba sus líneas de circunvalación. Cuantas compañías de barones y milicias ciudadanas iban acudiendo, tomaban posición alrededor de Valencia y plantaban sus tiendas acercándose por grados á la ciudad, siendo los que más cerca se pusieron los de Barcelona, «que fueron por mar con muchas compañías de gente de guerra muy en orden [3].» Ocupaba

1 Sas.—Zurita.—Beuter.—D. Jaime no habla de más extranjeros que los del arzobispo de Narbona.

2 Escolano.—Sas.—Beuter.

3 Crónica real.—Zurita.—Dice un cronista que, al abarcar Valencia dentro sus muros el sitio donde tuvieron su campo los barceloneses

también un puesto avanzado el ex-rey de Valencia Zeyt Abu Zeyt, que sabemos era ya cristiano con el nombre de D. Vicente, teniendo á sus órdenes un cuerpo de jinetes árabes de su bando. D. Jaime llegó á reunir al pie de los muros de Valencia, un ejército de 70.000 infantes y 2.000 caballos [1].

Construídos algunos manteletes, dispuesto un trabuco y llegados á Tortosa los fundíbulos, se dió comienzo al ataque, y á los rudos é incesantes tiros de los ingenios empezaron á desmoronarse las murallas. Creyó el rey oportuno tentar un asalto, más con la idea de probar el ánimo de los sitiados, que con la creencia de conseguir un feliz éxito; y la gente de Lérida, que estaba destinada á adquirir en este sitio una merecida celebridad, fué la primera en trepar á la muralla con escalas y en tratar de franquearse paso por la brecha. La resistencia fué mayor de lo que se esperaba. Obstinadamente se defendieron los moros, como hombres que luchaban y se batían para no perder la libertad y la patria, y una y otra vez fueron rechazados los sitiadores, que acabaron por retirarse, no sin haber alcanzado un lauro que la historia en general, y la ciudad de Lérida en particular, recordarán siempre con orgullo. El monarca aragonés, satisfecho con el resultado de aquel asalto, pues le dió á conocer el temple de los sitiados, tomó entonces sus disposiciones para prolongar el cerco de la plaza, estableciendo su cuartel general en Ruzafa, desde donde podía más fácilmente atender y acudir á cualquier punto de la línea que se viera amenazado.

Ínterin proseguían las operaciones del sitio é iba éste adelantándose, dió orden el rey á los ricos-hombres Don Pedro Fernández de Azagra y D. Jimeno de Urrea,

la calle que allí se abrió fué llamada de Barcelona, nombre que conserva aún.

1 Boix.—Otros dicen que era de 60.000 peones y 1.000 caballos.

para que, tomando un fundíbulo y las compañías de gente que hubiesen menester, marchasen sobre Cilla y la atacasen. Marcharon, cercaron la plaza y rindiéronla á los ocho días.

Hacía ya algún tiempo que las operaciones del rey se limitaban sólo á estrechar el sitio é ir adelantando los trabajos de mina, comenzando á poner en grave apuro á los defensores de Valencia, cuando se presentaron en las aguas del Grao doce galeras y seis zabras, que el walí de Túnez enviaba al socorro de sus hermanos valencianos. Recelando alguna emboscada, que en efecto les había dispuesto D. Jaime, no desembarcaron, y por la noche encendieron fuegos en sus galeras y tocaron sus atabales para ser vistos y sentidos de los de la ciudad, á cuya demostración correspondieron éstos con otro toque de tambores y con encender grandes hogueras en las murallas. Lejos el *Conquistador* de mostrar el menor recelo á la vista de la flota, mandó, por el contrario, prender fuego á muchas hogueras establecidas de trecho en trecho por toda la línea de circunvalación, y arrojar á la ciudad y á sus fosos haces de leña encendidos, á guisa de proyectiles incendiarios. Al propio tiempo comunicó aviso por toda la costa hasta Tortosa y Tarragona, para que acudiese la flota catalana.

Al presentarse ésta, la tunecina, que había permanecido dos días á la vista de los reales, se hizo otra vez á la mar, dirigiendo el rumbo hacia Peñíscola, cuyo castillo quisieron sorprender los moros; pero no lo consiguieron, por la actividad y vigilancia de los dos caballeros encargados de su defensa, Fernando Pérez de Pina y Fernando Ahones. Efectuaron éstos una salida contra los tunecinos que habían desembarcado y les vencieron, dando muerte á 17, haciendo algunos cautivos y obligando á los demás á reembarcarse precipitadamente.

Con la flota catalana, que salió de Tortosa, com-

puesta de 21 velas, llegaron al campamento abundantes provisiones de toda clase de comestibles; habilitáronse tiendas para la venta, y como habían acudido especieros de Lérida y de Montpeller, se compraba y se vendía de todo.

La pronta desaparición de los tunecinos dió un golpe de muerte á la confianza de los valencianos, los cuales, privados ya de todo socorro, acosados por el hambre, devorados por la peste, que llenaba de lágrimas y de luto á todas las familias, y reducidos á comer los más asquerosos animales, por la aglomeración excesiva de gentes que se habían encerrado en la ciudad, no perdían por esto el valor, y resistían obstinadamente los asaltos continuos y multiplicados de los cristianos [1]. Las máquinas de éstos disparaban sin cesar; no pasaba día sin que mediase ataque por parte de los sitiadores ó de los sitiados, y á veces torneaban y lidiaban los caballeros como en un palenque. Un día, en una de estas frecuentes embestidas, perdieron los moros la puerta de Xerea, por la cual lograron penetrar en la plaza hasta 100 caballeros de los nuestros, dando muerte á 15 moros que valerosamente trataban de defender el paso.

Pocos días después de este suceso, verificaron los sitiados una impetuosa salida, y atacaron audazmente á las compañías francesas que mandaba el arzobispo de Narbona. Estos cruzados, que habían tremolado el estandarte de la fe sobre la cumbre de Sión, al decir del moderno cronista de Valencia, sostuvieron con valor el choque de la caballería valenciana, la cual aparentó que cedía, fingiendo una retirada para ser perseguida por los franceses, al objeto luego de cargar sobre ellos cuando estuvieran cerca de los muros. Era la táctica particular de los sarracenos, pero no estaban prácticos en ella

1 Vicente Boix, en su *Historia de Valencia.*

los franceses, y se dejaron engañar. D. Jaime conoció la celada que se les tendía, y envióles orden para que desistiesen de la persecución, é hiciesen alto; pero despreciaron ellos el aviso, y el rey entonces acudió en persona para hacerles retroceder.

Habíalo ya conseguido y regresaba al real con ellos, cuando, volviendo la cabeza para mirar á la ciudad y á las numerosas fuerzas que de ella salían, un ballestero moro que andaba por los adarves le arrojó una saeta que, hendiendo rápidamente los aires, fué á atravesar el casco de suela que llevaba el monarca, hiriéndole en la cabeza cerca de la frente. «No fué la voluntad de Dios que nos pasase de parte á parte, dice él mismo, pero se nos clavó más de la mitad de la saeta, de modo que en el arrebato de cólera que nos causó la herida, con nuestra propia mano dimos al arma tal tirón, que la quebramos. Chorreábanos entonces por el rostro la sangre de la herida; teníamos que enjugárnosla con un pedazo de cendal que traíamos, y con todo íbamos riendo para que no desmayase el ejército, y así nos entramos en nuestra tienda. Se nos entumeció desde luego la cara y se nos hincharon los ojos de tal manera, que hubimos de estar cuatro ó cinco días teniendo enteramente privado de la vista el del costado en que habíamos recibido la herida; mas tan presto como hubo calmado la hinchazón, montamos otra vez á caballo y recorrimos el campo para que todos cobrasen buen ánimo [1].»

Iba apretando el cerco, y á medida que en la defensa aumentaba la rabia de la desesperación, acrecentábase la fe de la victoria en los sitiadores. Esto hacía que los combates se sucediesen y que se trabasen luchas obstinadas en que ni por una ni por otra parte había cuartel ni misericordia. Cierto día reuniéronse varios nobles

1 Crónica real, cap. CLXXXI.

aragoneses: Pedro Cornel, que era gobernador de Burriana; Jimeno de Urrea, maestresala del rey; Pardo, su copero; Pertusa, su caballerizo mayor, y Fernando Pérez de Pina, el defensor de Peñíscola, y, sin participárselo á D. Jaime, convinieron en atacar y apoderarse de una torre contigua á la puerta de la Boatella, poniendo á este fin sus gentes en movimiento [1]. Llegó la hora señalada, y á la voz de Cornel se dió principio al asalto. Si brioso fué el ataque, fué calurosa la defensa. Los nuestros se vieron obligados á retirarse después de haber dejado un montón de cadáveres al pie de aquella torre que en vano habían proyectado tomar.

Pesóle al rey de que, sin consultarle, se hubiese principiado aquella empresa, pero trató de continuarla, y disponiéndolo todo para un nuevo asalto, hizo avanzar su hueste al lucir el sol del siguiente día con la orden de no retirarse hasta haber tomado la torre. También fué obstinada la defensa. «Los moros combatieron tan valerosamente como nadie hubiera podido hacerlo,» dice el rey prestando un tributo de justicia á sus enemigos. A pesar del acierto de nuestros ballesteros y de los estragos que hacían los ingenios, los defensores del fuerte no quisieron entregarse. Hubo necesidad de prender fuego á la torre, y cuando los moros, aterrados por las llamas que se alzaban devoradoras, pidieron capitulación, ya no fué posible otorgársela. Perecieron allí abrasados, sirviéndoles de honrosa sepultura las humeantes ruinas de aquella torre tan valientemente atacada como heróicamente defendida.

Pasado era un mes desde el acontecimiento que se acaba de referir, sin que ocurriera suceso alguno de importancia, cuando á mediados de Setiembre se pre-

1 Boix.—D. Jaime en su crónica no cita más caballeros que los de Cornel y de Urrea.

sentó al rey un mercader sarraceno, el cual le dió noticias de la triste situación en que se hallaban los sitiados, manifestándole que les había descorazonado la partida de las galeras tunecinas, el incendio de la torre de Boatella y el ver que cada día se presentaba más gente á reforzar el campo cristiano. En vista de esto, el mercader opinaba que Valencia no tardaría en rendirse.

No tardó efectivamente en cumplirse el aviso del mercader. Un día, 15 antes de la vigilia de San Miguel, según la crónica real, se presentó á D. Jaime aquel mismo Alí Albatá, literato, de quien ya se ha hecho mención, y le propuso recibir á un embajador de *Zeyán* á fin de tratar las bases de la capitulación. Plúgole al rey, y después de haberlo consultado con la reina Doña Violante, que estaba en el campamento, despachó favorablemente al mensajero moro, sin decir nada á ninguno de sus barones, persuadido de que muchos de ellos, según él mismo cuenta en su crónica, antes preferían ver á Valencia en poder de los moros que en manos de los cristianos, por la utilidad que les daban las parias y tributos que cada uno de por sí procuraba sacar de los jeques y gobernadores. D. Jaime en esta ocasión no pidió más parecer que el de la reina, señora de gran espíritu y de levantados pensamientos, buena esposa y buena consejera para el rey.

Refieren las crónicas, que ínterin tenía lugar la tregua y esperaba el rey terminar las negociaciones principiadas, salieron de la plaza dos caballeros sarracenos y pidieron tornear con otros dos del ejército cristiano. D. Jimeno Pérez de Tarazona y D. Pedro Clariana acudieron al palenque para correr lanzas con ellos, y hubo de cada parte un vencedor y un vencido, si bien el rey dice en su historia, con aquella su admirable característica sencillez, que si Pérez de Tarazona fué vencido,

debía atribuirse á castigo de Dios por ser hombre de mala vida y de costumbres desarregladas.

Llegó en esto al campo el embajador Abulhamalec (Abu El Malek acaso) en compañía de aquel sarraceno que saliera vencedor en la justa de la víspera y de otros diez caballeros, todos lujosamente engalanados, jinetes en soberbios caballos. Tuvo D. Jaime con él una conferencia secreta, á la que no asistió otra persona que la reina, y después de haberse expuesto en esta entrevista los motivos de queja que tenían los dos jefes de ambos pueblos, convinieron en las bases de la capitulación, bases que, después de algunas modificaciones hechas y aceptadas en una segunda conferencia, dieron por resultado el siguiente convenio que así dice traducido del latín [1]:

«Nos Jaime, por la gracia de Dios rey de Aragón y »de Mallorca, conde de Barcelona y de Urgel, y señor »de Montpeller, os prometemos á vos Zeyán, nieto del »rey Lupo é hijo de Modef, que tanto vos como los de»más moros, así varones como hembras, que quieran »salir de Valencia, puedan efectuarlo salvos y seguros »con sus armas y ropas y todos los bienes muebles que »quieran llevar consigo, bajo nuestra fe y guiaje, desde »que salgan de la ciudad hasta pasado el vigésimo día »de su salida. También queremos y concedemos que »todos los moros que quieran permanecer dentro los »confines de Valencia, permanezcan bajo nuestra fe sal»vos y seguros, entendiéndose con los dueños de las »heredades. Aseguramos asimismo y damos firmes tre»guas, en nuestro nombre y en el de nuestros vasallos, »que de este día á siete años no haremos por mar, ni »permitiremos que se haga, ningún mal, daño ni gue-

1 El original de esta traducción existe en el archivo de la Corona de Aragón.

»rra en Denia, ni en Cullera, ni en sus tierras; y si así por »atentado y fuerza alguno de nuestros vasallos y hom»bres lo hiciese, le haremos dar enmienda íntegra, se»gún el mal que hubiese hecho. Y para que estas cosas »sean atendidas, cumplidas y observadas, lo juramos »Nos personalmente, y lo hacemos jurar á D. Fernan»do, infante de Aragón, tío nuestro; y á D. Nuño Sán»chez, deudo nuestro consanguíneo; y á D. Pedro Cor»nel, mayordomo del reino de Aragón; y á D. Pedro »Fernández de Azagra, D. García Romeu, D. Rodrigo »de Lizana, D. Artal de Luna, D. Berenguer de En»tenza, D. Guillermo de Entenza, D. Atorella, D. An»saldo de Gudar, D. Fortuny Aznárez y D. Blasco »Maza, y á Roger, conde de Pallás, y á Guillermo de »Montecatano (Moncada), y á R. Berenguer de Ager, »y G. de Cervilione (Cervellón), y Berenguer de Erill, »y R. G. de Odena, y Pedro de Queralt, y Guillermo »de Sant Vicens [1]. También Nos P. por la gracia de »Dios arzobispo de Narbona, y P. arzobispo de Tarra»gona; y Nos Berenguer, obispo de Barcelona, P. obis»po de Zaragoza, V. de Huesca, G. de Tarazona, Ex. de »Segorbe, P. de Tortosa, y V. de Vich, prometemos »que lo antedicho haremos cumplir y atender de buena »fe, en cuanto sea de nuestro poder.

»Y yo Zeyán, rey nombrado, os prometo á vos Jai»me, por la gracia de Dios rey de Aragón, que os en»tregaré y devolveré todos los castillos y villas situados »en esta parte del Júcar, dentro los referidos veinte días, »excepto las dos plazas de Denia y Cullera.—Dado en »Ruzafa *in obsidione Valentie* á IV de las kalendas de

1 Por esta escritura se puede venir en conocimiento de los principales barones así aragoneses como catalanes que asistieron al sitio de Valencia. Obsérvese en ella que los nombres aragoneses van precedidos del *Don*, lo cual no sucede en los nombres catalanes. Sabido es que éstos usaban el *En* equivalente al *Don* castellano.

»Octubre, era MCCLXXVI (28 de Setiembre de 1238). »Sellado por Guillermo, escribano, quien, por mandato »real, y por veces de D. Berenguer, obispo de Barcelo»na, canciller del rey, extendió esta escritura en el lu»gar, día y era citados.»

Antes de que se formalizara esta escritura, pero cuando ya estaban cerrados los tratos y habían tenido lugar las entrevistas de D. Jaime y de su esposa con el embajador del moro, el monarca aragonés, que hasta entonces se mantuviera reservado, envió á buscar á los prelados y ricos-hombres y también al arzobispo de Narbona. Llegados todos á su presencia, les refirió cómo ya estaban acordadas las bases de la capitulación y cómo Valencia era ya suya; «y no bien pronunciamos tales palabras, dice él mismo en su historia, D. Nuño, Don Jimeno de Urrea, D. Pedro Fernández de Azagra y D. Pedro Cornel perdieron la color, lo propio que si se les hubiese herido en el corazón [1].» En efecto, no faltaban muchos caballeros, y entre ellos los citados sin duda, que se hallaban en connivencia con varios personajes notables de Valencia para prolongar el sitio y alejar al rey de Aragón de tan gloriosa empresa [2]. A excepción de los dos arzobispos de Tarragona y Narbona y de algunos prelados, quienes manifestaron agradecer á Dios aquel insigne servicio, los demás caballeros se mantuvieron mudos, pidieron explicaciones al rey, y sólo demostraron alegrarse cuando vieron que todo estaba hecho y resuelto [3].

1 Crónica real, cap. CXC.

2 Boix en su *Historia de Valencia*, pág. 145 del tomo I.

3 Sas, en su *Historia de Aragón* (reinado de D. Jaime), cuenta el hecho de distinta manera. Después de haber manifestado que los nobles no se dieron aquel día por satisfechos y que se alejaron de la sala del consejo enojados con el rey, dice que éste los reunió otro día, y pone en boca de D. Jaime un discurso en que les da cumplida satisfacción y les

A los tres días, los mismos sarracenos, en cumplimiento del tratado, enarbolaron el estandarte real de Aragón en la torre de Alibufat, que actualmente se llama del Temple ó del Cid, para hacer ver que ya la ciudad había cambiado de señores; y se cuenta que, apenas se fijaron los ojos de D. Jaime en aquella su victoriosa bandera flotante sobre las torres de la ciudad vencida, se apeó del caballo que á la sazón montaba, se postró de rodillas y besó el suelo con la más profunda humildad por la merced que Dios le hacía, poniendo en sus manos aquel territorio que llamaban los árabes *vergel y delicia de la tierra.*

CAPÍTULO V.

Se presentan al rey embajadores de Italia solicitando su apoyo para defender la causa de la Iglesia.—Emigración de los moros valencianos.—Repartimiento de casas y tierras.—Algunos de los caballeros heredados en Valencia.—Trescientas doncellas de Lérida son enviadas á poblar la tierra de Valencia.—Conquista de varios pueblos.—Jornada del vizconde de Cardona en tierra de Murcia.—Intentan vanamente apoderarse de Villena y Sax.—Constitución de Valencia.—Quiénes contribuyeron á la redacción.—Obispado de Valencia.—Parte el rey á Montpeller.

(1238 Y 1239.)

Preciso es dar cuenta, antes de pasar más adelante, de una embajada que el rey D. Jaime recibió hallándose en lo más recio del sitio. Vinieron á él, por encargo del papa Gregorio IX, embajadores de varias ciudades de Italia suplicándole que pasase á dicha nación para

hace muchas ofertas. Se me figura, sin embargo, que es un disc[illegible]o apócrifo, y que está visiblemente exagerado todo lo que sobre este p[illegible]o refiere Sas, pues no guarda armonía ni con la crónica real ni con [illegible]le Marsilio, ni siquiera con Zurita.

proteger y apoyar la causa de la Iglesia contra el emperador Federico que la combatía. Se llegó á firmar un convenio entre el rey y los embajadores, según el cual aquél se obligaba á pasar á Italia en persona, acompañado de 2.000 caballeros, para guerrear contra el emperador; y los embajadores se comprometían á dar á Don Jaime para su pasaje 150.000 libras en moneda del imperio, y cada año, durante todo el tiempo de su vida, los derechos y rentas que solían tener los emperadores en Lombardía, eligiéndole por su señor, defensor y gobernador, con juramento de fidelidad, mientras viviese. Como testigos de este convenio, al cual concurrió también con sus consejos la reina Doña Violante, aparecen Vidal de Cañellas, obispo de Huesca; Bernardo de Montagut, obispo de Zaragoza; Bernardo, obispo de Vich; Jimeno, obispo de Segorbe; el maestre del Hospital, y los caballeros D. Jimeno de Urrea y D. Rodrigo de Lizana. La expedición del rey á Italia no se efectuó, sin embargo, ó porque le importaba más atender á sus negocios del interior que á los del exterior, ó porque no convino á su política, ó por haber cambiado de aspecto las cosas de aquella nación. Quizá influyó un poco cada causa de éstas.

Volvamos ahora á reanudar nuestra reseña. Hermoso día fué para la Corona de Aragón aquél en que sus armas victoriosas penetraron en Valencia. Los moros se dieron tal prisa á salir, deseosos sin duda de abandonar aquella tierra que ya no era suya, que en vez de verificarlo al quinto día, según el convenio, estuvieron ya dispuestos del todo al tercero. Pundonoroso y caballero, fué D. Jaime con varios nobles y gente armada á buscar á los que emigraban para servirles de escolta, y como algunos de la soldadesca del campamento intentaran quitar el equipaje á los sarracenos y robarles alguna mujer, el monarca aragonés vióse precisado á he-

rir á varios haciéndoles soltar su presa, tomando tan acertadas y firmes disposiciones, que, no obstante ser tanto el gentío que salía de Valencia, pues que entre hombres y mujeres pasaban de 50.000, no perdieron los que marchaban ni por el valor de 1.000 sueldos, y llegaron seguros á Cullera, para donde les diera el rey salvo-conducto.

Así fué á buscar aquella multitud otra patria, no tan bella quizá como la de Valencia, derramándose por Almería y Granada, recogiéndose unos en Denia, otros en Cullera, y pasando algunos al África, quedándose bastantes en las cercanías de la capital, dedicados á la agricultura, que desde entonces ha hecho célebre la *Huerta de Valencia*, y permaneciendo pacíficamente en este país hasta su completa expulsión en tiempo de Felipe III [1].

Después de haber acompañado el rey á *Zeyán* y á su gente, hasta dejarles camino de Cullera, entró en Valencia á tomar posesión de la ciudad, y entregó, según costumbre y fuero, su escudo, sus espuelas y el freno de su caballo á Juan Pertusa, rosellonés, que era entonces su caballerizo mayor, y que asistió á la conquista con un tercio ó bandera de gente escogida [2].

1 Vicente Boix, tomo I, pág. 146.

2 Parece que estos objetos fueron pronto depositados en la que fué luego capilla de San Dionisio, que perteneció á la familia de los Pertusa, obligándose el cabildo, en 11 de Julio de 1316, á colocar, por consentimiento de Mossén Francesch de Pertusa, el escudo de esta casa y demás insignias recibidas del rey D. Jaime, en una columna del altar mayor de la catedral, al lado del Evangelio, donde subsisten aún. (Véase á Boix en su *Historia de Valencia.*) En las trovas de Febrer se lee lo siguiente, á propósito de este hecho:

Lo escut cuartejat ab trinchet y pera
en los camps daurats es de Joan Pertusa,
que de Roselló vingué á la frontera
contra els sarrahins, ab una bandera
de soldats experts, ab que no se escusa

Inmediatamente se pasó á repartir las casas entre el arzobispo de Narbona, los obispos, los nobles, los caballeros que tenían patrimonio señalado en tal término, y luego los comunes de las ciudades, á cada cual según era su compañía y los hombres de armas que allí tenían. A este reparto siguió el de las tierras, nombrando el rey en clase de repartidores á D. Ansaldo de Gudar y Don Jimeno Pérez de Tarazona; nombramiento que disgustó á los barones en general, eligiendo entonces D. Jaime á los obispos de Barcelona y Huesca, Berenguer de Palou y Vidal de Cañellas, y á los nobles Pedro Fernández de Azagra y Jimeno de Gurrea. Éstos, sin embargo, al ver las dificultades que se ofrecían, hicieron renuncia de su cargo, y volvió entonces á confiarlo el rey á los dos primeros nombrados, dándoles instrucciones con que poder llevarlo á cabo. El repartimiento pudo por fin hacerse á satisfacción de todos, habiéndose reducido las yugadas de tierra á seis cahizadas cada una, y verificándose el repartimiento entre 380 caballeros de Aragón y Cataluña, á los cuales y á sus descendientes se llamó de allí en adelante *Caballeros de conquista*.

Entre éstos figuraban, y es nota curiosa que traslado por deberla á un laborioso escritor [1], Berenguer de Entenza, que obtuvo la baronía de Chiva; Diego Crespí, el lugar de Sumacárcel; Juan Caro, el de Mogente; Pedro Artés, el de Ortells; Jaime Zapata, de Calatayud, el de Sella; Lope de Esparza, el de Benafer; Hugo de Fenollet, el de Genovés; Alfonso Garcés, el de Mas-

lo rey vostre pare per moltas rahons
donarli lo offici de cavalleriz.
Cuant entrá en Valencia, lo escut y espolons
lo fre del cavall, que son provisions
del que té lo offici, li doná feliz
Deixantho en la Seu, cubert de un terliz.

1 D. José María Zacarés.

carell; Jaime Montagut, el de Tous y Carlet; Sancho de Pina, el de Benidoleig; Bernardo Vilarig, los de Cirat, el Tormo y Villafranqueza; Juan Valseca, el de Parcent; Pedro Valeriola, el de Beniferri, y así otros muchos que no es de este momento enumerar.

Afirman reputados cronistas, y hay que darles crédito aun cuando no citen documento alguno que lo refiera, pues su relato está conforme con la tradición, que para cumplir el rey á los de Lérida la promesa que les hizo de aventajado premio por haber sido los que primero aportillaron el muro y subieron al asalto, les concedió que de Lérida y de su distrito llevasen á Valencia 300 doncellas, á las cuales, allí llegadas, dotó y casó el rey con los principales soldados del ejército para poblar la tierra y la capital que la casi completa expatriación de los moros dejó desierta [1]. Lo cierto es que comenzó

1 La tradición es efectivamente terminante en este punto y está apoyada por un monumento de piedra. En la catedral de Valencia, cuya primera piedra se puso en 1262, hay una puerta que se llama del *Palau* y vulgarmente del Arzobispo, notable, á más de su antigüedad y belleza arquitectónica, por 14 bustos en relieves, siete de hombre y siete de mujer, que adornan su cornisa, y que allí están todavía subsistentes, como de ello se ha podido enterar el autor de esta obra. Se dice que representan los siete matrimonios que fueron á Valencia, inmediatamente después de la conquista, acompañando á las 300 doncellas recogidas en Lérida y sus cercanías. Entre cabeza y cabeza, una de hombre y otra de mujer, se hallan sus nombres grabados en la forma siguiente, que traslado con la traducción que me ha sido dada por Boix:

1.ª *En P. am na M. sa muller.* (En Pedro, con Na María su mujer.)

2.ª *En G. am na B. sa muller.* (En Guillén, con Na Berenguela su mujer.)

3.ª *B. am na Dolza sa muller.* (Bernardo, con Na Dulce su mujer.)

4.ª *Bertran am na Berenguera sa muller.* (Beltrán, con Na Berenguela su mujer.)

5.ª *D. am na Ramona sa muller.* (Domingo, con Na Ramona su mujer.)

6.ª *F. am na Ramona sa muller.* (Francisco, con Na Ramona mujer.)

entonces á repoblarse Valencia, su huerta y pueblos limítrofes por la afluencia de gentes de Aragón y Cataluña, habiendo quedado en realidad memoria de muchas familias leridanas que allí pasaron por aquel tiempo, y permaneciendo también la huerta habitada en gran parte por los moros, cuya habilidad y práctica en la agricultura se dice que era muy admirada entre los vencedores, avezados únicamente al ejercicio de las armas.

A la rendición de Valencia, dice el cronista Boix en su historia, siguieron las conquistas sucesivas que hicieron los caudillos cristianos, empleando unas veces la fuerza, otras la persuasión; de modo que 6.000 hombres divididos en tres cuerpos sujetaron en poco tiempo á Murviedro, Onda, Náquera, Begis, Artana y demás pueblos que aún permanecían armados en la ribera del Mijares. La segunda división se apoderó de Liria, Alpuente, Andilla, Chelva y Chulilla, mientras el tercer cuerpo consiguió, sin efusión de sangre, la rendición de Ribarroja, Villamarchante, Pedralva, Gestalgar y Benaguacil.

Próximo estaba á terminar el año 1238, cuando llegó á Valencia el vizconde de Cardona, Ramón Folch, llevando en su compañía unos 50 caballeros entre hidalgos de su linaje y vasallos, y presentándose al rey, pidióle permiso para verificar una expedición á la provincia de Murcia, que gobernaba Alí, hijo de Aben Hud. Plúgole al rey conceder el permiso, y entonces el vizconde de Cardona y los suyos partieron para aquella jornada acompañados de Artal de Alagón, hijo de D. Blasco, quien tenía muy conocida aquella tierra «por haber estado allí en otro tiempo,» dice D. Jaime en su historia, lo cual me hace sospechar que sería este caballero aquel

7.ª *Berna. am na Floret sa muller.* (Bernardo, con Na Florencia su mujer.)

Ya se sabe que *En* equivale á *Don* y *Na* á *Doña*.

Artal de Alagón que formaba parte del cuerpo de sarracenos con el cual tropezó el monarca aragonés cierto día que iba del Puig de Santa María á Burriana, según queda dicho.

El de Cardona y los suyos se dirigieron á Villena, de cuyo arrabal pudieron apoderarse por sorpresa, pero rehaciéndose los moros, les obligaron á abandonar aquel punto, y tuvieron que retirarse precipitadamente, aunque llevándose consigo un grande botín. De Villena pasaron á Sax. También emprendieron el ataque de este punto, apoderándose asimismo de parte de la plaza, pero les sucedió lo que en Villena. Atacáronles los moros, los rechazaron, y murió D. Artal de Alagón de una pedrada en la cabeza. Esto obligó á los catalanes á retroceder y á volverse á Valencia, sin haber aprovechado á ninguno la cabalgada, excepto por el mucho ganado que trajeron y que sirvió para dar de comer á la hueste.

Ya en esto disponíase el rey á partir de Valencia para ir á Montpeller, á donde le seguiremos; pero antes quiso tomar todas las disposiciones necesarias á la paz y buen régimen del reino que acababa de conquistar, y hubo de ser una de ellas la de darle leyes orgánicas, pero especiales. Después de la tarea del guerrero, la obra del legislador. Así, pues, con voluntad y consejo de los obispos de Aragón y Cataluña, con asistencia de 11 ricos-hombres, que intitula barones, de 19 prohombres de la ciudad y de otros, formó un código legal para gobierno de Valencia, que sancionó y publicó en 1239, y que fué la base que luego sirvió para aquella admirable Constitución valenciana hecha en Cortes de caballeros, eclesiásticos y hombres buenos de la ciudad y de todo el reino.

En el preámbulo que precede á este código ó prime constitución del reino, constan los nombres de los q á su redacción ayudaron, de acuerdo con el monar

y fueron: el arzobispo de Tarragona, Pedro Albalat; los obispos de Aragón y Cataluña, Berenguer Palou de Barcelona, Vidal de Cañellas de Huesca, Bernardo de Montagut de Zaragoza, Pons de Torrellas de Tortosa, García Frontín de Tarazona, y Bernardo Calvo de Vich; los nobles barones Ramón Folch, vizconde de Cardona, Pedro y Guillermo de Moncada, Ramón Berenguer, Ramón de Peralta, Pedro Fernández de Albarracín, Pedro Cornel, García Romeu, Jimeno de Urrea, Artal de Luna y Jimeno Périz, y los prohombres de la ciudad de Valencia Ramón Pérez de Lérida, Ramón Ramón, Pedro Sanz, Guillermo de Belloch, Bernardo Gisbert, Tomás Garidell, Guillermo Moragues, Pedro Balaguer, Marimón de Plegamans, Ramón Dufort, Guillermo de Lazera, Bernardo Zaplana, Pedro Martell, Guillermo Bou, Esteban de la Gefería, Hugo Martí, Ramón Muñoz, Ferrán Périz, Andrés de Liñá y otros muchos. Estos son los que *hicieron y ordenaron las costumbres ó fueros para la real ciudad de Valencia, y para todo el reino, y para todas las villas y castillos, y alquerías, y torres, y para todos los demás lugares edificados en este reino ó que se edificaren en adelante* [1].

Trató también de nombrar el rey obispo de Valencia, y eligió para este cargo al paborde de Tarragona, Ferrer de Sant Martí, que también fué obispo de Mallorca, cuyo nombramiento confirmó el papa Gregorio IX en Febrero de 1240 [2]. Dícese que este Ferrer de Sant Martí era confesor del rey. Quedó la diócesis de Valencia sujeta á la metrópoli de Tarragona, y prosiguieron los obispos hasta 1458, en que Valencia fué erigida en arzobispado.

Habiendo dado ya oportunas disposiciones para todo

1 *Furs del regne de Valencia, llibre I, Proemi.*

2 Zurita, lib. III, cap. XXXIV.

y teniendo próximo el momento de partir, reunió Don Jaime á los 380 caballeros á quienes había heredado y dado patrimonio en Valencia; y después de haber convenido con ellos en que se quedarían 100 caballeros para guardar el país y mantener la integridad de la conquista, los cuales caballeros se irían renovando de cuatro en cuatro meses por otros 100, nombró como jefes y representantes suyos á Astruch de Belmonte, maestre del Temple, á Hugo de Forcalquier, maestre del Hospital, á Berenguer de Entenza, á Guillermo de Aguiló y á Jimeno Pérez de Tarazona. En seguida hizo armar una galera, y, acompañado de pocos, partió para Montpeller al objeto de pedir á los de este país que le ayudaran en algo, por los muchos gastos que le había ocasionado la conquista de Valencia, según dice él propio en su historia; no estando probado que viniese entonces á Cataluña, como en sus anales afirma Feliu de la Peña.

CAPÍTULO VI.

Llegada del rey á Montpeller.—Pacifica la ciudad.—Parte de Montpeller. —Cortes en Gerona.—Va el rey á Valencia y se quejan los moros de violación de pactos.—Entrevista de D. Jaime con Zeyán.—Ríndense Bairén y Villena.—Virrey de Valencia D. Rodrigo de Lizana.—Berenguer de Entenza se pasa al campo moro.—Vuelve el rey á Valencia y celebra consejos de generales en Altura.—Marcha sobre Játiva.—Embajada al rey.—Sitio de Játiva.—Los almogavares corren las tierras de Játiva.—Suceso en el campamento y desavenencia entre Don Jaime y García Romeu.—El rey se concierta con el alcaide de Játiva y levanta el sitio.—El conde de Ampurias recobra la amistad del rey. —Virrey de Valencia Jimeno Pérez de Tarazona.

(1239 Y 1240.)

Hacia fines de Mayo de 1239 fué cuando se embarcó el rey en Valencia para Montpeller [1], al objeto de pedir á los de esta ciudad que le ayudasen á soportar los gastos que le ocasionara la conquista de Valencia, según él mismo dice, y al objeto también de poner paz y concordia entre aquellos habitantes, los cuales, conservando siempre su espíritu de independencia, andaban en disensiones por lo tocante al gobierno de la ciudad con el *bayle* Atbrand puesto por D. Jaime [2]. El monarca desembarcó en el puerto de Lattes, á donde fueron á buscarle los cónsules y prohombres con lucida comitiva, acompañándole hasta la ciudad y hasta dejarle en

1 *Anno D. MCCXXXIX. D. Rex venit in Montepessulano*. (Crónica-anuario que se halla en la casa de la ciudad de Montpeller.)

2 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 416. A este *bayle* de Montpeller, D. Jaime en su crónica le llama Arbrán (cap. CXCIX), y Zurita Narbrán, sin duda de En Arbrán (lib. III, cap. XXXVI).

A los tres días, los mismos sarracenos, en cumplimiento del tratado, enarbolaron el estandarte real de Aragón en la torre de Alibufat, que actualmente se llama del Temple ó del Cid, para hacer ver que ya la ciudad había cambiado de señores; y se cuenta que, apenas se fijaron los ojos de D. Jaime en aquella su victoriosa bandera flotante sobre las torres de la ciudad vencida, se apeó del caballo que á la sazón montaba, se postró de rodillas y besó el suelo con la más profunda humildad por la merced que Dios le hacía, poniendo en sus manos aquel territorio que llamaban los árabes *vergel y delicia de la tierra.*

CAPÍTULO V.

Se presentan al rey embajadores de Italia solicitando su apoyo para defender la causa de la Iglesia.—Emigración de los moros valencianos.—Repartimiento de casas y tierras.—Algunos de los caballeros heredados en Valencia.—Trescientas doncellas de Lérida son enviadas á poblar la tierra de Valencia.—Conquista de varios pueblos.—Jornada del vizconde de Cardona en tierra de Murcia.—Intentan vanamente apoderarse de Villena y Sax.—Constitución de Valencia.—Quiénes contribuyeron á la redacción.—Obispado de Valencia.—Parte el rey á Montpeller.

(1238 Y 1239.)

Preciso es dar cuenta, antes de pasar más adelante, de una embajada que el rey D. Jaime recibió hallándose en lo más recio del sitio. Vinieron á él, por encargo del papa Gregorio IX, embajadores de varias ciudades de Italia suplicándole que pasase á dicha nación para

hace muchas ofertas. Se me figura, sin embargo, que es un discu apócrifo, y que está visiblemente exagerado todo lo que sobre este pu refiere Sas, pues no guarda armonía ni con la crónica real ni con la Marsilio, ni siquiera con Zurita.

proteger y apoyar la causa de la Iglesia contra el emperador Federico que la combatía. Se llegó á firmar un convenio entre el rey y los embajadores, según el cual aquél se obligaba á pasar á Italia en persona, acompañado de 2.000 caballeros, para guerrear contra el emperador; y los embajadores se comprometían á dar á Don Jaime para su pasaje 150.000 libras en moneda del imperio, y cada año, durante todo el tiempo de su vida, los derechos y rentas que solían tener los emperadores en Lombardía, eligiéndole por su señor, defensor y gobernador, con juramento de fidelidad, mientras viviese. Como testigos de este convenio, al cual concurrió también con sus consejos la reina Doña Violante, aparecen Vidal de Cañellas, obispo de Huesca; Bernardo de Montagut, obispo de Zaragoza; Bernardo, obispo de Vich; Jimeno, obispo de Segorbe; el maestre del Hospital, y los caballeros D. Jimeno de Urrea y D. Rodrigo de Lizana. La expedición del rey á Italia no se efectuó, sin embargo, ó porque le importaba más atender á sus negocios del interior que á los del exterior, ó porque no convino á su política, ó por haber cambiado de aspecto las cosas de aquella nación. Quizá influyó un poco cada causa de éstas.

Volvamos ahora á reanudar nuestra reseña. Hermoso día fué para la Corona de Aragón aquél en que sus armas victoriosas penetraron en Valencia. Los moros se dieron tal prisa á salir, deseosos sin duda de abandonar aquella tierra que ya no era suya, que en vez de verificarlo al quinto día, según el convenio, estuvieron ya dispuestos del todo al tercero. Pundonoroso y caballero, fué D. Jaime con varios nobles y gente armada á buscar á los que emigraban para servirles de escolta, y como algunos de la soldadesca del campamento intentaran quitar el equipaje á los sarracenos y robarles alguna mujer, el monarca aragonés vióse precisado á he-

nia, pidiéndole una entrevista. Tuvo ésta lugar en la misma Rápita de Bairén. El moro hizo al aragonés la propuesta de cederle el castillo de Alicante, si recibía en cambio 5.000 besantes y se le daba la isla de Menorca para retirarse á ella; pero D. Jaime no pudo acceder porque, le dijo, no quería quebrantar los tratados antiguos con el rey de Castilla, según los cuales Alicante debía pertenecer al castellano [1].

Los anales valencianos nos hablan en seguida de cómo se entregó al rey el castillo de Bairén por avenencia, de cómo fué confiado dicho fuerte á D. Pelegrín de Atrocillo en clase de gobernador, y de cómo la plaza de Villena, después de haber resistido valerosamente al tío del rey D. Fernando, que fué á ponerla cerco, se entregó al comendador de Alcañiz que, con sus freiles y una compañía de almogavares, se había fortificado junto á ella [2].

Después de estos sucesos, vínose D. Jaime á Cataluña y de aquí pasó á Aragón, dejando como virrey ó lugarteniente suyo en Valencia á D. Rodrigo de Lizana, durante cuyo mando debieron de suceder grandes altercados entre los caballeros de la conquista, y serias desavenencias que las crónicas y memorias de aquel tiempo no especifican, aunque las dejan claramente entrever.

Se habla en primer lugar de un noble caballero cristiano, D. Berenguer de Entenza, el cual, por causas que todavía permanecen desconocidas, se pasó á los moros refugiándose en Játiva. Si fueron agravios recibidos del rey ó contiendas con los ricos-hombres, los que á dar este paso le impelieron, cosa es ignorada; pero se sabe que llevó su resentimiento hasta efectuar una correría armada, yendo á talar los campos de Teruel, pa-

1 Crónica real, cap. CCIX.

2 Idem, caps. CCX y siguientes.

sando por entre Ribarroja y Munizes y llegando hasta Riusech, sin que ni D. Rodrigo de Lizana, ni el maestre del Hospital, ni ningún otro se atreviesen á oponerse y á perseguir al que así volvía sus armas contra los suyos, combatiendo á su país y á los que fueran sus antiguos compañeros de victoria. Apresurémonos, sin embargo, á decir que no tardó en avistarse con Don Jaime, y que el resultado de esta entrevista fué volver á las banderas cristianas para continuar peleando como bueno y como noble bajo la señera de las BARRAS y la enseña de la cruz [1].

Al propio tiempo que esto sucedía, se inquietaban los moros del país, amenazaban serias turbulencias, y los sarracenos de Játiva cautivaban á D. Pedro de Alcalá, primo del de Lizana, y á otros cinco caballeros con él. Todo esto hizo que volviese á ser necesaria la presencia del rey, el cual abandonó efectivamente Aragón para regresar á Valencia, dirigiéndose á Altura, cuyo lugar acababa de rendírsele, y en donde celebró consejo con D. Rodrigo de Lizana, D. Pedro Albalat arzobispo de Tarragona, el gran maestre de la orden de San Juan y otros caballeros. Se acordó en este consejo libertar á toda costa á Pedro de Alcalá y á los otros que con él habían caído prisioneros, marchando el rey en persona sobre Játiva.

Ardientemente debía de desear el monarca aragonés esta hermosa porción del reino de Valencia, y hasta él mismo confiesa en sus memorias que, al ver desde un cerro la rica llanura de Játiva, quedó tan prendado que ambicionó poseerla cuanto antes; pero desearlo debía también por importantes razones políticas, pues las intrigas del infante de Castilla, D. Alfonso, hijo de San Fernando, habían ido formando y engrosando en Játiva

1 Zurita, lib. III, cap. XXXVII.

un partido numeroso que ofrecía la conquista de esta ciudad al monarca castellano [1]. Adelantóse D. Jaime hasta el valle de Boraga, en donde esperó á que se le reuniesen las demás fuerzas para emprender la campaña, mas sabiendo el wasir ó alcaide de Játiva que los aragoneses iban contra él, se apresuró á enviar un mensajero que esplorase las intenciones del *Conquistador*.

Fué el encargado de esta misión el moro Beniferri, alcaide que había sido de Liria. El representante de Játiva llenó su cometido exponiendo al rey que los caballeros cristianos habían violado la fe pactada, invadiendo un territorio en que no podían penetrar á tenor de los tratos. Aceptó D. Jaime las escusas, dijo que se enmendarían los tuertos que á los moros pudiesen haber hecho, pero como condición indispensable para celebrar el nuevo convenio, exigió que le fuesen devueltos los prisioneros. Beniferri contestó á esto que el que los había comprado y tenía cautivos se negaba á soltarlos, mientras no se le diese por ellos un precio, tan excesivo, que no tenía medios el alcaide para satisfacérselo. D. Jaime replicó á esta objeción que como no se

1 Vicente Boix, en su *Xátiva* y en su *Historia de Valencia*. Para todo lo concerniente á los puntos de que aquí se trata, el autor ha consultado, á más de las dos obras citadas, la crónica real, el Beuter, el Zurita, el Escolano y los demás principales historiadores modernos. Viardot, en su *Historia de los árabes y de los moros de España*, y Dunham en su obra, se quejan enérgicamente de D. Jaime y le condenan por esta empresa contra Játiva, diciendo que fué "una injusta violación de la fe jurada," y que llevó á cabo la expedición "sin alegar pretexto alguno." Me parece que los injustos son aquí Viardot y Dunham. Es preciso estudiar muy á fondo la historia de aquellos sucesos para juzgar. Yo diré, por de pronto, que aparte del legítimo pretexto que podia tener D. Jaime para reclamar sus caballeros, debía obrar poderosamente en él la razón política de que no se apoderase Castilla de aquella tierra. Contentóse, pues, por el momento con que el alcaide de Játiva se declarase su vasallo.

le diesen los prisioneros, iría á rescatarlos tomando la plaza.

Partióse el embajador moro desesperanzado, y la hueste aragonesa fué en seguida á poner sus tiendas delante de Játiva. Las primeras operaciones del cerco habían ya comenzado, cuando de nuevo enviaron los moros otro mensaje á D. Jaime, diciéndole que estaban por fin dispuestos á entregarle sus prisioneros; pero el monarca entonces despreció esta oferta, contestando que pues á su tiempo no se los habían dado, ya no se contentaba sólo con ello. La verdad es que había ya visto á Játiva, había juzgado por sus propios ojos de la hermosura de su vega y de la fortaleza de su castillo, y quería apoderarse en el acto de aquel territorio ó asegurarse de su posesión para más adelante.

Estableció, pues, su campamento en Sallent, y apenas estuvo fortificado, comenzaron á salir los almogavares á correr la tierra, llevando de compañeros según costumbre el incendio, el saqueo y la victoria. Raras veces aquella milicia semisalvaje, lanzándose como torrente desbordado, encontraba dique suficiente á oponerse á su paso ó á detenerla un momento solo en su desbocada carrera. Talaron la vega, destruyeron los molinos, cortaron las acequias, demolieron los acueductos, y aun cuando en algunos puntos se les opuso briosa resistencia, pasáronlo todo á sangre y á fuego, reduciendo el campo de Játiva á un abrasado erial, y obligando á los sitiados á sentir la falta de aguas [1].

Sucedió por aquel entonces en el campamento, que un adalid almogavar llamado Bartolomé Esquerdo, por unas disputas que tuvo con otro, le hirió á presencia del rey y echó á correr en seguida refugiándose en una tienda que D. Jaime había prestado á García Romeu,

1 Boix, *Xátiva árabe*, pág. 47.

tienda que el monarca aragonés llama *ultramarina* en sus memorias, por ser un regalo que poco antes le hiciera el sultán de Egipto, cuando por la fama de las hazañas del *Conquistador* temió que éste tratara quizás de pasar con los demás príncipes cristianos á la conquista de la Tierra Santa [1]. Encolerizado el rey por el desmán del adalid, echó á correr tras él, penetró en la tienda de García Romeu, sacó á aquél fuera arrastrándole por los cabellos y lo entregó á los guardias para que sufriese el castigo á que se hubiese hecho merecedor. El orgulloso García Romeu se irritó al tener noticia de aquella violación de su tienda, mas que hubiese sido el rey el causador, y reclamó contra el agravio, mediando con este motivo desagradables mensajes entre el monarca y el rico-hombre.

Parece que los moros sitiados quisieron aprovecharse de estas desavenencias y hasta se hicieron proposiciones á García Romeu, que no consta que éste aceptase, sino muy al contrario; pero es muy posible que este suceso fuese el que contribuyó á terminar los tratos de D. Jaime con la ciudad. Volvió al campo el moro Beniferri, acompañado de otro llamado Sexti, y se estipuló con el monarca que se le entregaría el fuerte de Castelló, que se devolverían los prisioneros y que el alcaide de Játiva se comprometería á no entregar á otro que al rey de Aragón el castillo y la ciudad, caso de verse amenazado por cualquier otro rey ó señor. Hecho el tratado, puestos en libertad los prisioneros, entregado Castelló, y habiendo salido al campo el alcaide de Játiva y principales personajes de la ciudad para prestar al rey el juramento que, en cierto modo, los constituía vasallos del *Conquistador*, éste levantó el sitio y se

1 Flotats y Bofarull, en sus notas á la crónica real, pág. 290.— Boix: *Xátiva árabe*, pág. 48.

marchó otra vez á Aragón, para de este punto pasar nuevamente á Montpeller á donde vamos á seguirle al objeto de verle y juzgarle bajo otra faz distinta de aquella con que se nos ha presentado hasta ahora.

Diré, empero, antes de terminar este capítulo, que por la relación de un cronista [1] se sabe que durante el sitio de Játiva volvió á recobrar la amistad del rey el conde de Ampurias Pons Hugo, hijo del que había muerto en Mallorca, el cual contribuyó á la campaña de aquel año, y al cerco con una compañía de 50 lanzas. Por qué razones ó motivos estaba el conde en desavenencia con el rey, cosa es no averiguada; á bien que entonces á cada paso se ve á los orgullosos barones romper, no sólo con el monarca, sino hasta hacerle la guerra por fútiles pretextos.

Para hacer las veces del monarca, durante su viaje, y como virrey y lugarteniente suyo, quedó entonces en Valencia D. Jimeno Pérez de Tarazona, á quien dió por aquel tiempo D. Jaime la baronía de Arenós, tomando de allí en adelante sus descendientes este apellido [2].

1 Vicente Boix.
2 Zurita, lib. III, cap. XXXIX.

CAPÍTULO VII.

Infancia del conde de Provenza Ramón Berenguer.—Llega á Provenza y se casa con Beatriz de Saboya.—Sus guerras con el conde de Tolosa. Casamiento de dos hijas del conde de Provenza con los reyes de Francia y de Inglaterra.—Fundación de la ciudad de Barceloneta en los Alpes.—Romeo de Vilanova.—Vuelve el conde de Tolosa á su guerra con el de Provenza.—Hacen la paz.—Llega D. Jaime á Montpeller. —Entrevista en Lunel con el conde de Tolosa —Convenio entre el rey de Aragón y los condes de Provenza y de Tolosa.—Trata el conde de Tolosa de repudiar á Sancha de Aragón para casarse con Sancha de Provenza.—El rey D. Jaime se casa con Sancha de Provenza como procurador del conde de Tolosa.—Rompimiento del enlace.—Muerte del conde de Provenza.—Muerte del conde del Rosellón.—Disposiciones tomadas por D. Jaime al adquirir los dominios de Rosellón.

(1241.)

Creo ya llegado el momento de hablar de un personaje que, aunque poco ligado con nuestra historia, lo está bastante para no prescindir absolutamente de él, y para imponer á un cronista catalán la obligación de reseñar, siquier sea á grandes rasgos, los hechos más notables de su vida. Hablo del conde de Provenza, Ramón Berenguer, III de este nombre según unos, IV según otros, V según algunos, y paisano nuestro por ser príncipe de la casa de Barcelona, descendiente por su madre de la casa de Urgel, hijo de padre catalán y educado en nuestras tierras, junto con el rey D. Jaime, en el castillo de Monzón.

Ramón Berenguer tenía muy pocos años cuando murió su padre Alfonso II, en Italia, á donde había ido para acompañar á su hermana Constanza, y quedó por lo mismo bajo la tutela de su tío Pedro *el Católico*. A la muerte de D. Pedro, acaecida en la famosa batalla

de Muret, Garsenda, madre del joven conde, se encargó del gobierno de sus estados, mientras que él era llevado al castillo de Monzón, según hemos visto, para recibir la misma educación que su primo el rey D. Jaime. La ausencia de Ramón Berenguer ocasionó serios trastornos en Provenza. Mientras que por un lado Félix de Forcalquier y su hijo Guillermo de Sabrán sacaban á plaza sus pretensiones sobre el condado de Forcalquier y se titulaban condes de este país, por otro Guillermo de Baucio, príncipe de Orange, hacía que le adjudicase el título de rey de Arles el emperador Federico, y se ponía en estado de sostenerse á todo trance por medio de las armas. Para colmo de males, varias de las más importantes ciudades del condado se sublevaban erigiéndose en repúblicas, siendo de este número Arles, Aix, Marsella, Niza y Aviñón [1].

Entonces fué cuando algunos leales señores de Provenza decidieron venir en busca de su conde, que ya sabemos cómo se fugó de Monzón para embarcarse en una galera que en el puerto de Salou le tenían preparada. Bastó que se presentara en Provenza para contener la sublevación de varios puntos próximos á insurreccionarse, y para impedir que progresaran en sus esfuerzos los que le disputaban sus estados. En Diciembre de 1220 se casó con Beatriz, hija de Tomás, conde de Saboya, y fuerte con esta alianza, que le aseguraba un poderoso auxilio, se ocupó en ir sometiendo las ciudades que se le habían sublevado.

En 1226, y hallándose en el campamento de Luis VIII de Francia, que había ido á sitiar Aviñón defendido por los albigenses, hizo alianza con dicho rey contra el conde de Tolosa [2], y desde entonces comenzaron ambos

1 *Arte de comprobar las fechas:* condes de Provenza.

2 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 357.

condes á hacerse cruda guerra. El de Tolosa se titulaba en 1230 marqués de Provenza, recibiendo del emperador Federico el condado de Forcalquier y el señorío de Sisterón, quitados á Ramón Berenguer [1]; y si bien después de muchas alternativas y de diversos encuentros, entrambos condes se comprometieron en manos del rey de Francia á transigir sus diferencias por los años de 1234 [2], lo cierto es que el tolosano volvió á abrir con más ímpetu que nunca su campaña en 1237 contra el provenzal [3].

Este último, que había casado á su primera hija Margarita con San Luis, rey de Francia, en 1234, y á su segunda Leonor con Enrique, rey de Inglaterra, se enorgulleció al verse suegro de dos reyes poderosos, y trató de sujetar la ciudad de Marsella que siempre se le había resistido; pero los marselleses acudieron á reclamar la protección del conde de Tolosa, y éste emprendió de nuevo la guerra. Ramón Berenguer pidió entonces auxilio á su primo D. Jaime de Aragón; pero como éste, ocupado en su campaña contra Valencia, no pudo prestárselo, acudió entonces al Papa y á su yerno San Luis, á cuya mediación se debió que el tolosano cediese por el pronto de su empeño.

Dícese que el conde de Provenza sabía aprovechar para sí y sus pueblos los intervalos de paz, y que recorría los diferentes puntos de sus estados concediendo franquicias y privilegios, que han sido para la mayor parte de las ciudades el origen de los que han disfrutado mucho tiempo [4]. Todos los historiadores están contextes efectivamente en decir que tenía buenas y excelentes dotes de gobierno, y los catalanes debemos á su me-

1 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 389.

2 Idem id., pág. 398.

3 Idem id., pág. 412.

4 *Arte de comprobar las fechas:* condes de Provenza.

moria un justísimo tributo de gratitud por haber sido él quien fundó en los Alpes, por los años de 1230, la ciudad de Barceloneta, poniéndola este nombre en memoria de Barcelona, que tan grata hospitalidad diera á los provenzales que vinieron con Doña Dulce á nuestro país.

Se cuenta de este conde, que tuvo un ministro sabio, activo y leal en Romeo de Vilanova, el cual gobernó su hacienda con mucha economía y le puso en estado de sostener una corte brillante con rentas bastante reducidas. La fama de este ministro fué grande: el Dante le coloca en su paraíso, y las tradiciones provenzales recuerdan su memoria haciéndole el héroe de una peregrina leyenda [1].

Volviendo ahora al conde de Tolosa, éste no había hecho sino suspender la guerra contra el de Provenza. Halló pretexto para volverla á emprender en 1239 [2], sin consideración á D. Jaime *el Conquistador* que, según hemos visto, tuvo este año con él una entrevista en Montpeller mediando sin duda para conciliar á entrambos condes. El de Tolosa marchó contra Ramón Berenguer, batió á los franceses que esta vez le auxiliaron, y le tomó Trinquetaille y otras plazas, regresando á sus estados sólo cuando Luis de Francia envió un crecido refuerzo en favor de su suegro.

Llegó por fin el momento en que cesara aquella guerra cruel para la Provenza. Reconciliáronse entrambos condes por mediación de San Luis de Francia, é hicieron la paz por Marzo de 1241, no siendo quizá extraño á ella nuestro D. Jaime, que después de levantar el sitio de Játiva, se puso en viaje para Montpeller, á donde llegó el 12 de Marzo de aquel mismo año.

1 Véase la crónica de Nostradamus.

2 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 418.

Lo cierto es que, si no entonces, inmediatamente después medió D. Jaime para la completa reconciliación de ambos condes, pues consta que en 18 de Abril tuvo una entrevista con el de Tolosa en Lunel, según la cual convinieron en aliarse para defensa de la fe católica y de la Iglesia romana contra los enemigos de ambas, prometiendo al rey de Aragón interponer su mediación para con el Papa, á fin de levantar la sentencia de excomunión y de entredicho que pesaba sobre el conde de Tolosa, y obtener del mismo Pontífice la dispensa necesaria para que aquél pudiese casarse con Sancha de Provenza, hija tercera de Ramón Berenguer [1].

A este tratado siguióse otro, que se estipuló en Montpeller el 5 de Junio entre el rey D. Jaime, el conde Ramón Berenguer de Provenza y el conde Raimundo de Tolosa; asistiendo como testigos el obispo de Tolosa y el conde de Ampurias Pons Hugo, entre otros. Según este nuevo convenio, el rey D. Jaime, Raimundo Gaucelín, señor de Lunel, y un caballero llamado Albesa, se comprometieron á hacer que Ramón Berenguer de Provenza obligase á Sancha de Aragón, entonces esposa de Raimundo de Tolosa, á pedir ella misma su divorcio con este conde ante los jueces delegados por el Papa; y en el supuesto de que ella rehusase, á que el conde de Provenza la hiciese salir de sus estados donde se había retirado, quitándole todo lo que le diera y no socorriéndola ya más en adelante. Por otra cláusula, Raimundo de Tolosa se obligaba por su parte á pedir el divorcio y á dar á la Sancha 1.000 marcos de plata y 100 marcos de pensión anual durante la vida de esta princesa.

1 Las obras consultadas por el autor para todo lo concerniente á este punto, son el *Arte de comprobar las fechas*, en su tratado de los condes de Provenza; la *Historia del Languedoc*, tomo III, desde la página 424 en adelante, y el Zurita, lib. III, cap. XXXIX.

Asombra ver cómo el rey D. Jaime y el conde de Provenza abandonaban así los intereses de su tía Sancha, hermana de Pedro *el Católico*, padre del uno y tío del otro; y asombra particularmente en el caballeresco rey de Aragón, á quien no importó entonces sacrificar una pobre mujer á su política [1]. Por lo que toca al conde de Tolosa, que estaba ya separado tiempo hacía de Sancha de Aragón, quiso repudiarla para casarse con Sancha de Provenza, halagado por la esperanza de tener en ésta hijos varones, que Dios no le había dado en su matrimonio con la primera.

Los prelados elegidos por la Santa Sede para fallar sobre este divorcio se reunieron en la isla de Vergue, situada en el Ródano, entre Beaucaire y Tarascón. Presentóse ante ellos el conde Raimundo de Tolosa, y por medio de testigos probó que su padre Raimundo VI había sido el padrino de Sancha de Aragón, y que por consiguiente no debía él haberse casado con ella. En cuanto á la condesa, á quien se hizo comparecer también ante la asamblea, se presentó acompañada del rey de Aragón y del conde de Provenza sus sobrinos, y dícese que sólo opuso un profundo silencio al testimonio de los que depusieron contra sus intereses. La asamblea profirió en seguida una sentencia de divorcio, rompiendo el matrimonio de Raimundo y de Sancha, la cual fué á establecer su residencia en el castillo de Padernes, donde murió sola y abandonada, á fines de 1249.

Parece que de la isla de Vergue el rey D. Jaime pasó con el conde de Provenza á Aix, á cuya ciudad fué bien pronto á reunirse con ellos el de Tolosa, acordando entre los tres los medios de terminar el enlace del último con Sancha de Provenza. Al efecto, convinieron en

1 La intervención de D. Jaime en las cosas de Provenza durante aquel período, parece indicar sus intenciones de seguir la política tradicional de su casa en aquellas provincias.

mandar una solemne embajada al papa Gregorio IX para pedirle la dispensa del parentesco, bajo pretexto de que esta alianza era necesaria á fin de establecer una paz completa y duradera entre ambos condes. Convenidos en esto, el tolosano regresó á sus estados, los embajadores partieron para Italia, y, sin aguardar el éxito de su misión, del cual no se dudaba, nuestro rey Don Jaime, en calidad de procurador del conde Raimundo VII de Tolosa, y en su nombre, se casó en Aix, el 11 de Agosto de 1241, con Sancha de Provenza, condicionalmente, sin embargo, y bajo el supuesto de que el Papa concediese la dispensa demandada. Sancha, por su parte, con el consentimiento del conde Ramón Berenguer su padre y la condesa Beatriz su madre, casó bajo las mismas condiciones con el conde de Tolosa en la persona de su procurador el rey de Aragón, á presencia de los arzobispos de Arles y de Aix y de varios obispos.

Sin embargo, toda la prisa que se dieron en llevar á cabo este enlace, fué completamente inútil. Los embajadores que enviaron á Gregorio IX, supieron al llegar á Pisa la muerte de este Papa, acaecida en 20 de Agosto. Este acontecimiento desbarató el proyecto, pues que la sede pontificia estuvo vacante cerca de dos años. En este intervalo el conde de Tolosa proyectó otra alianza, y Sancha de Provenza casó con Ricardo hermano del rey de Inglaterra.

Ignoro en qué época regresó D. Jaime á sus estados de Aragón y de Cataluña, y sólo hallo que habiendo llegado el 12 de Marzo á Montpeller, á principios de Setiembre se hallaba aun por aquellas tierras, pues le encuentro en Beaucaire en donde él y el conde de Provenza salieron garantes á los vecinos de Bucet de las franquicias que Raimundo de Tolosa les otorgó [1].

1 Guillermo de Pod., cap. XLV.

Por lo que toca á Ramón Berenguer de Provenza, roto el casamiento de su hija Sancha con el de Tolosa, volvió á sus antiguas querellas con éste, pero firmaron una tregua en 1243, y hasta se proyectó un nuevo enlace del tolosano con Beatriz, la cuarta hija del provenzal, pero la muerte de Ramón Berenguer, acaecida en Aix el 19 de Agosto de 1245, desbarató todos sus planes. El conde de Provenza dejó por heredera á su hija Beatriz en los estados de Provenza y Forcalquier, y Romeo de Vilanova y Alberto de Tarascón, á quienes aquel dió por testamento el cargo de tutores de su hija y regentes de sus estados, casaron á Beatriz con Carlos hermano del rey de Francia, por ser más conveniente á sus intereses [1].

Ramón Berenguer de Provenza figura entre los poetas provenzales y se le atribuyen varias composiciones.

En este mismo año de 1241 tuvo lugar la muerte del conde del Rosellón Nuño Sánchez, cuyos dominios vinieron entonces por completo á poder del rey de Aragón, así que sus ejecutores testamentarios hubieron cumplido sus postreras disposiciones. Habíase casado Nuño de primeras nupcias en 1215 con Petronila, hija de Bernardo V conde de Comminjes, pero esta princesa, que antes había ya estado unida con Gastón *el Bueno*, vizconde de Bearn, le fué robada á Nuño al año siguiente de su matrimonio por el conde de Montfort, que la casó á la fuerza con su hijo para hacer entrar por este medio el condado de Bigorra en su familia. Lo odioso de esta conducta no es sino muy natural en las costumbres de la época. Por lo que toca á Nuño, casó después con una dama llamada Teresa López, de quien no tuvo hijos [2].

1 Véase el capítulo siguiente.

2 Según noticias que he podido adquirir posteriores á la primera

D. Jaime *el Conquistador* tomó con respecto al Rosellón, así que fué poseedor de este dominio, las mismas medidas que había tomado Alfonso *el Casto*. Hizo promulgar la constitución de paz y tregua que había dado al reino de Aragón en 1228, y por su expresa orden un canónigo de Barcelona llamado Guillermo de Sanromá pasó al Rosellón, donde á 5 de los idus de Marzo de 1241 hizo jurar y firmar esta paz y tregua por los principales señores de la provincia reunidos. D. Jaime mandó en seguida redactar por escrito las constituciones de Perpiñán, que no se conservaban más que por memoria tradicional, y confirmó su redacción [1].

edición de esta obra, la fecha verdadera de la muerte de Nuño Sánchez es el 19 de Enero de 1242. Algún tiempo antes de morir abrazó la vida eclesiástica, entró en las órdenes y fué canónigo de Elna en el Rosellón. La muerte de Nuño Sánchez inspiró á Aymeric de Belenoy, trovador provenzal establecido en Cataluña, un canto lleno de sentimiento y tristeza.

1 Estudios posteriores me han dado á conocer que D. Jaime se hallaba en Malloles de Rosellón el 11 de Marzo de 1242 (es decir, á 5 de los idus de Marzo de 1241), y que en este día, á presencia suya y en manos de Guillén de Sanromá, juraron la paz y tregua los señores de sus nuevos dominios.

CAPÍTULO VIII.

Nacimiento del infante Jaime en Montpeller.—Entrevista de los reyes de Aragón y de Francia.—Cortes en Daroca.—Descontento de los catalanes.—Cortes en Barcelona.—Descontento de los aragoneses y sublevación del príncipe D. Alfonso.—Castilla apoya al príncipe.—Vuelve el rey á Valencia y se apodera de Alcira, Gandía y Denia.—Viaje de D. Jaime á Provenza.—Pretensiones del rey al dominio de Provenza y pérdida de este condado para la casa de Aragón.—El rey manda cortar la lengua al obispo de Gerona.—Carta del Papa á D. Jaime con referencia á este hecho.—Absolución del rey.—Casamiento de la hija de D. Jaime con el heredero de la corona de Castilla.—Cortes en Huesca para formar un código.—Disposiciones testamentarias de Don Jaime repartiendo sus reinos entre sus hijos.—Deja el reino de Aragón á su hijo Alfonso.—Cataluña á D. Pedro.—Valencia á D. Jaime.—Rosellón á D. Fernando.—Ordena á D. Sancho el estado eclesiástico.—Disposiciones para el caso de faltar descendencia varonil.—Prosiguen las alteraciones en Aragón.

(De 1242 á 1247.)

Gran parte del año de 1242, si no todo, permaneció el rey D. Jaime entre Aragón y Cataluña cuidando de sus estados y atendiendo á las turbulencias de algunos señores, y á últimos del año ó principios del siguiente volvió á Montpeller con su esposa Doña Violante, cuya princesa, hallándose en esta ciudad, dió á luz al infante Jaime, según se puede ver por la crónica-anuario que se conserva en las casas consistoriales de Montpeller, donde consta también que, á fines de Junio, *el Conquistador* recibió un nuevo juramento de fidelidad de aquellos habitantes, que prometieron estar sometidos á él durante su vida, y después de su muerte á la reina

Violante, su mujer, si vivía en viudez y no se hacía religiosa, y en seguida á su hijo Pedro ó á cualquiera otro de sus hijos que quisiera darles por señor [1].

Hallándose D. Jaime en Montpeller, fué al Puy por el mes de Mayo, donde tuvo una entrevista con el rey de Francia [2], en que se trató sin duda de lo concerniente á los condes de Provenza y de Tolosa, que estaban otra vez á punto de romper las hostilidades ó las habían roto ya. Su estancia en aquella comarca debió ser entonces muy corta, pues pronto le vemos de regreso en Aragón, á donde pasó para celebrar Cortes.

Tuvieron lugar éstas en Daroca, á fines del 1243, y dice Zurita que fueron á ellas síndicos de la ciudad de Lérida, como lo acostumbraron en todas las que en Aragón antes se habían celebrado. Las Cortes de Daroca

1 *Anno D. J. MCCXLIII fuerunt consules P. de Murles etc., quo etiam anno D. Rex Jacobus et regina ejus uxor fuerunt in Montepessulano, et fuit natus Jacobus filius eorumdem in vigilia Pentecosti.* (30 de Mayo.)—*Idem eodem anno in festo beatorum Petri et Pauli, dicti consules et populus hujus villæ, mandato dicti D. regis, juraverunt Petro filio ipsius D. regis et D. reginæ Yoles* (Violante), *secundum quod inferius continentur.—Ego homo, juro vobis D. Jacobo Dei gratia regi Aragonum et regnorum Majoricarum et Valentiæ, comiti Barchinonæ et Urgelli, et D. Montepussuli, quod ego salvabo, et custodiam vitam vestram, et membra vestra, et dominationem vestram, et semper ero fidelis vobis in tota vita vestra, et post vos D. reginæ Yocles, uxori vestræ, quandiu vixerit, et viduitatem legitime observavit, et non ingredietur domum religiosam; et post attendem ad Petrum filium vestrum semper, et post obitum vestrum habebo ipsum in dominum meum et Montispessulani, vel alium filium vestrum et dictæ D. reginæ, de quo vos hoc migi mandaveritis, verbo vel testamento; nec admittam vel recipiam alium in D. Montispessulani, nisi hoc faciam de voluntate vestra, vel filii vestri, et dictæ D. reginæ Yoles, qui est D. Montipessulani, et cui tenerer obendire de voluntate vestra, ut dictum est, salvis consuetudinibus et libertatibus Montipessulani á vobis laudatis.* (Crónica del municipio de Montpeller.)

2 Zurita pone esta entrevista en el año 1244 (lib. III, cap. XLII); pero puede verse para la fecha verdadera el *Marca Hispánica*, pág. 539. No está del todo probado que esta entrevista se efectuase.

juraron al príncipe D. Alfonso por primogénito, heredero y sucesor, después de muerto el rey, en el reino de Aragón; entendiendo que este territorio llegaba hasta las orillas del Segre. D. Jaime volvía á su primitiva idea, pues quería hacer rey de Aragón al hijo de su repudiada primera esposa, y de Cataluña á D. Pedro, hijo de su segunda mujer Doña Violante.

Jurado el príncipe D. Alfonso por heredero en Aragón, partióse el rey á Barcelona con ánimo de hacer jurar al príncipe D. Pedro por heredero en Cataluña, pero se encontró con que los catalanes, agraviados por la desmembración de su territorio hecha en las Cortes de Daroca, se negaron á secundar su proyecto si el rey no devolvía á Cataluña la región y territorio de Lérida, fijando el Cinca y no el Segre por límites del Aragón, según siempre había sido.

Por esta causa, convocando á Cortes á los catalanes en Barcelona [1], D. Jaime hizo ante ellas, á 21 de Enero de 1244, una solemne declaración en que se contenía que, «si bien sin causa se podría dudar por algunos que no tenían sano entendimiento, sobre cuáles fuesen los límites de Cataluña y de Aragón, deseando evitar toda contienda y disceptación, para que perpetuamente se quitase todo escrúpulo que sobre esto pudiese haber, limitaba de cierta ciencia y acordadamente el condado de Barcelona con toda Cataluña, desde Salses hasta el Cinca, afirmando que esta limitación del condado y de Cataluña se podía buenamente comprender y colegir por los estatutos de paz y tregua hechos en la ciudad de Barcelona y la de Tarragona y en otras partes.» En la mencionada declaración se contenía, además, que

1 Zurita, lib. III, cap. XL, y Flotats, en sus *Efemérides*, ponen estas Cortes en Barcelona; pero Feliu, lib. XI, cap. X, las da como celebradas en Gerona y en Lérida.

«señalaba el reino de Aragón desde el Cinca hasta Ariza, disponiendo que esta limitación, hecha para obviar toda contienda en lo sucesivo, fuese perpetua para el citado monarca y sus sucesores.» Mas este acuerdo descontentó en gran manera á los aragoneses, que juzgaron ser en perjuicio de la conquista de Aragón, que en lo antiguo, decían, llegaba hasta las riberas del Segre; al paso que reprobaron la innovación de demarcar el Principado de Cataluña desviándose de lo ordenado en tiempo de los condes de Barcelona, para quienes se extendía desde el dicho río hasta Salses.

A este disgusto de los aragoneses, contribuyó no poco el príncipe D. Alfonso, quien, quejoso por quitársele parte de la que creía su herencia, no vaciló en hacer armas contra su mismo padre, sublevándose en Calatayud, y llamando bajo su bandera á todos los descontentos. Acudió el primero á ayudarle aquel mismo tío del rey, D. Fernando, pronto siempre á inclinarse á la parcialidad que se declarase contra el monarca aragonés, presentándose en pos de D. Fernando, para ofrecer sus servicios al príncipe, D. Pedro Fernández de Azagra, señor de Albarracín; D. Gonzalo Ruiz, comendador de Almazán; D. Pedro de Alcalá, comendador del Hospital de Calatayud; D. Juan González de Heredia; el infante de Portugal, y muchos otros de los mismos que acababan de combatir en Valencia contra el moro á las órdenes del rey.

La sublevación amenazaba ser seria y tomaba ya un carácter gravísimo, mayormente cuando apoyaba al príncipe aragonés el rey de Castilla, cuyo hijo se hallaba por aquel entonces en Murcia, consiguiendo que esta provincia se le entregase por los moros, y cuyos manejos se dirigían naturalmente á poner obstáculos al engrandecimiento de D. Jaime *el Conquistador*. Habilidad, y no poca, tuvo entonces que demostrar nuestro mo-

narca, el cual consiguió con su política desbaratar los planes de sus contrarios y desvanecer la tempestad que amenazaba estallar sobre su cabeza.

Por de pronto se dirigió á Valencia, con el doble objeto, sin duda, de oponerse á los planes que pudiera tener el castellano, que estaba armado en la frontera de aquel reino, y de avivar el espíritu patriótico de sus barones y de sus pueblos con la guerra nacional contra los moros. Al mismo tiempo buscó medios de apaciguar el descontento de los aragoneses, dejando entender que todo podría conciliarse. Las prudentes medidas del rey debieron calmar los ánimos por el pronto, y la atención del reino se fijó en los asuntos de Valencia. Estos marcharon perfectamente para D. Jaime, que consiguió la posesión de la importante plaza de Alcira, Algezira, Algzira ó Al-Gezira-Xucar, que con todos estos nombres lá hallo citada; se apoderó de Gandía, y tomó á Denia, después de largo y porfiado cerco [1], cuyas operaciones parece que dirigió el caudillo Pedro Jimeno Carroz [2].

Ninguno de nuestros historiadores y analistas, que yo recuerde á lo menos, habla de cierto viaje que el rey D. Jaíme debió emprender á tierras de Provenza, algo después de la campaña citada, y á últimos del 1245. Tampoco habla él mismo en sus memorias, si bien que en ellas deja no pocos vacíos, y no es de extrañar, pues olvida ocuparse de cosas muy importantes de su vida que acaso le convino pasar por alto. Sin embargo, no parece caber duda alguna de su nuevo viaje á Provenza en 1245 y de las intenciones que allí le llevaron, pues á pesar del silencio absoluto, y hasta cierto punto extraño, de nuestras historias, lo encuentro comprobado

1 Conde, lib. V de la 4.ª parte.

2 Boix: *Historia de Valencia*, tomo I, págs. 152 y siguientes.

por documentos auténticos, en las principales crónicas de Provenza y Languedoc.

Inmediatamente después de la muerte de Ramón Berenguer, conde de Provenza, acaecida, coma ya sabemos, en Agosto de 1245, D. Jaime se trasladó á la ciudad de Aix, y parece que su intento y la precipitación de su viaje fueron porque quería casar á uno de sus hijos con Beatriz, que había quedado dueña y heredera del condado de Provenza por testamento de su padre Ramón Berenguer. Ya sabemos que la pretendía también el conde de Tolosa, y que sus tutores proyectaban su enlace con el hermano del rey de Francia. D. Jaime hizo grandes esfuerzos para conseguir su objeto y para que la Provenza, dominio por tantos años de la casa de Aragón, no pasase á otras manos; pero todo se estrelló ante la resolución de Romeo de Vilanova y Alberto de Tarascón, tutores de Doña Beatriz [1], y parece que entonces, despechado D. Jaime, trató de conseguir por las armas y por la fuerza lo que se le negaba. Consta en una obra muy autorizada [2] que *el Conquistador* reunió una hueste y sitió á la princesa (sin duda en Aix), pero tuvo que levantar el sitio al saber que iba contra él el príncipe francés Carlos, al frente de un ejército que le diera el rey su hermano. No convenía por ningún concepto á D. Jaime un rompimiento con Francia en aquellos momentos, y más le importaba volver á sus reinos para proseguir la conquista del de Valencia, apaciguar la guerra civil que amenazaba devorar sus estados con motivo de lo sucedido en las Cortes de Daroca y Barcelona, y desbaratar el resultado que con sus intrigas y manejos pudiera haber obtenido durante su

1 No Alberto, sino Albeta de Tarascón, le llaman los historiadores provenzales.

2 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 451.

ausencia el rey de Castilla. Volvióse, pues, á estas tierras, abandonando sus pretensiones con respecto á la patria de aquella Doña Dulce, de la cual él descendía; casó Beatriz con el francés Carlos en Enero de 1246, y así fué como la casa de Barcelona y de Aragón perdió por una mujer la hermosa tierra de Provenza que por otra mujer había adquirido.

A la vuelta del rey á Cataluña regresando de este viaje á Provenza, para mí indudable aun cuando nuestras crónicas lo callen [1], fué cuando debió tener lugar aquel famoso hecho de la mutilación del obispo de Gerona, acerca del cual guardan silencio muchos autores, pero que es indudable también después de los documentos publicados por el P. Villanueva y los continuadores de Flórez [2]. Lo que todavía está oculto bajo un velo, hasta ahora impenetrable, es la verdadera causa que impelió á D. Jaime á hacer cortar la lengua al obispo de Gerona Fr. Berenguer de Castellbisbal, á quien hemos visto figurar en la conquista de Mallorca. Aparece como lo más cierto que este obispo reveló algo que el rey le había confiado en secreto de confesión, y que quiso el monarca castigarle por donde mismo había pecado; pero se ignora en qué consistía este secreto, pues

1 Estaba yo en lo cierto cuando en mi primera edición hablé de este viaje de D. Jaime, del que ningún historiador catalán había hablado. Carlos de Tourtoulón en su *Historia del rey D. Jaime*, publicada después que la mía, lo refiere con todos sus detalles, y cree que el fin que el monarca aragonés se proponía era el de oponerse á que la Francia invadiera el país de la lengua de Oc. Me inclino á creer, como Mr. Tourtoulón, que en aquellos momentos la política de D. Jaime, conforme con la tradicional de su casa, era tender á que la nacionalidad del Mediodía conservara su unidad.

2 Véanse estos autores, y á más Quadrado en sus notas al Marsilio, Flotats en sus Efemérides y Torres Amat en su biografía de D. Jaime. Algo dice también con referencia á este hecho M. Tastú en su *Notice sur Perpignan*.

aunque algunos han supuesto que lo revelado por el obispo fué el matrimonio clandestino del rey con Doña Teresa Gil de Vidaure, es positivo que este enlace no pudo realizarse hasta después del 1251, época de la muerte de Doña Violante. Ni van tampoco más acertados los que suponen que la revelación del obispo fué referente á proyectos formados por D. Jaime en orden á la sucesión de la corona, y diré luego por qué.

El hecho es que Fr. Berenguer de Castellbisbal fué preso por mandato del rey, y se le cortó la lengua; y para esto basta ver cómo se expresa el papa Inocencio IV en carta dirigida al rey desde Lión el 22 de Junio de 1246: «Afirmaste, le dice, que nuestro venerable hermano Berenguer, obispo de Gerona, antes que lo fuese había alcanzado tanta autoridad en tu corte, que era tenido como el más honrado entre los mayores; pero que después, como tú añades, siendo traidor contra tí, tuvo la osadía de revelar cosas que tú le habías descubierto en el fuero de la penitencia, y también había armado contra tí otras muchas y graves máquinas, por lo cual le mandaste saliese luego de tu reino; y habiendo alcanzado allí la dignidad episcopal, tú, encendido con el calor de la ira, le hiciste prender y con mandato sacrílego quitarle parte de la lengua. Así nos pedías que mandásemos salir de tu reino á dicho obispo, y á tí y á los partícipes en consejo, ayuda ó ejecución, se diese la absolución de tan gran delito [1].»

Varias cosas se deducen del contenido de estas líneas: entre ellas que lo de haber revelado Fr. Berenguer el secreto á él confiado en fuero de confesión, fué anterior á su nombramiento de obispo, y por consiguiente anterior á los amores del rey con Doña Teresa Gil de Vi-

1 Se halla esta carta en la *Historia de Poblet* por Finestres, tomo II, pág. 277.

daure y también á los sucesos que dieron margen al levantamiento del príncipe D. Alfonso; que D. Jaime no sólo desterró al fraile por la revelación del secreto, sino por estar urdiendo tramas contra él y por acaudillar quizá alguna parcialidad ó algún bando que pusiese en conflictos al reino; y que no se lanzó el rey á proveer por sí y ante sí la captura del obispo y su bárbara mutilación, cediendo sólo á los impulsos de su cólera, sino que tomó consejo de los varones que le rodeaban. Terrible fué la sentencia, bárbara y cruel, más que terrible; pero criminal, y gravemente criminal anduvo el sacerdote indigno que ante Dios y ante los hombres faltaba á la santidad de un sacramento. Si la Iglesia no tenía perdón para el rey que mandaba arrancar la lengua al monje por haber revelado un secreto de confesión, tampoco debía tenerlo para aquel otro rey que más adelante, según veremos, castigaba un delito político con hacer beber á los reos el plomo derretido de la campana que les llamaba á consejo.

D. Jaime alcanzó por fin la absolución. Fuele dada ésta á 14 de Octubre de 1246 por un concilio reunido en el convento de religiosos franciscanos de Lérida, y al cual concurrieron el obispo Camerino y el religioso Fr. Desiderio, como legados del Papa; el arzobispo de Tarragona, los obispos de Zaragoza, Urgel, Huesca y Elna, y muchos magnates del Principado. Impúsosele por penitencia que hubiese de tomar á su cargo, entre varias obras piadosas, la conclusión del monasterio de Benizafá y la del hospital de San Vicente de Valencia, dando bienes suficientes á aquel monasterio para que pudiesen mantenerse en él hasta 40 monjes, y fundase además una capellanía perpetua en la catedral de Gerona [1].

1 Al darse á luz la primera edición de esta obra, hubo quien puso

En el ínterin, andaban cada vez más vivas y despiertas las parcialidades promovidas por el deslinde de Aragón y de Cataluña, y el príncipe D. Alfonso continuaba poco menos que con las armas en la mano, mientras que cada vez iba haciéndose notar más el desacuerdo entre los reyes de Aragón y de Castilla, así por sus pretensiones ordinarias del derecho al reino de Navarra, como por querer cada uno extender su conquista por las tierras de Valencia. Entonces fué cuando, aconsejados por sus prelados y ricos-hombres, ajustaron ambos monarcas, aragonés y castellano, un convenio, por el cual se comprometían á mancomunarse en cuanto les fuese dable en vez de perjudicarse, y como lazo y garantía de este trato se concertó matrimonio entre Alfonso, príncipe heredero de Castilla, y Violante, la mayor de las hijas de D. Jaime. La joven Violante fué llevada á Castilla, y celebráronse sus bodas en Valladolid con grandes fiestas, por el mes de Noviembre de 1246, si bien el matrimonio no se consumó hasta más adelante [1].

«Como el rey había en este tiempo acabado de sojuzgar á su obediencia, dice Zurita, todo lo que era de su conquista dentro de España, puso todo su cuidado y pensamiento en que se ordenase un volumen de las leyes y fueros, y se interpretasen y declarasen los que estaban en oscuridad por la antigüedad del tiempo.» A este fin, mandó convocar Cortes generales á los aragoneses en la ciudad de Huesca, y en ellas se declararon, reformaron y corrigieron los fueros, formando un volumen dividido en ocho libros, bajo la inspección del

en duda el hecho que de referir se acaba, atacándome duramente por haber calumniado la memoria de D. Jaime y la del obispo de Gerona. Vea el lector mi obra *Las ruinas de Poblet*, y allí encontrará los documentos que prueban cuanto aquí digo.

1 La escritura del desposorio de D. Alfonso de Castilla con Doña Violante, se halla en el tomo I del *Memorial histórico* de la Academia.

sabio Vidal de Cañellas, obispo de Huesca. Estos ocho libros, compuestos de los fueros de Sobrarbe y de las leyes expedidas por el mismo D. Jaime, constituyen el código más antiguo de Aragón, que fué aumentándose con los decretos de los reyes posteriores. Célebres fueran estas Cortes, cuando no por otra causa, por haberse levantado en ellas una voz, quizá la primera, como hace observar Quadrado, contra los *juicios de Dios* y las pruebas de agua y fuego, tan acreditadas por la superstición [1].

También en este mismo año quiso el rey, creyendo acabar con el estado de agitación en que se hallaba el reino, repartir sus dominios entre sus hijos para cuando le llegase el caso de muerte. Tenía entonces de la primera esposa y repudiada Doña Leonor á D. Alfonso, y de su segunda mujer, Doña Violante, á D. Pedro, D. Jaime, D. Fernando, D. Sancho y á las infantas Doña Violante, Doña Constanza, Doña Sancha y Doña María. Así, pues, ordenó de sus reinos en la forma y modo siguientes [2]:

A D. Alfonso, el mayor, y habido en su primer matrimonio, le instituyó heredero y sucesor en el reino de Aragón, designando sus límites desde el Cinca hasta Ariza y desde los puertos de Santa Cristina hasta el río que pasa por Alventosa; pero excluyendo el condado de Ribagorza y lo que se había ganado de la parte de acá del Cinca, todo lo cual se adjudicaba á Cataluña.

A D. Pedro le dejó heredero y sucesor en Cataluña, comprendiendo en ella toda Ribagorza y sus términos con las riberas del Cinca, añadiéndole Mallorca y las demás islas Baleares. Los límites del Principado se fijaron desde el puerto de la Clusa hasta el río de Ullde-

1 Zurita, lib. III, cap. XLII.—Quadrado: *Aragón*, pág. 141.
2 Zurita, lib. III, cap. XLIII.

cona, y desde el paso de Miravete de este río hasta Mequinenza, declarando que esta plaza se incluyese dentro de Cataluña, y desde Mequinenza hasta Fraga y Monzón y á los límites que partían término entre Ribagorza y Sobrarbe.

A D. Jaime le dejó todo el reino de Valencia, desde el río de Ulldecona hasta la Muela, desde la mar hasta Requena y de allí al río Alventosa.

A D. Fernando, el hijo tercero que hubo en Doña Violante, dejaba todo el condado de Rosellón y Conflent, Cerdaña y el señorío de Montpeller, con los derechos que tenía el rey á los condados y dominios de aquellas tierras.

Por lo que toca al cuarto hijo de Doña Violante, Don Sancho, ordenó que fuese de la Iglesia, y fué en efecto arcediano de Belchite, abad de Valladolid y después arzobispo de Toledo.

En caso de tener otro hijo varón, quería que fuese caballero de la orden de los templarios; pero esto no se cumplió, pues le nació sólo otra hija que se llamó Isabel.

A falta de descendencia varonil, encargaba que debiesen suceder los hijos de la infanta Doña Violante, casada con el primogénito de Castilla, pero con la expresa y terminante condición de que estos reinos y estados nunca fuesen de la jurisdicción del reino de Castilla ni se juntasen con aquella corona; sólo quedase heredero de ellos uno de los príncipes hijos de Doña Violante, sin reconocer superioridad alguna en el castellano.

No quiso el rey que esta disposición permaneciese secreta, y mandóla publicar, hallándose en Valencia, á 19 de Enero de 1248; pero dió un resultado distinto del que se esperaba, pues no sólo no se sosegaron las alteraciones que por esta causa se habían movido, sino que se encendieron cada vez más; constando que el príncipe

D. Alfonso y el infante D. Pedro de Portugal, con los ricos-hombres de su opinión, comenzaron á andar con grandes compañías de gente de guerra conmoviendo y alterando las ciudades y villas del reino.

CAPÍTULO IX.

Rompimiento del tratado por los moros de Játiva.—D. Jaime pone sitio á Játiva.—Desavenencias entre D. Jaime y su yerno el príncipe de Castilla.—Prosigue el sitio.—Distínguese Jaime Portadora.—Entrevista del rey de Aragón y el príncipe de Castilla.—Convenio entre ambos.—Capitulación de Játiva.—Repartimiento de tierras y administración de Játiva.—Cortes en Alcañiz de catalanes y aragoneses para dirimir las diferencias entre el rey y su hijo.—Embajada al príncipe Alfonso.—Sentencia de los jueces de Alcañiz.—Cortes en Barcelona donde se jura por sucesor del rey en Cataluña á su hijo D. Pedro.—Muerte de la reina Doña Violante.—Amores del rey con Doña Teresa Gil de Vidaure.—Doña Teresa obra ostensiblemente como mujer legítima del rey.—Ríndese Biar y todo lo demás del reino de Valencia.—Discordia entre D. Jaime y su yerno el rey de Castilla.—Toma D. Jaime bajo su protección el reino de Navarra, y preparativos de guerra con Castilla.—El príncipe Alfonso aprueba en Barcelona las donaciones hechas por su padre á sus hermanos.—Nuevos tratos con el rey de Navarra y tregua con Castilla.

(De 1248 á 1254.)

Acabo de decir que el rey estaba ya otra vez en Valencia á comienzos del 1248, y por este tiempo ordenó á D. Rodrigo de Lizana que hiciese un reconocimiento hacia la parte del valle de Cárcer. Partió el de Lizana al frente de algunos caballos y de unos cuantos almogavares; pero, al regresar á Valencia con un rico botín, se dió la señal de alarma, que los moros repitieron de atalaya en atalaya, y entonces los de Játiva, á pesar de no

haber sido dirigida la cabalgada contra los sarracenos vasallos de su alcaide, sino contra otros que estaban en guerra con D. Jaime, salieron estrepitosamente contra la hueste de Lizana, dieron sobre ella y se apoderaron de la presa que llevaba.

Con júbilo recibió D. Jaime esta nueva, por ser agresores los moros de Játiva, en cuyas tierras no habían merodeado las fuerzas del de Lizana, autorizándole esta infracción del convenio para ir á poner sitio á aquella ciudad. Antes, empero, citó al alcaide de Játiva para que compareciese ante él, y le acusó de haber quebrantado las treguas, amenazándole con una guerra de exterminio si no le hacía entrega del castillo de Játiva, ó bien aceptaba para juez en aquella querella al rico-hombre que él le designase. El alcaide moro prefirió apelar á la suerte de las armas, y entonces avanzó el rey hacia Játiva, dispuesto á entrar en campaña y á poner decididamente sitio á la plaza, verificándolo así y acampando en la vega, á orillas del río, después de haber mandado abrir un foso para que pudiese quedar cerrado el real [1]. Siguiéronle la reina, su mujer, compañera inseparable por lo que parece de sus empresas militares; su tío Don Fernando, muchos ricos-hombres y caballeros, y gran multitud de almogavares.

Inmediatamente que el sitio quedó puesto, comenzaron las salidas de los sitiados y los torneos y combates parciales con los sitiadores; que era entonces caballeresca costumbre, según se habrá podido observar en el transcurso de esta obra, la de retarse unos á otros los campeones de entrambos campos, peleando cada combatiente por su ley y por su patria, y retirándose tan

1 Respecto á la fecha de este sitio de Játiva, no están conformes los historiadores castellanos y valencianos, quienes la ponen unos en 1244 y otros en 46. Yo sigo á Zurita poniéndolo en 48, y otra fecha no puede ser atendidos los sucesos.

seguro el vencedor, aun hallándose rodeado de enemigos, como si entre los suyos propios estuviera.

Mientras proseguían las operaciones del sitio, tuvo D. Jaime fundadas sospechas de que su propio yerno, el príncipe y heredero de Castilla, D. Alfonso, trataba de arrebatarle aquella conquista; pues supo que emisarios suyos andaban en tratos con los sitiados, seduciéndoles para que aguardasen su llegada á fin de capitular con él y no con el rey de Aragón. Un mensajero castellano fué sorprendido andando en estos tratos, y sin ceremonias, le mandó D. Jaime ahorcar de un arbol [1]. Lo mismo hizo con 17 habitantes de Enguera, por haberse esta población rendido á D. Alfonso, que tomó posesión de ella en menosprecio de los tratados, según los cuales aquel pueblo pertenecía á D. Jaime, por ser de la jurisdicción de Játiva.

Mientras todo esto tenía lugar, avanzaban cada día más los trabajos del sitio y era cada vez más apurada la situación de la ciudad. «Los almogavares, dice el cronista Boix en su *Xátiva árabe*, habían talado completamente los alrededores; habían desaparecido sus magníficos arbolados; los caballos pastaban en los campos más bellos; las aguas de Bellús, en lugar de circular por la ciudad conducidas por 100 acueductos, perdíanse en los barrancos; las hermosas alquerías árabes se hallaban incendiadas; y era tal, en fin, la vigilancia de los sitiadores, que no solamente impedían la entrada de los víveres, sino que apenas se descubría por las almenas, torres y atalayas una cabeza enemiga, llovían sobre ella centenares de saetas, dardos y azagayas.»

Según las trovas de Febrer, uno de los soldados que más se distinguieron en estos lances, mereciendo por sus multiplicados servicios las más honoríficas recom-

1 Crónica real, cap. CCXXIII.

pensas, fué un aventurero procedente de Montpeller, llamado Jaime Portadora, quien se había hecho notar ya por su valor en la defensa del Puig y en la toma de Valencia.

En esto, el príncipe castellano, D. Alfonso, envió mensajeros al campo para pedir una entrevista á Don Jaime. Acudió éste á ella, acompañado de la reina Doña Violante, de Guillermo de Moncada, el maestre del Hospital, Jimeno Pérez de Arenós, Carroz y parte de su comitiva. La entrevista se efectuó en los campos de Alcira, y D. Alfonso mandó proponer á su suegro que le diese la ciudad de Játiva en clase de dote para su hija Violante, ya que se había casado con ella sin que le trajese ninguna parte de los dominios de Aragón [1]. La demanda encolerizó al rey D. Jaime, que hubo de prorumpir en estas palabras: «¿Acaso, cuando nuestro matrimonio con Doña Leonor de Castilla, se nos dió con ella algún territorio, algún honor ó caudal? No creemos que tengamos Nos que dar á ningún rey con nuestra hija más de lo que se nos dió á Nos con nuestra primera esposa.» Tanto D. Alfonso como D. Jaime, anduvieron en mensajes, porfiando el uno y negando el otro, hasta decir terminantemente *el Conquistador* que á él le pertenecía la conquista de Játiva, que sólo él la llevaría á cabo y que habría de pasar por encima de su cadáver cualquiera que en la ciudad pretendiese penetrar ántes que él.

Enviado este mensaje por D. Jaime, como resolución definitiva, á su yerno D. Alfonso, añadiéndole además que, aunque era costumbre en los castellanos espantar

1 Crónica real, caps. CCXXV y siguientes. Esta entrevista y esta proposición del yerno al suegro, prueban que el sitio de Játiva hubo de verificarse después del 46, época del casamiento de Alfonso con Violante, y no antes, como pretenden los historiadores castellanos y valencianos.

á todos con sus amenazas, ya las podían poner por obra para ver así en cuan poco él las estimaba, mandó ensillar los caballos y disponerlo todo para la vuelta al campo, sin hacer caso de las lágrimas de la reina á quien pesaba en el alma aquel rompimiento con el esposo de su hija mayor. Presentáronse en esto al monarca aragonés los dos mensajeros del castellano, el maestre de Uclés y D. Diego de Vizcaya, los cuales trataron de mitigar su enojo.—«Es que no hay hombre tan pacífico, les contestó D. Jaime, á quien vosotros los castellanos no seáis capaces de sacar de quicio, pues obráis en todas vuestras cosas con tanto orgullo, como si no tuviérais más que abrir la boca para que viéseis cumplidos vuestros deseos.» Los mensajeros rogaron entonces á la reina que interviniese, y por mediación de ella, tuvo por fin un buen resultado el negocio. Cedió Don Alfonso en sus pretensiones, y hasta prometió devolver las plazas de Enguera y Muxent, con tal que D. Jaime le cediese, como lo hizo, las de Villena, Sax, Capdets y Bugarra. Firmaron escritura el suegro y el yerno, y quedó definitivamente acordado el repartimiento de las tierras de conquista, tocando á D. Alfonso Almansa, Sarazull y el río de Cabriol, y al aragonés Castellá, Biar, Sexona, Alarch, Finestrat, Torres, Polop, la Mola, Altea, Tormos y todo lo que en sus términos se hallaba comprendido.

Terminado ya este asunto, volvió D. Jaime al sitio de Játiva; pero aun cuando lo estrechó cuanto pudo y combatió la ciudad sin tregua ni descanso, tardáronse once meses antes que los valientes moros jativeños pensasen en capitulación. Convencido, por fin, el alcaide de que el sitiador no levantaría el campo, propuso capitular y entregarle la plaza, pero con la condición de que se le dieran los castillos de Montesa y de Vallada para habitar él y sus gentes. Reunió en seguida el rey su

consejo, al que asistió también Doña Violante, la cual fué de parecer que no debía dilatarse la toma de posesión de tan rica villa y tan buena fortaleza como era Játiva, por la insignificancia de uno ó de dos castillos. Todos los consejeros aceptaron el dictamen de la reina, y asintiendo á ello D. Jaime, firmóse la capitulación en árabe y en latín, quedando así dueño el monarca aragonés de la que él llama en sus memorias florón y llave de Valencia.

Tomada Játiva, procedió el rey á repartir las tierras y propiedades entre los que le habían ayudado en la conquista, según costumbre establecida ya en Mallorca y en Valencia, confiando la comisión á Jaime Sans, Guillermo Bernat, Pedro Germán y otros. Por lo que toca á la administración política, quedó sujeta á la que regía en Valencia y demás villas reales. Un justicia, elegido todos los años, alternando la clase de caballeros y la de los ciudadanos, se hallaba encargado de los negocios criminales y civiles, y de los administrativos y económicos, con anuencia y consentimiento de los jurados ó cuerpo administrativo municipal. Un bayle particular, dependiente del de Valencia, administraba el patrimonio, que se reservó el rey por fuero de conquista; y más adelante, el diputado de Játiva tuvo el segundo voto en Cortes generales, precediendo á las ciudades de Orihuela y Segorbe, á pesar de tener sillas episcopales [1].

Del punto de su nueva conquista se volvió el rey á Valencia, y de esta ciudad pasó á la de Alcañiz, para donde había llamado á Cortes á aragoneses y á catalanes, con objeto de poner término á las diferencias nacidas entre él y su hijo mayor. Celebráronse estas Cortes por el mes de Febrero de 1250, y en ellas se determinó

1 Vicente Boix: *Xátiva*, IV y V.

nombrar un jurado de jueces árbitros para dirimir la contienda, recayendo la elección en Pedro de Albalat, arzobispo de Tarragona; Vidal de Cañellas, obispo de Huesca; Guillermo, obispo de Lérida; el obispo de Barcelona, Guillermo de Cardona, maestre ó teniente de maestre del Temple; Pedro de Alcalá, castellán de Amposta; Pons Hugo, conde de Ampurias; Ramón de Cardona, Ramón Berenguer de Ager, Jaime de Cervera, Artal de Luna, Pedro Cornel, García Romeu, Jimeno de Foces y varios procuradores de ciudades y villas aragonesas y catalanas [1].

Comenzóse por enviar una embajada al príncipe Don Alfonso, que, con su constante valedor el infante de Portugal, se hallaba entonces en Sevilla, para inclinarle é inducirle á respetar la elección de los jueces nombrados en Cortes, adhiriéndose á lo que ellos declarasen. Compusieron esta embajada, á más del arzobispo de Tarragona y algunos ricos-hombres, los síndicos y procuradores de Zaragoza, Barcelona, Lérida, Huesca, Calatayud, Daroca, Teruel, Jaca y Barbastro. Ante estos embajadores, y á presencia también del rey de Castilla y de muchos magnates, juraron estar el príncipe Don Alfonso y el infante de Portugal á lo que resolviesen los jueces elegidos en Alcañiz.

Con el logro de su mensaje volviéronse los embajadores á estas tierras, pasando á dar cuenta de su misión al rey, que se hallaba entonces en Morella (Mayo de 1250), el cual mandó inmediatamente dar letras de salvo-conducto á los que seguían el bando de su hijo, volviéndoles sus bienes que tenía confiscados, poniendo treguas en sus reinos y fuera de ellos con los infantes, y restituyendo al de Portugal la posesión libre de sus dominios, exceptuando cinco villas con sus castillos del

1 Zurita, lib. III, cap. XLV.

reino de Valencia, que eran Morella, Segorbe, Murviedro, Almenara y Castellón, desde las cuales el infante le había movido guerra, y que fueron entregadas á los jueces para que éstos las guardasen hasta determinar á quién, según justicia, correspondían.

Los jueces nombrados en Alcañiz celebraron varias reuniones en Calatayud ó en Ariza, y por el mes de Setiembre dieron su sentencia, la cual disponía en suma: 1.°, que el príncipe D. Alfonso se pusiese bajo la obediencia del rey; 2.°, que como á primogénito se le nombrase gobernador general de los reinos de Aragón y Valencia; y 3.°, que se reservase el Principado de Cataluña para D. Pedro, hijo mayor de la reina Doña Violante [1].

Terminado este negocio, el rey, que después de Morella había residido en Zaragoza y en Huesca, se vino á Cataluña, donde había mandado convocar en Cortes á los catalanes para Marzo de 1251 en Barcelona. Presentóse ante las Cortes D. Jaime el 26 de dicho mes de Marzo, y declaró que dejaba á su hijo D. Pedro por heredero y sucesor suyo en los condados de Barcelona, Tarragona, Gerona, Besalú, Vich, Rosellón, Cerdaña, Conflent, Vallespir y Urgel, y en las ciudades de Lérida y Tortosa, lo propio que en los condados de Ribagorza y de Pallars y en todo lo que tenía, ó le podía al rey pertenecer, desde el río Cinca á Salses, con el valle de Arán que se incluía en dichos dominios. Dispuso en seguida que se pusiera á D. Pedro en posesión de tales estados, reservándose él el usufructo durante su vida, y pasaron acto continuo las Cortes á jurar al sucesor, constando que le prestaron homenaje aquel día mismo los barones Pons Hugo, conde de Ampurias, Bernardo de Santa Eugenia, Guillermo de Aguiló, Gauberto de

1 Zurita, libro y capítulo citados.

Cruillas, Hugo de Anglesola, Arnaldo, Guillermo de Cartellá, Ramón y Galcerán de Urg, Guillermo de Moncada, Guillermo de Cervelló, Jaime de Cervera, Ramón de Moncada, Ramón de Ribelles, Ramón de Timor, muchos otros magnates y caballeros de Cataluña y los procuradores y síndicos de ciudades y villas con los ciudadanos de Barcelona [1].

De esta ciudad debió pasar el rey á Valencia, donde parece que hizo donación á su otro hijo D. Jaime, del reino de Valencia, de Mallorca, Menorca é Ibiza y del señorío de Montpeller, variando así sus anteriores disposiciones, y haciendo prestar homenaje á D. Jaime por los ricos-hombres, caballeros, alcaides y vecinos de la ciudad de Valencia y de los castillos de aquel reino [2].

En este mismo año de 1251 murió la reina Doña Violante. Cree Zurita que no fué así, y que aún vivió algunos años más; pero no fija la época de su fallecimiento, mientras que por otra parte he hallado terminantemente escrito en la crónica-anuario que se conserva en las casas consistoriales de Montpeller, donde se apuntaban los hechos más notables, las siguientes palabras: *Anno MCCLI. Obiit D. Yoles, regina Aragoniæ.*

Muerta la reina, comenzaron á dar mucho que hablar en el país los amores del rey con Doña Teresa Gil de Vidaure, ilustre y gentil aragonesa, al decir de las crónicas, á quien hizo D. Jaime, entre otras donaciones, la de una casa de recreo ó baños con magníficos jardines, cerca de Valencia, que perteneciera á una dama mora llamada Zeyde, hermana de Zeyán según algunos. Esta bella posesión, ofrecida ya por Zeyán *al Conquistador* antes de la toma de Valencia, se hallaba situada en uno

1 Zurita, lib. III, cap. XLVI.—Feliu de la Peña.

2 Zurita, idem id.—Adviértase que ya en este tiempo había muerto mozo el otro hijo del rey, D. Fernando.

de los puntos más deliciosos de la vega, á orillas del Turia, y junto á la acequia de Rascaña. Agitados fueron los amores de esta señora con el monarca, y es tradición que más de una vez, cuando retirados en aquel sitio pintoresco se olvidaban del mundo y de sus sinsabores para entregarse sólo á los éxtasis de su amor, aparecióseles airado y sombrío á turbarles en sus soledades el venerable confesor del rey San Raimundo de Peñafort, para reprender los devaneos del soberano y anatematizar á la sirena que voluptuosa le retenía en sus brazos. Otros dicen que D. Jaime dió á su gentil Teresa palabra de casamiento, y afirman algunos que hasta llegó á contraer con ella matrimonio clandestino, y que, habiéndola repudiado, movióle pleito Doña Teresa ante el tribunal eclesiástico, en el que, si bien obtuvo sentencia favorable, jamás alcanzó que el rey volviese á hacer con ella vida conyugal, á pesar de haber reconocido como legítimos sus hijos, declarándoles por uno de sus testamentos sucesores en sus estados á falta de los legítimos [1].

Antes, empero, de llegar este caso, es fama que Doña Teresa acompañaba al rey en sus cabalgadas contra los moros y en sus empresas militares, como si fuese mujer suya propia, pues ninguna otra sino ella pudo ser aquella reina, compañera inseparable del *Conquistador*, de que nos hablan las crónicas, en ciertas jornadas que llevó á cabo después de 1251, época del fallecimiento de Doña Violante. Y muéveme á creerlo así lo mismo que dice Zurita de que por los años de 1255 «gobernaba el rey gran parte de sus negocios por el consejo de una dueña muy principal, que se decía Doña Teresa Gil de Vidaure, con la cual vivió mucho tiempo como

1 Otorgó el rey este testamento en Montpeller á 26 de Agosto de 1272.

con su mujer legítima; y así se declaró después por sentencia, que lo fué [1].»

La gloria del monarca aragonés llegó á su apogeo en los dos años inmediatos, durante los cuales, hallándose en Valencia, se le rindieron el castillo y villa de Biar, después de haber ocupado en el cerco los meses de Setiembre de 1252 á Febrero de 1253, y sometiéronsele en seguida todas las poblaciones y tierras desde el Júcar hasta el reino de Murcia, salvas vidas y haciendas, «por manera que de aquel momento en adelante ya lo dominamos todo,» como dice el propio rey en su obra.

Había fallecido poco antes el rey de Castilla D. Fernando, subiendo al trono su hijo D. Alfonso, casado, conforme ya sabemos, con la hija de Jaime de Aragón Doña Violante. Poco leal siempre el castellano en sus relaciones con el aragonés, manifestó deseos de repudiar á Doña Violante, en cuanto se vió rey, bajo pretexto de no tener en ella sucesión, y de aquí sobrevinieron nuevas discordias entre suegro y yerno, llegándose á romper la guerra por las fronteras de Murcia y de Castilla, según asienta *Zurita*. Hubo, sin embargo, buenos mediadores entre ambos monarcas, y la cosa no pasó muy adelante, celebrándose entre ambos un convenio de paz mientras se hallaba D. Jaime en el cerco de Biar [2], á lo cual quizá contribuyó también el haberse declarado en cinta Doña Violante por aquel mismo tiempo.

Pronto, sin embargo, hubo entre ellos un nuevo y más serio rompimiento. A mediados del 1253 murió el rey de Navarra Teobaldo, y su viuda y su hijo se ampararon de D. Jaime poniéndose bajo su protección, á cuyo fin pasó nuestro monarca á Tudela por el mes de

1 Zurita, lib. III, cap. LI.
2 Zurita, idem, id., cap. XLVIII.

Agosto para avistarse con ambos y celebrar con ellos un tratado, según el cual el joven rey navarro y su madre prometieron al *Conquistador* ser amigos de sus amigos, enemigos de sus enemigos y valerle y ayudarle contra cualesquiera príncipe del mundo, ménos el emperador de Alemania y el rey de Francia. En cambio, D. Jaime les prometió defenderles contra Castilla y dar una de sus hijas en matrimonio al joven Teobaldo II. Esta alianza inspiró muy graves recelos al castellano, que guarneció en seguida de gente de armas las fronteras, pretendiendo que Navarra le pertenecía de derecho y disponiéndose á invadirla. El aragonés, por su parte, juntó tambien y movió sus huestes, pronto á defender aquel reino, y presidió con gente de los consejos de Huesca, Jaca, Tahuste y Alagón las fronteras de Sos y de Uncastillo; pero por el pronto no vinieron las cosas á rompimiento de hostilidades.

Entrado el mes de Setiembre, y dando tregua las desavenencias con Castilla, vínose D. Jaime á Barcelona, donde el príncipe D. Alfonso, ante él y su consejo, aprobó y confirmó las donaciones hechas por su padre á sus hermanos D. Pedro y D. Jaime. Formaban el consejo real el arzobispo de Tarragona, el obispo de Barcelona, el conde de Ampurias, el vizconde de Cardona, Guillermo y Berenguer de Anglesola, Bernardo de Santa Eugenia, Jimeno Pérez de Arenós, Galcerán y Ramón de Urg, Guillermo y Berenguer de Cardona y Bernardo de Centellas. Fué el público juramento y homenaje de D. Alfonso en manos del rey á 23 de Setiembre de 1253, y así quedaron por el momento definitivamente transigidas las dolorosas cuestiones que se habían suscitado entre los hijos de D. Jaime y que amagaban destrozar el reino con una guerra civil.

El *Conquistador* debió permanecer todo aquel invierno en Barcelona, pasando en seguida á las fronteras de

Navarra, donde ya amenazaba la guerra con el castellano, y donde se vió con el joven rey Teobaldo II en Monteagudo á principios del Abril de 1254. Firmáronse entonces nuevos pactos y convenios entre ambos, siendo muy de notar, como ya reparó *Zurita* [1], que el rey D. Jaime prometió valer al de Navarra contra todos los príncipes del mundo que pudiesen declararle guerra, menos contra Carlos, conde de la Provenza á la sazon, hermano del rey de Francia, que hubo de ser luego el más capital enemigo que habían de tener su hijo D. Pedro y la casa de Aragón. Todo estaba ya dispuesto é iba á comenzar la guerra con visos de ser sangrienta y empeñada, cuando tuvo noticia D. Jaime de un levantamiento que acababan de efectuar los moros de Valencia. Pactó, pues, apresuradamente treguas con el rey de Castilla, y partió para aquel reino con intención de sujetar á los moros rebelados, acompañándole á esta expedición, según parece, su amada Teresa Gil de Vidaure, ganosa de dar á su vez las pruebas que diera un día Doña Violante de buena heroína y buena consejera, compartiendo los peligros y las amarguras del monarca en las militares campañas.

1 Cap. XLIX del tercer libro.

CAPÍTULO X.

Azedrach el moro.—Sus astucias y tramas secretas.—Trata de apoderarse del rey armándole una emboscada.—Sublevación de los moros. —Determinación del rey.—Cortes en Valencia con este objeto.—Nombramiento de Guillermo de Moncada para gobernador de Játiva, y expulsión de los moros de Valencia.—Capitulación de los moros de Montesa.—Jimeno Pérez de Arenós marcha contra los sublevados.—Batalla de Peñacadell en que hizo sus primeras armas D. Pedro.—Tregua con los moros.—El príncipe D. Alfonso procurador de Aragón y de Valencia.—Bernardo Vidal de Besalú media para conseguir la paz entre los reyes de Aragón y de Castilla.—Vistas de ambos reyes.—Sublevación de Montpeller.—Los reyes de Aragón y de Francia nombran árbitros para dirimir su contienda.—El vizconde de Narbona desafía al rey de Aragón.—Vistas de los reyes de Aragón y de Castilla en Calatayud y en Soria.—Rompimiento de hostilidades entre los reyes de Aragón y de Francia.—Termina D. Jaime la campaña de Valencia.—Astucia de que se valió.—Capitulacion de Azedrach.

(De 1254 á 1256.)

Preciso se hace ahora poner en ciertos antecedentes á los lectores. Después de la conquista de Valencia, vivía en la corte del rey y le seguía á todas partes, un moro llamado Alazarach, Al-Azarch ó Azedrach, que de esta manera le nombran indistintamente nuestros historiadores, y del cual un moderno cronista traza el bello retrato siguiente: «Hijo de padre africano y de madre española, dice, unía al carácter de hierro del primero, la noble altivez de la segunda. Joven, bien apuesto, moreno de color, de mirada viva y penetrante, de fácil producción, ora se explicase en lemosín, ora usase el idioma de sus mayores, y dotado de una imaginación brillante como el cielo andaluz que vió nacer á su madre, y de una sagacidad semejante á la de la pantera de

los desiertos donde se meció la cuna de su padre, Azedrach, desterrado de Granada su patria, encontró grata acogida en la corte del rey D. Jaime, de quien recibió una protección muy distinguida. Astuto el moro se dedicó á asegurar más y más esta confianza, portándose como valiente en las guerras contra sus propios hermanos, y fingiendo que se preparaba á abrazar la fe de su augusto protector, para alucinar de un modo más seductor á un monarca altamente religioso. Ofreciendo sus obsequios galantes á una linda joven, parienta de Jimeno Carroz, el conquistador de Denia, ocultaba entre las flores que depositaba á los pies de su hermosa dama el vasto pensamiento de vengar á los moros del estado en que se hallaban, y llevaba adelante la conspiración sigilosamente y con una maña, que hacía más segura la confianza dispensada por el rey y los altos personajes de su corte [1].»

Tal era en efecto el hombre que el rey mantenía á su lado sin recelo de ninguna clase. Su política, su sangre fría, su astucia y su serenidad salvaron á Azedrach de toda sospecha, y pudo por lo mismo seguir desde la corte de D. Jaime el hilo de una correspondencia activa y sigilosa con los alfaquíes y los caudillos de los moros que, arrojados de Játiva, fueron á refugiarse en las breñas que forman las vertientes escabrosas del altísimo Mariola. La conspiración iba adelantando mientras iba D. Jaime colmando de mercedes á Azedrach, quien, á lo que parece, era señor del castillo de Rugat, nombre que aun distingue al pueblo de Ayelo, cerca de Montichelvo, y que se hallaba situado en la cima de un monte que domina aquel valle áspero y erizado. Cuanto más se aproximaba el momento fijado en las secretas tramas del astuto moro para dar el grito de independencia, más

1 Vicente Boix: *Historia de Valencia*, pág. 63 del tomo I.

entusiasta del rey se iba haciendo Azedrach, más vehementes manifestaba sus impulsos de hacerse cristiano, y más ardientemente enamorado aparecía de la hermosa Alda de Carroz, parienta de Jimeno Carroz, señor de Rebolledo.

Maduros los planes, y pronto todo, llegó por fin el día designado para dar el golpe. Azedrach intentaba nada menos que apoderarse de la misma persona del rey, y en poco estuvo ciertamente que lo consiguiese. Al efecto, le suplicó que le concediese el honor de ir á tomar posesión en persona del castillo de Rugat, y ageno el rey de sospechar en este ofrecimiento una cobarde felonía, atendió á la súplica y se dirigió al castillo, armado sólo de cota de malla, y en compañía de unos pocos caballeros. Según Beuter, formaban tambien parte de esta comitiva la reina (Doña Teresa Gil de Vidaure sin duda) y algunas damas de la corte [1]. Había ya anochecido cuando la cabalgata penetraba en las fragosidades del valle, buscando á Azedrach que se había adelantado con el pretexto de disponer el recibimiento. Pero, el recibimiento del moro fué salir de repente de entre las breñas, presentándose á la cabeza de siete grupos de ballesteros, cuyo salvaje grito de guerra y cuyos bélicos toques de cornetas y añafiles fueron á despertar los ecos dormidos en aquéllas sinuosidades. Cuentan las crónicas, que si fué terrible el acometimiento, no fué menos briosa la resistencia. El rey, á la cabeza de su pequeña escolta, resistió el ataque de sus enemigos, los cuales sorprendidos de hallar tan valiente resistencia donde no esperaban, comenzaron á cejar; y entónces D. Jaime, según refieren las memorias antiguas, conociendo la impresión de que se hallaban dominados, acometió á su

1 Beuter, part. II, cap. XLVIII.—Zurita, lib. III, cap. L.—Vicente Boix en su *Historia de Valencia* y en su *Xátiva*.

vez á los sarracenos, les debeló, y á las cargas de su caballería logró por último dispersarles, no sin perder 17 de sus hombres de armas.

Debió esto acontecer poco después del sitio de Biar, y desde aquel momento desapareció Azedrach, sin que en algún tiempo volvieran á tenerse noticias suyas. No tardó en darlas sin embargo. Aunque desconcertado con su fracaso, esperó otra ocasión oportuna, y creyó hallarla cuando el rey estaba distraído en sus preparativos de guerra contra Castilla. Dió su grito de guerra y apoderóse sucesivamente de Pego y de Finestrat, levantándose á su voz los moros del valle de Gallinera, de Guadaslet y tierra de Luchente y de Montesa.

Entonces fué cuando el rey acudió inmediatamente á Valencia, como hemos dicho; y poco después de haber llegado allí, supo que Azedrach le había tomado por escalada el castillo de Peña-águila, de lo cual se sintió mucho. «Obra de Dios parece esto, exclamó el rey, para que los moros lo paguen cara y duramente; no les sacábamos de sus albergues, ni les hacíamos daño, para que pudieran vivir opulentamente entre nosotros; mas ahora estamos libres de convenios, porque ellos son los primeros en romperlos [1].»

Formado este proyecto, y decidido á ponerlo por obra acto continuo, mandó reunir en la iglesia mayor de Valencia á los prelados y principales barones y caballeros junto con algunos ciudadanos, y les propuso la expulsión total de los moros para poblar la tierra de cristianos. Profunda fué la sensación que tan inesperada propuesta produjo en la asamblea. Los prelados y los ciudadanos la aprobaron, pero no así los magnates, quienes se opusieron abiertamente, diciendo que si esto se llevaba á cabo, iban á quedar arruinados cuantos hacían

1 Crónica real, cap. CCXXXVII.

valer sus tierras, merced á la industria de los vencidos y sojuzgados. Después de discutirse ámpliamente, quedó aprobado el dictamen del rey, aunque con la restricción, según los historiadores valencianos, de que la orden de extrañamiento comprendiera sólo á los vasallos moros de la corona, dejando en el país á los que se hallaban en los dominios que eran de señores particulares.

En vista de la opinión de la asamblea, antes empero de la publicación del edicto, se adoptaron todas las disposiciones que se creyeron oportunas para sofocar el levantamiento, marchando inmediatamente á Játiva Guillermo de Moncada, para encargarse de su gobierno y hacer frente el primero á los sublevados de Luchente. Ocupados así todos los demás puntos fuertes de una y otra orilla del Júcar, se publicó la orden de extrañamiento para todos los moros que eran vasallos de la corona, autorizándoles para que se llevasen consigo cuantos efectos de su propiedad pudieran trasportar. Fácil es de suponer el trastorno que este edicto real debía producir en gentes nacidas en el reino y á las cuales se precisaba á abandonar su patria y sus hogares, obligándolas á buscar un asilo hospitalario lejos del país en que se había mecido su cuna y en que reposaban las cenizas de sus padres.

Los más pacíficos instaron, porfiaron y hasta se ofrecieron á pagar tributos dobles si se les dejaba permanecer en el país; pero el rey estuvo inflexible, y enérgicamente se llevó á cabo su voluntad. Entonces, cerca de 70.000 hombres desesperados, cuyo caudillo principal era Azedrach, se prepararon á la resistencia, y formaron dos grandes campos; uno en Luchente y otro en Montesa, cuyo castillo podía contener cómodamente una guarnición de 2.000 combatientes. La ventaja que podía darles tan formidable fortaleza, no alentó á los moros refugiados en ella á sostenerla, los cuales resol-

vieron transigir, valiéndose para el caso de Jimeno Pérez de Arenós, que tenía entre los sarracenos mucha influencia, y por su mediación consiguieron el permiso de retirarse unos á Murcia y otros á Granada.

No fué tan fácil como en Montesa, vencer á los que acaudillaba Azedrach desde la altura de Luchente. Tenía su centro de operaciones en Peñacadell, y estaba protegido, al par que por fuerzas numerosas, por un terreno áspero y montuoso. Contra éstos tuvo que apelarse á la fuerza de las armas. Quería el rey emprender personalmente la campaña, pero vencido por las súplicas de sus barones se limitó á enviar un cuerpo de ejército al mando de Jimeno Pérez de Arenós. Éste probó primero los medios de conciliación, pero viendo que eran ineficaces, resolvió arrojarles á la fuerza de sus alturas.

Tuvieron lugar heróicos combates, y aunque al principio la suerte de las armas pareció favorecer á los moros, se declaró luego por los cristianos. Las crónicas hacen particular mención de la famosa jornada de Peñacadell, en la que, según hallo en un cronista moderno [1], combatió valerosamente el joven príncipe D. Pedro, aquel que luego había de ser llamado *el Grande* entre los reyes de Aragón. Murió en esta batalla Aben-Bazel, lugarteniente de Azedrach, y la victoria fué completa por parte de las armas aragonesas.

Después de esta jornada, que hubo de ser muy sangrienta, y en particular para los moros fatalísima, recogiéronse éstos en sierras y sitios verdaderamente inaccesibles, y hubo necesidad de suspender las hostilidades por algún tiempo, pactándose treguas por un año, é interviniendo en ello el rey de Castilla, que desde aquel momento, como hemos de ver más adelante, comenzó á proteger á Azedrach, llegando hasta facilitarle me-

1 Boix: *Xátiva cristiana*.

dios durante la tregua para reponerse del desastre de Peñacadell.

Por aquel tiempo se había dado ya la procuración del reino de Aragón y Valencia al príncipe D. Alfonso, según acuerdo de los jueces nombrados en Alcañiz, el cual, hallándose en Biar, hizo pleito homenaje al rey su padre, comprometiéndose á ayudarle á él y no al rey de Castilla, si éste movía guerra contra Aragón [1]. Todos estos juramentos y pleitos homenajes, de que se ha ido dando cuenta, prueban que el rey D. Jaime confiaba poco en su hijo, y que éste, más ó menos directamente, continuaba siempre favorecido del castellano, que con él en secreto se entendía.

Ya en esto fenecía la tregua que con el rey de Castilla había pactado el de Aragón, conforme hemos visto al final del anterior capítulo; y aun cuando D. Jaime estaba cada vez más intransigente con su yerno el castellano, por creerse cada vez más agraviado de él, mediaron en favor de la paz algunas personas, amigas de que ambos reyes guardasen todo su valor y recursos para emplearlos contra moros y no para combatirse entre sí. Zurita y Feliu de la Peña citan, como uno de los mediadores en este negocio, al catalán Bernardo Vidal de Besalú, de quien dicen que era hombre muy sabio y al cual consultaba el rey para los asuntos de su consejo y estado, fiándole lo más íntimo. Este buen consejero trabajó tanto y con tanto provecho, que redujo por fin á entrambos monarcas á que celebrasen una conferencia entre Agreda y Tarazona.

Tuvieron lugar estas vistas, y si bien en ellas el aragonés y el castellano quedaron por el momento acordes en que el reino de Navarra continuase bajo la protección y amparo de D. Jaime, es lo cierto que persistió

1 Zurita, lib. III, cap. LI.

en su porfía el rey de Castilla, y las cosas no tardaron en volverse á inclinar más al rompimiento que á la concordia. La paz no se firmó hasta principios del 1256.

Pero, antes de hablar de ello y antes de saber qué fin tuvo el levantamiento de los moros de Valencia, hay que llenar otro vacío que en el año 1255 dejan nuestras historias por referirse á cosas pasadas en la otra parte de los Pirineos [1].

Los habitantes de Montpeller, propensos siempre á su espíritu de independencia y de republicanismo, y movidos también por los ocultos enemigos de la casa de Aragón, habían intentado sustraerse á la autoridad de Don Jaime á fines del 1254, erigiéndose en república. Consta que, en 25 de Octubre de dicho año, formaron una liga con Amalrico vizconde de Narbona, el cual se comprometió á tomar su defensa y á protegerles contra todos los que tratasen de violar sus derechos, excepto contra el rey de Francia y el de Castilla [2]. Esta excepción última, puede indicar muy bien que el monarca castellano no era del todo ajeno quizá á los disturbios de Montpeller, suscitados tal vez para mover embarazos á D. Jaime, precisamente en los momentos en que Castilla preparaba sus armas contra él.

También entró en la liga el obispo de Magalona; y cuentan de él las historias del Languedoc que, en Abril de 1255, declaró que la ciudad de Montpeller había sido siempre feudo de la corona de Francia, siendo el rey de Aragón, no rey, sino señor de Montpeller. ¡Singular definición!

Los monarcas de Aragón y de Francia se hallaban

1 Crónicas de Provenza, historias del Languedoc y del Rosellón y anales de Montpeller.

2 Estas palabras entre los cónsules y síndicos de Montpeller y el vizconde de Narbona, se hallan por extenso en la prueba CCCIX, col. 509 del tomo III de la *Historia del Languedoc*.

entonces en paz, pero existían entre ellos motivos de desavenencia á causa de recíprocas pretensiones sobre feudos de sus respectivos dominios. Así es que, por aquellos tiempos, en Junio de 1255, ambos reyes firmaron un compromiso prometiendo adherirse, bajo pena de 30.000 marcos de plata, á la decisión de dos personas que ellos nombraron y escogieron para árbitros de sus diferencias, las cuales debían dar su dictamen en el término de un año [1]. Estos fueron los preliminares del tratado de Corbeil. La persona nombrada por D. Jaime de Aragón, fué el sacrista de Gerona, sin duda aquel mismo Guillermo de Montgrí, conquistador de Ibiza.

Mientras tanto, D. Jaime resolvió ir á someter los habitantes de Montpeller, y al efecto, pidió paso al rey de Francia por sus tierras, con el permiso para proveerse en ellas de víveres y emplear en esta expedición á los franceses que quisieran seguirle. Fuéronle otorgados estos permisos por San Luis [2], pero no consta que el rey de Aragón atravesara por entonces los Pirineos, antes bien parece que la ciudad de Montpeller continuó titulándose independiente.

Así se pasó todo aquel año de 1255, sin que el estudio de la historia pueda darnos luz suficiente para apreciar en su verdadero valor los sucesos; y sólo encuentro que en Marzo de 1256, Amalrico, vizconde de Narbona, que se había ligado con el rey de Castilla, desafió de parte de éste al rey de Aragón por medio de públicos carteles. Ninguna consecuencia tuvo, sin embargo, este reto fanfarrón del vizconde [3].

1 *Marca hispánica*, págs. 519 y siguientes.—Henri; *Historia del Rosellón*, cap. VI.

2 Extractos de varias cartas de San Luis que se hallan en la prueba CCCXVII, col. 519 del tomo III de la *Historia del Languedoc*.

3 Este cartel de desafío consta en la prueba ó documento CCCXXII, col. 527 de la citada obra. Lleva la fecha del 10 de Marzo de 1256.

Precisamente por aquel mismo tiempo, los reyes de Aragón y de Castilla, cuyas pláticas de concordia continuaban, después de haberse avistado en la ciudad de Calatayud por el mes de Febrero, volvían á verse por el de Marzo en Soria, donde se convinieron definitivamente, renovando las amistades y alianzas que tuvieron sus mayores [1].

Si estas diferencias entre el aragonés y el castellano tuvieron por el pronto un feliz éxito, no lo obtuvieron tan favorable las que mediaban entre el primero y el rey de Francia. Los árbitros nombrados de común acuerdo por ambos monarcas no se avinieron, y dejaron transcurrir el plazo de un año que se les había fijado, sin dar su dictamen, y entonces, dicen las crónicas francesas, «los infantes de Aragón recurrieron á las armas y cometieron diversos actos de hostilidad en la senescalía de Carcasona [2].» Cuáles fueron estos actos y quién ó quiénes de los hijos de D. Jaime se pusieron al frente de la invasión, no lo particularizan las crónicas, y tenemos que contentarnos con los escasos datos que nos proporcionan, sabiendo sólo que el senescal de Carcasona hizo un llamamiento para resistir á la hueste aragonesa, y que el rey de Francia envió como embajadores al de Aragón el caballero Tomás de Montleard y Fray Juan de la Trinidad, su capellán, por cuyo medio y embajada parece que se volvieron á reanudar las interrumpidas negociaciones. Ya veremos como éstas dieron luego por resultado el convenio de Corbeil.

No espiró aquel año de 1256 sin ver el monarca concluída su campaña contra los moros de Valencia sublevados. Ya sabemos como se pactaron treguas de un año con Azedrach, el cual durante este intervalo fué á verse

1 Zurita, lib. III, cap. LII.

2 *Historia del Rosellón*, tom. III, pág. 486.

con el rey de Castilla para pedirle su protección. Interesado estaba entonces el monarca castellano en suscitar dificultades al aragonés, y protegió al moro, á quien es fama que preguntó un día si era aficionado á la caza, contestando Azedrach:—«Sí por cierto, pero son mi caza los castillos del rey de Aragón.»

La tregua concedida fué mejor aprovechada por Don Jaime que por el moro. Valióse de ella para poner en planta una hábil astucia. Hizo que por bajo mano, cuando iba á finalizar la tregua, fuesen comprados á buen precio todos los víveres del moro, engañando con el cebo de la ganancia al lugarteniente de Azedrach, el cual, creyendo que las treguas se renovarían y viendo sólo en aquello un gran negocio, no tuvo inconveniente en vender los víveres que se necesitaban para abasto de las fortalezas. Terminada la tregua, y viéndose Azedrach desprovisto, pidió por conducto del castellano una renovación, pero entonces D. Jaime permaneció inflexible y abrió la campaña, que fué para él altamente satisfactoria, tomando en ella activa y meritoria parte Ramón de Cardona, Guillermo de Anglesola y otros barones de Aragón y de Cataluña, y distinguiéndose como siempre los terribles almogavares.

Rindiéronse al rey muchos castillos, entre ellos los de Planes, Castell de Castells, Pego y Concentaina, y apurado Azedrach, acosado por los almogavares que le daban caza por los montes como á una fiera, concertó con D. Jaime el salirse del reino y no volver jamás á él, mediante que se concediese á un sobrino suyo el castillo de Polop para durante su vida. Accedió el monarca, y Azedrach salió por entonces del reino de Valencia, si bien, faltando á su promesa, hubo de volver más adelante para de nuevo hacer verter mucha cristiana sangre. Así terminó aquella imponente sublevación de moros. Cuando todo hubo concluído, D. Jaime de Aragón

envió un mensaje al de Castilla diciéndole que también era él cazador, que aquellos días había estado de caza y que había hecho presa de diez y siete castillos á los moros. ¡Brillante mensaje y magnífica venganza! [1].

CAPÍTULO XI.

Viajes del rey.—Embajadores enviados á Francia para negociar un tratado.—Tratado de Corbeil entre los reyes de Francia y de Aragón.—Ratificación del tratado por D. Jaime en Barcelona.—Tratos de boda entre Isabel de Aragón y Felipe de Francia.—Viaje del rey á Perpiñán y á Montpeller y sosiego de estas ciudades.—Unido el reino de Valencia al de Aragón, es declarado heredero y sucesor en ambos el príncipe D. Alfonso.—Sucede D. Alvaro en el condado de Urgel y turbaciones en este condado.—D. Pedro de Moncada incendia la villa de Pons.—D. Alvaro de Cabrera se aparta de la obediencia del rey.—Confederación de barones catalanes contra el rey.—D. Jaime llama á las armas para marchar contra ellos.—El rey tenía tregua con el de Túnez.—Muerte del príncipe D. Alfonso en Calatayud.—Declaración y protesta hecha por D. Pedro en Barcelona.—El rey manda al justicia de Aragón contra el conde de Urgel.—Unión y hermandad de las ciudades y villas de Aragón.—Tratos de boda entre el príncipe D. Pedro y Constanza de Sicilia, y embajada del rey al Papa.—Contestación del Papa.—Fernán Sánchez, hijo natural del rey, pasa á Sicilia á ratificar el tratado de boda.—Matrimonio de Isabel de Aragón con Felipe de Francia.—Bodas del príncipe D. Pedro con Constanza de Sicilia.—Disposiciones del rey tocante á sus reinos.

(De 1257 á 1262.)

Por lo mismo que D. Jaime llegaba á un apogeo de gloria que era dado á pocos reyes alcanzar, parecía condenado por la Providencia á pagar esta misma herencia de gloria con repetidos quebrantos y con no tener apenas un momento de tregua y de descanso, ni entre el

1 Crónica real.—Zurita.—Beuter.—Escolano.—Boix.

tumulto de los campos de batalla, ni en el para otros pacífico hogar doméstico. Ni paz y tregua podía dar tampoco á los suyos el que no las tenía para su alma. Imagen es su movimiento continuo de su vida agitada y turbulenta. No les daba vagar ni á su cuerpo ni á su espíritu. Su corte no estaba ni en Zaragoza, ni en Barcelona, ni en Alcañiz, ni en Lérida, ni en Huesca, ni en Tarragona, ó por mejor decir, tan pronto estaba en estos puntos, como en las tiendas levantadas alrededor de la suya en los campos de batalla. D. Jaime de Aragón tuvo su verdadera residencia en la silla de su caballo.

Terminaba apenas la campaña de Valencia cuando se fué á Lérida, donde, por el mes de Agosto de 1257, renovó sus anteriores concordias con el castellano, dándose satisfacción de daños y perjuicios por entrambas partes [1]; de Lérida se vino á Barcelona, en cuyo punto recibió á Gil de Rada, navarro, que se le presentó como embajador, á participarle que aragoneses y navarros andaban cada día querellándose y hostilizándose por las fronteras, de Barcelona pasó á la raya navarra, en donde remedió los daños y asentó treguas con aquel rey, haciendo que tornasen á su obediencia los rebeldes; de allí volvióse otra vez á Barcelona, al objeto de embarcarse para Valencia; de Valencia se trasladó á Tortosa, en cuyo punto se hallaba por Marzo de 1258, y de Tortosa le veremos luego dirigirse nuevamente á Barcelona, para de allí encaminarse á Perpiñán y á Montpeller.

En Tortosa, donde se hallaba sin duda allegando gente para romper de nuevo la guerra contra Azedrach, si cumplido el plazo que se le había dado no salía del rei-

1 En el tomo I del *Memorial histórico* de la Real Academia de la Historia hallará el lector la escritura que firmó en Lérida D. Jaime, donde consta su promesa de enmendar los daños hechos por sus vasallos á los del rey de Castilla, según lo convenido en Soria y Biar.

no, firmó una escritura á 11 de Marzo de 1258, dando poderes y procuración al obispo de Barcelona, Arnaldo; á Guillermo, prior de Santa María de Cornellá, y á Guillermo de Rocafull ó Roquefeuil (*Rocafolio* dice el documento), su lugarteniente en Montpeller, para pasar en clase de embajadoros suyos á la corte de Francia y terminar sus diferencias con el monarca de aquella nación [1]. Una crónica provenzal dice que al mismo tiempo, y por un acto separado, les dió poder para concluir el casamiento de su hija Isabel con Felipe, hijo segundo del rey.

Partieron los embajadores; hallaron al monarca francés San Luis en Corbeil; tuvieron con él varias conferencias, y convinieron por fin, á 11 de Mayo de 1258, en aquel famoso tratado que se llamó de Corbeil, sobre el cual he dado ya mi pobre opinión en el tomo I de esta obra, y según el que Luis IX de Francia cedía al rey sus pretendidos derechos de feudo y señorío, basados en imaginarias tradiciones carlovingias, sobre los condados de Barcelona, Urgel, Besalú, Rosellón, Ampurias, Cerdaña, Conflent, Gerona y Vich, mientras que D. Jaime cedía por su parte sus derechos algo menos hipotéticos, algo menos fantásticos y algo más reales sobre los condados, vizcondados y pueblos de Carcasona, Rasez, Laurac, Termes, Beziers, Minerva, Agde, Albi, Ródez, Cahors, Querci, Narbona, Puilaurens, Queribus, Castel Fisel, Sault, Fenouillet, Pierre Pertuse, Milhaud, Gevaudán, Grezes, Nimes y Tolosa [2].

A propósito de este tratado han tenido extensa ocasión de hablar los historiadores, diciendo unos que la ventaja estuvo de parte de la Francia, y otros que de parte de Aragón, y hasta ha existido un autor (Gispert-

1 Estos poderes se hallan por extenso en la prueba CCCXXVII, col. 632 del tomo III de la *Historia del Languedoc*.

2 Se halla este tratado en el archivo de la Corona de Aragón.

Dulcat, miembro del consejo soberano del Rosellón), que ha escrito en 1790 una memoria para negar la existencia de este convenio [1]. Sin embargo, aparece como un hecho positivo que D. Jaime lo ratificó y confirmó hallándose en Barcelona, á 16 de Julio de aquel mismo año, en presencia del obispo de la capital, Arnaldo; de Raimundo Gaucelín, señor de Lunel; de Gualtero de Pins, de Guillermo de Rocafull, y de otros muchos señores [2].

Desde aquel momento, el rey de Aragón no conservó á la otra parte de los Pirineos más que sus dominios de Montpeller, con sus dependencias, y el señorío feudal sobre el vizcondado de Carlad en Auvernia, que se reservó.

También se concluyó entonces el matrimonio entre Isabel de Aragón y Felipe, hijo segundo del rey de Francia; pero como ni uno ni otro habían aún alcanzado la edad núbil, no fué celebrado hasta cuatro años después, siendo esto, según parece, lo que proporcionó ocasión á entrambos reyes para confirmar el tratado de Corbeil [3].

Sólo después de la primera confirmación del convenio, hecha en Barcelona, se decidió D. Jaime á pasar los Pirineos, dirigiéndose primero á Perpiñán, donde con

1 *Historia del Rosellón*, por Mr. Henry, pág. 109 del tomo I.

2 Véase la nota XXXIX del tomo III de la *Historia del Languedoc*, donde se prueba la equivocación de Zurita y de otros, al decir que Don Jaime se vió con el rey de Francia para la celebración del tratado.

3 Debiera haber escrito con más detención sobre este tratado de Corbeil, que acabó con la política tradicional de los monarcas aragoneses en Provenza. Los trovadores de aquella época escribieron contra D. Jaime terribles serventesios, y el país en general condenó la política del rey aragonés, que no fué ciertamente todo lo acertada y previsora que debiera, según más extensamente manifiesto en mi obra *Los Trovadores* y en mi estudio sobre *El Tratado de Corbeil*, donde doy extensos detalles, y rectifico de buen grado yerros cometidos en mi primera edición de esta historia.

su llegada se restableció el orden que se había turbado, á causa de cierta alteración hecha en el valor de las monedas, y después á Montpeller, cuyos habitantes le suplicaron volviese á admitirles en su gracia y bajo sus dominios. La permanencia del rey de Aragón en esta última ciudad, fué desde el 10 de Diciembre de 1258 al 26 de Febrero de 1259.

Habiendo alcanzado un éxito felicísimo, y como mejor no podía esperar en su viaje, *el Conquistador* regresó á Cataluña, deteniéndose en Lérida. Allí, á consecuencia de grandes disgustos y alteraciones promovidas por el último reparto que de sus estados había hecho, creyó que debía un nuevo sacrificio al mantenimiento de la paz interior, y declaró el reino de Valencia unido al de Aragón, y heredero de entrambos al príncipe D. Alfonso, desposeyendo así de aquel reino á su hijo D. Jaime, á quien antes se lo diera, y dejándole sólo las Baleares y demás tierras consignadas en la anterior disposición. Según Zurita, esto tuvo lugar en 1258, y por consiguiente, si admitiéramos la fecha, antes del viaje del rey á Montpeller.

Por aquel entonces, y hallándose en Lérida el rey, comenzaron en Cataluña alteraciones tales, que renovaron el ejemplo de lo sucedido en los primeros años del reinado de D. Jaime. Estaba de Dios, como se ha dicho al comenzar este capítulo, que no podía haber para el monarca paz ni sosiego, y que le era forzoso comprar su patrimonio de gloria con una herencia de quebrantos y de amarguras.

Para poner en camino á los lectores, es indispensable retroceder un poco. Por muerte de Ponce de Cabrera, que ya sabemos se titulaba conde de Urgel al par del rey, sucedióle su hijo primogénito Armengol; pero muerto éste también á los pocos días, entró á ser conde de Urgel el segundo, que había nacido en Castilla, y que, á

pesar de llamarse Rodrigo, trocó su nombre por el de Álvaro (II). Siendo aún niño, contrajo matrimonio con Doña Constanza de Moncada; pero poco después, pretextando la nulidad de aquel enlace, á causa de tener la esposa diez años, y él poco más cuando se contrajo, se proclamó libre, y trató de pasar á segundas bodas. Por mediación de su tutor y valido Jaime de Cervera, llegó á concertarlas con Sibila de Anglesola; pero así que iban á celebrarse, se arrepintió de lo hecho, y, apartándose de lo pactado, fijó su elección en Cecilia, hija de los condes de Foix. Ajustóse esta nueva boda, y se celebró en 1256, en la iglesia de Sellent, ocho días antes de Navidad; pero en seguida se presentó Doña Constanza de Moncada, pidiendo la validez de su primer enlace, y dando lugar con su demanda á un ruidoso litigio, del cual hubieron de conocer varios prelados y el mismo Sumo Pontífice, y en el cual se pronunciaron diferentes y contrarias sentencias, que, obligando tan pronto á D. Álvaro á reunirse con Doña Constanza, como declarando válido su matrimonio con Doña Cecilia, dieron por resultado que el conde de Urgel dejase sucesión de ambas esposas.

Hay que referir, á todo esto, que D. Pedro de Moncada, padre de la repudiada Constanza, puso gente en campaña, fiando el derecho de su hija más de la fuerza de las armas que de la sentencia de la Iglesia, y uniéndose con D. Guillermo de Cardona, entró á correr las tierras de Urgel, apoderándose de la villa de Pons y entregándola á las llamas.

Quiso el rey de Aragón mediar en el negocio, como señor feudal del condado de Urgel, para aquietar el país é impedir mayores males, á cuyo fin comenzó por pedir á D. Álvaro las tenencias de los castillos de Agramunt, Balaguer, Linyola y Oliana, que eran entonces los pueblos más fuertes y mejores del condado, entre-

gándoselas el de Cabrera por estar obligado á ello y no serle permitido hacer otra cosa. Pero estas tenencias ó posesión de castillos, duraban diez días no más, y pasados aquéllos, según costumbre de Cataluña, siendo el rey requerido, tenía obligación de volverlas á restituir. Hemos de creer, siguiendo á Monfar, que concluído el plazo, el conde pidió la devolución de los castillos á uso y costumbre de Barcelona y Cataluña, pero el rey no quiso dar lugar á ello, aun cuando el conde ofrecía estar á derecho con él. Irritóse el conde, túvose por agraviado, y envió á decir á D. Jaime que se salía de su obediencia, del modo y forma que según derecho le era permitido, y que por ésto le enviaba su carta de *deseximent*.

Así fué, que el medio de que se valió el rey, pensando ser el mejor para aquietar el país, sirvió para alterarle más aún, porque los magnates y caballeros de Cataluña, que cuidaban poco de lo que pasaba entre el rey, Constanza y el conde, se alarmaron á la noticia de que el monarca retenía los castillos de D. Álvaro. Los más de ellos estaban obligados á dar las tenencias siendo requeridos, y era mal caso é interés común, dice Monfar, que quisiese el rey, pasados los diez días, quedarse con ellos y quedar ellos desheredados [1]. Alborotáronse, pues, los principales barones de Cataluña y acudieron á las armas, declarándose abiertamente contra el monarca y confederándose con el conde D. Álvaro. Los que más amigos y valedores de éste se mostraron fueron: el vizconde de Cardona Ramón Folch, Berenguer de Anglesola, Jaime y Ramón de Cervera, Guillén y Hugo de Cervelló, Guerau de Cabrera, hermano del conde, Bernardo Ramón de Ribelles, Guillén Ramón de Josa,

1 Monfar, cap. LVIII. En todo este asunto sigue el autor principalmente á Monfar y el *Arte de comprobar las fechas*.

Arnaldo de Juz y otros muchos, enviando todos un mensaje al rey para despedirse y decirle que se apartaban de su obediencia, según el uso y estilo de aquellos tiempos.

La suerte estaba echada, y ya no tenía D. Jaime más recurso que acudir á las armas. A este fin, y en los primeros días del mes de Marzo de 1260, convocó desde Lérida á sus feudatarios de Cataluña para que en la próxima fiesta de Pascua se hallasen reunidos en Cervera, dispuestos á prestarle los servicios, á que estaban obligados por sus feudos, en la guerra que trataba de emprender contra D. Álvaro de Cabrera y sus confederados.

Mientras todo se disponía al efecto, trasladóse Don Jaime á Aragón é hizo un nuevo concierto con el rey de Castilla, permitiendo que los ricos-hombres aragoneses pudiesen ir á auxiliarle en la guerra que iba á sostener contra los moros bajo el carácter de cruzada, exceptuando al rey de Túnez con quien tenía asentada tregua por el gran trato y comercio que los mercaderes de Cataluña y Valencia tenían en aquellas partes, resultando de ello mucho y muy grandísimo provecho á los reinos de Aragón.

Consta todo esto del permiso que á 3 de Abril de 1260, hallándose en Lérida, mandó publicar D. Jaime para que pudiesen libremente sus magnates y súbditos ayudar al rey D. Alfonso de Castilla; pero éste no debió quedar satisfecho con la excepción hecha por Don Jaime relativa al rey de Túnez, y reclamó contra ella, en carta fechada en Soria á 12 de Abril. D. Jaime insistió, sin embargo, en su resolución. A pesar de la carta de su yerno D. Alfonso, en 22 de Abril desde Lérida, donde se hallaba aún, negaba á B. de Santa Eugenia el permiso que le había pedido para acompañar á Túnez al infante de Castilla, D. Enrique; y en 23 del mismo Abril contestaba al monarca castellano, diciéndole:

«Vos respondemos así á lo del Miralmomonino, señor de Túnez, que ben sabedes vos que tanto á con nos, et tanto faz per nos, que non nos seria gent que homnes nuestros naturales que exiessen de nuestra terra e is feziessen mal. E per la amor que él nos faz, e per las trevas que avemos con él, e la terza por que tanta de gent de nuestra terra a en la sua, e tanto de aver que seria a aventura de perder, vos non end devedes catur; quando vos nos end quessiessemos catan, que la maior valor que entre los reyes es, si es te. E sabemos que vos catarades la nuestra fe, assi quemo nos fariemos la vuestra.»

Nobilísima conducta esta y nobilísimas palabras que honran á nuestro D. Jaime [1].

Tuvo lugar á la sazón un acontecimiento que influyó radicalmente en la suerte de estos dominios. Murió en Calatayud el príncipe D. Alfonso, hijo mayor del rey y de la repudiada Doña Leonor de Castilla, y murió, según dice su epitafio del monasterio de Veruela, á últimos de Marzo de 1260, entre los regocijos de las bodas que estaba celebrando con Doña Constanza de Moncada, hija y heredera de Gastón, vizconde de Bearn y nieta del caudillo ilustre fallecido gloriosamente en Mallorca. Su desconsolada madre hallóse presente al entierro y exequias de aquél que moría sin haber probado el cariño de su padre, sin haber alcanzado á gustar los goces del poder y del himeneo, y cuya muerte iba á cambiar por completo los destinos de estos reinos.

Pero las desavenencias que habían surgido entre Don

1 Estos documentos con los cuales me permito añadir en esta segunda edición lo que dejé de continuar en la primera, se hallarán en el archivo de la Real Academia de la Historia, en la colección llamada del P. Villanueva, E. 125, fd. 47, 48, 49 y 50. En cuanto al rey de Túnez, que D. Jaime llama Miralmomonino, era Abu Abdillah Mohammed.

Alfonso y D. Pedro, comenzaron entonces á demostrarse entre éste y su otro hermano D. Jaime. El rey persistía en su tema de dar á su hijo D. Jaime los dominios de las Baleares y Valencia por él conquistados, dejando á D. Pedro, el mayor, los reinos de Aragón y Cataluña. D. Pedro, al tener noticia de ésto, apeló á una astucia que ha sido diversamente juzgada; y fué que, sabiendo que su padre intentaba hacerle aprobar con juramento alguna disposición ó donación en favor del infante D. Jaime, declaró en Barcelona, á 15 de Octubre de 1260, y delante de varios testigos, entre ellos San Raimundo de Peñafort y algunos barones aragoneses y ciudadanos de Zaragoza, que todo cuanto en aquella forma otorgase y jurase públicamente, no valiese, como hecho por miedo que le inspiraba el rey su padre, no por voluntad, ni por consentimiento, ni con ánimo de guardarlo ni cumplirlo [1].

Mientras tanto, seguía alborotado el Urgel y en armas los barones catalanes. D. Álvaro y sus confederados estragaron la tierra y comarcas de los que estaban por el rey, penetrando hasta la ciudad de Barbastro, en la cual y en sus alrededores hicieron mucho daño. A consecuencia de esto, D. Jaime comisionó al justicia de Aragón, D. Martín Pérez de Artasona, para que, puesto al frente de las milicias de Barbastro y demás lugares de las fronteras, resistiese á la gente de D. Álvaro haciéndole cuanto daño pudiese. No aclara bien la historia lo que entonces sucedió; pero parece que fué poniéndose orden en las cosas de Urgel y que continuó el proceso de D. Álvaro y de sus dos mujeres, hasta que se le obligó á hacer vida conyugal con Doña Constanza.

Con motivo de la discordia que hubo en este tiempo

1 Zurita, lib. III, cap. LXI. Archivo de Zaragoza.—Jerónimo Martel.

entre los infantes y los ricos-hombres de su parcialidad, las villas y ciudades que eran muy comunmente víctimas de sus bandos, trataron de formar cierta unión y hermandad con el fin de perseguir á los malhechores, cuya guarida era generalmente las montañas, y contener y castigar á los que habían convertido en ocupación lucrativa lo que desde cierta distancia parecía oficio de guerra. «Que esto se hizo con ciencia, consentimiento y casi instigación del rey, no puede dudarse, dice un autor moderno. Y que semejante institución minó profundamente el poder de los ricos-hombres, á muchos les parece incontestable. Los peones que andaban desbandados eran el terror de las poblaciones, y las ponían á contribución, cuando no á saco; pero muchos no ignoraban la procedencia de tales gentes, y la buscaban en los castillos de los potentados. Conmináronse castigos severos contra todos cuantos diesen albergue á tales hombres, y se fulminó pena de muerte contra los peones que fuesen presos oponiendo resistencia. El primer resultado de esta hermandad fué disolver las cuadrillas de salteadores, y el segundo fué tener una fuerza respetable disponible á todas horas contra los barones; y no falta quien opina que las dos cosas se obtuvieron, dando ocupación honrada en la hermandad á los que antes la tenían aventurada y poco leal sirviendo á los caballeros [1].»

Por esta época contrajo la casa de Aragón una alianza, que con el tiempo había de ser origen de grandes é indisputables glorias para ella. Determinó D. Jaime casar á su hijo D. Pedro con Constanza, hija de Manfredo, rey de Sicilia entonces y uno de los adalides de la causa gibelina en aquellos países. Comenzaron

1 Ortiz de la Vega: *Anales de España*, lib. VII, cap. VI.—Zurita, lib. III, cap. LXII.

los tratos, y Manfredo envió dos caballeros de su corte á Barcelona, en cuya ciudad se hicieron los primeros conciertos de la boda, á 28 de Julio de 1260. Parece que fué señalada á la infanta en dote la suma de 50.000 onzas de oro. Manfredo, como gibelino que era, andaba naturalmente mal con aquel Papa, el cual precisamente entonces había enviado á Francia á predicar la cruzada, invocando contra aquél el favor y ayuda de los príncipes cristianos. Por lo mismo, D. Jaime, antes de llevar á cabo el matrimonio de su hijo, envió embajadores á la corte romana, con la misión de suplicar al Papa que recibiese en su gracia y en la obediencia de la Iglesia al rey Manfredo, como diversas veces se lo había suplicado, ofreciéndose él á intervenir por su parte para procurar el bien y aumento de la Iglesia. Iba al frente de esta embajada San Raimundo de Peñafort [1].

Negóse el Papa á oir la menor palabra en favor de Manfredo. Antes bien intentó disuadir al rey de Aragón y apartarle de aquel enlace con quien, dijo, era tan perseguidor de la Iglesia; pero D. Jaime tenía formado su propósito, y era firme en cumplir y llevar á cabo sus proyectos. Volvieron sus embajadores con la respuesta del Papa y con sus consejos, pero en nada varió esto su resolución [2].

Y no fué sólo el Papa quien se opuso al matrimonio

1 Zurita, lib. III, cap. LXI.

2 Los que saben el encono de los Papas contra la casa de Suevia, no extrañarán que Urbano IV se opusiese con todas sus fuerzas á la alianza del rey de Aragón con aquella ralea de víboras, según su frase favorita. Para retraerle, escribió á D. Jaime una carta en la cual le decía, entre otras cosas: "¿Cómo has podido, hijo mío, ni siquiera tolerar que te pro„pusiesen el enlace de tu hijo con la hija de un hombre cual Manfredo? „¿Quieres que tu hijo sea despreciado en todo el orbe? ¿Quieres con se„mejante baldón marchitar todo el brillo de tu alcurnia?„ (Véase Muratori.)

de D. Pedro. En la colección de cartas que posee la Real Academia de la Historia, hallé una del rey de Castilla D. Alfonso, dirigida á D. Jaime, fechada en Córdoba á 20 de Setiembre de 1260, de la cual resulta que el monarca castellano había enviado al aragonés un embajador llamado Alfonso Téllez, para notificarle que había recibido con gran desagrado la noticia de querer pasar D. Jaime á Ultramar, y con más desagrado aún la de querer casar al infante D. Pedro con la hija de Manfredo. La carta del monarca castellano termina con estas durísimas palabras:

«Et si vos desto non nos quisiessedes creer de conseio, et la passada para ultramar quissiedes facer, et al casamiento con la fija del Pincep quissiessedes lebar adelante, daqui nos desculpamos ende, que de ninguna cosa non podriedes seer tan mal aconseiado, nin en que mas fiziessedes vuestro danno. Et quanto en lo nuestro tenniemos que nengun omne del mundo tan grande tuerto nunqua recibió de otro como nos recibriemos de vos. Et vea Dios, et vos, et los que convusco son, et todos los omnes del mundo, que nos todo nuestro debido avemos cumplido contra vos. Et sobresto creed á D. Alffonso Tellez de todo quanto vos dixiere de nuestra parte.»

Pero ya queda dicho: no era hombre D. Jaime de Aragón para retroceder en su propósito cuando lo tenía formado y resuelto. Ni el Papa ni su yerno el rey de Castilla pudieron hacerle variar. Así es que, hallándose en Valencia á 13 de Abril de 1261, comisionó á un hijo suyo natural, D. Fernán Sánchez, que había tenido en una señora de la casa de Antillón, y á quien diera la baronía de Castro, para que pasase á Sicilia á ratificar el matrimonio que estaba concertado entre el príncipe D. Pedro y Doña Constanza. Partió á este fin D. Fernán Sánchez, con grande y vistoso acompañamiento,

llevando en clase de consejero á un caballero catalán llamado Guillermo de Toruella ó de Torroella [1].

Existen fundadas sospechas para creer que D. Jaime hizo por el mes de Setiembre de aquel mismo año un viaje á Montpeller [2], aunque se ignora con qué fin y con qué objeto; pero si no en esta época, es positivo que lo efectuó en el año siguiente de 1262. Por Mayo de este año se hallaba D. Jaime en Clermont de Auvernia, acompañando, con sus hijos D. Pedro y D. Fernán Sánchez y con lo más lucido de su corte, á su hija Doña Isabel, que llevaba á casar con el infante francés Felipe. Acudió también á Clermont el rey de Francia San Luis, acompañado de la principal nobleza de su reino, y tuvo efecto en dicho lugar la celebración del matrimonio de su hijo Felipe con Isabel de Aragón.

Terminadas las fiestas, pasó nuestro D. Jaime á Montpeller, donde se celebraron otras bodas: las de su hijo mayor D. Pedro con Constanza, hija de Manfredo de Sicilia. Este casamiento se efectuó á 13 de Junio de 1262, asistiendo á la ceremonia muchos caballeros sicilianos, aragoneses y provenzales.

Consta que hallándose en Montpeller, el rey de Aragón, que estaba en vena de contraer alianzas matrimoniales, comisionó á Guillermo de Rocafull, su gobernador en aquella ciudad, para que pasase á la corte de Saboya á fin de tratar el enlace de su otro hijo Jaime con Beatriz, hija del conde Amadeo; pero esta alianza no tuvo efecto, sin embargo.

Regresó en seguida el rey á Barcelona, donde se hallaba ya en Agosto de 1262, pues hay memoria de que á 21 de dicho mes, y á presencia de varios prelados y barones de su reino, hizo donación á su hijo D. Pedro

1 Zurita, lib. III, cap. LXII.

2 *Historia del Languedoc*, lib. III, pág. 496.

del reino de Aragón con el condado de Barcelona, fijando sus límites desde el Cinca hasta el promontorio de Cap de Creus. Dióle asimismo el reino de Valencia, y asignó á su otro hijo D. Jaime el de las Baleares, los condados de Rosellón, Colibre, Conflent y Cerdaña, y la villa y señorío de Montpeller. Puso la condición de que en estos últimos condados corriese siempre la moneda barcelonesa llamada de terno, y se ejerciese justicia por los usajes y costumbres de Cataluña, sustituyendo el un hermano con el otro, caso de no tener hijos varones.

CAPÍTULO XII.

Nombramiento de árbitros.—Duelo en Lérida.—Recibe el rey en Barcelona una embajada del sultán de Egipto.—El sultán de Egipto acoge con gran pompa en Alejandría á los dos caballeros catalanes enviados por el rey.—Nombramiento de cónsules y poder comercial de Barcelona.—Impulso marítimo.—Fernán Sánchez almirante de Aragón.—Colonización de Valencia.—Embajada al rey de Francia.—La reina de Castilla pide apoyo á D. Jaime.—Consejo en Huesca.—Cortes en Barcelona.—Oposición que encuentra el rey en las Cortes.—Práctica que se seguía.—Los *brazos* no quieren prescindir de su derecho.—Enojo del rey.—Transige con las Cortes y se acuerda con ellas.—Cortes en Zaragoza.—Contestaciones dadas al rey por algunos nobles negándose á lo que se les pedía.—Negativa de los ricos-hombres á favorecer al rey.—Memorial de agravios.—Los barones aragoneses se congregan en Alagón.—Contesta el rey al memorial de agravios de los ricos-hombres.—No se avienen los ricos-hombres y comienza la campaña.—Toma de las Cellas, sitio de Pomar y suspensión de hostilidades.—Arbitraje y tregua.

(1263 Y 1264.)

Del año de 1263 hay noticias, que estando el rey en Lérida se concertó con el de Castilla para dejar al juicio de árbitros algunas disensiones que había sobre desmanes cometidos en las fronteras de los reinos de Castilla,

Aragón y Valencia. Los árbitros nombrados por Don Jaime fueron los obispos de Valencia y de Calatayud y Bernardo Vidal de Besalú.

Se sabe que, continuando el rey en Lérida, presenció un duelo ó batalla juzgada entre dos caballeros principales, llamados Pons de Peralta y Bernardo de Mauleón, á cuyo campo asistió con D. Pedro de Moncada, senescal de Cataluña y mayordomo del rey, que eran dos cargos unidos entonces y de una misma preeminencia.

A esta época se refieren las embajadas de que hablan algunos autores, diciendo que D. Jaime las recibió del soldán de Babilonia, ó mejor del sultán de Egipto Bibars I, y añadiendo asimismo que se las envió el aragonés. Siguiendo, pues, á estos cronistas [1], hemos de creer que D. Jaime pasó de Lérida á Barcelona, donde con ostentación recibió á los embajadores del sultán de Egipto ó Alejandría, á quien muchos llaman también príncipe de Damasco, los cuales venían á visitar á nuestro rey en nombre del suyo, movido por la fama de sus victorias, y á ofrecerle la amistad y la alianza de aquel poderoso príncipe. Cuentan las crónicas, que D. Jaime los mandó aposentar y regalar con real cumplimiento, y que después de haberles hecho mostrar la ciudad de Barcelona, con todos sus aparatos de guerra por mar y tierra, y de proveer sus buques con las cosas más preciadas de Cataluña, los despidió, diciendo que pronto enviaría á su vez embajadores al sultán, en reconocimiento de su favor.

Y así fué. No tardó en despachar para aquella remota tierra á dos caballeros catalanes, prudentes y prácticos en la navegación, llamados Bernardo Porter y Ramón Ricart; y en dos naves veleras, provistas de las cosas más delicadas de estos reinos, los envió como embaja-

1 Tornamira.—Sas.—Zurita.—Beuter.

dores suyos á visitar al sultán. Maravillas de esta embajada refieren las crónicas. Dicen que, llegados al puerto de Alejandría, fueron Porter y Ricart muy bien recibidos, y hospedados en el palacio del sultán, que, para más honrarlos, mandó tremolar, junto á su solio real, el estandarte del rey de Aragón, con que la nave de Porter entró en el puerto, y para más obligarlos rogó á este último que, según la costumbre de los reyes de España, armase caballero al príncipe su hijo. Los mensajeros volvieron á Barcelona colmados de bienes, de joyas y de preseas para su rey, que los recibió con los brazos abiertos.

No falta quien ha puesto un poco en duda esta embajada, que memorias antiguas refieren, sin embargo, con detalles demasiado notables, minuciosos y naturales para ser falsos; pero de todos modos, es cosa cierta que D. Jaime expidió por aquellos tiempos, no sólo nombramientos de embajadores, sino de cónsules generales para Alejandría y otras plazas comerciantes, según lo requería el tráfico importante y extenso de los catalanes, siempre activos, siempre emprendedores, siempre animosos, y siempre llevando á lejanas tierras semillas de civilización, de progreso y de libertad; ya que, como ha dicho un autor extranjero, nada sospechoso por cierto, «Barcelona, por mucho tiempo sede y morada de una corte civilizada, y cuyas instituciones liberales habían producido el primer banco que se conoció en Europa, así como provocado el primer código comercial de los tiempos modernos, ejerció desde la época de D. Jaime *el Conquistador* visible influencia en todas las costas del Mediterráneo, compitiendo y rivalizando en el comercio de Italia con la misma Pisa, Génova y otras ciudades célebres por su actividad mercantil [1].»

1 Tiknor: *Historia de la literatura española*, tomo I, pág. 369.—

Sábese también, que por estos tiempos de 1263 en que llevamos nuestra historia, D. Jaime mandó hacer en Barcelona grandes aprestos marítimos, y gran armada de naos y galeras para defensa de la costa de España, nombrando almirante á su hijo natural D. Fernán Sánchez [1]. Es fama que para todo esto le ayudó con muchas sumas de dinero un judío, el más rico y poderoso de estos reinos, que llaman las crónicas Jahadano, siendo, al parecer, su verdadero nombre Jahuda. Era este judío bayle y tesorero general del rey de Aragón, y hombre hábil y activo, «á quien ninguna cosa le faltaba para haber alcanzado todos los dones de fortuna, si no hubiera nacido en aquella ley.» También por aquel tiempo, y con los mismos recursos, se proveyeron de gente los lugares de las fronteras, y se renovaron las fortificaciones de ciertos castillos en el reino de Valencia.

Como los restos de los moros rebeldes habían quedado por entonces dispersos, y la población de Valencia casi aniquilada, D. Jaime, atendiendo á todo, llamó colonos que de todas partes de Provenza, Cataluña, Aragón y Castilla fueron á poblar aquel delicioso país, según dice el moderno cronista valenciano. Con estos nuevos habitantes se repararon las grandes pérdidas sufridas en las poblaciones de Alcira, Onteniente, Albaida, Concentaina, Alcoy, Gijona, Villajoyosa, Cullera y otros pueblos del reino de Valencia, acudiendo también muchos nue-

Véase sobre este punto Prescott, Capmany y lo que el autor dice en el último capítulo de este libro.

1 Esto dije en mi primera edición, pero tal vez fuí inducido á error, ya que en su *Historia de D. Jaime*, dice Tourtoulou que el almirante nombrado fué otro hijo natural del rey, llamado Pedro Fernández. Según el mismo autor, la flota se armó con la idea de una cruzada á Ultramar. Y si esto último es así, á ello debe aludir sin duda la carta de D. Alfonso de Castilla, que traslado en el capítulo anterior.

vos pobladores á Játiva, y plantando sus hogares en aquel edémico jardín [1].

A principios del 1264 surgieron motivos de disgusto entre el rey de Aragón y el de Francia. El senescal de Beaucaire había citado á su tribunal á los oficiales del monarca aragonés y á los habitantes de Montpeller, por jurisdicción que pretendía tener en esta ciudad, y por no querer reconocer en ella ningún superior. D. Jaime sintióse mucho de esto, y por Abril de 1264, envió á la corte de Francia una embajada solemne, compuesta de Arnaldo, obispo de Barcelona, y de Pons Hugo II, conde de Ampurias, para quejarse á aquel rey y reclamar de derechos y agravios [2]. Los embajadores catalanes se presentaron ante el monarca francés y su consejo el 25 de Mayo, y si bien San Luis les dió cumplida satisfacción, manifestándoles que amaba sinceramente á D. Jaime y que en nada quería perjudicar sus derechos, parece que se retiraron con protesta sobre la guerra á que aquella disputa podía dar lugar.

Gravísimos sucesos tuvieron lugar por entónces en estos reinos, obligando á D. Jaime á fijar en ellos la atención y á desatender un poco su política exterior. Hallándose en Grañén, villa poco distante de Huesca, reci-

1 En el llamado *Libre vermell*, tomo II, fol. 174, que se guarda en el archivo de las Casas Consistoriales de Barcelona, hay copia de una carta de D. Jaime á Barcelona (pero lleva la fecha de las calendas de Diciembre de 1270), pidiéndole que envíe gente á la que poder heredar y establecer en el reino de Valencia.

2 Consta por extenso la relación de esta embajada en la prueba CCCXLVII, col. 563 del tomo III de la *Historia del Languedoc*.—Hay que notar la particularidad de que Zurita (lib. III, cap. LXV, habla de una embajada del rey de Aragón al de Francia á principios del 1264 y cita á los mismos conde de Ampurias y obispo de Barcelona como embajadores, pero dice que fueron á concertar bodas entre la infanta María de Aragón y un hijo del hermano del monarca francés, si bien advierte que no llegó á efectuarse este matrimonio.

bió cartas de su hija, la reina de Castilla, diciéndole que en menos de tres semanas los moros de Murcia se habían alzado con muchas villas y castillos, que el granadino favorecía á los sublevados, y que si D. Jaime no auxiliaba á su hija y yerno, corrían el peligro de verse despojados de la mayor parte de sus dominios.

Recibido este mensaje, partióse el rey á Huesca, reunió su consejo y desde luego manifestó ante él su parecer de echar al olvido cuantas quejas pudiese tener del castellano, para no acordarse sino de que en tal ocasión debía favorecerle por ser su yerno y por hallarse en apurado trance. Pero el consejo real nada podía resolver en asunto tan importante, como el de emprender una guerra contra los moros de Murcia por favorecer al rey de Castilla. Era esto incumbencia y atributo de las Cortes. Así lo manifestó el primero Vidal de Cañellas obispo de Huesca, y adoptóse su parecer, haciendo notar de paso uno de los barones allí presentes que si era justo ayudar al rey de Castilla en tan gran apuro, no lo era menos que este monarca comenzara ante todo por restituir á Aragón la villa de Requena y otras que se había injustamente apropiado.

Llamóse á Cortes á los catalanes en Barcelona [1] y á los aragoneses en Zaragoza, y por Noviembre de 1264 se vino el rey á la capital del Principado. Congregados y reunidos los tres Brazos, se presentó ante ellos rogándoles que así como le habían ayudado siempre con to-

1 De estas Cortes no hablan ni Capmany ni Pí y Arimón en sus catálogos de Cortes celebradas en Barcelona, pero sí Zurita en su lib. III, cap. XLVI, Feliu de la Peña en su lib. XI, cap. XII y el mismo D. Jaime en su crónica, cap. CCXLIII.—Los Sres. Coroleu y Pella en su obra *Las Cortes Catalanas* no hablan de ellas tampoco ni de las anteriormente celebradas en Cataluña, si bien debe tenerse en cuenta que dicha obra se comienza sólo con las Cortes de Jaime el *Justo* y trata sin interrupción de las sucesivas, no haciendo mención de las anteriores.

dos sus linajes en todas sus empresas, y particularmente en la de Mallorca, así tuviesen á bien ayudarle entonces votándole subsidios con que pudiese acudir en auxilio de su yerno el rey de Castilla en la guerra contra los moros de Murcia. Las Cortes contestaron que querían antes deliberar sobre esta demanda.

Ya esperaba D. Jaime cierta oposición y tropezar con obstáculos graves para el logro de su proyecto. Por esto quizá, en lugar de reunir en unas mismas Cortes á aragoneses y catalanes, como en casos análogos se había hecho, les convocó por separado, creyendo con esta maniobra política conseguir mejor su intento. La alianza con Castilla era realmente impopular á la sazón, y había pocos deseos de favorecer el proyecto del rey. Es empero de advertir que los barones catalanes abrigaban contra el monarca entonces menos prevenciones que los aragoneses, pues que, como ha dicho un autor extranjero, «se miraban como enteramente independientes del reino de Aragón, y concentrándose en la individualidad de su propio condado, veían en D. Jaime, no el jefe de la monarquía, sino el conde especial de Barcelona [1].» No por esto, sin embargo, dejaron de mostrar su descontento. Ramón de Cardona y algunos de su linaje reclamaron de agravios, diciendo que, hasta enmendados éstos, no debía discutirse la proposición del rey.

Los nobles, como cada *Brazo* de las Cortes, estaban en su derecho pretendiendo esto. Era práctica y ley que después de haber hecho el monarca su proposición ó leído el *discurso de la corona*, según se diría en términos parlamentarios modernos, presentase cada Brazo su memorial de agravios ó *greujes* para pedir la debida satisfacción y enmienda de los desafueros cometidos por el rey ó sus oficiales en el intervalo de una á otra legisla-

1 Henry, tomo I, pág. 120.

tura. Hasta quedar esto decidido y los *Brazos* satisfechos, no pasaban á entender las Cortes en la proposición del monarca.

Esta vez D. Jaime tenía prisa, pero los *Brazos* no querían prescindir de las formalidades y prácticas de costumbre. Por esto el vizconde de Cardona, que alegaba ciertos agravios recibidos del rey, quería discutir lo suyo antes que se discutiese la proposición real. En vano fué que D. Jaime, ofreciéndose á estar á lo que fuera de derecho, pidiese que por aquella vez se hiciera caso omiso de ciertas formalidades, pues suscitarle estorbos y dilaciones en semejante ocasión era denegarle el servicio que solicitaba. En vano fué, digo: las Cortes permanecieron inflexibles.

Irritóse entonces el rey, y prorrumpió en amargas quejas, diciendo que malamente se le servía; que si dejaban que el rey de Castilla perdiese lo suyo, no podrían conservar lo nuestro; que por causa de ellos se vería adorar á Mahoma en las iglesias, donde se veneraba entonces á Dios y á la Virgen, y que nunca hubiera creído que en Cortes de catalanes se le negase lo que puesto en razón pedía. D. Jaime terminó su violento discurso, abandonando enojado el salón de las Cortes, y disponiéndose hasta á dejar la ciudad, según parece, sin que por el pronto bastasen á detenerle ruegos ni porfías. Tan rigurosa determinación debía producir un gran efecto en los catalanes, adictos en el fondo á su monarca.

Quedáronse reunidas las Cortes, y, buscando medio de transigir con el rey, se le envió un mensaje por conducto de Berenguer Arnau, Pedro de Berga y otros dos ricos-hombres, los cuales fueron y vinieron con embajadas, lográndose por fin terminar aquel negocio sin rompimiento. El rey accedió á lo que pidiera Ramón de Cardona, y las Cortes le concedieron por vez tercera el *bovaje*, aun cuando se consignó que se le daba volunta-

riamente y que no tenía derecho á él por haberle ya percibido dos veces: la primera, cuando entró á reinar, y la segunda, cuando la conquista de Mallorca. La independencia de los señores catalanes está consignada en el acta que entonces firmó el rey (12 de Noviembre de 1264), cuyo texto creo deber reproducir en los apéndices, ya que es documento por cierto muy poco conocido (III).

Arreglado este delicadísimo asunto con satisfacción general en Cataluña, el rey pasó á Zaragoza, donde celebró Cortes á los aragoneses en el convento de predicadores, dando comienzo por una proposición análoga á la que hiciera en Barcelona. Concluído el razonamiento de D. Jaime, que había tomado por tema en su discurso el pasaje de la Escritura, *Non minus est virtus quam quærere, quæ sunt parta tueri*, levantóse un fraile franciscano y contó cómo un religioso de su orden había tenido una visión, presentándosele un ángel del Señor para decirle que el rey de Aragón era el destinado por la Providencia á restaurar la España y salvarla del peligro en que la pusieron los infieles. No produjo, empero, este recurso el efecto que esperaban sus autores, ya que, como ha dicho Zurita hablando de esto, «no eran tan rudos los hombres de aquellos tiempos, que no entendiesen el fin que aquella visión tenía.» Tomó, pues, la palabra Jimeno de Urrea, y dijo que buenas eran las visiones, pero que ellos deliberarían sobre lo que se les había propuesto y contestarían.

Como el negocio se presentaba mal, D. Jaime llamó particularmente á los principales barones, y después de haberles dicho cómo en Cataluña se le había otorgado el *bovaje*, les propuso que se interesasen para que se le concediese algo por el estilo, ofreciendo recompensarles debidamente en gracias y en honores.—«Lo único que yo puedo otorgaros, dijo el primero Fernán Sánchez, es permiso para que peguéis fuego á cuanto yo poseo.»—

«Tomad de mis bienes lo que os plazca, contestó Bernardo Guillén de Entenza; pero es imposible que acceda por mi parte á lo que nos pedís.»—«Aquí, en Aragón, no sabemos lo que es *bovaje*, respondió Jimeno de Urrea, ni tampoco queremos vejar más al pueblo.» Estas contestaciones no fueron, sin embargo, más que nuncio de la tempestad que iba á estallar. Sentíala el rey venir é hizo lo posible por conjurarla, pero todo en balde.

A los dos días presentáronse ante él los ricos-hombres, y, por boca de Jimeno de Urrea, dijeron definitivamente á D. Jaime que no sabían lo que significaba *bovaje*, y que no podía otorgársele tal subsidio ni otro alguno.—«Por la fe que á Dios debo, exclamó entonces el rey, que no podía esperar que vosotros, que todos tenéis feudos por mí, quién de 20, quién de 30, quién de 40.000 sueldos, rehusáseis cumplir con la obligación que tenéis de ayudarme, cuando con ella cumplen los de la más honrada tierra de España, como es Cataluña, que es el reino mejor, más honrado y más noble que en ella existe; pues hay en él cuatro condes, que son el de Urgel, el de Ampurias, el de Foix y el de Pallars; y cuéntanse allí cuatro ricos-hombres, cinco caballeros, diez clérigos y cinco ciudadanos honrados por uno que aquí tengáis en cada clase [1].» El rey terminó su discurso pidiendo á los barones que en buen hora no contribuyesen ellos; pero que, á lo menos, hiciesen como que accedían en público á su demanda para que, movidos de su ejemplo, contribuyesen los clérigos, las órdenes y los caballeros. A esto contestaron los nobles, que ningún rey les había hecho jamás tal demanda, y que antes de acceder á ella preferirían perder cuanto tuviesen.

En esta situación, y habiendo ya roto con el monarca,

1 Crónica real, cap. CCXLVII.

los ricos-hombres aragoneses extendieron memorial de agravios, y decían en él: «Que el rey no podía introducir con su pretensión de *bovaje* nuevas maneras de vejar al pueblo; que había tratado de seducir á los ricos-hombres prometiéndoles hacerles francos y libres de aquel servicio con sólo que ellos lo otorgasen aparentemente, para que á su ejemplo se lo concediesen las órdenes y clerecía y universidades; que por muchas vías desaforaba á los barones, dando lugares que eran de honor á extranjeros y á personas que no podían ni debían ser ricos-hombres, como sucedía con Jimeno Pérez de Arenós, á quien malamente se diera la baronía de Arenós; que eran los ricos-hombres los que habían de juzgar los pleitos, y no el rey; que ya que éste había de poner justicia en el reino, le pusiese caballero é hijodalgo, nombrándole con consejo de los ricos-hombres; que en Valencia, al tiempo de ganarla, se había dado el fuero de Aragón á sus pobladores y luego se les había quitado; que se hacía pesquisa é inquisición en el reino, siendo contra fuero; que el rey no cumplía con su obligación de criar á los hijos de los ricos-hombres, siendo de su incumbencia casarles y hacerles caballeros; que debían serles confirmados y ratificados los fueros antiguos; que no eran obligados de servir el honor que tenían fuera del reino; que no debían darse tierras en honor á los hijos que el rey tenía en Doña Teresa Gil de Vidaure, que decían ser su mujer velada, y les debían ser quitadas para repartírselas entre ellos; que tenía legistas en su consejo; y, finalmente, que el rey había desaforado en muchas cosas á los naturales de la tierra, por lo cual, hasta que sus demandas y pretensiones fuesen proveídas, no deliberarían sobre el servicio que reclamaba el monarca.»

Fué enviado este memorial de agravios á D. Jaime por conducto de dos caballeros, que eran Sancho Gómez

de Balinasam y Sancho Aznares de Arbe, y el mismo día que esta respuesta se dió al rey, se partieron de Zaragoza los más de los ricos-hombres y caballeros, yéndose á Alagón, después de haberse empero juramentado, como era costumbre entre sí, para procurar que fuesen reparados los agravios que recibían y desistiese el rey de desaforarles; siguiendo en esto los barones la costumbre que se tuvo desde los principios del reino de congregarse y unirse por lo que concernía á la defensa de sus libertades y fueros [1].

Rotas quedaron las negociaciones, disueltas las Cortes y otra vez el rey teniendo que luchar con las armas en la mano y en el campo de batalla contra sus barones. Los nobles sublevados pasaron de Alagón á Mallén, y D. Jaime se dirigió á Calatayud, desde donde les envió al que era entonces obispo de Zaragoza, D. Arnaldo de Peralta, el cual les llevó los descargos del rey á su memorial de agravios. Cumplida contestación daba el monarca, y procuraba satisfacer una á una á todas las quejas de los ricos-hombres. Los más principales cargos los destruía diciendo: respecto á lo tocante á Valencia, que esta tierra la había ganado con aragoneses y catalanes y con otros extranjeros de su señorío que se hallaron en la conquista, y que por ser reino separado, no lo quería sujetar á otro, sino darle leyes propias para gobernarse de por sí como reino apartado y no unido con Aragón ni con Cataluña; respecto á lo de juzgar los ricos-hombres, que él, á donde quiera que había establecido fuero de Aragón juzgaba por él y no por leyes ni decretos, y que nunca había juzgado de causa que viniese á su corte sin consejo de los ricos-hombres que se hallaban presentes; respecto á la queja de tener en su consejo legistas, que no debían querellarse por esto,

1 Zurita, lib. III, cap. LXVI.

pues no juzgaba sino por fuero, y que tales reinos tenía, que era necesario que residiesen en su consejo personas sabias, conocedoras así del derecho civil y canónico como del foral; y así iba contestando y destruyendo cargos [1].

También pretendían entre otras cosas los barones, que les fuesen ratificados y confirmados los fueros antiguos que por los aragoneses habían sido encomendados en el monasterio de San Juan de la Peña, y decían que habían sido sacados por fuerza por el conde D. Ramón Berenguer, príncipe de Aragón, y á esto contestó el rey que se maravillaba de la demanda, pues muchas veces se había pedido esto por ellos y siempre sin ningún fundamento, porque ni ellos sabían lo que pedían, ni él tenía cosa cierta que poderles responder, á más de que nunca esto se había pedido jamás por los pasados.

Por mediación del prelado de Zaragoza, haciendo valer estas explicaciones del rey, llegaron á calmarse algún tanto los resentimientos, y se consiguió que pasara á Calatayud una embajada de los barones. El rey oyó públicamente en la iglesia de Santa María á los tres comisionados y ofreció darles satisfacción; pero tomó, según parece, el asunto con tanta calma, que los barones, dándose por desairados, se marcharon de Calatayud aún más desabridos [2].

Ya entonces nada fué bastante á desarmar la cólera de los barones, debiendo notar que muchos de ellos se quejaban por agravios personales y no por desafueros á la cosa pública. Así, por ejemplo, Bernardo Guillén de Entenza, hijo del que murió en el Puig de Santa

1 Zurita, lib. III, cap. LXV.

2 *Historia de Calatayud*, por D. Vicente de la Fuente, tomo I, pág. 252.

María, pretendía ser suya la ciudad de Montpeller, conforme ya sabemos; mientras que por su parte, Fernán Sánchez el almirante, hijo natural del rey, se quejaba de grandes sinrazones que decía haberle hecho su padre. Estos y otros procuraban mantener encendida y viva la llama de la sublevación, y la disidencia llegó tan á vías de rompimiento, que iban á comenzar las hostilidades, habiéndose reunido todos los barones en Almuinen, y habiendo congregado el rey en Monzón á D. Pedro de Moncada, á algunos barones de Cataluña y á los consejos de Lérida, Tamarit y Almenara, para abrir la campaña. En lugar de una guerra exterior contra los moros, la que desgraciadamente amagaba era la hidra de la guerra civil.

El primer choque lo tuvo el consejo ó la milicia de Tamarit, que se apoderó de la fortaleza de las Cellas, cerca de Monzón, y luego de Rafals. El rey se puso al frente de los suyos, y marchó contra el castillo de Pomar, situado á orillas del Cinca, que era de su hijo Fernán Sánchez, y lo cercó empezando á combatirlo con ingenios y asaltos. Hubiera acabado por tomarlo sin duda, si los sublevados no se hubiesen apresurado á enviarle una embajada pidiéndole que levantase el cerco, pues ellos se ofrecían á someterse á lo que decidiesen dos prelados elegidos al efecto. Plúgole de aquello al rey, que muy apesadumbrado debía hallarse al ver que en lugar de verter sangre de infieles era la de los suyos la que se derramaba; y levantando el cerco, fuese para Monzón.

Quedaron nombrados árbitros del asunto los obispos de Zaragoza y Huesca, y pactóse tregua, según la cual no podían los ricos-hombres renovar sus hostilidades contra D. Jaime hasta que éste regresase de ayudar al rey de Castilla, y quince días después.

Firme, pues, el rey en su propósito de ir á la guerra

de Murcia, se aprovechó de esta tregua para tomar las disposiciones que cumplían á su proyecto; y después de haber estado en Zaragoza y en Lérida, á cuyos vecinos rogó y mandó que se dispusiesen á ir en la hueste con él, se fué á Ejea, para cuyo punto había citado á Cortes á los aragoneses, antes de abrir la campaña contra el moro, en auxilio de Castilla.

FIN DEL TOMO TERCERO.

ÍNDICE DEL TOMO TERCERO.

LIBRO QUINTO.

Páginas.

Páginas.

Páginas.

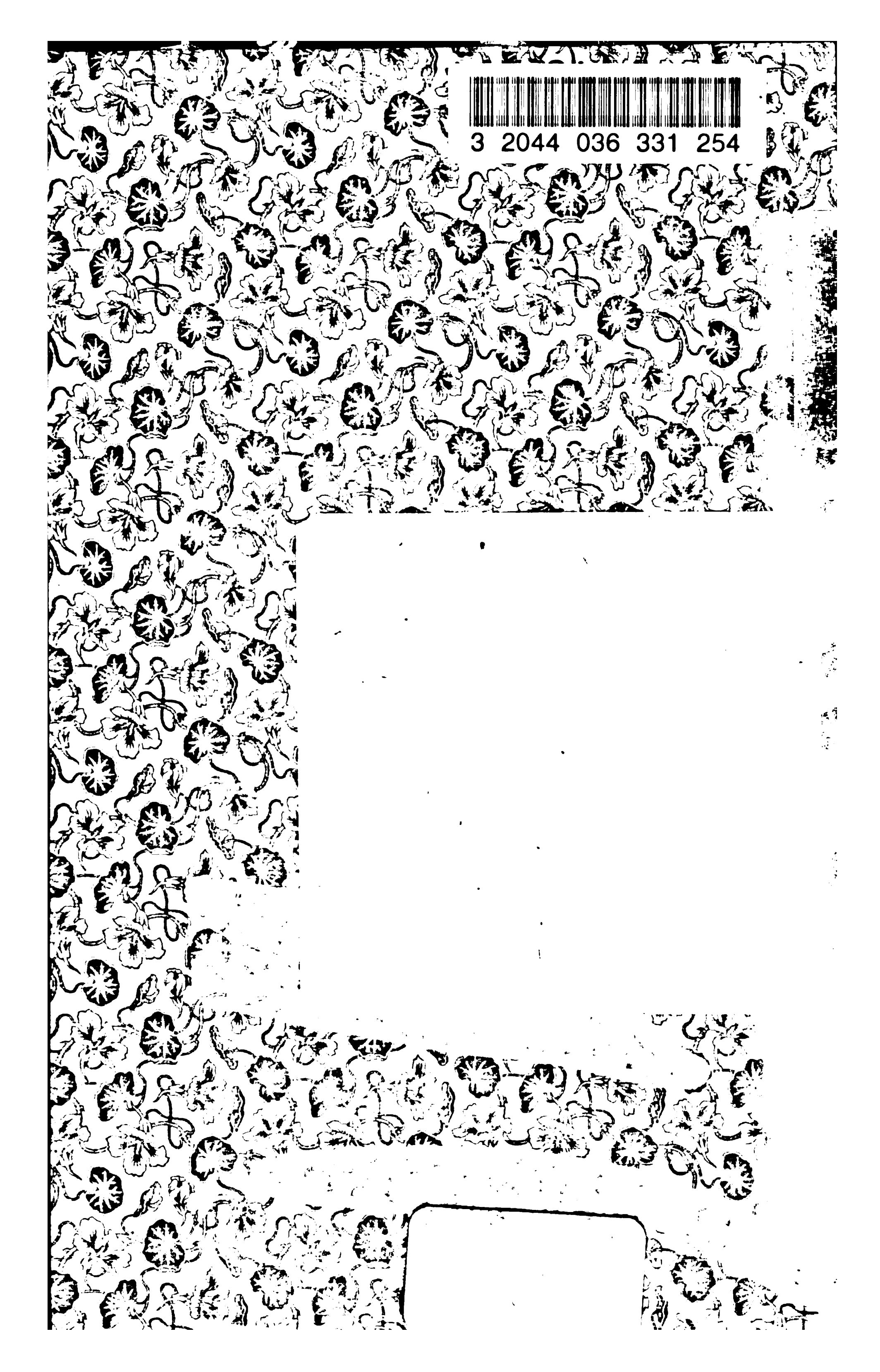
Páginas.

Páginas.

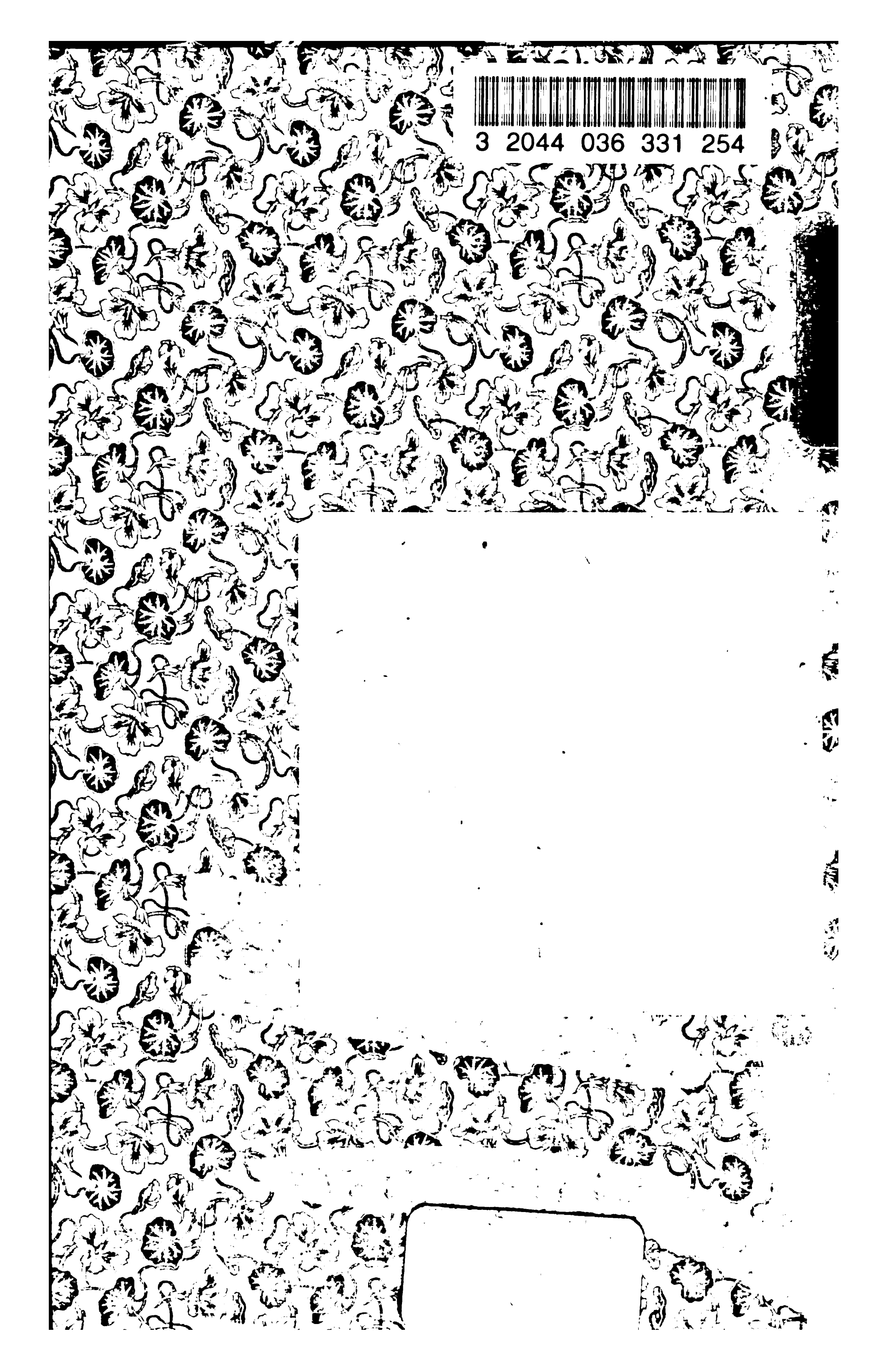
Páginas.

Páginas.




3 2044 036 331 254




3 2044 036 331 254